

TENTACIÓN
PASIÓN
FRENESÍ
TRILOGÍA COMPLETA



DYLAN MARTINS

TENTACIÓN

PASIÓN

FRENESÍ

TRILOGÍA COMPLETA

TENTACIÓN

PASIÓN

FRENESÍ

TRILOGÍA COMPLETA

Primera edición.

Tentación. Pasión. Frenesí. Trilogía completa

Dylan Martins.

©Septiembre, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Tentación. Pasión. Frenesí. Trilogía completa

Dylan Martins.

©Septiembre, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

TENTACIÓN

TENTACIÓN

TENTACIÓN

TENTACIÓN

Capítulo 1



Miré la hora en el móvil ya que tenía la sensación de que era más tarde y de que el despertador había fallado. Sentí alivio al comprobar que solo eran las seis y media de la mañana y hasta media hora después no tenía que sonar.

Me quedé mirando la foto de mi hija Lucía, tan bonita y sonriente. La echaba de menos ya que vivía con su madre Cata, de la que me había divorciado dos años atrás cuando la pequeña solo tenía cuatro.

Cata no es que me pusiera las cosas difíciles con nuestra hija, sino que las hacía imposibles. No colaboraba para que reinara la armonía por el bien de lo que teníamos en común.

Mi ex mujer era modelo. Trabajaba para una de las firmas de moda más importantes a nivel internacional y vivía en Tenerife, pero siempre andaba viajando entre París y Londres. A la pequeña la dejaba con sus padres con los que yo no tenía relación. Me la entregaban cuando correspondía ella, o en su defecto la niñera de la niña, Lía.

El problema residía en que a mí me tocaba un fin de semana de cada dos, cuatro días en Semana Santa, un mes en verano y una semana en las fiestas de Navidad, pero, aunque ella estuviera fuera un mes, era incapaz de permitirme recoger a la niña y llevarla conmigo.

Yo sentía que Cata prefería dejarla en manos de su cuidadora antes que con su padre. Era una persona tóxica y se había empeñado en intentar joderme la vida.

Su actitud me dolía hasta el infinito porque mi hija Lucía era mi mayor tesoro y hubiera dado lo que no tenía por poder pasar más tiempo con ella. Sin embargo, y de la forma más injusta del mundo, parecía que esa posibilidad cada vez era más inalcanzable para mí.

La mía era una vida estable, bastante buena. Había heredado la empresa de mi padre la cual yo dirigía, “Financier Montalvo”. Tenía contratados a tres asesores financieros, a una asesora laboral y a la recepcionista, además de una empresa que se encargaba de la limpieza de las oficinas.

Mi casa era la que yo había elegido, de una sola planta, una gran terraza, mil metros de terreno de jardín con palmeras, zona de copas, piscina y tumbonas.

En honor a la verdad en ella todo era precioso. Por mi parte, ser meticuloso formaba parte de mi ADN y había encargado la construcción de cada zona interior y exterior con mucho mimo.

Si tuviera que elegir una zona de mi casa que especialmente quedó a mi gusto, destacaría la cocina, confortable y amplia, con sus cincuenta metros cuadrados, los mismos con los que contaba el salón.

Capítulo aparte merecía mi dormitorio, al que consideraba mi santuario, con vestidor y baño. A él había que añadir tres dormitorios más con sus correspondientes baños y esa terraza amplia y ancha donde pasaba mucho tiempo, ya que el clima de la isla invitaba a disfrutarla. Yo la tenía de lo más *chill out*, todo en madera y con unos cómodos sillones que sugerían descanso y tertulia.

Tenía todo lo que deseaba, pero había estudiado mucho y trabajaba desde joven con mi padre, aprendiendo todo lo que pude de él, hasta que se jubiló. Al verme preparado, me dejó a cargo de la financiera, así que me sentía bien con mi vida, pero me faltaba lo más importante, mi pequeña Lucía, la niña de mis ojos.

Salí de la cama ya que me estaba empezando a agobiar con esos pensamientos y mirando la cara de mi pequeña como fondo de pantalla del móvil.

Soy partidario de cambiar de chip cuando algún sentimiento te sobrepasa y eso era lo que me estaba ocurriendo en ese momento.

Me preparé un café y me senté sobre la mesa de piedra de mi cocina. Tenía esa manía, así que allí estaba, más temprano de lo normal, disfrutando de esa primera taza, del relax de no ir con prisas.

En mi cabeza no cabía cómo algunas personas saltaban prácticamente de la cama al trabajo. Yo de siempre he necesitado mi tiempo. Ir despertando poco a poco y entrando en sintonía con el día. El estrés es un concepto que llevaba intentado evitar toda la vida, en la medida de lo posible.

Revisé algunos correos desde el móvil y fui descartando según la importancia. Más tarde respondería a los que debía hacerlo desde el despacho. Los demás contenían pura información y no necesitaban respuesta.

Un rato después me vestí y me fui hacia el jardín donde tenía a un lado el aparcamiento. Cogí mi coche, puse la radio y me dirigí al trabajo escuchando las noticias.

Disfrutaba mucho de las vistas de mi casa al trabajo. Aquel trayecto, unido al buen tiempo reinante, eran como una especie de soplo de aire fresco que me ayudaba a incorporarme a la ardua jornada, pues si algo me sobraba era el trabajo.

Mis oficinas estaban en la décima planta de un edificio comercial mirando al mar en Puerto de la Cruz. En el interior se ubicaban los despachos de los trabajadores. La recepción amplia a la entrada, todo muy iluminado y predominando los cristales opacos con el logo de la empresa.

Los distintos despachos situados a los lados de un amplio pasillo y el mío al final, ocupando todo el largo del local.

Después de la marcha de mi padre, había acometido una reforma integral para darle al negocio un renovado aspecto, modernizándolo. Finalmente, había quedado totalmente a mi gusto y me mostraba encantado con el resultado.

Llegué al *parking* del edificio y subí al ascensor hasta mis oficinas. Carlota la recepcionista me recibió sonriente.

— Buenos días, Alexis.

¹ — Buenos días, guapa. ¿Alguna novedad?

— Ninguna, recuerda que a las nueve tienes la entrevista para el puesto de contable.

— Es verdad, lo había olvidado — negué mientras caminaba hacia mi despacho y saludaba a los trabajadores que ya estaban en sus despachos con las puertas abiertas.

Nuestro contable había tenido un problema grave de salud y se le había concedido la prejubilación, así que ahora necesitaba alguien que fuera capaz de llevar todo el trabajo que hacía él. Realmente lo necesitaba para preparar facturas y entregarlas a Elba, nuestra asesora laboral que también trabajaba en las oficinas.

Carlota apareció por mi despacho con un café. Siempre lo hacía por la mañana. A pesar de que tenía cafetera con

cápsulas en mi despacho, a ella le gustaba llevarme el primero.

— Gracias, guapa.

a

— Un placer — sonrió mientras cerraba la puerta.

Era simpática, predispuesta, amable. Se notaba que era una persona muy feliz. Además, estaba loca con su hija Martina de cinco años y con su marido al que amaba, Tony, un policía local de Puerto de la Cruz.

Llevaba conmigo desde que cumplió los veinticinco, diez años atrás. En aquel momento aún estaba en manos de mi padre la dirección de la empresa.

Si de algo podía presumir era de un gran equipo a mi lado y de que el buen rollo imperaba en mi negocio. Eso era algo que aprendí de mi padre: la importancia de rodearme de gente competente que además supiera aceptar las críticas constructivas.

Uno de mis mayores logros consideraba que era el hecho de que, aunque yo fuera el jefe, disfrutaba escuchando las opiniones de mi equipo, que a menudo aportaba puntos de vista de lo más interesantes que quizás yo no hubiera visto a priori.

Me tomé el café mientras respondía todos los emails para después ponerme a revisar los expedientes más importantes que estábamos tramitando en la empresa.

Un rato más tarde Carlota me avisó de que la chica a la que tenía que entrevistar ya estaba en la sala. Había llegado puntual, así que le dije que la recibiría sobre la marcha.

Dos golpes en la puerta por parte de Carlota y abrió, alargando su mano para que la chica pasara.

— Buenos días — me levanté y le extendí la mano — Mi nombre es Alexis.

— Buenos días, señor Montalvo — me nombró por mi apellido ese que tenía claro cuál era — Soy Olivia Palma — sonreía apretando su mano con seguridad y mirándome a los ojos.

Le invité a sentarse y le ofrecí un café, pero declinó la invitación, ya que no le apetecía.

Se mostraba segura, nada nerviosa, convincente y preparada. Había estudiado la carrera de Contabilidad y posteriormente varios másteres, a pesar de solo tener veintiocho años. Por otra parte, desprendía clase y personalidad. Era preciosa, rubia con una melena larga y lisa, además de simpática y correcta. A todas luces, se me antojó como la candidata idónea.

Le comenté las condiciones y no dudó en aceptar, además de transmitirme su predisposición para incorporarse inmediatamente.

Llamé a Carlota para que le enseñara su despacho y le presentara a Elba, la asesora laboral de la empresa y la voz en todos los temas fiscales. La idea era que se pudiera incorporar al día siguiente.

Lo cierto es que aquello me alegró mucho, pues lo de perder el tiempo haciendo una entrevista de trabajo tras otra era algo que me solía molestar bastante. En cualquier caso, era una cuestión en la que no podía delegar pues formaba parte de mis obligaciones.

La mañana transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Cuando me vine a dar cuenta ya era la hora de salida de todos nosotros, ya que trabajábamos en una jornada continua de ocho a tres.

Aquello era algo que tuve en mente de toda la vida y que también cambié cuando mi padre se jubiló. Soy de los que piensa que mejor calidad que cantidad y que una mañana bien aprovechada valía por un día entero en la oficina con la mente más dispersa.

Como colofón de la jornada me dirigí al bar de la planta baja del edificio. Allí estaban dos de mis asesores financieros, Fernando y Daniel.

Fernando siempre comía algo en el bar ya que a su mujer le absorbía mucho tiempo su tienda de ropa y no volvía hasta por la noche. No tenían hijos, pero formaban un matrimonio muy consolidado.

Daniel tenía cuarenta y cinco años. Todo un mujeriego, soltero, un guapetón de esos que tenía a media isla loca, pero no se casaba con nadie.

— Hombre, el jefe — bromeó Fernando.

— El jefazo — dijo Daniel.

— Necesito una cerveza — volteé los ojos.

— ¿Mal día?

— No, Daniel, pero hoy estoy con el tema de Lucía un poco mal. Creo que cada día me pesa más.

— ¿Cuándo te toca? — preguntó Fernando.

— Este fin de semana, pero parece que los días no pasan.

— Ya estamos a lunes, el viernes llega volando.

— Espero, eso espero — cogí la cerveza que me había puesto el camarero al verme aparecer por la barra.

Pedí unas tapas. Ese día había avisado a Fina, la mujer que me llevaba la casa por las mañanas, de que no me dejara nada para almorzar, como hacía la mayoría de los días. De ese modo, solo tendría que haberme dejado preparada la cena antes de marcharse al mediodía.

Se incorporó un poco más tarde Davinia, otra de mis asesoras financieras. Con treinta y tres años, era muy graciosa, la alegría de la oficina, siempre amenazando a sus compañeros con demandarlos por pesados. Por supuesto lo hacía de broma, pero lo decía porque su pareja, Sergio, era abogado. Ambos llevaban un tiempo conviviendo.

Aquello era como una familia. Todos llevaban desde el comienzo de su carrera allí, pues habían entrado para sustituir a algunos veteranos pertenecientes a la plantilla de mi padre que se iban a jubilar y al final quedamos los jóvenes, como decía mi madre.

Estuve tapeando con ellos y charlando. Cuando nos quisimos dar cuenta, el reloj marcaba las cinco de la tarde, hora del café. Después nos despedimos hasta el día siguiente.

Me fui hacia mi casa, me metí en la ducha y me puse cómodo. Quería pasar la tarde trabajando en un expediente

que necesitaba tener listo para el día siguiente. No solía llevarme trabajo a casa a no ser que fuera necesario.

Tiempo atrás, cuando tenía la suerte de convivir con mi pequeña Lucía, la tarde procuraba dedicársela a ella. Una de las cosas que más echaba de menos era darle la merienda y llevarla al parque a jugar.

Llamaba poderosamente mi atención que los que eran mis mejores recuerdos también eran los que más me azotaban, pues de vez en cuando caía preso de la melancolía cuando revivía mentalmente esas imágenes.

A la hora de la cena me comí el salteado de verduras que me había dejado Fina listo para calentar.

Aquella mujer era una joya, de mi total confianza. Llevaba la casa como si fuera suya y jamás habíamos tenido un desencuentro de ningún tipo. Consideraba que era suerte total porque me permitía desentenderme de todo lo que tuviera que ver con las cuestiones domésticas.

Me acosté temprano ya que me gustaba descansar bien. Para hacer locuras ya estaban los fines de semana que no estaba con mi Lucía.

Puse la radio, solía dormir escuchando las noticias internacionales y la tenía programada para que se apagara a la hora. No llegaba nunca ni a los treinta minutos cuando ya estaba en el séptimo sueño.

que necesitaba tener listo para el día siguiente. No solía llevarme trabajo a casa a no ser que fuera necesario.

Tiempo atrás, cuando tenía la suerte de convivir con mi pequeña Lucía, la tarde procuraba dedicársela a ella. Una de las cosas que más echaba de menos era darle la merienda y llevarla al parque a jugar.

Llamaba poderosamente mi atención que los que eran mis mejores recuerdos también eran los que más me azotaban, pues de vez en cuando caía preso de la melancolía cuando revivía mentalmente esas imágenes.

A la hora de la cena me comí el salteado de verduras que me había dejado Fina listo para calentar.

Aquella mujer era una joya, de mi total confianza. Llevaba la casa como si fuera suya y jamás habíamos tenido un desencuentro de ningún tipo. Consideraba que era suerte total porque me permitía desentenderme de todo lo que tuviera que ver con las cuestiones domésticas.

Me acosté temprano ya que me gustaba descansar bien. Para hacer locuras ya estaban los fines de semana que no estaba con mi Lucía.

Puse la radio, solía dormir escuchando las noticias internacionales y la tenía programada para que se apagara a la hora. No llegaba nunca ni a los treinta minutos cuando ya estaba en el séptimo sueño.

Capítulo 2



Otra vez que me levantaba antes de que sonara el despertador, pero en esta ocasión me quedé un rato más en la cama escuchando la radio.

Un rato después me puse las pilas y, con mi cafelito ya en el cuerpo, salí de casa. La primera impresión era que el día lucía espectacular y eso me hizo sentir bien. Adoraba el sol. En mí era una necesidad y el particular paraíso insular en el que vivía, se pintaba solo para proporcionármelo.

Llegué a las oficinas. Allí estaba Carlota charlando con Elba y Olivia, la chica nueva.

Nos saludamos. Les pregunté que cómo estaban y me fui hacia mi despacho, antes me hizo un guiño Carlota con el que me decía que pronto aparecería con el café.

Llevábamos tanto tiempo trabajando todos juntos y estábamos tan compenetrados, que muchas veces sobran las palabras.

Pasé por delante del despacho de Daniel y me llamó.

— Alexis — levantó su mano para que me parara.

Entré y me coloqué delante de su mesa.

— Buenos días — arqueé la ceja para que me dijera lo que fuese.

— Escucha — reía con suavidad — Han llamado los noruegos. Dicen que esta noche celebran una fiesta cena en su casa y que estamos invitados los dos.

— Pues vaya gracia. El año pasado no entendíamos a nadie y estuvimos solos en una esquina — reí.

— Ya, pero podemos tomar unas copas y hacer acto de presencia. Ya sabes, un poco de peloteo y quedar bien.

— ¿Pasas a por mí?

— A las nueve en punto — cerró los ojos mientras reía sabiendo la noche que nos esperaba.

Fiesta y la compañía de Daniel. Y es que mi asesor más alocado tenía más peligro de marcha que un mono con dos pistolas. Sonaba a coctel Molotov pero el mal ya estaba hecho. Solo quedaba apechugar. ¡La que nos esperaba!

Por otra parte, ir a casa de los noruegos era como partir de viaje a un país donde te defiendes con el inglés, pero en el que nadie habla su idioma. Allí se daban cita personas de nacionalidades dispares: árabes, holandeses, franceses, ucranianos, polacos... Muchos de ellos ni hablaban bien el inglés, pero todos estaban forrados.

Los noruegos eran unos inversores fuertes de nuestra empresa, así que había que ir. Quisiera o no, se trataba de una cita obligada y yo era muy consciente de que ciertas cuestiones son ineludibles.

En la empresa teníamos una especie de Messenger privado donde nos comunicábamos en grupo o en chat privados, así que nada más sentarme vi uno de Olivia, la chica nueva. En ese momento apareció Carlota con el café.

Abrí el chat y lo leí.

“Agradecerle la confianza que ha depositado en mí. Estoy convencida de que pondré todo mi esfuerzo en no defraudarle. A su entera disposición.”

Le respondí con un “Bienvenida a la empresa”.

Me puse a trabajar y dos horas después bajé a desayunar. Tenía un hambre que me moría. Al pasar por los pasillos me crucé con Olivia. La invité a bajar conmigo y aceptó. Deseaba conocerla un poco más y darle la posibilidad de que dejara atrás el nerviosismo.

Pedimos el desayuno y nos sentamos en la terraza.

— Entonces estás contenta por lo que veo.

— Muy contenta, la verdad es que esta oportunidad ha sido muy importante para mí.

— ¿Qué te llevó hasta nosotros?

— Pues que sois los mejores, la empresa más consolidada de la isla y siempre me causó ilusión y respeto la idea de formar parte de vuestro equipo. Ya probé suerte alguna que otra vez con anterioridad, enviando mi currículum.

— ¿Sí? — pregunté sorprendido.

1

— Sí — sonreía feliz.

Vivía con sus padres. Él, médico en activo y su madre, profesora. Cuando ella nació, ambos eran todavía bastante jóvenes. Me explicaba con gracia que fue la sorpresa que nadie esperaba ni había buscado, pero que no supuso un escollo en la carrera de sus padres que acababan de terminarla cuando tuvieron conocimiento del embarazo.

Me habló sobre su mejor amiga Raquel, dos años mayor que ella y periodista de una revista nacional de renombre

Lo cierto es que la conversación con Olivia me encantó y me hizo sentir que, a priori, era una de esas personas que me interesaban para que formara parte de mi equipo. Y es que en lo personal era un encanto y en lo profesional, a juzgar por su currículum, tampoco me iba a defraudar, ni mucho menos.

Terminamos de desayunar y subimos de nuevo para la oficina.

— Carlota, ¿algo que tenga que recordar para hoy?

3 — Sí. Visita del señor Alberto Peña a las doce y media, Alexis.

!

—¿En serio?

— Sí, la ha concertado hace un rato. Le urgía y como tú siempre me dices que le dé prioridad, ahí lo tienes—rio.

—Gracias, guapa. Toda una suerte la mía.

Alberto Peña era uno de los mejores amigos de mi padre de toda la vida. Pese a tener la misma edad que él era un tiburón de los negocios, una de esas personas que no están dispuestas a jubilarse nunca. El caso es que formaba un curioso tándem con su mujer, Elvira, una señora divertida y perspicaz pero pesada como ella sola que solía acompañarle.

Nada de eso habría tenido mayor importancia si no hubiera sido porque la buena señora desde siempre me tuvo en mente como candidato a yerno y, cada vez que me veía, me daba una murga impresionante para tratar de endosarme a su hija Nuria.

El caso es que Nuria y yo nos llevábamos fenomenal. Éramos amigos desde niños, pero nada más. Ella era lesbiana hasta la médula y el tema tenía miga porque, aunque sus padres lo sabían, decían que eso era una moda, una idea que se le había metido en la cabeza y punto redondo.

Estuve revisando documentación diversa hasta que llegó la hora. Carlota me avisó de que ya estaban allí los señores Peña y con esa frase mis peores augurios se confirmaron. Venían los dos, para no variar.

Pasaron y me levanté a saludarlos.

—Alberto, ¿cómo estás? —le estreché la mano y le di un fuerte abrazo.

—Fenomenal, chaval, aunque no tan bien como tú. ¡Quién tuviera tu edad! Si a mí me hubiera pillado joven en estos tiempos no sé cuántas cosas hubiera hecho.

—Te refieres aparte de los dos millones de negocios que sueles traer entre manos, ¿no? —bromeé.

—No tantos, no tantos. Además, dan muchos quebraderos de cabeza.

—Pero si es que te lo he dicho muchas veces, ya deberías estar jubilado.

—¡Otro más! No hay nadie un poco más original, ¿qué os ha dado a todos con el hecho de que me jubile? ¿Me veis como Matusalén? ¿Es eso? —me hacía mucha gracia comprobar lo nervioso que se ponía cuando se le insinuaba lo de que había llegado la hora de abandonar la faena.

—No hombre, ni mucho menos, ¡si estás hecho un chaval!

1

—Sí, sí, pero un chaval con setenta años que muchos días está de un humor de perros a consecuencia de la empresa—añadió Elvira.

1 —Pero no lo pago contigo, querida. Mis pesares son para mí y yo los asumo con gusto. Sabes que los negocios son mi vida—le acariciaba la mano.

—Sí, Alberto, pero es que tú como los artistas, te vas a morir con las botas puestas, y yo creía que íbamos a tener una vejez más tranquila.

Era un poema verlos.

—Eso es verdad, Elvira. El bueno de tu marido necesita la adrenalina de la empresa en vena para poder vivir—reí
—¿Y qué os trae por aquí?

Alberto me estuvo contando que tenía unas dudas sobre unos reajustes que deseaba hacer en su negocio y le orienté al respecto. Era increíble, parecía tener cada vez más proyectos.

—Vale, Alexis. Ya me ha quedado todo mucho más claro. Ahora solo tengo que hablar con tu contable, que necesito también consultarle unos temas de números y ya os dejamos.

—Ahora se encarga de esas cuestiones una chica nueva, se llama Olivia.

—¿Desde cuándo? No estaba al tanto—Alberto era tan minucioso que parecía querer estar al corriente no solo de sus negocios sino también de los del resto.

—Pues desde hoy justamente. Se va a estrenar contigo—espero que te vaya fenomenal también con ella—le estreché la mano.

Por una vez pensé que me había librado del interrogatorio personal de Elvira, porque ya estábamos de pie. ¡Aleluya! Pronto me di cuenta de que había cantado victoria antes de tiempo.

—Por cierto, Alexis ¿y la pequeña Lucía?

—Hecha un bombón, Elvira. Muchas gracias.

—Sí. Hace una semana pasé la tarde con tu madre y me estuvo enseñando fotos. Está preciosa. Tiene mucho parecido a ti, pero también a tu ex mujer. Está mezclada la carita.

—Sí. Es una monada. Y claro, tiene de los dos, es normal...

—Sí, sí, pero solo en el físico. El carácter tan bonito es tuyo, por suerte. La madre es un bicho—soltó con toda la tranquilidad del mundo.

Ya nos estábamos moviendo en terrenos pantanosos. Mucho había tardado.

—Bueno, es cierto que tenemos un carácter muy distinto. Por eso lo de la disparidad de criterios y el divorcio, pero es la madre de mi hija—para mis adentros podría pensar lo que fuera, pero en público procuraba no dejarla mal, por respeto a mi Lucía.

—Ya, ya. Un santo es lo que eres. Encima de que te hace la puñeta todo lo que puede. Cata nunca te mereció, hijo ¡Con lo que te hubiéramos querido en casa! —me cogió el cachete como a un niño.

—Lo sé, lo sé, pero esas cosas no se proyectan—escurrí el bulto todo lo que pude.

—Bueno, bueno. De todos modos, tienes que venir a comer un dominguito con nosotros, que es cuando lo hace Nuria y ya charláis de vuestras cosas. Y si eso, después, salís un ratito.

—Venga, pues lo tengo en cuenta—añadí.

Elvira no daba puntada sin hilo y no iba a perder la ocasión de intentar volver a meterme a Nuria por los ojos. ¡Era surrealista!

Se fueron en dirección al despacho de Olivia y yo vi el cielo abierto. Al ratito me llegó un mensaje de Alberto, diciéndome que le había gustado mucho la contable, que parecía muy competente y preparada. Me encantó saberlo. Él tenía buen ojo para el personal.

Seguí trabajando hasta las tres. Ese día sí salí enflechado para casa porque deseaba descansar para estar espabilado con vistas a la fiesta nocturna.

Sobre las ocho me comencé a preparar. Era algo de lo que también me gustaba disfrutar con tranquilidad.

Elegí un traje de chaqueta informal que me había comprado en Milán en mi último viaje y lo combiné con una camisa que le iba muy bien, sin corbata.

A las nueve en punto estaba Daniel subido a un taxi, en la puerta. Podía ser un juerguista y un mujeriego, pero puntual lo era también un rato largo.

—¡Mira si se ha puesto guapo el tío! Te va a tirar los tejos media isla. Vamos, estoy por hacerlo hasta yo—
Encima eso, tenía un sentido del humor de tomo y lomo.

—¡Quita, quita, demonio! Que después no duermo con tus ideas...

—Tú no duermes bien porque te faltan juergas y copas. Tienes que hacer equipo conmigo.

—Claro, claro. Mucho equipo contigo y al final termino con grupo sanguíneo JB+.

—Pues solo se vive una vez chico. ¡Ya verás la que vamos a coger esta noche!

—Sí, sí, si no tengo dudas de que nos vamos a beber hasta el agua de los floreros, lo malo es que a ver quién es el guapo que nos levanta mañana.

—A poder ser la guapa, que yo, si me puedo llevar un trofeo de la fiesta, no le pienso hacer ascos. ¡Y ya mañana será otro día!

—No lo dudo...

—Claro y tú deberías hacer lo mismo, que día que pasa sin echar un polvo, es un día desperdiciado, Alexis, no lo olvides.

—Hombre, no te voy a decir yo que no, pero tampoco todos los días son fiesta...

—Es cuestión de actitud. Y, además hoy, por suerte, sí es fiesta. Y de la gorda. ¡¡¡A liarla...!!!

Llegamos a la fiesta y comprobamos que los noruegos se superaban cada año. En aquella ocasión habían tirado la casa por la ventana y los jardines lucían absolutamente espectaculares. Además, allí había más gente que en la guerra.

La fiesta se celebraba al aire libre y rezumaba elegancia y glamur por doquier. Distintos decorados con música en directo, una fuente increíble con luces de colores, comida tipo buffet que parecía salir de debajo de las piedras y bebida para tumbar a una legión de cosacos.

Los anfitriones se acercaron y estrecharon nuestras manos. Después de darnos las gracias por haber acudido, nos desearon que lo pasáramos fenomenal y así nos dispusimos a hacerlo.

—¿No es esa Grace? —señalé hacia el lado donde había una impresionante fuente. Detrás de ella, Grace, embutida en aquel traje en el que no cabía un alfiler, parecía una sirena.

—¡¡¡Dios!!! Eso parece—Daniel maldecía su suerte.

—Pues espera que tus temores se están haciendo realidad, porque por allí viene el marido—reí.

Grace había sido una de las innumerables conquistas de Daniel. Era una mujer de negocios inglesa afincada en Tenerife, cinco años mayor que él, pero que estaba maciza. No salía del gimnasio. El caso es que estaba casada y el *affaire* había llegado a oídos del marido, que desde entonces no tenía a Daniel en demasiada estima, por decirlo de un modo fino.

—Cállate, anda, que se me está agriando el potaje. Vaya tela y encima es que mira, si es que vaya culazo que tiene. Y lo mejor no es la forma. Lo mejor es que lo tiene duro como una piedra.

—Pues no lo mires más que como el marido te pille lanzándole una de esas miraditas, una piedra es la que te abre la cabezota esa que tienes llena de serrín.

—Es que la carne es débil—reía Daniel, aunque lo cierto es que la coincidencia no le había hecho ni pizca de gracia.

—Sí, y la tuya más que la de nadie, prenda. No se te vaya a ocurrir ningún juegucito morboso de los tuyos, no sea que acabemos todos en comisaría esta noche.

—¿Juegucito morboso? ¿Por quién me tomas?

—Pon cara de no haber roto un plato, sí, pero te voy a tener vigilado, prenda, que eres un prenda...

En un momento dado, mientras dábamos vueltas por el jardín, nos cruzamos con ella. Sutilmente, Daniel y Grace se saludaron con un simple gesto, de modo que todo pasó desapercibido.

Al ratito, fue a su marido a quien nos topamos de frente. En ese instante, la sutileza brilló por su ausencia y Felipe que así se llamaba, le echó una mirada a Daniel con la que, de haber podido, lo hubiera petrificado.

—Necesito otra copa y ambientarme. Mira las dos bellezas aquellas. ¡Vamos! —tiró de mi brazo.

Nos acercamos y el dúo no podía estar más animado. Por lo visto, las chicas eran azafatas de vuelo. Dos preciosidades suecas que merecían ser envueltas para regalo.

Comenzamos a hablar con ellas en inglés y pronto comprobamos que tenían mucho sentido del humor.

—Yo soy Dagny y mi amiga es Helga—enseguida se presentaron.

—No, no, tú no puedes ser Dagny. Dani soy yo, bueno Daniel, pero Dani para los amigos—vi que se quedaba

prendado de ella.

—Yo soy Alexis—les sonreí y caí en la cuenta de que a mí me atraía más Helga, así que todo listo.

De todos modos, tampoco hubiera competido con Daniel. Yo no tenía mayores pretensiones en aquel momento de mi vida. Eso sí, a nadie le amarga un dulce y las chicas de eso tenían mucho. En concreto, eran dos auténticos bombones.

Nos dijeron que iban un momento al baño y Daniel y yo nos quedamos solos.

—Esto de las extranjeras, me cuesta terminar de cogerles el truquillo. No sé si las estamos llamando o estamos comprando dos muebles de Ikea—él tenía esas salidas.

—Pues menos mal que no terminas de cogerles el truquillo, porque con Grace bien que te entendiste, bandido.

—Bueno, bueno. Idioma universal, tú ya sabes, es mi sexapil irresistible, no puedo hacer nada contra eso—bromeaba.

—Nada, nada. Barra libre. Ahí vienen.

—Y recuerda Alexis, las suecas odian todo lo que tiene que ver con lo taurino, creen que los hombres españoles son fáciles de engañar y son súper feministas. Si con todos mis consejos metes la pata, es para ahogarte en un cubo, vaya.

Eso era algo muy típico de Daniel. Tenía como una especie de Internet en la cabeza y sabía cómo entrarles a las chicas de todos los puntos del globo. Era un fenómeno.

Las suecas venían cuchicheando entre ellas y al llegar a nuestra altura, ya notamos claramente que también habían decidido y que todos habíamos coincidido. Dagny intentaba conversar con Daniel y Helga conmigo.

Guapísimas, altas y rubias con ojos claros, lo cierto es que parecían dos ángeles. Ambas llevaban vestidos cortos negros con unos altísimos tacones y no se sabía cuál de las dos tenía las piernas más largas.

Para colmo, yo que andaba algo falto, no podía evitar mirar aquellos sugerentes escotes que dejaban poco lugar para la imaginación.

La conversación fue muy divertida. Las amigas nos contaban que acababan de llegar a Tenerife de vacaciones y que habían venido por el sol, por el buen tiempo y por lo que surgiera. Muchos tapujos no es que tuvieran.

—Pues mi amigo y yo somos dos estupendos guías turísticos—Daniel no perdía oportunidad— Os podemos enseñar los mejores rincones de la isla.

—Bueno, igual os dejamos que nos acompañéis un ratito, pero nos valemos solas para ver cosas. No necesitamos que nadie nos lleve de la mano.

Ahí la llevábamos, la primera en la frente.

—Ya, ya, lo que quizás ha querido decir Daniel es que, al ser de aquí, conocemos los mejores lugares de la zona y estaríamos encantados de poder enseñároslos si es que os apetece—noté cómo Helga asentía.

Para ser él quien me había dado las instrucciones, yo había salido mejor parado.

—Eso ya suena mejor, así que igual hasta os damos nuestros teléfonos al final de la noche—contestó Helga.

Copa va y copa viene, la velada se iba animando cada vez más. Sonaba música en directo y en un momento determinado las chicas nos dijeron de bailar.

Fue entonces cuando descubrí eso que dicen de las suecas, o sea, el mito de la perfección hecha mujer y es que, en el momento en que Helga y yo nos pusimos a bailar, noté lo sugerente que era, además de que estaba como un tren.

Miraba a Daniel y a Dagny y ellos también lo estaban dando todo. A mí lo de bailar me costaba un poco hasta que no tenía alguna copita de más, que ya era el caso. En cambio, Daniel se las llevaba de calle a todas en cuanto sonaba la música.

—¡Venga, Alexis! ¡Vamos a demostrarles a estas chicas de la pasta que estamos hechos!

—Eso intento—reí.

—Venga, ¡Pues que no se diga! — Y con independencia de lo que estaba sonando, él se puso a cantarles a ambas la canción de “Mi gran noche” de Rafael.

El caso es que las chicas, aunque no entendían español, demostraban tener un oído formidable y le seguían el rollo que daba gusto, repitiendo el estribillo.

En resumidas cuentas, allí estábamos los cuatro, cantando a voz en grito eso de “*¿qué pasará, qué misterios habrá? Puede ser mi gran noche*”.

Y desde luego que una noche grande estaba siendo y cada vez con más copas de más. La estábamos cogiendo bien cogida y ya llevábamos ni se sabe cuántas canciones bailadas los cuatro.

Yo no tenía muy claro ni dónde estaba de pie, cuando vi que Grace pasó por delante de Daniel y le hizo una señal. Con la que llevaba encima no supe ni interpretarla.

—Creo que Grace te ha querido decir algo—le puse el brazo por encima del hombro.

—Sí. Yo creo que necesita alguna cosa. Ahora vengo.

—¡¡No!! Pero ¿dónde vas?

Lo vi alejarse y me dejó allí bailando con las dos rubias despampanantes... En cuestión de minutos yo creía estar viviendo una escena de esas que solo se ven en las películas, pues las chicas estaban bailando dejándome a mí en medio, tipo sándwich y poniéndole mucho énfasis.

Había que reconocer que eran de lo más sugerentes y yo, entre el exceso de alcohol, que me tenía ya un poco trastornado, y el contoneo de ellas, estaba en una nube.

Fue entonces cuando se escucharon gritos. A pesar de estar bastante perjudicado y de que hablaban inglés, reconocí la voz de Grace pidiendo muy ofuscada que pararan. ¡Ya estaba el lío!

Miré hacia arriba de las escalinatas y me tranquilicé al ver bajar por ellas a Daniel. Eso sí, venía como alma que lleva el diablo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? —su ojo no tenía muy buen aspecto y procuraba afinar con la vista para asegurarme de que no era producto de la melopea.

—No me mires más así que es justo lo que estás viendo. Me lo han puesto a la virulé. Vámonos anda, me están mirando todos y no soy un monito de feria.

—¿Eres un malote? —Dagny lo miraba con ojillos de deseo.

—Yo creo que ha sido por un tema de faldas—Helga se reía, un tanto borrachilla también.

—Es que los españoles son muy pasionales—a las chicas el tema parecía haberles hecho mucha gracia.

Obviamente, a Daniel no tanta. Y a mí tampoco.

—Ahora es cuando empiezas a decirme eso de “te lo advertí” pero te lo puedes ahorrar—negaba con la cabeza.

—Yo hoy no voy a decir nada que no estoy en condiciones. Será mejor que nos vayamos ya—le eché el brazo por encima del hombro.

—¡Chicos! Nuestros teléfonos—Dagny y Helga venían hacia nosotros corriendo. La trastada de Daniel parecía que había puesto la balanza de nuestro lado.

—No hay mal que por bien no venga—dijo él cuando echamos a andar definitivamente hacia fuera, después de que nos dieran sus números.

—¿Has grabado bien los teléfonos? —pregunté.

—Sí, sí. Los teléfonos sí. Los nombres no tanto—no daba pie con bola.

—¿Se puede saber qué ha pasado, cenutrio? —nos dirigíamos a la salida, atravesando aquellos inmensos jardines.

—Pues nada, que Grace me hizo una señal con el dedo para que la siguiera y yo lo hice a cierta distancia.

¹—Eso más o menos lo vi.

—Claro, porque estará casada y todo lo que tú quieras, pero le va la marcha.

—Pero ¿lo vuestro no se había acabado ya?

—Sí. A ver, ya hace tiempo que no quedamos ni nada, pero donde hubo fuego... Y entra ella y yo hubo mucha química.

—Total que...

—Que se ha puesto celosa de verme bailar con el monumento sueco y por eso quería que nos viéramos en el baño. Lo cierto es que no creo que fuera para rezar el rosario. Yo la he seguido sin darme cuenta de que a cierta distancia iba su marido, que se ha percatado de la maniobra.

—Ya, no tienes que contarme más...

—Pues eso, que ni lo he visto venir. Cuando me he querido dar cuenta el ojo me echaba fuego y el tío me estaba amenazando para que no me volviera a acercar a su mujer...

—Si es que ya te vale...

—No vayas a ponerte como mi madre y llama a un taxi, anda.

El taxi nos recogió y me dejó a mí el primero.

Una vez en casa, creo que debí dormirme incluso antes de caer sobre la almohada. El día había sido de lo más completito.

Capítulo 3



El despertador sonó y esta vez había dormido hasta el último minuto, así que me tomé el café mientras me vestía sin poder con mi alma y luego me fui hacia el coche.

La fiesta de la noche anterior me había dejado agotado. Bueno y quien dice la fiesta, dice la cogerza que a lo tonto habíamos pillado Daniel y yo.

A decir verdad, jamás bebía entre semana, pero la ocasión había invitado a ello y ambos sucumbimos a la tentación. Y estaba claro que lo íbamos a pagar con creces porque el dolor de cabeza que tenía también invitaba a algo, pero en este caso a arrancármela.

Y hablando de Daniel, ese sí que había salido mal parado. Llevaba mucho tiempo jugando con fuego y al final se había quemado, era de esperar. Le iba el peligro y eso suele pasar factura.

Entré a la oficina y me paré con Carlota que como todas las mañanas me recibía con esa sonrisa tan maravillosa que tenía.

— ¿Novedades?

— Ninguna, todo bien. Menos los chicos, esos están descontrolados — se refirió a Daniel y Fernando.

— ¿Qué les pasa?

— Lo mismo de siempre, vienen discutiendo sobre el nuevo gobierno. Y bueno, como novedad, lo del ojo de Daniel, que no suelta prenda al respecto.

— Ay Dios, me voy a mi despacho, no los quiero ni escuchar—y con la excusa de lo del gobierno, obvié dar explicación alguna sobre lo del ojo. Ya decía mi padre que en boca cerrada no entran moscas.

— Mejor, ahora te llevo el café.

— Te lo agradezco, me tomé uno y a la ligera, desperté justo.

También obvié la parte de que el dolor de cabeza me estaba matando y por mucho que pedía al puñetero enano que debía estar martilleando mis sienes que dejara de hacerlo, no había manera.

— Tranquilo, eres el único que te puedes permitir entrar tarde — sonrió encogiéndose de hombros.

)

— Sabes que no me gusta — le hice un guiño y me dirigí hacia el despacho.

No tenía duda de que mi aspecto denotaba que la juerga se nos había ido de las manos la noche anterior, porque mis ojeras eran como las de un mapache. En cualquier caso, Carlota era de lo más discreta y no dijo nada al respecto.

Por otra parte, pensaba que no podía ser que a esas horas ya estuvieran los chicos con esos temas sobre los que opinaban tan diferente y se mataban entre ellos en busca de que el otro al final diera su brazo a torcer, cosa imposible. Pasaba lo mismo con el fútbol, ninguno coincidía en equipo con el resto y eso desataba grandes disputas en los clásicos.

Algunas veces había pensado que ambos temas debían ser tabú en la oficina, porque vaya si se enganchaban. Eso sí, era un pensamiento en broma. Jamás pensaría en serio algo así. Para mí, la libertad de expresión era un valor sagrado.

Un poco después vino Carlota con el café en las manos.

— ¿Qué tal la nueva? Ayer la vi más relajada — pregunté para ver la perspectiva de ella.

— Pues a mí me cae genial y se ve que está muy centrada, me da buena vibra.

— A mí también, creo que congeniará bien con el equipo.

— Estoy segura — me hizo un guiño y cerró la puerta.

Un mensaje de mi ex entró al móvil y fue ya lo peor para empezar el día con mal pie.

“Alexis, la pequeña está triste ya que este sábado se celebra el cumple de su prima Lola. Van sus primos a casa de mis padres a pasar el fin de semana”

Me puso a mil por hora.

“Claro, pero me parece otro gesto muy feo por tu parte. Pudiste haberme cambiado el finde anterior que no estaba con ella y no que ahora son tres semanas sin verla. Sea como fuere, sigo pensando en el bien de Lucía y por supuesto que disfrute del cumpleaños”

Me ponía como una moto, con lo que echaba de menos a mi hija y siempre se las ingeniaba para hacerme cosas así. Era cruel hasta decir basta.

Visto con perspectiva, intentaba recordar qué me había enamorado de Cata y no acertaba a sacar nada en claro. Suponía que habría sido cuestión de una atracción física bestial, por aquello de que era muy guapa, pero poco más. Los valores brillaban por su ausencia en mi ex.

Ya me había dado la mañana, el día, la semana y la siguiente. El mal humor se apoderaba de mí y encima con la resaca que tenía de la noche anterior. Busqué un Ibuprofeno en el cajón del despacho. No me tenía en pie, entre pitos y flautas.

Bajé a desayunar para que me diera el aire, allí estaba Daniel.

— Buenos días, jefe — me dio dos golpes en el hombro. Estaba algo cariacontecido, aunque ese no conocía la vergüenza.

—Buenos, buenos... No sé yo cuál de los dos lo tiene peor. ¿Cómo está ese ojo? —miré y parecía que hubiera participado en un combate de boxeo la noche anterior.

—Duele un poco, para qué voy a engañarte. Tú tampoco es que traigas la mejor cara...

— Calla, que vengo enfurecido, otra vez me la lio Cata con la niña.

— ¿Qué pasó?

— Un cumpleaños de su prima que me impedirá verla este fin de semana...

— Y no te dijo nada con anterioridad para cambiarlo.

— Así es, así juega ella de sucio.

s

— Pues no te compliques, tu hija se dará cuenta de todo cuando pasen unos años. Descuida que Cata no se va a llevar ningún título a la “madre del año”.

— Ya, pero me quita la posibilidad de estar a su lado.

— Si, eso lo entiendo.

— Al margen de lo del ojo, ¿Qué tal la resaca?

— Pues bien, pero necesitaba desayunar pronto.

— Me lo pasé genial, eres un *crack*. Eso sí, la salida de allí fue apoteósica. Para habernos echado a los perros. Solo a ti se te ocurre...

— Soy un caso aparte.

— Y encima, como si no hubieras recibido ya lo tuyo, con ganas de pelear con Fernando por cuestiones de política ¡Para matarte!

— Si, es que mira...

— Ni de bromas, a mí ni me hables de eso, no quiero entrar en una batalla de esas características — reí.

— No lo pensaba hacer — volteó los ojos.

— Ya, pero te conozco, Orozco — lo miré con cara de no creerlo mucho—¿Qué te han dicho los demás sobre lo del ojo?

—Todos me han preguntado. Y yo les he dicho la verdad.

—¡¡No jodas!!

—Pues claro que, al salir de la fiesta, como estaba un poco perjudicado, me agaché a ponerme los cordones y tú, que no ibas mejor, abriste una puerta y me arreaste con el picaporte en el ojo.

—¿Me has echado la culpa a mí? ¡Serás gusano!

—Nada de culpa—tranquilo—Todos saben que ha sido un accidente y que eres un poco patoso. Eso es todo—sonrió. Era para matarlo...

—Por cierto, con las chicas muy bien, ¿eh? Eran dos encantos.

—Sí. Y esas nos llaman seguro. Te lo digo yo que tengo ojo para esas cosas.

—Pues espero que el ojo al que te referas sea el bueno, porque con el otro bien poco que vas a ver...

Desayunamos y nos fuimos para la oficina. Me puse a echar la mañana fuera como pude ya que no tenía ganas de nada. Cata ya me había jodido, pero bien.

Carlota se apiadó de mí aquella mañana, en la que debió notar que yo necesitaba más que nunca un refuerzo de café. Al rato llegó con otro.

—Alexis, ¿estás bien?

—He tenido días mejores. Por cierto, Carlota, ¿y tu niña? Hace días que no te pregunto por ella.

Me solía ocurrir que, cuando no podía ver a Lucía, me reconfortaba que a veces me hablara ella de la suya. Era como si pudiera participar un poquillo de su felicidad.

—Está para comérsela, Alexis. Es más lista que el hambre. Ya lee bastante bien. Dice que, a partir de ahora, va a ser ella quien nos lea a su padre y a mí el cuento de buenas noches. ¿Qué te parece?

—Que es una *crack*, no me puede parecer ninguna otra cosa.

—¿Y tú con Lucía? ¿Vas pudiendo verla algo más?

—Ahí vamos, Carlota, ahí vamos—mi gesto lo decía todo, pero yo no quería entrar en explicaciones.

—Pues mucha paciencia y recuerda que tú eres un padrazo. Mucho, pero que mucho ánimo—era un amor de mujer.

Cuando cerró la puerta no pude evitar pensar en lo distinta que habría sido mi vida si yo hubiera elegido mejor a la madre de mi hija. De haber sido así, aunque nos hubiéramos separado, no estaría en las mismas. No imaginaba yo a Carlota poniéndole a Tony las cosas difíciles con Martina.

De repente sonó el teléfono y era Nuria.

—¡Hola, Alexis!

—¡Hola, Nuria!

—Un pajarito me ha contado que ayer los señores Peña, es decir, mis santos padres, estuvieron por tu oficina. Y en conjunto, para hacer fuerza...

—Bien los conoces—reí.

—Anda a ver, desde que nací...

—¿Cómo va la clínica nueva? —Nuria era veterinaria y recientemente había hecho realidad su sueño de tener su propia clínica.

—Pues formidable, Alexis. Rodeada de todos estos bichejos adorables, que ya sabes que son mi vida.

—Debes estar como niña con zapatos nuevos.

—Puedes jurarlo. Mira, de hecho, hace un rato he practicado una cesárea a una preciosa dálmata. Ha nacido una camada como la de la peli de *Disney*, una pasada...

—¿De 101 dálmatas? ¡No puede ser! —bromeé.

—No jodido, de 101 no, pero sí muy bonita. He flipado con estos enanos. Están ahí ahora todos tumbaditos con la madre y es una delicia.

No podía saberlo ella, pero la conversación de los renacuajos y la madre también me tocaba la moral. No era mi día.
a

—Y hablando de renacuajos, ¿tu Lucía bien?

—Divina, para comérsela. Lo malo es la madre, que también es para comérsela, pero en su caso para cagarla en la gran puñeta.

—Ya tienes que estar cabreado para hablar en esos términos, con lo finolis que eres...

Desde siempre me había hecho Nuria la broma de que yo era muy finolis. Ella era muy guerrera y me daba caña desde que no levantábamos dos palmos del suelo.

—Ya salió lo del finolis. Mucho habías tardado hoy—reí.

—Es que si no te lo digo no soy yo.

—Lo sé, lo sé...

—Por cierto, tenemos que vernos...

—Eso desde luego. Bueno, no hace falta que te diga que tu madre ya me comentó ayer que nos juntáramos en tu casa un domingo. Y luego nos fuéramos a tomar algo...

—Claro, a pelar la pava tú y yo como dos adolescentes y encima heteros, que eso es lo peor.

—Oye, que yo sí soy hetero—me quejé.

—Ya, ya, pero yo no y siguen sin enterarse. Es la bomba el tema.

—¿Oídos sordos?

—Y vista nula. Es lo más surrealista del mundo. Llevo dos años viviendo con Daniela. Lo saben perfectamente, por el amor de Dios si hasta nos hemos comprado el piso juntas...

—¿Y qué dicen al respecto? —aquello era todo un sainete.

—Nada, que hay que ver las amistades de hoy en día. Y de ahí no salen. Saberlo lo saben perfectamente, pero se hacen los suecos...

—Se escudan en su edad para no darse por enterados...

—Bueno, pues si así son felices, no tengo nada que objetar, pero vaya tela marinera.

—Paciencia amiga, cada uno tiene su cruz.

—Verdad, amigo.

Nos despedimos prometiendo vernos pronto. Nuria era un encanto de mujer y rebosaba vitalidad por la punta de las orejas. De siempre me había gustado echar un rato con ella. Eso sí, nunca pudo ver a Cata.

Lo que dijo de que sus padres se hacían los suecos, me recordó a las chicas de la noche anterior y eso provocó en mí una sonrisa. Algo bueno tenía que darme el día.

Llegué a casa y ya Fina se había marchado, pero me había dejado el almuerzo solo para calentar.

Quizás sin saberlo, esa mujer era otro pilar clave en mi vida. Mantenía mi casa en orden y eso era algo que yo precisaba igual que respirar.

Rabia, dolor, decepción, eso es lo que sentía con Cata desde que me separé, una persona de lo más egocéntrica que solo miraba por su ombligo y por joderme. Le importaba un bledo lo que pasara con nuestra hija, era su escudo para hacerme daño.

Intenté relajarme pues me estaba envenenando a mí mismo. Tenía ganas ya de ver a mi pequeña y con eso no partía peras con nadie.

Me consideraba una persona parcial, justa, ética, con principios y había topado con la peor mujer, alguien sin escrúpulos, lo único bueno que me quedaba de ella era Lucía. De lo contrario sería una persona que no quisiera volver a ver en mi vida, todo un chasco y una decepción.

Decidí irme a pasar la tarde a casa de mis padres así que me cambié, cogí el coche y tiré para el sur a verlos. Aprovecharía y cenaría con ellos.

—¡Hola, hijo! Dichosos los ojos que te ven por casa—a mi madre siempre le parecía que hacía un siglo que yo no iba por allí.

—Mamá, estuve hace poco. No me seas exageradita, anda—la adoraba, no podía ser de otra manera. Era una mujer fuera de serie.

—Bueno, menos mal que este fin de semana nos vas a traer a nuestra nieta que esa sí que es una verdadera quitapenas.

—Pues mucho me temo que no, mami.

Se quedó a cuadros y le conté. La pobre negaba con la cabeza e intentó rápidamente cambiar de tema para no hurgar más en la herida.

—¿Sabes que tu primo Ismael viene a visitarnos en un par de meses?

—No tenía ni idea, mami. Mira que lo tengo en Face y que hablamos de vez en cuando, pero no me ha contado...

Ismael era primo hermano mío, hijo de una hermana de mi madre, mi tía Matilde, que no podía guardar un secreto.

—En realidad el pobre nos quería dar una sorpresa, porque se ha ennoviado en Francia y por lo visto se casa. Quería plantarse aquí con la chica sin decir nada, pero no tuvo otra cosa que comentárselo a mi hermana...

—No me digas más. Y en media hora lo sabía Tenerife entero.

—Y el resto de las islas también, hijo. Tu tía Matilde es un caso perdido—rio.

—¡Vaya plan, no sé cómo se le ocurre al primo!

—Porque yo siempre he dicho que a ese chico le falta un hervor—habló mi padre y sentenció. A mi madre se le salían los ojos de las órbitas.

—No digas eso, Carlos. Es mi sobrino y además nuestro ahijado. Me fastidia mucho, ¡ni que fuera tonto el pobre!

—Tonto no, pero inocente, como él solo. No se le ocurre a nadie más contarle a tu hermana una cosa así.

—Hombre lo dices como si la pobre fuera...—era su hermana y mi madre quería defender lo indefendible.

—¿Una cámara de vigilancia de las antiguas?

Al final nos tuvimos que reír todos. Entre mis padres siempre había reinado un buen rollo impresionante que con el paso de los años no había ido sino a más. Era una delicia verlos juntos.

La cena fue succulenta. Mi madre era una cocinera extraordinaria y mi padre era el repostero oficial de la casa, de modo que en lo concerniente a las comidas se complementaban a la perfección.

—Hijo, antes de irte te tomas un arrocito con leche que ha hecho tu padre y que tiene una pinta que no veas.

—¡Cielos, mamá! No sé si me va a entrar ya. Hemos cenado como reyes...

—¡Tonterías, mi niño! Un día es un día. Ya sabes que nosotros tampoco nos damos estos caprichos de repostería a diario, pero una vez al año no hace daño.

Era cierto que ellos se cuidaban mucho e incluso habían instalado un pequeño gimnasio en casa para ejercitarse como complemento a los largos paseos que daban a diario.

—Pues también tienes razón, mami.

—Aquí está, con su canela en rama y su limón—mi padre venía feliz con su creación en las manos.

—Es una exquisitez, papá. Lástima que yo no haya sacado tus manos para la repostería...

—Hijo, yo tampoco me puse manos a la obra hasta que no me jubilé. Durante mis años en activo, solo veía números por todas partes.

Hice memoria y recordé que así era. Recordaba los años en los que mi madre y yo, cuando era pequeño, nos íbamos a jugar a otra estancia y lo dejábamos en el salón, inmerso en el trabajo.

—Tienes razón papá, trabajaste lo tuyo.

—No te lo voy a negar, Alexis. Eso sí, estoy contento porque mi legado no podía haber caído en mejores manos.

—Intento que así sea, papá. Todo te lo debo a ti. Yo solo he heredado tu negocio.

Nos despedimos y conduje hacia casa algo más relajado. Llegué y no me costó coger el sueño. Pese a lo complicado que había sido el día, la falta de descanso de la noche anterior hizo que cayera en brazos de Morfeo en un periquete.

—Intento que así sea, papá. Todo te lo debo a ti. Yo solo he heredado tu negocio.

Nos despedimos y conduje hacia casa algo más relajado. Llegué y no me costó coger el sueño. Pese a lo complicado que había sido el día, la falta de descanso de la noche anterior hizo que cayera en brazos de Morfeo en un periquete.

Capítulo 4



La cara de Carlota mientras yo entraba en las oficinas me dejó descolocado.

— Buenos días ¿Pasa algo?

— Buenos días. Sí — se puso a llorar.

— Ey — me acerqué por detrás del recibidor — ¿Qué pasó?

No la había visto así jamás de los jamases y sabía que algo bastante gordo tenía que haber ocurrido para que ella estuviera de esa forma.

— Han llamado los padres de Elba — tenía el corazón encogido — Me han preguntado si llegó y les dije que no. Se pusieron a llorar desesperados. Ayer tarde se fue a correr y ya luego no pudieron hablar más con ella. Para colmo de males, el teléfono está apagado, no le entran los mensajes.

— ¿Han ido a su casa?

— Fueron anoche bien tarde, pero no estaba. El coche sí, pero ella no.

— Qué marrón — resoplé agobiado poniéndome la mano en la frente — Dame el teléfono de sus padres, los llamo desde el despacho, necesito un café.

— Ahora te lo llevo — respondió entre sollozos.

Llamé a su padre, Guillermo, tal como me senté. Estaba roto de dolor y desesperación. Los servicios de seguridad

de la isla ya estaban al tanto. La policía estaba haciendo su trabajo e iban a peinar las zonas por la que ella solía ir a correr, los senderos... Ellos también iban dando vueltas con el coche para mirar por los lugares por los que podría haberse caído o accidentado de algún modo.

Era desesperante. Me estaba ahogando de escuchar a esas personas presas del pánico, hablando desde el manos libres del coche mientras buscaban a su hija.

Les dije que nos poníamos a su entera disposición y que cualquier cosa que necesitaran de medios tanto económicos como de la plantilla contarán con nosotros. De todas formas, nos íbamos a unir a la búsqueda todos y cada uno de sus compañeros. Me lo agradecieron.

Colgué el teléfono y Carlota entró para traerme el café.

—Por favor, reúne a todos en diez minutos. Necesito hacer una propuesta que creo razonable.

—Claro que sí, Alexis. Supongo que tendrá que ver con Elba. Todo lo que se nos ocurra puede ser de ayuda.

—Eso espero, Carlota. Eso espero.

Elba era una persona deportista hasta la saciedad. Desde su divorcio se había refugiado mucho en la práctica deportiva y, a la salida del trabajo, solía machacarse en el gym. Correr era también una de sus aficiones preferidas

Mandaba narices pensar que de un hábito tan sano pudiera derivar una desgracia como aquella. Era contradictorio un sinsentido...

Revisé todos los emails, dejé lo urgente listo y fui a hablar con ellos.

Al entrar en la sala el agobio, dolor, tristeza, incredulidad y resto de sentimientos negativos habidos y por haber se palpaba en sus caras, inclusive en la de Olivia que lloraba con tristeza intentando contenerlo.

— No es momento de preguntas — dije cuando me sentaba — no se sabe nada, todo son suposiciones, Solo se tiene la certeza de que nuestra compañera Elba ha desaparecido, pero se ignora si le pasó algo, si tuvo un accidente o si alguien tuvo algo que ver. Lo único que sé es que Elba es muy querida entre nosotros y no nos vamos a quedar quietos — todos afirmaban opinando lo mismo — He pensado que como sabemos más o menos

por dónde se mueve ella, deberíamos ir a buscarla y emitir un comunicado en la página de las redes de la financiera para que la gente comparta su imagen, además de en nuestros perfiles, pidiendo máxima difusión.

Todos comenzaron a decir que por supuesto, que así se haría y Olivia se ofreció a preparar la foto con los teléfonos dónde deberían llamar y su nombre. Después se lo pasaría a Daniel que era el que movía las redes un poco y de ahí todos a compartir y echarnos a la calle. Elba era nuestra prioridad.

Me llamó la atención lo rápido que se ofreció Olivia a ayudar. Aunque ya formaba parte de nuestro equipo, acababa de conocer a Elba. Sin embargo, trató el tema con un tacto y un mimo infinitos. Sin duda, era de agradecer.

Quedamos en hacer lo pactado en media hora e irnos de dos en dos, Daniel con Fernando, Olivia conmigo y Carlota se quedaría en las oficinas para atender las llamadas, posponer citas y demás.

La única que faltaba era Davinia porque justo para ese día tenía prevista una intervención de cirugía menor y ni siquiera se había enterado de lo ocurrido.

La noticia fue compartida en nuestras redes y empezó a extenderse como la pólvora. Me fui en mi coche con Olivia que iba descompuesta. Le dimos el encuentro a sus padres para explicarles lo que estábamos haciendo. Los encontramos destrozados, asustados. Reflejaban un miedo absoluto y no era para menos.

‘Yo no podía sentirme más identificado con ellos. También tenía una hija y si algo así le pasaba a mi pequeña Lucía era capaz de volverme loco. No podía ni imaginar por lo que estaban pasando aquellas personas, pero debía ser lo más parecido a un tormento.

De repente la cosa comenzó a movilizarse por la zona donde ella corría. Empezó a aparecer la policía, un montón de ciudadanos dispuestos a ayudar y Protección Civil que se encargó de distribuir a los voluntarios.

Aquello ponía los pelos de punta, la de gente desinteresada que se acercaba a ayudar en la búsqueda, además de aparecer diferentes medios de comunicación que era lo que convenía para dar máxima difusión a la noticia y que su cara la vieran en todos lados.

En esas estábamos cuando me llamó mi padre.

—Hijo, acabo de ver en las redes de la empresa la noticia. Apenas puedo creerlo. Me siento partícipe.

—Gracias papá, lo sé perfectamente.

—Por mucho que esté jubilado, mi corazón va a estar siempre ligado a esa financiera.

—No hace falta que me lo digas, papá. No me cabe la más mínima duda.

—¿Tú dónde estás, hijo?

—En el lugar de la desaparición, papá. Nos hemos movilizado todos. Creo que es nuestro deber para con nuestra compañera.

—Por supuesto, Alexis. Es lo mismo que hubiera hecho yo. De hecho, no me voy para allá y me pongo a buscar con vosotros porque hoy tenía hora para que me hicieran las pruebas esas de las molestias de la próstata y estoy con tu madre en la clínica.

—Quédate tranquilo, papá. De veras que vamos a ser muchas las personas que participemos en la búsqueda.

—Gracias, hijo. Eso sí, no hace falta que te diga que cuentes también con todos los medios económicos a mi alcance que necesites.

—Gracias, papá. Lo tendré en cuenta. No obstante, ya está todo controlado.

Era una persona de ley mi padre. Desde siempre me había enseñado muchos valores: el que tenía un apretón de manos entre dos personas y que ya servía como un contrato, el de la honestidad, el de la lealtad...

Llamé a una empresa de catering para que trajera bocadillos, agua y refrescos en cantidad para todo el mundo. Debíamos ser unas doscientas personas. No quería que aquello parara y que tampoco le faltara de nada a la gente que había allí, desconocidos con un corazón de oros unidos por la búsqueda de Elba.

Olivia era una dulzura de mujer. A priori yo no esperaba una actuación así por su parte. Fue de lo más válida, un regalo inesperado.

Estuvo todo el tiempo con la madre de Elba actuando como lo hubiera hecho una psicóloga, abrazándola, escuchándola... La arropaba con tanto cariño que era imposible obviarlo, cosa que yo agradecía. Pese a ser nueva se notaba a kilómetros que había conectado muy bien con su compañera y que aquella situación la sentía de verdad.

A las dos de la tarde, llegaron la comida y bebida. Los compañeros de la empresa nos pusimos a repartirla. Ya estábamos todos allí, inclusive Carlota que cerró dos horas antes la oficina con mi autorización y se vino con los demás a ayudar. Todo el equipo estaba pendiente de sus padres, de que allí no faltara de nada y de mover por las redes cuanto pudiéramos.

Luego llegaron el café, la cena... Aunque el sol se estaba poniendo, la gente quería seguir buscando. Se organizaron grupos hasta para la noche. Nadie quería dejar sola a Elba en caso de necesitar ayuda, así que estaba todo el mundo volcado en su búsqueda.

Hablé con un inspector de la Policía Nacional al mando de la operación.

—¿Cómo ve la cuestión?

—Hombre, no vamos a negar que en cualquier tipo de desaparición las primeras cuarenta y ocho son cruciales. Vamos a hacer todo lo posible.

—Tenemos que mantener la esperanza. Por favor, dígame que no van a cejar en su empeño.

—Ni mucho menos. No se preocupe. Es más, estamos pensando en aumentar el dispositivo de búsqueda. Haremos cuanto esté en nuestra mano.

—Para nosotros es como si fuera de nuestra familia. Somos una empresa pequeña. Pasamos muchas horas juntos. Estamos muy bien avenidos. Todos estamos sufriendo mucho.

—No hace falta que lo jure. En todas las islas se está hablando de la gran labor que como compañeros están desarrollando ustedes.

—Ojalá sirva para algo. Dígame si podemos hacer algo más. Gracias a Dios, le empresa que dirijo arroja beneficios y podemos invertir en los mejores equipos...

—Los mejores equipos pertenecen a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, no se preocupe. Por esa parte, está todo controlado.

—Gracias.

—Si quiere mi opinión...

—Por supuesto.

—No me parece una zona propicia para que la chica haya sido atacada ni agredida. Más bien apostaría por el hecho de que haya sufrido un accidente.

—Esperemos que así sea...

—Hemos de ser cautos, en cualquier caso. La intuición puede fallar. Al mejor cazador se le va liebre...

Estuvimos hasta las dos de la mañana, hora en la que nos retiramos a dormir. Sus padres se quedaron en la caseta habilitada por Protección Civil.

No querían moverse de la zona. Estaban seguros de que Elba se encontraba en aquella inmensa montaña, por algún lugar, pero que no había salido de allí. Además, la última señal de su móvil se detectó en ese mismo sitio, desde el que había que peinar los alrededores.

s

Olivia y yo nos montamos en el coche. Estábamos exhaustos.

—Creo que la madre de Elba no esperaba tener a alguien tan humano cerca hoy.

—¿Tú crees?

—Sí, realmente lo creo.

—Gracias, yo solo he hecho lo que creía que debía.

2

—Sí, pero has empatizado mucho con ella. Y eso que no tienes hijos, créeme que es sorprendente.

—Ya, supongo que los que sois padres lo viviréis de una forma todavía más especial—yo le había comentado que tenía una hija en el desayuno que compartimos debajo de las oficinas.

—Ni te cuento. Son cosas que no tienen explicación.

—Algo me dice que Elba está bien. Yo soy un poco sensible para estas cosas y percibo su energía, fíjate.

—¿Lo dices en serio? —quería refugiarme en cualquier idea positiva al respecto. Sentía que lo necesitaba.

—Sí, sí. Algún día te contaré, que hoy no es el caso. La cuestión es que más de una vez me han pasado cosas que no sabría cómo explicar, pero he tenido presentimientos.

—Pues espero que el universo te escuche y estés en lo cierto. Necesito a mi gente conmigo. No concibo la oficina sin ninguno de mis compañeros.

—Lo entiendo. Eres un jefe muy particular—sonrió.

—Soy jefe porque alguien tiene que serlo, pero también me considero compañero y amigo de cada una de las personas que trabajan conmigo.

—Eso se percibe Alexis. No tengas duda.

—Me alegro—sonreí.

Dejé a Olivia en su casa y quedé en recogerla al día siguiente, se iba a venir conmigo para apoyar a su madre de Elba. Le había servido de gran ayuda. Los demás se quedarían en las oficinas con las redes y trabajando, pero Olivia y yo nos uniríamos de nuevo al dispositivo de búsqueda a primera hora.

Camino de mi casa no podía dejar de pensar que aquella chica era especial. Su forma de conectar con las personas su empatía, su entrega, su solidaridad...Eran valores que yo compartía y que detectaba en Olivia. Y luego estaba

el hecho de que era extremadamente atractiva. Sin duda, tenía gancho.

,

,

el hecho de que era extremadamente atractiva. Sin duda, tenía gancho.

Capítulo 5



Casi no pude pegar ojo en toda la noche. A las siete de la mañana estaba en la cocina, tomando café y leyendo las noticias sobre su búsqueda.

Fui a por Olivia que bajó cabizbaja y triste.

— Buenos días — sonreí con tristeza.

— Buenos días. No he podido dormir nada — negaba con desesperación y se apoyó con su mano en la frente sobre la ventanilla.

— Yo he estado igual, además no hay nada de información hasta ahora. No tienen pista alguna sobre su posible paradero.

— Ya, tiene que ser durísimo para esos padres y para la propia Elba ¿Qué le estará pasando?

— Ni idea, no quiero pensar en nada malo, solo en un accidente y en que no pueda comunicarse, espero que demos con ella.

— Yo también, la situación es desesperante al máximo.

Llegamos al punto de encuentro y allí estaban sus padres, con los ánimos por los suelos, con esa tristeza y dolor que se reflejaban en sus caras.

Junto a ellos se encontraban los expertos, actuando con máxima profesionalidad y trazando las líneas maestras de la actuación de las siguientes horas.

Olivia se acercó a Eloísa, la mamá de Elba y su padre y yo nos dimos un abrazo.

—¿Habéis podido descansar algo? —le preguntó a la desgarrada madre.

—Nada de nada, hija. No podremos coger una cama hasta que nuestra pequeña haya aparecido.

—Va a aparecer pronto—Olivia no paraba de consolarla.

—Sí, ¿verdad? —la mirada de Eloísa era realmente impresionante. Se perdía en el horizonte. Estaba como ida, como si de tanto dolor desconectara y su cuerpo permaneciera allí pero su mente estuviera en otro lado.

—Por supuesto que sí—la abrazaba constantemente.

Yo no podía evitar pensar en el hecho de que, tuviéramos la edad que tuviéramos, nuestros padres siempre nos verían como niños. Eso era lo que estaba ocurriendo con Elba. Para ellos, era su pequeña. Por ende, para mí también lo sería Lucía.

Estuve charlando con su padre, que se mostraba más entero, y me contó a grandes rasgos las líneas de investigación que tenían abiertas las autoridades. Yo mostré interés por si algo había cambiado desde lo que me habían comentado la noche anterior.

Desgraciadamente no había nuevas pistas. Nada era descartable en esos momentos, cualquier cosa le podría haber sucedido a Elba. En aquel escenario reinaba el desconcierto.

No llevaba ni media hora allí cuando, entre la multitud que se agolpaba para seguir ayudando, divisé a mi padre. Allí estaba el bueno de Carlos con su chándal y sus zapatillas deportivas, recién llegado.

—Hola, hijo—me abrazó.

—Hola, papá. Ya sabía yo que hoy sí aparecías por aquí.

—Ya me conoces. Si no vengo exploto. Y tu madre no ha venido porque le he dicho que ella está delicada de las

rodillas y que no nos iba a venir bien si encima se caía por aquí, pero de otro modo, no la paro.

—Sois la bomba, papá. Siempre tan solidarios.

—Es lo menos, hijo.

—Ven por aquí, ya conoces a los padres de Elba. Se alegrarán de saludarte—mi padre los conocía porque Elba llevaba muchos años con nosotros.

—Naturalmente.

Sus padres no tenían palabras para agradecerle. Comenzaron a llamarle Don Carlos y él les dijo que no lo hicieran que ni siquiera cuando era jefe le gustaba que le llamaran así, cuanto y más ahora, que actuaba en calidad de padre.

Ellos venían a ser de la misma quinta, porque Elba contaba con cuarenta y cinco años, mientras que yo tenía cuarenta y tres.

Mi padre y el de Elba pasaron las horas juntos. Buscaban minuciosamente hasta debajo de las piedras y se hacían compañía.

Estuvimos toda la mañana allí y a eso de las doce del mediodía volvió a llegar el mismo catering del día anterior para aprovisionarnos. El cansancio empezaba a hacer mella en cada uno de nosotros, pero nadie estaba dispuesto a darse por vencido.

Fue entonces cuando aproveché para presentarle a mi padre a Olivia, ya que estábamos tomando un tentempié todos juntos, sentados sobre unas piedras.

—Así que esta preciosa señorita es la última incorporación de la empresa—se dirigió a ella.

—Eso parece, señor Montalvo. Empresa en la que se le considera a usted toda una institución, por lo que ha llegado a mis oídos.

—No será para tanto, hija. Solo he sido un trabajador que tuvo la suerte de mantener su empresa a flote en unos tiempos que no fueron precisamente fáciles—se notaba que estaba haciendo memoria y se emocionaba.

—Permítame decirle que no creo que la suerte tuviera demasiado que ver en eso. Soy de las personas que cree en la combinación del espíritu de sacrificio y la constancia.

—Sabias palabras, hija mía. Y eso sí, tutéame, por favor. No soy tan mayor—rio. Mi padre siempre solía hacer la broma de la edad para quitarle hierro al asunto. Le gustaba que le trataran con cercanía.

—Lo intentaré, pero no puedo garantizarle nada. Reconozco que me cuesta.

Al rato, mi padre se acercó a mí.

l,

—Alexis, hijo. Me gusta esa chica. Creo que cada vez tienes más capacidad para hacer buenos fichajes.

—Me alegra saberlo, papá. A Alberto Peña también le gustó cómo le atendió el otro día.

—¿Alberto le ha dado el visto bueno?

—Sí.

3 —Pues entonces apaga y vámonos. Ese sí que tiene olfato para los negocios.

Pasamos el resto del tiempo recorriendo las zonas que quedaban palmo a palmo.

—Creo que por mucho tiempo que pase no voy a olvidar nunca los gritos de todas estas personas llamando a Elba por si ella los puede escuchar—Olivia me estaba acercando un cafecito.

—Tengo la misma sensación. Nunca había participado en un dispositivo de este tipo y además de que es impresionante, me ha tocado muy de cerca.

Conforme las horas iban pasando, la desesperación se iba adueñando de cada uno de nosotros. En un momento dado, la madre de Elba sufrió un ataque de ansiedad y Olivia volvió a serle de gran ayuda.

—Respira, Eloísa, respira. Venga, tranquilita, cógete de mi brazo y vamos a dar una vueltecita por aquí—le indicaba el camino y la llevaba amorosamente mientras le hablaba.

—Yo no es por nada, Alexis, pero parece que mi hija no está aquí. Si estuviera, ya la habríamos encontrado—el padre de Elba se iba también desmoronando.

—Un poco de paciencia, vamos a seguir buscando—le indiqué.

—Hazle caso a mi hijo. La esperanza es lo último que se pierde. Vamos, amigo—mi padre le invitaba a seguir buscando.

Pero, por mucho que nos empeñáramos, desafortunadamente se aproximaba el momento en el que no quedara un centímetro cuadrado que peinar.

La noche anterior el despliegue de medios había sido impresionante. Helicópteros y montañeros estuvieron revisando la zona, de la misma forma que la población que se había unido en su búsqueda.

No obstante, todo tiene su final y en un momento dado, los expertos consideraron que había llegado el momento de desmontar el dispositivo. No había nada que hacer. Por mucho que lo deseáramos, nuestra Elba no estaba allí.

Era doloroso ver cómo recogían todos. Sus atormentados padres se fueron para su casa a esperar que la policía hiciera su trabajo en todas las vías de investigación que habían abierto.

—Olivia, hija. Nunca, pero nunca, voy a olvidar lo que has hecho por mí en estas horas.

—Eloísa, de veras que no ha sido nada.

—Para mí ha supuesto mucho, hija—la besó amorosamente en la frente.

—Lo he hecho de todo corazón—se fundieron en un largo e intenso abrazo.

—Alexis, hijo, lo que mi mujer le ha dicho a tu compañera lo hacemos extensivo a ti. No tengo palabras para

agradecerte.

—No tienes que agradecerme absolutamente nada—nos abrazamos también—Estamos en contacto en las siguientes horas y por favor, avisadme si hay cualquier novedad.

—Así lo haremos.

A renglón seguido, me despedí de mi padre, que había llegado hasta aquel lugar en su propio coche y que me reiteró lo muy orgulloso que se sentía de mí.

Llevé para su casa a Olivia, pero por el camino paramos a almorzar, aunque teníamos los estómagos cerrados. Esc sí, el reloj indicaba que ya eran más de las cuatro de la tarde.

— Qué lástima me dan esos padres — no paraba de repetir — Su madre ha entrado en un bucle depresivo. Sentía mucha ansiedad y no quería tomar nada para estar totalmente pendiente a cuanto sucedía a nuestro alrededor. Anoche ni durmieron.

— Ya me dijo su marido. Es un muro muy grande el que tienen ante ellos, su vida ahora no puede ni será otra que la búsqueda de Elba.

—Es muy injusto, muy injusto. Parecen tan buenas personas... Quién les iba a decir a ellos hace tan solo unos días que iban a pasar por esta pesadilla.

—Es cierto. Evidentemente ningún padre merece vivir esto, pero cuando encima ves que son tan buenas personas, se te remueve algo dentro. Yo creo que esta búsqueda va a marcar un antes y un después en nuestras vidas.

Olivia dejó el tenedor sobre su plato y se puso las manos en la cara. A continuación, comenzó a llorar. Parecía frágil y muy vulnerable a pesar de la fuerza que demostraba para trabajar y para desenvolverse. Me había dado cuenta de eso en muchos momentos.

Coloqué mi mano sobre su espalda y comencé a acariciarla. Me generaba mucha tristeza verla así. Levantó la cabeza y me miró.

— Hay que hacer algo, hay que hacerlo — decía entre sollozos.

— Se hará todo lo que se nos ocurra y se pueda. Yo soy el primer interesado en encontrarla. Elba es mi amiga, aparte de una parte importantísima en mi empresa. Te prometo que lo haré — le acaricié la cara.

La dejé en su casa después del almuerzo. Había algo en ella que me despertaba mucha ternura. Hacía mucho que alguien no ablandaba mi corazón de esa manera tan especial, pero ella lo conseguía. Olivia era una mujer preciosa y noble, con un corazón impresionante y con una educación y valores que se reflejaban en cada momento.

Esa tarde le puse un mensaje a Cata para intentar que me dejara ver a la niña. Resultaba que entre semana debía ser el único padre del mundo que no tenía visitas. Y todo porque, en principio, Cata me la jugó diciendo que viviría en otra localidad y que las visitas intersemanales no serían posibles.

)

Dado ese argumento, la juez solo me concedió las visitas de fin de semana y las vacaciones. Tampoco logré la custodia compartida por el mismo motivo, a pesar de los buenos abogados que defendieron mi caso. De cualquier forma, viendo cómo se las gastaba, yo ya había interpuesto una modificación de medidas, pero me tenía que armar de paciencia mientras. Me la había jugado bien.

Su respuesta no tardó en llegar.

“Tiene un poco de fiebre. No veo conveniente que salga a la calle”

Excusas. No esperaba otra cosa, era increíble la capacidad de manipulación y de causar dolor que tenía.

Me quedé toda la tarde en el sofá pendiente al móvil, con las noticias locales puestas en la tele, hablando con Daniel y Fernando sobre el caso de Elba. El mundo se había parado para todos, no había otra cosa más importante que ella, que encontrarla, que todo eso ya acabara.

Antes de dormir le mandé un mensaje a Olivia.

“Buenas noches. Espero que descanses, quizás mañana sea un día bonito.”

Me salió una sonrisa a pesar de esa tristeza que sentía, pero Olivia me la provocaba. Esa era la realidad, increíble pero cierto. No tardó en contestar.

“Buenas noches, jefe. Gracias, espero que así sea, lo deseo con toda mi alma. Descansa”

Jefe, esa palabra me había matado, la odiaba, pero me sacó otra sonrisa. Yo me sentía más compañero que jefe, con más responsabilidad, pero no un jefe.

¹ Costaba dormir con todos esos pensamientos que pasaban por mi cabeza. Era algo muy difícil de digerir, como si te azotaran una mañana y te dijeran que ya nada iba a ser como antes. Eso era lo que más me dolía que pudiera ocurrir, pues deseaba con todas mis fuerzas que Elba apareciera y todo quedara en un susto.

¿Y si se la había llevado alguien? ¿Y si había sido víctima de algún desalmado? Esas eran las preguntas que más dolían, pero si tenía que ser realista, eran muchas las cosas que le habrían podido suceder y ninguna buena.

r

“Buenas noches, jefe. Gracias, espero que así sea, lo deseo con toda mi alma. Descansa”

Jefe, esa palabra me había matado, la odiaba, pero me sacó otra sonrisa. Yo me sentía más compañero que jefe, con más responsabilidad, pero no un jefe.

Costaba dormir con todos esos pensamientos que pasaban por mi cabeza. Era algo muy difícil de digerir, como si te azotaran una mañana y te dijeran que ya nada iba a ser como antes. Eso era lo que más me dolía que pudiera ocurrir, pues deseaba con todas mis fuerzas que Elba apareciera y todo quedara en un susto.

¿Y si se la había llevado alguien? ¿Y si había sido víctima de algún desalmado? Esas eran las preguntas que más dolían, pero si tenía que ser realista, eran muchas las cosas que le habrían podido suceder y ninguna buena.

Capítulo 6



Esa mañana me desperté y tenía veinte mensajes por lo menos, el corazón se me puso a mil. Me levanté rápidamente de la cama y me fui a preparar un café. Quería estar sentado y espabilado antes de leerlos. Me daba miedo abrirlos, tantos mensajes significaban que había información de Elba.

Miré y tenía de todos mis compañeros y amigos. El primero que abrí era el de Olivia.

“Buenos días, jefe. Pon las noticias”

No sabía si eso era bueno o malo, pero me daba terror. Sentía una terrible presión en el pecho que me estaba causando ansiedad.

Abrí el mensaje de Carlota.

“Enciende la tele, Alexis”

Joder, pasaba de leer ni uno más. Encendí las noticias y ahí estaban hablando sobre ello.

Ya estaba a salvo y su ex marido, detenido. Había sido el causante de su desaparición. La había secuestrado mientras corría y a pesar de ella ser una mujer fuerte, no pudo hacer nada por evitarlo.

Por suerte, no había abusado de ella ni la había maltratado, pero la había retenido para de algún modo volverla a recuperar, reteniéndola contra su voluntad. Se había cubierto de gloria, el muy cínico.

Sentí rabia, si en esos momentos me lo hubieran puesto delante no sabría qué le hubiera hecho. Gracias a unos chillidos que escucharon unos vecinos y alertaron a la policía, se pudo liberar a Elba.

Abrí todos los mensajes y el resto iban en la misma línea, avisándome de su afortunada liberación.

Me fui para la oficina donde Carlota me recibió nerviosa, llorando por la tensión de las horas pasadas y emocionada por saber que nuestra compañera ya estaba a salvo y bien.

Entré al despacho de Olivia que al verme aparecer sonrió. Estaba llorando también. Eso confirmaba mi teoría de que era muy sensible.

Se levantó y me dio un abrazo. Me quedé helado, pero por su puesto la arropé en mi pecho.

— Me alegra por sus padres y por ella, por fin descansarán todos — decía entre sollozos.

— Claro, verás que en unos días ya está aquí con esa sonrisa que nos ilumina.

— Bueno, ahora imagino que necesitará su tiempo.

— Y se lo daremos, tendrá todo el que precise.

— Yo me puedo encargar de su parte para que el trabajo no se resienta. Me siento capacitada para llevar adelante lo suyo y lo mío y quiero ayudar.

— Pues respecto a lo que puedas avanzar de lo suyo, tienes vía libre para hacerlo — le agarré las manos — Me alegra que estés aquí y estoy seguro de que Elba sabrá por su madre la gran persona que eres.

— Gracias — sonrió levemente.

Salí del despacho de Olivia nuevamente con la certeza de que no me había equivocado un ápice con aquel fichaje. Vaya si era competente, pocas personas se habrían ofrecido a hacer el trabajo propio más el de su compañera.

Entré en mi despacho y no tardó en aparecer Carlota con el café. Era toda ella un cúmulo de emoción y nervios motivado por lo que había pasado Elba. Creo que nos estaba sucediendo a todos, teníamos sentimientos de lo más encontrados.

Sobre las diez de la mañana, que consideré que era una hora medio considerable, llamé al padre de Elba. Era todo felicidad, agradecimiento, rompió a llorar mientras me contaba. Su hija estaba durmiendo ya que había tenido que testificar durante unas horas y poner la denuncia.

Le transmití que no se preocuparan por nada y le pedí que cuando ella se sintiera mejor me llamara. También le pedí que le comentara a Elba que, por favor, ni se le ocurriera volver esos días, que se tomara los que necesitara y que no se agobiara por nada, que lo principal era que ella estuviera bien.

Me lo agradeció, además Elba se iba a quedar unos días con sus padres hasta que se encontrara totalmente restablecida del susto y de lo que había pasado, que no era fácil.

Durante la mañana el ambiente en las oficinas era raro. Estábamos todos como zombis, serios y en silencio. Íbamos actuando por inercia.

También se había incorporado Davinia a la que la noticia pilló en la clínica ya el primer día. Entró en mi despacho, nerviosa como el resto.

—Alexis, yo porque cuando me enteré ya me habían practicado la intervención. De otro modo, hubiera cancelado. No era nada urgente y hubiera podido hacerlo.

—No te preocupes, Davinia. Lo sé.

—Ha sido muy fuerte, pobre Elba. No quiero imaginar por lo que ha pasado.

—Así es.

—Opino que debió cogerla totalmente desprevenida, porque buena es ella. Además, últimamente incluso iba a clases de defensa personal.

—Pues eso debió ser, que el muy desgraciado la pilló totalmente por sorpresa.

—Eso sí. Lo he estado hablando con Sergio y dice que se le va a caer el pelo.

—Eso es lo que merece. Pasar una buena temporada a la sombra, por miserable.

Salí a tomar un café y no se escuchaba ni un murmullo en los pasillos. Parecía como si nos hubieran dado a todos en el botón del “off”, así que al mediodía les invité a una cerveza y unas tapas en el bar.

Cuando entramos en él, todos nos hablaban de lo de Elba. Era conocida allí de sobra, llevaba muchos años tomando café cada mañana, de forma que todos estuvieron muy atentos a la búsqueda. Incluso muchos de ellos habían participado.

Olivia estaba un poco seria. Sonreía, pero levemente. Su semblante indicaba que lo había pasado mal, como si se hubiera tratado de una amiga suya de toda la vida. A ello había que unir la presión de que a la isla al completo el corazón le había dado un vuelco con la noticia.

Después de tomar unas cervezas y picotear algo se fueron marchando cada uno de ellos. Estaban exhaustos. A mí tampoco me faltaba cansancio, pero no tenía ganas de encerrarme en casa.

De repente tuve una idea que me apeteció mucho. Le propuse a Olivia irnos a merendar a un sitio muy tranquilo y bonito, un lugar que me encantaba. Aceptó sin dudarle, era muy predisposta.

Nos fuimos en mi coche ya que ella vivía cerca del trabajo e iba andando.

— Me apasiona este paraje — dijo sentándose en la terraza de ese lugar que nos permitía disfrutar de la plena naturaleza.

— Es uno de mis lugares favoritos, a veces vengo a tomar un café, otras a almorzar y otras a cenar.

— Hace tanto que no salgo a hacer este tipo de cosas— sonrió — bueno con mis padres algún domingo a un restaurante cerca de casa, pero salir no.

— ¿No sales con tus amigas a tomar copas o cenar? — pregunté incrédulo.

— No, mis amigas están casadas o emparejadas — sonreía.

— ¿Y no quedáis de vez en cuando?

— Me está costando restablecerme mucho de un golpe duro — se le cayeron unas lágrimas y se precipitó a secárselas con sus dedos — Perdón, pero aún duele mucho.

— Tranquila ¿Puedo saber qué te pasa?

— Desde los dieciocho años estuve con un chico llamado Jorge, cinco años mayor que yo, mi pareja de toda la vida — se hizo un silencio cuando vino el camarero y le pedí unos cafés y dos pasteles de chocolate que hacían el lugar y estaban riquísimos.

— Sigue — mi tono era suave.

— Terminó la carrera de profesor y logró plaza rápidamente. Yo estaba comenzando la mía, pero me fui a vivir con él ya que tenía el sueldo asegurado. Seguí estudiando, tenía su apoyo y todo iba genial. Terminé la carrera y me matriculé en un máster — cogió aire y lo soltó — hasta hace un año que... — rompió a llorar y le agarré la mano por encima de la mesa.

— Tranquila — le apreté la mano con cariño.

— Murió en un accidente de moto — terminó la frase a duras penas.

— Lo siento — se me encogió el corazón — Debe ser muy duro.

— Lo es, gracias a Dios que tenía a mis padres y hermanos. Yo aún no trabajaba, volví con ellos a su casa y la verdad es que se han dejado la piel en intentar que fuera feliz. Ahora están de lo más contentos al verme con el trabajo de mis sueños — sonrió con tristeza.

— No sabes cuánto me alegra haberte dado el puesto — lo dije de corazón.

— Gracias — Esta vez fue ella la que cogió mi mano y me la acarició rápidamente con cariño.

— Me vas a prometer una cosa — le señalé con el dedo sonriendo.

— Dime — sonreía levemente.

— Mañana es viernes y vas a aceptar que te invite a cenar. Quiero que salgas, además me alegrará tener un plan pues no será un fin de semana fácil.

— No sé, te prometo que iría, pero me siento como si estuviera haciendo algo malo.

¹ — No digas eso. No estás haciendo nada malo y aunque lo hicieras ya debes asumir que tu vida continúa, no debes olvidarlo por supuesto, pero tienes que empezar a vivir sin miedo.

— Me cuesta mucho — hubo un silencio cuando nos trajeron el café y los pasteles.

— Lo sé, pero quiero que mañana cenemos. Solo eso, tienes que ir quitándote ese sentimiento — le imploré con una leve sonrisa.

— Está bien — sonrió— Hoy merienda, mañana cena, a este paso me haces un tour en dos días impresionante — volteó los ojos y sonrió.

— Mereces darte la oportunidad de vivir, te lo digo con sinceridad.

— Lo sé, pero cuesta mucho — sonreía con tristeza. Se notaba que su novio lo había sido todo para ella.

—No te digo que no. Si te soy sincero, yo tampoco paso por mi mejor momento. Me está costando hacer vida normal, pero hay que intentarlo.

—¿Sí? Yo he confiado en ti y te he contado mis pesares. Espero que hagas lo propio, si te apetece. De mi boca no va a salir nada.

—Sabes que tengo una hija, mi pequeña Lucía...

—Sí, me lo comentaste y después me ha dicho Carlota que es una auténtica preciosidad.

—Sí que lo es. Mira es esta—le enseñé la foto que llevaba en el fondo del móvil.

—¡Por Dios si es una muñequita!

—Sí que lo es y zalamera, lista, ¡qué voy a decir yo!

—No creo que sea porque eres su padre. Es que se ve de verdad que es una ricura.

—Pues sí y el caso es que no puedo verla todo lo que quisiera. De hecho, la veo muy poco.

—No puedo creerlo, pero vive en la isla, ¿no?

—Sí, pero su madre es una persona que vive empeñada en hacerme la vida imposible. Y como no puede atacarme de otro modo, lo hace con nuestra hija.

—¿¿¿Cómo??? —se quedó horrorizada.

—Pues sí, poniendo todos los obstáculos habidos y por haber para que yo no pueda verla y lo cierto es que la situación me aflige.

Le conté por encima cómo estaba el tema normalmente y Olivia se echó las manos a la cabeza.

—¡No puedo entenderlo! Tienes que hacer algo Alexis.

—Sí, mis abogados ya se han puesto en marcha, pero ya sabes eso que dicen: las cosas de palacio van despacio.

—Lo entiendo, pero valor y al toro. Fíjate que me da buena espina lo que me dices. Creo que vas a poder solucionarlo, de un modo u otro.

—El universo te escuche. Con Elba lo ha hecho. Me hablaste de esas sensaciones que percibes en ciertos momentos.

—Sí. Me ha ocurrido muchas veces a lo largo de mi vida, pero no creas, no siempre es bueno...

—¿Y eso?

—Porque en ocasiones las sensaciones son de que las cosas no van a ir bien o de que va a ocurrir una desgracia y también la presiento.

—¿En serio me lo dices? —me quedé impactado.

—Sí. De hecho y sin ir más lejos, me ocurrió con la muerte de Jorge.

—¡Cielos!

—Sí. Yo en ese momento estaba en la cafetería de la facultad con mis compañeras, tomando un café antes de entrar a las clases del máster.

—¿Y?

—Y de repente me quedé como petrificada. Fue como si el buen rollo que reinaba en ese momento se congelara y me envolviera una nube negra.

—Impresionante...

—Sí, mis compañeras comenzaron a preguntarme qué me pasaba y yo no sabía contestarles. Solo les decía que algo malo, pero no tenía ni idea.

—Vaya...

—Pues como te lo cuento. En cuestión de una hora sonó el teléfono y me dieron la noticia.

—No puedo decirte cuánto lo siento.

—Gracias. Además, esa moto fue para él la culminación de un sueño. Estuvo demorando su compra un tiempo para poder invertir en mis estudios.

—Muy loable.

—Y cuando justo empezábamos a levantar cabeza económicamente y cumple su sueño, la vida se le fue. Como comprenderás, me ha quedado una aversión terrible a las motos, no quiero verlas ni en pintura.

—Yo tampoco soy muy amigo de ellas. No tengo moto, prefiero las bicis.

—Esas también me gustan a mí—por fin sonrió.

—Pues nos animamos un día a dar una vuelta por un sendero.

—Esa invitación te la acepto también.

—¡Estupendo! —yo ya estaba notando que cada vez me apetecía más hacer planes con ella.

Estuvimos charlando un buen rato. Nos tomamos dos cafés y comimos el pastel. Después nos fuimos y la llevé a su casa.

—Hasta mañana Olivia, gracias por tu compañía—sonreí al despedirme de ella.

—Gracias a ti, Alexis. Ha sido una tarde tan inesperada como estupenda.

—Me alegra mucho que opines así.

—No podría hacerlo de otro modo—se bajó con aquella sonrisa que iluminaba todo el habitáculo.

Me fui conduciendo en dirección a mi casa con la sensación de haber descubierto esos días, y sobre todo aquella tarde, a una mujer de esas que merecen la pena, de las que quedan pocas. Olivia estaba repleta de valores,

sentimientos y respeto por las personas. Y para que no faltara nada, era preciosa con una sonrisa de lo más bonita.

Llegué y me duché pensando en ella. No me la podía quitar de la cabeza, hacía mucho que no me pasaba eso.

Preparé la cena y sonó el teléfono. Me alegró ver que en la pantalla ponía Elba.

Estuve charlando con ella. Había pasado un susto muy grande, pero la encontraba de ánimos mejor de lo que pensaba. Me costó convencerla de que no fuera al día siguiente a trabajar, esa era su intención, pero le pedí que ya volviera el lunes. Para un único día de trabajo prefería que descansara varios aprovechando el fin de semana.

Menos mal que no era tan cabezona como yo pensaba y aceptó. Me agradeció todo, al igual que a los compañeros a los que iba a ir llamando poco a poco. Además, mencionó lo impresionada y agradecida que estaba con Olivia por el cariño y apoyo que le había prestado a su madre.

Cené feliz de haber hablado con ella, contento con ese desenlace. Aunque no fue bonito lo que le pasó, al menos estaba bien y había salido ilesa.

A continuación, me llamó mi padre. Lo había hecho también por la mañana, pero con tantas emociones apenas había podido atenderle. El hombre estaba pletórico también de felicidad.

—Hijo, por fin podemos respirar todos tranquilos. Imagino que, en la oficina, muy felices, ¿no?

—Sí, papá, aunque nos hemos quedado un poco tocados, poco a poco la impresión irá pasando.

—No tengo duda de eso. Además, tú tienes un buen hacer que vale su peso en oro.

—Gracias papa. Viniendo de ti lo tomaré como un gran halago.

—Lo es, hijo, lo es. Se pone tu madre.

—Alexis, ¿estás bien? ¿Has comido bastante estos días? Con tanto disgusto como has tenido, estoy preocupada. Mira que puedes venir a comer a casa, aunque yo sé que con Fina estás en buenas manos.

—Lo estoy, lo estoy, mamá. No te preocupes por nada. De todas maneras, sí pasaré a comer con vosotros uno de estos días.

—De acuerdo, hijo. Me avisas el anterior y te preparo lo que quieras.

Colgué riendo mientras pensaba que, efectivamente, para los padres los hijos son niños siempre. No me había equivocado y ahí tenía una prueba más.

l

Finalmente me acomodé en la cama. Estaba rendido y necesitaba recuperarme para tomar las riendas de la oficina como era debido en las siguientes horas.

Me quedé dormido pensando en Olivia. Hacía mucho tiempo que ninguna mujer me había atraído de esa manera, más desde el corazón.

—Lo estoy, lo estoy, mamá. No te preocupes por nada. De todas maneras, sí pasaré a comer con vosotros uno de estos días.

—De acuerdo, hijo. Me avisas el anterior y te preparo lo que quieras.

Colgué riendo mientras pensaba que, efectivamente, para los padres los hijos son niños siempre. No me había equivocado y ahí tenía una prueba más.

Finalmente me acomodé en la cama. Estaba rendido y necesitaba recuperarme para tomar las riendas de la oficina como era debido en las siguientes horas.

Me quedé dormido pensando en Olivia. Hacía mucho tiempo que ninguna mujer me había atraído de esa manera, más desde el corazón.

Capítulo 7



Y llegó el viernes y con él sus primeros rayos de sol. Un café y de un salto al coche.

Por el camino pensé que me había levantado con ánimos renovados. La aparición de Elba me había cargado las pilas a tope. Y la tarde anterior con Olivia, ya ni digamos.

Llegué a la oficina y me recibió la alegre sonrisa de Carlota. Se notaba que también estaba recuperada.

—Buenos días, Carlota. Tienes mucha mejor cara.

—Buenos días, Alexis. Tú también.

—Sí, parece que todo va volviendo poco a poco a la normalidad. Falta nos hace.

—¡Y tanto! ¿Has podido hablar con Elba?

—Sí, lo hice ayer desde casa. Me llamó ella.

—¿Y cómo está?

—Ya sabes cómo es...

—Fuerte como un roble—añadió Carlota.

—Sí, de modo que está mucho mejor de lo que cabría esperar. Creo que cualquiera en su situación lo habría

tomado mucho peor. Os va a ir llamando a todos, me dijo que estaba muy agradecida. Es muy fuerte.

—No hace falta que lo jures. Yo de ese susto no salgo, vaya...

—Bueno, pues nada que la convencí para que no se reincorporara hasta el lunes...

—Y pronto es.

—Desde luego, lo que pasa es que, de ser por ella, lo hubiera hecho hoy mismo.

—Eso seguro, conociéndola...

Me dirigía hacia mi despacho, pero no pude evitar la tentación. Olivia estaba en el suyo y sentía ganas de entrar a verla.

—Buenos días, Olivia—sonreí ampliamente.

—Buenos días, Alexis—me devolvió la sonrisa.

—Venía a decirte que anoche hablé con Elba y todo bien.

—Sí, no he podido evitar escuchar tu conversación con Carlota. No sabes lo que me alegra...

—Y a mí. En ese caso no me queda más que desearte buena mañana y, recordarte, tú ya sabes...—le guiñé un ojo

—Sí, sí, lo tengo en cuenta—hablar en clave con ella de nuestra cita y ver cómo se le iluminaba el rostro me llenó de satisfacción.

La mañana pasaba lenta. Por muy bien que me encontrara, estaba deseando que pasaran las horas. Cada vez que miraba el reloj me quedaba un poco loco. ¿Solo habían pasado diez minutos desde la última vez?

—Tu cafecito Alexis—una amable Carlota entraba por la puerta.

—Muchas gracias, Carlota.

—¿Sabes? Me acaba de llamar Tony. Dice que en comisaría se comenta que la detención del ex de Elba no tiene desperdicio. Por lo visto se muestra frío y calculador.

—Imagino. Solo me faltaba que me dijeras que es un tío muy centrado. Entonces sí que me caigo de espaldas.

—No, por lo visto es un descerebrado total. A la vista está. De hecho, eso fue lo que motivó que Elba tomara la decisión de separarse.

—El caso es que a mí me ha pillado de sorpresa. Yo no sabía que él llevara tan mal la separación.

—Ni tú ni nadie, pero es que ya sabes que Elba es muy reservada para los temas que conciernen a su vida personal.

—Demostrado está.

—Y pensar que yo a veces me enfado con el pobre Tony por cosas sin importancia. Estas vivencias te cambian la perspectiva.

—No creo yo que tú te enfades mucho en casa. Si eres un encanto, mujer.

—Sí, sí, pero que eso no te engañe. También tengo mi genio—rio.

—Hombre, genio tenemos todos...

—Sí, sí, Martina algunas veces me dice: “mamá, cuando no recojo mi cuarto, te sale el bicho que llevas dentro...”. Y es que me pongo bien seria.

Reímos con sus cosas y ella se marchó. Me encantaba que compartiera conmigo esas escenas familiares. Yo estaba deseoso de tener las mías propias, pero la soledad era mi compañera en casa.

Cinco minutos más tarde entró Daniel por las puertas.

—Fenómeno, ni te he vuelto a preguntar, ¿qué tal va ese ojo?

—Va, va, en su sitio. Y no me quita las ganas de nada. Quería proponerte que saliéramos esta noche.

—Hoy me viene mal. No puedo.

—Pues entonces, mañana. Y ni se te ocurra rajarte—hizo un gesto con los dedos del tipo “me he quedado con tu cara”. ¡Lo que no me pasara a mí!

—Venga, mañana. Eso sí, contrólate un poco que a este paso nos inflan a hostias por tu culpa.

—No, no hombre. Esta que me llevé la otra noche fue de esas de las de una vez al año, que no hacen daño.

—Si tú lo dices...

—Claro, claro. Prometo no meterme en líos. De hecho, el plan es llamar a las suecas. A esas les va la marcha, como a nosotros.

—No sé qué decirte.

—Ni falta que hace que digas nada.

—Gracias por la parte que me toca—el jefe sería yo, pero en nuestros planes estaba claro que mandaba él. Vaya caso de tío.

—De nada. Tú lo único que tienes que hacer es ponerte mañana como un pincel, que eso sí que se te da muy bien y el resto me lo dejas a mí, que ahí controlo yo.

—¡Me rindo! Haz lo que te dé la gana—levanté los brazos.

—Lo iba a hacer de todas maneras—cerró la puerta tras de sí.

Sin comerlo y sin beberlo, me encontré con plan para el viernes y para el sábado. El que en principio iba a ser un finde familiar con Lucía se estaba convirtiendo, por obra y gracia de la maldad Cata, en una serie de planes de lo más moviditos.

Cuando Daniel se fue pensé en que agradecía que mi despacho y el de Olivia no estuvieran juntos. En cierto modo, me daba corte que me escuchara haciendo planes referentes a otras chicas durante el fin de semana. Yo no era un picaflor y no quería darle esa impresión.

Por fin llegó el mediodía y los viernes teníamos costumbre los chicos y yo de tomar una cerveza a la salida. Otros muchos días lo hacíamos, pero el viernes era fijo.

—Olivia, toca un tentempié para todos, que nos lo hemos ganado por ser viernes—le comenté al cruzármela a la salida.

—¿Es una especie de ritual? —rio.

—Sí. Los viernes, sí. Toca despejarse un poquito y celebrar aquello del trabajo bien hecho.

—¡Así es! —hizo Daniel un gesto para dejar avanzar a las chicas por el pasillo.

—¡Hombre y tanto! Yo sin mi cervecita del viernes no soy nada. Se la puedo dar mortal al pobre Sergio si no me la tomo. ¡Con menuda mala leche llegaría! —Davinia y sus cosas.

Nada más entrar en el bar comprobé con júbilo que la vida se iba abriendo paso, vamos que volvíamos a la normalidad.

—Pues no tienes ni idea de lo que va a hacer tu partido, ese al que defiendes tanto, todos los extremos son malos, Daniel, no te olvides—Fernando comenzaba a exaltarse.

—¡Ni de coña! Me voy ahora mismo a mi casa como empecéis a dar la murga con la política los dos—Davinia lo tenía claro.

—¡Hombre, por Dios! ¡Y yo también! —apuntó Carlota—prefiero cuando Martina empieza a tocar el tambor en el salón, y mira que eso no hay quien lo aguante, a vosotros con la canción de la política.

—¡Joder, no hay libertad de expresión ya en este país! —se quejó Daniel.

—Hombre en este país sí, pero en este bar no—apunté, riendo.

Olivia miraba la escena divertida. Ella no nos conocía todavía lo suficiente, pero pronto sabría del palo del que íbamos cada uno.

—Venga sí, vamos a cambiar de tema antes de que se líe la monumental—Davinia llevaba la voz cantante de la conversación.

—Pues tú dirás, guapita de cara. Propón uno que no sea polémico para vuestros delicados oídos—Daniel y su ironía.

—¡Ya lo tengo! Ahí va una sugerencia que no vais a poder a rechazar...

Dejó la frase en suspenso y los chicos comenzaron a hacer el ruidillo de tambores que precede a las grandes noticias.

—Arranca la moto, guapa—Daniel se desesperaba pronto y ella estaba disfrutando de su minuto de gloria.

—¡Qué impaciente eres, le quitas emoción!

A Davinia no había nada que le gustara más que acaparar el protagonismo. De hecho, en todos los eventos de empresa y celebraciones que habíamos disfrutado en ocasiones con nuestras familias, todos juntos, ella era la chupa cámara oficial del reino.

—¡Pues que nos podíamos ir todos los compañeros de crucero este verano! —soltó finalmente.

—Ya quisiera yo, bonita, pero no sabría que hacer esos días con Martina—Carlota adoptó un gesto de resignación—Además, a decir verdad, no tengo corazón para irme yo a disfrutar y dejarla en casa.

!

—¿Y quién te ha dicho que la dejes en ningún lado? Digo irnos todos, con las parejas, niños... Puede ser muy divertido.

—No te digo yo que no—pensé que podía ser una idea sensacional—Davinia era muy de organizar y tenía buenas ideas.

—Hombre así, ya cambia la cosa... —Carlota lo estaba procesando.

—Claro, lo malo es hacer el pino puente para coincidir todos con los días libres y tal. Nosotros lo tenemos más fácil—dijo Fernando—Siempre que contemos con la aprobación del jefe, claro—me miró riendo—Otra cosa son las parejas.

—¡A ver yo no digo que sea sencillo! Eso sí, si no lo proponemos, seguro que no nos sale—Davinia abanderaba una idea y esa iba a misa.

—¿Tú qué opinas? —di pie para que Olivia interviniera. No quería que por ser la nueva se sintiera fuera de juego.

—Yo lo veo muy bien, la verdad es que no salen así propuestas de todas las empresas. Me parece una idea preciosa. Además, a Elba le podría venir de perlas.

Me encantaba que en sus reflexiones solía haber siempre pensamientos bonitos hacia los demás. Yo los escuchaba a todos, pero la miraba a ella. Por mucho que trataba de evitarlo, los ojos se me iban solos.

Lo cierto es que echamos un rato de fábula en el que no faltó un emotivo brindis que todos hicimos a la salud de Elba, nuestra querida compañera.

Tomamos algo ligero y los chicos se fueron marchando, a excepción de Fernando, que almorzaba allí. Me las ingení para quedarme a solas con Olivia.

—Te veo luego. No me falles—le di un cariñoso toquecito en la punta de la nariz.

!

—No, no te preocupes.

—¿Quieres que te acerque ahora a casa? No me cuesta.

—No, no. Te lo agradezco mucho, pero el paseo a esta hora me despeja. Ya estoy acostumbrada y me gusta.

—Como quieras. Entonces, ¿te parece si paso por ti a las nueve?

—Me parece fenomenal.

No quise insistir en llevarla ni mucho menos. No quería parecer un baboso y además sabía que con Olivia tendría que ir con pies de plomo. Ella era material sensible por la tragedia que azotó su vida sentimental.

Me puse al volante de mi coche y arranqué. Conforme iba avanzando por la calle, me la volví a encontrar. Estaba al borde del paso de peatones para cruzar.

—Pase usted señorita—le hice un gesto para que cruzara.

—Gracias—asintió con la cabeza y cruzó, dedicándome su preciosa sonrisa.

Su visión cruzando la calle me dejó obnubilado. Si hubiera tenido que compararla con un animal, sin duda hubiera sido con un cisne, majestuoso y elegante.

Desde mi perspectiva pude observar cómo un tipo que pasaba por su lado, casi se da contra una señal de tráfico por volver la cabeza para mirarla. Me eché a reír por la escena sin reparar en que yo mismo me había distraído también. Me quedé a un centímetro de pegármela con el coche de delante.

—¡Tío! —sacó la cabeza por la ventanilla el conductor—Hay que ir más atento, ¿se puede saber a dónde diantres mirabas?

—Perdona, estaba distraído—¡a él se lo iba a decir yo! De eso nada.

—Pues más cuidadito que después pasan las cosas—estaba más cabreado que un mico.

Llegué a casa y me dispuse a descansar un rato para estar más fresco que una rosa por la noche.

A las ocho comencé a prepararme. Algo de musiquita relajante de fondo y un atuendo informal. Aquello no era una cita en toda regla. Visto desde fuera era una invitación para que una amiga fuera recobrando poco a poco su vida social. Otra cosa era lo que yo sintiera al respecto.

Elegí un atuendo *casual*. Tampoco quería arreglarme demasiado porque no habíamos dicho nada sobre la cuestión y no me apetecía dar pie a que desentonáramos. Prefería ser yo en un momento dado el que me quedara corto, antes de que ella se sintiera mal.

Me decanté por unos vaqueros nuevos, con un polo de una de mis marcas preferidas en color blanco y unos zapatos informales en azul marino. Completé el atuendo con una *bomber* acolchada en color verde botella muy vistosa y juvenil que acababa de comprarme.

Salí de casa con mi mejor sonrisa en la boca y me dispuse a darle el encuentro a Olivia. Yo sabía exactamente dónde vivía porque tenía sus datos en la oficina.

La casa de sus padres estaba situada en una bonita urbanización residencial de clase media-alta. Era una zona realmente selecta y cuidada. Aparqué en la puerta de su casa cuando faltaban tres minutos para las nueve.

—Buenas noches, Alexis —Olivia salió por la puerta de su casa a las nueve en punto.

a

—Buenas noches, Olivia. Estás muy guapa—yo la esperaba fuera del coche, de pie.

—Gracias—pareció ruborizarse un poco.

Y sí que estaba guapa. En realidad, venía para hacerle un monumento. Y además congeniábamos perfectamente en el estilo. Olivia llevaba unos pantalones vaqueros de pitillo que le hacían un tipo increíble, con una camiseta rosa palo de cuello de pico que terminaba en unas puntillas de encaje en cuello y mangas, muy fina. Sobre ella, llevaba una bonita sahariana verde agua.

—Pase, señorita—le abrí la puerta del coche.

—Muchas gracias.

En ese momento caí en la cuenta de que alguien nos observaba desde el amplio ventanal de su casa. Ella también miro y se rio.

—Es la cotilla de mi hermana Alexandra. Tiene diecisiete añitos.

¹ —No te preocupes—reí.

—Piensa que mi familia ya no está acostumbrada a verme salir apenas.

—Entiendo—carraspeé.

—No, pero lo digo en plan positivo.

—¿Sí? —sonreí.

—Sí, sí. Mi madre se ha puesto súper contenta de que saliera esta noche. Lógicamente me ha preguntado y eso, pero ya te digo, muy contenta.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues que salía con mi jefe, la verdad.

—¿Y no te han dicho que soy un viejo? —reí.

n

—¿Cómo viejo? Tú debes tener...

l

Se quedó mirando fijamente.

—A ver lo que dices que todavía no han pasado tu contrato por la Seguridad Social y digo el lunes que no lo hagan—bromeé.

—¡Qué malo!

—Sin coacciones. ¿Cuántos años me echas?

—¿Sin coacciones? Unos treinta y ocho.

—¡Me miras con muy buenos ojos!

—¿Tienes más?

—Digamos que cinco más.

—Pues no lo parece para nada. Además, yo creo que lo de la edad está más bien aquí dentro—señaló su cabeza e hizo un gesto muy gracioso, como si al tocarse con el dedo en las sienes se le descolocaran los ojos y se pusiera bizca.

—Pienso igual. Me siento súper joven, no voy a decir lo contrario.

—Claro que sí. Eso es lo que cuenta. Pues lo que te decía, mi hermana es un poco curiosilla y además está castigada, así que no tenía nada mejor que hacer que espiarnos esta noche.

—¿Y eso?

—Porque ha suspendido un examen esta semana y mis padres para esos temas son muy estrictos.

—Entiendo. Supongo que me pasaría igual.

—Sí y es que aparte la pobre tiene la mala suerte de que tanto mi hermano David como yo hemos sido muy buenos estudiantes.

—Total que la buena de Alexandra es la oveja negra en ese sentido.

—Algo así—rio—A ver, va con su curso y tal, pero les estudios le cuestan. Ella es un torbellino, toda una revolución. La alegría de la huerta, pero flojilla para los libros.

—¿Y tu hermano? ¿Qué tal es?

—¿David? Ese es un medio superdotado. Donde pone el ojo pone la bala, el tío. Está acabando la carrera de Medicina y yo creo que va a ser premio extraordinario de su promoción. Y el hecho de que haya seguido sus pasos, ha llenado de orgullo a mi padre.

—¡Toma ya!

—Sí. También lo adoro. David es mucho más sericito que Alexandra, pero siempre ha sido muy responsable y yo me he apoyado mucho en él tras lo que pasó con Jorge. Aparte de hermanos, somos muy amigos.

Mientras Olivia me iba contando todas esas cosas, yo estaba sencillamente en una nube. No podía dejar de mirarla. Por momentos me iban atrayendo más cosas de ella. Era dulce, inteligente, amena y estaba descubriendo que divertida. Aparte, su atractivo era innegable y el delicado brillo que llevaba en sus labios hacía que me dieran unas ganas increíbles de besarlos.

Llegamos al restaurante. Era uno de mis preferidos. Situado en un acantilado, sus vistas a la playa, aunque fuera de noche, no tenían precio.

—¿No me digas que es aquí donde venimos?

—Sí, ¿tienes algún inconveniente?

—No, todo lo contrario, ¡me encanta! También es el restaurante preferido de mis padres.

—¿En serio?

—Y tanto. Mi padre le pidió matrimonio a mi madre en este sitio. Para ellos es un sitio muy especial y venimos a menudo.

—Pues me alegra mucho haber dado en el clavo.

—¡No sabes cuánto!

Entramos y pronto pude comprobar la veracidad de sus palabras. Yo conocía a todos los trabajadores del restaurante e incluso era amigo del dueño y, en cuanto a ella, le pasaba tres cuartos de lo mismo.

A los camareros y al *maitre* les llamó la atención vernos juntos. Se notaba en sus miradas, aunque eran muy discretos y no preguntaron nada de nada. Eso sí, nos saludaron efusivamente.

Cenamos como reyes. Un poco de sancocho, algo de queso escalfado con mojo y unas tapas de atún en adobo. Todo exquisito.

En cuanto a la compañía, no tendría palabras para definirla. Olivia hacía que el reloj se volviera loco y avanzara sin tregua. Ella convertía las horas en minutos con su deliciosa conversación.

En lo que respecta a mí, me sentía irremediabilmente atraído por aquella belleza rubia. Además, sin ser en absoluto provocativo, el elegante escote en pico de su delicada camiseta invitaba a imaginar lo que había debajo y es que no era la primera vez que me fijaba en que tenía un pecho precioso. Yo quería desnudarla con la mirada.

—¿Un postre Olivia?

—¡Cielos! Lo cierto es que estoy muy llena pero el dulce me pierde, hizo como si se pusiera una pistola en las sienas y disparara. Inclusoladeó la cabeza—estaba descubriendo una parte cómica de ella que me fascinaba.

—Pues entonces no lo pienses, aquí tienes la carta—se la puse en las manos.

—Gracias, pero no esperarás que tome postre sola. Eso no vale.

—Yo es que estoy llenísimo.

—Pues entonces propongo un postre para compartir.

A decir verdad, yo, ganas de comer nada más no tenía, pero compartir, hubiera compartido con ella cualquier cosa, así que acepté.

—¿Te parece la tarta de dulce de leche?

—Me parece—me daba igual.

Se hizo una pausa y nuestras miradas se encontraron. Durante unos segundos las sostuvimos y rocé el cielo con la manos. Fue algo espectacular.

—Aquí tienen su postre—venía decorado con mimo.

—¡Qué bonito! Le voy a hacer una foto, si no te importa—era un encanto de niña.

—¡En absoluto!

—Mira, ¿ha quedado chula? —me la enseñó.

—Chulísima.

No podía dejar de mirarla, aunque naturalmente no lo hacía con ningún descaro. Notaba cómo disfrutaba con los pequeños detalles, con las cosas más sencillas y eso me fascinaba.

—¿Te gusta? ¿He acertado con el postre? —estaba pendiente a mi reacción cuando me llevé la cuchara a la boca. Era de lo más consideraba.

—Mucho. Es una exquisitez, gracias.

—Me alegra. ¡Ummmm, sí que está buena! —gimió de placer y aquel gemido me estremeció.

En un momento dado, nuestras cucharas chocaron en el plato y nos echamos a reír. Una risa sincera y bonita que de por mí hubiera perpetuado. Lo pasamos archifemonenal.

Salimos del restaurante y la noche estaba increíble.

—No sé lo que te apetecerá hacer ahora. Quedo a tu entera disposición—propuse.

—Bueno, en realidad, son las doce. Ya te he comentado que no estoy demasiado acostumbrada a salir. No sé si te importará que vayamos...

s

—¿Y una copa? —interrumpí—¿No me aceptas una copa? —fui rápido antes de que me dijera de ir volviendo.

—No sé...

—No te hablo de irnos de fiesta, sino de una copa tranquila en un lugar apacible—reí.

—¿Sabes qué te digo?

—No.

—Que, si se trata de buscar un lugar tranquilo para charlar, por mí me quitaba los zapatos y bajaba allí—señaló a la playa y al camino que llevaba a ella.

—¡Eso está hecho! —me resultó una propuesta tan novedosa como atractiva. Y es que Olivia podía ser cualquier cosa, menos convencional.

No sé cómo podría definir la charla que mantuvimos sentados en la arena y bajo un manto de estrellas. Solo sé que esa noche cuando me acosté, todavía podía escuchar la combinación del sonido de las olas con la armónica voz de Olivia de fondo.

Salimos del restaurante y la noche estaba increíble.

—No sé lo que te apetecerá hacer ahora. Quedo a tu entera disposición—propuse.

—Bueno, en realidad, son las doce. Ya te he comentado que no estoy demasiado acostumbrada a salir. No sé si te importará que vayamos...

—¿Y una copa? —interrumpí—¿No me aceptas una copa? —fui rápido antes de que me dijera de ir volviendo.

—No sé...

—No te hablo de irnos de fiesta, sino de una copa tranquila en un lugar apacible—reí.

—¿Sabes qué te digo?

—No.

—Que, si se trata de buscar un lugar tranquilo para charlar, por mí me quitaba los zapatos y bajaba allí—señaló a la playa y al camino que llevaba a ella.

—¡Eso está hecho! —me resultó una propuesta tan novedosa como atractiva. Y es que Olivia podía ser cualquier cosa, menos convencional.

No sé cómo podría definir la charla que mantuvimos sentados en la arena y bajo un manto de estrellas. Solo sé que esa noche cuando me acosté, todavía podía escuchar la combinación del sonido de las olas con la armónica voz de Olivia de fondo.

Capítulo 8



Mi primer pensamiento de la mañana fue para Olivia...

La visión de la noche anterior, sentada relajadamente en la playa, con las piernas cruzadas y aquel precioso semblante que alumbraba la luna no era fácil de quitar de la mente.

Tan solo habíamos bebido una copa de vino en la cena, por lo que me levanté nuevo.

Me acerqué a la cocina. Los sábados estaba solo en casa pues durante el fin de semana prefería disfrutar de mi intimidad y que Fina librara.

Me preparé un café y me acerqué a la nevera para coger la leche y algo de jamón york que ponerle a la tostada. Vi los *tuppers* que Fina me había dejado, cuidadosamente colocados con sus pequeños letreros “albóndigas en salsa” y “crema de calabacines”. Decir que era una joya era poco.

Desayuné tranquilamente, escuchando las noticias. Todavía estaba mordisqueando la tostada cuando me llamó mi madre.

—Buenos días, hijo. Te he llamado y después me he arrepentido por si te despertaba, ¿lo he hecho?

—No, mamá. En absoluto, no te preocupes. Además, sabes que suelo poner el móvil en silencio mientras estoy descansando.

—Sí, sí, es verdad. Mira, tu padre y yo vamos a ir al mercado. ¿Te apetece venir a comer?

Yo la conocía de sobra. El hecho de saber que Cata me había desbaratado los planes del finde hacía que estuviera

especialmente atenta y cariñosa.

—Mamá, hoy no me viene bien. En todo caso, ¿os cuadra mañana?

—Claro que sí, hijo. ¿Cuándo no nos cuadra a nosotros que vengas?

—Tienes razón, mamá. Pues no se diga más, mañana estoy allí.

Nos despedimos y me reí pensando que desde luego que ese día no me venía bien. Iba a salir con Daniel y eso significaba no tener hora de vuelta, así que más me valía echarme una buena siesta.

Me apetecía practicar un poco de deporte y me calcé mis zapatillas de *running*. Cerca de casa había un sendero que se prestaba para correr y con algunas máquinas para ejercitarse.

Fui en esa dirección y me dispuse a ponerme los cascos para escuchar música mientras corría. Era algo que me relajaba y me proporcionaba compañía, en cierto modo.

Entré en el sendero y tomé conciencia de que era temprano porque no había nadie. En ese momento pensé en Elba y en lo que le había pasado y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Después caí en que el caso tenía poco que ver con el mío: no imaginaba yo a Cata secuestrándome.

Un rato después volví a casa y miré el móvil. Tenía llamada perdida de Daniel. Se la devolví.

—¿Qué te pasa? —tienes voz de cansado. ¡No me vayas a decir que estás enfermo!

—No, no, tranquilo. Solo un poco cansado. Vengo de pegarme el carrerón del siglo.

—Ah vale, pues por lo que más quieras no te muevas mucho el resto del día que te digo que esta noche triunfamos. Y tenemos que quedar como unos campeones.

—¡A la orden! ¿Has quedado con las chicas?

—Sí, sí. Te recojo en taxi a las diez menos cuarto. Hemos quedado a las diez.

—Ok.

El resto del día me moví menos que una pelusa en una tirita. Comí las albóndigas de Fina y vagueé a placer.

Por la noche, antes de empezar a arreglarme, estuve dudando sobre la conveniencia o no de ponerle un mensaje a Olivia. El caso es que me dejé guiar por mi corazón que me decía en todo momento que sí.

“Buenas noches, Olivia. Espero que hayas pasado un bonito sábado. La velada de anoche fue magnífica y la charla en la playa, especial”.

En unos minutos llegó su respuesta.

“Buenas noches, Alexis. Lo mismo te deseo y coincido contigo en lo que dices”.

En cierto modo y aunque no tuviera absolutamente nada con Olivia, me sentía un tanto extraño por mi cita de esa noche. En cualquier caso, tenía que primar el realismo y yo no le iba a hacer ningún daño porque no éramos nada el uno del otro.

A la hora convenida, Daniel estaba con el taxi en la puerta y nos dirigimos hacia el local de tapas en el que había citado a las chicas. Ellas todavía no habían llegado.

—Entonces, ¿las has llamado y no han opuesto resistencia? —bromeé.

—Sí, sí. Han opuesto una resistencia loca. Nada más que lo veas—señaló hacia la puerta y allí llegaba ese ramillete de bellezas.

—¡Hola, chicos! —nosotros ya teníamos el modo inglés activado. Cuánto agradecía en ese momento lo pesados que fueron mis padres de pequeño con la cuestión de las clases de idiomas.

—¡Hola, guapas! —nos dimos dos besos cada uno y se sentaron.

Venían monísimas. Ese día con unos vestidos blancos, parecía que se ponían de acuerdo para arreglarse. Ese color

realzaba el moreno que estaban pillando en la playa y estaban que crujían.

Nos comentaron que habían estado de compras esa tarde y que se habían tomado algún vinillo entre tienda y tienda. Era algo que se percibía porque estaban de lo más achispadillas.

Pronto notamos que, tal y como pasó el primer día, Dagny estaba por Daniel y Helga por mí.

Nos trajeron las tapas y ellas estaban de lo más dicharacheras. No paraban de hablar, ¡parecía que habían comido a lengua!

—¿Qué tal va ese ojo? —le preguntó Dagny en ese momento a Daniel, cogiéndole la cara.

—Aquí en su sitio, mira, mira.

Ella se puso a mirarlo fijamente y él, como el cachondo mental que era, saltó en ese momento sobre ella y le dio un susto tal que propició que se llevara un manotazo.

—Has herido mi corazoncito, ahora me tienes que compensar—puso la mejilla para que ella le diera un beso.

Yo había visto otras veces su truco. Primero ponía la mejilla, luego la comisura de los labios y finalmente los labios. Y solía funcionarle.

El caso es que las suecas eran muchas suecas y, ante su asombro, fue ponerle la mejilla y ella abalanzarse hacia sus labios. Me quedé perplejo mirando la escena.

Daniel, quien también se había quedado gratamente sorprendido, me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo y allá fui.

—Helga, en solidaridad, yo creo que también me podías dar uno de esos.

Y allá fue la maciza. Directa a mis morros. Aquel lenguaje corporal no dejaba lugar a demasiadas dudas.

^r Terminamos de cenar con un cachondeo impresionante encima, prolegómeno indiscutible de la noche que se

avecinaba.

Salimos del local y las chicas propusieron ir a tomar unas copas.

—¿Dónde os parece? —pregunté.

—Yo por proponer que no quede—allá iba el lanzado de Daniel—Sé que hay mil locales, pero en mi casa se sirven unas copas de escándalo.

Las había definido bien. Su casa tenía fama de picadero de primera. Lo normal es que primero hubiéramos ido de copeteo y después él hubiera hecho la propuesta, pero aquella noche era mucha la tensión sexual que se respiraba y había ganas de resolverla.

—Por nosotras, bien—rieron las chicas.

—Pues no seré yo quien diga que no—fui el último en opinar.

Eran aproximadamente la una de la madrugada cuando llegamos a su casa. Daniel vivía en un unifamiliar con un pequeño jardincito delantero, muy coqueto.

La noche invitaba a disfrutar del aire libre y puso la botella de ron y los refrescos sobre una pequeña mesa que tenía ubicada en el jardín.

Nos tomamos un par de ellas entre risas y bromas subidas de tono. El ambiente estaba elevando la temperatura por momentos y una frase de las de Daniel fue la que dio el pistoletazo de salida al desmadre.

—Si os ha gustado el jardín, no os digo yo lo que os van a molar las camas. Las de esta casa tienen fama, ¿queréis que os lo demostremos?

Una mordida de labio de las chicas por respuesta y ya estábamos los cuatro arriba. Eso sí, juntos, pero no revueltos.

Dagny y Daniel se quedaron en el dormitorio de él y a Helga y a mí nos dejaron el que tenía preparado para los

invitados, básicamente vividores folladores como él, por lo que también estaba provisto de cama doble.

En cuestión de segundos, Helga me corroboró que el de la cama es el idioma más universal que existe.

Ante mis atónitos ojos, que andaban bastante faltos de escenas de aquel tipo últimamente, se quitó el vestido y me lo tiró en la cara. Se quedó en ropa interior y su cuerpo era realmente escultural.

El moreno de su piel contrastaba con el amarillo mostaza de su ropa interior, cuya parte inferior era un tanga tan fino que más bien parecía un tirachinas. La vista de su trasero no tenía parangón.

En lo referente a la seducción, Helga era una auténtica diosa y, para terminar de desnudarse, no me permitió acercarme, sino que me fue haciendo un *strip-tease* integral mientras puso en su móvil el *Whistle* de *Flo Rida* que venía al pelo para la cuestión.

Yo echaba fuego por los cuatro costados. Nos habíamos llevado al dormitorio una última copa cada uno y tuve que dar un trago. Me sentía arder por dentro.

Me quité precipitadamente la ropa. Tenía una erección bestial y la forma en la que ella miró mi miembro al acercarme, no hizo más que acrecentarla.

Fue llegar hasta Helga y encargarse de poner mis manos en su trasero. ¡¡¡Estaba duro como una piedra!!! Y, para no ser menos, mi hermano el de abajo dio un apretón más y yo creía que iba a reventar.

Hice ademán de tumbarla sobre la cama, pero ella enseguida me dio a entender que tenía otros planes y, en cuestión de segundos, se colocó sobre mí y empezó a lamer mi miembro de una manera bestial.

Sus intensas pero lentas lamidas iniciales fueron dando paso a un ritmo de locura en el que sus manos y su boca se combinaban de una forma que me llevaban irrefrenablemente al orgasmo.

Sentía que explotaba y le pedí que parase. Necesitaba penetrarla y su mirada también lo pedía a gritos. La tumbé y me coloqué encima de ella. Tan pronto mi miembro llegó a su cavidad comprobó una humedad tal que resbaló hasta el fondo. No había freno posible.

Helga reaccionó con un gemido estremecedor a esa primera embestida que fue la primera de muchas.

Totalmente expuesta ante mí y con las piernas tensas por la extrema excitación, mi cadera y mi miembro entraron en sintonía y la cadencia marcaba un frenético ritmo enmarcado por los más sugerentes gemidos de aquella mujer sexy hasta decir basta.

Estaba nuevamente al límite en el instante en el que me indicó un cambio y fue entonces cuando me enseñó cómo se cabalga. Sus movimientos hacia arriba y hacia abajo, en círculo, fuertes, suaves, rápidos, lentos y de todas las maneras habidas y por haber, lograron que llegara al éxtasis mientras que su grito final me señalaba que a ella le había pasado lo mismo.

Más de una hora duró aquel primer combate. Exhaustos, caímos sobre la cama y desnudos, seguimos charlando, bromeando y bebiendo. En un momento dado comenzamos de nuevo a besarnos y nuestros cuerpos volvían a pedir guerra.

En ese instante, puse mis dedos sobre su inflamado clítoris y sus gemidos en mi oído marcaban el comienzo de otro combate sexual que ambos deseábamos con todas nuestras fuerzas. Me agaché ante ella y con mi lengua empecé a recorrer esa zona que estaba sensible a más no poder.

Sus gritos se dejaban sentir en toda la casa y, lejos de pedir que aquello cesara, Helga imploraba que lamiera más y más... Su cuerpo se iba curvando por la excitación hasta dejar su zona más íntima cada vez a mayor altura y, a la vista de mis ojos, aquellos increíbles senos, firmes, redondos y tan bien colocados que levantaban a un muerto.

En el momento en el que su segundo orgasmo llegó y, cogiendo con fuerza las sábanas, se colocó a cuatro patas y me pidió que lo hiciéramos mirando al espejo.

En una especie de pacto de sangre, estuvimos mirando cada uno la lasciva mirada del otro mientras yo la penetraba de tal forma que le costaba trabajo no sucumbir y caer sobre la cama. Sin embargo, cuando más fuerte eran mis estocadas, más las reclamaba ella.

Pasó un buen rato hasta que volvimos a caer, con un segundo orgasmo por mi parte, entre risas y buen rollo en la cama. Para ese entonces, ella también había experimentado un tercero. Nos mantuvimos la mirada y saltaban chispas.

Quizás fue la fuerza de esas chispas la que finalmente nos invitó a quedarnos dormidos, desnudos y con los cuerpos entrelazados.

Capítulo 9



Dualidad de pensamientos en el despertar del domingo. Con los ojos todavía cerrados, la dulzura de Olivia me llamaba. Con ellos abiertos, la sugerente silueta desnuda de Helga sacaba mi lado más salvaje.

Aparté con suavidad su pelo de mi pecho y ella se despertó.

—¡Buenos días, Alexis! —su mirada sugería cualquier cosa menos inocencia.

—¡Buenos días, guapa!

Se levantó de un salto y se dirigió hacia el cuarto de baño. Sus andares denotaban seguridad, femineidad y sugerencia dignas de una diva. Me quedé mirándola mientras volvía del baño, apoyado sobre mi brazo en la almohadada.

—¿Uno más antes de irnos? —no conocía el rubor ni le interesaba.

Le hice un gesto de aprobación y no lo dudé, ¡¡al lío!!

La química volvió a surgir a borbotones entre nosotros. Sin prolegómenos, cogí a Helga entre mis brazos y al rozar mi miembro con su zona íntima, la humedad actuó sola, haciendo que resbalara nuevamente por aquel conducto que ya me resultaba tan conocido.

—¿Otra vez fiesta? —la voz de Dagny llegó desde el dormitorio de ellos.

—¡Calla, que estoy concentrada! —Helga era un caso también.

Y lo estaba. La cuestión era que yo me había levantado muy potente y mientras ella, juguetona, trataba de zafarse, en broma, yo la contenía entre mis brazos. Levantó las piernas y rodeó mi cintura con ellas. Mirándome fijamente decía una y otra vez, “¿no sabes darme más fuerte?”

Era una rival de altura. Me ponía a prueba. ¡Y tanto que sabía hacerlo! Fue un despertar de auténtico escándalo. Cuando ambos terminamos, nos fuimos por separado a la ducha. De hacerlo juntos no respondíamos.

Bajamos y Daniel y Dagny estaban poniendo café. Desayunamos los cuatro entre risas y confidencias.

Daniel me lanzaba miradas de complicidad y las chicas decían que la noche había estado pero que muy bien y que había que repetir.

De allí salí zumbando en un taxi, en compañía de las chicas. Yo fui el último en llegar a casa y me volví a duchar para ponerme ropa limpia. Había quedado para comer con mis padres y ya eran las doce.

En la ducha me reí pensando en ese extraño mecanismo que mi madre tenía para averiguar, tan solo mirándome, si había tenido jarana o no con alguna chica. Nunca pude entenderlo. Si su mecanismo de detección era proporcional a la calidad del sexo, ese día lo iba a detectar de lejos.

Me miré al espejo y la verdad es que no tenía mal aspecto. Las copas de la noche anterior tampoco habían sido tantas.

Cogí el coche y me dirigí a casa de mis padres.

Mi madre estaba en el jardín. Era muy aficionada a la jardinería y le encantaba hacer sus pinitos.

—¿Dónde está la mujer más bonita del mundo? —los cogí por sorpresa porque entré con mi llave. A ellos no les gustaba que llamara porque decían que aquella seguía siendo mi casa.

—¡Hijo, qué alegría! —me espetó mil besos.

Me encantaba verla de aquella guisa, con su pabela y sus guantes de podar. Era una imagen que recordaba desde niño y a la que le tenía gran cariño.

—¿Me ayudas un momento a trasladar esas macetas, Alexis? Con la rodilla no me atrevo a coger peso.

,

—¡Ni que yo me entere! —no tienes que cargar nada mientras nosotros estemos aquí.

—Me lo acababa de decir, pero le he dicho que esperara a que llegaras tú, hijo. Todavía estoy baldado de las caminatas que nos dimos con lo de Elba.

—Normal, papá.

!

Estuve ayudando un ratito a mi madre y a continuación me senté con ellos a tomar el aperitivo. El día estaba delicioso.

—¿Qué sabes de Elba, hijo? —mi madre tenía gran cariño a todos mis compañeros.

¡—Está bien, mamá. No te preocupes, es una campeona.

l

—No me pude quedar más sorprendida. Increíble pero cierto, su ex marido. Estas cosas las espera una de un desconocido, de un auténtico demente, pero de alguien de tu círculo...

—Pues justamente es lo contrario en muchos casos, mami. De todas formas, no lo pienses mucho, ya pasó.

—Tienes razón mi niño, prefiero pensar en mi nieta y en cosas bonitas. Por cierto, le estaba diciendo a tu padre que ahora con el cambio de tiempo, la tenemos que llevar de compras y escoger de todo para ella. A mi niña que no le falte de nada.

—No te preocupes mami, puedes estar segura de que con la pensión que le paso no le falta de nada—no escatimé ni un euro en la separación para mi niña.

—Eso es verdad, Margarita. Además, su madre, gracias a Dios, también está bien servida económicamente con su trabajo de modelo—añadió mi padre.

—Si no os falta razón, pero para mí es un gusto llevar a mi niña de compras.

—Sí, mamá. Te entiendo. Si ya sabes que yo, por mucha pensión que pase por ella, siempre le estoy comprando cosas.

—Es que tienes un corazón de oro, hijo—me besó.

—¡Pues como el de su madre! De tal palo, tal astilla—rio mi padre desde su asiento.

Un rato después sacamos el almuerzo al jardín. El día estaba increíble e invitaba a tomar el solecito.

—¿Cuándo vuelve Elba, hijo? —preguntó mi padre.

—El lunes, papá.

—No dejes de decirle que cuando esté más respuestita nos haga una llamada de teléfono a tu madre y a mí. Nos dará mucha alegría saludarla.

—Claro que sí, papá.

—Y dale un beso enorme de nuestra parte—mi madre siempre tan cariñosa.

—Por supuesto, mamá. La verdad es que su llegada va a ser muy emotiva. Los compañeros están muy contentos. Creo que esto nos ha unido todavía más a todos, si es que cabe.

—Un motivo de satisfacción hijo, ya sabes que la unión hace la fuerza—a mi padre le alegraba que así fuera.

—Sí, sí. Aquí unión hay. Si hasta se ha propuesto, bueno lo ha propuesto Davinia, que el próximo verano vayamos todos de crucero.

—¿Y los miembros honoríficos de la empresa no cuentan? —bromeó mi madre—Porque iba a ser la única manera de llevar a tu padre de crucero.

—Margarita, ¿otra vez con eso? ¿Tiene que ser en un barco?

—Hay que probar de todo, Carlos.

—Pero mujer, yo viajo donde tú quieras y lo sabes, pero los barcos no son lo mío.

—Papá, yo creo que ahí mamá tiene razón. Deberíais hacer un crucero alguna vez para que ella se quitara esa espinita.

—¡Ya está aquí el abogado de las causas imposibles! —se quejó—¿No tenéis otra macetita de esas que mover de sitio?

—Pero papá...—reí.

—Ni papá, ni nada. No me gustan los barcos y no me gustan.

—Déjalo hijo, genio y figura, hasta la sepultura. Yo es que creo que ha visto demasiadas veces la película “*Titanic*”.

—Margarita, menos cachondeo, que te estoy escuchando...

Terminamos de comer y nos quedamos un rato en tertulia. Me divertía mucho con mis padres y además en casa siempre lo debatíamos todo. Desde jovencito pude disfrutar de un ambiente en el que ningún tema era tabú.

—Hijo, ¿saliste anoche?

—Sí, mamá, con Daniel.

—¡Claro! Así te veo tan buenos colores, eso es porque has tenido fiesta esta noche.

a

Me tenía que reír con ella porque además es que no fallaba. Dicen que el que calla otorga y eso fue lo que hice yo

A media tarde me despedí de mis padres y me marché a casa. Al día siguiente ya había que trabajar y quería poner

algunos papeles en orden.

Por el camino, mis sentimientos me aclaraban cada vez más la situación. Comenzaba a sentir algo por Olivia y su precioso rostro no se borraba en todo el día de mi pensamiento. En cuanto a Helga, lo que me atrapaba era su sensualidad, pero nada más.

Antes de acostarme, volvió a apetecerme ponerle un mensaje a Olivia y de nuevo no le puse freno a mi impulso.

“Buenas noches, Olivia. Deseo de corazón que hayas disfrutado del domingo y que empieces bien la semana”.

Su respuesta no se hizo esperar.

“Buenas noches, Alexis. Mil gracias por tus palabras. Espero que tu domingo también haya sido bonito. Buen comienzo de semana también para ti”.

Aunque la iniciativa la tuviera yo y ella se limitara a corroborar mis palabras, sus respuestas comenzaban a ilusionarme. Olivia parecía estar colándose por un resquicio de mi dolorido corazón, que comenzaba a latir con fuerza.

.

r

algunos papeles en orden.

Por el camino, mis sentimientos me aclaraban cada vez más la situación. Comenzaba a sentir algo por Olivia y su precioso rostro no se borraba en todo el día de mi pensamiento. En cuanto a Helga, lo que me atrapaba era su sensualidad, pero nada más.

Antes de acostarme, volvió a apetecerme ponerle un mensaje a Olivia y de nuevo no le puse freno a mi impulso.

“Buenas noches, Olivia. Deseo de corazón que hayas disfrutado del domingo y que empieces bien la semana”.

Su respuesta no se hizo esperar.

“Buenas noches, Alexis. Mil gracias por tus palabras. Espero que tu domingo también haya sido bonito. Buen comienzo de semana también para ti”.

Aunque la iniciativa la tuviera yo y ella se limitara a corroborar mis palabras, sus respuestas comenzaban a ilusionarme. Olivia parecía estar colándose por un resquicio de mi dolorido corazón, que comenzaba a latir con fuerza.

Capítulo 10



El lunes era ese día en el que parecía que todo se renovaba, lo veía como un ciclo.

Me levanté temprano, me tomé el café y salí hacia el trabajo donde nada más entrar encontré a Elba hablando con Carlota, agarradas de las manos las dos.

— Hombre, nuestra Elba — levanté las manos a modo de “por fin”.

— Calla — volteó los ojos acercándose a mí para darme un abrazo.

— ¿Qué tal estás? — pregunté mientras la abrazaba bien fuerte.

— Bueno, aún en shock, pero esto no va a poder conmigo — me dio un fuerte beso y se apartó.

— Ni lo vamos a permitir — intervino Carlota — Por cierto, hoy nos vamos a tomar el café en el despacho del jefe.

— Eso está bien — respondió sonriente Elba — Aviso a Olivia que ya está trabajando como loca.

— Anda, me van a visitar tres preciosas mujeres ¡acepto! — exclamé negando y marchando a mi despacho.

Me senté y me puse a revisar un expediente que teníamos entre manos bastante interesante. Cinco minutos después ya estaban las tres con los cafés en mi despacho.

— Venimos a alegrarte la mañana, jefe — bromeó Elba.

— Buenos días — reí mirando a Olivia.

— Buenos días, Alexis — sonreía avergonzada.

Se sentaron frente a mí, además que estaban de lo más emocionadas. Lo de Elba parecía haberlas unido aún más.

Al momento entró Davinia que acababa de llegar pues tenía ese día que sacarse sangre para una revisión, con su café también en la mano. Elba la había avisado por mensaje.

— Buenos días ¿ya le habéis pedido el aumento del sueldo al jefe? — se sentó haciendo una burla.

— Claro y nos dice que mejor todas al paro — respondió Carlota en tono bromista pero ruborizada, ella era muy meticulosa con todo lo que decía.

— Pues él se lo pierde — respondió Davinia ante la risa de todas.

Las chicas bromeaban y yo sonreía, pero estaba atento a Olivia. La pobre se sentía ahí en medio un poco cortada ya que ella era nueva y, además, muy prudente.

No tardaron en aparecer Fernando y Daniel al comprobar que había reunión en mi despacho, aunque no fueran invitados.

— ¿Esto es premeditación? — preguntó Daniel bromeando.

— Sois unos envidiosos de primera — contestó Elba.

— Pues sí, pero al menos lo reconocemos.

— Yo no digo nada — respondió Fernando a lo de Daniel — Lo de reconocer es cosa tuya.

— Y digo yo ¿Por qué no nos vamos al bar a desayunar? Total, hasta la recepción está sola — murmuró Elba

causándonos una risa.

— No, eso a las tres. Hay que poner orden, chicos. Un café aquí y todos a sus puestos — ordené riendo.

— Ay, el jefe poniendo orden — dijo Daniel haciéndome un guiño y señalándome con el dedo.

— Desde luego, tiene narices lo poco que nos duran las reuniones de chicas — respondió Davinia volteando los ojos.

— ¿Perdona? — pregunté riendo y carraspeé.

— De chicas y del jefe — afirmaba en plan resignación — Aquí hay que matizarlo todo — negó.

— Yo me piro que tengo mucho que hacer — dijo Fernando abriendo la puerta y haciendo de forma graciosa “adiós” con la mano.

— Yo me voy el último — sonrió con amplitud Daniel.

— Tienes un morro que te lo pisas — contestó Davinia.

— Bueno, yo sí que me voy a trabajar que por ser la última voy un poco más lenta — sonrió mientras se levantaba Olivia de la silla.

Y así se marcharon todos menos Daniel que se quedó sentado sonriente apoyado en la mesa.

— La sueca me tiene loco — puso cara de satisfacción.

— Anda, anda, no empieces y tira para tu despacho — reí mientras le señalaba a la puerta.

— Me voy, pero este finde mojamos de nuevo con esos dos pibonazos — se fue señalándome en tono advertencia

— No hagas planes por mí — arqueé la ceja mientras la puerta se cerraba y se perdía de mi vista.

No podía con él, no se quedaba nunca satisfecho. Iba a por todas en todos los sentidos.

Aunque la noche con la sueca había sido espectacular en el ámbito sexual, yo me quedaba con la cita del viernes con Olivia, que era a la que tenía ganas de escribir al final del día. Esa me llenaba mucho más que cualquier otra cosa.

La mañana pasó volando y salí hacia el bar. La cita era cada vez más como el pan nuestro de cada día. Antes era obligada los viernes, pero últimamente parecía serlo más a diario.

Y ahí estaban todos, incluida la preciosa Olivia que me miraba sonriente, ruborizada. Era lo que más me gustaba de ella, su sencillez.

Me puse con los chicos a hablar mientras la observaba. Me encantaba cuando la pillaba mirándome de reojo. Lo hacía a cada momento, en uno de esos le hice un guiño para advertirle de que lo estaba viendo. Le dio un golpe de tos que me hizo mucha gracia.

Pedimos unas tapas, pues teníamos mucho que celebrar. Brindamos por Elba y reímos, mientras charlábamos por los codos.

Se fueron marchando todos y frené a Olivia cuando intentó despedirse.

a

— ¿Qué prisa tienes?

— Ninguna — sonrió ruborizándose y mirando al suelo — pero...

— Pero me querías hacer un tres sesenta — levanté la ceja.

— No, para nada — sonreía entrecortada.

. — ¿Pensas que no nos espera nuestro lugar favorito para tomar café? — pregunté refiriéndome al sitio aquel al que la llevé la primera vez a merendar y que tanto me gustaba.

— No tenía ni idea — puso cara de circunstancias.

— Pues vamos — dejé el dinero en la bandeja de la cuenta y salimos a buscar mi coche al garaje.

Puse un canal de música y nos dirigimos al bar con las mejores vistas del mundo, al menos para mí.

En el coche iba sonriente, pero se le notaba avergonzada. Eso me fascinaba, saber que le provocaba rubor y no indiferencia.

— Bueno, ya estamos aquí por segunda y no última vez — me acomodé.

— A ver si esto se va a convertir en algo tan rutinario como ir al bar al salir de trabajar — reía flojito.

! — Pues no sería mala idea — carraspeé y me dirigí al camarero que había acabado de aparecer.

— Mis padres te deben la vida según ellos — soltó una pequeña carcajada.

— ¿Y eso? — mi gesto fue de sorpresa total.

— Dicen que por fin me pierden un poco de vista — volteó los ojos.

— Ellos lo que quieren es verte vivir, ya te lo dije — levanté la ceja.

— Eso es, pero bueno surgió así — se encogió de hombros.

— Y este viernes nos toca ir a cenar a otro lugar que conozco que es perfecto — solté como el que daba por sentado que repetiríamos.

— ¿El viernes? — rio mientras se echaba hacia atrás ya que el camarero traía los cafés y pasteles.

— Claro, el jueves no, que al día siguiente hay que trabajar — bromeé para llevar la pregunta a mi modo.

— Ya — negó riendo y mordiéndose ese labio que tantas ganas tenía de besar.

Olivia me transmitía algo tan fuerte que solo deseaba que la tarde nunca se acabara.

Terminar la jornada diaria con ella en aquel lugar era una auténtica delicia. La tarde estaba increíble y el buen tiempo invitaba a permanecer allí al sol, en la mejor de las compañías.

Volvimos a pedir los cafés y los pasteles de chocolate que tanto nos gustaban y, mientras esperábamos que nos los trajeran, tomé la delantera en la conversación.

—¿Qué tal tu fin de semana? Aparte de la noche del viernes, que esa la presencié en vivo y en directo—reí.

—Pues muy bien. Tranquilo y casero. El sábado por la mañana me fui con mis hermanos a dar un paseo en bici y lo pasamos fenomenal.

—¿Sí? —arqueé la ceja. Alguien me debe también a mí un paseo de esos.

—Vale—cada vez parecía algo más fácil que aceptara mis planes.

—¿Y qué? ¿De qué pasta estáis hechos? ¿Fue un paseíto o una auténtica salida en bici?

—Cielos. No sabría que decirte. Recorrimos unos 17 kilómetros, pero si por Alexandra hubiera sido, todavía estaríamos encima del sillín.

—¿Sí? ¿Es muy deportista?

—No lo sabes tú bien. Nada, hace atletismo, bici, no para...

—Eso es bueno. Yo dentro de nada voy a tener que hacer lo mismo para que ese delicioso dulce de chocolate que viene por ahí no se aloje demasiado aquí—señalé mi barriga y a ella le hizo tela de gracia. Se echó a reír.

—Bueno, el asunto es que la salida fue un poco accidentada.

—¡No fastidies! ¿Te pasó algo? —me preocupé.

—Tan solo unos rasguños en la rodilla.

—Cuenta—me interesaba mucho saber lo que le había pasado.

⁵—La cuestión fue que Alexandra iba la primera y nosotros dos en fila india, detrás de ella. En un momento dado, pasó un animalito por delante, ni vio lo que era y frenó tan en seco que David, que iba detrás, se la comió...

—Y detrás de él tú...

—Sí, pero la que peor parada salió fue ella, que prácticamente voló y fue a caer en un charco. Los demás también nos caímos, pero en el sitio.

—Habría que escucharla, con el arte que dices que tiene...

—Y tanto. Eso no era boca. Pasado el susto y comprobado que no le había pasado nada, David y yo nos hartamos de reír.

—Imagino.

—Sí. Es que estaba de lo más graciosa. Era un puntazo. Con la cara llena de barro y todo el cuerpo empapado. La monda. Menos mal que ya estábamos cerca de casa.

Con ella y sus relatos familiares me pasaba un poco como con los de Carlota, me encantaba escucharlos. Por un momento, no pude evitar que me viniera a la mente una imagen familiar con Olivia y mi pequeña Lucía en bici.

—Imagino. Yo disfruto muchísimo cuando puedo salir con mi peque al aire libre. Incluso hemos hecho alguna excursión al monte, ella con su bici de ruedines.

—¡Ay, qué cosita más linda!

—Sí, sí.

—¿Cómo es?

—Un trasto total—se me debió notar que la pregunta me iluminaba el alma.

—¿Sí?

—Sí, sí. Es un bichillo de primera. Hay que tener siete ojos con ella.

—Cuéntame.

—¡Madre mía! Nos las ha hecho de todos los colores. Desde meterse en la lavadora, fingir un desmayo para no comer verdura, darle tres cucharadas de jarabe al gato de mis padres... Lo que te imagines.

—¡Debe ser la monda!

—Sí, sí. Es muy divertida y luego tiene una boca que no veas, con unas ocurrencias impropias para su edad.

—¿Y tiene carácter?

—¡No lo sabes tú bien! Mi madre dice que en eso es en lo único que no se parece mucho a mí, aunque yo también era travieso de peque. El caso es que Lucía tiene tela de genio y yo era más apocadito.

—Bueno, eso está bien. Así te aseguras de que no le tosa nadie.

—No, no. A esta hija mía yo creo que no ha nacido quien la toree. Ni que yo me entere. Bueno ¿Y el resto del finde? ¿Qué has hecho? —quise cambiar un poco para el tercio.

—Pues después de la salida en bici, por la noche yo no tenía ganas más que de estar en casa, pero David se empeñó en que le acompañara al cine.

—Eso está bien.

—Sí, sí, al final me alegré mucho porque vimos una película muy romántica, preciosa. De esas que provocan lágrimas de emoción.

—¿Te gusta ese género? —yo estaba deseando saber más cosas de ella.

—Sí, sí, me encanta.

—¿Y a David también?

—¡Qué va! A él lo que le gusta es ir al cine en general. Para mi hermano es como una institución lo de las palomitas, las chuches y el pobre eligió esa peli por mí.

—Debe ser un tipo encantador.

—De veras que sí lo es.

—Bueno, a mí también me gusta el cine—carraspeé, por si eso te dice algo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Y tú? ¿Saliste?

Un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo. Esperaba que ella no quisiera indagar demasiado porque odio las mentiras por encima de todas las cosas. En el último año de nuestro matrimonio, Cata no hacía más que mentirme y yo es que no lo soportaba.

—Bueno, en mi caso, salí el sábado por la noche con Daniel.

—¿Sois muy amigos?

—Sí. Nos compenetramos muy bien. Eso sí, somos muy diferentes—me apresuré a decir por aquello de que pronto le llegarían campanas a Olivia de que Daniel era un prenda de mucho cuidado.

—Vale, vale. ¿Y bien?

—Bien, bien. Ya ayer domingo fui a comer a casa de mis padres y genial —di un salto al domingo que me venía de perilla—¡Qué te voy a contar que no sepas! Me miman mucho en cuanto aparezco por la puerta. Sobre todo, m madre.

—Claro es lo típico. Por cierto, tu padre me cayó fenomenal el otro día. Además, os parecéis mucho, tú eres como un “mini Don Carlos”.

—Carlos, Carlos. Ya sabes que no le gustan las formalidades.

—Bueno, pues un “mini Carlos”.

—Eso ya está mejor—sonreí.

—Tú a él también le caíste muy bien.

—¿Sí?

—Sí, no tengas ninguna duda.

La tarde pasó en un suspiro entre risas, bromas y alguna que otra insinuación más por mi parte para ir quedando.

⁵ Al final, nos dimos cuenta de que era hora de volver.

—Espero que pases una buena noche, Olivia. Por mi parte, la tarde ha sido estupenda. Hay que repetir pero que ya.

—Yo también lo he pasado genial. Vale, no vamos a dejar ahí ese pastel de chocolate—hizo un gesto con la mano como que estaba de rechupete.

No moví el coche hasta que no la vi entrar en su casa. Por el camino iba pensando que, de rechupete, más que el dulce, estaba ella. Y si bonita era por fuera, todavía parecía serlo más por dentro.

i

)

)

No moví el coche hasta que no la vi entrar en su casa. Por el camino iba pensando que, de rechupete, más que el dulce, estaba ella. Y si bonita era por fuera, todavía parecía serlo más por dentro.

Capítulo 11



Mi primer pensamiento, Olivia. Y no era la primera vez.

Y yo notaba que me sucedía sin poderlo evitarlo y produciéndome aquel pensamiento una sonrisa.

Llegué al trabajo y Carlota tenía una cara de funeral que despedía gente.

— Buenos días, no tienes muy buena cara.

— Buenos días, Alexis, no, no la tengo.

— ¿Te pasa algo?

— No debo hablar de ello.

— Bueno, si te puedo ayudar en algo...

— Ahora te llevo el café.

— Vale — di dos golpes en su mesa y me dirigí a mi despacho.

Me sorprendía verla con esa tristeza y casi sin mirarme a los ojos, sin regalarme esa sonrisa que cada mañana era lo primero que hacía al verme.

No tardó en aparecer por el despacho, casi sin mirarme, me puso la taza y se dispuso a marcharse.

— Espera...

— Dime — seguía mirando hacia el suelo.

— Siéntate por favor — extendí la mano señalando a la silla y ella lo hizo — ¿Qué te pasa? Puedes confiar en mí.

En ese momento rompió a llorar. Me levanté y me fui hacia la silla que había a su lado. Me senté, le cogí las manos y la miré a la cara.

— Tony me dejó por otra, una compañera suya de la policía.

— No me lo puedo creer...

— Ni yo, ni yo — sollozaba con el corazón encogido — Lo peor de todo es que ni se despidió de su hija. La pobre lo escuchó todo y no sabes cómo lloraba. Martina solo tiene cinco años y sus llantos se prolongaron hasta altas horas de la madrugada.

— Imagino, no sé qué decir — me acerqué y la abracé — Cógete estos días y vuelve el lunes, necesitas descansar y ordenar tus ideas.

— No, no me quiero quedar en casa encerrada. Él se llevó sus cosas. Por suerte la casa es de mis padres que me la donaron, así que todo sigue, sin él, pero todo sigue.

— ¿Y Martina?

— Se levantó mejor, la llevé al colegio, a ella le hace mucha ilusión ir.

— Sabes que tienes a los abogados de la empresa a tu disposición para que te lleven el divorcio. Puedes contar con ellos.

— Gracias, les iba a consultar.

— Pues deja que ellos se encarguen. Espero que todo se haga bien por la niña y a ti. Bueno, estoy seguro de que la vida te tiene preparado algo mucho mejor, pues eres una gran mujer, una gran madre, y una gran persona.

— Gracias — me abrazó llorando.

— Ven, vamos a desayunar al bar para que te dé un poco el aire.

— No te preocupes.

— Claro que sí, sabes que para mí no eres una trabajadora. Esta empresa es una familia y tú eres parte de ella.

— No me hagas llorar más — rio mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Salimos de allí y nos cruzamos por los pasillos con Davinia. Se vino con nosotros al bar, además ella era una persona muy alegre y le vendría bien a Carlota. Por lo visto ya se lo había contado y estaba alucinando también.

Pedimos los desayunos y obligamos a Carlota a que comiera un poco de pan.

— No lo hubiera imaginado de él en mi vida — seguía entre sollozos.

— ¿Sabes? — le cogió la mano Davinia — Ninguno de los que os conocemos lo hubiéramos imaginado, pero todo pasa por algo y las lágrimas de hoy quizás un día se convertirán en la mejor de tus sonrisas.

— Gracias, Davinia. Es algo muy doloroso con lo que hay que lidiar e imagino que el tiempo será el que lo cure todo.

— Por supuesto.

Iban hablando y yo escuchaba, pero lo estaba haciendo tan bien Davinia que ni quise intervenir. Me quedé en silencio.

Volvimos a las oficinas y me puse a trabajar. No me había topado con Olivia además de que tenía la puerta de su despacho cerrada.

1

Miré la foto de mi hija, cómo me dolía y encima tampoco la vería este fin de semana, ya que no me tocaba y el que cedí yo lo perdía. Así de dura era la cuestión impuesta por Cata.

Tenía muchas ganas de que la justicia se pronunciara ya que aguantar ese tormento era demasiado y los días pesaban.

A la hora de la salida me encontré en los pasillos a Olivia.

— Hombre, pensé que me esquivabas — bromeé.

— No, pero quise adelantar algunas cosas y no salí del despacho — sonrió.

Bajamos al bar y nos pusimos con los chicos. Ella se ruborizaba con esas miradas que yo le dirigía y la veía que se ponía de lo más nerviosa. Por mi parte, lo hacía peor.

De Helga me acordaba de su sensualidad, pero Olivia tocaba mi corazón, sin dudas que lo hacía. Era como una tentación sentida por algo de difícil acceso.

Ese día no le dije nada de ir a tomar un café. Quería que me echara de menos, que se preguntara por qué no le había dicho algo a la salida. Era la única forma de ir ganándola, que pensara en mí, que tuviera ganas de esos momentos que a veces le proponía.

Me fui para casa pues quería estar relajado, tirarme en el sofá, tomarme la tarde libre, así que me di una ducha, me preparé un café y me tumbé a vagar.

No tardó en llegarme un mensaje que me dejó con una sonrisa floja. Era de Olivia, junto con una foto de un café y un pastel de chocolate.

“Ya que no me invitaste hoy, me fui sola. Tienes razón, comenzaré a vivir y a encerrarme menos. Gracias por ser como eres”

Me encantaba. Era la verdad, su forma de ser, su timidez, su nobleza, lo tenía todo para conquistar a cualquier corazón. Y el mío lo estaba deseando.

No tardé en responderle.

“Eso tiene una pinta brutal, lástima que no me invitaste...”

Me reí después de enviarlo y ella respondió inmediatamente.

“Ni lo pruebo. Ya me siento mal, tienes razón, mañana venimos y nos lo comemos. Queda mi jefe invitado”

Joder, tampoco era eso. Bueno sí, lo del día siguiente sí, pero que no se comiera el pastel en ese momento, no. Le contesté rápidamente.

“Acepto con la condición de que te comas ese pastel y compres otro para llevármelo mañana a mi despacho y que me lo tome con el café”

En nada, recibí su respuesta.

“Eso está hecho. Mañana te llevo este y por la tarde probamos otro. Hay muchas delicias en este lugar”

Me dejó toda la tarde a baba caída. Le hubiera seguido respondiendo, pero lo cierto es que prefería tenerla en ascuas un poco para que así siguiera pensando en mí. Algo me decía que ella era todo lo que había buscado.

Justo antes de cenar me llamó mi amiga Nuria. Otra tormenta que se avecinaba y yo sin saberlo.

—¡Hola, Nuria!

/

—¡Hola, Alexis!

—Chica, no tienes muy buena voz.

—No hace falta que lo jures. He tenido mejores días.

—¿Y eso?

—Daniela me ha salido rana—¿Qué estaba pasando a mi alrededor? Esperaba que esa mala racha no fuera contagiosa.

—¡¡No fastidies!!

—Sí, sí fastidio. Bueno, mejor dicho, me ha fastidiado ella. Me ha jodido, pero a base de bien.

—¡Venga ya! ¿Tanto?

—Sí, amigo. ¿Y sabes qué es lo peor?

—Dime.

—Pues que no lo he visto venir. No he visto venir una mierda. Me lo he tragado todo como una imbécil.

—Suele pasar, ¿es un lío de cuernos? ¿Está con otra?

—¡Está con otro!

—Joder, ahora sí que me he perdido.

—Y yo. De repente me sale con el hecho de que es bisexual. Según ella de buenas a primeras.

—Y tú, ¿qué dices de eso?

—Yo digo que un mojón. Vamos, que una no cambia de condición sexual como de camisa. Lo debe haber sido siempre. Hasta en eso me ha engañado.

—Ya, y ahora tienes el problema de que comprasteis el piso a medias, ¿no?

—Y no es solo eso—una muerta habría tenido mejor voz que ella.

—¿Hay más?

—Sí. Ya sabes que planeábamos casarnos. Yo soy muy confiada, ¡por el amor de Dios! A mí no se me hubiera ocurrido que ella me iba a estafar...

—¿A estafar?

—Sí. Yo la metí como socia capitalista en el negocio.

—No, Nuria...

—Sí y además en cierta ocasión necesitamos unos poderes y fuimos a notarías.

—No me cuentes más, estoy imaginando el desastre...

—Todo lo que pienses se va a quedar corto. Otorgamos unos poderes mutuos y ella se ha valido de eso para pedir una serie de préstamos que ya tiene en su cuenta y que ahora son de pago solidario. Me los van a reclamar a mí también.

—¡Cáspita! ¿Y estamos hablando de mucho dinero?

—De mucho dinero, Alexis. Del suficiente para no poder pagar las cuotas y que me embarguen la clínica y digo que me embarguen porque a ella le da igual. Ese negocio era mi sueño.

—Lo sé, amiga. Lo sé.

—Y ella pondrá rumbo a las Bahamas o a la Conchinchina con su amorcito, que además tiene diez años menos y a mí que me zurzan, me embarguen y me pudra.

—No es justo Nuria, porque además tú eres una currante increíble.

—Ya, ¡pero para lo que me va a servir!

—No, Nuria. Esto es inadmisibile. Algo se podrá hacer. Y si no, tendrás que pedirle ayuda a tu padre.

—El problema es que sabes que soy muy cabezota. Pedirle ayuda puede significar que luego se crea con el derecho de inmiscuirse en todas las parcelas de mi vida.

—Ya, eso es complicado.

—Y tanto. Vamos es que por ahí no paso. Adoro a mi padre, pero antes de volver a estar bajo su batuta, con nuestra edad, me voy debajo de un puente.

—Lo entiendo, Nuria. Déjame pensar. Tiene que haber algún tipo de solución. Necesitaré ver papeles, números, pero estoy seguro de que algo vamos a poder hacer. Las fórmulas financieras son lo mío.

—Pero en este caso, más que una solución, yo creo que voy a necesitar una varita mágica—rio amargamente.

—Bueno, bueno. Yo te digo que de todo se sale y Daniela que no cante victoria tan rapidito, que torres más altas han caído.

—A ver si es verdad, porque yo me he llevado un palo que creo que voy a ser incapaz de confiar en nadie más.

—Eso de ninguna manera, porque entonces te habría ganado la batalla. Fíjate yo con Cata, podría pensar igual, encima con la niña de por medio...

—Es verdad, Daniela puede jugar con mi dinero, pero Cata lo ha hecho con tu hija y eso sí que debe joder...

—Pues imagina.

Colgamos. Ella me llamaría al día siguiente y hablaríamos de números.

Después de la conversación con Nuria, pensé que yo era más fuerte de lo que parecía y me sentí súper bien. Parecía que el mundo se estaba cayendo alrededor de mis amigos mientras yo comenzaba a ver la luz después del túnel. Y es que nunca pensé en rendirme.

Esa noche me acosté con la sensación de que la vida eran etapas y de que era posible que Olivia representara mi oportunidad soñada para ser feliz.

Después de la conversación con Nuria, pensé que yo era más fuerte de lo que parecía y me sentí súper bien. Parecía que el mundo se estaba cayendo alrededor de mis amigos mientras yo comenzaba a ver la luz después del túnel. Y es que nunca pensé en rendirme.

Esa noche me acosté con la sensación de que la vida eran etapas y de que era posible que Olivia representara mi oportunidad soñada para ser feliz.

Capítulo 12



Llegué a la oficina y Carlota estaba cabizbaja, pero sonrió levemente.

Me metí en mi despacho y como cada mañana no tardó en llegar con el café, pero, además, con el pastel que salía en la foto que me había mandado el día anterior Olivia y que me prometió comprar.

— El café y este pastel cortesía de Olivia, nos trajo uno a cada uno — sonrió alejándose después de dejarlo en la mesa.

A todos, solté una carcajada mientras lo pensaba, eso había sido buenísimo, nada de para mí, uno para cada uno... ¡Anda que no tenía estilo la niña!

Me pasé toda la mañana riendo y trabajando. Lo del pastel para todos me había llegado al alma. Había sido un golpe muy bajo o una forma de tapar que no solo le traía pastel al jefe, pero me había hecho mucha gracia y no lo esperaba para nada.

Sobre la una de la tarde, Nuria en la puerta de mi despacho.

—Amiga, ¿cómo estás?

—Giro total de acontecimientos, flipante.

—¿Y eso? Cuéntame...

—Por lo visto, Daniela y el chico tuvieron una discusión muy fuerte anoche. Yo no tenía ni idea, pero parece ser que él la estaba presionando una barbaridad. El tema de la estafa había sido idea suya.

—¡Vaya con el angelito!

—Sí y parece que, por suerte, aunque la infidelidad está ahí y el daño está hecho, ella no ha sido capaz de hacerme esa faena que me arruinaría.

—¡Menos mal! No sabes cómo alegro...

—Sí. Esta mañana ha aparecido por nuestra casa y me ha pedido perdón. Dice que sabe que nunca volveré a confiar en ella, que no volveremos a ser pareja, pero al menos traía el dinero...

—¿En efectivo?

—Sí. En efectivo. Me comentó que creía que en mis manos estaría más seguro, que ella había estado tan trastornada que no respondía, que ya no se fiaba ni de ella misma...

—Se ve que ha caído en una relación de esas tan tóxica que te roban hasta la voluntad, ¿no?

—Así es.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—¿Yo? Jodida, pero no arruinada, que no es poco—tenía mucho sentido del humor.

—Pues eso habrá que celebrarlo en breve.

Salió del despacho y yo con un peso menos.

A la hora de la salida vi a Olivia en el pasillo y le dije que me siguiera, así que me la llevé al garaje, le abrí la puerta del copiloto para que se subiera y nos fuimos de allí.

— Pensé...

— Que íbamos al bar con los chicos, pero no — reí.

e— Ah, bueno — se encogió de hombros sin entender nada.

La llevé a un mesón. Concretamente a uno que era precioso, de madera y en el que ponían unas raciones de surtido ibérico y unas tapas que eran de lo mejor.

Sonrió cuando paré en la puerta.

— Me trae muchos recuerdos, aquí venía con Jorge.

Con los sitios y Olivia iba de coincidencia en coincidencia. Lo malo era que en ese caso pensé irónicamente que e acierto había sido brutal y que todo lo hacía al revés, pero lo veía como la posibilidad de que fuera capaz de estar en los sitios en los que estuvo con él sin pensar que hacía nada malo.

Entramos y pedimos una botella de vino, un surtido ibérico y unas tapas de atún encebollado que eran de lo más demandadas.

— Lo de los dulces para todos, una genialidad — reí brindando con las copas.

— Hombre, estaba muy feo que me colara por allí con uno solo para el jefe. Iba a pasar a ser la sospechosa de las oficinas, cuando no la pelotera — sonrió con una leve carcajada.

— Ya, lo vi como una opción.

— ¿Ya sabes cuándo ves a Lucía?

— El viernes que viene, no hubo forma de convencer a Cata. En fin, no me queda otra que aguantar el chaparrón este hasta que la justicia se pronuncie.

— Ya, te entiendo.

— De todas formas, coincide con Semana Santa, así que me la quedo hasta el miércoles y ya el puente de Semana Santa se la queda ella.

— Entonces estupendo.

— Quiero llevarla al Loro Parque, le encanta.

— Es un lugar muy bonito y divertido. Yo fui hace poco y es increíble cómo lo mantienen. Hacía mucho que no la visitaba y me sorprendió gratamente.

— A ella le gusta por los delfines y porque al final del espectáculo escogen a un niño y le dan una vuelta en la barca y, gracias a que tengo contactos, siempre la pasean a ella — sonreí.

l
— ¡Ya te digo si es lista! Hace muy bien. En el mundo hay que saber aprovechar las oportunidades—rio.

— Totalmente de acuerdo— Levanté la copa a modo de brindis y pensé que no había podido estar más certera.

El mundo era de los que sabían coger esos trenes que solo pasaban una vez en la vida y eso era lo que me parecía a mí Olivia.

—Estarás loco porque lleguen esos días.

—Mucho. ¿Y tú? ¿Tienes planes para Semana Santa?

—No. A decir verdad, hace mucho que no planeo. Ahora improviso más.

—¿Vives improvisando un poco?

—Totalmente—se detectaba ese cambio de actitud que Olivia ya me había avisado por mensaje. Era como si se sintiera más libre, con menos prejuicios...

—Eso está bien. Yo soy de los que piensan que lo mejores planes son aquellos que surgen de manera improvisada

—Buena filosofía. La comparto. Yo en una ocasión, bueno fue de lo más divertido...

—Cuéntame...

—Verás, antes de Jorge sacarse su plaza de profesor, se fue unos meses a Londres a perfeccionar el inglés.

^o—Sí, ¿y?

—Pues que mi amiga Raquel, de la que te ha hablado y que es una loquilla, me propuso hacerle una visita allí, pero totalmente de sorpresa...

—Buena idea...

—Sí, pero con lo que no contábamos era con el hecho de que ese mismo puente, Jorge planeaba sorprenderme también a mí y se vino para Tenerife.

—¡No! —reí.

—¡¡Sí!! Fue la bomba. Todos nos quedamos a cuadros. Apenas podíamos creerlo.

—Imagino.

—El caso es que no pasó absolutamente nada. Mira por dónde, yo disfruté con Raquel de un fin de semana de chicas en Londres en el que nos los pasamos pipa y él hizo lo mismo con sus amigos en Tenerife.

—Y eso es algo que igual de otro modo no hubierais hecho...

—Claro, ese es el *quid* de la cuestión. En realidad, estuvo genial, pese a todo.

—Veo que eres una persona optimista y eso me gusta.

l.

—Sí, sí, yo en normalidad he sido siempre de las que he visto el vaso no ya medio lleno, sino casi a rebosar—rio.

—Pues quien tuvo, retuvo y en nada vas a ver las cosas con el mismo cristal.

Hablar con ella era estar en calma, en paz y en armonía con el entorno. Olivia transmitía tan buen rollo que me hacía sentir extremadamente bien.

Además, durante el almuerzo pude comprobar que ella se relajó bastante, a pesar de que el lugar le trajera recuerdos.

Una vez finalizado, fuimos a esa cafetería en la que ella estuvo el día anterior. Pedimos los cafés y unos trozos de tarta de piñones realmente exquisitos.

Me llegó un mensaje de Daniel recordándome lo del sábado y diciéndome de paso que no me hiciera el sueco, muy gracioso...

No le contesté pues estaba con ella y me parecía una falta de respeto responder a algo que no era importante, mientras que Olivia sí lo era, al menos me lo parecía. Eso o que me estaba volviendo un tonto enamorado.

Era toda una tentación, solo me daban ganas de besarla, pero no de la misma forma que lo hacía con la sueca, sino de otra más delicada, más bonita. Lo de Helga era más sexual y nada que ver con lo que yo sentía con Olivia.

Pasamos un buen rato allí. Luego nos fuimos en el coche hacia su casa, donde nos despedimos con una mirada que caló mi alma, me la hubiera comido a besos.

Esperé a que ella entrara por la puerta y puse el coche en marcha. La tarde había sido fenomenal y yo estaba cada día más satisfecho y encantado con aquellos ratitos que pasábamos a solas.

Aproveché el camino de vuelta para mi casa y llamé a Daniel. No aceptaba un no y el sábado habíamos quedado con las suecas. El viernes yo tenía de nuevo una cita con Olivia. Me daba que pensar que no estaba actuando correctamente, pero Helga se iría en pocos días y con Olivia seguía sin tener nada.

)

e

Capítulo 13



— Buenos días — la sonrisa de Carlota llena de dolor era lo que reflejaba el momento tan angustioso por el que estaba atravesando.

— Buenos días, Carlota. ¿Qué tal estás?

— Bueno, batallando con la cabeza, pero mejor — levantó un poco los hombros.

— Mañana estarás mejor y pasado mejor, así hasta que estés bien. Ya lo verás.

— Claro, por Martina lo tengo que hacer.

— Por Martina y por ti, pues no te mereces estar mal por un hombre que no te supo valorar.

— Eso le digo yo — apareció Davinia — Buenos días, jefe.

— Vaya por dios, ahora os dio a todos por llamarme jefe — hice como si me fuera a dar con la frente en la mesa de la recepción.

— A ver, si quieres me nombras jefa a mi “*in nomine patris*” — bromeó Davinia causando una risa en Carlota.

— Me lo pensaré — hice un gesto de terror.

— ¿Para qué quieres ser jefe? Mira el de las cincuenta sombras, tenía helicóptero, yates...

— Y yo no tengo nada — reí.

— Bueno tampoco es eso, que tienes tu pedazo de casa, tu cochazo, tu empresa que va sobre ruedas, pero que me puedes nombrar jefa adjunta — me sacó la lengua.

— Vale — levanté las manos y comencé a andar — Me piro que al final capaz eres hasta de hacer que lo firme.

— No lo dudes — gritó muerta de risa.

Encendí el portátil mientras miraba la foto de Lucía, mi pequeña. La amaba con toda mi alma y tenía unas ganas increíbles de verla. Estaba a cada momento preguntándome si se acordaría de mí.

Davinia apareció por mi despacho con el café.

— ¿Has echado a Carlota? — sonreí bromeando y sorprendido porque ella fuera ella la persona que me había traído el café.

— No, pero ya está bien de que siempre sea la misma la que te haga de camarera. Aquí ahora a hacerle la pelota a jefe vamos a venir todas y por turnos — me sacó la lengua.

— Venga pide por esa boca, sin necesidad de rodeos ¿Qué quieres? — pregunté haciendo un gesto burlón.

— Un anticipo de nómina de doscientos mil euros — carraspeó.

— Si te lo doy no apareces más a currar en tu vida, eso no cuela — reí.

— Es verdad, me he pasado un poco, déjame pensar...

— O sea, ni lo tenías pensado. Anda a currar que no tienes remedio — negué riendo.

Era un caso Davinia. En realidad, ninguno de nosotros teníamos que ver con el resto. Cada uno tenía una personalidad muy distinta, pero todas ellas eran complementarias.

A media mañana me pasé por la oficina de Olivia. Tenía ganas de verla, así que llamé a la puerta y entré.

— Buenas tardes, jefe — sonreía.

— Buenas tardes, Olivia — me senté frente a ella.

— ¿Necesitas algo?

— Claro, un poco de compañía — me encogí de hombros provocando una risa en ella.

— Puedes quedarte las tres horas de trabajo que quedan — reía bromista.

— Me tendría que traer mi portátil para avanzar y creo que no es buena idea. Aquí no me concentraría — sonreí con amplitud.

— Vaya, pero si yo soy muy responsable, ni te molestaría.

— Eso lo sé, pero tu sola presencia no me permitiría concentrarme — fui directo a la yugular provocándole un enrojecimiento fuerte en la cara.

— Entonces esa ya no es mi responsabilidad — reía ruborizada.

— Bueno, hoy estoy muy atareado, pero mañana te recuerdo que a las nueve de la noche te recojo para ir a cenar.

— Vale — no dejaba de sonreír.

Salí de allí y me fui de las oficinas ya que tenía que ir a una reunión con unos inversores con los que comería.

Estos eran unos socios de los noruegos que hicieron la fiesta en la que conocí a Helga y donde se llevó la piña Daniel en el ojo, a consecuencia de la cual estuvo unos días que daba miedo mirarle el morado.

Ese día fue de lo más largo, terminé la reunión a las ocho de la tarde, casi cenamos y todo juntos. Eso sí, afortunadamente, llegamos a entendimiento y cerramos otro trato que nos llevaría a buen puerto.

Era impresionante lo fácil que fluía todo con ellos. La confianza era mutua y tras muchos cierres de tratos ya los negocios salían solos pues sabían que las ideas de los proyectos siempre eran buenas. Nunca se nos había caído una operación y siempre sacábamos grandes beneficios de las que cerrábamos en conjunto.

Y es que no era algo nuevo. Llevábamos años trabajando en común en algunos casos puntuales, por los que ellos ya se habían establecido más tiempo en la isla, aparte del hecho de que nuestro clima les seducía.

Llegué a casa, me duché y cené una crema de verduras que estaba espectacular y que Fina me había dejado preparada.

A un paso de entrar en el fin de semana y ver cómo se desenvolvía con cada una, lo mío era de campeonato. Viernes con mi Olivia y sábado con la seductora Helga.

El viernes por la mañana pasó volando.

Llegué y Carlota tenía algo de mejor aspecto, circunstancia que me alegró enormemente. Esperaba que poco a poco se fuera encontrando a sí misma. Era una gran mujer y merecía lo mejor.

A las doce esperaba la visita de Pablo, un amigo de toda la vida que me traía a su cuñado Juanjo, que por lo visto había tenido una brillante idea, según sus palabras y quería que estudiáramos la viabilidad de su proyecto.

Por la emoción con la que me había hablado el día anterior por teléfono, entendí que poco menos que tendría entre manos un “*Eurovegas*” pero en Tenerife. Me había insistido tanto que le hice hueco rápidamente. Todo fuera por un amigo.

—¡Hola, Pablo! —me levanté y le di la mano—¡Ha pasado mucho tiempo!

—Y más que va a pasar, creo que de esta me dejas de hablar—me susurró dándome un abrazo, para disimular.

Aquel comentario no me entusiasmó demasiado y entendí que venían curvas.

—Yo soy Juanjo—me extendió la mano.

El tipo era un tanto pintoresco y muy bajito. Venía provisto de una serie de planos de tal tamaño que eran más grandes que él.

—Encantado Juanjo—yo estaba un tanto descolocado.

—¿Tienes una buena mesa? —me preguntó, disponiéndose a sacar el primero de los planos, que me daba a mí que extendido no iba a caber en mi despacho.

—Bueno, igual no hace falta que despliegues nada, hombre. Ya sabes que hoy en día, con los programas informáticos, nos hacemos una idea de todo.

—¿Informáticos dices? No, no, yo estoy totalmente reñido con la tecnología.

—Vaya, hombre—sonreí irónicamente casi buscando la cámara oculta. No sabía por dónde venía todo aquello.

—¿No puedes abrirlo, cuñado? Yo de ti iba y le pedía a Carlota, la recepcionista, que te dé unas tijeras.

—Buena idea—salió del despacho.

—Pablo, ¿qué clase de friki me has traído? —lo miraba con ojos atónitos.

^a —Calla, calla, que me muero de la vergüenza...

—Pero si es que además este tipo no puede ser tu cuñado ni nada, si yo conozco a la familia de Ana...

—Es que esa es la cuestión. No te he contado porque no nos hemos visto. Hace seis meses que no estoy con Ana y he conocido a una chica, Elena. Un encanto de niña pero que pierde pie con su hermano, que llevaba muchos años en el extranjero.

—¡Yo te mato! Y al final voy a ser yo partícipe de este culebrón.

—Me temo que sí. El tal Juanjo está recién llegado a España y su hermana me dijo que necesitaba financiación para un gran proyecto que traía entre manos.

—Y tú me llamaste a mí sin encomendarte a Roma ni a Santiago—réi.

—Pues va a ser que sí. Yo, para qué te voy a negar, estoy muy entusiasmado con la chica y me pareció que ganaría puntos si la ayudaba.

—Y ni se te ocurrió preguntar en qué consistía el proyecto en cuestión.

—Pues no. Ha sido ahora al venir para acá cuando él me ha comentado que lo que quiere montar es....

—Una granja de caracoles—Juanjo acababa de entrar por las puertas y terminó entusiasmado la frase.

—¿Una qué? Me quedé loco, mirando a Pablo y esperando que fuera una broma.

Resultó que no y tuve que capotear el temporal. Cuando salieron por la puerta, yo pensaba que esperaba que los demás no se hubieran enterado de aquello, pero no iba a tener tanta suerte.

Al mediodía terminamos todos en el bar tomando una cerveza y picoteando y el cachondeo de los chicos fue monumental. Aquella era la última vez que le hacía un favor a un amigo sin saber. Me había pasado por buenazo.

Después de tomar unas tapas nos fuimos. Ese día casi agradecí perderlos de vista porque con la cuestión de la granja, los caracoles y los cuernos iban a tener cuerda para rato. Y más que nadie, Davinia, que era la más cañera.

Había quedado con Olivia en que la recogería a las nueve y con esa idea en la cabeza conduje feliz.

✓
; Llegué a mi casa y lo que hice fue tirarme en el sofá a descansar. No me apetecía otra cosa más que ello. Quería estar fresco para disfrutar de la noche y del fin de semana que me quedaba por delante.

Capítulo 14



Ahí estaba Olivia, preciosa, con una sonrisa que me hacía derretir.

— Buenas noches, estás muy guapa — carraspeé.

— Buenas noches, jefe, no te quedas atrás.

— Vaya, ya estás como las niñas, llamándome jefe.

— Siempre te lo llamé ¿Acaso no lo eres? — reía divertida.

— Seguramente que sí, bueno, vaya sí, pero no me gusta que me llamen así.

— A mí tampoco me gusta que me llamen Oli y por cuestión de mi nombre muchos me nombran así, pero no por eso voy a coger complejo de aceituna. Pues tú lo mismo, ¿Quién es el dueño de la financiera? Pues eso, siempre serás nuestro jefe hasta que nos pongas de patitas en la calle.

— Bueno, pero me podéis llamar Alexis o Alex, como hacen con tu nombre — sonreí mientras conducía.

— Ya, como poder sí, pero es lo que te queda y con lo que nosotros mejor te identificamos, jefe— Me encantaba que estuviera así de bromista y dicharachera, la verdad es que no era para menos. Olivia se merecía comenzar a ser feliz, sin remordimientos.

—Pues nada, entonces me haré a la idea. Es lo que me ha tocado—me encogí de hombros.

—Claro. Hazte a la idea de que es tu destino. También llaman así a Bruce Springsteen y él no se queja.

—Hombre, visto desde esa perspectiva es un honor—reí—Que “*the boss*” es mucho “*the boss*”.

—¿No me digas que te gusta? —su cara denotaba entusiasmo.

—Mucho, ¿y a ti?

—¡Yo muero con él!

—¿En serio?

—¡Claro! Si hasta un año de pequeñaja le pedí a mis padres como regalo por mis buenas notas que me llevaran a un concierto suyo...

—¡Otro punto en el que coincidimos! —la miré y en el fondo pensé que ojalá coincidiéramos en el de querer comernos vivos porque yo la devoraba con la mirada.

La llevé a un restaurante muy bonito, especial y romántico, en el que todo estaba preparado minuciosamente al detalle, igual que los platos.

La notaba ya más divertida, suelta, relajada, aunque yo en todo momento conseguía que los colores se asomaran a sus mejillas.

Charlamos sobre todo lo que se nos ocurría, pero yo notaba que ella por momentos cogía más confianza, tenía menos prejuicios y era capaz de dejarse llevar sin necesidad de cambiar de tema como hacía cuando algo la ponía nerviosa.

Por fin Olivia comenzaba a contestar en plan burlona y se veía más ella, una actitud que era la que yo quería lograr, que no se retrajera como lo había hecho en muchas ocasiones hasta entonces.

Tras la cena y como queríamos beber le propuse algo que ni yo esperaba, irnos de copas a mi casa y aceptó, cosa que me encantó. Era la primera mujer que iba a meter allí pues yo era muy celoso de mi intimidad.

Llegamos a mi casa y se quedó enamorada de cada rincón. Nos sentamos en el sofá a tomar unos vinos mientras charlábamos, uno al lado del otro y ya casi se dejaba tocar cuando yo le hacía bromeando algún gesto como darle un pellizco cariñoso en la mejilla. Inclusive nos mirábamos sonrientes sin apartar las miradas.

El vino comenzaba a surtir efecto y las bromas de manos dieron paso a que las entrelazáramos mientras charlábamos. Yo se las acariciaba y cómo no, eso llevó a algunos abrazos entre risas hasta que nuestros labios se encontraron.

Y nos besamos...

Un beso de esos que parecía propio de adolescentes con sonrisas ruborizadas por su parte. Olivia se tiraba sobre mi pecho como una niña que buscaba protección. Era innegable que la diferencia de edad se notaba, pero a mí me encantaba.

La senté de lado en mi falda mientras seguíamos tomando copas y conversando. Tenía ganas de desnudarla, de verla sin ropa ante mí. Aquella preciosa piel en todo su esplendor debía ser de lo más atractiva. Ella ya lo era de por sí, pero imaginarla desnuda me ponía taquicárdico.

Y terminé desnudándola poco a poco y se mostró ante mí con ese cuerpo que provocaba una tentación sublime, muy diferente a la que me producía Helga. Lo de Olivia era más sentimental que pasional, me gustaba demasiado como persona, con todo lo que ella representaba.

La llevé a mi dormitorio donde me miró avergonzada cuando me desnudé. Sutilmente, se cubrió con las sábanas y yo me metí bajo ellas también.

Nos besamos mientras yo acariciaba con deseo su cuerpo. Era muy meticuloso a la hora de no hacer ningún gesto brusco pues ella era diferente. Merecía que la tratara como una princesa que necesitaba ser amada.

Lo hicimos con delicadeza, mirándonos a los ojos, sin provocar ninguna escena que la hiciera incomodar. Aún era muy pronto para ello y no quería asustarla, mucho menos que se sintiera intimidada.

Era como una niña en mis manos, algo impactante, delicado, que se dejaba llevar, aunque se ruborizara sin poderlo contener, pero eso era la magia de aquel momento en el que la hice disfrutar y sentirse bien a partes iguales.

Terminamos de hacerlo y se quedó en mi pecho mientras yo la abrazaba y charlaba con ella. Así nos quedamos dormidos en mi cama, esa que por primera vez acogía a una mujer desde que me fui a vivir allí tras mi separación de Cata.

Terminamos de hacerlo y se quedó en mi pecho mientras yo la abrazaba y charlaba con ella. Así nos quedamos dormidos en mi cama, esa que por primera vez acogía a una mujer desde que me fui a vivir allí tras mi separación de Cata.

Capítulo 15



Amanecer con Olivia en mi regazo fue todo un regalo. Por mucho que quise recordar, no se parecía a ninguna otra sensación anterior...

—¡Buenos días, preciosa! —casi le susurré. No quería que le diera ni el viento.

—¡Buenos días, Alexis!

—Por fin he recobrado mi nombre—sonreí, pensando que debería haber sido el efecto del polvo mágico que habíamos echado la noche anterior.

Por supuesto a Olivia no le iba a decir tal barbaridad, con ella iba con pies de plomo. Y, de hecho, aunque bromeara, para mí no había sido ningún polvo. Hacía mucho tiempo que no entregaba el alma en la cama como lo había hecho en aquella ocasión.

—Sí, sí, jefe—la niña tenía también su puntito irónico.

—No he dicho nada, que ya veo que es peor—negué con la cabeza.

—Mejor, mejor, jefe—volvía a la carga.

—¿Has dormido bien?

—Mejor que bien.

—Estás en tu casa. Yo voy a ir haciendo el desayuno por si tienes hambre.

—Mucha no, pero algo me tomo, ¿y tú?

—Pues lo mismo, bonita—otra vez me dormí la lengua, porque por mí le habría dicho que me la comería a ella, de pies a cabeza, pero no era plan.

—Espera que te ayudo—dio un brinco en la cama que casi se puso de pie. En ese momento se dio cuenta de que se había quedado dormida desnuda y casi que corrió a cubrirse con la sábana.

1

—No hace falta, mujer—tuve que contener mi risa pues la escena me pareció de lo más graciosa, pero también de lo más tierna. ¡Cómo si no la hubiese visto y sentido ya!

Se vistió y, cuando me quise dar cuenta, estaba detrás de mí.

—¿Quién soy? —me tapó los ojos.

—Espero que Olivia.

—Yo también lo espero porque como sea otra vamos a tener un problema—sacó la lengua.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Por un instante, la mente me jugó una mala pasada y fue como si pensara que ella podría leer la palabra Helga en mi frente. Al momento recordé la cordura y caí en que, por suerte, eso era imposible.

Desayunamos subidos en un carrusel de miradas tan amorosas como insinuantes y de gestos que, vistos desde fuera, solo podían apuntar hacia un camino, ese que ambos notábamos que estaba empezando a surgir entre nosotros.

—Por mí te propondría un plan para esta mañana, pero supongo que tendrás que volver a tu casa—sugerí.

—Va a ser que sí.

—Tus padres al final me van a odiar...

—Más bien creo que van a llamar para darte las gracias. Eso sí, no quiero alararlos demasiado. Aunque anoche les avisé de que no iría a dormir, que ya debieron alucinar...

e

—*Mea culpa...*

—Nada de culpa. Me siento fenomenal. De hecho, hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—No sabes lo que me alegra escuchar esas palabras. Yo he estado genial también...

Se hizo entre nosotros un bonito silencio en el que nuestras miradas dijeron más de lo que hubieran podido decir nuestras palabras. Estaba comenzando a surgir algo y, aunque todavía no pudiéramos etiquetarlo, tenía buenos visos.

Después de desayunar la acerqué a su casa. Mientras cruzaba el umbral de su puerta tuve la sensación de que aquel día la iba a echar de menos.

Y de allí a la otra parte del fin de semana. Al rato me llamó Daniel.

—¿Quiénes van a triunfar como la Coca Cola esta noche?

—¿Qué dices, locuelo?

—Que ni se te ocurra rajarte porque esta noche voy a preparar una cena en mi casa que no se la salta un galgo.

—¿Y me tienes que incluir por fuerza?

—Por supuestísimo y no me seas aguafiestas porque no te miro más a la cara por muy jefe mío que seas. Ya sabes que estas funcionan de dos en dos y si no viene la una, no viene la otra. Vamos, que nos buscan repuesto rapidito y aquí paz y después gloria.

—¿Y si te las dejo a las dos para ti solito?

—¿Montarme un trío con esos dos bellezones? Sería todo un tormento... Ah no, que en realidad me fliparía, pero que es muy posible que me manden a la mierda y a lo siguiente si se lo propongo.

—Ya...

—Pero ¿se puede saber qué bicho te ha picado a ti?

—Ninguno. Es que creo que hoy estoy un poco inapetente—reí.

—¿Inapetente? Querrás decir gilipuertas, ¿no?

—Yo no lo habría definido mejor.

—Vamos que solo te falta que me pongas de excusa que estás en uno de esos días del mes...

—Más o menos.

—Pues yo no sé qué puñetas te pasará, pero ya te estás aclarando y esta noche te quiero aquí con tu mejor sonrisa.

—Así me gusta, que me des opciones y margen para hacer lo que me apetezca...

—Si es que no te puedo dejar solo, que te tuerces. Y hablando de margen, te voy a dar uno: puedes traer el vino que te dé la gana para la cena, siempre que sea de esos pijos que tú tomas.

—¿Algo más?

—Bueno venga, ya que insistes, un buen postre también.

—Ya no digo ni una palabra más que a este paso me pones a limpiarte la casa.

—Eso no, pero si te quieres venir antes y ayudarme con la cena...

—Sí, será por lo que tú te vas a meter en la cocina, ¡a otro perro con ese hueso! Lo vas a comprar todo hecho...

—Ahí me has cogido. Bueno, no se puede tener todo. Soy el tío con más encanto de la isla, el más guapo y el que más folla. ¡No pretendas que sea también el que mejor cocina!

—No, no pretendo nada. Y, por cierto, se te ha olvidado decir que el más humilde también.

—Es verdad, pues añádelo en la lista. Y en la de la compra pon también unos entrantes que tengo la cuenta ya temblando este mes.

—¡A la orden!

A media mañana fui un rato a correr, que tanto pastel me tenía ya un tanto preocupado. No quería que la curvita de la felicidad llamara a mi puerta. Eso sí, por Olivia me comía uno o un ciento, ¡los que hicieran falta por tenerla cerca!

Al mediodía almorcé algo liviano y me pasé buena parte de la tarde durmiendo una reparadora siesta. Cuando me desperté, me arreglé y me acerqué a una tienda de delicatessen que había por mi zona.

Antes de salir de casa le envié un mensaje a Olivia:

“No tengo palabras para definir la noche. Sensacional se queda corta, lo mismo que tú”

Dos minutos después recibí su respuesta:

“Gracias por la parte que me toca. Me sentí muy especial en tus brazos. Encantada de haber vivido unas horas maravillosas”

A las ocho y media llamé a la puerta de Daniel. Las chicas llegarían a las nueve y por su cuenta.

—¡Aquí huele a comida que alimenta! —reí al entrar en su casa—Calla no, que es incienso, no me había dado cuenta...

—¡Muy gracioso!

—Trae—alargó el brazo y comenzó a sacar lo que yo había llevado.

—¡Esto es un vino y lo demás son tonterías!

—Me alegra que te guste.

—¡Claro, ni que fuera tonto! Es lo que tenéis los ricos... A ver entrantes de primera y de postre tiramisú y profiteroles. Ya lo tenemos todo.

—Define todo.

—Que con esto cenamos, ¿no?

Lo miré atónito porque ya no sabía si era broma o no.

—Capaz eres...

—Anda ya, ¡me estaba quedando contigo! Esto va a quedar genial con las pedazos de pizzas que vamos a pedir en la pizzería de la esquina.

—Me temo que no es broma. Eso sí lo dices en serio, ¿no?

—Totalmente. Te van a dejar flipado. Están para chuparse los dedos...

Miré a mi alrededor y había que reconocerlo, la mesa se la había currado mucho, velitas incluidas. Para una cosa que tenía que hacer, es decir, evitar el romanticismo, ¡ahí se volcaba!

Poco después de las nueve llegaron las chicas, un tanto achispadillas, como en la anterior ocasión que las vimos. Reían sin control y se echaban en nuestros brazos sin pudor ninguno.

—¿Os habéis tomado alguna copita de más? —Daniel miraba a Dagny.

—Y algún cigarrito también de más, de esos que los españoles decís, “aliñaditos” —Helga también se me abalanzaba.

Yo había acudido con el firme propósito de hacer acto de presencia, pero la idea era esquivar a Helga. El cómo era algo que estudiaría llegado el momento, aunque la cosa pintaba mal para zafarme.

Nos sentamos en el sofá mientras esperamos a las pizzas. Las chicas venían totalmente desmadradas, tanto es así que Daniel me hizo una seña de que se iban hacia arriba incluso antes de cenar. ¡Yo lo mataba! Le hice una mirada de “alto ahí” y pareció entenderla.

Finalmente vinieron las pizzas y nos sentamos en la mesa. Las chicas estaban de lo más dicharacheras y juguetonas. Venían con unas minifaldas y unos tops con unos escotes que, por mucho que quisieras controlarlos, los ojos se iban solos.

Después de la cena, nos dijeron de compartir los profiteroles. Naturalmente querían jarana y sabían provocarnos, pero bien... Daniel estaba encantado y yo espantado.

—¡Dame otro trocito! —él miraba a Dagny mientras ella se acercaba a sus labios con el dulce postre en los suyos.

¹ —¡Tú también! —me decía Helga, una tanto extrañada de que yo no estuviera tan cercano como la anterior noche

Pensé que aquello no era más que un juego y participé. Ni que decir tiene que, después de que el dulce se fuera haciendo cada vez más pequeño, sus labios fueron a dar contra los míos y me espetó un beso.

Me quedé un tanto descolocado, hasta el punto de que mi cabeza buscó una excusa para decir que me marchaba.

—Os dejamos aquí, chicos. Nos vamos a retirar—no había quien parara aquello. Daniel ya estaba levantado y subía las escaleras con Dagny.

Helga me miró con ojos de fuego. Su mirada parecía penetrar la mía y mi miembro clamaba por salir a respirar, pues mis pantalones lo asfixiaban.

Nos sentamos en el sofá y se echó encima de mí. Puedo jurar que no quería ni mirarla. Deseaba que algo ocurriera

y diera marcha atrás a esa situación, ¿Cómo podría salir bien de aquella? Me había metido yo solito en la boca del lobo.

Llené dos copas con la esperanza de que cogiera una cogorza todavía mayor, pero ni de coña. Más bien parecía que el alcohol subía por momentos su libido.

No sé ni cómo ocurrió. Solo sé que se despojó de su falda y top, se dio la vuelta y puso aquel espectacular trasero a la altura de mi vista. A continuación, me susurró en el oído: “¿Te gusta? Hazlo tuyo”.

Perdí los papeles y, antes de que quisiera darme cuenta íbamos camino del dormitorio. Rápido como una bala, me despojé de toda la ropa y mi erecto miembro enfiló la entrada de aquella cavidad prohibida que tanto me sugería.

La experiencia de ambos en esas lides jugó a nuestro favor. Aquella diosa del sexo gimió de la manera más provocadora del mundo mientras decía: “hasta el fondo, Alexis”. Después de introducir la parte más complicada, fue una brutal embestida la que sació sus deseos.

En aquella estrecha cavidad, mi miembro cobró vida mientras entraba y salía una y mil veces, la última de las cuales, ambos, en una explosión sin igual, nos cogimos de las manos y pudimos notar cómo éramos capaces de alcanzar un orgasmo de esos que hacen historia.

Mientras nos estábamos aseando, yo tomé contacto con la realidad. No sabía si le había fallado a Olivia o lo había hecho a mí mismo. Conforme mi miembro perdía volumen mi culpa engordaba.

Recé para que se durmiera y esa vez los astros me escucharon. Helga estaba demasiado bebida y, tras la excitación y el intenso orgasmo, cayó exhausta.

Mañana sería otro día...

y diera marcha atrás a esa situación, ¿Cómo podría salir bien de aquella? Me había metido yo solito en la boca del lobo.

Llené dos copas con la esperanza de que cogiera una cogerza todavía mayor, pero ni de coña. Más bien parecía que el alcohol subía por momentos su libido.

No sé ni cómo ocurrió. Solo sé que se despojó de su falda y top, se dio la vuelta y puso aquel espectacular trasero a la altura de mi vista. A continuación, me susurró en el oído: “¿Te gusta? Hazlo tuyo”.

Perdí los papeles y, antes de que quisiera darme cuenta íbamos camino del dormitorio. Rápido como una bala, me despojé de toda la ropa y mi erecto miembro enfiló la entrada de aquella cavidad prohibida que tanto me sugería.

La experiencia de ambos en esas lides jugó a nuestro favor. Aquella diosa del sexo gimió de la manera más provocadora del mundo mientras decía: “hasta el fondo, Alexis”. Después de introducir la parte más complicada, fue una brutal embestida la que sació sus deseos.

En aquella estrecha cavidad, mi miembro cobró vida mientras entraba y salía una y mil veces, la última de las cuales, ambos, en una explosión sin igual, nos cogimos de las manos y pudimos notar cómo éramos capaces de alcanzar un orgasmo de esos que hacen historia.

Mientras nos estábamos aseando, yo tomé contacto con la realidad. No sabía si le había fallado a Olivia o lo había hecho a mí mismo. Conforme mi miembro perdía volumen mi culpa engordaba.

Recé para que se durmiera y esa vez los astros me escucharon. Helga estaba demasiado bebida y, tras la excitación y el intenso orgasmo, cayó exhausta.

Mañana sería otro día...

Capítulo 16



Amaneció el domingo y Helga seguía dormida, pegada a mi pecho...

Antes de alimentar a la bestia, estudié la jugada, me levanté con sumo cuidado y bajé con la ropa en la mano al salón. Todos dormían.

Me fui hacia la cocina y comencé a preparar el desayuno. La idea era que cuando Helga se despertara, yo ya estuviera fuera de su alcance.

—¿Quién ha puesto la cafetera? ¿No se respeta el sueño en esta casa? —Daniel se quejaba desde arriba.

—¡Serás desagradecido! Encima de que te hago el desayuno, ¡cuándo te habrás visto tú en otra! Baja y ayúdame.

—Va a bajar Rita La Cantaora, que yo tengo faena y tú también deberías tenerla y no precisamente de asistenta, pero tú mismo...

Al final tuve que insistir en que el desayuno estaba hecho porque allí no bajaba ni Dios.

Helga se despertó y empezó a llamarme. Yo me hacía el sordo y me puse a cantar en la cocina.

—Yo no sé qué leches te pasa, pero tú estás de lo más rarito—la cara de Daniel era de no haber pegado ojo.

—Nada, es que no me encuentro demasiado bien. Desayunamos y me voy, ¿vale?

Y allí estábamos los cuatro, ellos tres con un cachondeo impresionante y yo intentando integrarme, pero un poco fuera de juego.

Después de desayunar, dejé a las chicas en su casa. Al bajar del coche, Helga me dijo que ya se iban en breve y que había sido todo un placer. Yo le dije que igual y ella me comentó que me volvería a llamar en otra ocasión que volvieran por Tenerife.

Llegué a casa un poco o bastante descolocado y me tumbé en el sofá. Me faltaba algo. Pensé en qué podía ser y enseguida lo tuve claro: me faltaba Olivia.

Le puse un mensaje. No lo pensé dos veces.

Yo: “Hola, bonita. ¿Te apetecería comer conmigo hoy?”

Ella: “¿Por qué no?”

Yo: “Te recojo en tu casa a las dos, si te parece bien”

Ella: “No me parece bien, me parece mejor”

Me hizo gracia que incluso en los mensajes se dejaba ya ver una parte de esa Olivia más fresca que estaba empezando a surgir. Se me antojaba como una flor que en primavera se abre para ofrecer su máxima belleza. Pronto aparté el símil de mi mente, aquello de que “se abre” desataba mi pasión.

Con atuendo cómodo pero estudiado, me dirigí hacia su casa y me bajé del coche. Ella venía con un vestido monísimo, de línea deportiva y unas zapatillas que combinaban muy bien.

—Hola, preciosa—le abrí la puerta del coche.

—Hola, guapo—me hizo mucha gracia que se dirigiera a mí ya de aquel modo.

—¿Dónde vamos? La idea es invitarte a comer.

—Elige tú que para eso has tenido la iniciativa.

—¿Yo? Pues por mí casi que te diría de ir a mi casa, si te parece.

—Creo que es una idea estupenda.

Me encantó la idea de compartir almuerzo en casa con ella. Fina siempre lo tenía todo de punta en blanco.

—Tu casa es todavía más bonita de día que de noche y mira que eso ya es decir—lo miraba todo al detalle.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? ¡Me encanta! Es un casoplón de esos de revista...

—Mujer, no creo que sea para tanto, aunque no me quejo.

Lo cierto es que yo estaba muy contento viviendo allí. Había conseguido el hogar de mis sueños, con estancias amplias y luminosas en el interior y un gran jardín con piscina en el exterior.

—¿Te parece si pedimos *sushi*? El almuerzo ha surgido de manera improvisada y no tenía nada preparado.

—¿No habíamos quedado en que los planes improvisados son los mejores?

—Tienes razón.

—Además el sushi me encanta.

Llegó el pedido y comimos en el jardín. No podía dejar de mirarla y, cuanto más lo hacía, más especial me parecía. En cuanto a ella, y aunque conservaba su timidez, cada vez mantenía más mi mirada y eso me volvía loco.

Después del almuerzo, entramos en la cocina a preparar un café. Bastó que un poco se derramara en la encimera y ambos llegáramos al mismo tiempo a recogerlo, para que rodeara su cintura y sintiera su completa entrega.

En ese momento, mis ojos preguntaron y los suyos contestaron. La cogí en brazos y la llevé al salón. La impresionante luz que entraba por el ventanal daba a Olivia un toque místico sobre el sofá.

Con gestos cariñosos y delicados, la fui despojando del vestido, mientras ella se deshizo de sus zapatillas. Aquella ropa interior de encaje y tonos pastel contrastaba con el moreno de su piel, pero mentiría si dijera que la tuvo puesto demasiado tiempo.

Retirarla fue todo un regalo para la vista y el resto de los sentidos. Allí no había sábanas sobre las que ocultarse, de modo que la exposición de su belleza era total. Mi excitación no encontró límites cuando noté cómo aquel espectacular cuerpo temblaba levemente por los nervios.

Toqué todos y cada uno de los centímetros de su piel con mimo, recreándome en las zonas más erógenas. Sus suaves gemidos eran los que me indicaban que mis dedos y mi boca iban por el camino correcto.

Con total delicadeza, llegué hasta su zona más íntima y mis dedos notaron cómo su clítoris experimentaba una creciente excitación, al contacto con los mismos.

Bastó que describieran una serie de movimientos circulares para que la agitación de su respiración me alertara de que el clímax estaba cerca. Que lo alcanzara bajo mi atenta mirada fue una auténtica gozada.

Tumbada como estaba, mis ojos buscaron a los suyos y fue su sugerente mordida de labio la que me indicó que estaba preparada. La penetré con lentitud, intensidad, sosiego y calma, pero con total ímpetu. Casi podría decir que nuestros cuerpos estaban hechos a la medida el uno del otro.

Penetrar a Olivia equivalía para mí a subir al séptimo cielo. Era como introducirme en un terreno por explorar... Olivia sabía a juventud, a frescura, a vida... Olivia era sencillamente Olivia. Y nadie podía sustituirla.

En ese momento, mis ojos preguntaron y los suyos contestaron. La cogí en brazos y la llevé al salón. La impresionante luz que entraba por el ventanal daba a Olivia un toque místico sobre el sofá.

Con gestos cariñosos y delicados, la fui despojando del vestido, mientras ella se deshizo de sus zapatillas. Aquella ropa interior de encaje y tonos pastel contrastaba con el moreno de su piel, pero mentiría si dijera que la tuvo puesto demasiado tiempo.

Retirarla fue todo un regalo para la vista y el resto de los sentidos. Allí no había sábanas sobre las que ocultarse, de modo que la exposición de su belleza era total. Mi excitación no encontró límites cuando noté cómo aquel espectacular cuerpo temblaba levemente por los nervios.

Toqué todos y cada uno de los centímetros de su piel con mimo, recreándome en las zonas más erógenas. Sus suaves gemidos eran los que me indicaban que mis dedos y mi boca iban por el camino correcto.

Con total delicadeza, llegué hasta su zona más íntima y mis dedos notaron cómo su clítoris experimentaba una creciente excitación, al contacto con los mismos.

Bastó que describieran una serie de movimientos circulares para que la agitación de su respiración me alertara de que el clímax estaba cerca. Que lo alcanzara bajo mi atenta mirada fue una auténtica gozada.

Tumbada como estaba, mis ojos buscaron a los suyos y fue su sugerente mordida de labio la que me indicó que estaba preparada. La penetré con lentitud, intensidad, sosiego y calma, pero con total ímpetu. Casi podría decir que nuestros cuerpos estaban hechos a la medida el uno del otro.

Penetrar a Olivia equivalía para mí a subir al séptimo cielo. Era como introducirme en un terreno por explorar... Olivia sabía a juventud, a frescura, a vida... Olivia era sencillamente Olivia. Y nadie podía sustituirla.

Capítulo 17



Me sentía como si mi vida tuviera varias vertientes y tal idea hizo que me enfrentara al día muy susceptible. Eso que había hecho el fin de semana no me permitía sentirme bien, pero al menos Helga ya desaparecería de mi vida, por el bien de mi salud mental.

Entré a las oficinas y me encontré a Elba hablando con Carlota. Las saludé y pregunté a las dos cómo estaban.

— Yo la verdad que mucho mejor, parece que se me van pasando los miedos.

— Me alegro, Elba.

— Pues yo también mejor. Estuve el sábado con el innombrable hablando y él lo único que pide es ver a la niña en las vacaciones, así de patético, pero bueno. Ya le he dicho que no tenemos nada que hablar. Van a llevar los abogados de la empresa todo lo relativo a mi divorcio, cosa que te agradezco.

— Solo verla en vacaciones, para alucinar — me salió una impotencia tremenda.

— Ya te digo, pasó de ser el padre perfecto y el marido ideal, a convertirse en un extraño sin sentimientos, pero confío en el karma. Lo que está haciendo a Martina lo pagará.

— Ya te lo dije — contestó Elba — Ese hombre ahora está viviendo una segunda juventud. Al menos él cree que es eso y la va a joder por todos lados, pero gracias a Dios tu hija contigo tendrá todo lo que por parte de él le va a faltar, ni te compliques.

— Pero duele.

— Claro que duele — intervine — mi mujer mata porque yo no vea a Lucía y tú, que se lo pones fácil, va él y quiere el menos tiempo posible. Duele de cualquiera de las maneras, pero el tiempo nos pondrá en nuestro sitio a todos, al menos quiero creer eso.

— El tiempo todo lo cura — respondió Elba.

— Bueno chicas, me alegro de veros mejor y cada día lo estaréis más, ahora me voy al despacho que tengo mucho trabajo que sacar adelante.

—Entonces, no se trata de una leyenda urbana. Los jefes también trabajan—Davinia se acababa de incorporar a la conversación.

—Eso parece—me encogí de hombros, mejor no darle bola que había mucho por hacer.

— Ahora te llevo el café—Carlota siempre tan atenta.

— Gracias, Carlota.

▯ Pasé por delante del despacho de Olivia, pero estaba cerrado. Me daba la impresión de que lo hacía por separar un poco lo personal de lo profesional, por evitar verme. Por ahí iban los tiros, como si quisiera estar concentrada en el tema laboral, pero estaba claro que yo lo tenía muy fácil.

Esperé que Carlota me trajera el café y le dije que avisara a Olivia de que viniera a mi oficina. Me lo bebí rápidamente y ella no tardó en aparecer por delante de la puerta, que estaba abierta.

— Buenos días. Pasa y cierra — sonreí.

— Buenos días. Qué raro que el jefe me mande a llamar — apreté los dientes mientras sonreía.

Estaba preciosa con un vestido suelto rojo y sus sandalias de tacón negras, una maravilla con las piernas más irresistibles del mundo.

Me levanté y me fui hacia ella que aún permanecía de pie y la agarré por la cintura.

— Tenía la curiosidad de saber por qué siempre tienes la puerta de tu despacho cerrada... — carraspeé y le mordisqueé el labio inferior.

—¿Por esto? — respondió preguntando de forma tierna y ruborizada.

— Pensé que lo deseabas... — Le miraba los ojos y los labios mientras le hablaba.

— Me gusta separar el trabajo de esto — se encogió de hombros.

— Pues yo no puedo — la apreté contra mí. Me había sentado apoyado sobre la mesa y la besé.

— No deberíamos...

— No digas nada, nada nos lo impide — metí las manos por debajo de su vestido y me agarré a sus glúteos.

— Alexis — protestó con la respiración acelerada y la besé.

— Mis manos acariciaban sus glúteos mientras que la pegaba lo suficiente a mí que ya estaba como una moto, deseoso de sentirme dentro de ella.

La giré y abracé con una mano sobre su pecho y la otra fue directa a su clítoris, a hacer círculos mientras ella echaba su cabeza hacia atrás y contenía los gemidos de placer.

Su culo apretaba mi miembro que ya estaba deseoso de embestirla, esperando que llegara a ese orgasmo que no tardó en aparecer y la hizo caer hacia delante contrayéndose por el placer.

— Te mato — dijo girándose casi sin respiración.

— Mátame todos los días — la giré y apoyé contra la mesa.

Le levanté el vestido hacia la espalda y le bajé las bragas. Después me bajé los pantalones, me puse un

preservativo y moví sus caderas hacia arriba mientras le pedía con mi pierna que se abriera un poco más.

Le agaché un poco la espalda con la mano y luego la embestí. Me agarré a sus caderas y comencé a moverme con ligereza de forma sincronizada. Ella aguantaba sus gemidos para que nadie nos escuchara, pero yo la podía escuchar respirar, murmurar y eso me excitaba mucho más.

La imagen de Olivia tumbada en mi mesa, entregada y silenciosa era sugerente hasta decir basta. Mis dedos acariciaban aquella espalda perfecta que acababa en un trasero respingón y bien formado de lo más sugerente.

En el silencio del despacho, identifiqué ese último suspiro que precedió a otro orgasmo intenso que parecía dejar a Olivia sin fuerzas mientras sus labios luchaban por apagar lo que su interior clamaba por dejar salir.

Fue entonces cuando un par de embestidas finales me dieron la certeza de que yo tampoco aguantaría mucho más y, mientras llegaba al clímax, ladeé ligeramente la cabeza de Olivia. Su rostro cándido contrastaba con unos ojos llenos de deseo que encontraron a los míos y dijeron lo que nuestras bocas debían callar.

Cuando terminé nos pusimos la ropa bien y ella negaba riéndose.

— No sé cómo vine — negaba—Por cierto, la próxima vez no me mandes a Carlota, me pones un mensaje por el Messenger.

— Lo haré — la besé.

— Me voy que tengo que trabajar.

— Luego nos vemos — le hice un guiño.

— Por cierto... Buenas vistas — sonrió y cerró la puerta.

En el fondo era muy graciosa, véase el ejemplo, la ironía de haberla puesto mirando para la ventana apoyada sobre la mesa...

Me dejó riendo un buen rato. La verdad era que eso no me lo había esperado, pero le quedó muy como ella,

genial. Cada vez me daba más pistas sobre un carácter que me atraía irrefrenablemente.

A la hora de la salida la volví a ver en el bar ya que se confirmaba que todos los días teníamos que terminar allí, aunque aquel solo estaban Carlota, Daniel, Olivia y yo, los demás se habían ido a almorzar. Aunque Fernando solía hacerlo en el bar, ese día tenía un compromiso familiar.

— Tengo un cotilleo — dijo Carlota con rostro serio — Sabéis que no soy así, pero esto del divorcio hizo que comenzara a fijarme más en los demás que en mí, así me distraigo — volteó los ojos.

a — Cuenta, cuenta — bueno era Daniel para los cotilleos, ya estaba nervioso.

— Hay un lío amoroso en la oficina — en ese momento escupí la cerveza, esperaba que no supiera nada de lo mío con Olivia. Y de saberlo, por Dios, esperaba que no lo contara allí.

La cara de Olivia era un poema, roja como un tomate.

— Pues es de Fernando...

En ese momento sentí un alivio, el mismo que se reflejó en la cara de Olivia.

— ¿¿¿Fernando??? — preguntó alucinando Daniel.

— Dejé la puerta entreabierta, y yo me dirigí allí para llevarle una factura a Olivia, así que al pasar por delante de su despacho escuché un ruido extraño. Me asomé con disimulo y ahí estaba en pleno coito con...

— ¿Con Elba? — preguntó Daniel.

— Peor aún, con Davinia...

e

— Ella está con su novio viviendo, el abogado — dijo Daniel.

— Y Fernando está casado — respondí yo mientras negaba riendo — No me imaginaba que mis oficinas eran lugar de *affaires* — reí sin mirar a Olivia que estaría pensando que no me lo creía ni yo.

— Joder, siempre fue mi sueño erótico hacerlo con alguien en mi oficina.

— ¡Daniel! — exclamó riendo Carlota.

— ¿Qué? ¿Nunca lo imaginaste?

— Si, claro, en mi recepción a la vista de todos, tú estás fatal — rio y nos provocó la risa a todos.

— No, pero te puedes venir a mi despacho ahora que estás soltera y no sé, seguir el ejemplo de nuestros compañeros.

— Daniel, ni muerta, eres un picaflor. Y los otros dos unos infieles, debe estar de moda eso de los cuernos — volteó los ojos mientras negaba.

— Joder hija, que poca empatía con tu compi favorito.

— No es empatía, es cabeza — rio.

— ¿Y tú qué opinas? — preguntó Carlota a Olivia.

— Pues prefiero no opinar, pero a mí las relaciones abiertas no me gustan y lo veo una falta de respeto a sus parejas. En cualquier caso, allá ellos, cada uno que viva o no en paz mentalmente y con sus sentimientos — se encogió de hombros.

— La verdad es que me chocó mucho eso, vamos porque lo dijiste tú, de lo contrario ni me lo creo — dijo Daniel.

El tema me había impactado. Para ser preciso me había dejado tan fuera de juego que no supe ni reaccionar. No me lo hubiera imaginado en la vida, si hubiera sido Daniel casi que sí me lo hubiera esperado, pero de Fernando..

Estuvimos charlando y luego pasamos al café, al final salimos de allí a las seis de la tarde, hora en la que nos despedimos todos y nos fuimos para nuestras casas.

Eso sí, por mucho que la conversación se desarrolló entre los cuatro, yo no pude dejar de mirar a Olivia, esa joven que se estaba convirtiendo en mi último pensamiento de la noche y en el primero de la mañana.

Me la hubiera llevado, pero esa tarde tenía un cumpleaños de una prima suya y se iba a merendar con ella, así que me quedé con las ganas.

Me pasé horas pensando en ella y en la noticia bomba que nos había soltado Carlota. Aquello iba a ser el chisme de las oficinas por un año. Lo peor de todo era esperar para saber cómo acabaría esa historia ya que los dos tenían sus vidas al lado de otras personas.

Eso sí, por mucho que la conversación se desarrolló entre los cuatro, yo no pude dejar de mirar a Olivia, esa joven que se estaba convirtiendo en mi último pensamiento de la noche y en el primero de la mañana.

Me la hubiera llevado, pero esa tarde tenía un cumpleaños de una prima suya y se iba a merendar con ella, así que me quedé con las ganas.

Me pasé horas pensando en ella y en la noticia bomba que nos había soltado Carlota. Aquello iba a ser el chisme de las oficinas por un año. Lo peor de todo era esperar para saber cómo acabaría esa historia ya que los dos tenían sus vidas al lado de otras personas.

Capítulo 18



Me imaginaba al despertar lo bonito que sería hacerlo cada mañana abrazado a ella. La verdad es que la echaba de menos, muchísimo.

Me fui a la oficina y saludé a Carlota.

— Ahora te llevo el café, espero no ver nada más — sonrió con ironía.

— Te vas a convertir en la detective de la empresa — sonreí.

— Pues que cierren las puertas, así no veo nada. Además, yo siempre llamo antes de entrar, el problema es suyo, mira que dejarlas entreabiertas...

— Espero el café — me fui riendo.

Encendí el ordenador y apareció Carlota.

— Menos mal que tienen la puerta cerrada — seguía con la petera de lo de Fernando y Davinia.

— Mujer, lo mismo fue un calentón y ya no pasa nada más.

— Conozco a los hombres — dijo marchándose — Menos al mío, a ese no lo conocía — cerró la puerta sonriendo.

—No te preocupes. Creo que no es cuestión de hombres o mujeres.

—Di que sí. Y mira que no es algo que yo pueda entender. Te gusta una persona, se lo dices a tu pareja y santas pascuas, pero no se tienen dos vidas paralelas durante un tiempo.

—Es que tú sospechas que Tony...

—Sí, sí y tanto que lo sospecho. Ese me la estaba dando con queso desde hace tiempo. Te lo digo yo. Y como tonta, no lo vi venir. Ahora que ya para otra no me pasa. Me voy a volver desconfiada.

—Mujer, que tampoco es eso...

—¿No? Yo no sé si tú puedes controlar esas cosas, pero a mí me da que el próximo va a pagar los platos rotos de este—se reía.

Le puse un mensaje a Olivia por el Messenger interno para que viniera a mi oficina.

—Aquí me tienes — dijo apareciendo por la puerta que yo había acabado de abrir.

— Cierra y ven — sonreí.

Le hice señas de que se acercara hasta donde yo estaba y le señalé a la mesa para que se apoyara en ella. Yo estaba sentado frente a ella en mi sillón.

— ¿Y esto será todos los días? — preguntó cruzándose de brazos.

— Bueno, hasta que me digas “para” — me levanté de la silla y la senté sobre la mesa.

La besé y ella se enganchó a mi cuello. En el fondo lo deseaba, lo podía notar.

Metí mis manos por sus caderas y ¡sorpresa!

— No me lo puedo creer — reí apoyando mi cabeza en su hombro y comprobando que no llevaba ropa íntima

debajo.

— ¿No? ¿Me pones un mensaje diciendo que venga y quieres que traiga un bolígrafo y un cuaderno? Sabía yo lo que pasaría, así ligero — rio como una niña pequeña. Esas cosas eran las que no me esperaba de ella y me sorprendía mucho.

Aquello me puso con el corazón acelerado. Me desabroché y fui directo al grano, a la estocada, agarrando con una de mis manos sus caderas y poniendo la otra en su pecho. A eso llamaba yo empezar la mañana bien.

Mordió mi hombro, conteniendo el chillar de placer. Se notaba que estaba igual de excitada que yo. Disfrutábamos los dos al mismo nivel.

Sus sensuales movimientos sobre la mesa hacían que mis embestidas fueran cada vez más fuertes. Su preciosa espalda dibujaba una especie de onda que se grababa en mi retina y se repetía luego una y otra vez en mi mente a lo largo del día.

Ahogué su ardiente orgasmo colocando mis manos en su boca y el furor que salía de sus ojos iba convirtiendo aquel gesto aniñado en un animal sexy. La devoraba con la mirada, cuando noté que yo tampoco podía aguantar más. La abracé con intensidad mientras me pasaba y busqué su oído en el que susurrar una y otra vez su nombre.

Cuando terminamos de hacerlo la invité a un café. Ya era hora de usar la máquina de cápsulas que tenía en mi despacho, así que preparé dos y nos sentamos a tomarlo.

a

Le propuse ir a almorzar a mi casa ya que Fina me había dejado una deliciosa lasaña preparada y una ensalada. Ese día no iba a comer en el bar, me negaba. Aceptó sonriente, así que iba a pasar la tarde con ella y eso me motivaba mucho.

Después del café nos despedimos y quedamos en vernos a la salida.

Miré la foto de Lucía. Tenía ganas de que Olivia la conociera, además de que echaba mucho de menos a mi pequeña. Estaba loco porque ambas se vieran. Apostaba porque iban a tener muy buena conexión.

Pasé la mañana en la oficina trabajando y a la hora de la salida la vi esperándome en el ascensor para irnos juntos al garaje con vistas a coger el coche.

Llegamos a casa y ya Fina se había ido, pero había dejado una gran bandeja de lasaña sobre la mesa, además de la ensalada.

Estaba claro que Olivia se sentía vez estaba más cómoda, se dejaba llevar más y pensaba menos, cosa que me alegraba mucho.

Sus miradas estaban llenas de complicidad, de brillo, de sentimientos, se le notaba en cada gesto, en cada palabra y me encantaba que así fuera.

Después de comer nos fuimos al sofá a tomar un café. Luego nos abrazamos y comenzamos a charlar sobre lo de Fernando.

— A mí me dejó toda loca.

— Imagino — sonreí mirándola mientras la tenía abrazada.

— ¿Cómo pueden estar con dos personas a la vez? —Cielos no era solo Carlota la que me sacaba ese día el temita. En ese momento casi me atraganto, si Olivia supiera lo de la sueca...

— Pues imagino que no estarán bien en sus relaciones.

— ¿Y por qué no se dejan?

— No soy adivino — reí.

— A mí me hacen eso y no lo perdonaría, si estás con alguien lo estás al cien por cien. No puedes estar partido en dos, eso no es sano.

— Bueno, cada uno lleva su relación como puede o quiere — no sabía ni que decir. Me venía la imagen de Helga y ella a la vez.

— Pues no, o sí, pero en el caso de Fernando, él y su mujer están casados y por la iglesia. Esa no es la situación de Davinia, lo que me lleva a pensar que quizás ella tenga una mentalidad más libre, pero lo de él no me entra en la

cabeza ni le veo justificación.

— Lo mismo con su mujer no está bien o no se acuestan, o ella le pone excusas a la hora de hacerlo.

— ¿Y se soluciona buscando en otra eso?

— No sé, es por decir algo.

— Pues que tenga las agallas de ir a su mujer y decirle que no aguanta sin sexo, que siempre le anda con excusas ; que si sigue así la deja por otra o se acuesta con quien sea. Eso es lo justo, lo contrario no.

— Ahí tienes razón.

— No sé es cuestión de respeto. Es como si esta noche me dejas en casa y luego vas a acostarte con otra. Sé que no somos pareja, pero me estarías faltando el respeto de forma imperdonable.

l.

Tragué saliva, madre del amor hermoso, si Olivia supiera... Mejor que no lo hiciera pues me daba dos patadas a la grande, menos mal que era sueca y no de la isla.

— Te entiendo...

— Pues eso, espero que paren ya o sean claros con sus respectivas parejas.

— Pero no sufras, allá ellos.

— Pues como persona me duele y mucho.

— Ya lo veo — le mordí la nariz en plan broma.

— Una cosa, mañana no me llames a tu despacho que no pienso ir. Aquello es para trabajar — me sacó la lengua.

e

— Ya lo veremos — carraspeé y comencé a meter mi mano por debajo del vestido.

Terminamos haciéndolo y sentí la fogosidad que iba desprendiendo por cada momento íntimo que pasaba conmigo.

Pasamos una tarde magnífica y por la noche pedí unas pizzas que cenamos mientras charlábamos animadamente.

La llevé a casa y se bajó dándome un precioso beso en la mejilla con una sonrisa de esas que enamoran para toda la noche.

y
Me fui hacia la mía y me duché. Directamente me metí en la cama y caí rendido.

Terminamos haciéndolo y sentí la fogosidad que iba desprendiendo por cada momento íntimo que pasaba conmigo.

Pasamos una tarde magnífica y por la noche pedí unas pizzas que cenamos mientras charlábamos animadamente.

La llevé a casa y se bajó dándome un precioso beso en la mejilla con una sonrisa de esas que enamoran para toda la noche.

Me fui hacia la mía y me duché. Directamente me metí en la cama y caí rendido.

Capítulo 19



Esa mañana le puse un mensaje a Daniel para que me esperara en la cafetería antes de subir a las oficinas.

Llegué y sonreía impaciente para ver de qué se trataba. Estaba extrañado por el hecho de que lo hubiera citado allí, así que me pedí un café, me senté y me sinceré con él contándole toda mi historia con Olivia.

— Me quedo muerto ¿Cómo lo has podido tener tan callado?

— Ya sabes, no soy como otros — solté refiriéndome a él.

— Te veo pillado, en serio, muy pillado.

— ¿Tú crees? — arqueé la ceja.

— De lo contrario no me hubieras citado ahora tan temprano para contarme.

— Tenía ganas de hacerlo, además que veo que me está gustando cada día más.

— Y te liabas un día con una y al otro con la otra — rio. Ahora me explico muchas cosas. ¡Sobre todo tu inapetencia del último día!

—Hice malabares para quitarme a Helga de encima esa noche, pero al final sucumbí. Puedes creer que no era mi intención.

—Lo sé, lo sé. Si ni siquiera querías quedar, tuve que insistir mucho.

— Me siento mal por ello, te lo digo en serio y ello a pesar de haber disfrutado mucho con Helga.

— Pues listo, ya pasó.

— Si Olivia se entera a mí me deja de forma fulminante.

— Ya se van y no creo que las volvamos a ver, así que tranquilo.

— Menos mal, de todas formas, yo ya no volvería a quedar. Lo sentiría por ti, pero no volvería a participar en ese juego.

— ¿Pero te has prometido? — preguntó bromeando.

— No — reí — nada de eso, pero estamos muy bien y sé que está naciendo algo bonito. Sería un necio si la cagar por un polvo, por muy bueno que fuera.

— Pues yo te deseo lo mejor, de verdad. Se ve que es una buena chica, pero eso sí, de vez en cuando tú y yo nos vamos de marcha — dijo en tono advertencia.

— Pero nada de mujeres — reí.

— Eso sí que no te lo puedo prometer — puso cara de resignación.

Era tremendo, pero era así. Presumía de su forma de ser, de su forma de vivir y no le hacía daño a nadie porque era un alma libre, así que tampoco podía ni quería cambiarlo.

Subí hacia arriba con él y Carlota nos miró sorprendida.

— Venimos de marcha — bromeó Daniel.

— Pues traéis muy buena cara — nos sacó la lengua.

— No me lleves café que ya tomé dos.

— Vale.

Me despedí de Daniel y me fui al despacho para hacer algo que tenía en mente.

Llamé a una floristería y ordené que trajeran un ramo de flores a Olivia, eso sí, sin remitente para que ni Carlota ni nadie supieran nada. No es que lo quisiera tapar, sino que más bien lo hacía por ella, por si se sentía incómoda.

Un rato después me llegó un mensaje al móvil por parte de ella.

“¡Gracias! Me muero de la vergüenza”

aSonreí, me imaginaba que era así.

“Me alegra que te haya gustado. ¿Comemos?”

Necesitaba verla todo el tiempo, tener más contacto. Era increíble ese sentimiento que había nacido en mí y que se acrecentaba por momentos.

“Por supuesto”

Esa contestación me causó una felicidad increíble, así que pasé la mañana de lo más contento trabajando, además puse música en el ordenador y tarareaba emocionado todas las canciones.

Aquella mañana quise demostrarle que era respetuoso con sus decisiones y, tal cual me pidió el día anterior, no la llamé a mi despacho. Además, así le daba algo de cuartelillo. Con las flores había sacado mi lado romántico y no era cuestión de mezclar.

A las tres, una vez acabada la jornada, pasé a por ella y nos fuimos en el coche. Había dejado el ramo en su oficina sobre un envase que hacía las veces de florero con agua. Decía que quería verlo mientras trabajaba.

Almorzamos en un restaurante en el centro y paseamos toda la tarde de la mano, como una pareja consolidada, al menos a mí me daba esa preciosa sensación.

Estuvimos mirando escaparates, recorriendo parques y la invité a merendar en una pastelería que regentaba un amigo de la niñez, Fabián. Era de las más aclamadas de la isla. Al igual que yo, Fabian había heredado el negocio familiar y lo había defendido con unas y dientes.

Desde el interior del local me vio y salió a saludarnos. Miró a Olivia con gesto de aprobación, nos recomendó ¡unos dulces nuevos que acababa de sacar al mercado, ya que siempre estaba innovando, y se despidió.

—Cielos, esto está increíble—a Olivia le maravilló aquella mousse tan exquisita que nos sirvieron.

—A ver—ya con toda la confianza cogí un poco de aquel coqueto envase en el que se la habían servido.

—¿No es para chillarle? —preguntó con un tono alegre que estaba tomando la costumbre de usar con asiduidad.

—¡Tú sí que eres para chillarte! —me salió del alma y provoqué su risa, esa que tanto me gustaba escuchar.

—En serio, se la voy a recomendar a mis padres para que vengan a probarla.

¿

—¿También son muy golosos?

—¿Has querido decir muy golosos como yo? ¿Me estás llamando zampabollos de una manera encubierta?

—¿De una manera encubierta? ¡Dios me libre!

—¿Entonces? —reía y me miraba con cara de “a ver qué dices, que te la estás jugando”.

—Pues que te lo estoy llamando abiertamente—reí y provoqué la risa en ella, que era el objetivo.

^aSe veía por día más feliz, su sonrisa lo reflejaba. Ya no parecía esa niña llena de miedo a salir, cargando con la pesada mochila de la sensación de que todo lo que hiciera pudiera ser una ofensa a su ex. Por fin iba comprendiendo que tenía que seguir, que era muy joven y que tenía derecho a rehacer su vida, esa que se quedó

parada el día que él falleció.

— Te juro que aún estoy en shock con lo de Davinia y Fernando — decía mientras comía.

— Bueno lo mismo fue un calentón y se arrepintieron — quise quitar hierro. Me incomodaba un poco el tema.

— Claro, primero lo hago y luego me lamento, eso no me vale. ¿Nunca has escuchado eso de “no la hagas, no la temas”?

— Ni que fueras su mujer.

— Ya lo sé tonto — rio — pongo el ejemplo — volteó los ojos.

— Ah vale, si es un ejemplo me quedo tranquilo. A ver si resulta que te va a tirar Fernando — bromeé.

— ¡Qué dices, idiota! — reía.

— Nada, nada, solo lo dejo caer — levanté la ceja aguantando la risa.

— Pues no dejes caer tanto — volteó los ojos.

Hasta las bromas fluían por minutos con más naturalidad y también pasaba que en muchas ocasiones nos anticipábamos a los que estaba pensando el otro. Era una gozada.

Por la noche la dejé en su casa y me fui para la mía como un niño pequeño, deseando que llegara el día siguiente para verla.

Era maravillosa, un amor de mujer. Olivia me estaba alegrando los días tan tristes que tenía por no ver a mi pequeña Lucía. Contaba las horas para tenerla a mi lado y disfrutarla al máximo, a mi reina, a mi princesa, a lo más grande que tenía en el mundo.

Capítulo 20



Si lo sé no voy a trabajar...

La cara de Carlota era un poema, se detectaba en su rostro que algo había pasado.

— A ver, cuenta — obvié hasta los buenos días.

— La mujer de Fernando se enteró y lo puso de patitas en la calle, tiene el coche hasta la bola de bolsas, me lo crucé en el garaje.

— ¿Te lo dijo él?

— No, pero solo hay que verle la cara y todos los sillones llenos de bolsas de ropa.

— Pero ¿y lo de la mujer que se enteró y lo echó?

— Eso, que solo con ver la ropa y lo que vi el otro día, blanco y en botella, a la puta calle — se encogía de hombros.

— Me voy a mi despacho — reí negando.

— Saluda a Fernando verás la cara — dijo en voz baja riendo como una niña traviesa.

Y pasé por delante de la oficina, pero no quería agobiarlo. Lo vería seguramente a la hora de la salida o esperaría que él quisiera contarlo. Me parecía muy violento preguntarle por el chisme que me había contado Carlota.

No era por nada, pero, entre unos y otros, estábamos convirtiendo la empresa en un culebrón, ¿qué nos quedaría por ver? Esperaba que no mucho...

Un rato después apareció con mi café.

— Carlota, esa risa...

— He hablado con Fernando — se puso la mano en la cara riendo.

— ¿Y qué te hace tanta gracia?

— Que su mujer hizo limpieza en la casa y llenaron el coche de ropa de los dos para entregarla al centro que la recoge para los necesitados. Por lo visto la tiene ahí para llevarla luego— se echó a reír y yo solté una carcajada.

— Carlota estás irreconocible, ves cada película... — negaba mientras reía.

— Yo no vi ni lo de mi marido, lo que vi de Fernando era real con Davinia, lo de las bolsas... ¡me voy! — salió corriendo por el pasillo.

A mí me iba a dar algo últimamente con tantos sobresaltos en la empresa, pero me quedé riendo como un niño al que acababan de contar un chiste.

Un rato más tarde apareció por la oficina Daniel.

— Vengo a hacerle al jefe un café en su propio despacho y otro para mí.

— Eso es que me traes algún cotilleo — negué riendo.

— Efectivamente y de paso paro para tomarme el café con uno de los que considero se encuentra entre mis mejores amigos — se puso a trastear con la cafetera.

— Entre tus mejores amigos, dos collejas, te daba yo — reí.

— Una cosa te voy a decir, clara y alta: estás entre mis mejores amigos, pero eres mi preferido — se giró y me hizo un guiño.

— Es un halago — me puse la mano en el pecho con media sonrisa.

— No me caso contigo porque tienes dos cosas horribles colgando entre las piernas — se sentó con sendos cafés.

— Las mismas que precisamente tienes tú.

— Por eso, con los míos tengo bastante — me hizo un guiño y me eché a reír con el tremendo Daniel.

— Bueno empieza a escupir que sé que viniste por algo. Te conozco bien.

— Me he enamorado...

— Mira, mira — reí — que le temo yo a tus enamoramientos ¿La conozco?

— Pues claro, te trae todos los días el café la muy capulla en vez de llevármelo a mí.

— ¿¿¿Carlota???

— Bonito nombre — me hizo un guiño.

— Daniel, esa chica lo pasó muy mal con lo de su marido. Ni se te ocurra hacerle lo más mínimo, por Dios, que ti no eres hombre de una sola mujer — advertí.

— Ni tú, ni tú — dijo riendo y recordando los dobles que había hecho los fines de semana anteriores con Olivia y Helga.

— Calla que encima te mando a tu oficina de una patada en el culo — reí.

— Yo me callo, pero no me digas que no es mona mi Carlota...

— ¿Y desde cuándo te vienes dando cuenta de eso? ¿Desde que la dejó el marido o desde que te enteraste del *affaire* de Davinia con Fernando en la oficina y se te antojó un escarceo así en el trabajo? — sonreí negando — A final esto se convierte en una discoteca, verás — reí.

— Carlota es muy mona, pero siempre fue tan seria... sin embargo, mírala, sacó su parte más graciosa desde que el marido la dejó. Yo creo que él la tenía limitada y ahora es que muero con ella. Es simpática, chismosa, está buena, tiene todo lo que me gusta de una mujer — decía provocándome una risa con lo de chismosa, pero así era Daniel también.

— Ay Dios, la que me cayó con vosotros — resoplé y bebí el café.

— Bueno jefe, al tanto de las últimas novedades, así que ya me puedo ir.

— Mira que ya nos vamos todos de vacaciones hasta después de Semana Santa, que mañana es el último día que trabajamos, no me la líes que me quiero ir tranquilo — reí.

— ¿Yo liar? — negó mientras cerraba la puerta.

Ya era lo que me faltaba por oír y lo peor de todo era que veía a Daniel capaz de conquistarla. Tenía fama de ser todo un seductor y encima triunfaba entre las féminas.

Los nervios se iban apoderando de mí. Al día siguiente vería a mi pequeña Lucía, esa que echaba tanto de menos. Por fortuna, la mañana pasó rápido y ya estaba bajando hacia el bar.

¡Llegué y ahí estaban todos, ese día coincidíamos a pesar de ser jueves. Y es que el día ya era lo de menos. La cuestión era disfrutar de nuestro ratito de esparcimiento.

— Jefe, esta oficina se nos va de las manos — bromeaba Davinia sin saber que ella era el foco del chismorreo y que la habían pillado con el carrito de los helados.

— Yo te digo una cosa, replantéate buscar otro trabajo que aquí hay muchos leones — bromeé y vi cómo

aguantaban la risa Carlota, Elba y Olivia.

— Bueno, a mí me lo vas a decir — hizo un gesto chulesco, provocando un carraspeo en Fernando que tomaba su cerveza relajadamente.

l

— Hostias, estoy leyendo una novela de una oficina y se liaba todo el mundo, unas historias... — bromeó Carlota para ver si decían algo los afectados.

— Bueno, en todas las oficinas pasan cosas de esas, lo malo que no nos enteramos — rio.

— Pues yo nunca hice nada en la oficina — dijo Elba para tirar de la lengua.

— Ni yo — respondió Carlota — Por ahora — levantó las manos causándonos más risas aún.

— Ni yo, ni yo — dijo Olivia cuando la miraron, roja como un tomate.

— A mí no me miréis que yo sigo virgen — sonrió con amplitud Davinia.

— ¿Virgen tú? Será la virgen de lo oculto — respondió Carlota dejándonos a todos en blanco.

— ¿De lo oculto? Yo no oculto nada, pero digamos que soy muy celosa de mi intimidad — sonrió.

— Si tú eres de la que te vas a un hotel en lo alto un monte para que nadie te pille — le respondió Carlota con ironía.

— Puede ser — sonrió con amplitud y Fernando no levantaba la cabeza, quería que la tierra se lo tragara.

Olivia escuchaba atenta mirando a unos y a otros. No quería ni intervenir. Allí se estaba formando un circo por momentos.

— ¿Qué vais a hacer en Semana Santa? — preguntó Daniel.

— Pues yo lo que me salga, no tengo planes, ni pareja, ni nada... a ver si algún alma caritativa me da una alegría para este cuerpo — soltó Carlota causándonos una risa ¡Lo que había cambiado!

— Si quieres te invito a cenar alguna noche — no tardó en responder Daniel.

a— De lujo, mi madre se quiere llevar unos días a Martina, así que estaré sola y triste — puso cara de pena.

— Yo eso no lo permitiría — respondió Daniel sabiendo que se lo estaba poniendo a huevo — Así que cada día que estés sola yo te haré compañía — le hizo un guiño.

— Gracias, compi — se puso la mano en el pecho en plan teatrero.

Olivia escuchaba atenta, pero casi no intervenía. Eso sí, por sus miradas sabía todo lo que estaba pensando en cada momento. Ella era más tímida para esas cosas, aunque últimamente yo había conseguido que se soltara más.

Después de comer con ellos y tomar café se fueron todos y quedamos Olivia y yo, así que le propuse ir a mi casa y cenar allí.

En el coche llevaba una mano en el volante y otra en su pierna haciéndole gestos de cariño. La cosa funcionaba así, cuando la tenía cerca necesitaba el contacto con ella.

Llegamos a casa y nos fuimos a la terraza. Preparé unos té y nos quedamos allí, tranquilamente, en el limbo, disfrutando de la compañía mutua, de esos momentos, de las cosas más pequeñas...

Estaba emocionada por el hecho de que yo vería a Lucía esos días, por el hecho de que la tuviera conmigo, así que yo tenía claro que las quería presentar.

— Mañana la recogeré y el sábado quiero llevarla al Loro Parque. Había pensado si querías venirte con nosotros.

— ¿De verdad? Me haría mucha ilusión.

— Pues claro, de lo contrario no te lo diría.

Pasamos la tarde juntos, cenamos y luego la llevé a su casa. Por supuesto tuvimos nuestro momento más íntimo, ese que no podía dejar de pasar cuando llegaba la ocasión y en mi casa a solas se nos antojaba como toda una tentación que no podíamos desaprovechar.

a

y

e

Pasamos la tarde juntos, cenamos y luego la llevé a su casa. Por supuesto tuvimos nuestro momento más íntimo, ese que no podía dejar de pasar cuando llegaba la ocasión y en mi casa a solas se nos antojaba como toda una tentación que no podíamos desaprovechar.

Capítulo 21



Silbando llegué el viernes al trabajo. Solo con verme cualquiera podría adivinar que era un gran día...

—Aquí hay un jefe que va a ver hoy a una pequeña que le alegra la vida...—Carlota siempre tan atenta.

—¿Dónde? —miré a mi alrededor, bromeando—Yo solo veo a un tío feliz porque parece que todo llega.

—Sí, sí, por llegar, llegan hasta las vacaciones—Davinia entraba en ese momento también por la puerta.

—¡Sí, hija! Contando las horas estoy—Carlota también parecía de lo más animada.

Eché una visual y el despacho de Olivia estaba cerrado. Mi preciosa chica no podía ser más trabajadora y responsable. Parecía que lo tenía todo.

Si había un día en el que contaba las horas para salir, ese era aquel. Eso sí, el universo era caprichoso y aquella mañana le dio por pararle las manecillas al reloj.

No pude evitar el pensamiento de que, si llamaba a Olivia a mi despacho, seguramente el tiempo pasaría mucho más rápido, pero debía mostrarle algo de formalidad y me aguanté.

Por fin llegó el final de la mañana y yo debí salir de las oficinas como si hubiera fuego, de las ganas que tenía.

Había quedado con Cata, a través de unos escuetos mensajes que nos cruzamos, en que recogería a Lucía a las cinco de la tarde. Ella no estaba y eso suponía que me la entregaría Lía.

A la salida, tomamos todos algo abajo, pero yo andaba con una cierta prisa que no tardaron en captar.

—El jefe tiene hoy culillo de mal asiento—reía Davinia.

—Hoy ando un poco acelerado, para qué vamos a negarlo.

—Algo acelerado dice el tío. Si estás más nervioso que un daltónico jugando al *Twister*—Daniel y sus frases.

—Tampoco exageres...

—Por una vez estoy con Daniel. Eso sí, quiero decir alto y claro que no debe servir de precedente—Davinia también estaba muy animada y es que a ella marcha no le faltaba, de ninguna clase, visto lo visto.

—Sí, sí, jefe, estás hecho un manojillo de nervios, para qué nos vamos a engañar. Toma, le he traído a Lucía una tontería para que se la des—Carlota era un amor.

—Gracias, ¡qué mono!

—Y tan mono, ¿no te fastidia?

—¿Qué puñetas es ese bicho? —Fernando se quedó mirándolo atónito.

—¡Anda que no se nota que no tienes hijos! —Carlota estaba alucinada—Es un chimpancé de peluche, tío. No muerde.

—¿Y tú? ¿Tú muerdes? —le preguntó Daniel que ya la tenía ligeramente enfilada.

—En mi defensa diré que esto no siempre ha sido así—miré a Olivia con tono bromista—Yo antes dirigía una financiera y ahora un zoo.

La reunión se disolvió y por fin nos quedamos solos ella y yo.

—Bonita, me hubiera gustado que fuéramos a mi casa y comer algo más tranquilos, pero ya no dispongo de tanto

tiempo.

—Ni te preocupes, como si te tienes que ir ya...

—Eso ni en broma. Todavía queda una hora y cuarto hasta que recoja a Lucía y me vas a tener que aguantar hasta entonces. Te invito a comer algo rápido y luego te dejo en casa.

—¡Hecho! —hizo un gracioso gesto de que tenía hambre.

Nos acercamos a una hamburguesería cercana en las que servían unos deliciosos sándwiches de pollo y tomamos uno cada uno.

—Me hace mucha ilusión conocer a la peque, que lo sepas.

—¡Pues anda que a mí! —su comentario sacó la mejor de mis sonrisas.

—Pues todos contentos entonces.

—¡Y tanto! Por cierto, respecto a lo de recogerte mañana para ir a Loro Parque, hay un pequeño cambio—me hice el interesante para darle más emoción.

—¿No puede ser? Si te has arrepentido no te preocupes. Puedo verla en otro momento—puso cara de decepción.

—Pues sí, la verdad es que me he arrepentido. Me he arrepentido de no decirte antes de que eches ropa para el resto de la Semana Santa porque no te pienso soltar ni un día.

—Wow, ¿lo dices en serio?

—Y tan en serio, preciosa. Primero estaremos con Lucía y a partir del miércoles sin ella. De lo que ocurra de ese momento en adelante no pienso hablar si no es en presencia de mis abogados.

Su cara de felicidad me contagié. Pusimos rumbo a su casa y se bajó del coche.

—Te deseo una tarde increíble con Lucía—me dio un beso en la mejilla.

—Lo mismo te digo. Y esta noche sueña más conmigo que con los angelitos—me regaló una preciosa sonrisa.

Me dirigí a recoger a mi Lucía, la otra mujercita de mi vida. Llegué en una nube. Sentado en el asiento del copiloto llevaba el pequeño chimpancé que me había dado Carlota para ella. Aparte, yo le tenía otros regalos en casa.

Llegué a la puerta de su casa con la mejor de las sonrisas y allí estaba mi preciosa niña, con Lía al lado, que portaba un patinete.

Casi de un salto, me bajé del coche y me fui corriendo a abrazarla.

—¡Buenas tardes, Lía! —exclamé—ella era una mujer atenta y servicial, muy buena con Lucía y a la que le había caído la condena de aguantar a Cata y sus excentricidades.

—Buenas tardes, Alexis. Aquí la tienes.

—¡Sí, aquí está mi preciosidad! —la cogí en brazos. Estaba pletórico.

—¡Hola, papá!

—Alexis, aquí tienes su maleta con todo lo necesario para estos días, y el patinete, que ya vas a comprobar que no se separa de él—negó con la cabeza.

—Vale Lía, un millón de gracias, como siempre. Te deseo una bonita Semana Santa.

—Y yo lo mismo a vosotros—le dio un amoroso beso a Lucía y se fue.

Metí las cosas de la niña en el coche y la senté en su sillita, colocada en el asiento trasero.

—Toma mi vida, este monito te lo manda Carlota.

—¡Es muy feo! Quítamelo de la cara.

—Pero cariño...—lo solté un poco alucinado. No estaba acostumbrado a que Lucía reaccionara así.

La miré y ya volvía a sonreír. Igual se había asustado o algo, pensé, sin saber que el que se iba a asustar era yo.

—¿Sabes?

—Dime mi vida—la miré por el espejo mientras puse el coche en marcha.

—¡Ahora tengo dos papás!

—¿¿¿Cómo???

—Sí, dos papás: tú, que eres mi papá Alexis y el novio de mamá, que es mi papá Héctor y también vive con nosotros.

—No, cariño, eso no es así.

—¡¡Qué sí!! —su tono era de enfado total.

—Lucía, ¿de dónde sale ese genio?

—Porque tú dices que no tengo dos papás y sí los tengo—Lucía cruzaba los brazos demostrando enfado total.

Yo estaba un poco descolocado. No había duda de que el mensaje que me estaba transmitiendo Lucía era el fruto del último dardo envenenado que me enviaba Cata.

—Cariño, es que los niños no tienen dos papás. Tienen un papá y una mamá.

—De eso nada, porque Camila tiene dos papás.

Me tuve que reír porque era cierto que no lo había argumentado mal, pero esa era otra cuestión. Camila era adoptada y sus padres eran gays.

—Cariño, pero es porque Camila no tiene mamá, sino dos papás.

—Pues como yo, pero solo que yo tengo una mamá también.

—No, cielo, es distinto es que ella...

—¡¡Me da igual!! Héctor es también mi papá y es súper guay y por mucho que me digas no me vas a convencer— otra vez el dichoso gestito.

Yo no sabía qué bicho le había picado a mi niña. O, mejor dicho, sí lo sabía, el bicho que le había picado era Cata La sangre empezó a hervirme y pensé que tenía que actuar con cabeza.

—Vale, pues yo ya sé que tú tienes dos papás, pero ahora te voy a dar una noticia: también tienes dos mamás.

—¿¿¿Dos mamás??? ¡De eso nada!

—¿De eso nada? ¡De eso todo! Si tienes dos papás también puedes tener dos mamás.

—No, porque yo solo he salido de una barriguita, que no te enteras...

—¿Sí? Pues que sepas que en esa barriguita solo se puso una semillita, que es la mía. Entonces si hay otro papá, e postizo y, además, entonces puede haber otra mamá.

—¡Vale! Pero yo no la voy a querer...

—¿Y eso por qué?

—Porque será una madrastra, como la de Cenicienta.

Yo no daba crédito, tenía salidas para todo. O me la habían cambiado y no me había dado cuenta o Cata la había aleccionado como solo ella podía.

—Pues de eso nada porque no es una madrastra. Se llama Olivia y es una mamá...

—Una mamá muy fea, seguro, con una verruga y todo, como una bruja...

—¡Lucía! Ni se te ocurra volver a decir eso. Por primera vez en mi vida me estaba sacando de mis casillas...

—¡Chincha! Héctor es guapo y Olivia es más fea que un mono, es más fea que el mono ese que tienes ahí...

Llegué a mi casa un poco flipado con todo lo que estaba pasando. Mientras bajaba el equipaje, me llevé un susto que me cortó el cuerpo hasta por la noche.

—¡Mira papá, mira lo que sé hacer!! —Lucía se había subido al patinete e iba calle abajo.

Tuve que salir corriendo tras ella y, por más que le pedía que parase, ella no dejaba de avanzar. El caso es que la acera era muy larga pero ya tocaba a su fin y los ojos se me salían de las órbitas.

—¡Lucía, para!

—No puedo parar, no sé parar... Y cuanto más se aproximaba a la carretera, más sudaba yo. Pese a que no veía que viniese ningún coche, me quería morir.

s

—¡Lucía, por favor, suelta el patinete! ¡Bájate, cariño! —mi desesperación era total. La carretera estaba allí mismo ya.

Y de repente, como si se tratara de un milagro, el patinete se paró y ella se bajó tan campante.

—¿De verdad te habías creído que soy tan pardilla de no saber parar? —Lucía se moría de risa y yo tenía sudores fríos. Llegué hasta ella y la abracé.

—¡Hija! ¿Esto ha sido una broma? No ha tenido ninguna gracia. Estoy muy, pero que muy enfadado— era la primera vez que me ponía así con ella.

—No es ninguna broma. Era solo para que vieras lo que me ha enseñado a hacer Héctor. Él es *skater* y no sabes cómo mola todo lo que hace.

¡Héctor y la madre que lo parió! Solo hacía un rato que sabía de su existencia y ya parecía que me lo había tragado.

—Pues que sea la última vez que se te ocurra hacer una cosa así. Y estás castigada sin patinete.

—Ya me dijo mamá que me lo ibas a quitar, porque tú no molas.

—¿De verdad es que yo no molo o que tú te has pasado de la raya, señorita?

Se calló y entramos en la casa. Subimos a su dormitorio a dejar las cosas. A ella siempre le había encantado y estaba totalmente a su gusto. Procuré aflojar, pese a que estaba consternado.

—Ya no me acordaba de cómo es mi dormitorio aquí. No me gusta.

—¿No te gusta? Pero si lo escogiste tú el año pasado...

—Pero el año pasado era una niña pequeña y ya Frozen no me gusta. Es cursi. Yo ahora quiero un dormitorio de *skater* y si no, no duermo.

—Pues tú vas a tener que dormir en el que hay, señorita, y hasta que no cambies de actitud, dando gracias. Vamos a merendar, anda.

Bajamos a la cocina y allí aflojamos ambos otro poco. Incluso ella empezó a contarme las cosas del cole y nos reímos bastante. Saqué de un armario de la cocina la *Nutella*, para prepararle su merienda preferida.

—¡Mira lo que tengo para ti!

—Vaya, ¿tiene que ser *Nutella*?

—Hija, ¿tampoco te gusta ya la *Nutella*?

—Es que a Héctor y a mí nos gusta más la Nocilla, porque tiene dos sabores y es más guay.

¿Cómo no lo imaginé? Héctor, Héctor y más Héctor...

Un rato más tarde nos fuimos al parque. Por un rato lo pasamos genial, porque jugando con otros niños, Lucía se olvidó de Héctor.

De vuelta a casa, cenamos en su hamburguesería preferida, donde me habló de que Héctor y mamá eran tan guapos como Ken y Barbie y yo ya maldije mi estampa. ¡Al final era capaz de decir que ellos eran así de guapos y Olivia y yo dos ogros como Shrek y Fiona!

Por suerte, fue caer en la cama y quedarse frita. Angelito mío, me había dejado agotado y no ya física, sino mentalmente. ¡Me había dado la del pulpo!

;

—Vaya, ¿tiene que ser *Nutella*?

—Hija, ¿tampoco te gusta ya la *Nutella*?

—Es que a Héctor y a mí nos gusta más la Nocilla, porque tiene dos sabores y es más guay.

¿Cómo no lo imaginé? Héctor, Héctor y más Héctor...

Un rato más tarde nos fuimos al parque. Por un rato lo pasamos genial, porque jugando con otros niños, Lucía se olvidó de Héctor.

De vuelta a casa, cenamos en su hamburguesería preferida, donde me habló de que Héctor y mamá eran tan guapos como Ken y Barbie y yo ya maldije mi estampa. ¡Al final era capaz de decir que ellos eran así de guapos y Olivia y yo dos ogros como Shrek y Fiona!

Por suerte, fue caer en la cama y quedarse frita. Angelito mío, me había dejado agotado y no ya física, sino mentalmente. ¡Me había dado la del pulpo!

Capítulo 22



Y allí íbamos mi Lucía y yo camino de la casa de Olivia. Por aquello de que la música amansa a las fieras, fuimos cantando hasta su puerta. De todos modos, yo le había leído la cartilla.

Llegamos y me fui a bajar del coche.

—¿Por qué te bajas?

—Porque voy a abrirle la puerta a Olivia.

—¿Es que ella no tiene manos? —ya empezábamos.

—Sí tiene manos, pero es más caballeroso que yo me baje a abrirle.

—Pues Héctor no le abre la puerta a mamá y a ella no le pasa nada, pero claro es que mamá no es tonta.

—Ni Olivia tampoco.

—Bueno, eso habrá que verlo.

Olivia salió feliz y preciosa de su casa. Eso sí, yo la noche anterior ya la puse sobre aviso de que la niña estaba un poco revolucionadilla.

—Hola, preciosa—le di un beso en la mejilla—Te va a tocar tener un poco de paciencia con ella—le susurré al oído.

—No te preocupes—abrió la puerta trasera del coche para saludarla.

—¡Hola, Lucía! Yo soy Olivia.

—Ya sé quién eres, pero te lo digo ahora que todavía no te has montado, ¿de verdad tienes ganas de venir con nosotros?

—¿Cómo?

—Yo lo digo porque no hace falta que vengas, pero como tú quieras. Además, igual el Loro Parque no te gusta.

—No te preocupes, bonita. Sí, que me gusta, pero gracias por preocuparte por mí.

—De nada, bruja.

—¿Cómo? —Olivia se volvió.

—Nada, nada, que me estruja, me estruja mucho el cinturón de seguridad.

—Es que yo creía haber escuchado otra cosa.

—Pero es que no es mi problema si estás sorda, Oliva.

—No es Oliva, Lucía, es Olivia.

—Ya, yo creía que era oliva, de esas que ponen en los bares que a mí no me gustan...

—Pues te has equivocado, pequeña—mi tono era serio.

—Pues vale.

Fui a intervenir en la conversación, pero no tardé en percatarme de que Olivia se manejaba muy bien solita. Me llamó poderosamente la atención.

Nos pusimos en marcha.

—Loro Parque nos espera, chicas. A no ser que alguna niña siga tan impertinente como hasta ahora y decidamos dejarla de nuevo en casa con Lía.

—¡Tú no harías eso!

—Pues no vuelvas a ponerme a prueba, jovencita. A partir de ahora, o te portas bien, o va a haber nuevas reglas.

Parece que aquellas palabras hicieron mella en mi pequeña y durante un rato todo pareció volver a la normalidad. Incluso se mostró dicharachera y nos contó anécdotas de su cole y demás.

Entramos y Lucía empezó a pasarlo fenomenal. Eso sí, yo llevaba a Olivia de la mano y ella insistía una y otra vez en que ambos le teníamos que dar las manos a la vez. El asunto era separarnos, colocarse entre los dos.

—Estará celosilla, ¿no? —le pregunté a Olivia.

—Supongo. No te preocupes.

Vimos que pronto comenzaba uno de los seis espectáculos diarios de loros y nos quedamos a verlo.

Lucía reía y aplaudía, parecía encantada. Además, se sentó al lado de otra niña y enseguida hicieron buenas migas. Nosotras la mirábamos con sumo cariño. Parecía que había pasado el temporal con la regañina. Más valía una cara colorada que cien amarillas.

Después de los aplausos las niñas cuchicheaban.

—A ver lorito, dilo como yo te he enseñado—Lucía emulaba a los adiestradores.

—“Olivia es fea”, “Olivia es fea” —empezó a decir la otra peque, repitiendo lo que Lucía estaba claro que le había dicho al oído.

—¡Lucía!

—Yo no he sido papá, ha sido mi lorito.

—¿Sí? Pues ya te quedaste ayer sin patinete, a ver sin qué te quedas hoy.

—Hoy me quedo sin divertirme, porque sois dos plastas—cruzó los brazos y frunció el ceño.

Señor, ¿qué había hecho yo para merecer aquello? Pedí paciencia al universo porque la estaba empezando a perder.

Echamos a andar y fuimos a ver los tigres y jaguares y el acuario con túnel submarino. Lucía nos insistía en que le hiciéramos fotos.

z

—Lucía, pero ¿por qué pones esas poses? —mi peque me estaba pareciendo de todo menos natural...

—Porque yo voy a ser *influencer*, papá...

—¿*Influencer*? Sí, sí, mamá dice que me haga *influencer*, que es una manera de ganar bastante dinero sin dar ni un, ¿cómo dice ella? Ni un palo al agua.

Me dejó loco. No sabía ni qué contestar.

i.

^a—Lucía yo creo que hay otras muchas cosas que puedes estudiar...

—Vale, papá, no me des la brasa. Ya hablaremos de eso que todavía queda mucho tiempo y echó a correr, tan pancha.

Olivia y yo nos miramos. Ella estaba tan descolocada como yo.

—Te prometo que mi hija no era así. Yo creo que está poseída—argumenté, bromeando.

—Yo creo que te la están malcriando y si tenías poco con tu ex, ahora tienes también enfrente a su pareja.

—Tendremos que ir a por agua bendita—me sacudí la cabeza y pensé que iba a tener que demostrar más paciencia que Jobs.

Al mediodía nos sentamos a comer. El tiempo estaba maravilloso y nos disponíamos a relajarnos un poco. Tomamos unas hamburguesas con patatas fritas. Lucía parecía estar más calmadita. Era como una montaña rusa.

—¿Quieres un café, Olivia? —le pregunté.

—Yo también quiero un café, papá.

—No, me niego, ¡hasta ahí podría llegar la broma! Una cosa es que quieras ser *influencer* y otra muy distinta que te creas tan mayor como para tomar café.

—¡No me dejáis hacer nada!

—Eso no es verdad, Lucía, si quieres te compramos un helado—Olivia intervino para mediar.

—Vale.

Nos trajeron los cafés y Lucía insistió en que quería un helado de dos bolas, una de nata y otra de fresa.

—Espérate, Lucía. Cuando papá se tome el café va por él—yo no quería que se saliera más con la suya.

—Vale—puso cara de buena y nos ganó.

En ese momento sonó el teléfono y era mi madre para concretar el almuerzo del día siguiente, que sería en casa de ellos.

—Habla con ella tranquila que yo voy por el helado—Olivia se levantó.

—Yo te espero aquí con papá, Olivia—le sonrió.

a—Está bien, bonita.

Nos quedamos esperándola y yo distraído con el teléfono. Olivia llegó con el helado y se dispuso a tomar el café.

—¡Qué asco! —lo escupió en el suelo.

—Olivia, no se escupe. Ahora papá va a tener que dejarte en tu casa por portarte mal—Lucía sonreía.

Los dos la miramos fijamente y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Olivia, trae el café—alargué el brazo.

—No lo pruebes papá, a ver si te pones malito.

Y malito me puse cuando comprobé que al café le habían echado medio salero.

—¡Lucía! Este café está salado.

—¿Y a mí qué me cuentas, papá? Díselo al camarero. Oiga, oiga—lo llamaba.

—¿Quieren algo los señores? ¿Hay algún problema? — el hombre se acercó la mar de servicial. Sí lo había, pero no era precisamente con el café.

—No, no se preocupe, muchas gracias.

?

—Lucía has sido tú y lo sabes—le solté.

—¡No tienes pruebas! —me apuntó con el dedo.

—¿No? ¿Y qué tienes en las manos?

—Nada, nada, mostraba una sola.

—Las dos, Lucía, quiero ver las dos...

Y al abrir la segunda, el salero cayó al suelo.

—Pero ¿esto qué es? —lo miraba haciéndose la tonta.

—Ese es el motivo por el que esta noche te has quedado sin pizza.

Lo último que hicimos antes de salir de allí fue ver el espectáculo de los delfines. Lucía aplaudía sin parar y silbaba. No dejaba de sonreírnos para hacernos la pelota. Llegó el momento y, como era de esperar, la eligieron a ella para dar la vuelta en barca. Ya me habían comentado que lo harían.

Era un caso. Iba en la barca en plan diva saludando a todo el personal y acaparando *flashes*. ¡A ver si al final sí iba a tener alma de *influencer*!

Aproveché para hablar con Olivia.

—Estoy desconcertado. De veras que me da mucha vergüenza por ti...

—No te preocupes que terminaré metiéndomela en el bolsillo. Eso sí, no esperes que me muestre condescendiente cuando haga una de las tuyas...

—Ni lo espero ni lo aceptaría. Me encanta la elegancia y la parsimonia con la que la has toreado en el coche.

—Pues entonces todo aclarado.

Llegamos a casa y esa noche Lucía se quedó sin pizza. Estaba enfadada y dijo que se quería ir a la cama, aunque logramos que cenara. En cierto modo pensé que sería ideal que descansara. También deseaba un rato de intimidad con Olivia.

—Pero me lees un cuento antes de acostarme.

—Vale, cariño—había que tener paciencia— Olivia, vengo en un poco—le di un beso en la frente.

Lucía se metió en la cama y le leí el cuento.

—Otro, papá.

—Lucía...

—Pero papá, Héctor me lee todos los que yo quiero...

¡Acabáramos! Ya me había tocado la fibra sensible.

Le leí varios y dijo que se iba a echar a dormir. Le di un beso y fui a buscar a Olivia.

—Esta es la nuestra, bonita—parece que ya se duerme. Vamos nosotros para la cama—casi lo hicimos de puntilla por si andaba ya adormiladilla.

Nos metimos entre las sábanas y le susurré a Olivia que cerraría la puerta y que podríamos hacerlo como en el despacho, en silencio. Ella estaba monísima, con un pijama de dos piezas con el que había estado en el sofá que invitaba a comérsela enterita.

!

Comenzamos a besarnos apasionadamente y de pronto el caos...

—¡Papá, me da miedo dormir sola!

—¿Qué dices, Lucía?

—Lo que oyes. Me da mucho miedo, yo así no duermo. Si no quieres dormir conmigo prefiero que me lleves con Lía otra vez.

¡Vaya noche nos esperaba!

—Olivia, no sé ni qué decir. De verdad que esto me está superando. Yo no esperaba... Anoche dormí perfectamente.

—Alexis, tranquilo. Recuerda que yo sí soy adulta. Tú estás inmerso en un proceso judicial para poder ver a tu hija más tiempo. No se trata de bailarle el agua, pero tampoco de enfrentarte del todo a ella.

—¿Qué harías tú entonces?

—Pues yo, si fuera tú, iría a dormir con ella y tan pronto cayera rendida, me vendría a la cama.

—Eres un cielo, ¿lo sabes?

—Claro, pero recuerda que tendrás que compensarme—sonrió.

s —Te prometo que cuando vuelva te compensaré. No te duermas—le guiñó el ojo.

Y dicho y hecho. Así fue cómo complacé a las dos mujeres de mi vida. A la pequeña, ayudándola a dormir y a la mayor, distrayéndola para que no se durmiera.

—¿Qué dices, Lucía?

—Lo que oyes. Me da mucho miedo, yo así no duermo. Si no quieres dormir conmigo prefiero que me lleves con Lía otra vez.

¡Vaya noche nos esperaba!

—Olivia, no sé ni qué decir. De verdad que esto me está superando. Yo no esperaba... Anoche durmió perfectamente.

—Alexis, tranquilo. Recuerda que yo sí soy adulta. Tú estás inmerso en un proceso judicial para poder ver a tu hija más tiempo. No se trata de bailarle el agua, pero tampoco de enfrentarte del todo a ella.

—¿Qué harías tú entonces?

—Pues yo, si fuera tú, iría a dormir con ella y tan pronto cayera rendida, me vendría a la cama.

—Eres un cielo, ¿lo sabes?

—Claro, pero recuerda que tendrás que compensarme—sonrió.

—Te prometo que cuando vuelva te compensaré. No te duermas—le guiñó el ojo.

Y dicho y hecho. Así fue cómo complací a las dos mujeres de mi vida. A la pequeña, ayudándola a dormir y a la mayor, distrayéndola para que no se durmiera.

Capítulo 23



Domingo a media mañana e íbamos en dirección a casa de mis padres. Olivia y yo cruzábamos los dedos porque la peque llevaba desde la noche anterior sin hacer ninguna de las suyas.

Yo iba muy ilusionado de poder compartir mi círculo familiar más cercano con Olivia. Mi padre ya la conocía y a mi madre le había comentado el día anterior que le llevaba a una amiga muy especial para mí. No hacía falta decir nada más, el gesto de invitarla a comer con ellos hablaba por sí solo.

Olivia y yo nos bajamos y me dispuse a abrir la puerta del coche para que se bajara Lucía.

Lo que menos podía esperar, eso sucedió...

—¡Mira, mira, papá, allá voy!

—¿Dónde Lucía? —mi gesto era indescriptible.

—¡¡¡A la piscina!!!

La peque se había quitado el cinturón y se bajó de un salto con el patinete en la mano, que llevaba desde el viernes en el coche. Ante nuestra atónita mirada, patinó y llegó a la piscina, ¡y tanto!

—¡Alexis, la niña! ¡Dios mío, se va a abrir la cabeza! ¿Pero esto qué es? —mi madre chillaba y Lucía sacaba ya e cuerpo del agua, riéndose.

—¡¡¡Lucíaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

—No grites papá, que yo no soy sorda como Olivia.

—Y yo tampoco soy sorda, jovencita—a Olivia ya le estaba tocando también la moral y lo siguiente.

La sacamos del agua, empapada, mientras el patinete se quedaba en el fondo de la piscina. Mi madre corrió por una toalla.

—Hija mía, ¿estás bien? —la tocaba por todos lados.

—Está mejor que bien, mamá. Está con unas ganas de guasa impresionantes, pero ya se le van a acabar—yo comenzaba a desesperarme.

—Tranquilo, hijo. No sé en qué diantres estaba pensando esta niña—su cara era de preocupación—Olivia, perdona, no hemos podido ni saludarte con todo este desaguizado—mi padre estaba apurado.

—No se preocupe, Carlos.

—Lo de Carlos está bien, ahora ya solo falta que me tutees—le dio dos besos.

—Mamá, ella es Olivia—se la presenté.

—Hija, perdona. ¡Vaya recibimiento que te hemos hecho! Yo soy Margarita.

—No se preocupe, por favor. Yo soy Olivia. Si quiere la ayudo con la peque.

S

—Pues casi que sí, hija, porque yo me he dado un susto que el corazón se me va a salir por la boca.

l Yo miraba a Lucía y echaba fuego.

—Lucía, ¿se puede saber en qué estabas pensando?

—Es que yo había visto eso en una película y no sabía si se podía hacer de verdad o no. Está muy guay...

—¿¿Guay?? Ya hablaremos tú y yo...

Secamos a Lucía y Olivia la ayudó a ponerse ropa de la que la abuela siempre tenía por allí de repuesto.

—¡Madre del amor hermoso! Vaya susto que me he pegado— a mi madre le temblaba hasta la campanilla.

Lucía nos miraba con cara de no haber roto un plato y correteaba sin parar.

Mis padres habían preparado un aperitivo para ponerlo en el jardín y les ayudamos a colocarlo todo en la mesa.

—Tenéis una casa que es una auténtica preciosidad— ya era un hecho confirmado: a Olivia le gustaban las casas de la familia.

—¿Te gusta, hija? La hemos reformado hace unos años y puesto totalmente a nuestro gusto.

—Pues tienen un gusto exquisito.

—El mismo que ha heredado nuestro hijo— con esa frase mi padre trató de echarle un piropo a Olivia que ella agradeció con una sonrisa.

—Hijo, ¿qué tal ayer con la niña?

—Mamá, ni me hables. Ha ido de mal en peor desde que la recogimos.

Los puse al corriente de todo y se quedaron bastante sorprendidos.

—Olivia, siento mucho lo que está contando mi hijo— mi madre estaba tan desconcertada como el resto— La niña siempre ha sido traviesa, pero un amor. No reconozco a mi nieta.

—Pues créeme que te lo he resumido bastante, mamá.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos—mi padre trataba de ponerle algo de coherencia al asunto. Pensemos en que está un poco confundida por lo del nuevo novio de su madre y tal.

—Pensemos, pensemos.

Almorzamos en el jardín y por fin reinó la armonía. Olivia estaba súper integrada en la conversación. Yo no paraba de mirarla y me encantaba comprobar que había conectado a la perfección con mis padres.

Lucía estaba queriéndose ganar un helado que los abuelos le habían prometido si se portaba bien, de modo que se pasó todo el almuerzo de lo más modosita y comedida. No parecía la misma.

Después de almorzar, mi padre se sirvió una copa y me ofreció otra. Rehusé la invitación porque un rato después tenía que conducir, pero le acepté un cafecito a mi madre, lo mismo que Olivia.

Nosotros habíamos llevado unas pastas que tenían una pinta estupenda y que a puntito estuvieron de acabar en la piscina con el numerito de la niña, pero milagrosamente se salvaron.

Las estábamos tomando plácidamente en el jardín cuando echamos de menos a Lucía y a *Mushu*, el gato de mis padres.

—¡Lucía! ¿Dónde estás?

—¿No dijo antes que iba al baño? —Olivia tenía razón.

—Sí, pero debe hacer ya unos diez minutos—observó mi padre.

Diez minutos y no atendían a nuestros gritos ni ella ni el gato. Mal asunto.

Entré en la casa y volví a llamarla.

—Papá estoy en el baño, ahora salgo.

—Sí, Lucía, sal ya que no me fío ni un pelo. ¿Has visto a *Mushu*?

—Sí, está aquí conmigo.

—¿El gato en el baño? No lo estarás bañando ¿no?

—¡Anda ya, papá! Si yo sé que eso a él no le gusta. Solo nos estamos poniendo guapos...

En esas abrió la puerta y tuve que contener la risa. ¡Era todo un cuadro! Lucía había cogido el maquillaje de mi madre y se había pintado como una *influencer*, según sus palabras. Y lo peor es que al pobre gato le había pintado hasta los bigotes.

—¿No somos una monería? —abría y cerraba los ojitos poniendo cara de buena.

—¡Ay, Dios! —dijo mi madre cuando los vio aparecer.

—Y este gato huele sospechosamente bien—Olivia lo tenía al lado.

—¡Y tan bien! ¡Huele a Dior! Lucía, dime que no le has echado el frasco entero—mi madre tenía los ojos saltoneando como un búho.

—Claro que no, abuela. La mitad para él y la mitad para mí...

Creo que debió ser la primera vez en su vida que mis padres se alegraran de que nos fuéramos porque ya no sabíamos lo que hacer con Lucía. ¡Nos estaba volviendo majaras!

El lunes estuvimos con ella de compras y Olivia trató de ayudarle a elegir algo de ropa que se quería comprar.

—Lucía, pues a mí me gusta esa falda.

—Normal que te guste, según te vistes... Es muy fea.

—¿Cómo?

—Que si mi mamá te viera diría que no tienes glamur. ¿Tú sabes lo que es glamur?

¡¡Ya estaba otra vez el lío!!

—Pues sí que lo sé pequeña, ¿y tú? Porque déjame decirte que la palabra es más grande que tú, no lo veo yo un concepto muy para niñas.

—No puedes saberlo porque mi mamá dice que solo las modelos tienen glamur y tú me parece a mí que no eres modelo.

—Pues no lo será porque no quiera—intervine—porque a Olivia le sobra belleza para serlo.

—Gracias, Alexis—me miró—En cuanto a ti, jovencita, déjame decirte que yo no creo que el glamur sea importante y quizás yo no lo tenga, pero sí tengo valores y eso es lo importante.

—Bruja...—los dos volvimos a escucharlo alto y claro.

5

—¿Ahora qué te estruja, Lucía? Porque no veo yo que tengas puesto ningún cinturón—Olivia la reprimía con la mirada.

—Una hamburguesa que cruja, que cruja, que quiero que nos la comamos ahora al salir—tiró para la puerta con ánimo de cambiar de tercio.

—Jovencita, ahora también te has quedado sin hamburguesa. Sigue así y a ver qué consigues...

Por la tarde la llevamos al parque y allí logramos que saltara y brincara hasta caer exhausta. Esa noche no tardó demasiado en dormirse, aunque el ritual de tenerme que meter en la cama con ella era diario.

El martes era nuestro último día con Lucía y la moral nos la tenía ya un poco por los suelos. El lunes había sido algo más tranquilo, pero con todo y con eso las malas contestaciones y las miradas desafiantes se sucedían a cada momento.

Bastaba que dijéramos algo para que tratara de demostrarnos que su madre y Héctor lo hacían mejor. Resultaba realmente agotador. ¡Vaya paliza!

Esa tarde decidimos llevarla al cine porque estrenaban una peli de *Disney* que ella quería ver. Ni que decir tiene que se empeñó en sentarse entre Olivia y yo. Cuando lo logró parecía que estaba contenta. Como una familia modelo, compartimos caramelos, palomitas y chicles.

Eso sí, ¡Olivia se llevó el premio gordo! A media peli, la pequeña parecía encantada y nos abrazó a Olivia y a mí, extendiendo sus bracitos por detrás de nuestros cuellos.

—Alexis ¿qué tengo en el pelo? Me estoy quedando pegada a la silla...

—¿Pegada a la silla? No será nada mujer...A ver, déjame ver...

¡Pero era! ¡Claro que era! Lucía nos había cogido con la guardia baja y, mientras nos rodeaba con sus bracitos, había pegado varios chicles mordisqueados en el pelo de Olivia. El hecho de que estuvieran todavía blandos no dejaba lugar a dudas. ¡Nos la había jugado otra vez!

Esa noche, mi hija ni se atrevió a decirme que me tenía que acostar con ella, porque hasta la una de la madrugada estuve con Olivia aplicándole hielo hasta retirar el chicle del pelo.

Bastaba que dijéramos algo para que tratara de demostrarnos que su madre y Héctor lo hacían mejor. Resultaba realmente agotador. ¡Vaya paliza!

Esa tarde decidimos llevarla al cine porque estrenaban una peli de *Disney* que ella quería ver. Ni que decir tiene que se empeñó en sentarse entre Olivia y yo. Cuando lo logró parecía que estaba contenta. Como una familia modelo, compartimos caramelos, palomitas y chicles.

Eso sí, ¡Olivia se llevó el premio gordo! A media peli, la pequeña parecía encantada y nos abrazó a Olivia y a mí, extendiendo sus bracitos por detrás de nuestros cuellos.

—Alexis ¿qué tengo en el pelo? Me estoy quedando pegada a la silla...

—¿Pegada a la silla? No será nada mujer...A ver, déjame ver...

¡Pero era! ¡Claro que era! Lucía nos había cogido con la guardia baja y, mientras nos rodeaba con sus bracitos, había pegado varios chicles mordisqueados en el pelo de Olivia. El hecho de que estuvieran todavía blandos no dejaba lugar a dudas. ¡Nos la había jugado otra vez!

Esa noche, mi hija ni se atrevió a decirme que me tenía que acostar con ella, porque hasta la una de la madrugada estuve con Olivia aplicándole hielo hasta retirar el chicle del pelo.

Capítulo 24



Miraba a Lucía mientras desayunaba y negaba con la cabeza. Allí estaba ese pedazo de personaje en el que me la estaban convirtiendo, feliz con su cacao y su tostada.

—Papá, la próxima vez que venga ya te diré lo que puedo comer y lo que no, porque Héctor dice que mamá y yo nos tenemos que hacer veganas como él.

¡Prontito había amanecido el día! Me quedaban dos horas para entregar a Lucía y no sabía lo que tendría que escuchar todavía.

—Cariño, eso ya lo hablaremos mamá y yo.

—Eso lo decidirá mamá, que además es la que sabe lo que hay que comer para estar estupenda.

—Pues yo a tu padre también lo veo estupendo—Olivia entraba en la cocina en ese momento y nos dio un beso en la mejilla a ambos.

—¡Tú que vas a decir! Normal, si lo que quieres es ligarte al jefe...

—¡¡¡Lucía!!! Ni se te ocurra volver a decir eso.

—Bueno, bueno, en esta casa no se puede hablar, menos mal que ya me voy...

—¿Y con Héctor sí se puede hablar? —yo ya estaba que explotaba.

—Con él sí, porque Héctor hace yoga y nunca levanta la voz.

—No hace falta levantar la voz para hacer daño y al contrario, Lucía, una persona puede darte un grito por tu bien
—Olivia intervino.

—¡Ya está otra vez la pelotera!

—Lucía yo puedo tener mucha paciencia, conmigo no te va a valer esa artimaña. Si crees que así me vas a asustar y voy a salir corriendo la llevas clara. Además, te voy a contar un secreto: yo también hago yoga—le sonrió irónicamente.

Llegamos a la puerta de la casa de Cata y allí estaba ella con el tal Héctor. Hacía tiempo que pensaba que la postura tan erguida de mi ex se debía a que tenía metido un palo en el culo, pero ese día comprobé que los palos allí debían darlos al entrar, porque el tal Héctor tenía otro en el suyo.

Me bajé del coche para entregarle las cosas de Lucía y, para mi sorpresa, porque no lo habíamos hablado, Olivia se bajó detrás.

Cata la petrificó con la mirada y Olivia, muy digna, le lanzó un “buenos días” que la otra no contestó.

—¡Mamá, mamá, tenías razón, papá me ha quitado el patín!

—No te preocupes, hija, mira lo que te ha comprado Héctor—Lía, por favor, le hizo una seña para que saliera.

Lía salió con una toquita entre los brazos. Por un momento me reí, pensando en que aquellos dos eran capaces de comprarle un hermanito a Lucía si alguien se lo vendiera.

—¡Muerdo! —la niña hizo un gesto cómico de desvanecimiento—¡Es lo más bonito que he visto en mi vida, Héctor! —lloraba y se abrazaba a él—¡Tú sí que molas!

Dentro de la toquita había un perrito. Lucía adoraba a los animales y siempre había querido tener una mascota. En su momento, Cata y yo quedamos en que se la regalaríamos cuando hiciera la Primera Comuni3n, pues nos parecía una edad propicia para que la cuidara. Me dejó fuera de juego.

Lucía se fue con Lía y con el perrito, sin apenas despedirse, solo un gesto con la manita.

Cata obvió el detalle de que se había limpiado el culo con nuestro acuerdo sobre la mascota y empezó a atacarme con el tema del patinete.

—Vaya, hombre. Ya me lo imaginaba yo. Nosotros fomentando que la niña haga deporte y tú quitándole la idea.

—¿Deporte? Por dos veces se ha podido matar con el patinete. Antes que eso hay que fomentar la responsabilidad pero de eso tú no sabes mucho.

—¡Cuidadito con lo que dices! —el tal Héctor avanzó un paso en plan machito, desde fuera se veía como si tuviera que demostrar que él la tenía más larga.

—¡Cuidadito con lo que dices tú! —Olivia me dejó de piedra—Esto es cosa de sus padres, pero si hablas tú, lo hago yo también.

—¡Apúntate todos los tantos que quieras con ella, como el del perrito, Cata! ¡Y este que haga lo mismo! No te preocupes que hay algo llamado karma que lo pone todo en su sitio. Y se me olvidaba, otra que se llama juez que también hace lo mismo, pero más rapidito—no les dimos derecho a réplica. Nos montamos en el coche y salimos zumbando.

—¿Estás bien, cariño? —aquel “cariño” de Olivia me supo a gloria. Era la primera vez que se dirigía a mí de ese modo y creí que íbamos a necesitar una cucharilla porque acababa de derretirme.

—Muy bien, cielo. Paré el coche en un lateral de la calzada, solo para fundirme con ella en un interminable beso.

—¡Alexis, no podemos estar parados aquí!

—¿Y eso por qué?

—Porque te pueden multar.

—Por mí, como si quieren detenerme—volví a besarla y provoqué su risa.

Llevábamos el equipaje en el coche. Yo le había dicho esa mañana a Olivia que tenía una sorpresa para ella y estaba loca por saber.

—¿Dónde vamos? ¡Dímelo ya! ¡Necesito saberlo! —daba saltitos en su asiento como una niña.

—Vamos hacia el sur a un lugar que creo que te va a encantar.

l,

Llegamos a uno de los resorts más lujosos de la isla y su entusiasmo crecía por momentos.

—¡En este hotel estuvo Raquel con un novio suyo y dice que es espectacular! —señaló.

—¿Sí? Pues no se equivocó—arqueé la ceja.

Entramos y su cara de entusiasmo no tenía límites.

—¡Alexis! ¡Es precioso! —hacía pausas para hablar e imbuirse de aquel extraordinario ambiente mientras yo la llevaba cogida por la cintura.

Subimos y ella se quedó atónita. Yo quería sorprenderla y eché mano de mis contactos para que me reservaran la mejor suite, cosa muy difícil en aquella fecha, pero que al final logré a cambio de un favor laboral. Tenía negocio con aquella cadena de hoteles y me vino de perlas.

La suite era enorme y muy lujosa. Estaba dividida en dos estancias distintas, el amplísimo dormitorio y una sala contigua. Además, estaba provista de un cuarto de baño de película y de una terraza enorme.

Sobre una mesita, una cesta de frutas exquisitas y un surtido de bombones para caerse de espaldas nos daban la bienvenida.

Olivia se lanzó hacia el surtido y cogió un bombón.

—¿Quieres? —me miraba como si tuviera que querer por fuerza. Cada vez se mostraba más espontánea y graciosa.

—Sí, pero solo uno, que te veo venir.

Me puso un bombón en la boca y ella se zampó varios. Al final le quedó un poco de chocolate en la comisura de los labios y su imagen era divertidísima.

—Ven aquí, que te quito ese chocolate que te ha quedado.

Tal cual llegué a su altura hice lo que los dos estábamos deseando. Empecé a besarla con ímpetu, la cogí y la tumbé en la cama. En cero con dos la desnudé.

Fue la primera vez que, lejos de esperar que yo me desnudara, lo hizo ella, con rapidez, con energía, con ganas, con deseo...

Mientras sus manos abrían la cremallera de mis pantalones, mi miembro ya gritaba socorro. Necesitaba liberarse de aquella opresión. Yo estaba excitadísimo y, a juzgar por la piel de gallina de Olivia, ella estaba igual.

La tumbé y empecé a jugar con mi lengua por todo su cuerpo, recorriéndola palmo a palmo. Notaba cómo ella se contraía y eso me excitaba cada vez más.

Por primera vez, Olivia me iba guiando con sus gemidos. La niña temblorosa de los primeros días iba dando paso a una mujer más segura que me susurraba con suavidad por dónde y con qué ritmo quería que siguiera.

Al llegar a su clítoris, tan rosa e inflamado que decía “cómeme”, pude notar que el solo contacto con la lengua la hacía estremecer. Di unos ligeros toquecitos sobre él a los que Olivia respondió agarrando con fuerza las sábanas y transformando sus gemidos en un jadeo que sonaba como la mejor música del mundo.

Ella me pedía que no parara y nada más lejos de mi intención. Comencé a lamer aquel clítoris cada vez más abultado hasta que sus jadeos dieron lugar al más sugerente de los gritos, un “no puedo más” tras el que brotó el néctar que señalaba que Olivia había alcanzado el clímax.

Tras unos segundos de brutal disfrute, abrió los ojos y colocó las manos sobre mis glúteos. Para mi sorpresa, no me dejó colocarme todavía el preservativo y e hizo que me acercara, dejando mi miembro a la altura de su cara.

El morbo que me estaba produciendo la escena era realmente indescriptible. Con una sonrisilla pícaro, sacó

también a pasear su lengua y, mientras sostenía mi miembro con ambas manos, comenzó a lamerlo lentamente, de arriba abajo.

No lo esperaba y creo que toda la sangre de mi cuerpo debió concentrarse en el mismo sitio porque me sentía explotar, y no digamos ya cuando me miró y se lo introdujo en la boca, dándome a entender que la joven cándida estaba pasando a ser una mujer sensual que me enamoraba más por minutos.

Fue una escena espectacular. No esperaba aquel gesto y lo disfruté hasta el punto de que tuve que decirle que parara porque no podía controlar mi propio cuerpo. La entrega y cadencia con las que Olivia actuaba, junto con la visión de aquella boca que tanto me atraía haciendo algo tan sugerente, me estaba llevando al límite.

Me retiré suavemente, mientras ella no quitaba vista a cómo me colocaba el preservativo y la penetré. Rebosaba humedad y mi miembro ardía en su interior. Cogí sus manos con fuerza y era su mirada la que me indicaba que fuera subiendo el ritmo.

Mis embestidas eran cada vez más fuertes, lo mismo que sus gemidos y la visión de aquellos senos con esos durísimos pezones mirando al techo me ponía absolutamente fuera de mí.

1

Tuve que parar y me di la vuelta. Le sonreí y le pedí permiso con la mirada. Su sonrisa complacida me lo dijo todo. Ella también quería. Me quedé sentado en la cama, con aquellos mullidos almohadones tras de mí y la más sexy de las Olivias empezó a cabalgar.

Primero lentamente y luego con más rapidez, mi chica entraba y salía y describía círculos sobre mi miembro, contrayendo y soltando su vagina y produciéndome la más placentera de las sensaciones.

Tenía su busto a la altura de mi boca y me recreé en aquellos pezones que parecían una magnífica creación en 3D de lo perfectos que eran.

Mi excitación iba *in crescendo* y, cuando noté una contracción brutal de ella, seguida de un gemido tan intenso que ahogamos con un beso, la duración y la intensidad de mi propio orgasmo me dieron a entender que aquello era más que sexo.

Nos tumbamos en la cama y nos miramos, felices.

—¿Estás bien? —por mucho que lo supiera necesitaba escucharlo de su boca.

—Estoy, ¡espectacular! —denotaba que aquello era cierto.

Nos besamos con calma, apasionadamente y nos quedamos unos minutos abrazados, con Olivia ahuecada en mi pecho. Si aquella no era felicidad, que viniera Dios y lo viera.

—¡Hora de asearnos, ponernos la ropa de baño y a disfrutar de todo esto! —me levanté de un salto.

Olivia salió de la ducha con un bikini precioso en verde agua y un kaftán blanco crudo con caladitos. Una pamea y unas zapatillas de esparto completaban el delicado conjunto. En su mano un bonito neceser y, ¡listo!

Bajamos a la piscina y allí nos pedimos cada uno un coctel mientras disfrutábamos de las maravillosas vistas de la playa que teníamos delante.

—¡No sabía yo que el sueldo incluyera también vacaciones pagadas! —rio.

—¿Has visto?

—Eso sí, espero por tu bien que esto no sea cortesía de la empresa para todas las trabajadoras—me miró a modo de regañina.

—Sabes bien que no, pequeñaja— no podía dejar de abrazarla. Era como una muñequita para mí. Necesitaba ese contacto físico con ella.

—¡Por la cuenta que te trae! —sonrió.

—Esto lo iba a hacer de todas maneras—reí—pero con la que te ha dado Lucía, vaya si te lo mereces—yo no sabía dónde meterme con la cuestión.

—A ver, yo he venido porque estoy muy a gusto, pero si fuera en pago, imposible... ¡No hay oro en el mundo para compensarme por lo vivido!

Me eché a reír.

—De veras que yo no sé ni lo que decir. Ha sido mortal, te las ha dado todas juntas. A mí también, pero yo soy su padre...

—Ya, ya... Yo, con tal de comprarme un buen multivitamínico, creo que iré bien... ¡Se ha llevado toda mi energía! —lo tomaba con el mejor humor del mundo. Era muy linda.

—Ya me encargo yo de que nos aprovisionemos de vitaminas cara a la próxima, corren de mi cuenta—bromeé.

—Eso, eso. Tú hazte con un arsenal de vitaminas y con otro de preservativos, porque si alguna vez había tenido ganas de ser madre, tu hija se ha encargado de quitármelas—volvía a reír.

l

¡Menos mal que se lo tomaba con ese buen talante! Era muy especial Olivia.

El resto del día lo pasamos de relax total. Por mucho que bromeáramos con la cuestión, era cierto que Lucía nos había dejado como si hubiera pasado el AVE por encima de nuestras cabezas.

Eso sí, jarana y de la buena, no volvió a faltarnos ni a la hora de la siesta, ni al acostarnos.

—De veras que yo no sé ni lo que decir. Ha sido mortal, te las ha dado todas juntas. A mí también, pero yo soy su padre...

—Ya, ya... Yo, con tal de comprarme un buen multivitamínico, creo que iré bien... ¡Se ha llevado toda mi energía! —lo tomaba con el mejor humor del mundo. Era muy linda.

—Ya me encargo yo de que nos aprovisionemos de vitaminas cara a la próxima, corren de mi cuenta—bromeé.

—Eso, eso. Tú hazte con un arsenal de vitaminas y con otro de preservativos, porque si alguna vez había tenido ganas de ser madre, tu hija se ha encargado de quitármelas—volvía a reír.

¡Menos mal que se lo tomaba con ese buen talante! Era muy especial Olivia.

El resto del día lo pasamos de relax total. Por mucho que bromeáramos con la cuestión, era cierto que Lucía nos había dejado como si hubiera pasado el AVE por encima de nuestras cabezas.

Eso sí, jarana y de la buena, no volvió a faltarnos ni a la hora de la siesta, ni al acostarnos.

Capítulo 25



Con todo el puente de Semana Santa por delante en aquel paraíso, no pudimos amanecer más contentos.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, cielo!

No nos dio tiempo a decir nada más y, ¡ya estaba el lío! Empezamos a besarnos y, con nuestros cuerpos desnudos desde la noche anterior, la excitación tomó las riendas.

Llevé mis dedos hacia la zona más íntima de Olivia y, un primer gemido, tras el que soltó el aire, fue el pistoletazo de salida para que primero uno de mis dedos, al que luego siguieron otros, se introdujeran en aquella atractiva cavidad mientras al mismo tiempo jugaba con su clítoris. Un par de minutos así y su sofocado orgasmo no tardó en aparecer.

Recordé su “buenas vistas” de mi despacho y no dudé en que las de la playa también le gustarían. A cuatro patas, una dulce y cada vez más sensual Olivia recibía mis embestidas mientras, de vez en cuando, volvía la cara para cruzar su mirada con la mía.

Sin duda, quería enseñarme que había llamas en sus ojos y aquellas llamas no hacían más que alimentar mi propio fuego.

Con una mano agarrando fuertemente una de sus caderas, y la otra sus durísimos glúteos, Olivia me estaba ofreciendo un concierto de gemidos que terminó con uno solo mío, uno desgarrador que me produjo aquel impresionante orgasmo.

Después de eso, bajamos a desayunar. Olivia y yo cada vez nos contábamos más cosas de nuestras vidas

anteriores. Ya hablaba con mucha naturalidad incluso de lo sucedido con Jorge. Eso me indicaba que por fin lo tenía superado.

—¿Sabes? Después de aquello solo pensaba en darle a mi vida un giro de ciento ochenta grados.

—¿Sí? Cuéntame.

—Pues resulta que decidí poner tierra de por medio. No veía aquí demasiadas salidas laborales y además creí que me vendría fenomenal un cambio de aires.

—No lo hubiera imaginado. Pensé que lo de refugiarte en tu familia te había tirado más que cualquier otra cosa.

—A ver, sí. Eso era muy importante para mí, no te lo voy a negar. Lo que pasa es que, transcurrido el primer mal trago inicial, cuando ya estaba más repuestita, tomé esa decisión.

—¿Y dónde apuntaste? ¿Tenías ya decidido un destino?

o—Sí, sí. Quería irme a vivir a Londres. Me encantó desde la primera vez que puse allí los pies con Raquel, como te conté, y varias veces más que fui con Jorge.

—Londres es fascinante, de eso no hay duda.

—Sí. Además, puse los ojos en una multinacional muy reputada que me recomendaron y en la que tenía opciones, por las características del puesto que ofertaban.

, —¿Y qué pasó?

— Estaba esperando respuesta cuando me llamasteis vosotros y vi el cielo abierto de al final tener trabajo, así que decidí quedarme. Después me ofrecieron el puesto pero ya no me interesaba.

—Pues no sabes lo que yo puedo alegrarme de que así fuera—pensé que a veces era cuestión de suerte en la vida el que coincidieras o no con una persona que te hiciera feliz.

Aquel día disfrutamos a tope del sol y de la playa por la mañana y volvimos a subir al hotel para almorzar. La comida era de lujo y yo me quedaba embelesado viendo cómo Olivia seleccionaba nuestros preferidos entre el carrusel de postres.

La tarde la pasamos paseando por la isla y por la noche cenamos en el hotel y vimos el bonito espectáculo que ofrecían, aunque para espectáculo el que nos esperaba al subir a la suite. Era nuestro momento y sabíamos darlo todo por el otro.

El viernes por la mañana tenía una sorpresa para Olivia.

—¡Echa algunas cosas en una mochilita que nos vamos a pasar unas horas fuera!

—¿Dónde vamos?

—Pues hoy a hacer algo de ejercicio, preciosa, que habrá que ir bajando todo lo que nos estamos comiendo o no voy a molar tanto.

—No seas exagerado, anda. Y dime, no te hagas de rogar, ¿dónde vamos? —imploraba con las manitas y daban ganas de comérsela allí mismo. Claro que, si me la empezaba a comer, ya no íbamos a ninguna parte.

—Vamos a demostrar nuestras dotes deportistas, a ver qué tal funcionamos en conjunto, ¿te gusta hacer *kayak*?

—¿Bromeas? ¡Me encanta! He ido muchas veces con mis hermanos.

—Pues entonces no se diga más, vayamos a desayunar y, ¡*ale hop!*

Pusimos rumbo a los Gigantes...

—No tienen este nombre por casualidad, me dijo mientras mirábamos su inmensidad, al llegar...

—Ilústrame...—me encantaba escucharla.

—A ver, no es que sepa mucho sobre ellos, pero sí que son los acantilados basálticos más altos de toda Europa.

—Sí, sé también que los Guanches llamaban a esta enorme pared basáltica “La Mirada del Infierno”.

—¿Has visto “Furia de Titanes”? La rodaron aquí...

—Sí, ¿y tú?

—Yo también. Hay que apoyar todo lo de la tierra de uno—hasta para eso era leal Olivia.

Desde la Punta de Teno, disfrutamos de las incomparables vistas del Acantilado de los Gigantes. Alquilamos un kayak y lo pasamos fenomenal. Lo que nos pudimos reír a bordo de él no tuvo nombre. Olivia estaba muy payasa esa mañana y nos hicimos unas fotos muy originales poniendo muecas.

Lo del kayak se nos daba genial a los dos y lo disfrutamos una barbaridad. Al mediodía volvimos al hotel.

^e Compartimos un almuerzo maravilloso, en el que nuestras miradas lo decían todo y nuestras manos se entrelazaban cariñosamente.

Subimos a echarnos una siesta y allí volvieron a saltar chispas, como cada vez que nuestras pieles se rozaban. Tan pronto caímos en la cama y, sin siquiera quitarnos la ropa, mis manos empezaron a buscar su zona más íntima y, deshaciéndome rápidamente del bañador, me puse un preservativo y la penetré sin que nuestras miradas se perdieran.

Entre gemidos y abrazos, cada vez más profundos, ella primero y yo después llegamos al orgasmo con la certeza total de que estábamos hechos el uno para el otro.

Nos quedamos dormidos un rato y después bajamos a la playa, desde donde vimos el atardecer, sentados, acurrucados y entre confidencias.

Después subimos a cenar y salió el tema estrella, uno que al llegar al hotel aparcamos un poco hasta que estuviéramos desintoxicados de la primera parte de la Semana Santa.

—¿Viste cómo nos miraba Cata? —reí.

—Exactamente como si fuéramos dos gusanos—ríe.

—Ella es así, tiene unos aires de superioridad insoportables y, como Dios los cría y ellos se juntan, el tal Héctor parece también de lo más subidito.

—Pues sí. ¡Menudo estirado! Ahora que yo no pienso amilanarme. Eso te lo aseguro. A mí me dan igual sus aires...

—Ya te vi. Lo dejaste bien planchado y Cata te miraba alucinada. Además, esto sin presentaciones ni nada, todo allí, a las bravas.

—Sí, sí, surrealista, pero cierto.

—El tío era el típico guaperas que le va a ella últimamente...

—¿Últimamente? Esos le han debido ir siempre porque yo te veo a ti mucho más guapo que a ese idiota...—me dio un beso.

—Gracias, pero me refiero a los guaperas descerebrados de cuya mano pasea ella en los últimos años.

—Vamos, que supongo que le da igual lo que tengan en la cabeza con tal de que estén bien musculados, ¿no?

—Sí, sí. Para ella el físico lo es todo. Bueno, vaya tontería, el físico y el dinero. Te aseguro que, aunque el tipo no tenga muchas luces, dinero tiene, heredado o lo que sea.

—Ya, de otro modo ella ni lo miraría...

—Por supuesto.

—Vamos que la muchacha es romántica.

—Sí, ¡un montón!

—Pues vaya asco.

—Si yo pudiera apartar de toda esa vida a mi Lucía... temo que el mal ejemplo que le están dando al final termine por torcerla...

—De eso nada que aquí estamos nosotros para contrarrestar el mal rollo. Tú lucha por la compartida y ya verás como entre los dos la enderezamos.

—Lo dices como si fuera muy fácil, me emociona.

—¡Hombre claro, Catas a mí! —se rio.

—Visto así parece más sencillo—me animé—Y hasta si hay que aprender a patinar para seguirla, se aprende.

—Eso lo tendrás que hacer tú, ¡yo ya patino de miedo!

—¿Lo dices en serio? Eres una cajita de sorpresas...

—Y tan en serio... Así que tú ya te estás poniendo las pilas que los planes más chulos se los vamos a proponer nosotros...

¹ Escuchar a Olivia hablar en esos términos de mi hija me emocionaba a más no poder.

Un rato después subimos al dormitorio y lo hicimos durante horas, fundiendo nuestros cuerpos en una irrefrenable espiral amorosa que no encontraba fin. Cuando caímos agotados, la miré para seguir descubriendo en ella a la persona con la quería terminar todos mis días y, también comenzarlos...

—Pues vaya asco.

—Si yo pudiera apartar de toda esa vida a mi Lucía... temo que el mal ejemplo que le están dando al final termine por torcerla...

—De eso nada que aquí estamos nosotros para contrarrestar el mal rollo. Tú lucha por la compartida y ya verás como entre los dos la enderezamos.

—Lo dices como si fuera muy fácil, me emociona.

—¡Hombre claro, Catas a mí! —se rio.

—Visto así parece más sencillo—me animé—Y hasta si hay que aprender a patinar para seguirla, se aprende.

—Eso lo tendrás que hacer tú, ¡yo ya patino de miedo!

—¿Lo dices en serio? Eres una cajita de sorpresas...

—Y tan en serio... Así que tú ya te estás poniendo las pilas que los planes más chulos se los vamos a proponer nosotros...

Escuchar a Olivia hablar en esos términos de mi hija me emocionaba a más no poder.

Un rato después subimos al dormitorio y lo hicimos durante horas, fundiendo nuestros cuerpos en una irrefrenable espiral amorosa que no encontraba fin. Cuando caímos agotados, la miré para seguir descubriendo en ella a la persona con la quería terminar todos mis días y, también comenzarlos...

Capítulo 26



El sábado abrí los ojos y Olivia no estaba a mi lado. Me asusté porque no había escuchado nada...

—¿Olivia, cielo?

—Estoy en el baño, cariño.

Me senté en la cama a esperar que volviera. De majestuosa podía calificarse su imagen al salir. Se había levantado desnuda, tal cual estaba en la cama, y de la misma forma tuve la dicha de que saliera.

—¿Qué miras? —se rio.

—¿Cómo puedes ser tan guapa? —contesté con otra pregunta.

—Anda, anda, venía hacia mí.

No pude ni quise reprimirme. Me levanté y llegando hasta a su altura, me coloqué detrás de ella y puse sus manos contra la pared.

—¡No te muevas! —le susurré.

—No tenía intención de hacerlo—su respuesta me puso todavía más.

Desde detrás, coloqué una mano en sus senos y pude comprobar cómo el corazón se le aceleraba a tope, mientras llevaba la otra hacia su zona íntima.

Alcancé su clítoris y casi podría decir que también palpitaba. Su inflamación era evidente y comencé a rozarlo con suavidad con mis dedos mientras besaba su cuello.

Sus gemidos señalaban que fuera subiendo de intensidad y eso hice, mientras la temperatura se elevaba de forma sofocante. En un momento dado, le vi la vuelta y, totalmente expuesta ante mí, me agaché para que mi lengua terminara lo que mis dedos habían comenzado.

Entre interminables jadeos contenidos, ella me acariciaba la cabeza y todo su cuerpo se contrajo con un orgasmo que parecía que pudiera partirla en dos. Olivia iba descendiendo lentamente por la pared, en busca de mi boca, cuando me levanté y le di la vuelta.

Sus manos volvieron a encontrar la pared, la cual le sirvió de apoyo en el momento que, tras colocarme el preservativo la embestí, sin tregua, con suavidad, pero con firmeza, sincronizando a partir de ese momento mi miembro y mi cadera para hacerla vibrar.

) El sonido de sus gemidos me excitaba hasta hacerme enloquecer y, cuando me quise dar cuenta, mis embestidas no eran ya precisamente suaves.

—¿Te hago daño, mi niña? —le susurré al oído.

—Lo único que podría hacerme daño es que parases.

Empezábamos a acoplarnos en el sexo de una manera natural y extremadamente placentera.

Mi miembro vibraba en su interior, ese sí que parecía tener vida propia...

En ese momento, sonaron unos golpecitos en la puerta. Alguien debía haberse equivocado porque no habíamos pedido nada.

Paramos y ella se dio la vuelta. Fue a preguntar y yo le puse la mano en la boca. Mientras contenía el aliento, nos acercamos a un gran sillón de lo más cómodo que había cerca de la cristalera.

Me senté y la puse sobre mis rodillas, pero de espaldas. Desde allí también había unas vistas sensacionales y

Olivia las disfrutaba mientras cabalgaba sobre mí.

1

Sus movimientos se fueron haciendo a mi miembro y su soltura era total. Su larga melena rubia dejada de caer sobre su espalda y aquel culo respingón saltando sobre mí, eran aún mejores vistas que las que nos ofrecía la habitación.

En un momento dado, Olivia se echó completamente hacia delante, agachándose y aquel movimiento hizo que mi miembro resbalara aún más dentro de ella.

Súbitamente, se levantó y, contrayéndose al máximo, me proporcionó un placer de magnitud inimaginable. El bocado que le di en el cuello mientras sentía aquel increíble orgasmo fue la prueba evidente.

El resto del día lo pasamos descansando en las cómodas hamacas de la playa. Queríamos estar relajados porque esa noche teníamos la intención de bajar a cenar y bailar.

La cena fue en uno de los restaurantes del hotel, en una mesa de lo más romántica que yo había encargado que nos prepararan.

Olivia estaba espectacular con un vestido de tirantes y amplio escote en tonos ocres, verdes y marrones, de lo más elegante y moderno. Lo combinaba con unas altísimas sandalias de tiras y pequeño bolso a juego.

—Esto es precioso. No puede ser más romántico, amor—sus ojos indicaban una increíble ilusión por todo lo que veía.

—¿Te parece lo suficientemente romántico?

—¡Claro! ¡Es un sueño!

—Pues a ver si puedo mejorarlo un poco. Eché a mano a uno de mis bolsillos y saqué una pequeña caja.

Ella me miró y no quise que hubiera lugar a equívocos, ¡no estaba loco!

—No temas—reí—Solo es algo que me ha apetecido regalarte, para que tengas un bonito recuerdo de este sitio y

de esta noche—extendí la mano y puse en la suya la pequeña cajita.

Ella la abrió y sonrió, entusiasmada.

—¡Alexis, es una auténtica preciosidad!

Para mi sorpresa, se levantó de la silla y se sentó sobre mis rodillas un momento, dándome un amoroso beso y pidiéndome que se la pusiera.

Se trataba de una fina y elegante cadena de oro con un colgante de una marca muy exclusiva, que sabía que le gustaba porque le había visto algún otro complemento de ella.

—¿He acertado? —le apartaba su bonita melena de la cara y la besaba.

5 —Me has dejado loca—hacía un gesto muy gracioso como si cada ojo se moviera para un lado.

—Me alegra.

—No lo voy a olvidar nunca. Eres muy especial y todo lo que haces también.

—Ni la mitad de lo que tú te mereces, pequeña—le di un toquecito en la nariz y volvió a su asiento.

El detalle hizo que Olivia estuviera especialmente entusiasmada. Si ya hacía tiempo que nos manteníamos la mirada, lo de aquella noche era una auténtica locura.

Entre nosotros había una química descomunal, pero, más allá de eso, también estaban surgiendo unos sentimiento que tenían visos de alcanzar magnitudes desproporcionadas.

Después de cenar nos fuimos a bailar.

—Hace mucho que no bailo...

—Eso nunca se olvida, mujer...

—¿Y quién dice que lo haya olvidado? Yo solo he dicho que hace mucho que no lo hago...

—Muy bien, muy bien... ¿Y qué quieres bailar? Te advierto que yo no soy ningún experto, de hecho, suelo necesitar alguna copita... Eso sí, después me defiendo.

—¡Salsa, salsa! Yo quiero bailar salsa, ¿te defiendes con eso?

—Algo—yo sabía que me defendía, pero no me gustaba alardear, que no sabía cómo se las iba a gastar la niña...

¡Y menos mal que no lo hice! Me la comía. Aquello era totalmente fascinante. Fue sonar los primeros acordes y tomar conciencia de que la sensualidad de Olivia en la pista de baile iba a disparar mi corazón.

—¡*Mark Anthony!* —chillaba. Es el mejor.

—¿Te gusta? Elige un lugar del mundo en el que cante y nos vamos a verlo, cuando quieras...

—¿Te has vuelto loco? Eso puede costar un pastón...

—¿Y para qué sirve el dinero si no es para disfrutar?

Olivia se movía de una forma increíble, cien por cien sugerente y se hizo la dueña de la pista. Era flipante cómo se acercaba, encajándose en mi cadera y cómo se separaba, llegado el momento, para hacer aquellos movimientos con su cintura que con tanta elegancia acompañaba con un juego de brazos que embelesaba a todo el que la contemplaba.

s

A mí me cautivaba más por segundos. Bailamos varias canciones seguidas.

—No sabía que eras una bailarina de primera.

—¡No exageres! Eso sí, los bailes latinos me pueden. He ido muchos años a clases.

—Pues tendremos que apuntarnos. Quiero ponerme a tu altura.

—Pero si tú también lo haces fenomenal...

Yo no tenía la misma técnica que ella, pero la llevaba bastante bien y más que eso destacaba nuestra conexión. Nos compenetrábamos a la perfección y la sensualidad se iba adueñando cada vez más de ambos. El deseo crecía y crecía y lo manifestábamos en forma de baile. Ardíamos.

—¡Tiempo! —hice el gesto con la mano aprovechando que acababa una de las canciones—Necesito una copa.

—Vale—me sonrió y me dio un beso.

—Ni se te ocurra escaparte—le guiñé el ojo.

—Bueno, me lo pensaré—también me devoraba con la mirada.

Escaparse no se escaparía, pero enseguida comprobé que me la querían quitar de las manos. Cuando enfilé hacia donde ella estaba, con las copas en mis manos, vi cómo un chico la pretendía sacar a bailar.

Noté su mirada un poco descolocada, como si me fuera a molestar y con la mía le hice un gesto de aprobación total, ¡faltaría más! Me eché a un lado y di un trago de mi copa mientras la canción comenzaba a sonar.

^e
¡Y no sabía yo lo larga que se me iba a hacer! No me tenía por un tipo celoso, pero el pellizquito en el estómago a ver cómo el otro chico se le acercaba cada vez más lo sentía, ¡y bien! ¡La madre que lo parió!

Eso sí, Olivia volvió a derrochar elegancia, como salía hacerlo, y mantuvo totalmente la compostura. Bailó con él con mucho arte, pero sin pegarse para nada y sin hacer aquellos gestos tan sensuales que hacía conmigo.

Según terminó, se vino para mí y cogió su copa. La abracé fuerte, como si me la fueran a quitar. Lo tenía cada vez más claro: la quería para mí.

Aquella noche hicimos el amor de una manera todavía más intensa, si es que cabía. Comenzábamos a derrochar

pasión por los cuatro costados. Las sábanas hervían.

El amanecer del domingo nos contaba que era el último día que nos quedaba en el resort...

Pasamos la mañana en la playa. Estábamos cogiendo un bonito tostado y eso hizo que por un momento se me viniera a la cabeza el que tenían las suecas. Lo aparté de mi pensamiento. No quería ni tener recuerdos de una historia que no me hacía sentir precisamente orgulloso.

Después del almuerzo, cogimos todas nuestras cosas y pensamos que era hora de ir volviendo a casa. Eso sí, a la mía, no me apetecía dejarla todavía en la suya.

Llegamos, solté mi equipaje y preparé unos cafés. La tarde la pasamos entre el jardín y el salón, cómodamente instalados en un sofá que ya sentía que era de los dos.

Estuvimos charlando de todo y de nada. Nos reíamos, nos abrazábamos y cómo no, tuvimos nuestro rato íntimo en el que la locura se desató entre nosotros.

—En un par de horas me tengo que ir, Alexis, si no quieres que mis padres te denuncien por secuestro.

—Me lo pensaré, bonita. Quédate a cenar y después te llevo.

Intentaba demorar el momento lo máximo posible. No me apetecía en absoluto que se fuera, aunque entendía que entre nosotros no había todavía nada hablado y que era lógico que lo hiciera.

l
Después de cenar, nos montamos en el coche y nos dirigimos hacia su coche.

—No tengo palabras para decirte lo bien que lo he pasado—sonrió.

—¿Y eso pese a mi pequeña “Chicho Terremoto”?

—Pese a eso, pese a eso— rio.

—Yo sí que lo he pasado bien, Olivia. De veras que ha sido fantástico y lo que me has ayudado con la niña...

—No ha sido nada, amor...

—Para mí, sí, créeme...

Llegamos a la puerta de su casa. Me bajé y le di un abrazo antes de que entrase.

Sentí que la estaba echando de menos desde el mismo momento en el que la perdí de vista. Mi casa me parecía vacía sin ella. Me metí en la cama y abracé la almohada. En la oscuridad de la noche, el silencio repetía una y otra vez un nombre. Y ese no era otro que el de Olivia.

—No ha sido nada, amor...

—Para mí, sí, créeme...

Llegamos a la puerta de su casa. Me bajé y le di un abrazo antes de que entrase.

Sentí que la estaba echando de menos desde el mismo momento en el que la perdí de vista. Mi casa me parecía vacía sin ella. Me metí en la cama y abracé la almohada. En la oscuridad de la noche, el silencio repetía una y otra vez un nombre. Y ese no era otro que el de Olivia.

Capítulo 27



Retomar el trabajo después de lo bien que había estado esas mini vacaciones al lado de Olivia y de mi hija, fue difícil. Y ello pese a que mi hija me sacó de quicio. Venía irreconocible, parecía la Niña del Exorcista, me había provocado hasta ansiedad.

Me senté en el despacho y no tardó en llegar Carlota con el café. No la había saludado antes pues estaba al teléfono cuando entré.

— Buenos días, mi jefe favorito, te eché de menos — puso el café en mi mesa.

— Buenos días, se te ve muy contenta — sonreí sorprendido — Por cierto, eso de tu jefe favorito no cuela, soy el único, poco con lo que comparar — carraspeé.

— Vayamos por partes — se sentó y apoyó sobre la mesa — A lo de que eres mi único jefe, eso no lo sabes — adoptó un gesto seductor con los ojos — lo mismo tengo un trabajo por las tardes que nadie conoce — me hizo un guiño — Lo de que se me ve contenta... — se puso la mano a un lado de la boca como si me estuviera contando un secreto — pregúntaselo a Daniel — sonrió con ironía, se levantó y se fue.

¿A Daniel? Ay, Dios, a él no... Puse los codos sobre la mesa y me llevé las manos en la cara, eso era lo que menos me podía imaginar, al menos no tan rápidamente. ¿Era nuestra Carlota? No me lo podía creer, esta no era aquella chica cortada, prudente, incapaz de hablar de nadie... Me eché a reír.

Volvió a aparecer por la puerta con la mano en la frente y fue directa a sentarte de nuevo.

— Acabo de ver entrar a Davinia al despacho de Fernando y cerró la puerta ¿Desde cuándo vamos al despacho de un compañero y cerramos la puerta? Estos van a follar de nuevo — ladeo la cara dando un golpe en la mesa y se fue.

Aquello era una vuelta de vacaciones y lo demás eran tonterías, ya solo me faltaba por escuchar que Elba se metía en un trío con Daniel y Carlota.

Me llegó por el Messenger un mensaje de Daniel.

Daniel: Se me quedaron los huevos de lo más relajados.

Me eché a reír, solo a él se le podía ocurrir escribirme por el Messenger de trabajo algo de lo más informal.

Alexis: Ya me han dejado caer algo...

Daniel: Encima de explosiva, chivata, me pone perro...

No podía con él, tan educado y vulgar a la vez.

Alexis: ¿Y ahora qué? ¿Otra para la colección?

Daniel: No, esta va a durar en mis listas de favoritas, no te imaginas...

Alexis: Ya conozco tus listas de favoritas.

1

Daniel: Y con tu hija, ¿qué tal?

Alexis: Creo que a mi hija me la cambiaron, esta que me entregaron era una mezcla de Miércoles Adams y la Niña del Exorcista, solo le faltó hacer un corte de mangas. Ya te contaré, pero muy *heavy*.

Daniel: ¿Tu hija? ¿En serio?

Alexis: Así mismo, además su mami estrenó novio y vino diciendo que ya tiene dos papis. Como empiece a contar como padres a todos aquellos con los que se líe la madre, al final va a tener un centenar. Lamentable, pero me dolió tela.

Daniel: Me parece muy fuerte, pero tranquilo, todo se pondrá en orden y tú sabes cómo hacerlo.

Alexis: No sabes la que le dio a Olivia, cobró por todos lados.

Daniel: ¿¿¿Se la presentaste???

Alexis: Estuvo con nosotros todos los días, pero no te imaginas cómo la trató la niña. Sin embargo, Olivia supo estar a la altura. No se quedaba callada, con clase, pero le respondía en condiciones, demasiado bien, pues estaba de lo más impertinente. Ya luego el miércoles se la entregamos a su madre y nos fuimos los dos solos hasta el domingo.

Daniel: Menos mal, si no le ibas a tener que pagar un psicólogo a Olivia jajaja.

Alexis: jajaja Tienes razón.

Daniel: Si no fuera porque me gustan tanto las mujeres, me quedaba ya con Carlota.

Alexis: Anda, voy a trabajar, no tienes tu guasa jajaja.

Daniel: Luego nos vemos en el bar.

Alexis: Hasta entonces...

Vaya vuelta al trabajo más azarosa. En ese momento me tocaba Olivia, le iba a poner un mensaje por el Messenger.

Alexis: Buenos días, bella mujer. ¿Cómo dormiste sin mí?

Olivia: Buenos días, jefazo. Caí rendida, pero te eché un poco de menos, un poquito de nada.
r

Alexis: Ah bueno si solo fue un poquito está bien, señal de que dormiste a pierna suelta.

Olivia: Estaba rendida de la semana tan intensa que habíamos tenido, pero una maravilla, me quedo con lo mejor.

Normal que dijera eso de que se quedaba con lo mejor, pues como se quedara con lo peor no volvería jamás.

Alexis: Luego te veo en el bar.

Olivia: De acuerdo.

Alexis: Un abrazo.

Olivia: Un beso.

A media mañana salí a una reunión que tenía con el director de un banco, así que cuando la terminé me fui directo para el bar donde estaban todos, menos Fernando y Davinia.

— Hombre el jefe perdido — dijo Carlota.

— Bueno, que estuve trabajando — reí sentándome y guiñando un ojo a Olivia que dejó a Carlota un poco mosca.

— Hoy hubo otro polvo en la oficina — reía con la mano en la boca.

— Madre mía al final los vas a tener que despedir — dijo Daniel bromeando.

— Por mí que partan la mesa, con lo buenos trabajadores que son, como para perderlos. Todos estáis porque sois los mejores — levanté la cerveza que me puso el camarero nada más verme aparecer.

— Madre mía cómo está el patio — dijo Elba poniéndose la mano en la frente.

— No lo sabes tú bien — añadió Daniel con aire misterioso.

— Pues cuenta.

— Elba no puedo, saldría a palos de este bar — rio sin mirar a Carlota que no tardó en saltar.

— Cuenta, cuenta, pero procura hacerlo bien — hizo una mueca.

— Tranquila que sería incapaz de contar lo bien que lo pasamos estos días.

— ¿Os habéis liado? — preguntó Elba asombrada.

— Bocazas...

— ¿Yo? Carlota si no dije nada — se quejó como un niño pequeño.

— No nos liamos, casi terminamos casados — dijo Carlota con retintín.

— No, eso no lo cuentes — advirtió riendo Daniel.

— ¿Casar? — pregunté incrédulo.

— Por poco, por poco — dio un trago a la copa de vino que estaba tomando.

— Carlota, para — dijo riendo.

— No, no pares, ya nos enteramos todos.

— Elba no calientes — dijo Daniel muerto de risa.

— A mí, si me chantajeáis un poco, largo lo más grande.

— ¿De qué o de cuánto estamos hablando? — preguntó Olivia picando más, cosa que me sorprendió.

— Vaya, lo rápido que aprende aquí la gente — resopló Daniel.

— Como dice el jefe ¡me junto con los mejores!

— Ya veo, aplicada eres, pero vamos, que no me la piques — se refirió a Carlota — ponte de mi parte, del lado oscuro — puso cara de implorar.

— Relax, hoy no lo contaré, ya si eso otro día — sonrió con amplitud.

Así estuvimos un buen rato, Carlota estaba desatada. Daba la sensación de que se le había olvidado por completo el dolor de la traición de su ex pareja, cosa que me alegraba. No merecía nadie sufrir por nadie y menos ella.

Agarré de la mano al salir de allí a Olivia ante la mirada de todos. Cierto era que Elba y Carlota no sabían nada, pero me dio igual. La llevé así hasta el garaje, lo que murmurarían o hablarían no lo sé, pero no me importaba, no quería esconder eso tan bonito que nos estaba pasando. Seguramente interrogarían al quedarse solos a Daniel, allí lo dejaba con el marrón.

— No deberías haber hecho eso — puso cara de trauma.

— No voy a esconder nada — le hice un guiño y le abrí la puerta del coche.

— Pero esto es el trabajo y no sé.

— Eso era el bar, además que me da igual de verdad, no se lo escondí a mis padres, no se lo voy a esconder a nadie.

— Está bien — negó con la cabeza riendo.

Nos fuimos hacia mi casa. Quería pasar la tarde relajado con ella en el jardín, tirados en una hamaca mientras charlábamos y le hacía cosquillas en su brazo, solos, sin nadie más que nosotros y lo que sentíamos el uno por el otro.

Olivia se mostraba feliz, cambiada, se dejaba llevar por todo. Ya no se le venían a la mente esas sensaciones que al principio tenía de estar fallando con todo lo que hacía.

Por la noche, antes de llevarla a su casa, nos fuimos a cenar a un restaurante de comida rápida, a “cuidarnos” con esas hamburguesas americanas y patatas fritas, pero de vez en cuando había que darle juerga al estómago.

— Me encantan estos menús — decía mientras comía su hamburguesa.

— Ya veo, como todo lo comas con esas ganas — bromeé ladeando la cabeza.

— Alexis, no te voy a contestar porque estoy disfrutando como una enana.

— Vale, vale, me quedo más tranquilo — arqueé la ceja.

De allí nos fuimos a su casa donde la dejé con una sensación extraña, eso de irme solo a dormir cada vez me estaba gustando menos. Era meterme en la cama y extrañarla mucho.

Por la noche, antes de llevarla a su casa, nos fuimos a cenar a un restaurante de comida rápida, a “cuidarnos” con esas hamburguesas americanas y patatas fritas, pero de vez en cuando había que darle juerga al estómago.

— Me encantan estos menús — decía mientras comía su hamburguesa.

— Ya veo, como todo lo comas con esas ganas — bromeé ladeando la cabeza.

— Alexis, no te voy a contestar porque estoy disfrutando como una enana.

— Vale, vale, me quedo más tranquilo — arqueé la ceja.

De allí nos fuimos a su casa donde la dejé con una sensación extraña, eso de irme solo a dormir cada vez me estaba gustando menos. Era meterme en la cama y extrañarla mucho.

Capítulo 28



Un mensaje de Cata en el móvil fue lo primero que vi al despertar y sabía que eso era de todo menos bueno.

“Este fin de semana me voy a *Disneyland* París y a la niña le hace mucha ilusión venir conmigo ¿Puedes dejarla?”

Sería hija de puta...

Todo lo hacía a maldad, para decirle a nuestra hija que su padre no la dejó, para meter mierda y conseguir quedársela otro fin de semana con tal de joderme. A *Disney*, para matarla, como si no pudiera ir otro fin de semana.

Pues si la niña quería ir a *Disney* iba a tener *Disney*, pero no con su madre.

“Tranquila, tenía pensado este fin de semana llevarla a *Disney* yo, así que no se quedará con las ganas, dile que lo vamos a pasar genial. Saludos.”

Ahí la llevaba, vamos que mi ex no se pensara que iba a poder conmigo, con esa táctica la jodió ya que yo podía hacerlo. No era el cumpleaños de una prima y tal.

Me tomé un café y salí hacia la oficina.

Cuando iba subiendo en el ascensor vi que tenía un mensaje de Cata, imaginaba que con una de las tuyas, ya lo leería en el despacho.

— Buenos días ¿Qué noticias tenemos hoy?

— Buenos días, jefe. Ahora le llevo el café y le cuento que hay titulares — sonrió.

— Te espero con ansia — carraspeé y seguí hacia mi despacho.

— Cotilla te has vuelto — respondió mientras me iba.

Y como para no volverse cotilla con la de cosas que habían pasado en tan poco tiempo.

Me senté en el despacho y leí el mensaje de Cata.

“Sin problemas, ya me la llevaré en mis vacaciones a *Disney World* de Orlando, en Estado Unidos”

Más tonta y no nace, pero pasé de contestarla, además especificar dónde estaba Orlando, ni que no lo supiera... En fin, menos mal que llegó Carlota con el café y sus chismes, que me hicieron quitar a Cata rápidamente de la cabeza.

— Vengo con titulares — se sentó.

— Ansioso estoy — reí.

— Davinia ha roto con su novio, el abogado con el que vivía, y ha vuelto al piso que le donaron sus padres y que tenía alquilado, aprovechando que se marchó su inquilino.

— ¿En serio? ¿Pero por Fernando?

— Eso es lo que no sé, pero es cuestión de tiempo y te traigo la noticia completa.

— Y de lo de Davinia, ¿cómo te enteraste?

— Pues porque el piso al que se mudó está en el bloque donde vive mi hermana Rita a la que fui a ver el fin de semana. Por casualidad, me crucé con Davinia y me lo contó. Es más, entré en su casa y me tomé un café con ella

— Joder vaya diana tienes, te enteras de todo de casualidad — reí.

— ¿Lo ves? Que no es porque yo sea cotilla, es que todo coincide en el momento justo, soy como un imán — sonrió — Por cierto, que sabemos que tú y la Oli tenéis un rollito — juntó los dedos de las dos manos.

— ¿Circulan muchos rumores de lo nuestro? — aguanté la risa.

— Unos cuantos titulares, pero esos no los voy a cotillear contigo, esos con los otros, aquí hay para todos. Por cierto, se rumorea que estás muy enganchado a ella ¿Es cierto?

— Adiós, cotilla — reí y le señalé a la puerta.

— Me voy a ver a Fernando, tengo que darle un expediente y me quiero fijar en si tiene cara de amargado, de feliz o de a punto de desaparecer del mapa.

— Anda, anda — negué sonriendo.

Si mi padre viera todo ese lío en la empresa le daría algo...

Había que reconocer que la de él era otra época, otro momento.

Ahora éramos compañeros que nos llevábamos realmente bien desde hacía muchos años y con los que suponía un verdadero placer trabajar.

Por otra parte, estaba claro que no era normal que un trabajador hiciera ese acto en la oficina, pero laboralmente ambos eran impecables y un calentón lo tiene cualquiera. No se lo iba a tener en cuenta a no ser que me enterase de que se convertía en un pitorreo diario y en ese caso, cortaría por lo sano. Por el momento lo tomaba como algo casual.

Me froté la cara y me dispuse a trabajar en serio y a olvidar todo eso. Tenía que centrarme pues sobre mi mesa había muchos expedientes importantes que quería revisar y contestar lo antes posible.

Luego echaría un rato en buscar vuelos a París y alojamiento en el parque, pero estaba claro que Olivia también se

venía.

Le puse un mensaje por el Messenger a mi chica mientras preparaba el expediente.

Alexis: Buenos días, *amore*. El viernes nos vamos a *Disneyland* París a pasar el fin de semana con Lucía.

Vi que lo había leído, pero no escribía. No sabía si se alegraba o se santiguaba por volver a coincidir con mi hija. Es que se lo puso muy difícil.

Por fin vi que escribía.

Olivia: ¡Qué ilusión! Lo de ir a *Disney*, claro.

z

Me reí, al menos era sincera, debía estar temblando por el reencuentro.

Alexis: Tranquila, con los personajes que estará viendo se olvidará de dar guerra.

Olivia: Como se encuentre a uno de los personajes de *Star Wars*, es capaz de quitarles la espada y cruzármela en el pecho. Ojito voy a tener.

Alexis: Lo pasaremos genial.

Olivia: Eso no lo dudes, a mí una mocosa no me va a robar la ilusión que yo también siento por ir a *Disney*, vamo tenlo claro.

Me puse con el expediente llorando de la risa y así trabajé toda la mañana pensando en la que se podía liar en *Disney* con ellas dos.

Un rato antes de salir dejé comprados los billetes de avión, los traslados y hechas las reservas en el mejor hotel de parque.

¡ Bajé al bar y solo estaban Daniel y Olivia.

— ¿Dónde están los cobardes? — pregunté mientras me acercaba a la barra.

— Pues en sus casas, gracias a Dios — se santiguó Daniel.

— Eso es porque te pasó algo con Carlota — besé en la mejilla a Olivia.

— Carlota me la dio mortal, está insoportable, me dijo que o le hago plan de futuro o no me vuelve a ver — soltó una carcajada y Olivia escupió la cerveza y se ruborizó.

— Joder la que has liado — dije muerto de risa.

— No puedo — decía limpiándose — Juro que no puedo con este hombre — lloraba de la risa.

Olivia era tremenda, una de esas personas que parece que nunca van a romper, pero lo hacen cuando menos lo esperas, estaba de lo más graciosa.

Daniel la miraba muerto de risa y hasta el camarero reía a carcajadas de vernos, sobre todo a Olivia desternillándose.

— Entonces no le hiciste el plan de futuro, imagino — levanté la ceja.

— Claro que se lo hice. Le dije que la veía en un futuro en un despacho en vez de en recepción y yo me veía de jefe adjunto — rompimos a reír más aún los tres.

Olivia estaba que se hacía pis encima de la risa. No podía parar de llorar, cosa que nos provocaba más risa a los dos y eso era un no parar.

De allí nos fuimos los tres a una terraza donde pedimos una botella de vino y un poco de pescado frito. En el bar solo habíamos tomado la cerveza ya que Daniel nos propuso comer en otro sitio.

— Entonces ¿Le damos vacaciones a Carlota?

— Hombre Daniel, no me seas bestia — hice gesto de protesta mientras reía.

— Hombre si son vacaciones remuneradas, le podéis dar las que queráis — puntualizó Olivia.

— Nada, vacaciones indefinidas — soltó Daniel provocando una mirada de Olivia que por poco lo mata — Vale, vale, es broma — levantó las manos.

— Bueno, pórtate bien con Carlota que no quiero malos rollos.

— Tranquilo, está todo controlado, está loca por mí y ya.

— Y ya dice — Olivia estaba aún con sus ataques de risas y contestaciones. Ese día se salía del pellejo.

— Bueno, el caso es que a los dos os aprecio y no quiero que esto termine en un mal rollo que se palpe en los pasillos.

— Pues eso se lo dices también a Fernando y Davinia — contestó sonriente.

— Daniel, que nos conocemos.

— Vaya un mal concepto que tienes de mí — bromeaba negando.

— Mal concepto no, pero de que se te va la olla, no es nada nuevo — carraspeé ante la mirada de Olivia que estaba aún morada de reír.

Estuvimos un buen rato almorzando relajadamente y pedimos postre también, luego llevé a Daniel a su casa y me fui con Olivia a dar un paseo.

— Ya tengo todo lo del fin de semana listo — carraspeé mientras la llevaba de la mano.

— Estoy deseando ver a mi niña favorita — me sonrió con ironía.

— Lo sé, lo sé — negué riendo.

— Imagina la que me dio la semana pasada, pues no me quiero imaginar este finde que vendrá más amaestrada — soltamos una carcajada.

— Quiero creer que no, pero no me cortaré ni un pelo en reñirle cuantas veces sea necesario. A mí una niña así no me hace gracia, ni lo voy a permitir.

— Bueno, con tranquilidad — acarició mi pecho mientras andábamos — te queda mucho trabajo — soltó con ironía.

— No seas mala — reí.

— ¿Mala yo? — se paró y me miró — Me voy a callar — ladeó la cabeza y seguimos andando de la mano.

—Estará todo bien, confía en mí — ni yo me creía eso de lo de “confía”, pero iba a estar severo en ese sentido con Lucía. No ya por Olivia, sino por cualquier persona, ella no podía actuar así y no iba a permitir que siguiera haciéndolo.

— La madre es que es para echarle de comer aparte.

— No lo sabes bien, pero bueno es su madre, lo único es que tiene un bicho dentro.

³— Un bicho lleno de veneno. Es que se notaba a leguas que eran todo respuestas aprendidas y automatizadas, vamos que venía bien preparada.

— Pues yo intentaré prepararla, pero bien, para que sea buena persona y sobre todo para que jamás pierda la educación.

— Te repito que tienes trabajo — reía.

— Pues lo conseguiré — le hice un guiño.

Paseamos por una avenida muy comercial y entramos en una tienda de firmas de ropa tanto de hombre como mujer.

Me compré dos vaqueros y Olivia quiso comprarse un vestido vaquero corto de tirantes y un vaquero pitillo, casi me mato con ella, pero pagué yo, salió muy enfadada de la tienda.

— Me parece muy feo, Alexis, yo si quiero comprarme algo me lo pago.

— Madre mía que vas a montar un drama.

— No, pero no me gusta que me hagas esas cosas y encima que la imbécil de la chica de la tienda no me coja el dinero y te haga caso a ti. Me dieron ganas de decirle cuatro cosas, es más, se las debería haber dicho.

— Me conocen...

— ¿Y? ¿Eso le da derecho a decidir por mí? — resopló.

— Va, invítame a cenar y estamos en paz.

— Pues sí y dónde yo diga — me agarró de la mano y tiró de mí hacia la zona donde tenía aparcado el coche.

Yo iba muerto de risa de verla enfadada a consecuencia de esa tontería.

Comenzó a indicarme por dónde coger. No me quería decir exactamente el sitio, pero yo fui haciéndole caso hasta que me hizo aparcar delante de uno de los restaurantes más finos de la isla.

— Pues sí que tienes dinero — bromeé bajando del coche.

— Hombre, desde que trabajo estoy saliendo con un tío que no me deja pagar nada, así que imagínate si estoy ahorrando.

— ¡Qué suerte la tuya! — sonreí dándole paso para que entrara primero.

Nos hicieron pasar a la terraza de atrás que era una pasada en plena naturaleza. El ambiente era de lo más exótico y exquisito.

Para empezar no me dejó abrir la boca, pidió directamente una buena botella de vino, unos entrantes de esos de alta cocina que cuestan hasta pronunciar y para finalizar un pato al caramelo que era una auténtica obra de arte cómo lo preparaban.

— Te va a costar un riñón — reí.

— Menos que a ti el viaje a París — sonrió.

— Tienes ganas ¿eh?

— Muchas, lo malo que luego pienso en la princesita y se me pasan — se encogió de hombros sonriente.

— No te pongas a su altura — no podía dejar de reír.

— Me tendría que agachar demasiado — hizo una burla.

— Estoy convencido de que poco a poco conectaréis y te querrá mucho.

— Si, como madrastra — sonreía con ironía.

1

— Joder peor es lo mío que me la encuentro con la noticia de que tiene dos padres — carraspeé.

— Veremos el viernes si no la recogemos y ya tiene media docena — volteó los ojos.

Yo no sabía por dónde iba a salir ese viaje, pero confiaba plenamente en Olivia por muy bromista que estuviera. Cuando hablábamos del tema en serio, me aseguraba que me echaría una mano. En el fondo sabía que le había cogido cariño de alguna manera, no sabía de cuál pues se lo puso muy difícil, pero algo sí. Al menos quería crearlo.

Después de la cena la llevé a su casa. Era innegable que me reí mucho con ella aparte de esas conversaciones sobre Lucía.

Nos despedimos quedando en vernos al día siguiente en el trabajo. A la salida se iría a comer con sus padres y sus hermanos para celebrar el cumpleaños de su hermano David, el estudiante de Medicina.

Después de la cena la llevé a su casa. Era innegable que me reí mucho con ella aparte de esas conversaciones sobre Lucía.

Nos despedimos quedando en vernos al día siguiente en el trabajo. A la salida se iría a comer con sus padres y sus hermanos para celebrar el cumpleaños de su hermano David, el estudiante de Medicina.

Capítulo 29



La cara de Carlota me hacía presagiar que había ocurrido otro drama.

— Buenos días. Irradias simpatía — bromeé.

— Por todos los poros de mi piel, anda que... — resopló — Vaya tarde me dio ayer mi puñetero ex.

— ¿Qué pasó?

— Que me dice si me quiero quedar a la niña con la custodia completa y que renuncia prácticamente a todas las visitas. Quiere lo mínimo de lo mínimo.

— ¡No me jodas!

— No, no te voy a joder por respeto a Olivia, de lo contrario no me importaría, estoy abierta a todo después de lo que me pasó — dijo bromeando con gesto de no darle importancia — Pero así es, perdió la cabeza por otra mujer y ya ni hija quiere. Es muy triste y doloroso.

— Pues sí — reí por su primer comentario — De todas formas, no sabe lo que está haciendo, ni lo que se va a perder.

— Yo lo tengo claro, como firme eso para mí está muerto.

— Lo entiendo, de todas maneras, piensa en frío y por el bien de tu hija.

— Eso hago, no se merece arrastrarse a un padre que de la noche a la mañana pasa de ella, con lo que parecía

quererla.

Reflexioné sobre que era lamentable esa situación, lo que llega a pasar por una mente para perder los papeles por otra mujer y no querer saber ya ni de tu propia hija, que es lo más importante que se tiene en el mundo.

Pasé por el despacho de Olivia y di dos golpes, me dijo que adelante. Abrí asomando solo la cabeza.

— Vengo a desearte una buena mañana y si no te veo, espero que lo pases muy bien en la comida familiar.

— ¿No vas a entrar a darme un beso? — se puso las manos a cada lado de la cintura.

— Por supuesto y más si me lo pides así — entré y cerré la puerta.

Se levantó y nos abrazamos, dándonos un precioso beso que me iba a alegrar el resto del día. Me quedé unos minutos con ella.

— Mañana nos vemos, trae la maleta que dormimos en mi casa — le hice un guiño.

— ¿Qué has dicho aquí respecto a que no vengamos a trabajar el viernes?

— Pues eso, no tengo que dar más explicaciones — la besé y me fui del despacho.

Entré en mi oficina y seguidamente Carlota.

— Estaba esperando a que salieras del despacho de tu amor para traerte el café — sonrió.

— No seas mal pensada — reí.

— No, no, es tan coincidencia como que el viernes os cojáis el día libre.

— Anda, anda — negué y le señalé la puerta para que la cerrara.

Le puse un mensaje por el Messenger a Daniel mientras me tomaba el café.

Alexis: ¿Dónde vamos a comer hoy?

Daniel: ¿Te dejó tirado la compi y ahora me necesitas?

Reí, sabía que por algún lado me saldría.

Alexis: Eso da igual jajaja. A la salida nos vemos en el garaje.

Daniel: Ante las palabras de mi jefe, no puedo decir nada más. Allí estaré.

Trabajé esa mañana todo lo que pude y más. Quería aligerar para al día siguiente terminar de dejar todo el trabajo de la semana listo y que nada quedara pendiente.

A la salida me fui un poco antes para volver a despedir a Olivia.

— No puedo dejarte ir sin otro beso — la agarré por la cintura.

— Me alegra que me eches de menos — sonrió.

— Yo me voy a almorzar con Daniel.

— Buenos dos elementos os vais a juntar— negó.

— Lo hemos hecho muchas veces y no tembló nada.

— Tampoco me lo creo mucho, pero confío en ti — me besó.

Me despedí de ella y salí hacia el garaje donde Daniel ya estaba esperando en la puerta del copiloto y abrí con el mando para que se fuera montando.

— Mucho has tardado tú — puso la radio.

— Desde luego que eres exagerado — reí.

— ¿Vamos al chiringuito de Eduardo a comer algo de pescado?

— Venga, hace mucho que no aparecemos por allí.

— Por cierto, vaya movida lo de Carlota con el ex y la niña.

— Eso me contó, la verdad que ese tío se está pasando tres pueblos.

— Y tú con ella, ¿qué tal?

— Quiere que le prometa algo a largo plazo — reía.

— Y no estás por la labor.

— Me gusta más de lo que imaginas, pero yo sé cómo soy y aún no estoy en ese proceso de tener ganas de algo consolidado, soy un alma libre.

— Luego echarás de menos tener a alguien al lado — carraspeé.

— Imagino que alguien habrá para mí cuando eso suceda — reía en flojo.

Un rato después llegamos al chiringuito de Eduardo, pero él ese día no estaba. De todas maneras, nos sentamos en una mesa y pedimos el pescado con el vino.

— Las chicas me preguntaban esta mañana en la oficina que por qué os habíais cogido el viernes Olivia y tú, que dónde vais, me querían sobornar y todo para que hablara.

— Y tú que te vendes al diablo — reí.

— Pues no, dije que no sabía nada y no solté ni mu.

— No me lo creo mucho.

— Les dije que el viernes les contaba si me pagaban las cervezas y las copas del mediodía en el bar.

— Y te las pagarán.

— Pues yo les diré que os fuisteis a París a vivir un fin de semana de pasión.

— Si, sobre todo de pasión con Lucía y en *Disney* — reí.

— Es para ponerles todo más de novela y que se monten esas historias románticas en sus cabezas.

— No tienes tú guasa, al final aquello está pareciendo un programa de esos de la prensa rosa.

— Pareciendo dice, nosotros tenemos más contenido que todos esos.

— Desde luego y sobre todo con Carlota y sus titulares.

— Creo que tiene alma de periodista.

— Ya te digo, cada día tiene un chisme nuevo — reí.

¹ — Pero está más graciosa. Me he dado cuenta de que ella no era feliz con su marido, desde que la dejó se soltó. Da la impresión de que antes vivía asustada, que por eso no terminaba de ser como ella es en este momento. Siempre estaba retraída, en su vida tuvo que haber algo oscuro que no nos contó.

— ¿Tú crees?

— Estoy totalmente seguro. Ella se liberó con esa separación, nada más que hay que verla.

— Pues sí...

Era la verdad. Carlota estaba irreconocible, llena de vida y más risueña. Parecía otra mujer.

— Entonces Cata está dando por saco ¿no?

— Como siempre, no suelta una cuando ya está pensando la siguiente y todo por el simple hecho de que le sale de las narices evitar que me lleve a la niña lo máximo posible.

— No entiendo cómo puede ser así, cuando debería estar feliz de ver al padre de su hija tan entregado y cariñoso y de que la niña pueda disfrutar de él.

— Ella es mala por naturaleza y mira que me lo dijeron diferentes personas, pero no, yo con mi pedazo de ojo a por ella... En fin, menos mal que lo bueno que saqué fue a Lucía, eso si no me la desquicia. Siento una impotencia...

— Joder vaya mal rollo que la niña se ponga así por culpa de la madre.

— Bueno, es que no te lo imaginas, pero repelente, repelente, como una niña malcriada que aspira a ser el centro de atención, pero claro, eso conmigo, con su madre no. Ella feliz de decir que tiene dos papis, increíble, madrastra le decía a Olivia.

— ¿En serio?

— Por mi vida, increíble, con lo dulce que era. Veremos este fin de semana la que le lía a Olivia. Ella está temiendo y yo le digo que esté tranquila, que todo estará bien. Los cojones. Miedo me da.

— Yo lo único que te puedo decir es que Olivia es una tía cojonuda y ahora te lo digo en serio, que ojalá os vaya muy bien pues sois compatibles al cien por cien y eso se trasmite. Cierto que tu hija es tu hija pero que tu felicidad solo depende de ti y que no dejes que nada te la enturbie por el veneno que otras personas intentan esparcir.

— Joder me impresiona que estés tan reflexivo... — adopté gesto de incredulidad.

— En el fondo tengo un corazón muy inspirador — carraspeó.

— Ya, ya, pues a ver cuándo lo usas con el cerebro — volví los ojos.

— Si en el fondo soy un buenazo necesitado de mucho amor — se encogió de hombros mientras sostenía la copa.

! — Mucho y variado, sobre todo — reí.

— Bueno, pero eso es amor libertino, cada uno decide cómo gestionar sus placenteros sentimientos.

y

— Deja de beber que se te está subiendo mucho.

— Nada, esto no se me sube nada, uno que sabe hablar cuando quiere o es el momento. Yo hablo varios idiomas: el del placer, el de los colegas, el del trabajo, el cultural y el que me sale de los huevos — rio.

— ¡Qué bestia eres!

— Políglota, así se me debe llamar.

l

— No tienes remedio — negué riendo.

Me encantaba estar con Daniel, a pesar de que en las ideas sentimentales éramos muy diferentes, en lo demás teníamos muchas cosas en común, tanto en temas de *hobbies*, gustos musicales, series, libros... eran muchas las cosas en las que coincidíamos los dos.

Pasamos la tarde juntos, tomamos café, paseamos y a la hora de la cena nos despedimos, Fina me dejó preparado un sándwich de pollo listo para meter en la sandwichera y calentar, me apetecía mucho.

l

Cené mientras me mandaba mensajes con Olivia, quien me mostraba por fotos la maleta ya lista, una muy coqueta en color rosa y vainilla, como ella era, muy dulce. Me encantaba el gusto que demostraba a la hora de vestir y de usar complementos.

Me acosté feliz de saber que los siguientes días los pasaría con ella.

Me acosté feliz de saber que los siguientes días los pasaría con ella.

Capítulo 30



Y por fin llegó el jueves y con él la posibilidad de tenerla conmigo de nuevo por unos días y eso me hacía especial ilusión. Me sentía de lo más afortunado de poder disfrutar de su compañía.

Llegué al trabajo y no estaba en recepción Carlota. Me fui directo a mi despacho y no tardó en aparecer con el café.

— Olivia trae una maleta de mano ¿Dónde os vais? — preguntó a modo cotilla.

— Nos vamos a ponernos Botox en la cara a una clínica de Madrid — sonreí levemente.

— Y será verdad...

— Ya lo verás cuando aparezcamos el lunes, más rejuvenecidos.

— Pero si ella es una cría, tiene veintitantos años ¿para qué va a hacer eso?

— ¿Me estás llamando viejo?

— No, pero tú tienes cuarenta y tantos, es más normal — volteó los ojos — Pero guay, a ver si la próxima vez que se te antoje una de esas cositas me llevas a mí, aunque sea por antigüedad — sonrió y se levantó.

— Para la próxima — hice el gesto con los dedos.

— Ok — sacó el pulgar y cerró la puerta cuando salió.

Un caso aparte era. Increíble el cambio, sí señor, le había sentado de escándalo el divorcio, eso o que se había metido a fumar algo que le caía de lujo, pero no era normal como estaba. Me moría de la risa con ella, además vivía todo con mucha intensidad.

Y ya veía venir el rumor por las oficinas de que nos marchábamos a ponernos Botox y que íbamos a aparecer sin gesticular como los *Play Mobil*, solo de pensarlo me salió la risa floja.

1 Me pasé la mañana nervioso perdido, pero me quité sobre las doce todo el trabajo de encima y le puse un mensaje por el Messenger a Olivia.

Alexis: ¿Cómo llevas el trabajo?

Olivia: Bien, estoy adelantando un poco de la semana que viene.

Alexis: Pues apaga todo y tira para mi coche.

Olivia: Aún no es la hora...

Alexis: Es una orden.

Olivia: A sus órdenes, jefe.

Alexis: Ya estás tardando.

Olivia: ¡Calla!

2

Alexis: Ya deberías estar en el ascensor.

Olivia: ¡Voy!

Me reí, se me caía todo con ella. Cualquier tontería que me dijera era suficiente para crear en mí un mundo

paralelo donde la felicidad era totalmente plena.

Recogí lo poco que estaba por medio y apagué los dispositivos electrónicos. Al despacho le tocaba dormir hasta el lunes y a mí, bueno, a la aventura, a rezar porque todo fuera divertido y no se afilaran de nuevo los cuchillos.

Salí hacia el garaje y allí estaba esperando en la parte del maletero. Me acerqué y la besé, metí su maleta y le abrí su puerta para que se montara.

— Nos hemos escapado antes de tiempo, no me hace gracia — se quejó.

— Lo mismo el jefe nos echa ¡Qué marrón!

— Estúpido — negaba riendo.

— Ya había terminado todo lo de la semana y tú ibas muy adelantada, pues nos lo hemos ganado, gratificación de la empresa por nuestros eficaces trabajos.

— ¿Y los demás?

— Bueno esos me piden días libres cada dos por tres y nunca les digo que no, así que no te preocupes que ya van bien servidos.

— Vale, está bien, pero no quiero que esto se repita con frecuencia, yo quiero trabajar en condiciones.

— ¿Y acaso no lo haces? — reí.

— Me refiero a cumplir mis horarios, a no aprovecharme de que tengo un lío con mi jefe.

— ¿Tenemos un lío?

— Pues claro, algo tenemos, para empezar un lío que ya veremos cómo desenliarlo.

— ¿Y cómo lo quieres desenliar? — carraspeé.

l—No me seas tonto — rio — Pues se puede desenvolver con un final feliz o con una metedura de pata de cualquiera de los dos o con el hecho de que a uno ya no le apetezca seguir con el otro.

— ¿Y cómo quieres que se resuelva? — sonreí mientras la ponía nerviosa.

— Paso de un interrogatorio, me declaro oficialmente en mini vacaciones — me sacó la lengua.

Llegamos a mi casa, aún estaba Fina, circunstancia que aproveché para presentarle a Olivia. Ambas se saludaron con una sonrisa, charlamos un poco en la cocina mientras preparaba la comida antes de irse y nos fuimos a la terraza a tomar un vino.

Nos pusimos a conversar. Olivia estaba muy ilusionada con ir a *Disney*, lo mismo que imaginaba de mi pequeña Lucía que debía de estar de los nervios.

A la hora de la comida Fina nos puso un cocido y luego se marchó ya que terminaba su jornada.

— No veas cómo cocina — gimió cuando lo probó.

— Es una artista, hace todo con mucho cariño.

— Esta casa me encanta, aunque si fuera mía pondría aquí en el jardín un Buda gigante.

— Me gusta eso — afirmé lentamente.

— También pondría una especie de cama enorme de estilo balinés.

— La pondré, pero esas hamacas son de ese estilo.

— Lo sé, pero la cama es más sublime, más atractiva, invita más a usarla.

— ¿En qué términos? — Carraspeé.

— En los que quieras — rio — descansar, desfogar, leer, relajarse...

— Una multiusos es entonces, tendré que comprarla.

— Ya has tardado — me sacó la lengua.

— Cuando venga de París...

— Buena idea — acercó su cuerpo sobre la silla y me besó.

Terminamos de comer y nos fuimos al sofá. Nos echamos a descansar un rato, abrazados, con Luis Miguel de fondo. Nos encantaba, a pesar de que ella era mucho más joven, era una fanática de este cantante.

Después tuvimos ese momento de pasión que tanto nos gustaba y sobre todo en el que disfrutábamos a partes iguales.

Se había vuelto juguetona, le gustaba provocarme, sabía cómo llevarme al límite, pero todo con la sensualidad y la delicadeza que ella tenía. Era eso, como algo tentador, pero a la vez frágil.

Fina nos había dejado una ensalada de pasta que era mi mayor vicio, además llevaba todo tipo de ingredientes tanto vegetales como frutos secos. Estaba buenísima y a Olivia le encantó, se comió dos platos.

— A partir de ahora los días que me vayas a invitar le dices a Fina que nos deje una de estas — ponía cara de placer.

— A mí me fascina, aunque es mejor para el mediodía que para la noche, lo que pasa que me tienta como tú y se la pido para la cena.

— ¿Soy una tentación? — hizo un ruido sensual.

— Totalmente, eres una tentación en toda regla.

— ¿Para un hombre como tú?

— ¿Y qué me pasa a mí?

— No sé, eres más maduro, tienes una carrera profesional impresionante, puedes tener a todas las que quieras...

— Bueno, ni que fuera algo fuera de serie, de todas formas, tú también puedes tener a tus pies a todo el que quieras, pero aquí estamos los dos, nos elegimos...

— Eso de que nos elegimos... ¡Tú me buscaste! — me sacó la lengua.

— Poco te busqué para lo que debí haberte buscado — le hice un guiño.

— Yo creía que te estabas riendo de mí, que eras un aprovechado que conseguiría lo que quería y luego “adiós” y “buenos días” en el trabajo.

— ¿En serio me veías así?

a

— Totalmente — rio.

— Si quisiera eso no te hubiera cortejado con meriendas e invitaciones — le hice un guiño.

De allí nos fuimos directos a la cama, por la mañana recogíamos pronto a la pequeña y partíamos rumbo al aeropuerto.

Se echó sobre mi hombro y la abracé. Tenerla así a mi lado se había convertido en lo mejor de mis noches. Me sentía lleno, era increíble esa sensación que ella me transmitía en esos instantes. Hacía tanto que no sentía algo así que interiormente estaba constantemente como un quinceañero.

— ¿Para un hombre como tú?

— ¿Y qué me pasa a mí?

— No sé, eres más maduro, tienes una carrera profesional impresionante, puedes tener a todas las que quieras...

— Bueno, ni que fuera algo fuera de serie, de todas formas, tú también puedes tener a tus pies a todo el que quieras, pero aquí estamos los dos, nos elegimos...

— Eso de que nos elegimos... ¡Tú me buscaste! — me sacó la lengua.

— Poco te busqué para lo que debí haberte buscado — le hice un guiño.

— Yo creía que te estabas riendo de mí, que eras un aprovechado que conseguiría lo que quería y luego “adiós” y “buenos días” en el trabajo.

— ¿En serio me veías así?

— Totalmente — rio.

— Si quisiera eso no te hubiera cortejado con meriendas e invitaciones — le hice un guiño.

De allí nos fuimos directos a la cama, por la mañana recogíamos pronto a la pequeña y partíamos rumbo al aeropuerto.

Se echó sobre mi hombro y la abracé. Tenerla así a mi lado se había convertido en lo mejor de mis noches. Me sentía lleno, era increíble esa sensación que ella me transmitía en esos instantes. Hacía tanto que no sentía algo así que interiormente estaba constantemente como un quinceañero.

Capítulo 31



— Buenos días, preciosa — la desperté con voz flojita y apretándola contra mí. Yo ya me había duchado mientras ella dormía.

— ¿Ya estamos en *Disney*? — se acurrucó sonriente.

— Claro, ahí está *Frozen* saludando en la cocina y esperando con un café.

— Ya podrías haber elegido a otra más cálida — me besó.

Nos levantamos y me fui a preparar el desayuno mientras ella se duchaba.

Desayunamos a la velocidad de la luz y metimos las maletas en el coche. Nos fuimos directos a por Lucía.

La cara de su madre al vernos aparecer era para enmarcar, agarrada a Héctor que no paraba de comerse a besos a la pequeña, más gilipollas y lo declaran apto para una paga.

— Buenos días, reina — la abracé y la metí en el coche, la abroché y me subí.

— Hola, bonita — le dijo Olivia.

— No sé qué pintas aquí en un viaje de princesas y papi.

— Eso me preguntaba yo de ti, pero bueno, nos tendremos que aguantar la una a la otra, digo yo — se encogió Olivia de hombros mirando hacia atrás.

— Lucía — intervine con voz seca mirándola por el retrovisor — No te pienses que vas a tener la libertad de contestar mal a las personas y comportarte como una niña malcriada, por ese camino conmigo no ¿entendido?

— Mi otro padre me defiende más — respondió mirando por la ventana y quedándose tan ancha.

—Mira Lucía, si lo vuelves a nombrar como otro padre a partir de ahora nombro a Olivia como mi amor preferido y como la niña de mis ojos, así que cuidado con las palabras que traes de allí, que no tienes edad para soltar con esa desfachatez lo que te venga en gana.

— Mamá me trata mejor...

— Está bien Lucía, veo que te han preparado a conciencia, pues déjame decirte algo: ya que tú otro papi te defiende y te consiente, además de tu madre enseñarte la lección, te voy a poner al tanto de que se me olvidó el dinero en casa, así como las tarjetas y dependemos en el viaje de Olivia, así que tú verás. A este paso seguro que te quedarás sin caprichos ya que no le interesará comprarte nada pues dado cómo la tratas, preferirá que te los compre tu otro papi.

— Date la vuelta y vamos a coger tu dinero.

— No, ya estamos de camino para el aeropuerto, así que de caprichos nada, cuando Olivia quiera comprará lo que considere oportuno.

— Pues vaya rollo.

— El mismo que os traéis en esa casa.

— Se supone que soy tu princesa — dijo con descaro.

— Por lo que veo eres ya la princesa de muchos.

No estaba dispuesto a permitir que siguiera en esa línea. Cuando llegamos al aeropuerto le di una de mis tarjetas a Olivia y le indiqué el pin.

— Todo lo pagas con esta, hagamos lo que hagamos — le hice un guiño.

Ella me entendió y sonrió volteando los ojos.

Pasamos el control de seguridad y nos dirigimos a la zona de embarque. Aún faltaba una hora para que saliera nuestro vuelo así que nos fuimos a desayunar.

— ¿Me puedo pedir un cola cao y un bollo? — preguntó Lucía consciente de que ya todo dependía de ella.

— Claro, todo lo que quieras de comer y beber durante el viaje solo lo tienes que pedir — respondió Olivia sonriente.

— ¿Y si quiero algún regalo de *Disney*?

— Bueno, eso ya es cuestión de comportamiento y de que yo esté feliz, vamos suelo estarlo, pero como me consideras una bruja...

— Y de las malas — soltó tan tranquila.

— Pues entonces lo tienes crudo. Compraré de todo para mí y para mis primas preferidas que son un amor — sonrió.

— Yo creo que lo mejor es que compres para tus primas, la niña tiene otro papi que se lo compra todo y una mam que es un sol de buena — dije mirando a Olivia con sonrisa irónica y vi cómo aguantó la risa.

— Pues yo iba a ir con mi otro papi y mi mami este finde a *Disney* — se cruzó de brazos empujando antes un poco el bollo.

— Tranquila, ellos te van a llevar al de los Estados Unidos — respondí sonriente.

— Pues sí y me van a comprar de todo. Mi papi nuevo tiene mucho dinero.

— No lo dudo — reí mirando a Olivia que cogía el café y le daba un buche mientras disimulaba la risa.

Estaba claro que si no tuviera dinero Cata no iba a estar con él, si algo me quedó claro de ella es que solo se movió por interés, que era una avariciosa y no había cosa que le importara más que el dinero.

Terminamos de desayunar, la niña iba con un muñeco *Reborn* de esos que parecen de verdad en los brazos, por supuesto regalo de su nuevo papi, ese que le iba a comprar todo para metérsela en el bolsillo.

— Mi bebé tendrá asiento — dijo mientras estábamos abordando.

— No, no pudo Olivia pagar la plaza para él ahora, no sabíamos que venía, así que lo llevarás en tu falda como todos los bebés del mundo que así viajan.

— Pero el mío es un bebé pijo — soltó mientras Olivia y yo nos mirábamos como diciendo que era demasiado lo que esa niña traía en su cabeza.

— Pues el pijo va a ir en tu falda — sonreí.

— Mejor, tampoco me fío de que la bruja sea capaz de hacerle algo.

— Claro, esta bruja lo puede tirar por la ventana del avión.

— Lucía, vuelve a llamar bruja a Olivia y te juro que le arranco la cabeza al muñeco — dije en tono muy enfadado y se quedó completamente muda.

Nos montamos en el avión y Olivia se puso en ventanilla. La niña en medio y yo en el lado del pasillo.

El avión despegó en hora a las ocho en punto. Lucía se quedó dormida tan pronto como despegamos.

Olivia y yo empezamos a hablar en voz baja y casi por señas. Me generaba extrema impotencia la forma en la que estaban educando a mi hija. Mi padre me hubiera dado una hostia que no hubiera vuelto a decir nada en mi vida, pero claro, ahora cualquiera le daba ni un ligero sopapo en el culo a un hijo y yo no era de esa manera tampoco. Era incapaz de pegar a nadie y menos a mi hija, pero sí que me iba a poner duro y hacerle ver que, si ella iba por

esa línea, nosotros iríamos por la nuestra, así que ella vería qué le convenía más.

Aterrizamos en París y un coche nos esperaba para llevarnos directos al parque, donde entramos al hotel viendo cómo Lucía alucinaba con todo. Me agarraba de la mano y me señalaba a las princesas que veía por allí saludando y acercándose a ella.

Nos dieron la habitación y ella sin preguntar se fue para la de matrimonio y dijo que allí iba a dormir con su papi, pero no me iba a callar.

— Cariño, ¿mamá duerme contigo o con Héctor?

— Con Héctor pues es su novio.

— Pues si respetas eso, aquí vas a respetar que Olivia es mi novia y como tal va a dormir conmigo. Esa cama que está ahí individual es la tuya, así que no hay nada más que hablar.

— No quiero — se cruzó de brazos.

— Me da igual, estos numeritos se los montas a tu madre, a mí no.

Deshicimos las maletas y nos fuimos a perdernos por el parque. Lucía agarró mi mano y con la otra cogió a Olivia, cosa que la pequeña se echó hacia adelante para mirar si la había cogido y resopló indignada, estaba de un impertinente que me estaba sacando de quicio.

— Papá tengo hambre.

— Ya vamos a comer — la verdad es que era hora de sobra para hincar el diente a algunas de las muchas ofertas gastronómicas que había dentro del parque, sobre todo de comida ligera.

Entramos a un restaurante donde había como una especie de actuación en plan taberna, como representaba todo el lugar. Allí nos sirvieron unos menús de hamburguesas que tenían muy buena pinta y estaban bastante bien presentados.

La niña me iba metiendo patatas en la boca sonriente. En ningún momento miraba a Olivia que me hacía gestos como diciendo que “después ya vería”, seguro que se le había ocurrido una de las suyas para calmarla.

— Papi ahora me vas a comprar algo — ponía gestos graciosos, era para comérsela cuando no soltaba esas sandeces enseñadas por su madre y el energúmeno que tenía al lado.

— Te recuerdo que no tengo dinero — se encogió de hombros.

— Yo ahora me voy a comprar la pasada del pelo con forma de las orejas de *Minnie* — me dijo Olivia sin mirar a la niña.

— Yo quiero una — respondió rápidamente la pequeña, mirándola.

— ¿No te dieron dinero tu nuevo papi o tu mami para comprarlas? — preguntó haciendo gestos graciosos de impresionada.

— No, pues mi papi Alexis tiene mucho dinero.

— Pues resulta que no trae ni un euro de toda esa fortuna que dices que tiene, pero como tu mami te va a llevar al de Orlando, pues seguro que allí, ella o tu nuevo papi te la compran.

— ¿Y por qué no me la compras tú?

— ¿¿¿Yo??? — se puso la mano en el pecho preguntando de forma exagerada — Las brujas no gastan su dinero más que en ellas — se encogió de hombros.

Lucía la miró con una cara de asco que hizo que tuviéramos que contener la risa, es que no era para menos, eso o mandársela de vuelta a la madre, pero como era mi hija, la quería por muy puñetera que estuviera. En fin, había que apretar los dientes, la guerra entre mis mujeres estaba servida.

Salimos de allí y entramos en una tienda donde estaban las pasadas esas de orejas, Lucía miraba atenta lo que hacía Olivia que se probó una delante de un espejo y se puso a sonreír haciendo caras.

Cogió dos y se fue para la caja a pagar.

Luego sacó una de la bolsa y se la puso.

— Has comprado dos — dijo Lucía que en el fondo me daba hasta pena por las ganas que tenía de ponerse una.

— Claro, una para ponerme y la otra por si se me pierde o se rompe — las brujas pensamos. Se puso a hacerse un *selfie* con el móvil.

— ¿Me la prestas para hacerme una foto? — preguntó con esa voz triste que me rompió el alma, pero es que me daba rabia lo que hacían de ella.

— Claro, pero yo como soy una bruja no presto a cambio de nada.

— ¿Y qué quieres a cambio? — pregunté yo en plan enigmático mirando a la pequeña que sonreía al ver que yo iba a negociar con Olivia.

— Pues que a partir de ahora no me llame bruja y si lo vuelve a hacer no le volveré a dar una oportunidad. Ni le compraré ni le prestaré nada — se encogió de hombros y Lucía reía con las manos en la boca.

— Bueno, yo creo que es buen trato — respondí mirando a la niña.

— Pero entonces me la tienes que dejar un buen rato para que yo pasee con ella puesta — dijo en tono nervioso para que Olivia dijera que sí.

— No sé, me da a mí que me puedes clavar el puñal por la espalda y en vez de bruja llamarme otra cosa de esas feas — se encogió de hombros ladeando la cabeza.

— Voy a intentar contenerme, aunque me va a costar mucho trabajo — soltó Lucía consiguiendo que volviéramos a tener que contener la risa. Al menos era sincera...

— No sé, no sé — Olivia hacía cómo la que se lo pensaba y Lucía juntaba sus manos a modo nervioso mientras yo las miraba a baba caída — Bueno, está bien, voy a confiar en ti — sacó la pasada y se la puso con cariño en el

pelo y le dio un toque en la nariz.

— ¿Nos hacemos un *selfie*? — preguntó la pequeña a Olivia ante nuestro asombro.

— Claro — puso el móvil hacia ellas y sonrieron.

Aproveché para tomar con el mío unas fotos de ambas haciéndose el *selfie*. Me encantaba ver esa situación tan graciosa, no sabía cuánto duraría la calma, pero era digna de quedar plasmada para la posteridad.

Nos fuimos a buscar a las princesas con la que Lucía se echó un montón de fotos. Hasta cogía de la mano a Olivia para que se las hiciera con ella.

Nos comimos unos buñuelos de chocolate con los que la peque se puso perdida, pero Olivia que era muy precavida y llevaba unas toallas húmedas, la limpió rápidamente.

Cuando comenzó a caer el sol nos fuimos a ver la cabalgata de los personajes y Lucía disfrutó como una enana bailando con Olivia. Yo no me lo podía creer, verlas con esa complicidad, riendo y con esas orejas de *Minnie* sobre sus cabezas.

Volvimos al hotel donde cenamos de forma temática, Lucía estaba alucinando con todo y buscando a Olivia para hacerla partícipe de esos momentos tan animados que estaban pasando durante la cena.

Tras el postre salimos a ver los fuegos artificiales que se lanzaban diariamente en el parque.

De allí a la habitación a descansar ya que el día había sido largo y nos habíamos levantado bien temprano para coger el avión.

— Yo voy a dormir aquí — señaló Lucía a la cama individual advirtiendo de que no iba a dar guerra.

5

— Esa es mi niña bonita — me acerqué a ella y la abracé.

— Pero si sueño por la noche me voy a vuestra cama — advirtió con gesto preocupado.

— Si tienes un sueño de esos feos te vienes con nosotros que te abrazamos bien fuerte y te ponemos en medio — dijo mi chica en plan gracioso.

Olivia le cambió de ropa y le puso un pijama que me dejó loco. Le había comprado uno de personajes *Disney* en un momento que se suponía que se escapó al baño y lo metió en su bolso.

— Me encanta, es de Bella — dijo la niña emocionada.

— Te queda precioso — le hizo un guiño Olivia.

— Gracias — respondió con voz tímida.

— Venga te acuesto y tapo a tu bebé contigo.

— Vale — sonreía Lucía feliz.

Nos miramos Olivia y yo sonrientes. No tardó en dormirse, lo que aprovechamos para meternos en el baño con la puerta entreabierta y vigilando para ducharnos juntos.

— Joder espero que le dure el fin de semana el buen rollo — rio abrazada a mí.

— Yo también lo espero, pero lo hiciste muy bien, supiste gestionar todo con mucho control y capacidad para que cambiara su forma de actuar.

— No es mala, pero no debe actuar a merced de su madre, la puede volver una persona muy borde y eso le hará mucho daño.

— Lo sé, voy a ir a por todas en los tribunales, cada vez lo tengo más claro.

— Bueno, ahora disfrutemos de este maravilloso fin de semana — me abrazó y comenzó a besarme.

Lo hicimos en la ducha rezando porque no se despertara la pequeña. Había que reconocer que aquello convertía el momento en más morboso, por el miedo a ser descubiertos, la tentación de nuestros cuerpos desnudos... una

sensación por la que todo ser humano pasa alguna vez en su vida, la emoción propia del riesgo.

Tras la ducha elegimos un vino de los que había en la habitación y salimos a la terraza a degustarlo mientras charlábamos animadamente.

— Me encantó cuando nos metimos en el laberinto de Alicia en el País de las Maravillas, vaya momentazo.

— Yo me perdí — reí.

— Y tú hija agarrada a mí con tanta fuerza que me quería morir de la risa. Pensaba que la iba a dejar por allí sola buscando la salida.

— Yo cuando encontré la salida pensé que ya saldríais vosotras. No quería ni imaginar que cada una hubierais tirado para un lado — solté una carcajada.

— Como me llevaba agarrada, cuando vio que desapareciste, esa no se hubiera quitado de mi lado así la hubiera obligado a decir que soy la mujer más bonita del mundo — volteó los ojos riendo.

— Ya te digo, pero me alegro mucho de tenerte, de que seas una persona que sabe cómo hacer las cosas, quiero que sepas que te adoro — la besé.

— Yo sí que te adoro — me apretó la mano feliz mientras con la otra sujetaba su copa.

— Mañana nos espera un día muy de cuento de nuevo — levanté la ceja.

— Mañana le voy a comprar a la niña un vestido de princesa con la corona y todo, para que se sienta la princesa del parque.

— Lo pagas con mi tarjeta.

— No, se lo voy a regalar yo, pero como se ponga tonta se lo quito en cero como dos.

— Ni lo dudes — sonreí acariciando su barbilla.

— ¿Yo dudarle? Ya ves cómo me tiembla el puso de ponerla a prueba y eso que me da rabia, pues me encantaría que ella estuviera como en el último momento de hoy, feliz, disfrutando como una niña de su edad en un lugar como este. No obstante, el comienzo costó y mucho, pero bueno, confío en que mañana va a disfrutar y se va a dejar de esos malos rollos que le han inculcado.

— Y a mí, no te imaginas cuánto me duele.

— Pues claro que lo imagino, eres el padre — volteó los ojos.

Estuvimos un rato charlando, lo que nos duró la copa de vino y ya nos fuimos a la cama donde nos abrazamos con todas nuestras fuerzas. Poca duda cabía de que era todo sentimientos lo que ella me transmitía y lo que hacía que me sintiera el hombre más afortunado del mundo junto a esa mujer.

Lucía se levantó pidió agua, aún no habíamos cerrado los ojos y a mí no me dio tiempo a levantarme cuando ya estaba Olivia acercándole la botellita y ayudándola a incorporarse para que se la bebiera.

— ¿Ya es de día?

— No — rio en flojo Olivia — Hace poco que te quedaste dormida, cariño. Pero en nada ya estarás por el parque.

— Y nos ponemos las orejas de *Minnie* — decía mientras se volvía a echar para atrás para seguir durmiendo.

— Bueno, lo mismo hay sorpresa — la tapó y le dio un beso en la mejilla.

— Hasta mañana, Olivia — dijo en tono conciliador y entrañable.

— Hasta mañana, mi princesa — le respondió ella y se vino hacia mi guiñándome un ojo y moviendo los brazos en plan victoria por haber conseguido que la contienda hubiera eclosionado en ese buen talante.

Nos abrazamos y nos quedamos dormidos con una sonrisa y la risa floja por la actitud de Lucía.

Capítulo 32



— ¡¡¡Arriba todo el mundo!!! — gritó Lucía saltando en nuestra cama.

— Buenos días, princesa — dijo Olivia sentándose, mirándola.

— Bueno ¿Qué es esto? ¿Quién me despertó? — pregunté bromeando, cogiéndola para hacerle cosquillas.

— Una princesita — decía riendo Lucía.

— Vaya, por eso se va a salvar — la abracé y besé mientras reía a carcajadas.

Nos vestimos y nos fuimos a desayunar a una de las cafeterías de las tantas que había en el parque. Yo fui pidiendo y cogiendo mesa, Olivia se llevó a la pequeña a darle la sorpresa y vestirla de Bella. Al poco apareció feliz con su corona y vestido, de su mano, muy sonrientes las dos.

— Vaya, eres una princesa de verdad.

— Me compró hasta los tacones — decía presumida, enseñándomelos.

— ¿Y vas a poder andar con eso? — volteé los ojos.

— Pues claro, correr y todo — salió en su defensa Olivia, provocando que Lucía se pusiera las manos en la boca sonriente.

— Venga desayunad que hay que coger fuerzas — advertí.

— Papi y tú le puedes decir a Olivia que te preste dinerito y me compras un bolso de *Disney* y cuando volvamos se lo devuelves — sonrió.

— Lo puedo intentar, pero ya sabes que nos pedirá algo a cambio — puse cara de terror.

— Seguro, por la cara no os dejo mi dinerito — dijo Olivia mientras mordisqueaba una rebanada de pan con mantequilla.

— ¿Y qué tenemos que hacer? — preguntó la pequeña.

— A ver, a ver — gesto de pensante — Ya lo sé, creo que lo tengo — se hizo la interesante.

— Miedo me da — respondí frotando las manos de forma impaciente.

— No papi miedo no, va a pedir que no nos metamos con ella — dijo emocionada tirando de mi mano.

— Pues no, ya que si te metes pierdes el vestido y la corona de princesa — se encogió de hombros y dio una palmada — Voy a pedir que nunca más le digas a papi que tienes dos padres pues eso le hace mucho daño — ladeó la cabeza.

Me sorprendió su gesto y a la pequeña también pues me miró con tristeza y me abrazó para asombro de los dos.

— Lo prometo — dijo mirándome a la cara y por poco me echo a llorar.

— Pues entonces te dejo mi tarjeta para que la uséis todo lo que queráis y no hay más que hablar — dijo en tono bromista Olivia, sacando la tarjeta y devolviéndomela ante la sonrisa de Lucía que comenzaba a aplaudir emocionada.

— Joder vaya suerte la mía — miré a la pequeña que reía feliz.

Desayunamos y nos fuimos a pasear, sobre todo a buscar princesas. No tardó en aparecer Bella y Lucía corrió feliz para que la viera vestida como ella.

Se agachó la chica sonriente y la besó mientras nosotros le echábamos unas fotos captando todos esos momentos.

— Olivia ¿Tú por qué no te vistes de princesa? — preguntó agarrándole la mano y la miré sonriendo.

— Verás, eso es para las niñas, yo ya soy muy mayor — sonreía mientras me miraba queriéndome matar por lo que intuía que yo estaba pensando.

— Yo quiero que te vistas conmigo de princesa — protestó poniendo cara de pena.

— ¡Ay! No me lo pidas así — se resignó.

— Mira esa mujer, va con su hija, las dos de *Frozen* — señaló con su dedo para que las viera.

— Bueno, vamos a mirar en la tienda para ver si hay algo que me convenza — se santiguó.

Me sorprendía la capacidad que tenía para gestionar cualquier situación que le pusiera mi hija por delante.

Entramos en la tienda y había un vestido de Bella de su talla. Después de reírse y mirar a la pequeña que estaba nerviosa porque Olivia accediera, dijo que sí y se compró el vestido y la corona. A renglón seguido, entró en un baño y salió junto a la pequeña vestida como ella.

Sonreí al ver lo preciosa que iba y lo bien que le quedaba, con esas zapatillas *Converses All Star* de color blancas.

— Te faltaron los tacones — dijo la pequeña.

— Ah no, ni hay de mi número ni yo podría aguantar andar por aquí con eso. Valoro lo bien que lo llevas — le hizo un guiño.

Olivia me miraba sonriendo con ironía haciendo gestos de princesa y la pequeña se moría de la risa imitándola. No la soltaba de la mano ni a tiros, yo había pasado a ocupar un segundo plano en ese mundo de princesas.

Cada vez que pasábamos por una tienda Lucía nos miraba rogando por una parada para comprarle algún capricho además del bolso que le habíamos prometido.

Entramos en una y lo primero que hizo fue comprarlo. Lo eligió de esos que se meten de lado, como una bandolera. Era de *Frozen*. A continuación, cogió una taza, un cuaderno, un osito de peluche para su bebé y un bolígrafo de esos transparentes que por dentro se mueven con brillantina.

Iba de lo más feliz, lo metió todo en su bandolera y salió de allí loca de contenta sonriendo a Olivia. Había pasado a ser la que tenía todos los méritos, pensé con resignación, pero disfrutaba viendo que la pequeña ya comenzaba a conectar con mi chica.

— Quiero comer buñuelos.

— Ah no, primero vamos a ir a almorzar y luego nos comemos los buñuelos — advertí a Lucía.

— Pues yo quiero buñuelos — se cruzó de brazos, riendo, pero haciéndose la enfadada.

— Yo también quiero buñuelos — la defendió Olivia ante mi asombro.

— Ah no, las dos en contra de mí, me niego — me crucé de brazos y me hice el indignado.

— Pues tienes dos opciones, una enfadarte y otra unirte a nosotras para comerlos — cogió a la pequeña en volandas y salió corriendo hacia el puesto de buñuelos.

La pequeña miraba hacia mí riendo por la situación y por haber conseguido su propósito. Además, se estaba dando cuenta de que iba a ganar más teniendo de su parte a Olivia que en frente.

Nos comimos los buñuelos, vamos si no me los como me declaran la guerra y por ahí no iba a pasar, así que si querían pasa el día mal comiendo yo las acompañaría.

— Y entonces viendo que nos hemos zampado esto por vosotras, ahora imagino que me tocará a mí elegir dónde almorzar— carraspeé.

— No papi, nos toca a nosotras pues somos las princesas y el parque es nuestro castillo, tú eres un invitado — dijo con contundencia riendo y haciendo el gesto con sus manos.

— Ah vale, pues cuando lleguemos a Tenerife mando yo, para eso soy el jefe — les hice una burla.

— Bueno, bueno, eso lo tendremos que ver — contestó Olivia mirando a la pequeña que sonreía.

— Lo veremos, lucharé con fuerzas — hizo un gesto con su brazo.

— Yo quiero comer ahí — señaló a un restaurante que se notaba muy ambientado con algunos personajes paseando entre las mesas.

— Pues no hay más nada que hablar — la cogió de la mano y tiró de ella dejándome atrás riendo sin derecho a protesta.

Entramos y nos dieron mesa.

— ¿Tengo un poco de decisión sobre este viaje? — pregunté para buscarles la lengua.

— Papi, tú eres nuestro cuidador.

— Ah vale, menos mal que al menos valgo para algo.

— Y para llevarnos las bolsas de compras, pues necesitamos comprar recuerdos y cosas de mujeres — recalcó en plan advertencia Olivia causando una risa en la pequeña.

— ¡¡¡Pero bueno!!! Eso no vale, me siento vuestro muñeco.

— Bienvenido a *Disney* — respondió Oliva sonriente y abriendo las manos.

Las miraba mientras pedían al camarero de todo lo que se les antojaba, como dos niñas pequeñas. Olivia parecía muy relajada ya con la niña y Lucía muy afectiva con ella.

o

Lo que Olivia había logrado me hacía estar pasando por unos momentos más tranquilos, llenos de paz, colmado del amor de esas mujeres que eran mi vida, mi razón de cada día, la felicidad plena.

La pequeña le explicaba a Olivia que ella de mayor quería ser princesa del parque y vivir allí en un castillo para esperar que los niños vinieran a fotografiarse con ella. A Olivia le hacía gracia escucharla y le seguía la corriente poniéndose a su altura y diciendo que ese era el mejor trabajo del mundo, que ella lo debió de haber pensado antes de ir a trabajar a la financiera.

Tras la comida seguimos visitando todas las atracciones del parque y comprando tonterías que a la pequeña le hacían mucha ilusión a modo de recuerdo. De nuevo nos fuimos a ver esa cabalgata que tanto las hacía disfrutar bailando y que aproveché para plasmar en vídeos y fotos de las dos vestidas de Bella.

Era uno de los días más divertidos que recordaba en mucho tiempo, de esos que te hacen sentir que la vida sigue, que funciona, que te pone a las personas correctas al lado para darle luz y color cuando se oscurece.

— Yo cuando sea mayor iré en una carroza de esas.

— Claro y yo aquí abajo chillaré diciéndote que eres la más guapa de todas — decía Olivia.

— Y papá también estará.

— Claro, vamos de eso me ocupo yo — decía produciendo en la pequeña una risa de lo más nerviosa.

Saltaban, bailaban, cantaban y posaban para que les echara muchas fotos. Parecían dos niñas de corta edad viviendo el día de sus sueños.

Y yo me sentía así ese día, completo y lleno de preciosos sentimientos. Tenía a mi hija, a lo que más valor le otorgaba en este mundo y luego a Olivia, que había entrado como un huracán arrasando con todo el mal que había a mi alrededor ¿Cómo no iba a querer a esa mujer que me hacía sentir más vivo que nunca?

Tras la cabalgata nos fuimos a pasear por fuera del parque, por la avenida. Era para ver a las dos tan animadas, vestidas de princesas, cogidas de la mano, charlando y mirando todos los escaparates que había por allí, decorados de forma que llamaran la atención de cualquier visitante.

— Yo quiero un algodón de esos — señaló al carrito del hombre que los andaba haciendo.

— Marchando una de algodón para mi niña — dijo Olivia tirando de ella para comprarlo.

5 — Yo quiero algo y nadie me hace caso — chillé riendo por la poca atención que me estaban prestando.

— Cosas de mujeres — dijo Olivia girando la cara para hablarme mientras seguía andando de forma rápida para comprar aquel algodón.

Y tanto que cosas de mujeres, ya ni me hacían caso, tomaban todas las decisiones, decidían sin preguntarme. Eso sí, para cargar con las bolsas era yo el ideal. Lo mejor de todo fue que pasamos por delante del hotel y subí a dejarlas, de modo que me quedé libre.

— Papá ¿quieres uno o compartes con las princesas?

— Comparto, comparto, ya lo que me faltaba es no poder también disfrutar con vosotras — resoplé bromeando.

— No te pongas celoso papi. Es que estamos jugando a ser las princesas más guapas de París.

— Vaya, por fin me llevo un piropo — saltó Olivia con cara de fascinación.

— Eres muy guapa, pero mi mamá me dijo que te tenía que llamar muchas veces bruja para que papá solo fuera mío — rio con la mano en la boca como de haber soltado un gran secreto.

— Bueno tú le dices que me lo llamaste mil veces y así se queda contenta, pero nosotras guardamos el secreto de que somos las princesas más amiguis de todo *Disney* — bromeaba, pero le daba una lección.

l — Vale. Y no, no eres bruja, eres muy buena — la hizo agachar y le dio un beso.

5 — Te como, yo te como, sabía yo que al final eras todo un precioso corazón — la besaba y abrazaba Olivia y yo me derretía con esa preciosa imagen que tenía ante mí.

— Mañana nos vamos, me da pena, pero quiero que cuando vea a papá la próxima vez tú estés — decía sonriente la pequeña.

— Y estaré, ya me encargo yo — reía abrazándola.

Cenamos en una pizzería donde también se encontraban algunos personajes como *Winnie the Pooh* o el mismísimo *Mickey* que hacía gracia a todos los niños. El osito era más tierno, así que cada uno jugaba un rol en ese lugar donde la ilusión en la cara de los peques era de lo más mágico.

Las miraba y veía una relación tan sana, tan divertida, tan cariñosa que era lógico imaginar lo que provocaba a mi corazón. En concreto, lo hacía latir de amor y se me caía la baba con ellas, a partes iguales.

Lucía tenía tal marcha en el cuerpo que cuando fuéramos a la habitación iba a caer rendida. No paraba de saltar y de bailar. No lo hacía ni para comer, con la pizza en la mano y de pie en ese restaurante bailaba animada mirando a esos dos personajes que amenizaban la cena.

En uno de esos momentos el osito la cogió para bailar y ella se puso de lo más nerviosa. Saltaba más que bailaba y lo miraba sin perder detalle.

— Está disfrutando como una enana — dijo Olivia agarrando mi mano.

— Gracias a ti. Has sabido poner orden — sonreí emocionado.

— Es un amor, pero con la desgracia de que su madre la intenta manipular.

— Así es, esta es la Lucía que yo quería que conocieras, amorosa y divertida como puedes ver.

— Tiene mucho corazón.

— Lo tiene, por eso me da rabia que se aprovechen de ella y le hagan hacer cosas que no deberían ni permitirle.

— Bueno, verás que todo irá a mejor.

— Confío en ello — dije mientras miraba a la pequeña que seguía emocionada, agarrada a las manos del osito más famoso del mundo.

Cuando salimos de allí la niña iba alucinando, explicándonos que había bailado con *Winnie* y que se lo iba a contar a todas las amigas de su clase, además de que les quería enseñar algunas fotos de ella así vestida de princesa por el parque.

Olivia le puso el pijama y la llevó a la cama. Comenzó a contarle un cuento que habíamos comprado en una tienda. No había leído ni una página cuando ya dormía plácidamente, agotada por el día tan intenso y emocionante que habíamos tenido.

Aprovechamos para ducharnos y disfrutar del uno del otro, haciéndolo bajo ese agua que caía de la ducha y que nos ponía de lo más eufóricos. Nos desataba, el deseo estaba intacto entre nosotros, como el primer día, así que todo momento era de lo más excitante y divertido.

Nos tomamos unos vinos en la terraza. A la mañana siguiente volvíamos, pero no salía temprano el vuelo así que podíamos relajarnos con una buena charla en esa última noche de un viaje que estaba siendo por fin de lo más bonito.

— Confío en ello — dije mientras miraba a la pequeña que seguía emocionada, agarrada a las manos del osito más famoso del mundo.

Cuando salimos de allí la niña iba alucinando, explicándonos que había bailado con *Winnie* y que se lo iba a contar a todas las amigas de su clase, además de que les quería enseñar algunas fotos de ella así vestida de princesa por el parque.

Olivia le puso el pijama y la llevó a la cama. Comenzó a contarle un cuento que habíamos comprado en una tienda. No había leído ni una página cuando ya dormía plácidamente, agotada por el día tan intenso y emocionante que habíamos tenido.

Aprovechamos para ducharnos y disfrutar del uno del otro, haciéndolo bajo ese agua que caía de la ducha y que nos ponía de lo más eufóricos. Nos desataba, el deseo estaba intacto entre nosotros, como el primer día, así que todo momento era de lo más excitante y divertido.

Nos tomamos unos vinos en la terraza. A la mañana siguiente volvíamos, pero no salía temprano el vuelo así que podíamos relajarnos con una buena charla en esa última noche de un viaje que estaba siendo por fin de lo más bonito.

Capítulo 33



— No me quiero ir de mi castillo — dijo la pequeña tirándose en la cama en medio de los dos y abrazándonos.

— Ya volveremos otra vez, cariño — la abracé.

— Bueno, en Tenerife podemos poner la casa de papá en plan princesas, yo puedo decorarla.

— ¡Sí! — gritó emocionada y se tiró a los brazos de Olivia que aún seguía recostada.

— Buenos días, princesa — dijo mi chica abrazándola.

— Buenos días, mami princesa — respondió la niña y por poco me muero, pero la cara de Olivia era el reflejo del asombro.

— Ay lo que me has dicho, yo te como — la besó con rapidez varias veces.

— No me quiero ir con mi madre, me quiero quedar hoy con vosotros. Sois más divertidos y no habláis mal de nadie — dijo dejándonos a cuadros y con la sensación de que ella lo estaba pasando mal con esa situación que le estaban provocando Cata y Héctor.

Eso me dejó sin aliento, a pesar de su corta edad se daba cuenta de que no era sano eso de que le hablara mal de las personas.

Lucía solo quería ser feliz, era una niña, disfrutar de los momentos, de lo bonito de la vida... Para eso estaba viviendo esa época mágica, su niñez y no había derecho a que se la estropearan ni mucho menos a hacerla enseñarse con personas por el simple hecho de que a su madre no le hacía gracia que su ex anduviera con otra.

— Tranquila cariño, todo a su tiempo — respondí sonriéndole y vi cómo a Olivia le cambió la cara con lo que había dicho la niña. De repente, su semblante se volvió triste y sentiría como yo, impotencia.

— Bueno, vamos a desayunar y coger fuerzas, que tenemos aún tiempo de despedirnos de las princesas en el restaurante temático del bar — cogió a la pequeña y se la llevó a la ducha. Después la vistió.

Bajamos las cosas a recepción y nos las consignaron mientras desayunábamos. Lucía estaba como loca con todas las princesas que aparecían para saludar. Me pedía fotos y fotos, sin exagerar llevaba de este viaje como unas quinientas.

— Papi, mami princesa, mirad que viene la Bestia — decía aplaudiendo feliz.

— Mami princesa, como le diga eso a la madre me manda a dos sicarios — puso cara de terror produciendo una carcajada en mí.

— Bueno de bruja a mami princesa hemos avanzado — levanté las manos.

— Si, si, algo hemos avanzado, que me den dos tiros directamente — volteó los ojos.

— Anda ya, además todo esto va a cambiar. Vuelvo súper decidido a ir a por todas, sin mirar por nada. Voy a luchar por Lucía y estoy dispuesto a sacar trapos sucios que no quise destapar antes, pero que se prepare Cata, la guerra ha comenzado — dije con seguridad.

— Me estás asustando — levantó la ceja.

— La que se tiene que asustar es ella que no va a jugar más con nuestra hija en la vida, le pienso poner mi As sobre la mesa y si es lista, ni querrá ir a juicio. No lo hice antes por ser la madre de mi hija, pero ella por el padre de la suya no está haciendo más que malmeter y levantar barreras. Un día te contaré... — corté la conversación y que volvía Lucía.

— Me lo estoy pasando como una enana — dijo haciendo fuerza con sus brazos y mirando para arriba. Ni que fuera una chavalita, me moría con sus cosas, era para comérsela a bocados.

Terminamos de desayunar y fuimos a por las maletas, el coche ya nos estaba esperando para trasladarnos al aeropuerto. Lucía iba hablando como una cotorra mientras miraba las fotos de mi móvil sentada en el sillón de atrás junto a Olivia que la apretujaba contra ella. Estaba muy emocionada con sus comentarios.

Llegamos al aeropuerto y entramos directamente en la zona de embarque. Una vez localizada, nos fuimos a pasear por ella ya que quedaba un buen rato.

— Papá quiero ese oso — dijo refiriéndose a uno súper grande que había en la tienda.

— Pero si lo llevamos, le tenemos que pagar un asiento — reí.

— Yo lo quiero — puso cara de tristeza y eso que llevaba en una mano a su bebé y en la otra al osito que le compramos para el bebé.

Olivia entró decidida a la tienda y les preguntó cómo se podría meter el oso en el avión. La chica le comentó que se lo envasaban al vacío e iba de bulto de mano sin problemas.

— Pues envásamelo — pidió decidida ante la sonrisa que le apareció en la cara a mi niña.

La chica se lo dio a uno de sus empleados que no tardó en volver con el oso envasado al vacío ante la cara de terror de Lucía, que lo miraba ahí asfixiado, incrédula.

Olivia lo cogió rápidamente y lo metió en una bolsa grande. Lucía ni gesticulaba, me cogió de la mano y me miró asustada

— Papi el oso se está muriendo — su tono y rostro era triste.

— No, vida, está como durmiendo, tiene por dentro un oxígeno especial para que viaje dormido y encogido —
argumenté lo primero que me salió.

— ¿Y cuándo lleguemos a la isla revivirá?

— Claro, se va a despertar — intervino Olivia — este está plácidamente dormido, es su cama, no es como la

nuestra. Los osos necesitan algo así donde se sientan protegidos, verás lo rápido que despierta cuando la abramos — le hizo un guiño y se agachó a besarla.

— Vale, pero prométemelo de nuevo.

r

— Prometido — se puso la mano en el pecho.

Entramos en el avión y colocamos al oso arriba donde el equipaje. La pequeña estaba blanca, aún le duraba el impacto por haber visto ese oso al vacío como si fuera un jamón.

Se puso a mirar unos dibujos en el móvil que yo le tenía descargados y sonrió ya todo el tiempo.

— Papá ¿Cuándo vamos a volver con mamá princesa al parque?

— Mira, cuando quieras — dijo negando mientras reía — me llamas princesa y me dan ganas de hacer al avión volverse y meternos de nuevo en el parque, pero ten por seguro que volveremos alguna vez más. De eso me encargo yo — la besó.

— Pues yo también me apunto — intervine cruzando los brazos y haciendo que sentía celos.

— Claro papi, tú eres nuestro escolta y te encargas de que no nos pase nada — reía y me abrazaba.

— Ah, entonces me quedo más tranquilo — le hice un guiño provocándole una preciosa sonrisa.

— Y ahora cuando bajemos del avión nos vamos a ir a almorzar donde diga la princesa de las princesas — dijo Olivia refiriéndose a mi hija.

— ¡Sí! Quiero ir a comer a *Diver Pizzas*, me encanta ese lugar — aplaudió emocionada.

— Voy a terminar vomitando comida basura — hice el que tenía arcadas.

— ¡Exagerado! — me dio un cate por encima de la niña.

— Encima cobro, desde luego que poco valorado está el ser hombre — negué haciéndome el indignado.

Bajamos del avión y lo primero que hice fue liberar al oso. La cara de alivio de mi hija era asombrosa. Rio aplaudiendo y Olivia lo cogió y se lo colocó a un lado de su cintura, llevándolo como si fuera un crío mientras Lucía los miraba emocionada con su bebé en brazos.

— Papá puedo dejar todo esto en tu casa para cuando yo vaya y que mamá no me lo esconda — eso fue algo que me dolió una barbaridad escuchar, tanto que me contuve de soltar un disparate por respeto a mi hija que no tenía edad para vivir en ese mal ambiente.

— Pues claro, todos los regalos para la habitación que te preparé en casa. Los coloco allí para cuando tú vengas — sonreí mirando a Oliva que negaba mordiéndose la boca.

— Hasta el pijama lo vamos a dejar en casa de papi y los vestidos de Bellas para disfrazarnos en la casa.

— ¡Vale! — gritó emocionada — Lo dejamos todo, todo lo que hemos comprado — decía con ilusión para salvaguardar sus cosas y eso me partía el alma.

Nos subimos en mi coche y nos dirigimos al lugar en el que quería comer Lucía. Intentaría estar ese día todo el tiempo que pudiera con ella pues hasta las siete no la tenía que entregar, por supuesto que no lo haría antes.

Después del almuerzo nos fuimos a merendar al lugar que tanto nos gustaba a Olivia y a mí, donde la llevé la primera vez. Además, era ideal porque allí había unos columpios que le encantaban a la pequeña y pasó un rato de lo más agradable.

Antes de subirnos en el coche para devolvérsela a su madre abrazó a Olivia. Sabía que delante de Cata tendría un problema si lo hacía, así que la entendimos y las dos se fundieron en un precioso abrazo que me hacía sentir que marcaba el comienzo de algo muy bonito en mi vida.

La entregamos a su madre que nos recibió con cara de perro y comprobó que la niña iba sin nada, lo mismo que cuando la recogí, ya que yo le preparé la maleta. Reí internamente pensando que, si esperaba que volviera llena de regalos para luego esconderlos, se había quedado con las ganas.

Nos fuimos cagando leches, ver su cara era lo más parecido a estar frente a frente con Satanás. Era increíble la mala onda que se percibía por el simple hecho de estar cerca de ella.

— Te juro que le tengo un asco a esa mujer — dijo Olivia con gestos de manos.

— Ya, y yo te juro que voy a ir a por ella sin titubear. No me pienso quedar cruzados de brazos, esta semana va a tener noticias mías y no como las de costumbre.

— Lo que está haciendo con la niña no tiene nombre.

— No conoce la vergüenza, no quiere a nadie, actuar así con su propia hija es ya de no tener dignidad ni nada, pero mañana se le va a caer el mundo, pienso tener una conversación con ella cara a cara, solos, la voy a poner entre la espada y la pared. Me terminó de sacar de quicio y ahora no voy a mirar por nadie más que por mi pequeña.

— Espero que te salga bien.

— Tranquila, no te quepa duda, ese As jamás por mucho daño que me hiciera lo iba a sacar, pero te puedo garantizar que viendo lo que está haciendo con la niña, voy a por ella al cuello y tiene mucho que perder.

— Pues adelante, tendrás todo mi apoyo con Lucía, la adoro y es tu hija, así que tira y mira por ella. No puedes permitir que la obliguen a vivir de una forma tan envenenada.

La dejé en su casa, al día siguiente nos veríamos en su oficina.

2

Me fui a la mía y me sentí vacío después de haber estado con las dos mujeres de mi vida durante el fin de semana. En ese momento no tenía nada y eso se notaba. Me acosté con una tristeza impresionante y con los deseos de al día siguiente arreglar esa situación tan lamentable que se estaba viviendo.

2

— Te juro que le tengo un asco a esa mujer — dijo Olivia con gestos de manos.

— Ya, y yo te juro que voy a ir a por ella sin titubear. No me pienso quedar cruzados de brazos, esta semana va a tener noticias más y no como las de costumbre.

— Lo que está haciendo con la niña no tiene nombre.

— No conoce la vergüenza, no quiere a nadie, actuar así con su propia hija es ya de no tener dignidad ni nada, pero mañana se le va a caer el mundo, pienso tener una conversación con ella cara a cara, solos, la voy a poner entre la espada y la pared. Me terminó de sacar de quicio y ahora no voy a mirar por nadie más que por mi pequeña.

— Espero que te salga bien.

— Tranquila, no te quepa duda, ese As jamás por mucho daño que me hiciera lo iba a sacar, pero te puedo garantizar que viendo lo que está haciendo con la niña, voy a por ella al cuello y tiene mucho que perder.

— Pues adelante, tendrás todo mi apoyo con Lucía, la adoro y es tu hija, así que tira y mira por ella. No puedes permitir que la obliguen a vivir de una forma tan envenenada.

La dejé en su casa, al día siguiente nos veríamos en su oficina.

Me fui a la mía y me sentí vacío después de haber estado con las dos mujeres de mi vida durante el fin de semana. En ese momento no tenía nada y eso se notaba. Me acosté con una tristeza impresionante y con los deseos de al día siguiente arreglar esa situación tan lamentable que se estaba viviendo.

Capítulo 34



Desperté con ese vacío con el que me acosté, pero con unas ganas impresionantes de ese día poner las cosas claras a Cata y no me iba a cortar ni un pelo.

Llegué a la oficina y estaba Carlota sonriente.

— ¿Y eso Botox? — preguntó haciendo la burla.

— Nos dijeron que no nos hacía falta — negué y seguí para mi oficina.

Entré al despacho, revisé los emails y no había nada importante. Esperé a que Carlota me trajera el café para quedarme tranquilo y llamar a Cata.

— Ya está aquí tu café — lo puso sobre la mesa y se sentó.

— Vienes a por tu chisme ¿Verdad?

— Me tengo que enterar donde fuisteis, está claro — se encogió de hombros.

— Llevamos a Lucía a *Disneyland* París — sonreí.

— ¡Joder! ¡Qué pasada! Allí tengo que llevar yo a mi Martina.

— Hazlo, no te arrepentirás, será la experiencia más maravillosa que podáis vivir juntas.

— Pues lo haré — se levantó afirmando convencida.

Me tomé el café y llamé a Cata. Estaba seguro de que le iba a sorprender esa llamada.

— ¿Y tú qué quieres ahora? — preguntó con desfachatez.

— Hablar contigo, quiero que nos reunamos en una hora.

5

— No te lo crees ni tú.

— Y sin abogados, sin Héctor y sin nadie.

— ¿Has bebido?

— Por lo que tú y yo sabemos y que a ti tanto te avergüenza, más vale que vayas a las nueve a la cafetería del parque de tu urbanización. En un rato salgo para allá.

Colgué y la dejé sin opción a réplica, aunque no sé si la hubiera tenido.

Envié unos emails y un rato después salí para allá con el coche, aparqué y me senté en una de las mesas del exterior a esperarla mientras me tomaba un café y unas tostadas.

Apareció con esas gafas de sol que le cubrían toda la cara y esos andares como si estuviera encima de la pasarela Cibeles, para tonta ella.

— No sé ni por qué vine — se sentó con la cara de cabrona que llevaba de serie.

— Has venido porque sabes que te conviene.

— No me amences...

— Para nada, solo te voy a advertir, o tómatelo como quieras.

— Dime qué quieres.

— Tienes hasta las dos de la tarde para que tus abogados me envíen un convenio firmado por ti donde diga que la custodia es compartida y que tenemos quince días a Lucía cada uno.

— No te lo crees ni loco — rio con sorna.

— No he terminado — le advertí con el dedo — Quince días cada uno y que no vas a volver a poner a la niña en contra mía. Lo quiero por escrito también a modo de reconocimiento y empezaremos desde ya lo de los quince días. Si no lo tengo a los dos iré a por su custodia completa.

—Definitivamente estás borracho...

— No, más bien es que tengo grabadas conversaciones con la niña contando las cosas que le haces decir y lo que haces con sus regalos. Ya sabes que eso es maltrato infantil. Y la cosa no queda ahí, después irás a tu familia y a todo el mundo a contarle la verdad de lo de Lucía y a enseñar todas las pruebas, así que — me levanté y dejé el dinero en la mesa — te quedan cuatro horas y poco para conseguir que tenga ese convenio en mi despacho — le hice un guiño y comencé a andar.

— No puedes hacer eso — dijo en tono de rabia.

— Claro que puedo — respondí sonriente girando la cabeza y me marché.

Estaba seguro de que ella lo iba a firmar, lo tenía claro, eso de que se enteraran de que ella no conseguía quedarse embarazada y que finalmente lo logró por fecundación *in vitro* con un óvulo de una donante y mi semen...

Volví a las oficinas y me metí en mi despacho. A la una de la tarde me avisó Carlota de que el abogado de Cata estaba allí, le dije que lo hiciera pasar.

Entró en tono amigable y cordial, yo lo recibí de la misma forma. Le hice esperar a que llegara uno de mis abogados que no tardó en hacerlo y se puso a revisar el convenio completo.

— Lo veo bien, estupendo para ambas partes — dijo tras leerlo.

Lo firmé y me guardé una copia, otra mi abogado para llevarla al juzgado y quedamos en que la semana siguiente Lucía se vendría conmigo y comenzaríamos los quince días alternos.

A la hora de la salida pasé a por Olivia y me la llevé en mi coche a almorzar, no le comenté nada, me miraba extrañada por esa sonrisa misteriosa que se dibujaba en mi cara.

Cuando nos trajeron los platos le puse el documento en su mano y comenzó a leerlo, conforme lo hacía iba poniendo gestos de asombro y a mover su mano rápidamente, en plan de que estaba alucinando.

— No me lo puedo creer ¡Felicidades! — me lo devolvió y comenzó a aplaudir emocionada — Te funcionó el As...

— Totalmente y mira que te prometo que jamás lo iba a sacar a la luz, ni iba a hablar de ello ni siquiera con ella.

— Debe ser algo fuerte.

— Lo es... Aunque para mí nunca lo fue, para ella es algo que se quería llevar a la tumba.

— Imagino...

No se lo conté, en el fondo guardaría ese secreto como prometí en su día y más ahora que Cata había firmado el convenio y ya podía comenzar a disfrutar de mi hija, de llevarla al colegio, de recogerla, de vivir una relación con un vínculo total.

Olivia entendía que no se lo contara. Por supuesto respetaba mi lealtad ante aquella situación con la madre de mi hija. Al fin y al cabo, la parió, a todos los efectos lo era, al igual que lo son los padres que adoptan, una cosa no quita la otra.

Tras la comida nos fuimos a mi casa, tenía muchas ganas de estar a solas con ella, de disfrutar de esos momentos que sabíamos pasar juntos en la intimidad. La deseaba demasiado, era mi tentación.

La miraba mientras pensaba que el fin de semana le iba a dar la sorpresa de su vida, le iba a pedir que se viniera a vivir conmigo, pero quería hacerlo en un lugar especial, con un anillo de pedida y de modo muy romántico.

Cenamos juntos en mi casa y luego la llevé a la suya, con todo el dolor de mi alma, pero esperaba que en el fin de semana me dijera que sí y se trasladara rápidamente a vivir conmigo. El lunes también vendría Lucía, estaba loco porque llegara.

Cenamos juntos en mi casa y luego la llevé a la suya, con todo el dolor de mi alma, pero esperaba que en el fin de semana me dijera que sí y se trasladara rápidamente a vivir conmigo. El lunes también vendría Lucía, estaba loco porque llegara.

Capítulo 35



Ese día llegué al trabajo feliz, con ganas de que todo pasara rápido, de que llegara el fin de semana y después el lunes que recogería a mi niña para hacer una vida normal de padre e hija.

Subí a recepción, sonreí al ver a Olivia y a Carlota, las saludé y me puse a charlar con ellas cuando de repente se abrió la puerta del ascensor y casi me caigo al suelo al escuchar...

— ¡Sorpresa! — Helga vestida de azafata sonriente y corriendo hacia mí — Dos semanas sin perderme en tu cama y ya te echaba mucho de menos — me besó en la boca, emocionada.

Me quedé parado, inmóvil, sin saber qué hacer. Miré a Olivia, a la que le comenzaron a caer las lágrimas, y salió corriendo hacia su despacho.

— Helga acompáñame a la calle — le indiqué con la mano mientras miraba a Carlota que tenía puesta su mano en la boca.

Me sinceré con Helga mientras tomábamos un café. Había tenido una parada de vuelo de unas horas en la isla y vino a darme la sorpresa, pero lo que consiguió fue joder mi vida y ponerla patas arriba.

Le dolió escuchar lo que le conté, pero lo aceptó. Estuve un rato charlando con ella y la llevé en el coche a su hotel ya que había venido en taxi.

Regresé a la oficina convencido de contarle la verdad a Olivia y mis propósitos con ella.

— Voy al despacho de Olivia — dije a Carlota antes de que me empezara a poner la cabeza a reventar.

— No está — dijo con voz temblorosa.

— ¿Cómo que no está?

— Me dejó su renuncia firmada, comentó que no quiere saber nada más de ti, ni mucho menos de la financiera, que ahora tiene claro que se va a Londres a trabajar y me pidió que te dijera que si te queda un ápice de dignidad no la llamas ni molestaras, te dejó una carta en la mesa de tu despacho.

Creí que me moría, no podía irse a Londres, no podía perder aquello que ahora había recuperado en mi vida...

Me dirigí hacia mi despacho y cogí la carta impresa que había dejado sobre la mesa.

Alexis,

^a
No te mereces ni que pierda el tiempo en escribirte, pero quiero dejarte claras mis intenciones para que no hagas algo que solo empeore las cosas.

No esperaba esto de ti, solo por los cálculos y lo que te dijo esa chica de “dos semanas” me hace saber que estabas con las dos a la vez. Llámalo como quieras, me da igual que en aquellos entonces no tuvieras sentimientos hacia mí, pero no hay peor humillación para una mujer que saber que el hombre con el que se acostaba no lo hacía con ella solamente.

Siempre dije por las cosas que pasaron en la oficina que no entendía cómo podían hacerle esos a sus parejas, que yo no perdonaría algo así. Te repito, no éramos nada, pero yo tampoco era una cualquiera y sabías que estaba muy tocada por lo que le pasó a Jorge, el que fue el amor de mi vida. Sabías que era vulnerable y frágil, por esa razón esto te hace más canalla.

Me alegro de que hayas recuperado a tu hija, de que puedas vivir esa relación que estoy segura de que te mereces, sobre eso no tengo la más mínima duda.

A mí te pido que si tienes un poco de dignidad no te acerques, no hagas por llamarme, no quiero saber de ti y si conoces ese concepto, te pido que me respetes.

Me iré a Londres en el primer vuelo que pueda. Me ofrecieron la incorporación inmediata si decidía aceptar las

condiciones y tenía la oferta abierta para tres meses. Creo que es lo mejor que puedo hacer, irme a vivir una vida nueva, a olvidarme de este dolor que hoy siente mi corazón, a buscar la razón que me haga entender que puedo encontrar la felicidad en mí y no en nadie. Solo Jorge supo amarme y respetarme de verdad, esperar las cosas que me hicieron falta.

Te repito, no me molestes, tienes mi renuncia, no me apetece hablar contigo, no hay ni una sola razón en el mundo que sea capaz de hacerme perdonar algo así, llámame antigua, lo que quieras, pero es mi forma de sentir.

Cuéntale lo que quieras a Lucía, pero dile que la quiero y que la echaré mucho de menos.

Sé feliz y aprende que la calidad siempre está por encima de la cantidad.

Olivia.

;

2

condiciones y tenía la oferta abierta para tres meses. Creo que es lo mejor que puedo hacer, irme a vivir una vida nueva, a olvidarme de este dolor que hoy siente mi corazón, a buscar la razón que me haga entender que puedo encontrar la felicidad en mí y no en nadie. Solo Jorge supo amarme y respetarme de verdad, esperar las cosas que me hicieron falta.

Te repito, no me molestes, tienes mi renuncia, no me apetece hablar contigo, no hay ni una sola razón en el mundo que sea capaz de hacerme perdonar algo así, llámame antigua, lo que quieras, pero es mi forma de sentir.

Cuéntale lo que quieras a Lucía, pero dile que la quiero y que la echaré mucho de menos.

Sé feliz y aprende que la calidad siempre está por encima de la cantidad.

Olivia.

pasión

pasión

Capítulo 1



Preparaba el Cola Cao de Lucía mientras me miraba de lado, con la cabecita apoyada en sus manos, que estaban sobre la mesa.

— ¿Hoy qué día es, papá? —sus ojitos denotaban que deseaba dormir más.

— Es viernes y mañana te podrás levantar más tarde, pues ya es el último día de colegio hasta septiembre — sonreí.

— ¡Mis vacaciones! — reía.

— Y las mías, hoy avisaré a los chicos de que este verano pisaré poco mi despacho. Tú y yo lo vamos a disfrutar a tope, pequeñaja — le hice un guiño.

— ¿Y vamos a ir a buscar a mamá princesa?

— Bueno, no sé si será buena idea — sonreí negando y pensando que ojalá fuera así de fácil.

Habían pasado dos meses desde el fatídico día en el que Helga apareció por sorpresa en las oficinas, causando la renuncia de Olivia y motivando su marcha a Londres, así como su advertencia de que no me inmiscuyera en su decisión. Según pude saber, se marchó en tan solo dos días.

Dos meses desde que también me concedió Cata la custodia compartida de la niña. Para mi sorpresa, un mes después pasé a disfrutar de su custodia en exclusividad.

Y es que un buen día su madre decidió renunciar a Lucía, así de simple y triste. Tan pronto fue consciente de que

ya no me podía joder a través de nuestra hija, decidió que no la quería a su lado, pues la niña pasó a ser una molestia que obstaculizaba su pleno y artificial disfrute con Héctor.

La pequeña casi lo celebró. En mi casa, que ya era la nuestra, estaba más tranquila. No en vano, en la de su madre y Héctor la niña había pasado a un segundo plano, siempre en manos de Lía, así que no la vi triste en ningún momento, todo lo contrario.

De aquella inesperada forma, pasé a tener de un día para otro lo que más ansiaba en la vida, la compañía de mi peque, de la que durante tanto tiempo me vi privado injustamente.

Por esa parte, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados que me tenía entusiasmado, pero por la parte que tocaba a la otra mujercita de mi vida, me estaba costando bastante levantar cabeza.

Lo pasé muy mal el primer mes, era como un muerto viviente. Mi vida había quedado casi truncada desde el instante en que Olivia se marchó de la empresa para no volver más. Ahora lo sobrellevaba, trataba de volcarme más en la pequeña y no quería transmitirle la tristeza, aunque ella no había día que no preguntara por su mami princesa.

Después de los complicados momentos iniciales, en Disney, Olivia y Lucía sellaron un pacto de amistad que mi hija no olvidaría tan fácilmente. Pensar en aquellos días equivalía al mismo dolor de que me clavaran un puñal. Era incapaz incluso de ver las fotos y vídeos.

Le di su Cola Cao y le preparé en la bolsa el desayuno para la hora del recreo.

— Papi, mi último día — reía besándome en la puerta del colegio.

— Claro, cariño. Luego te invito a comer donde quieras para celebrarlo.

— Vale, vamos a comer hamburguesas — me besó en la mejilla y entró hacia la fila de su clase.

Nos habíamos acoplado perfectamente al ritmo de vida diario. La presencia de Lucía me centraba mucho y era como si el tiempo que vivió sola con Cata no hubiera existido. Reseteamos y recobré mi vida, la de antes de perder a mi niña.

Desde que tenía a la pequeña entraba más tarde a trabajar y salía más temprano. Aunque contaba con la ayuda de Fina, quería encargarme personalmente de ella, al menos por el momento.

— Buenos días, Carlota — sonreí.

— Buenos días, jefe. Ahora mismo te llevo el café.

— Gracias.

Entré en la oficina y avisé a todos por el Messenger de que los quería en la sala de reuniones en una hora.

Carlota no tardó en venir con la taza. No me contó ningún chisme, pues sabía que yo no estaba bien y como que guardaba un poco las distancias.

Me notaba peor en los momentos en los que no gozaba de la compañía de Lucía, pues mi sensación era la de ser un barco a la deriva. Lo de Olivia había dejado una gran brecha en mi vida. Me costaba reír, me costaba casi vivir

Me sentía como si con ella se hubiera llevado una parte de mi vida que no iba a volver a recuperar y lo de conocer a otras mujeres ni se me pasaba por la cabeza. Lo que yo sentía por Olivia era algo demasiado fuerte como para volver a sentirlo con facilidad por nadie, así que pasé a refugiarme en la niña de mis ojos, Lucía.

Trabajé y preparé los expedientes que iba a repartir entre Daniel, Fernando y Davinia. Quería que ellos llevaran todo lo mío y yo pasaría a revisar una vez por semana.

Me reuní con los chicos y les conté que me cogía casi vacaciones hasta septiembre, que necesitaba organizar mi verano con Lucía.

—Jefe, el tiempo que necesites, ya sabes que sabemos de lo que va el tema. E incluso prometemos portarnos todo en tu ausencia como si fuéramos personas responsables—bromeó Daniel.

—Gracias, Daniel, eso ya me deja mucho más tranquilo—reí.

—Lo que ha querido decir este descerebrado es que nos las podemos apañar bien solitos—Davinia me hizo un

guiño de ojo.

Le sonreí y los miré con emoción: eran buenos profesionales y mejores personas. Elba y Fernando asintieron con la cabeza.

Todos y cada uno de ellos sabían que no pasaba por un buen momento y yo sabía de antemano lo que me dejaron claro en la reunión: que podía contar con ellos. Además, julio y agosto eran dos meses flojos en los que no solía entrar trabajo nuevo. El fuerte era el período de septiembre a junio, así que ellos se irían turnando para coger sus vacaciones.

Les pedí que cada expediente cerrado se lo dieran a Carlota para que lo dejara en mi despacho. Por supuesto, yo los supervisaría en esa visita semanal. Mientras, ellos estaban perfectamente capacitados para tomar las decisiones sobre dichos documentos.

No era una despedida, me dejaría caer por allí cada semana, pero sí constituía una manera de disfrutar con Lucía, de compensar todo el tiempo que habíamos perdido.

Poco a poco fueron saliendo en dirección a sus despachos y solo se quedó Carlota.

—Alexis, yo creo que has acertado de pleno en tu decisión, que lo sepas—me cogió cariñosamente del brazo—
¿Cómo estás?

—Estoy, Carlota.

—¿Y tú?

—Yo ya muy bien, deseando también disfrutar mis vacaciones con Martina.

s

—¿Tienes algo pensado?

—No mucho todavía, ya veremos lo que hacemos—rio— Y tú lo mismo, disfruta de tu Lucía que te ha costado mucho poder hacerlo. Todavía no puedo creer lo de nuestros ex, desentenderse por completo de nuestros hijos...

—Pues sí, pero en el fondo nos han hecho un favor y, si te soy sincero, me sorprende más de Tony, de Cata yo me podía esperar cualquier cosa.

—Pues sí, ¡pero anda y que los zurzan a los dos! —salió andando tan contenta.

No debía haber mayor verdad que esa que dicen de que el tiempo lo cura todo porque Carlota estaba magnífica. En mi caso costaba más, sobre todo porque era yo el que había metido la pata.

Trabajé hasta la una y media, hora en la que salí de allí dispuesto a hacer otro tipo de vida durante los dos meses y medio que me quedaban por delante hasta la incorporación de nuevo de Lucía al colegio.

5

Me iba a venir bien estar un tiempo más desconectado de un despacho que me traía demasiados recuerdos. En ocasiones tenía que frotarme los ojos porque creía que Olivia entraba por la puerta, con su luminosa sonrisa.

Incluso era un tormento salir por un pasillo en el que la vista se me iba irremediabilmente hacia el que había sido su despacho. Su puesto había quedado momentáneamente vacante, había sido incapaz de permitir que nadie la sustituyera. Hasta eso me costaba.

Dejaba atrás a unos grandes profesionales, aparte de a los líos que seguía habiendo en la oficina.

Daniel y Carlota seguían teniendo encuentros furtivos como Fernando y Davinia, los cuales seguían planeando sus escauceos a espaldas de la pareja de este, ya que ella se separó y se fue a vivir sola.

Elba consiguió volver a tener confianza en sí misma y no temer porque le volviera a pasar nada parecido a lo que nos mantuvo a todos en vilo, pero en general, la empresa seguía con las mismas historias que dos meses atrás.

En cuanto a mí, mi alma estaba dividida, esa era la realidad. Había tocado el cielo con las manos, ese mismo que se derrumbó de la forma más inesperada. Me dolía una barbaridad pensarlo, en parte yo tenía la culpa.

Me subí en el coche y me dirigí al cole de Lucía. Recogerla a la salida era un ritual diario que, bajo ninguna circunstancia, estaba dispuesto a perderme.

Saludé a algunos de los padres y madres que allí estaban. Había que socializar con ellos por el bien de mi niña y solíamos acudir a los cumpleaños de sus compañeritos, igual que ellos harían cuando llegara el turno del de Lucía

— Papi — corrió hacia mí para darme un abrazo.

— Hola, mi vida — la abracé cogiéndola en volandas y besuqueándola.

— ¿Dónde me vas a llevar de vacaciones? — preguntó mientras la situaba en el asiento trasero.

— Pues no había pensado en ello, pero algo tendremos que hacer.

— Yo quiero ir unos días al sur a casa de los abuelos — reía.

— Claro, te dejaré allí unos días el mes que viene.

— ¿Y ahora qué mes es?

— Junio — reí — pero ya se está acabando, dentro de ocho días es julio.

— ¿En ocho días me llevas con los abuelos?

— No — volví a reír — durante el mes te llevaré unos días, pero no tiene que ser a comienzos.

— Vale — sonreía mirándome por el espejo retrovisor.

Paré delante de su restaurante favorito. Pedí el menú infantil para ella y el normal para mí, así que ese día comimos hamburguesas con patatas.

— Papi, quiero ir a ver a Olivia — puso cara de tristeza.

— Y yo — me encogí de hombros — Ya sabes que no es fácil.

— No quiere hacer las paces contigo — su tono era triste.

— Sus razones tiene — le hice una burla para que se riera.

— ¿Cómo se llama dónde está ella?

— Londres.

— Pues yo quiero ir de vacaciones a Londres — rio.

— ¿En serio?

— Sí.

— Pero no la vamos a ver — arqueé la ceja.

— Lo mismo nos la encontramos por la calle — sonreía pensando en esa posibilidad.

— Es difícil — le saqué la lengua. Aunque yo sabía dónde trabajaba y hasta la calle en la que vivía. Elba tenía mucho contacto con ella, solo que le pedía que no le hablara de mí, pero se llevaban genial y se seguían en las redes por las que hablaban por privado.

— ¿Cuándo vamos a ir?

— Se te metió la idea en la cabeza — reí.

— Quiero ir — protestó cruzando de brazos.

— ¿Y si no la vemos?

— Bueno, pero lo intentamos — decía con pena.

— ¿Sabes qué te digo?

— ¿Qué?

— ¡Nos vamos a Londres!

— ¿De verdad? — su rostro de emoción era lo que me faltaba para animarme.

La idea de Lucía, aunque en principio podía parecer descabellada, me entusiasmó. No sabía si era porque por recuperarla me hubiera agarrado a un clavo ardiendo, pero la inocencia con la que ella propuso el viaje propició que me tirara a la piscina.

Mientras comíamos me puse a mirar vuelos en el móvil y para el lunes había algunos con unos horarios buenos.

Miré un apartamento por alrededor de la zona de Portobello Road, la misma donde ella vivía y ¡bingo! Encontré uno perfecto y lo reservé por una semana. Después ya vería si volvíamos antes o alargábamos la estancia en ese lugar o en otro. Íbamos a la aventura y con vuelo de ida únicamente.

Comprados los billetes y reservada la estancia, ya solo quedaba hacer la locura de mi vida, intentar simular un encontronazo casual con Olivia y sabía que para ello iba a contar con la ayuda de Elba en todo momento, pues me mantendría al tanto.

Nos fuimos a comprar ropa para Lucía. Había crecido mucho en los últimos meses y se había quedado con pocas prendas, de modo que aproveché para renovarle todo el armario.

— Papi, quiero ese vestido de hada — señaló a uno que parecía un disfraz con la falda de tipo tul y la camiseta de tirantes con Campanilla.

— Vale — reí negando.

— Papi y quiero ese bañador de fresas, me encanta — lo señaló sonriente.

Su papi le compró todo lo que pidió por esa boca, más que nada porque me derretía de amor y era la única personita que tenía en mi vida ¿Cómo no la iba a consentir?

Llegamos a casa repletos de bolsas, cuyo contenido nos pusimos a colocar en su dormitorio, aquel que un día decoré totalmente a su gusto, una especie de Disney en miniatura que lograba que mi peque fuera totalmente feliz en su rincón mágico.

Disfrutamos colgando la ropa. A ella le fascinaba verla en su armario en sus bonitas perchas infantiles. A su corta edad, era súper coqueta, aunque, a Dios gracias, ya de una manera natural, ¡nunca había vuelto a mencionar lo de ser influencer!

Nos sentamos sobre la cama y ella empezó a provocarme para que le hiciera cosquillas. Era un poco masoquista. Primero las pedía y luego se volvía loca gritando que parara, entre interminables carcajadas.

Con Lucía estaba viviendo un momento increíble. Después de que me hubieran faltado, ahora apreciaba hasta no poder más cualquier ratito que compartíamos, las cosas más pequeñas y sencillas.

Cenamos una ensalada con un sándwich de jamón york y queso, mientras veíamos unos dibujos que a ella le encantaban.

— Papi ¿Cuánto falta para irnos a Londres?

— Mañana no, pasado tampoco, el otro sí — se lo explicaba así para que me entendiera.

— Vale dos días más aquí y al tercero nos vamos.

— Eso es, preciosa — le hice un guiño y ella sonreía feliz—¿Estás nerviosa?

—Un poquito.

—¿Y tú?

—El otro poquito que te falta a ti—se llevó la mano a la boca y se echó a reír.

Tras la cena, le dije que se lavara los dientes porque la notaba rendida y sabía que no iba a aguantar. De hecho,

pronto se quedó dormida en el sofá. La llevé en brazos a su dormitorio cuando me fui a acostar. La miraba y me hacía sonreír. Lucía era, sin duda, mi mayor tesoro, representaba mi vida.

Después me acosté y ese era el temido momento en el que la cosa cambiaba. Podía parecer que estaba solo, pero por la noche aparecían todos los fantasmas, con nombre de culpa, arrepentimiento y tristeza.

Había pasado ya un tiempo y todavía me daba la impresión de oler a Olivia en mi almohada, a la que me aferraba con fuerza cada noche. Me resistía a pensar que el destino me hubiera devuelto a mi hija al mismo tiempo que me había arrebatado a mi amor. ¿Qué clase de broma cruel era esa?

pronto se quedó dormida en el sofá. La llevé en brazos a su dormitorio cuando me fui a acostar. La miraba y me hacía sonreír. Lucía era, sin duda, mi mayor tesoro, representaba mi vida.

Después me acosté y ese era el temido momento en el que la cosa cambiaba. Podía parecer que estaba solo, pero por la noche aparecían todos los fantasmas, con nombre de culpa, arrepentimiento y tristeza.

Había pasado ya un tiempo y todavía me daba la impresión de oler a Olivia en mi almohada, a la que me aferraba con fuerza cada noche. Me resistía a pensar que el destino me hubiera devuelto a mi hija al mismo tiempo que me había arrebatado a mi amor. ¿Qué clase de broma cruel era esa?

Capítulo 2



Me asomé a la habitación de Lucía. Estaba durmiendo a pierna suelta, sonreí y me fui a la cocina a prepararme un café.

Miré las redes y me metí en el perfil de Facebook de Olivia.

No solía subir nada de su vida personal, solo compartía cosas que le gustaban y de vez en cuando cambiaba su foto de perfil, así que no encontré nada nuevo.

— Papi me hago pis — apareció por la cocina frotándose los ojos.

— Pues ve al baño cariño — me acerqué a ella y la besé.

— Ven conmigo y me esperas en la puerta, que soñé que aquí había un oso que andaba solo — puso cara de pena.

— Normal — reí tocándole la cabeza — Si es que tienes muchos osos en la habitación.

Desde que compramos el oso en el aeropuerto y lo envasamos al vacío, se desató la locura. Y es que a Lucía le daba terror tocarlo, pues pensaba que el oso se iba a vengar de lo que le hicieron. Por esa razón, ni se quería deshacer de él, ni lo quería tocar, allí lo tenía en lo alto de un mueble.

Esperé en la puerta mientras ella sonreía haciéndome caras. Era todo un personaje, pasaba del terror a la risa en un solo instante.

Nos fuimos a la cocina y le preparé el desayuno.

— Mañana no, pero el otro nos vamos — dijo convencida.

— Si, vida — le hice un guiño.

— Papi, hoy no quiero salir a la calle, quiero quedarme en la piscina — señaló al jardín.

— Si cariño, hoy nos vamos a quedar aquí, además van a venir a comer Carlota y Daniel, les puse anoche un mensaje.

— Me hace mucha gracia Carlota — reía nerviosa.

— Si — sonreí.

No es que tuvieran nada formal, pero le dije a Daniel que se acercara por casa y me contestó que estaba quedando con Carlota para hacer algo, así que me visitarían los dos, idea que me parecía genial. De siempre me había caído muy bien esa chica.

— Papi, si me visto de Bella para ver a Olivia, lo mismo se acuerda de mí.

— Vida — me acerqué a ella— no lo dudes, claro que se acuerda de ti.

— Pero no me llama — su rostro reflejó una profunda tristeza.

— Cariño, está en otro país, en un nuevo trabajo y un poco enfadada con papá, pero estoy seguro de que te echa mucho de menos y está deseando hablar contigo.

— Y si ella me ve en su país de ahora y la saludo ¿me saludará?

¹

— Vamos, no tengo la menor duda, te comerá a besos.

Mi seguridad ya le sacó una risa floja, se puso contenta. Por mi parte tenía claro que así sería si nos la encontrábamos, a ella no le iba a volver la cara.

Conmigo sería otra cosa, lo mío era harina de otro costal, ni me miraría. Le puse el bañador y le extendí crema, en aquellos días el sol comenzaba a apretar.

Se puso a jugar en la zona vallada del jardín. A la piscina no podía pasar si yo no le abría, aunque ella no era atrevida sino todo lo contrario, muy precavida. Y eso pese a que sabía nadar muy bien.

Yo la miraba desde la cocina mientras preparaba la carne que había pedido a una carnicería de confianza que tenía servicio a domicilio inmediato, así que la preparé en bandejas para luego hacerla a la barbacoa.

Un rato después, aparecían los chicos sonrientes con unas bolsas de cartón y unos vinos dentro.

— Hola, jefe — dijo Carlota.

— Hola, guapa — le di un beso.

Luego me abracé a Daniel mientras Carlota atravesaba la casa para ir a ver a la pequeña Lucía.

Sacamos la carne y las copas con la botella de vino, nos acomodamos en la mesa de al lado de la barbacoa.

Carlota se acercó a coger la suya y le dio un trago.

— Dice la niña que os vais pasado mañana a Londres — arqueó la ceja y Daniel me miró sin entender nada.

— Nos vamos, me lo pidió con insistencia y...

— ¡No me lo puedo creer! ¿Es verdad? — se puso Carlota las manos en la boca.

— Totalmente cierto.

— ¿Y crees que le sentará bien a Olivia? — preguntó Daniel preocupado.

— A ver, no nos espera y yo sé cómo coincidir, además vive en una calle

1 donde ponen uno de los mercados más importantes de Londres, puedo crear la ocasión perfecta para toparnos. A la niña la va a saludar sin dudarle. En cuanto a mí, ya se verá cómo reacciona, no creo que me monte un pollo delante de Lucía, como máximo se irá y punto redondo.

— ¡Juégatela! — dijo con decisión Carlota.

1 — Bueno, yo también me la jugaría — respondió Daniel riendo.

— Sé que es una locura, pero la niña me lo pidió y yo lo voy a intentar. Al menos, si consiguiera explicarme, no sé, no espero que me entienda, pero sí que me oiga. Quizás podríamos comenzar a hablar, echo mucho en falta eso, me parte el alma que hayamos terminado de una manera tan brusca.

Y esa era la verdad. Sentía rabia de haber perdido por completo a una de las personas más importantes de mi vida, pues ella lo era. Ni siquiera nos saludábamos como dos conocidos, aunque fuera por las redes. Olivia levantó un muro entre nosotros y yo no era nadie para escalarlo, pero tampoco me iba a privar de propiciar ese encuentro casual.

Lucía se unió a nosotros y empezamos a dar buena cuenta de la comida y la bebida.

—Carlota, ¿por qué no has traído a Martina? —Lucía adoraba a su hija.

—Cariño, porque hoy estaba con sus abuelos.

—Pues otro día la traes, que vosotros charláis de cosas de mayores y yo quiero jugar con Martina.

—Es verdad cielo, hemos sido unos desconsiderados, pero te prometo que el próximo día la traemos con nosotros. A cambio, yo te aseguro que después jugaré contigo.

—¿A princesas?

—A lo que tú quieras—a Lucía se le encendió la carita.

En ese momento caí en la cuenta de que, por mucho que mi niña y yo estuviéramos perfectamente acoplados, a ella le venía sensacional un referente femenino.

Lucía pidió permiso para levantarse de la mesa, pues deseaba saltar y brincar por el jardín.

—¿Y tú? —le pregunté—¿Cómo es posible que aguantes a este cenutrio?

—Ni idea—se encogió de hombros.

—¿Y piensas hacerlo por mucho tiempo?

—Poco, poco ya...

—¡Joder! Estoy aquí, os lo recuerdo—Daniel hizo un gesto con la mano para recordarnos que existía.

—¿Y eso? —yo le seguía la corriente a Carlota, divertido.

—Pues porque yo creo que le van a dar pronto morcillas, que ya sabéis lo que se dice, para veinte centímetros de chorizo, no voy a cargar con el cerdo entero...

Nunca había escuchado esa frase y me desternillé de risa.

—¡Y luego el cenutrio soy yo! —a Daniel se le salían los ojos de las órbitas.

—Pues a mí—volvió a dirigirse Carlota con mucha gracia a mi lado, como si él no estuviera—o me pone un anillo en el dedo y me confirma que hay planes de futuro o me pierde.

—Tenías que hacerlo, ahora ya me ha dado alergia—se quejó Daniel.

—¿Hacer qué? —preguntamos ambos al unísono, riendo.

—Nombrar lo del dichoso anillo, ya me pica todo, no sé cómo os puede gustar tanto un sarao de esos con bodorric incluido—rió y nos contagió a los demás.

Carlota se levantó y pasó la tarde pendiente de Lucía, quien la buscaba de forma cómplice y la abrazaba continuamente, se llevaban muy bien.

Charlé a tope con Daniel y me entendió a la perfección. Necesitaba volver a ver a Olivia, saber si podía mirarme a los ojos, comprobar que aún quedaba un poco de luz en todo aquello que se volvió oscuro aquel aciago día.

Al final hasta se permitió bromear al respecto, para animarme.

—Vamos, que a ti sí que no te importaría volver a pasar por la vicaría, con tal de tenerla.

—Absolutamente nada.

—Debemos ser de otra especie—rió.

—Pues debe ser eso, porque yo te garantizo que de ser tú no me dejaba pasar a Carlota, así como así.

—Sírreme otro poco de vino y cierra el pico, anda.

En aquella agradable sobremesa me sinceré bastante con él. Hasta ese momento habíamos hablado del tema, pero no a fondo. Le conté los últimos planes que tenía para Olivia antes de la aparición de Helga, lo de irnos a vivir juntos y tal...

—Me estás dejando alucinado. No me extraña que lo hayas sentido tanto, en ese caso...

o

—¿Entiendes ahora por qué digo que en tu caso no me lo pensaría? Nunca se sabe cuándo pueden precipitarse los acontecimientos y quedarse uno sin la oportunidad.

—Y dale, pero será por mujeres... Ya me conoces y, aunque ella me gusta tela, si no es una, será otra.

Estaba claro que Daniel y yo debíamos ser de planetas distintos. Disfruté muchísimo con la compañía de mis

o amigos aquella tarde, pese a que he de reconocer que verlos juntos me trajo muchos recuerdos.

A la hora de merendar saqué unos dulces deliciosos de los de la pastelería de Fabián. A mi peque le encantaban y se puso la cara como un payaso con uno de chocolate y fresa.

—¡Quieta Lucía!

—¿Qué pasa? —se sobresaltó.

—Foto, foto, espera, tienes una foto sensacional—reí, me había aficionado mucho a captar imágenes de su día a día.

—Ni se te ocurra papá, así no—intentó poner las manos delante de la carita, pero llegó tarde.

—A ver, a ver...

—Mira, es divertidísima...

—¡Bórrala, bórrala! —se quejaba.

—No, cariño, si estás monísima.

—No papi, que luego la vas a enseñar y yo tengo una reputación que mantener...

Nos tuvimos que reír tela con su comentario.

—Sí, Lucía, yo creo que tu papi te va a chantajear con ella—a Daniel le encantaba picarla.

—¿Chantajearme? ¿Eso qué es?

—Pues más o menos lo que tú me haces a mí poniendo cara de pena cada vez que quieres conseguir algo—reí.

—Pero no lo entiendo...

—Pues que cuando tengas un novio tu papi le va a enseñar esa foto—allá iba él otra vez.

—No, mi papi no haría eso—contestó ella muy decidida.

—Si haces lo que yo quiero y llegas temprano a casa, no tendré por qué enseñarla—ella estaba más ofuscada por momentos.

—Pero eso es, eso es...

—Eso es chantaje—le dio Daniel un golpecito en la espalda—Observo con alegría que aprendes pronto.

—Yo de ti no la haría rabiarse que no sabes si estás ante tu próxima jefa—Carlota participaba también de la broma.

—¡Joder!

—¡Eh tú, esa lengua! Contrólala que ya es la segunda vez que dices un taco delante de la niña.

—Sorry, pero que digo yo que cuando Lucía tenga la edad de heredar el “Imperio Montalvo” yo ya podré jubilarme, ¿o es que se va a jubilar solo el jefe?

—Al paso que vamos, con el tema de las pensiones, no lo dudes. Tú y yo vamos a tener que trabajar más que lo que dura un martillo metido en manteca—Carlota le daba unos ánimos...

—Mira, no seas pájaro de mal agüero, eso te ocurrirá a ti.

—¿Y a ti qué?

—Yo, vendo mi casita y me vengo aquí a pasar un retiro dorado con mi mejor amigo.

—Anda, anda, no me seas pelota y sí, solo me faltaba a mí tenerte a mi vera toda mi vejez—reí.

—Me estás haciendo daño en el corazoncito—se hacía el ofendido—¿Se te ocurre alguna compañía mejor, jefe?

—No me tires más de la lengua, haz el favor, que en bastantes líos me has metido ya.

De vez en cuando me daban todavía ganas de cogerlo por el pescuezo por lo que pasó con las suecas, aunque estaba claro que el tonto fui yo porque no supe decir que no y Daniel no sabía nada de nada de lo mío con Olivia en aquellos días.

Estuvieron con nosotros hasta por la noche, inclusive cenamos unas pizzas que pedimos. Se despidieron deseándome mucha suerte, esa que necesitaba que se posicionara de mi lado.

—Me estás haciendo daño en el corazoncito—se hacía el ofendido—¿Se te ocurre alguna compañía mejor, jefe?

—No me tires más de la lengua, haz el favor, que en bastantes líos me has metido ya.

De vez en cuando me daban todavía ganas de cogerlo por el pescuezo por lo que pasó con las suecas, aunque estaba claro que el tonto fui yo porque no supe decir que no y Daniel no sabía nada de nada de lo mío con Olivia en aquellos días.

Estuvieron con nosotros hasta por la noche, inclusive cenamos unas pizzas que pedimos. Se despidieron deseándome mucha suerte, esa que necesitaba que se posicionara de mi lado.

Capítulo 3



— Papi, mañana nos vamos a ver a Olivia y yo llevo la pasada de Minnie que se dejó aquí — apareció por la cocina con ella en la mano.

— Buenos días, princesa ¿Se la vas a llevar?

— Sí, le voy a decir que fui a buscarla para devolvérsela — sonreía emocionada mientras yo la abrazaba.

— Creo que es una buena idea, ya tenemos una coartada para aparecer — reí mientras me separaba para preparar el desayuno.

— ¿Qué es una coartada?

— Es tener una excusa para ir a buscarla y esa de la pasada puede ser una — le hice un guiño.

— Pues yo le diré que fui a buscarla porque quería que tuviera ese recuerdo de las dos en nuestro castillo — apoyó los codos sobre la mesa y puso su carita entre sus manos — Está muy enfadada contigo, lo sé, pero conmigo no — se encogió de hombros.

— Contigo no, vida.

— Pero tú me dices que está fuera trabajando y muchas cosas para no ponerme triste.

No era tonta, a pesar de su corta edad entendía perfectamente que entre nosotros estaban las cosas mal.

— Cariño, no tienes que estar triste, nosotros vamos a ir y pase lo que pase no lo estés, al menos vamos a intentar

que nos escuche — le hice una caricia en la mejilla y me puso una carita para derretirse.

— Pero tú me has dicho que a mí sí me escuchará.

— Claro, a ti, veremos a mí — reí y le causé una risa.

— Bueno si a ti no te habla yo le digo lo que le quieras decir y a ti te digo lo que yo quiera.

— ¿Cómo que lo que quieras? — me reí al ver que se había liado.

— Si al uno y al otro lo que diga ella, tú o al revés — negó.

— Ahora creo que te he entendido — solté una carcajada.

Después de desayunar estuvimos cogiendo muñecas y juguetes para sacar al jardín. El día estaba buenísimo, así que se puso a jugar y yo a revisar emails. Precisaba estar atento a todo, aunque no físicamente. De todos modos, no había nada, raro domingo entraba algo.

El timbre sonó y nos miramos extrañados, ya que no esperábamos a nadie. Me dirigí hacia el vídeo portero y vi el coche de Daniel y él por la ventanilla saludando a la cámara.

Abrí y metió el coche en el jardín.

La cara de Lucía al ver a Martina era un poema, venía con Carlota y Daniel. Las niñas corrieron al encuentro la una de la otra.

— ¿Y esta sorpresa? — reí mientras le daba un beso a Carlota y un abrazo a Daniel.

— Sabíamos que no ibais a salir y como teníamos que distraer a la niña pensamos que aquí con Lucía se lo iba a pasar fenomenal y nosotros también — dijo Daniel sonriendo ampliamente.

— No está mal pensado — reí y pasamos a la cocina.

Ella se quedó charlando con las niñas. Nosotros fuimos a coger una botella y unas copas, volvimos a salir y nos sentamos sobre la mesa, a la que no tardó en unirse Carlota.

— Yo cuando sea mayor quiero una casa así — cogió la copa y se sentó mirando a las niñas que jugaban a las muñecas — Por cierto, vosotros dos — nos señaló a Daniel y a mí — lo que se habló del crucero quiero que lo penséis, tengo ganas yo de un cachondeo de ese calibre — sonrió con ironía.

— Cariño — dijo Daniel haciéndome pensar que esa palabra afectuosa era porque detrás venía una de las suyas — que si quieres una vuelta en barco yo alquilo uno del muelle una horita — sonrió con maldad.

— Anda vete a cagar — respondió Carlota con cara de desprecio, causándonos una risa.

— Joder cómo le hablas al jefe — dijo Daniel en tono bromista, pero haciendo el papel de alucinar.

— Te lo he dicho a ti, no lo metas a él — resopló.

— Bueno, haya paz. Se valorará lo del crucero. Creo que es una idea que puede fascinarle a Lucía y si encima llevas a Martina, pues una semana de relax que nos tomamos todos.

— ¿Y cerramos la empresa?

— Siempre la cerramos quince días en verano, hacemos que coincida con la semana del crucero.

— Joder jefe, pensé que nos darías otra semana más libre — bromeó Daniel.

— Tienes un mes, como todo español, solo que durante quince días están cerradas las oficinas — sonreí.

— Pues yo quiero el mes y los quince días — dijo Carlota moviendo la copa.

— Y yo y yo — levantó el dedo Daniel.

— ¿Me vais a dar el domingo? — voltee los ojos.

— Bueno — hizo un gesto con la mano como diciendo que valía — pero piensa lo del crucero que debe ser bonito ver a todos tus empleados juntos de vacaciones.

—Lo pensaré, lo pensaré, pero un poco de relax que me estáis poniendo la cabeza como un bombo.

—Tú te estresas muy pronto—Daniel me tiró con un par de servilletas de papel con las que acababa de hacer una bola.

—¡Serás cafre! Tú no te aburres, ¿no? —miré a Carlota que se empezaba a partir de risa.

—¿Yo? Ni un poquito...

—¿Ves, jefe? Arte que tiene uno. A las mujeres hay que tenerlas entretenidas, que, si no, les da por pensar y eso es peligroso.

—Pero ¿serás? Todavía no sé cómo te soporto.

—Porque soy un animal en la cama y te pongo taquicárdica, reconócelo.

—Sí, hombre, no hablaría yo de esas cosas más que en presencia de mi abogado.

—Estamos entre colegas, larga Carlota, que quiero yo saber del palo que va aquí el presumido este.

—¿Y qué me darás a cambio?

—¿Qué quieres?

—El pico ese más de vacaciones del que estamos hablando.

—Se las das a ella y a mí no y no me vuelves a ver el pelo, así que ojito— Daniel me señaló.

—¡Vaya revolución! —prefiero no saber nada, que me va a costar demasiado la información privilegiada.

)

—¡Ea! Ya se nos ha fastidiado el chiringuito y yo que creí que iba a sacar tajada de mi exclusiva—Carlota ponía morritos como si estuviera posando.

Las niñas vinieron corriendo y chillando.

—¡Papá! Hay un oso allí, donde la piscina—la cara de Lucía reflejaba terror.

¡Ay, Dios! Ya hasta en el jardín y a plena luz del día, desde luego que iba a terminar soñando con los dichosos plantígrados.

—Lucía cariño, no hay osos en el jardín, no asustes a Martina.

í

—¡Mamá, mamá! Lucía dice que en esta casa hay osos y que atacan.

—No, hija, eso no es verdad, Lucía se ha equivocado. Aquí no hay osos que muerdan, aquí el único animal que muerde es este—señaló a Daniel.

—¿Tú muerdes? —le preguntó Lucía.

—Pero muy poquito, se levantó y se fue corriendo detrás de ellas haciendo como que sacaba unas garras. Las niñas corrían despavoridas, muertas de risa.

Al llegar al borde de la piscina, las peques unieron fuerzas y empezaron a

hacerle cosquillas. A Daniel su reacción le cogió por sorpresa y, entre eso y que había salido corriendo descalzo, resbaló y fue a dar un espaldarazo de miedo en el agua.

—¡Yo me voy a cagar en todo lo que se menea! Por esto, por esto hay que tener a los niños lejos. Son peligrosos, vosotros como sois sus padres, no sois conscientes—salía de la piscina con la espalda roja y blasfemando en broma.

Los demás nos reíamos a mandíbula batiente.

—Vamos, anda, que a bichos más peligrosos has tenido tú muy cerca y no te has quejado—reí.

—Sí, pero obtenía un beneficio...

—Y ahora también, las niñas te adoran—Carlota sacaba su venita irónica— Niñas, ¿a qué queréis al tío Daniel?

—Mucho—cada una se cogió a una pierna y no lo dejaban andar.

—Daniel, estoy preocupado, dime que estás vacunado de la rabia, no le vayas a pegar algo a las peques.

—¿A las peques? A estas lo que les voy a dar son dos collejas a cada una, una para ellas y otra por si la pierden, pero a los padres sí que os voy a dar para el pelo.

Carlota, aun sin querer decir nada porque las niñas estaban delante, puso una carita muy graciosa, como diciendo que a ella le diera lo suyo más tarde.

—Nada, tú estás muy graciosa, pues de mí te olvidas—se hacía el digno.

—Vale, vale, ya te lo recordaré luego...

Era muy divertido estar con ellos. Se pasaban el día como el perro y el gato, aunque en el fondo se llevaban fenomenal. Otra cosa era el concepto que cada cual tuviera de una relación.

Y hablando de perros, lo que fue una auténtica “perrería” es que el energúmeno de Héctor se había quedado con el precioso cachorrito que le regaló a Lucía, porque por lo visto mencionó con mucha guasa que esa custodia no me la iba a quedar yo también. ¡No lo partiera un rayo!

De resultas de aquella, mi niña lo echaba mucho de menos, al cachorrito claro, no al otro. De hecho, no había un solo día en el que no me recordara que le tenía que regalar un perrito.

—Oye jefe, esto ha sido un poco improvisado, pero que no nos hemos colado los tres aquí a comer por la face,

cuando tú quieras pedimos almuerzo y lo pagamos entre todos.

—No, mujer, de eso nada, sois mis invitados.

—Por supuesto que, de eso nada, este está forrado, que se deje caer—Daniel tenía más cara que espalda, pero con toda la gracia...

—¡Serás crápula! Me sacas los colores—Carlota se quedaba loca con algunas de sus salidas.

—Por mí no te preocupes, yo estoy acostumbrado al animal de bellota este...

—Sí, paciencia te ha dado Dios también con él.

—Sí, sí, así toda la vida—puse carita de pena.

El tiempo invitaba a estar en la piscina, en la que estábamos cogiendo un morenito espléndido. Por su parte, las niñas se lo estaban pasando de lujo.

Pedimos unas pizzas para almorzar y después nos tumbamos en las hamacas.

—¿Qué bebidas tienes, jefe?

—¿Y eso? Te quieres emborrachar para no tener que aguantar a este, ¿verdad? —la abracé.

—Iros los dos a la mierda y dejarme un poquito tranquilo—se hacía el mártir cuando estaba tumbado a la sopa l boba, el muy jodido.

—No, déjate de cachondeo, es para hacer unos cócteles que os vais a quedar sentados de culo.

—Pues si es así, mi bar es tu bar—la acompañé y cogió unas botellas, así como la coctelera.

Y los hizo, los cócteles de Carlota estaban espectaculares.

—Vaya, vaya. Eres una cajita de sorpresas—reí.

—No lo sabes tú bien—me guiñó un ojo.

—¡Que corra el aire! —se hizo Daniel el celosillo.

—Tú no tienes derecho a decir ni mu que no crees en el compromiso—Carlota le hizo una burla.

—No, si entre unos y otros me vais a dar el día—se quejaba.

Pasamos una tarde de fábula, al final de la cual se marcharon, deseándome toda la suerte del mundo en mi aventura londinense.

Duché a la niña y le puse la cena.

—Papi, papi, me hace una cosita así en el estómago que no sé lo que es.

—¿Te duele?

—No, no, es otra cosita...

—Son nervios, cariño. ¿Estás nerviosa?

—Sí—reía y se movía entera.

Le conté un cuento y enseguida se durmió. Durante el día, Martina y ella no habían parado y Lucía cayó exhausta. En cuanto a mí, por el contrario, no podía pegar ojo. Poner rumbo a Londres me generaba un tremendo cúmulo de sensaciones.

Capítulo 4



Y llegó el día que no sabía si me daba miedo, alegría o inquietud.

Lucía se levantó absolutamente revolucionada por la idea de volar, que era algo que le entusiasmaba. Y si encima uníamos el hecho de que era para ver a Olivia, premio doble.

Allí estábamos montados en el avión con los nervios a flor de piel, a nuestra manera, pero ella estaba también como un flan.

El vuelo lo pasó riendo a carcajadas, era mirarme y echarse a reír, contagiándome.

— Papi ¿A qué hora vamos a hacer que aparecemos?

— Vida, eso mañana, hoy vamos al apartamento a dejar las maletas, después a un supermercado a comprar comida y mañana a la hora que ella salga del trabajo aparecemos nosotros.

— ¿Y qué decimos? ¿Lo de la pasada o que la vimos sin querer?

Me moría con ella y el caso es que yo también estaba dudando entre si decir que fue casualidad, cosa que no creería, o decir que la niña le quería devolver la pasada y pasar por gilipollas. Cualquiera de las dos opciones era realmente jodida.

— Lo que salga, lo que salga — reí.

— Te va a reñir, lo estoy viendo — reía con las manos en la boca.

— Mientras no me tire con el zapato a la cara — le hice cosquillas.

Una de las azafatas se acercó para saludar a Lucía, que iba con una sonrisa que invitaba a pararse con ella.

—Vaya, guapa, te veo muy contenta, ¿no?

—Sí, es que vamos a Londres y tú, ¿dónde vas?

—Me temo que a Londres también—rió—¿Tú has estado alguna vez allí?

—No, nosotros vamos porque tenemos que hacer una cosa muy importante, ¿y tú?

—Yo voy porque es mi trabajo—le hizo una caricia en la mejilla.

—¡Ya! Lo nuestro es más divertido.

—¿Sí?

—Claro, mi padre y yo vamos en una misión secreta.

—¿En una misión secreta? —puso las manos en su boca simulando asombro.

—Sí, sí, porque me parece que mi papi se portó un poco mal y su novia está enfadadilla.

La pobre chica se quedó desconcertada porque la dicharachera de mi hija estaba largando allí la más grande.
¡Menos mal que la misión era secreta!

—¡Lucía, por Dios!

—Papá, tú siempre dices que hay que decir la verdad y eso es lo que estoy haciendo—cruzó los brazos, muy digna
ella.

—Sí, cariño, pero no hace falta...

—O a lo mejor sí, porque ella nos puede dar alguna buena idea para que Olivia se vuelva con nosotros.

La azafata y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—No se preocupe, yo no he escuchado nada.

—Gracias—yo debía estar rojo chillón.

La joven echó a andar y yo no pude evitar la comparación con Helga, por aquello de ser ambas azafatas. Tal circunstancia volvió a recordarme ese desagradable episodio que me había llevado a perder a Olivia.

Después de un vuelo que se me hizo eterno, aterrizamos en el aeropuerto principal de Londres donde nos esperaban para trasladarnos al apartamento.

Nos entregaron las llaves y fuimos directos a hacer la compra, tan pronto como dejamos las maletas.

— Papá aquí la gente habla raro — miraba a todos lados.

— Bueno, papi sabe un poco el idioma — le hice un guiño.

— ¿Y Olivia habla con la gente o está sola por no entender a nadie?

— Tranquila, habla perfecto el inglés — la monté en el carro de la compra.

Lo llené hasta arriba ya que no sabía los días que íbamos a estar allí, pero nos hacía falta tener un poco de todo.

—Papá, papá, busca Nutella, que ya sabes que es mi crema preferida.

a

—Lo sé, cariño, lo sé—reí internamente acordándome de la época en la que tampoco la Nutella le valía.

En la cola de la caja, una señora se volvió para hacerle unas carantoñas a Lucía y ella la miraba como quien mira a un marciano.

—¿Qué le pasa a usted en la boca, señora? —la carita de ella no tenía desperdicio.

—¡Lucía, por Dios!

—Papá, no la entiendo, que pronuncie mejor—reía.

Le conté un poco a la señora por encima y se rio mucho.

—¡Otro que habla igual! Esto debe ser contagioso—se puso la mano en la boca como quien evita que entren los virus.

Volvimos al apartamento cargados de cosas para colocar. Lucía quería dirigir dónde poner cada producto, así que la dejé a ella por los muebles bajos de la cocina mientras yo colocaba en el frigorífico lo demás.

—Mira lo bien que lo he colocado todo—estaba ella de lo más orgullosa de su faena.

—Pues es verdad, peque.

—¿Me darás dinerito por el trabajo?

—Oye, no seas caradura, somos dos y tenemos que ayudarnos mutuamente.

—Ya, pero si voy a ser la heredera del “Imperio Montalvo” como dice Daniel, tendré que estar acostumbrada a manejar dinerito.

—¡Tú lo que eres es una ratonceja muy lista! —salí corriendo detrás de ella, que no dudaba en lanzar gritos de júbilo.

—¡Claro, por eso tengo las orejitas de Minnie! —tenía salidas para todo.

a

Preparé la cena mientras le daba de merendar. Habíamos almorzado durante el vuelo, ya que compramos a bordo unos bocatas de esos de plástico, como yo los llamaba.

Lucía terminó con la merienda y fue a ponerse el pijama. Le encantaba estar cómoda en las casas.

Salió con su pasada de Minnie puesta y en la otra mano la de Olivia.

— La pongo aquí para mañana darle la sorpresa — la dejó sobre el aparador de la televisión del salón que tenía integrada la cocina, separada por una barra para comer.

— Vale, así no se nos olvida — le hice un guiño.

Pasamos la tarde viendo una peli en el portátil. Se levantaba mil veces a ir al servicio, a coger algo a la cocina, o a saltar en el sofá, pero me lo pasaba pipa viéndola tan feliz.

—¿Qué hora es, papi?

—Pues cinco minutos después de la última vez que me lo preguntaste—reía, viendo que parecía estar todavía más nerviosa que yo, que ya era decir.

—¿Solo cinco? ¿Y no puedes adelantar el reloj?

—Me temo que no, pero nos lo estamos pasando muy bien y eso hace que el tiempo pase volando, ya lo verás—no me lo creía ni yo, que estaba que me salía del pellejo.

Por la noche cenamos y volvimos a ver otra peli en la cama hasta quedar dormidos.

—¡Claro, por eso tengo las orejitas de Minnie! —tenía salidas para todo.

Preparé la cena mientras le daba de merendar. Habíamos almorzado durante el vuelo, ya que compramos a bordo unos bocatas de esos de plástico, como yo los llamaba.

Lucía terminó con la merienda y fue a ponerse el pijama. Le encantaba estar cómoda en las casas.

Salió con su pasada de Minnie puesta y en la otra mano la de Olivia.

— La pongo aquí para mañana darle la sorpresa — la dejó sobre el aparador de la televisión del salón que tenía integrada la cocina, separada por una barra para comer.

— Vale, así no se nos olvida — le hice un guiño.

Pasamos la tarde viendo una peli en el portátil. Se levantaba mil veces a ir al servicio, a coger algo a la cocina, o a saltar en el sofá, pero me lo pasaba pipa viéndola tan feliz.

—¿Qué hora es, papi?

—Pues cinco minutos después de la última vez que me lo preguntaste—reía, viendo que parecía estar todavía más nerviosa que yo, que ya era decir.

—¿Solo cinco? ¿Y no puedes adelantar el reloj?

—Me temo que no, pero nos lo estamos pasando muy bien y eso hace que el tiempo pase volando, ya lo verás—no me lo creía ni yo, que estaba que me salía del pellejo.

Por la noche cenamos y volvimos a ver otra peli en la cama hasta quedar dormidos.

Capítulo 5



Lucía se despertó de lo más temprano.

— Papi, mi Cola Cao — me dio con su almohada en la cara.

— Hostia, me vas a dejar ciego — reí mientras me rascaba el ojo.

— ¿A qué hora sale Olivia de trabajar? — preguntó como si controlara los tiempos.

— Pues mira, justo antes de comer, por ahora solo tiene turno de mañana durante los tres primeros meses, así que trabaja pocas horas.

— ¿Cómo lo sabes?

— Tengo pajaritos que me cuentan todo — la cogí en brazos y me la llevé a la cocina.

— Pues a mí no me habla ni un pajarito de esos — volteó los ojos y se sentó en la banqueta de la barra.

—No te hablan porque todavía no eres jefa—reí.

—Y cuando lo sea, ¿me hablarán?

—Pues seguramente, cariño.

—Pues ya tengo ganas de ser jefa—reía.

—Lucía, pues yo solo tengo ganas de que seas feliz. Por mucho que diga en broma Daniel, tú tienes que dedicarte a lo que quieras, no hace falta que lo hagas al negocio familiar.

—¿No? —me miraba sorprendida.

—Claro que no, te pongo un ejemplo, el papá de Olivia es médico y el trabajo de ella es de oficina.

—¡Es verdad! Ella me lo contó, que su papá era médico y que mi tito David lo iba a ser también.

—¿Cómo que tu tito David?

—Pues claro, que no te enteras—reía—si Olivia es mi mami princesa, su hermano es mi tito.

—Y tú sabes más que los ratones colorados—reí.

—Claro, ¿por eso me dices tú que soy una ratonceja? ¿Soy una ratonceja colorada?

—Yo creo que sí...

Le preparé su Cola Cao y unas tostadas de pan de molde. Después de desayunar la vestí y nos fuimos a la calle.

Llevaba puesta su pasada de Disney y en el bolso que le compramos en el parque, llevaba la de Olivia.

Paseamos por los alrededores de la zona. Todavía faltaban unas horas y había que matarlas como fuera.

—Papá, yo me quiero quedar a vivir en una de estas casitas de colores—

Lucía le estaba fascinando el colorido de Notting Hill y no era para menos.

—Es verdad que es muy bonito, hija, aunque nosotros tenemos que volver a Tenerife.

—Ya, Tenerife también es muy bonito, entonces ¡¡ya se me ocurre!!

—A ver, dime qué has pensado.

—Pues que cuando llegemos podríamos pintar nuestra casa así, de todos los colores.

¡Acabáramos! Lo que me podía faltar...

—Estoy pensando que eso mejor lo dejas para cuando tú tengas tu propia casa el día de mañana, Lucía. A papá le gusta cómo es la nuestra...

—¿Sí? ¡Pues vaya soso! —se puso su manita en la boca por lo que había dicho. Era muy graciosa.

—Aquí grabaron una peli muy entretenida que se titula como el barrio, Lucía.

—¿Se titula “Las Casitas de Colores”?

—No, cariño—réí—Se titula “Notting Hill”.

—Pues vaya nombre más raro que tiene...

—Sí, cuando volvamos a Tenerife la vamos a ver, es de una estrella de cine y un chico normal que se enamoran.

—¿Es romántica?

—Muy romántica.

—Pues a ver si eso se pega, porque yo quiero que Olivia y tú os volváis a enamorar.

—¡No corras tú tanto, anda!

Era un amor mi niña y cuando escuchaba sus deseos, se me partía el alma. Si no hubiera sido tan necio, en ese momento podría estar paseando con las dos de la mano...

Aunque no era sábado y los puestecitos no estaban en la calle, nos acercamos a Portobello Road Market, el famoso mercadillo, ya que las tiendas sí estaban abiertas.

Allí Lucía alucinó y yo le estuve explicando qué eran algunas de las antigüedades expuestas.

—¿Qué es eso, papi?

—Es una cámara de fotos, Lucía.

—¿Cómo una cámara de fotos? ¿Para qué sirve? —ella alucinaba viendo todas aquellas cámaras expuestas.

—Pues, ¿para qué van a servir, cariño? Para hacer fotos.

—No, las fotos las hacen los móviles.

Me eché a reír. A este punto habíamos llegado con los smartphones.

—Cariño, pero eso es ahora. Antes de que hubiera móviles, había cámaras de fotos y bueno, ahora también las tiene mucha gente.

—Ah, vale. Pero ¿cómo antes de que hubiera móviles? Siempre ha habido móviles, yo me acuerdo...

—Claro, tú te acuerdas de verlos siempre porque eres muy pequeñita, pero cuando papá era un niño no había móviles.

—¿De verdad? Y entonces, ¿cómo hablabais?

—Pues por el teléfono de casa.

—¿Y cuándo estabais la calle?

—Entonces no podíamos hablar.

—¿Y qué hacíais en la calle sin móviles? —su cara era de flipar en colores.

—Pues hablar con la gente, Lucía y te garantizo que era formidable—reí.

El mercadillo era gigantesco y un deleite para los sentidos.

—¡Papá, mira esos coches! Son muy raros...

—Son coches antiguos, Lucía...

—Hazme una foto con cada uno.

—Claro, eso te iba a proponer.

Y allí estaba el personaje Lucía posando con aquellos preciosos coches de época expuestos en el mercadillo. Las fotos quedaron ideales.

Al final del recorrido, que ella definió como “interminable” nos paramos a comprar unos cupcakes y unos muffins que llamaron su atención y que estaban exquisitos.

Volvimos a la zona donde trabajaba Olivia. Ella miraba a todos lados por si la veía y yo le explicaba que aún no aparecería. Me ponía más nervioso de lo que ya estaba, pues no paraba de preguntarme a mí mismo que hacía allí. Estaba cometiendo una locura.

Por fin llegó la hora y nos sentamos en una terraza que había en medio de la calle, justo delante de los bloques en los que vivía Olivia, al menos en los que me habían dicho que vivía. Solo me faltaba que se tratara de una información errónea. Los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Justo estaba pidiendo un vino y la niña un refresco, cuando me di cuenta de que se puso pálida.

— Viene hacia aquí — dijo con voz temblorosa mirando detrás de mi espalda.

— ¿Cerca?

— Lejos, viene andando, se está acercando.

— Salúdala en cuanto pase.

Se quedó callada, mirando fijamente cuando escuché...

— Lucía — la voz incrédula y temblorosa de Olivia.

— Vine a traerte una cosa — se dispuso a abrir el bolso para sacar la pasada mientras yo levantaba la cabeza y me encontré con su mirada.

— Hola — su tono tímido y ese saludo me dejó tembloroso, igual que ella.

— Hola, Olivia — me levanté.

— Aquí está — gritó feliz Lucía y Olivia se agachó para apoyarse en la silla.

;

— ¿Me vas a dar un beso? — le preguntó sonriendo emocionada. Sabía que así sería y me alegró comprobar que no me había equivocado.

Lucía se tiró a sus brazos y la abrazó con fuerza.

— Hemos venido para que tengas tu pasada y para verte un poquito — el tono de la pequeña sonó tan triste que conmovió a Olivia, a la que se le saltaron las lágrimas.

— ¿Quieres tomar algo? — le señalé a la silla.

— Claro — se quitó la mochila tipo bolso que llevaba y se sentó junto a Lucía.

Estaba preciosa pero muy delgada, demasiado. Comprobar aquello me dejó un poco impactado. Su semblante reflejaba absoluta tristeza, como si estuviera agotada, sin pilas, pero intentaba sonreír a la niña.

— ¿Qué tal estás, preciosa? — la sentó sobre su falda.

— Triste, te echo de menos.

— Yo también a ti, cariño — la abrazó — ¿Estás de vacaciones con papi?

— Sí — reía — pero ya vivo para siempre con él.

— ¿Sí? — preguntó mientras me miraba sorprendida y yo afirmaba con un gesto.

— Sí y estoy muy contenta.

— Yo más, si tú lo estas, yo lo estoy más — la abrazó y se acercó el camarero. Le pidió un refresco.

— Hemos comprado un piso aquí — reía.

— No, vida, hemos alquilado un apartamento por unos días — aclaré.

— Ah, ya decía yo — respondió Olivia a la pequeña mientras me miraba de reojo.

— Pero puedes venir a comer con nosotros un día o dos — rectificó riendo.

— ¿Me invitas? — le preguntó a Lucía con tono añorado.

— Claro — decía la pequeña y a mí con las dos enfrente se me caía la baba.

— ¿Y qué tal las notas?

— Bien, saqué todo notable y sobresaliente — reía.

— Entonces te habrán hecho algún regalo — hacia gestos infantiles para causar risa a la niña y yo las miraba mientras tomaba la copa, sin poder dejar de pensar lo necio que fui.

— Me regaló este viaje — le comenzó a tocar el pelo y hacerle una trenza.

— ¿Lleváis mucho tiempo en Londres? — se dirigió esta vez a mí.

— No — dije en tono bajo mirándola mientras mi corazón se derretía —

llegamos ayer. Nos hemos instalado en un apartamento situado justo al doblar la esquina esa — señalé girando para indicarle la calle de atrás.

— Vaya, casi os hacéis mis vecinos — le hizo cosquillas a la niña provocándole una carcajada.

— ¿Vas a comer con nosotros? — preguntó la pequeña agarrándole la cara con sus dos manos y mirándola de cerca.

— Bueno, no sé si a tu padre le parecerá buena idea — sonrió estirando la mano en un movimiento ligero para señalarme.

— Es lo mejor que nos podría pasar — miré a la pequeña y le hice un guiño provocando una risa.

— Entonces me apunto — sonrió, pero en su mirada se reflejaba mucha tristeza y dolor. No sabía yo si era el culpable de que eso fuera lo que sintiera su alma.

Lucía se enganchó a la mano de Olivia y las dos, con las pasadas de Minnie, comenzaron a andar sonrientes y charlando.

Yo iba delante, dando gracias a la vida por no haber recibido una hostia, un corte de mangas o un desaire, aunque ella no era así. Sin embargo, su buen talante me parecía de lo más impresionante. Ignoraba si lo hacía por la niña,

por los dos, o porque le apetecía, pero no hizo ni un mal gesto al vernos, ni se atisbaba un ápice de intención de reprochar nada.

— Papi ¿Por qué no compramos comida hecha y la comemos en la nueva casa para que la conozco mami princesa?

Imagino que cuando pronunció eso último a Olivia, como a mí, le debió dar un vuelco el corazón.

Me giré para contestarle.

— Si a ella le parece bien, a mí me parecerá genial.

— A mí me da igual, donde queráis, sin problemas — sonreía mirando a la niña.

— A casa, papi — imploraba en voz alta la pequeña.

Compramos comida asiática y nos fuimos al apartamento para comer allí. Lucía iba de lo más emocionada mirando todo el tiempo a Olivia, incrédula de tenerla con ella. Eso la niña, yo aún estaba en shock.

Se sentaron en la barra por la parte de la sala y yo de la cocina. Comenzamos a almorzar mientras que la peque le contaba a Olivia que su papá malo le había quitado el perro que le regaló. Olivia me miraba sin dar crédito.

— Pero él no es tu padre — carraspeé.

— Sí, el malo, hay que tener dos, uno bueno y uno malo.

— No, cariño — intervino Olivia— solo hay un padre, puede salir bueno o malo, pero tú y yo tenemos la suerte d que nos han tocado los mejores del mundo.

— Es verdad ¿tu padre te quiere?

— Mucho — sonrió.

— ¿Y por qué te abandonó en este país raro?

— No, cariño — intervine riendo — Ella se trasladó aquí para trabajar y sus papás, como Olivia es mayor, dejan que venga sola.

— ¿Y tú me dejarías a mí?

— Claro — reí al igual que Olivia, que negaba mordiéndose el labio.

La pequeña terminó de almorzar. Se echó en el sofá y se quedó dormida. La miramos riendo mientras seguíamos comiendo y tomando una copa de vino.

— ¿Qué tal estás, Olivia? — pregunté sonriendo, pero con dolor.

— Bueno, ahora mejor, no fueron fáciles las primeras semanas. Sola, en un país que no conocía demasiado, con otras costumbres...me costó, pero ya me voy adaptando.

— Te echan mucho de menos en las oficinas — sonreí.

— Bueno, seguro que ya le cogieron cariño al nuevo — me devolvió la sonrisa.

— No, la plaza sigue libre — la miraba con pena. Se me encogía el corazón de parecer ahora dos amigos que no se veían desde hacía tiempo, pero nada más.

— Vaya, pobre Elba — apretó los dientes.

e

— Se le ayuda, Carlota está más pendiente y le echa muchos cables.

— Elba y yo solemos hablar de vez en cuando...

— Lo sé — sonreí.

— Me envió un regalo hace poco.

— Eso no lo sabía — levanté la ceja.

— Una pulsera que ella llevaba puesta siempre y que le decía que me gustaba mucho. Tuvo un gran detalle, no lo esperaba. Me pidió la dirección y me la envió, preciosa, preparada y con una nota muy bonita.

— Vaya.

— La verdad es que le cogí mucho cariño, bueno a todos, pero ella era especial y lo que le pasó hizo que entre ambas surgiera un vínculo más fuerte.

— Entiendo.

— Y tú, ¿qué tal estas? ¿Y eso de que tienes tú solo a Lucía?

— Yo bien y sí, es así. Cuando logré la compartida, Cata vio que ya no se podía vengar de ninguna forma de mí. Como era de esperar, comenzó a molestarle su hija, de modo que me cedió la custodia completa.

— Increíble — negó y de repente cambió el tema — Si supieras que estaba a punto de escribirte estos días.

— ¿En serio? — pregunté sorprendido.

— No sé, me quedé mal después de cómo me despedí. No cabe ninguna duda de que te podía reprochar que me hubieras decepcionado, cortar lo que había entre nosotros, pero no la amistad, el dejarte de lado como persona. Mi decisión me hizo sentir mal y te quería pedir disculpas. Cuando una relación se acaba, no implica necesariamente que también se vayan al traste todos los vínculos.

— Hiciste lo que te pedía el cuerpo en ese momento, pero me alegra saber esto que me estás contando, yo también pienso como tú — la miré con ganas de llorar por la gran persona que era.

— ¿Sí? ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto.

—¿Sabes? Creo que es lo único que me reprocho en la vida, haber hecho aquella tontería puntual. No pensé que lo nuestro fuera a llegar a tanto. Sé que no me excusa, pero las conocimos en la fiesta de los noruegos, luego quedamos una noche con ellas y pasó, así como una segunda noche. Se suponía que no la vería más y de hecho puedo prometerte que la segunda vez fui por compromiso, no me apetecía, ya estabas muy presente en mí.

— No te voy a juzgar por lo que has hecho y que yo jamás le haría a nadie, pero pasó, desafortunadamente fue así y no se puede dar marcha atrás para comprobar si harías lo mismo de nuevo o no. En cualquier caso, te repito que me quedo con lo bueno y que me alegra que hayáis venido. A ella la echaba de menos y a ti te necesitaba para tener esta conversación y quedarme en paz conmigo misma. No quiero vivir mi día a día con rencor.

— Te honra, pero déjame decirte que, si ahora me dieran la opción de dar marcha atrás, jamás lo haría.

Me miró sonriendo, pero no contestó. Sabía que me hablaba con el alma, que no iba a volver conmigo, pero que no me iba a dar la espalda. Aunque eso no calmara mi dolor ni el suyo, al menos me sentía dichoso, sobre todo agradecido por el cariño con el que me estaba tratando.

Estuvimos charlando un poco sobre la empresa y los chicos, además de ella contarme cómo se habían desarrollado esos dos meses en Londres.

Lucía se levantó y pidió la merienda. Se la preparé mientras que para nosotros hice café.

— Estaba pensando que ahora os toca venir a mi casa a cenar — dijo Olivia carraspeando.

— ¡Si! — gritó Lucía — Mañana quiero que me enseñes Londres — le dio un abrazo que casi la descuajaringa.

— Yo te lo enseño cariño, pero tiene que ser cuando salga de trabajar — sonreía.

¹Eso de que al día siguiente nos iba a enseñar la ciudad me alegró el corazón. No me puse a aplaudir para no aparentar la emoción que circulaba a toda pastilla por mi cuerpo. Al final le iba a tener que agradecer a Lucía el capote que me estaba echando.

Salimos hacia su casa, un apartamento pequeño pero muy bien puesto. Incluso el buen hacer decorativo le daba sensación de amplitud, pese a sus reducidas dimensiones.

Nos preparó unos sándwiches que estaban riquísimos y estuvo todo el tiempo bromeando con Lucía. Volvían a ser las cómplices que un día fueron y yo intentaba no interrumpir sus conversaciones.

Después de la cena nos despedimos, pues ella trabajaba temprano. Quedamos en vernos a las dos al día siguiente, en el mismo bar donde nos encontramos ese día.

Lucía iba de lo más emocionada. Se acostó riendo, no paraba de hablarme de Olivia.

Me costó dormir pensando mucho en la impresión que lo vivido ese día me había causado. Por un lado, no esperaba que me recibiera así y por otro, la veía rota de dolor, ese dolor que procedía de mis actos.

Salimos hacia su casa, un apartamento pequeño pero muy bien puesto. Incluso el buen hacer decorativo le daba sensación de amplitud, pese a sus reducidas dimensiones.

Nos preparó unos sándwiches que estaban riquísimos y estuvo todo el tiempo bromeando con Lucía. Volvían a ser las cómplices que un día fueron y yo intentaba no interrumpir sus conversaciones.

Después de la cena nos despedimos, pues ella trabajaba temprano. Quedamos en vernos a las dos al día siguiente, en el mismo bar donde nos encontramos ese día.

Lucía iba de lo más emocionada. Se acostó riendo, no paraba de hablarme de Olivia.

Me costó dormir pensando mucho en la impresión que lo vivido ese día me había causado. Por un lado, no esperaba que me recibiera así y por otro, la veía rota de dolor, ese dolor que procedía de mis actos.

Capítulo 6



El del miércoles fue el más esperanzador de mis despertares de los últimos meses: habíamos quedado con Olivia.

—¡Papá, papá! Ponte muy guapo que hoy vamos a ver a mamá princesa— tiraba de mí hacia el baño.

—Y tú también, pero espera, que primero tenemos que desayunar, pequeñina. Además, a ella le faltan horas para salir.

Desayunamos felices comentando todo lo que había pasado el día anterior y Lucía ponía constantemente ojitos de conspirar, como quien tiene trazado un plan. Su gesto me resultaba de lo más simpático.

Eligió un colorido vestido multicolor que llevaba para estrenar y unas bailarinas rojas. Estaba monísima.

Salimos a la calle, paseamos, tomamos algo y esperamos a que se hiciera la hora.

—¡Allí viene! —Lucía saltaba de alegría.

—¡Eo, Olivia! ¡Estamos aquí! De los nervios y, sin encomendarse a Roma ni a Santiago, se subió en la silla.

—Lucía, bájate de ahí cariño y Olivia ya te ha escuchado, no es sorda.

—Es verdad y yo se lo decía al principio—puso una cara de pillina que no podía con ella.

—Anda, anda—ladeé la cabeza—Ve a su encuentro.

Salió corriendo y, al llegar a la altura de Olivia, dio en salto y se encaramó sobre la pobre, que casi se cae de espaldas. De lejos, la escena era de lo más divertida.

—Hola, Alexis—me miró con timidez.

—Hola, guapa—no sabía si había sido el saludo más apropiado, pero era el que me había salido, no pude evitarlo.

Me lanzó una ligera sonrisa y se puso a hablar con Lucía.

—¿Qué le apetece ver a mi niña hoy?

—¡Cosas chulis! —chilló ella entusiasmada.

—Pues te vamos a llevar a ver las cosas más chulis de Londres, para que te hagas muchas fotos y luego se las puedas enseñar a tus amigas.

—¡Vale, pero tú tienes que posar conmigo!

—Claro, para eso somos las mejores amiguis.

—Bueno, eso de las mejores amiguis era al principio, pero después a mí me gustaría que fueras mi mami princesa...

—Lucía...—tuve que cortarle en seco porque por ella nos organizaba la boda in situ.

Olivia se quedó un tanto conmocionada con el comentario. Yo la notaba triste, extremadamente triste, y pensaba que esa tristeza era proporcional al daño que le había causado, por lo que no albergaba ninguna esperanza de que me perdonara.

—Bueno, cambió el tercio rápidamente, lo primero que vamos a hacer es comer.

—Claro, elige tú, por favor.

—Ok, pues os voy a invitar a almorzar a un Burger donde ponen las mejores patatas fritas y helados del mundo, está por aquí cerquita.

—Todo perfecto salvo la parte de que vas a invitar, esa corre de mi cuenta...

—Eso ya lo veremos—me lanzó una sonrisilla irónica.

El almuerzo fue delicioso y la compañía inmejorable. La complicidad entre Olivia y Lucía era total. Parecía como si en ningún momento hubieran existido los últimos meses, como si hubieran estado viéndose cada día.

—¿Qué tienes en la nariz, Olivia? —preguntó la peque.

—No sé, ¿qué tengo?

—A ver, a ver que te lo quito—y allá fue y le puso ketchup en la punta.

—¡Bandida! — se miraba con la aplicación de espejo del móvil, muerta de risa de que la enana le hubiera dado coba.

—¡Me las pagarás! —hizo lo mismo y Lucía acabó también con la nariz como un payaso.

—¡Alto ahí las dos! Quiero la mejor de las sonrisas—apunté y saqué una foto espontánea y colorida que era para enmarcar.

Después nos tomamos un delicioso helado. Lucía se estaba poniendo perdida de chocolate y Olivia, como en los viejos tiempos, le limpiaba la boquita amorosamente con sus toallitas húmedas. ¡Por Dios, que alguien parara el tiempo! Quería seguir viviendo aquello...

Ni que decir tiene que la de pagar fue una contienda que finalmente perdí yo, pues Olivia estaba totalmente decidida a hacerlo. Decía que estábamos en su territorio y que esa vez le tocaba a ella sí o sí.

—Vale, pues paga tú, pero después tienes que venir a Tenerife para que pague papá—Lucía no daba puntada sin hilo—¿Cuándo vas a venir?

—Ahora lo tengo un poquito complicado, cariño—la carita de la niña era de implorar—No me mires con esos ojitos, anda ven aquí, la ahuecó en su pecho.

—¡Ahora sí que nos vamos a ver Londres! —exclamé para dar por finalizada la conversación.

—¡Vale! — Lucía se puso de pie de un salto y cogió la mano de Olivia. ¡No la soltaba ni a sol ni a sombra!

—¿Qué vamos a ver primero? —la niña estaba entusiasmada.

—¿Te gustaría ver Londres desde arriba?

—¿Desde un avión? No, porque ya hemos venido en avión y si nos montamos en otro lo mismo nos lleva de vuelta a Tenerife—rio.

—No, yo no me refería desde un avión, quería decir desde una noria.

—¿Desde una noria gigante? —adoptó gesto de entusiasmo.

—Gigante, gigante, desde la Noria de Londres, que tiene ciento treinta y cinco metros de altura.

—¿Y eso cuánto es, papá? ¿Es más alta que tus oficinas? —aquello sí que tenía gracia.

—Mucho más, mi niña.

La verdad es que tuvimos que esperar una cola impresionante, pero mereció la pena. Las vistas de la capital británica desde The London Eye eran increíbles y Olivia le explicó a Lucía que era una de las atracciones más famosas de Londres. Para que la entendiera bien, le comentó que todo el mundo quería montarse.

—Normal, yo no me quiero bajar—reía.

Claro está que tuvimos que hacerlo y para entonces ya tenía ella una idea en la cabeza.

—Yo ahora quiero ver una cosita—Lucía iba a tiro hecho.

—¿Qué cosita? —Olivia estaba deseando que se lo pasara genial.

—El Big Ben, porque me quiero hacer una foto guay delante de él para mandársela a mi abuelo, que le encantan los relojes y dice que ese es muy entlemático—se rio porque no sabía si lo estaba diciendo bien.

—¿Entlemático? —Olivia la miraba haciendo cábalas...

—Emblemático, Lucía, emblemático—reí.

—Ah vale, eso, pero vamos, que tenemos que ver muchas cosas—tiraba nuevamente de Olivia.

—Ok, ok, está muy cerquita de aquí, no hay problema—ella corría como alma que lleva el diablo tras Lucía, que estaba hecha un manojo de nervios.

—¡Alaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Qué grande! —la peque se echó las manos a la cabeza—Este relojito no se lo puedo llevar a mi abuelo, por mucho que lo quiera...

—Me temo que no, pero ¿qué te parece si te haces un montón de fotos delante de él y le grabas también un vídeo para enviárselo?

—Me parece bien, pero tú conmigo.

—No, Lucía, para el abuelito tienes que salir tú sola, yo luego...

Como era de esperar, Olivia quería mantener un discreto segundo plano en todo lo relacionado con mi familia.

Venga Lucía, di cositas para el abuelo, y no te olvides de la abuela, te grabo— encendí la cámara.

— “Hola abuelitos, soy Lucía (como si ellos no lo supieran, nos provocó la risa) y estoy delante del Big Ben, que es muy alto. Por lo visto los niños pequeños no pueden subir, pero no me pierdo nada, porque dice papá, que está allí con Olivia—nos señaló—que hay trescientos treinta y cuatro escalones y eso debe cansar mucho. Ya puedes cortar, papá”.

¡Toma ya! Sí que había sido discreta la pequeñaja, ¡era como para guardar un secreto! Olivia estaba de todos los colores.

—¿Te ha gustado mi vídeo? —le sonrió.

—Mucho, Lucía, eres una artista—la pobre se calló que la grabación le había sonrojado. Yo me moría de risa de ver la escena.

—¡Para Tenerife que va! —le di a enviar bromeando al respecto y ella accedió, aunque en sus ojos se apreciaba amargura.

—Ahora te toca a ti decidir dónde vamos—Lucía miró a Olivia.

—Eso, no vaya a ser que yo abra el pico y meta la pata—sonreí pensando que ya me estaban ignorando exactamente igual que en Disney.

—Claro, claro, papá, tú deja a Olivia que ella es la que sabe... —yo mejor que me callara ¿para qué iba a hablar?

—Pues ahora vamos a ver la juguetería Hamleys, te vas a quedar con la boca abierta, enana—Olivia le hizo cosquillas.

—¿Una juguetería? —la peque saltaba y daba palmaditas.

—Sí, pero no una juguetería cualquiera, sino una de las más grandes del mundo, tienes que verla—allá iban las dos.

—¿Y me podré comprar algo? —me miró con la carita más zalamera del mundo.

—Seguro que sí porque te lo voy a regalar yo—ahí iba la otra, ¡cualquiera la contradecía! —Olivia derrochaba carácter, yo me había dado cuenta de que la experiencia en Londres la había hecho más fuerte.

—¡Mira, Olivia, gente disfrazada! —nos estábamos acercando a la puerta y su carita se iluminaba más por momentos.

—Sí, te van a encantar...

—¡Ya me encantan! Mira tienen pistolas de burbujas...

Lucía se colocó delante de aquellos personajes de la tienda y uno de ellos le apuntó con su pistola. Al ver salir las burbujas, se soltó de la mano de Olivia y salió despavorida hacia dentro de la tienda, como si le fueran a hacer algo, era muy cómica.

—Pero ¿dónde va esa loquilla?

—Es que está loca de alegría—le sonreí y nuestras miradas se encontraron. Por un momento las mantuvimos y dolió. Dolió el recuerdo de cuando nos hacía felices mantenerlas.

—Ya lo veo— salió ella del paso entrando en la tienda a buscar a Lucía.

La encontré bailando animadamente. Aquello, más que una tienda, parecía un espectáculo de Broadway. Lucía estaba entusiasmadísima y no era para menos: luces, esculturas de Lego gigantes, canciones infantiles, animadores provistos de helicópteros teledirigidos...

—Esto es el paraíso de la diversión para los niños—yo tampoco dejaba de mirar hacia todos lados.

—Y para los no tan niños—a mí me vuelve loca, aunque tengo que reconocer que la primera vez que entré eché mucho de menos a Lucía.

Maldije mi estampa en aquel momento y miré al suelo. ¿Por qué las cartas no podrían jugarse dos veces? Vaya si me salió caro aquel último polvo con la sueca...

Aquello era formidable, la niña saltaba, brincaba, se llevaba las manitas a la boca... no cabía en sí de gozo.

—¿Qué te pasa Lucía? —le preguntamos casi al unísono.

—Que estoy tan nerviosa que hasta me estoy haciendo pis—sus saltitos iban a más, parecía el gran Chiquito de la Calzada.

—Pues vamos corriendo al baño—Olivia no podía estar más pendiente de ella—no vaya a ser que tengamos un accidente.

—Sí y vayan a decir que soy una meona—se puso otra vez la manita en la boca, como siempre que soltaba un disparate.

Fueron al servicio y a la vuelta nos quedamos recorriendo la planta baja, con cientos de peluches y golosinas.

—Coge lo que quieras—Olivia le dio un empujoncito.

—¿Cómo? ¿Me puedo llevar toda la tienda?

—Claro—le respondí yo—pero siempre que quepa en tu bolsito...

5 —¡Eso es trampa! —me apuntó con el dedo, riendo.

—Escoge una chuche y un juguete—Olivia puso cordura.

La niña se puso a seleccionar y yo le comenté que escogería cualquier cosa menos un oso. Le conté el miedo que le daban desde que el suyo fue envasado al vacío y ella entendió.

—Olivia—tiró de su manga— ¿Me puedo llevar esa jirafa gigante?

—Pero si es mucho más alta que nosotros... Esa no, loquilla...

Al final, de entre las muchas plantas que había, flipó con la de las niñas, un arsenal de Barbie, Hello Kitty y Mi pequeño Pony.

Lucía escogió una Barbie, que Olivia efectivamente se empeñó en regalarle y salimos de allí.

—Insistimos en invitarte a cenar—carraspeé.

—Vale, pero tiene que ser ya.

—Por supuesto, que mañana madrugas.

Escogió un local muy colorido, que hizo las delicias de Lucía y pedimos unos sándwiches de pollo que nos supieron a gloria.

Durante la cena, Lucía no paraba de jugar con su Barbie, y las miradas entre Olivia y yo se sucedían. Por mucho que intentara mirar más allá, mis ojos solo detectaban pena en los suyos.

La dejamos en la puerta de su bloque.

—¿Nos vemos mañana en el mismo lugar y hora? —me aventuré a decir. Siempre he pensado que el mundo es de los valientes.

—Vale—no dudó ni un segundo en aceptar y eso me encantó.

Nos despedimos y Lucía y yo nos dirigimos hacia nuestro apartamento. Cogidos de la mano, en nuestro rostro se esbozaba una amplia sonrisa por la posibilidad de volver a verla al día siguiente.

Al final, de entre las muchas plantas que había, flipó con la de las niñas, un arsenal de Barbie, Hello Kitty y Mi pequeño Pony.

Lucía escogió una Barbie, que Olivia efectivamente se empeñó en regalarle y salimos de allí.

—Insistimos en invitarte a cenar—carraspeé.

—Vale, pero tiene que ser ya.

—Por supuesto, que mañana madrugas.

Escogió un local muy colorido, que hizo las delicias de Lucía y pedimos unos sándwiches de pollo que nos supieron a gloria.

Durante la cena, Lucía no paraba de jugar con su Barbie, y las miradas entre Olivia y yo se sucedían. Por mucho que intentara mirar más allá, mis ojos solo detectaban pena en los suyos.

La dejamos en la puerta de su bloque.

—¿Nos vemos mañana en el mismo lugar y hora? —me aventuré a decir. Siempre he pensado que el mundo es de los valientes.

—Vale—no dudó ni un segundo en aceptar y eso me encantó.

Nos despedimos y Lucía y yo nos dirigimos hacia nuestro apartamento. Cogidos de la mano, en nuestro rostro se esbozaba una amplia sonrisa por la posibilidad de volver a verla al día siguiente.

Capítulo 7



El jueves por la mañana a Lucía y a mí parecía que nos habían cargado las pilas a tope. Desayunamos de lo más animados.

—Papá, yo ya tengo ganas de ver a Olivia otra vez.

—Y yo, cariño.

—Te quiero contar una cosa...

—Pues hazlo.

—Yo ya no veo a Olivia enfadada contigo, la veo muy simpática. A lo mejor se viene con nosotros a Tenerife.

—No, cariño, no se va a venir con nosotros a Tenerife.

—Pero ¿por qué? Si ya no está enfadada se debe venir con nosotros a casa, ¿no te parece?

—No, cariño, no me parece porque hay otro problema.

—¿Qué problema? —prestaba ella mucha atención al asunto.

—Pues el problema de que no está enfadada, pero sigue dolida y eso es peor.

—¿Por qué es peor, papá?

—Porque a una persona que está enfadada se le puede pasar, pero cuando decepcionas a alguien es más complicado.

—¿Y por qué es más complicado?

—Cariño porque hacer daño a alguien es como cuando coges un billete y lo arrugas. Saqué uno y le hice la prueba, arrugándolo.

—¿Qué haces? —se echó a reír.

—Lucía, le he hecho daño al billete y ahora quiero arreglarlo, vamos a intentar estirarlo, ayúdame.

Comenzamos a estirarlo y su carita era de decepción.

—Papá, por mucho que lo estiramos, siguen quedando arrugas. No podemos dejarlo igual que estaba.

—Mi niña, pues eso es lo mismo que pasa con mi relación con Olivia, por mucho que trate de enmendar lo que hice, no puede quedar igual.

—Pero papá, el billete así arrugado también mola.

—¿Sí? —le pregunté.

—Sí, no es el mismo que antes, pero también está guay.

Indiscutiblemente, me estaba dando una lección la pequeñaja. Quizás las cosas no volvieran a ser como las de antes, quizás no pudiéramos entablar exactamente la misma relación, pero sí una nueva.

Me asee pensando en nuestra conversación y asomé la mejor de mis sonrisas. Por primera vez en mucho tiempo, aquella mañana empezaba a ver un rayo de luz después del túnel.

Salimos a la calle, volvimos a dar un paseo por aquel barrio que tanto gustaba a la niña y, sobre la una y media, nos sentamos a tomar algo en el bar en el que esperábamos cada día a Olivia.

Lucía estaba entusiasmada jugando con su Barbie nueva y yo aproveché para llamar a Daniel, con la intención de saber cómo se defendían en la empresa.

—Ey, fenómeno, ¿cómo van las cosas por la oficina?

—Fatal, jefe, no hemos querido decirte nada por no preocuparte, hay fuego... Están viniendo los bomberos en este momento.

—¿¿¿Fuego??? —menos mal que estaba sentado porque si no me caigo de espaldas.

—Es coña, no hay fuego, no pasa nada hombre. La única novedad es que Davinia asume mañana, y por un día, las labores de recepcionista porque Carlota y yo queremos darnos un garbeo, que también nos lo merecemos.

—Pues claro que sí, cabrito, ¿pero para eso tienes que darme antes el susto del siglo?

—Bueno, es que pensé que, si te lo daba, lo otro ya luego te parecería una menudencia—se echó a reír.

—No eres más jodido porque no entrenas—se me había hasta bajado la tensión.

—Tranqui, jefe, que está todo controlado...

—Ya lo veo, será por lo que me habéis consultado ni nada, la madre que os trajo al mundo, vais a acabar conmigo

—Tranquilo, tranquilo.

—¿Y dónde vais?

—Pues de fin de semana un poquito largo, que quiero darle una alegría a ese cuerpo bonito que tiene la muchacha

—Y al tuyo de paso también, ¿no?

—Muy agudo, sí. Y al mío de paso también. Bueno, hablando de todo, ¿y tú? ¿Has podido verla?

Lo puse en un minuto al corriente de todo y él se sorprendió bastante. Lo cierto es que no era de esperar la reacción de Olivia.

^e—Entonces, todo está saliendo a pedir de boca.

—No diría yo tanto, pero es mucho más de lo que esperaba.

—Eso parece. Carlota se va a poner muy contenta cuando se lo cuente.
;

—Gracias. ¿Y tú con ella? ¿Más de lo mismo?

—Viviendo el día a día, jefe, que es lo único que cuenta.

—Bueno, tú mismo, pero si por cobarde la pierdes, a mí no me vengas luego llorando...

—Sería por la primera, no he llorado por una mujer en la vida, hay muchos peces en el mar para eso.

—Bueno, bueno, espero que un día no tengas que tragarte tus palabras, mira cómo me veo yo por no haber hecho las cosas bien.

),
—¡No te quejes, que todavía lo enmiendas!

—El universo te escuche.

Nos despedimos deseándonos un buen finde y seguí un ratito hablando con Lucía, que ya estaba como cada día, deseando que llegara Olivia y no era la única.

..

—¡Papi, por ahí viene! —ese día no esperó ni a que le diera permiso, tiró la muñeca en la mesa y salió volando a su encuentro.

Olivia llegó con ella en brazos.

—¡Hola, Alexis! —me dio un beso en la mejilla, cada vez la notaba más cercana.

—¡Hola, guapa! Llevas una niña colgada encima—le hice un gesto señalándola—Te lo digo por si no te habías dado cuenta.

—Algo he notado, porque esta princesita cada día está más grande y pesa más.

—Pues tú estás un poco flacucha—Lucía en su inocencia soltó lo que era evidente, pues Olivia había perdido bastante peso.

—Es verdad, mi niña.

—Pues tienes que comer más o te vas a tener que quedar en el comedor de tu oficina.

—¿Y eso? —puso cara de no entender.

—Eso porque papá siempre me dice que si no como, me va a apuntar al comedor del cole y a ti tu papá te va a hacer lo mismo.

Era una crack Lucía, había que morir con ella.

—Bueno, puestas las cosas así, habrá que ir a comer algo, que me veo castigada—rio.

—Yo quiero ir al mismo sitio de ayer—ya estaba la zalamera poniendo caritas.

—Te gustaron las patatas fritas y el helado, ¿eh? —Olivia se la comía a besos mientras enfilaban al local de comida rápida.

—Gracias por consultarme—hice un gesto para recordarles que existía, ¡si aquello no era un matriarcado, que viniera Dios y lo viera!

—¿Qué vamos a ver hoy Olivia?

—Hoy nos vamos a subir a un autobús que te va a encantar.

—¿Y por qué me va a encantar?

—Porque es una chulada y tiene dos plantas.

—¿Dos plantas?

—Sí, una arriba y otra abajo.

—¡Pues yo quiero ir en la de arriba!

—Pues para la de arriba que va mi niña...

Cogimos el bus turístico de Londres y Lucía iba realmente entusiasmada. No quería más que hacerse selfies con Olivia y ambas iban poniendo caritas. Lo mejor del bus es que te puedes subir y bajar tantas veces como quieras e hicimos varias paradas. La última de ella fue para volver a llenar el estómago.

—Vamos a merendar en Belgravia, enana—le dio un toquecito en la nariz.

—¿Dónde?

—En Belgravia, es una pastelería de un chef francés, te va a encantar.

—¿Qué es un chef?

—Pues un señor que hace unas cosas riquísimas en la cocina.

—¿Cómo papá? Papá me hace unas meriendas muy ricas.

—Más o menos como las de papá, pero un poco más ricas—me miró riéndose.

Me volvía loco aquella risa. Bastaba con el hecho de que ella pusiera sus ojos en mí para que me olvidara de todas mis penas. Olivia ejercía un efecto balsámico para mi estado de ánimo.

—A ver chiquitina, te voy a hacer solo dos preguntas y tú me tienes que responder sí o no—Lucía se puso muy seria cuando Olivia le hizo esa propuesta.

—¡Vale!

—¿Te gustan los croissants?

—¡Sí!

—¿Y te gustan los donuts?

—¡Sí!

—Pues marchando un delicioso Cronut para esta niña.

—¿Un Cronut? —me quedé un tanto sorprendido.

—Sí, es una mezcla de croissant y donut, está para chuparse los dedos.

—No lo dudo...

—¿Me lo recomiendas?

—Mejor te recomiendo que cada uno pidamos una cosa y compartamos.

—Pues pide tú y asunto concluido.

—Vale, pues a la niña tráigale un cronut y a nosotros nos va a traer un vaso de chupito de esos que hacen con galleta con chips de chocolate y con el relleno de leche de vainilla y luego aparte fresas con nata a la inglesa.

5

—Creo que se te ha olvidado pedir algo, nos vamos a quedar con ganas de más... ¡Vaya merendola!

—Nosotros siempre hemos sabido merendar bien—su tono fue cien por cien melancólico.

—Sí, aquel paraje con el pastel de chocolate era...—me quedé callado, pues se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Cómo has llamado a la Barbie? — se dirigió a Lucía y cambió de tema para que se me pasara un poco.

—Olivia, se llama Olivia—la chiquitina se había convertido en mi mejor aliada, lo que no lograra ella...

Merendamos como reyes y además estábamos muy cómodos en aquel lugar.

—Papá, papá, ¡yo quiero que me hagas cronuts como estos en casa!

—Estoy apañado, me falta solo ponerme el gorro de cocinero—hice el gesto de que tenía el gorro largo en la cabeza.

—Pues si te lo vas a poner en casa, tiene que venir Olivia a verte, porque vas a estar muy gracioso—reía sin parar

Eso sí, estaba rendida la peque. Desde que pusimos un pie en Londres ella no paraba y, cuando nos quisimos dar cuenta, se había quedado dormida en la mesa, con la cabeza apoyada sobre sus bracitos.

—Es un angelito—Olivia le pasó la mano sobre la cabecita, se notaba que la adoraba.

—¡Y mira que no tuvisteis el mejor de los comienzos! —se lo recordé y se echó a reír.

—¡Calla, calla! Yo creí que tu ex iba a hacer carteles de esos de “Se Busca”, como en el oeste, con mi cara y una recompensa.

Me quedé mirándola y no lo pude evitar, me salió del alma.

—Daría lo que fuera por volver a vivir esos momentos, salvo por lo de no tener a Lucía, claro...

—Alexis, creo que no deberías...

—Olivia, no puedo evitarlo. No quiero importunarte, sé que por culpa de mi comportamiento no soy nadie para venir a meterme en tu vida, para robarte la paz, pero sería absurdo...

—¿Qué sería absurdo?

—A mi parecer, y sin querer molestarte, sería absurdo seguir haciendo como si no pasara nada, Olivia.

—No sigas por ahí, por favor...

—Sé que no quieres escucharme, sé que es más fácil pedirme que me calle y no llegar a oír lo que tengo que decirte, pero necesito que lo hagas, por favor.

—No puedo, Alexis, me vas a perdonar, pero no puedo...

—No puedes porque has levantado un muro entre nosotros y con todo el derecho del mundo. Sé que mi actuación no fue correcta, pero de veras que en mi defensa diré que no creí que fuera a haber nada entre ambos cuando comenzó todo aquel infortunado lío...

—Pero en los últimos días sí estaba naciendo algo y, aun así, tú no paraste ese infortunado lío, como lo llamas.

—Créme que lo intenté, sé que es difícil de creer, pero a mí aquello ya no me divertía.

—Alexis por favor, no entremos en detalles porque no sería justo para ninguno de los dos, pero nadie te puso un puñal en el pecho para que siguieras jugando con fuego. Lo hiciste y te quemaste.

Ese argumento no lo podía rebatir. Hasta ahí tenía razón, solo que ojalá hubiera podido lograr que viera las cosas desde mi prisma, aunque solo fuera por un momento, que supiera hasta qué punto había yo estado dispuesto a abandonar aquella vida por ella.

—¿Y si te dijera que justo cuando estalló aquella bomba yo ya tenía planes de...?

No me dejó acabar.

—Alexis, no quiero que sigas contándome nada.

—Pero Olivia, si me escucharas, a lo mejor cambiarías de opinión.

—Yo no puedo cambiar de opinión, primero porque por muchas promesas que me hagas, después de lo ocurrido, yo ya no confío en ti.

—¿Y segundo?

—Segundo que yo no quiero que sigas por esa línea porque...—hizo una pausa.

—¿Por qué? Dímelo, por favor, necesito saberlo.

—Porque yo ya tengo otra persona en mi vida, Alexis.

Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua helada. Era lo último que podía sospechar en aquellos días.

—¿Me lo dices en serio, Olivia?

—Totalmente en serio, ya conoces mis principios, no bromearía con algo así.

En eso tenía toda la razón. Olivia era muy seria para todo ese tipo de cuestiones. Por desgracia, no era una broma, se trataba de que el destino parecía volver a hacer a aquella fascinante mujer inaccesible para mí, ahora que por fin había visto un rayo de esperanza.

—Entonces, ¿eso quiere decir que me has olvidado? —ella bajó la mirada, con profunda tristeza—Olivia, mírame por favor. Dime a la cara que me has olvidado.

—Alexis, no me pongas en esa tesitura, bastante mal lo he pasado ya, ¿no te parece?

—Sí, me lo parece, pero hay algo que no entiendo y te lo tengo que decir: tu semblante me parece demasiado triste para ser el de una persona que tiene una nueva ilusión en su vida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando empezaste conmigo, aunque venías de lo que venías, yo percibía ilusión en tu mirada y ahora no veo un atisbo de esa ilusión en ella.

—Alexis, no puedo decir que te haya olvidado, pero en James, que así se llama, he encontrado la paz y la tranquilidad que tanto ansiaba.

—¿Y en eso se basa la vida? ¿En paz y tranquilidad?

—Pues mira sí. Piensa lo que quieras, pero yo prefiero vivir una historia más tranquila y en paz, aunque sienta menos pasión, que otra como una montaña rusa, por muy apasionada que sea.

—¿Y de veras crees que tu vida conmigo hubiera sido como una montaña rusa?

—Hubo un momento en el que creí que no, cuando estábamos en Disney, con la niña, que yo ya consideraba hasta un poco mía—la miró y a mí se me cayó el alma a los pies.

—¿Y entonces?

—Pues luego llegó el huracán, un viento cruel que arrasó con todo, llevándose consigo mis ilusiones y, sobre

todo, mi confianza. Ese es el problema...

n

—¿Te refieres a que no podrías volver a confiar en mí?

—A eso mismo.

—Sé que te he dañado, que no podríamos volver a construir esa misma relación porque sus cimientos se han destruido, pero te propongo crear una relación paralela, igual de bonita...—me acordé de las palabras de Lucía aquella mañana.

e

Por desgracia, la teoría de mi niña no pareció surtir ningún efecto.

—Alexis, pero es que yo te soy totalmente sincera, para volver a levantar una relación desde cero contigo, una persona en la que ya no puedo confiar, prefiero hacerlo con James...

)

—¿Tan especial es?

—Es simplemente una persona entregada, un buen compañero de aventuras.

—¿Trabaja contigo? —los celos me estaban pateando el estómago y no sabía ni cómo gestionarlo.

—Sí, al principio de llegar aquí yo lo pasé rematadamente mal, no sabes cuánto...

—Algo puedo intuir, aunque sigues estando preciosa, has perdido mucho peso...

1—Y eso que ya ve me ves más recuperada...

—Entiendo.

—Pues eso, James fue la persona que se encargó de alegrar un poco mi día a día, siendo detallista, atento, respetuoso... Me dejaba mi espacio, para lo que necesitara, pero siempre haciéndome entender que estaba ahí par:

mí.

—¿Y tú y él ya...?

—¿Quieres decir si nos hemos acostado?

—Sí—agaché la cabeza porque me dio vergüenza formular aquella pregunta tan directa, pero es que necesitaba saberlo.

—No, pero hemos salido varias veces y ha surgido una bonita conexión entre nosotros. Nos hemos besado y he vuelto a sentirme querida y mimada.

—Por una parte, me alegra que te haga sentir bien, aunque por otra, no voy a negar que tus palabras me duelen como si me estuvieran clavando un puñal...

—Puedo entenderte a la perfección y eso que las mías vienen de frente, yo no te estoy ocultando nada. Ahora cierra por un momento tus ojos e imagina enterarte de algo así por una tercera persona con la que te están engañando.

Si algo tenía Olivia, aparte de ser preciosa, es que era muy, muy inteligente. Con esa última frase acababa de desarmarme. Me hizo ponerme por unos momentos en sus zapatos y dolió. Dolió más de lo que jamás hubiera imaginado.

Me quedé sin fuerzas y sin potestad moral para argumentar absolutamente nada más a mi favor.

—Entonces, supongo que no va a valerte nada de lo que te diga. Incluso es posible que tengas que irte, a lo mejor él te espera...

—No, no des por supuestas tantas cosas. Estoy con vosotros en este momento porque quiero estar. A James le he dicho que estos días estaba ocupada porque habían venido unos amigos muy queridos de España.

—Eres una mujer increíble Olivia y, probablemente, yo me arrepiento hasta el último día de mi vida por no haber sabido valorarte como merecías desde el principio.

Su mirada me indicaba un “ya es tarde para lamentaciones” que me hizo enmudecer. Despertamos a Lucía y salimos de allí.

—¿Vas a cenar con nosotros, Olivia? —la niña la llevaba cogida de la mano, para no variar.

—Esta noche no, cariño, pero mañana os veo, como todos los días.

—¡Joooo! Yo quiero cenar contigo.

—Lucía hija, no seas impertinente, mañana volveremos a verla y, como es viernes, seguro que se queda a cenar con nosotros.

—¿Mañana te quedarás, Olivia? —la miró con gesto implorante.

—Mañana sí, mi niña.

La despedimos en su portal. Aquella noche yo no tuve fuerzas ni para insistirle en que se quedara a cenar. Caminé del apartamento y, pese a que era verano, sentí frío, un frío interior que me decía que la mujer de mi vida escapaba definitivamente de mis manos.

Su mirada me indicaba un “ya es tarde para lamentaciones” que me hizo enmudecer. Despertamos a Lucía y salimos de allí.

—¿Vas a cenar con nosotros, Olivia? —la niña la llevaba cogida de la mano, para no variar.

—Esta noche no, cariño, pero mañana os veo, como todos los días.

—¡Joooo! Yo quiero cenar contigo.

—Lucía hija, no seas impertinente, mañana volveremos a verla y, como es viernes, seguro que se queda a cenar con nosotros.

—¿Mañana te quedarás, Olivia? —la miró con gesto implorante.

—Mañana sí, mi niña.

La despedimos en su portal. Aquella noche yo no tuve fuerzas ni para insistirle en que se quedara a cenar. Camino del apartamento y, pese a que era verano, sentí frío, un frío interior que me decía que la mujer de mi vida escapaba definitivamente de mis manos.

Capítulo 8



Y llegó el viernes. Olivia no tenía que trabajar el sábado y podríamos inventar algo, al menos esa era mi intención pasar el máximo tiempo posible con ella.

El caso era que, a pesar de haberme encontrado con la lamentable noticia de que ella ya estaba conociendo a otro, que me partió el alma y que me tenía la moral por los suelos, quería creer que un pequeño rayo de esperanza seguiría alumbrándome, por muy débil que fuera su señal.

Esa mañana me puse a contestar emails mientras le daba el desayuno a Lucía. La pobrecita contaba las horas para reunirnos con Olivia.

— Papi, no me quiero ir a la isla sin mamá princesa.

— Lucía — reí — ella está trabajando aquí, por ahora, luego ya se verá. Le quedan tres semanas para cumplir su primer contrato y, además, no creo que quiera volver — le toqué la cabeza.

— Pues nos quedamos las tres semanas con ella y luego nos la llevamos — mojaba las galletas en el Cola Cao.

— Ya quisiera yo, cariño — sonreí con tristeza.

— Pues yo quiero y lo voy a conseguir — me sacó la lengua cerrando los ojos.

¡Qué difícil era todo! Vaya metedura de pata lo de la sueca. Como mujer, Olivia supo transmitirme la tarde anterior el dolor que había sentido al saber que durante unos días no fue la única con la que me acosté. Ahora podía entender mejor su decisión.

A ese dolor había que sumar el agravante de lo que le costó también a ella salir de ese estado de tristeza provocado por la muerte de su ex, pero ya no era momento para lamentaciones, sino para coger el toro por los cuernos.

En ese instante me sonó en el móvil un mensaje de Daniel.

“Ponme vuestra ubicación que quiero buscar por Google Earth exactamente dónde estáis, ya sabes que soy un friki”

,

Le puse la ubicación mientras negaba con la cabeza. El día anterior le había dicho que estaba por PortoBello, pero a este le gustaba mirar hasta lo más mínimo. Era un cotilla de primera.

Volvió a sonar otro mensaje.

“Asómate por la ventana”

¿Por la ventana? No entendía nada, a ver si se iba a pensar que me iba a poder ver en directo o es que había encontrado alguna webcam en la zona. Era un bichito andante, todo un personaje.

Me asomé con la intriga y no me podía creer lo que veían mis ojos: a él y a Carlota allí abajo saludando con la mano, al igual que a Martina. Negué y les abrí la puerta de entrada.

Subieron y la niña se volvió loca al ver a su amiguita.

— ¿Y esta sorpresa? — pregunté mientras los saludaba.

— Sabíamos que nos necesitabas. Queremos alegrar vuestro fin de semana — dijo Carlota con arte — Eso sí, nos tienes que dar alojamiento, aunque sea en el sofá.

— No — reí — el sofá lo dejamos para las niñas, ya que es sofá-cama. Vosotros dormís en el otro dormitorio, ni se usó ya que la pequeña estuvo durmiendo conmigo.

— Entonces voy a colocar las cosas — dijo desapareciendo en dirección a la habitación.

— ¿Qué haces aquí? — abracé a Daniel riendo — La verdad es que me alegra verte.

— Echarte un capote, como mínimo Carlota puede influir en la diversión, ya sabes cómo es — me hizo un guiño.

— Lo tengo crudo, amigo. A pesar de que Olivia me recibió muy bien y se está volcando mucho en nosotros, hay algo que no esperaba: está conociendo a otro...

— Joder, lo siento — me dio unas palmadas en la espalda.

— Tranquilo.

—Vamos a planear un secuestro — me pellizcó el cachete.

— Ay Dios, no empieces con las ideas.

Carlota terminó de colocar el equipaje y nos fuimos a la calle. Ya estaba cercana la hora en la que había quedado en el bar con Olivia, así que nos pusimos a tomar un vino allí hasta que llegara.

Y no tardó en llegar. Su sorpresa fue mayúscula. Se puso las manos en la boca al verlos.

Abrazó a Carlota y luego saludo a Daniel. A continuación, se fue hacia las pequeñas y las abrazó también.

— ¡Cuánta belleza junta! — les dijo haciéndoles una caricia en el pelo a cada una — No os imaginaba aquí ni en broma.

— Ni yo — dije riendo — se colaron sin previo aviso — volteé los ojos.

— Pero te dio alegría ¿A que sí? — preguntó Olivia sonriente.

— Muchísima — sonreí.

Nos tomamos allí un vino mientras charlamos animadamente con las niñas.

Las dos insistían en almorzar pizza, cómo no, así que de allí nos llevó Olivia a una pizzería. Iba charlando en todo momento con Carlota, a la que llevaba agarrada del brazo.

Yo miraba a Olivia y sentía que el mundo se paraba. Seguía siendo aquella mujer preciosa de la que un día me enamoré. Sentía tantas ganas de abrazarla que me dolía en el alma, me causaba un malestar impresionante, no podía haber sido más tonto.

Su actitud con Carlota y las niñas parecía muy relajada. Sin embargo, se tornaba muy nerviosa cuando su mirada se cruzaba con la mía. Lo notaba en sus constantes tocamientos de pelo, no dejaba de colocárselo detrás de la oreja.

De allí nos fuimos hacia nuestro apartamento. Las niñas se metieron en el dormitorio a jugar a las casitas con las muñecas y nosotros nos situamos entre el salón y la cocina, en la barra que los separaba.

Habíamos comprado por el camino unas botellas de ron y refresco, así que me dispuse a preparar unos cubatas.

—De eso nada, tú serás el anfitrión, pero aquí, la encargada oficial de las bebidas soy yo. Siéntate—Carlota siempre tan servicial.

Me senté y observé a Olivia. La veía tan delgada que me preocupaba. A pesar de estar viviendo ese momento que me había contado, se veía que no estaba bien y eso no me dejaba disfrutar plenamente del viaje.

Carlota charlaba mucho con ella mientras que yo lo hacía con Daniel. Las niñas iban y venían a enseñarnos las prendas que les ponían a sus muñecas.

Un rato después, Daniel y yo nos fuimos para la cocina y preparamos una tortilla de patatas y una ensalada.

—Esto es un lujo, así os quiero ver siempre—Carlota estaba entusiasmada—tú ya puedes tomar buena nota del jefe. A él no se le caen los anillos por meterse en la cocina ni por nada.

—¡Ya estaba tardando en llevarme la bronca! Y eso que también he cocinado, imagínate si no llego a hacerlo—Daniel se partía de risa.

Tras la cena Olivia se despidió de todos y se marchó para su casa. Quedamos en que al día siguiente nos veríamos para pasarlo todos juntos.

— ¡Qué mal rollo! — exclamó Carlota cuando se marchó — La veo tan mal, aunque quiera sonreír, está muy demacrada. No se ve que rebose salud precisamente.

— Eso fue lo primero que percibí cuando la vi — solté el aire.

— Pero yo digo una cosa...Aún no tenías con ella nada firme para que se lo tomara tan a la tremenda — reflexionó Daniel.

— Líate tú con otra y verás cómo la sangre llega al río — dijo Carlota en tono bromista pero amenazante — No entiendes los sentimientos de los demás. No es plato de buen gusto enterarse de que una persona se lleva a la cama a dos alternativamente. Como mujer eso frustra y duele — volteó los ojos.

— Yo la entiendo — dije con tristeza — Me duele hasta ver cómo actué.

— Por mi culpa — dijo Daniel — Yo te convencí — negó.

— Al menos lo reconoces — dijo con retintín Carlota.

— Eh, que yo no estaba aún contigo.

— Ni lo estás, aún no tengo anillo.

— Ya volviste a hacer que me diera la urticaria — se rascó el cuello produciéndonos unas risas.

No tardamos en acostarnos. Antes de hacerlo, reservé el vuelo de vuelta desde el portátil, el mismo que el de los chicos, así volvíamos todos juntos.

Volaríamos el domingo. Olivia estaba con nosotros por Lucía y no quería seguir irrumpiendo en su vida, con todo el dolor de mi alma, teníamos que volver a Tenerife.

;

a

;

Capítulo 9



El timbre sonó temprano...

Abrí y por supuesto era Olivia que nos traía el desayuno que había comprado, unos churros con chocolate que volvieron locas a las niñas.

— Tengo dos regalos por aquí — dijo entregándoles un paquete a cada una.

Lucía y Martina los abrieron emocionadas. Eran dos cajas de maquillaje para niñas, una para cada una. No tardaron en irse al baño a hacer de las suyas.

Carlota y Daniel seguían durmiendo. Les pusimos a las peques sus chocolates con churros en la parte de la sala y nosotros nos sentamos en la parte de la cocina a tomar café y cómo no, unos churros.

— Mañana nos vamos con ellos — sonreí con tristeza.

— Me alegra haberos visto estos días — me miró de forma que me partió en dos.

Me acerqué a ella y la abracé. Me salió del alma, ella respondió de la misma forma. Sabía que era en agradecimiento, pero también porque nos teníamos un cariño bastante fuerte.

— Te vamos a echar mucho de menos — le besé la mejilla y me separé.

— Yo también a vosotros — su tono era triste, se notaba que lo estaba pasando mal.

— Solo quiero decirte una cosa...

— Dime.

— Pase lo que pase, siempre tendrás en la financiera tu puesto esperándote.

Se le saltaron las lágrimas y se las sequé, no contestó a mi ofrecimiento.

Se levantaron Daniel y Carlota y lo primero que hicieron fue coger churros antes de saludar.

— Qué ricos, por favor — dijo Carlota dando un beso a Olivia.

— Te levantaste con hambre — sonreía.

— Pues no será porque desgasté mucho en la cama — carraspeó.

— Hombre — dijo de forma ofendida Daniel — Partiendo de la base que fue echarte y ya estabas roncando...

— ¿Yo roncar? Mala persona eres — bromeaba negando mientras Olivia y yo los mirábamos riendo.

— ¿Y cuál es el plan para hoy? — pregunté antes de que se engancharan y sacaran sus lenguas a pasear del todo.

— Pues lo que diga la jefa — señaló Carlota a Olivia.

— Tenemos opciones de turismo o llevar a las niñas al Hyde Park, pueden pasarlo muy bien. Por allí podemos comer y tomar algo mientras ellas corretean a placer al aire libre.

— Si, por favor, que las niñas correteen — se tiró Carlota sobre la barra haciéndose la agotada.

— Vamos ni que tu hija te tuviera así — respondió Daniel negando.

— Calla y déjame meterme en mi papel — sonó a riña.

— Bueno, haya paz...

— ¡¡¡Queremos parque!!! — gritaron las niñas desde la mesa de la sala. Estaban al loro de todo.

Las miramos y estaban enteras maquilladas, a su manera, obvio. Íbamos a necesitar unas cuantas toallas húmedas para quitarles todo eso.

— Vaya ocurrencia tuviste — le dijo Carlota a Olivia por los regalos del maquillaje — Menos mal que eres un soñador que, si no, te dejaba a las niñas aquí en Londres por lo que hiciste.

— A la mía no — intervine riendo mientras advertía.

— Si es que eres un padrazo, madre — dijo Carlota mientras me agarraba la barbilla.

Olivia parecía mantener cierta distancia con las miradas, como que me las evitaba. Podía ser eso o que yo estaba viendo ya fantasmas por todos lados.

Las chicas se fueron a duchar a las peques y vestir las. De allí nos marchamos al parque. Lucía y Martina alucinaron con el lago. Nos sentamos en una terraza mientras ellas jugaban saltando y brincando por el césped.

Carlota no paraba de bromar diciendo que iba a mandar a Lucía y a Martina a un campamento y Daniel pedía a gritos que le mandara a él a una isla exótica.

Olivia reía escuchándolos, pero estaba de lo más cabizbaja. Yo la conocía y ella no lo estaba pasando nada bien.

Cuando la perdí sentí dolor, ahora lo seguía sintiendo, pero a la vez decepción conmigo mismo, por no haber sido capaz de comportarme cuando le decía que tenía que vivir, que tenía que superar lo de su novio y voy yo y la cago. Y por si eso fuera poco, la vuelvo a hundir ¿se podía ser más miserable?

Me lo tenía merecido, estaba claro que no era digno de disfrutar de Olivia como pareja, pero lo que más me mosqueaba era su semblante, ese que era incapaz de mirarme, ese que desde que le dije que al día siguiente nos íbamos cambió por completo.

— Olivia vente con nosotros mañana para la isla — le hizo un guiño Carlota.

— No puedo — sonrió mirándola.

— Claro que puedes ¿acaso te lo van a prohibir?

— No — sonreía con tristeza — Son muchas cosas y difíciles de explicar.

— ¿Pero tú quieres estar aquí?

Se hizo un silencio durante el que Olivia la miraba y parecía que no podía contestar.

— Estoy aquí — contestó dejando muchas posibilidades abiertas.

Se hizo otro silencio. Aquello había sonado a que tenía que estar, debía estar, pero no a querer estar allí. Me sentí impotente, sin saber qué hacer, pero no podía sacarle aquello que ella no quería contar o no se atrevía a exteriorizar.

— Pues creo que allí estabas mejor con nosotros — le hizo un guiño y siguió insistente.

— La verdad es que allí estaba bien, pero...

— ¿Y si te secuestro? — bromeó Carlota.

— No, no debes hacerlo — sonreía con esa tristeza que me dejaba hecho un trapo.

— No será por falta de ganas — ladeó la cabeza.

Olivia intentaba obviar el tema por mucho que insistiera Carlota, pero se notaba que guardaba mucho dentro de ella y que no quería hablarlo.

Pasamos todo el día juntos, cenamos cerca de los apartamentos y por la noche nos despedimos. Todos subieron y yo me quedé a solas un momento con ella para despedirme.

Le cogí las manos.

— Gracias por habernos dado la oportunidad de estar contigo — dije mirándola a los ojos, esos que parecían que iban a romper a llorar.

— No hay nada que agradecer — no podía sostenerme la mirada.

— Te repito que allí tienes tu puesto esperándote para cuando quieras volver, sea cuando sea.

No contestaba a esa sugerencia y miraba hacia el suelo mientras mis manos sostenían las suyas.

— Mírame, por favor — le levanté con una mano la barbilla con delicadeza — Dime que me quede aquí hasta que termines tus cosas y nos quedamos Lucía y yo con tal de volver contigo.

1

Las lágrimas comenzaron a brotarle, me dio un beso en la cara y se fue.

Noté cómo mi corazón se hacía jirones, me eché a llorar, tardé un rato en subir a la casa, fui a comprar un paquete de tabaco. Necesitaba fumar un cigarrillo, a pesar de que yo no fumaba prácticamente, ese día lo necesitaba como el comer.

Me acosté del tirón, las niñas ya estaban viendo unos dibujos, aguantando como podían. No tardarían en caer.

El domingo y con el corazón roto, aterricé en Tenerife.

Me despedí de ellos y me fui en el coche con la pequeña, que no paraba de preguntar cuándo iba a venir Olivia a la isla. Lucía no quería asumir que no volvería más a nuestras vidas como lo había hecho antes. Me sentía tan derrotado o más que la primera vez que me separé de ella. Lo vivido en Londres me había superado por completo, lo de saber que estaba conociendo a alguien y verla tan mal eran dos cosas que me habían dejado destrozado.

Llegué a casa temprano. Serían las dos de la tarde, metí una pizza en el horno y me tumbé en el sofá mientras la

peque veía dibujos animados.

— Echo de menos a Olivia — mordisqueaba la pizza y no perdía ojo a la pantalla.

— Es normal, cariño.

— Pues quiero que vayamos a verla otro día si ella no viene.

— Bueno, ya estuvo bien una semana.

— No, yo quiero más.

No seguí diciendo nada más, pues el cariz de la conversación vislumbraba que podíamos estar así hasta por la noche.

² Era normal que la echara de menos. Se había volcado muchísimo en ella, la había hecho reír sin parar, la había abrazado en infinidad de ocasiones y, sobre todo, había vuelto a surgir una complicidad muy fuerte entre ambas.

Me puse a ver las imágenes en el móvil, todas las que le había tomado a mi hija con Olivia. Denotaban el buen rollo que había surgido entre ambas, como el que nació entre las dos al principio. Me mataba no poder seguir disfrutando de él.

Lucía se acercó y se puso a verlas conmigo, sonriente.

— Mira lo guapas que estábamos las dos con las faldas — se puso las manos en la boca mientras sonreía.

— Preciosas, por poco me muero de amor — levanté la ceja.

— ¿Por cuál de las dos, mueres más de amor? — me preguntó tirándose a mi pecho.

— Por supuesto que por ti — le hice cosquillas.

— Pero por ella también ¿eh?

Me hacía gracia eso. Ella quería ser la protagonista de mi corazón, pero también que me muriera de amor por Olivia.

El día fue duro, muy duro. Me dolía en el alma haberla dejado allí, no haberla podido traer de vuelta, no haber sido capaz de luchar por ese amor que sentía por ella.

Me había enamorado hasta las trancas, eso era algo totalmente cierto, lo sentía desde lo más profundo de mi corazón.

Me costó mucho esa noche coger el sueño. Se me saltaban las lágrimas del dolor que sentía por lo que había provocado. Había encontrado el amor verdadero y lo había dejado escapar como un tonto.

Me hacía gracia eso. Ella quería ser la protagonista de mi corazón, pero también que me muriera de amor por Olivia.

El día fue duro, muy duro. Me dolía en el alma haberla dejado allí, no haberla podido traer de vuelta, no haber sido capaz de luchar por ese amor que sentía por ella.

Me había enamorado hasta las trancas, eso era algo totalmente cierto, lo sentía desde lo más profundo de mi corazón.

Me costó mucho esa noche coger el sueño. Se me saltaban las lágrimas del dolor que sentía por lo que había provocado. Había encontrado el amor verdadero y lo había dejado escapar como un tonto.

Capítulo 10



La primera reacción al despertarme el lunes por la mañana fue la de tener una señora resaca. Y es que beber no habría bebido, pero la idea de que Olivia hiciera su vida con otro hombre me martilleaba las sienas.

—Papi, papi, ¿me preparas tú el Cola Cao o me lo prepara Fina?

—Cariño, lo que tú quieras—yo me sentía como si me hubiera pasado un tranvía por lo alto de la cabeza.

—Bueno, pues que me lo prepare Fina porque tú tienes hoy una cara un poquito así...—se me quedó mirando fijamente.

—¿Un poquito cómo?

—Un poquito reguleras—se echó a reír y yo la cogí para hacerle cosquillas en la cama.

—¿Y tú? ¿Cómo es que te has despertado tan temprano? Si estás en tus vacaciones, si yo fuera tú no me sacaban de la cama ni a tiros...

—¿Ni a tiros, papá? ¡Vaya cosas dices!

—Ni a tiros pequeña—le aparté el pelo y la besé.

—Pues yo es que debo tener el “Jet Lag” ese.

—¿El “Jet Lag”? Pero ¿de dónde has sacado esa expresión? ¡Ven aquí que te como!

—Pues de mamá, que siempre que venía en avión, yo le escuchaba decir a Héctor por la noche que la dejara, que estaba con el “Jet Lag” y que no tenía ganas de jugar con él, que no sé yo a qué querría jugar ese hombre, si yo estaba acostada... Para eso que me lo hubieran dicho antes...

Lucía era mi mejor medicina, pese a haberme levantado un tanto pesimista me hizo reír a mandíbula batiente, ¡había que joderse, de las cosas que se enteraba uno! Vaya, vaya, con Cata, ni siquiera con su novio nuevo se dejaba caer, si es que siempre fue fría como la nieve...

—¡Buenos días, Fina!

—¡Buenos días, Alexis!

—¿No te importa ponerle el desayuno a la peque? Voy algo justo, se me han pegado las sábanas...

—Y aunque no, ¿para qué estoy yo aquí entonces? —rio.

—Gracias Fina, no sé lo que haría sin ti.

—Vete tranquilo y no vuelvas con prisa. Yo haré la comida y la casa y luego esperaré jugando con la cría hasta que llegues.

—Vale, Fina. De todos modos, sabes que vuelvo de la oficina directo. Me encanta llegar a tiempo para almorzar con ella.

—Lo sé, lo sé—estás hecho un padrazo.

Agradecí aquellas palabras porque al menos esa era una faceta en la que todo iba como la seda en mi vida. Bueno, a decir verdad, en esa y en la laboral.

Vaya, para ser justos del todo, la única que me fallaba era la sentimental.

De camino hacia la oficina no se me caía ni un momento del pensamiento el hecho de que hubiera perdido las

posibilidades de volver a recuperar a Olivia. La idea me hacía demasiado daño.

Decidí cambiar las tornas. Necesitaba dar una tregua a mi atormentada mente. La esperanza es lo último que se pierde y yo intentaría pensar que volver a estar juntos no era posible por el momento, pero que quizás más adelante algo volviera a propiciarlo. ¿Qué? No lo sabía. ¿Un milagro? Pues quizás, pero si tenía que volverme creyente por Olivia, me volvía.

Llegué a la oficina y la primera con la que me topé fue con Davinia, que justo entraba también en ese momento.

—El jefe perdido. Míralo el tío, ahí viene hecho un pincel, como siempre— Davinia empezó a silbarme al ver que entraba.

Junto a ella estaba Carlota y el resto fueron saliendo de sus despachos.

—¡Ese jeje, ese jefe, eh, eh!! —empezaron todos a cantar, en el sumun del cachondeo.

—Pero vamos a ver, ¿aquí qué está pasando? —reí—Se va uno dejando una financiera y se encuentra a la vuelta una empresa de eventos, parece que preparemos fiestas.

—¡Más o menos! Voy por el confeti—Davinia hizo como que se iba a cogerlo, era la que más revolucionaba el cotarro.

Uno a uno, me fueron saludando.

—¡Cuánto tiempo! —Daniel y sus cosas—¿Dónde te escondes, jefe?

—Pues en un sitio en el que todos me encuentran, porque esta señorita y tú bien que lo hicisteis.

—¡Y anda que no te alegraste tú ni nada! Reconócelo, no puedes vivir sin mí. Es más, si no fuera porque en el fondo te da un poco de cosa lo que me cuelga, te casabas conmigo, seguro.

—¡Ay, Dios! ¡Ya me has provocado arcadas! ¿No hay nadie que me quite a este impresentable de al lado?

—Yo, yo te lo quito, que le voy a dar cachetadas hasta en el cielo de la boca, tanto miedo al compromiso y se va a querer casar contigo porque eres el jefe—Carlota lo cogió del brazo e hizo ademán de darle.

—Hombre claro, ¿no sabes tú eso de “por el interés te quiero Andrés”?

—Te la estás jugando por lo militar—lo miré, riendo.

—¡Nada, nada, paparruchas! ¡Yo no tengo ganas de trabajar hoy! ¿Y si ponemos el cartel de “cerrado” y nos vamos al bar? —No podía tener más morro el tío. Era tremendo...

!

—Deja de hacer ya el ganso y aparta para que yo también le pueda hacer un poco la pelota al jefe, que eres un acaparador—Fernando vino a darme un abrazo.

—¡Hola, Fernando! Esto no es serio, menos mal que estás tú para poner un poco de cordura, porque hay cada cabra loca suelta por aquí...

—¿Y este es el centrado? —Daniel se quejaba—Anda hombre, no me hagas hablar...

—Pero ¿qué tendrás tú que decir de mí? ¡Esto es una revolución!

Y a decir verdad sí, la oficina se había desmadrado no un poco, sino un mucho. Pese a que Fernando seguía casado, Davinia ya se había sincerado con las chicas de la oficina, Carlota y Elba, diciéndoles que entre ellos había tema.

Y hablando de Elba, ella fue la última que se acercó, dándome un fuerte abrazo.

Todos me preguntaron por Olivia y les dije que estaba muy bien, integrada, guapísima y que les mandaba un fuerte beso.

Después le comenté a Elba que entrara en mi despacho un momento. Me había ayudado a localizar a Olivia y merecía alguna información adicional.

—Dime cómo está esa chiquitina que se nos ha hecho londinense.

l

—Bien, bien— hasta me dolía hablar de ella.

—Me alegra, ¿Y...?

Elba no era tan imprudente como otros, pero tenía muchas ganas de saber, la pobre.

—Y creo que, de momento, no va a poder ser Elba, pero una cosa te voy a decir, vaya jugada maestra la tuya de enviarle tu pulsera para pedirle la dirección.

—¿Has visto? —me guiñó el ojo.

Debí poner cara de tristeza.

—Alexis, no desesperes, las cosas de palacio van despacio. La vida puede dar todavía infinitas vueltas. Yo conozco a Olivia y, si por algo pondría la mano en el fuego, es porque ella te quiere.

—Elba, te vas a terminar enterando, parece ser que Olivia ya está empezando a hacer su vida en Londres, tú ya me entiendes...

—¿Y?

—Pues eso, no sé si me he explicado...

—Te has explicado y yo te he entendido, pero también te digo que eres un tío que está acostumbrado a hacer lo difícil, fácil. Te he visto cerrar pactos que a priori parecían imposibles, reflotar empresas que estaban en las últimas... Tú no eres de los que tiran la toalla, Alexis...

Salió del despacho, dejándome pensativo. Después de mi paréntesis londinense, tocaba ponerse un poco al día. Me concentré toda la mañana en el trabajo, a excepción del momento en el que Carlota entró con el café.

Un rato antes de irme para casa a almorzar con Lucía, les dije a todos que ya podíamos bajar al bar. Era eso o que se amotinaran, de forma que creía que me iba a salir a cuenta.

—¡Yo tengo una propuesta que hacer! —Davinia levantó la mano y a esa le dábamos la palabra o se la dábamos.

—Hable usted, señorita, la escuchamos—a ver con qué nos iba a salir ese día.

—No es nada nuevo, pero insisto en que es la idea del año... ¡Nos tenemos que ir todos de crucero!

¡Ya estaba el lío!

—¡Apoyo la moción! Es una idea cojonuda para estrechar los vínculos laborales—la frase le quedó bordada al jet de Daniel.

—Y quien dice para estrechar los vínculos laborales, dice para corrernos unas juergas y cogernos unas borrachera de miedo, ¿no? —Fernando se veía que estaba también por la labor.

—Pero vamos a ver, ¿esto cómo se plantearía? ¿Con parejas, sin parejas? —no estuve muy acertado en la pregunta.

—A ver Alexis, yo no sé si te has fijado, pero aquí al final hay un lío mortal, parejas, parejas oficiales, no sabría yo decir las que hay...—Elba trataba de clarificar un poco la situación.

Fernando era el que más tenía que decir a ese respecto, porque era el único que seguía casado, aunque encima liado con Davinia, ¡Sodoma y Gomorra se quedaba en pañales!

—A ver, yo tengo que decir que me apunto el primero, pero mi mujer no me acompañaría. Ya sabéis que ella está muy volcada en la tienda y tal y le vendría fatal cerrarla una semana.

—Y a ti te causa eso un dolor tremendo—Daniel si no hablaba reventaba y el comentario causó una risita irónica en Davinia.

^e —¡Pues entonces está claro! ¡Crucero de solteros! —Carlota estaba desatada también con la idea.

—¿Tú también estás soltera, maciza? —Daniel era masoca, le encantaba provocar a la fiera.

—Yo, totalmente. A mí, mientras no me pongan un anillo, soy libre como el viento—hizo un gesto de soltarse la

melena.

Y allí empezaron las tres locas, ella, Davinia y Elba a cantarle al cafre de Daniel aquello de, ¿” Y el anillo pá cuándo”?

Era todo un espectáculo ver al trío y lo mejor era el gesto de Daniel, que saltaba para atrás como si la pregunta fuera agua hirviendo.

—Yo no sé si lo termino de ver, la verdad—me costaba gestionar la idea. No podía evitar pensar en que la última vez que se habló del tema, Olivia estaba allí e iba a participar. ¡Qué triste me resultaba ahora!

a

—Pero vamos a ver jefe, ¿qué es lo que tienes que ver? — Carlota era pro-crucero total. Tú llevas a Lucía y yo llevo a Martina. Las niñas se pasan las vacaciones de su vida y los mayores ni te cuento.

—¡Pues claro que sí, Alexis! Las demonias, digo, las niñas en la guardería del crucero y nosotros al deporte que más nos gusta, levantamiento de vaso en barra...—Daniel tenía que decir la última palabra.

Desde luego, ganas no le faltaba a ninguno y a mí, maldita la gracia que me hacía en ese momento, pero tampoco quería ser el aguafiestas oficial del reino.

—Vale, venga, lo pensaré.

—¡Eso es que sí, chicos! —Daniel estaba haciendo la señal de la victoria.

—¡Yo me encargo de todo, jefe! ¡No te arrepentirás! —Davinia me espetó un beso en la mejilla y comenzó a formar una conga que terminó con todos sus compañeros desfilando por el resto del bar. ¡Hasta a mí me llevaron por delante!

Después de eso, me despedí de todos ellos y puse rumbo a casa. Almorcé con Lucía y pasé una tarde formidable con ella en el jardín, bañándonos en la piscina y hasta jugando a Barbie y Ken. ¡Por mi niña lo que hiciera falta!

Esa noche me acosté triste pensando en Olivia. Cerraba los ojos y me la imaginaba en compañía de James, un hombre al que ni siquiera le ponía cara, pero que se había convertido en mi principal enemigo, ¿me habría ganado definitivamente la batalla?

Capítulo 11



El martes me levanté y, pese a saber que los chicos no me esperaban, decidí volver a la oficina. El día anterior no me había dado tiempo de hacer demasiado.

—¡Buenos días, Fina! Hoy repetimos jugada. Si te parece bien, te dejo aquí a la peque, me voy a la oficina.

—¡Buenos días, Alexis! ¡Vaya buena educación que te dieron tus padres! Mira que pedirme permiso para eso cuando es mi obligación y además lo hago con todo el gusto del mundo...

—Supongo que habría que nacer dos veces para cambiar de modo de comportarse—reí.

Lucía estaba todavía acostadita. Me acerqué a su dormitorio y le di un beso.

—¿Te vas a trabajar, papi?

—Sí, cariño.

—Yo creía que este verano te ibas a quedar más en casa.

—Ya lo sé mi niña, te dije de no ir mucho, pero igual en estos días voy alguno más porque pronto te daré una sorpresa—me refería al tema del crucero.

—¿Qué sorpresa?

—Esa no es la pregunta. La pregunta es qué clase de sorpresa sería si te la contara—le di un beso y me fui.

Camino del trabajo comencé a pensar. Poca duda me cabía de que estos ya le estarían dando forma a la idea del crucero. Llevaba madurando una posibilidad desde la noche anterior: le enviaría un mensaje a Olivia, invitándola. ¿Creía que tenía posibilidades? No, pero no iba a dejar de intentarlo.

—Buenos días, Alexis. ¡Alerta, alerta, compañeros! Ya podéis hacer como que estáis trabajando, ¡ha llegado el gran jefazo!

—Buenos días, Carlota. Te noto de lo más animada, espero que eso tenga que ver con el hecho de que el café de mi amigo se esté portando mejor.

—Tú sabes, a ratos—rio.

—¿Hablando de mí a mis espaldas? —Daniel salió a saludarme.

—De eso nada, yo lo que tenga que decir te lo digo a la cara.

—Sí, sí, te pone a parir delante de la jeta esa fea que tienes, sin problemas, por eso pierde cuidado—reí.

—En esta empresa no se me respeta—bromeó.

—Ni fuera de ella tampoco—Carlota era la leche también buscando gresca.

—Un poquito de silencio o voy a poner la norma esa de prohibir las relaciones entre empleados—reí.

—¡Tarde, jefe, rematadamente tarde!

Y desde luego, allí no se había librado más que Elba, que era la única que mantenía su vida privada al margen de la oficina.

—¡Hombre, jefe! A ti quería yo verte—Davina salió de su despacho.

—¡Ya! Algún asunto laboral que te quita el sueño, ¿es eso?

—Sí, sí, un asunto laboral en forma de crucero que...

—Que discutiremos al mediodía en el bar porque esta empresa se me está yendo de las manos. Como aparezca mi padre de visita un día me lo vais matar—reí.

—Oído cocina, jefe, pero luego lo hablamos.

—Ok.

Daniel entró conmigo en mi despacho.

—¿Estás bien, Alexis? Hoy no te esperábamos.

—Sí. El caso es que, si nos vamos a ir de crucero y tal, quiero aportar también mi granito de arena para dejar atados y bien atados todos los expedientes.

—Genio y figura, ¿eh? Mira que nos dijiste que ibas a ir más por libre este verano.

—Y pienso hacerlo, no voy a venir todos los días, pero sí algunos más de los que había previsto.

—Pues que sepas que para mí es una gozada tenerte aquí.

—¡Largo de aquí ya, pelota! —le señalé la puerta, sonriéndole.

Me concentré a tope durante la mañana y me dio mucho de sí.

Llegó el mediodía y bajamos todos al bar.

—¡Tiempo muerto! —Davinia pidió la palabra.

—Ahora sí, larga todo lo que quieras...

—Mi menda lerenda, que es muy hábil buscando chollazos, ha encontrado un crucero para dentro de dos lunes que es el ideal. A ver, para que nos salga a mejor precio, no he buscado uno que nos lleve a la Conchinchina.

—¿Y dónde sería entonces? —Elba estaba también entusiasmada.

—Es un crucero por aquí por las Islas Canarias y Funchal, en Portugal. El precio es estupendo, las instalaciones formidables y las niñas van a estar como reinas, a su aire, y los mayores al nuestro.

—¡Ay, Dios mío! Mi Martina va a estar loca de contenta cuando se lo diga. ¡De crucero con Lucía! Es un sueño.

—¿Y de cuánta pasta estamos hablando exactamente? Que yo estoy ahorrando para comprarme la moto, a ver si me vais a joder el invento—Daniel era mortal.

—Mira este, ¿pues no eres de los que más está erre que erre con el crucero? No me seas rata—a Fernando le encantaba buscarle la lengua.

—¡Un poquito de por favor que me trastornáis! Que nadie se preocupe por el precio. Sabéis que este año hemos cerrado una serie de negocios muy interesantes—comencé a explicar.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con el crucero, jefe? —Carlota estaba con las antenas puestas.

—Pues que un buen jefe es aquel que sabe valorar una labor en conjunto. No lo habría logrado sin todos y cada uno de vosotros, chicos y esos negocios han arrojado un interesante beneficio. Por tanto, el crucero será cortesía de la Financiera Montalvo.

—¡Ese es mi amigo! —Daniel pegó un salto que casi dio en el techo.

—Te vamos a mantear, jefe—Davinia se acercó y me dio un fuerte abrazo.

—No es necesario, gracias—sonreí—ya me veía dando saltos en el aire a merced de aquella panda de descerebrados.

Todos me fueron dando las gracias, cada uno a su manera, aunque quien me emocionó fue Carlota. Tenía hasta las lágrimas saltadas.

—¡Vaya detalle, jefe! —me dio un fuerte abrazo— No sabes lo que significa para mí. En mi caso somos dos y me iba a ver un poco justa, aunque no dijera nada.

—No tienes nada que agradecerme, guapa.

Después de escuchar todas las propuestas habidas y por haber durante un rato me dirigí hacia casa a almorzar con Lucía.

—¡Papi, papi! —se lanzó en mis brazos—¡No paro de acordarme de lo de la sorpresa! ¿Me la puedes contar ya?

—Pues mira por dónde has tenido suerte. Ya es segura, así que te la contaré ahora mientras comemos. Vamos a despedir a Fina.

Nos pusimos a almorzar y ella estaba totalmente alborotada.

—La sorpresa es que nos vamos a ver otra vez a Olivia, ¿verdad? —sus ojillos echaban chispas.

—No, cariño, no es esa—me quedé un poco plof.

—¿Entonces?

—Pues entonces es que nos vamos de crucero.

—¿En un barco de esos grandes con piscina?

—En uno enorme y que tiene de todo—sus ojitos brillaban.

—¿Tú y yo solos?

s—No, eso es lo mejor, nos vamos con todos mis compañeros de la oficina y se viene Martina también.

—¿Martina? ¡Gracias, papi! Nos lo vamos a pasar bomba—se puso a dar saltos.

—No lo dudo, peque.

—¿Y se puede venir una noche Martina a dormir para que planeemos lo que vamos a hacer durante el crucero?

—Vale, una nohcecita nos la traemos.

—¡Eres el mejor padre del mundo! Pero una cosita papi, ¿por qué no le dices a Olivia que venga ella también?

—Cariño, se lo diré, pero es casi seguro que no pueda.

—Vale papi, pero inténtalo.

Esa tarde hice las reservas de las plazas del crucero que me había indicado Davinia y le escribí a Olivia.

“Olivia, sé que no esperas este mensaje, pero no puedo ni quiero contener la propuesta que tengo que hacerte. Los chicos han planeado el crucero aquel del que hablamos hace unos meses. Partimos dentro de dos lunes. Tienes un camarote reservado a tu nombre que ya está abonado. No quiero presionarte, solo decirte que me haré el hombre más feliz del mundo que aparecieras por el puerto. No respondas nada, solo piénsalo. Decidas lo que decidas, aprovecho para recordarte que tu puesto de trabajo te esperará el tiempo que necesites”

Diez minutos después tenía la respuesta.

“Alexis, te agradezco de corazón tu gesto, pero no quiero tenerte en ascuas hasta esa fecha. No puedo acudir al crucero. Deseo que lo paséis muy bien”.

Me había dejado claro lo del crucero y, en cuanto a lo del trabajo, no respondió nada, como era de esperar.

Su respuesta, por desgracia, era la que yo pensaba, así que no me cogió por sorpresa. Lo contrario hubiera sido lo que verdaderamente me habría dejado de piedra.

El miércoles no fui a trabajar y me llevé a Lucía a la playa. A ella le encantaba coger olas y yo le había comprado una pequeña tabla.

Me ponía a su lado y hacía sus primeros pinitos sobre ella. Me encantaban esos momentos.

—Papi, papi, yo voy a ser surfera de mayor—me decía.

—¿Entonces ya no quieres ser jefa? —le preguntaba para buscarle un poco las cosquillas.

—No, he pensado que ser surfera es más divertido. Se lo voy a decir al abuelo Carlos cuando lo vea, para que no se haga ilusiones de que me voy a quedar con la empresa.

—Pero chiquilla, ¿tú de dónde sacas esas ideas?

—Pues porque sé que el abuelo cree que yo soy la heredera, pero eso que hacéis es muy aburrido, papi...

—¿La heredera? ¡Había que joderse! Al final Lucía iba a pensar que era una princesa de verdad.

El jueves sí acudí a la oficina.

¡—¡Buenos días, Carlota!

—Buenos días, Alexis. ¡Chicos, todos a sus puestos, ha llegado el jefe! — bromeó.

En los muchos años que llevaba en la oficina, jamás había visto aquel ambiente tan distendido de los últimos tiempos, parecía que estuviéramos en un reality.

—¡Ese jefe, cómo mola, se merece una ola! —Davinia salió de su despacho formando la marimonera—Dime que ya tienes las ocho reservas con nuestros nombres y te hago un monumento.

—No hace falta—reí pensando en un busto mío en la entrada, ni que fuera una estrella. Eso sí, callé sobre el tema de la reserva para darle más emoción al asunto.

—¡Suelta prenda, hombre! Me estás poniendo nerviosa...

—Pero ¿no eres tú la que nos dejas a todos en tensión cuando tienes que darnos alguna noticia?

—Pero yo porque soy así, tengo alma farandulera, tú eres más seriecito, arranca la moto ya, anda...

—Sí, tengo las reservas.

—¿Las ocho?

—Bueno, más bien tengo nueve...

—¿Nueve? —Davinia y Carlota me miraron con intriga.

—Sí, antes de que me interroguéis, es justo lo que estáis pensando. He invitado a Olivia.

—¿Y...?

—De momento me ha dicho que no vendrá, de todos modos, cruzaré los dedos.

—Mucha fuerza, jefe, vamos a visualizar todos que viene Olivia a ver si a buena onda le llega y le hace mover el culo hasta el barco—era un amor Carlota.

—Sí, bueno yo más que en visualizar creo que le insistiré cuando hable con ella, por intentarlo que no quede—
Elba nos había escuchado hablar y salió de su despacho.

¡Desde luego, no se podía negar que estábamos “Todos a una, como Fuenteovejuna”!

Al salir ese día no quise entretenerme y me fui del tirón a comer con mi hija, pero antes hablé con Carlota.

—Lucía quiere que Martina se quede una noche a dormir con nosotros para, según ella, planear lo que van a hacer

durante el crucero.

—¡Estas son dos noveleras de tomo y lomo! Piensa cuándo quieres que te la deje.

—¿Mañana viernes por la noche te viene bien?

—¿En serio me lo preguntas? —díselo a tu amigo, a ver qué le parece, ahí lo tienes.

—Le decía a Carlota de llevarme a Martina mañana por la noche.

—Pero ¿ya definitivamente? —a Daniel le encantaba picarla haciendo ver que no le gustaban los niños.

—¡Vete a freír espárragos! Para eso que te adopte a ti, ¡no te fastidia!

—¿Yo heredero de este? Vale, vale—asentía con la cabeza, feliz.

—Te daba una leche que te aclaraba—dije—Desgraciado, que me llevo a la niña mañana por la noche, que ya podéis hacer planes vosotros.

—¡Gracias, gracias! —se echó a mis brazos en plan cómico.

durante el crucero.

—¡Estas son dos noveleras de tomo y lomo! Piensa cuándo quieres que te la deje.

—¿Mañana viernes por la noche te viene bien?

—¿En serio me lo preguntas? —díselo a tu amigo, a ver qué le parece, ahí lo tienes.

—Le decía a Carlota de llevarme a Martina mañana por la noche.

—Pero ¿ya definitivamente? —a Daniel le encantaba picarla haciendo ver que no le gustaban los niños.

—¡Vete a freír espárragos! Para eso que te adopte a ti, ¡no te fastidia!

—¿Yo heredero de este? Vale, vale—asentía con la cabeza, feliz.

—Te daba una leche que te aclaraba—dije—Desgraciado, que me llevo a la niña mañana por la noche, que ya podéis hacer planes vosotros.

—¡Gracias, gracias! —se echó a mis brazos en plan cómico.

Capítulo 12



El viernes por la mañana me llegó un mensaje de Daniel.

“Espero que no asomes hoy por aquí el hocico y lo pases fenomenal con Lucía. Eso sí, esta noche te llevamos a Martina. Nosotros saldremos después a bailar, pero antes nos quedamos para que nos llenes la barriga. Prepara un vino de esos de ricos que tú tienes y algo de cena”.

Podía decirlo más alto, pero no más claro. Era un caso mi amigo. La cuestión es que yo de lo más agradecido, pues sabía que en el fondo lo hacían para que estuviera acompañado.

Pasé el día tranquilamente en la piscina con Lucía y por la noche llegaron ellos.

—¡Aquí estamos porque hemos venido, amigo! —Daniel traía un postre que olía delicioso.

—¿Lo has hecho tú? —lo miré sorprendido.

—La pregunta es de coña, ¿no? Lo he hecho yo...—Carlota me abrazó también.

—¡Vaya y yo que pensaba llevarme el mérito!

—No seas tan listo, anda.

—Alexis, te concedo el honor de que me sirvas una copa del vinito ese que de sibarita que te gastas.

—Gracias, amor— Carlota sacó un tono irónico.

—Ah vale, y otra a ella. Haberlo dicho y ya está. No hace falta que te enfades, fierecilla mía.

—¿Tengo que decirlo yo? ¿De verdad?

—Bueno, ya sabes cómo soy.

—Sí, Carlota. Ahí le doy la razón. No se le pueden pedir peras al olmo.

—Pero este no es un olmo, es un alcornoque. Y de primera.

Nos echamos todos a reír. Las niñas ya estaban a su aire.

—Papá, Martina y yo queremos cenar en mi mesa de princesas—señaló una mesa de esas de plástico, con sus taburetes, que mis padres le habían regalado y que teníamos en el jardín desde que llegamos de Disney. Para mí que lo hicieron para quitarle a la niña un poco la pena por la falta de Olivia.

—¿Lo ves bien, Carlota?

—Lo veo, lo veo.

Les pusimos allí la cena y nosotros nos sentamos también.

—Te tengo un chisme de los buenos—a Carlota le saltaban chispas de los ojos.

—¿De la oficina?

—Sí, sí, de la “telenovela Montalvo”, que cada vez es más jugosa.

—¡No hace falta que lo jures! Miedo me da...

—No, no es para dar miedo. Al menos no a nosotros, a Davinia quizás un poco más...

—¿A Davinia?

—Sí, te cuento. Resulta que nos ha comentado a Elba y a mí que anda preocupada. Por lo visto, la mujer de Fernando está muy melosa con él y Davinia está negra.

—¿Y eso?

—Porque yo creo que cuando Fernando empezó con Davinia, su matrimonio no debía pasar por muy buen momento, pero su mujer ha debido recapacitar y ahora está intentando reconquistarlo.

—¿Sí? Pues vaya papeleta—pensé que no lo tenía fácil, aunque él solito se había metido en la boca del lobo.

—Pues yo no veo la papeleta por ninguna parte. Que se quede con las dos y punto final.

—Punto final te voy a dar yo a ti, degenerado, ¿eso es lo que harías tú? — Carlota se revolvió como una bicha.

—Yo no, amorcito, claro que no, es él, por lo visto le gustan los juegucitos peligrosos.

—Claro y a ti no, tú eres un santo y te has pasado la vida rezando al rosario. —Yo sí, que te lo confirme Alexis— era un provocador nato.

—A mí no me hagas hablar, que todavía te cojo por el pescuezo—arqueé la ceja.

—¡Estáis todos contra mí! Al final, de pura tristeza, me vais a hacer beber y yo no quería...

—Ni caso, que tiene afán de protagonismo. Te sigo contando...

—Sigue, que ya me tienes enganchado, vas a hacer de mí un cotilla en toda regla—reí.

—Pues nada, que Davinia estaba más cabreada que un mico porque resulta que mañana por la noche es el aniversario de boda de Fernando y su mujer y ella le había propuesto una cenita romántica con velas y que reservaran luego una suite de un hotel y todo.

—¡Acabáramos! Y Davinia está que trina.

—No lo sabes bien.

—Esto se pone interesante. Pelea de chicas en el barro, estas al final se cogen por los pelos—Carlota le echó una mirada que lo dejó callado.

—Bueno, veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Ahora, si me dice Fernando que venga su mujer al crucero, me temo que no va a ser posible, apenas quedaban ya plazas.

—No, es que, si quisiera venir ella, la plaza que iba a quedar desierta era la de Davinia—rio Carlota.

Terminamos de cenar y los chicos se fueron a bailar. Yo me quedé con las niñas, que decidieron hacer una fiesta de pijamas. Un rato después nos dormimos todos.

El sábado por la mañana vinieron a por ella y ya nos quedamos Lucía y yo solos.

—Cariño, ¿qué quieres hacer hoy?

—Quiero ir a la playa, con la tabla. Nos llevamos unos bocadillos y comemos allí.

—¿Quieres estar mucho rato?

—Sí. Martina y yo hemos planeado que tenemos que ir morenitas al crucero, para salir estupendas en las fotos.

¡Lo que había que oír!

Preparamos unos bocatas, cogimos los bártulos y pusimos rumbo a la playa. Por el camino íbamos hablando.

—Lucía, mañana no hagas planes, que nos vamos a almorzar con los abuelos.

—Vale, papá y yo estaba pensando que, si al final nos vamos a ir pronto de crucero, me deberías ya dejar unos días con ellos.

—Pues tienes más razón que un santo, cariño mío.

Por la tarde, Lucía y yo preparamos todas las cosas que se llevaría al día siguiente y hablamos con mis padres, que estuvieron encantados con la noticia.

El domingo al mediodía llegamos a su casa y allí nos tenían puesta una mesa impresionante.

—Así que al final os vais todos de crucero, hijo—mi madre se quedaba en tierra, irremediablemente.

—Eso parece, mamá.

—Yo a tu padre no lo convenzo ni a tiros...

—¡Ay, Dios! ¿Ya me vais a dar la comida? —se ponía alerta con el tema.

—Ya lo sé, mamá, no os comenté nada porque sabía que papá no querría.

—No, no hubiera querido, hijo. Además, yo en su día también lo dije de broma, no lo de la idea del crucero, sino la de ir al mismo que vosotros. Nosotros no hubiéramos pintado nada allí—mi madre era muy prudente.

—Sí, sí, pero cuéntale, anda...—mi padre mostraba un gesto victorioso.

—¿Tienes algo que contarme, mamá?

—Sí, tu padre me ha sorprendido con un maravilloso viaje a Nueva York este otoño.

—Abuela, como en la peli de “Otoño en Nueva York” —Lucía abría los ojos como platos, era muy expresiva.

—Sí, cariño, al final tu abuela como una artista de Hollywood—empezaron las dos a posar en plan divas y les

saqué una foto estupenda.

—Pues yo os dejo aquí a este regalito unos días, ya lo sabéis.

—¡Y que no lo hicieras! Tu padre y yo ya estábamos deseando tenerla con nosotros.

¿

—¿Vamos a hacer muchos planes, abuelita? —Lucía ya había activado el modo zalamero.

—¡Muchos, muchos! —mis padres mataban por Lucía.

Pasamos un día formidable, en el que mi padre me preguntó por la marcha de la oficina y yo le contesté que todo fantástico, como siempre. ¡Si él supiera!

—Una de estas mañanas me pasaré por allí para saludar a los chicos.

—Cuando quieras, papá, ya sabes que siempre les da mucha alegría verte aparecer—pensé que tendríamos que fumigar antes para disipar tanta feromona como había por allí últimamente.

Pasé todo el día con ellos y por la tarde me despedí. Recogería a Lucía el domingo siguiente, con idea de tener toda la semana libre para preparar temas laborales y todo lo necesario para el crucero.

Durante el trayecto a casa, Olivia no se caía de mi pensamiento ni un instante. Por mucho que me pasara todo el día atendiendo mis obligaciones, siempre estaba en mi mente.

Llegué a casa y me sentí solo. Ya estaba acostumbrado de tal modo a la presencia de mi niña que no me hallaba sin ella. Abrí el Facebook y no pude evitar mirar el de Olivia. Como siempre pura discreción, no publicaba nada de su vida personal.

Eso sí, estaba bellísima en la foto de perfil que acababa de poner, aunque sus ojos denotaban la tristeza que últimamente la acompañaba. Me recreé

mirándola durante un rato.

No me di cuenta de en qué momento caí dormido. Solo sé que, en un momento dado, me desperté abrazado a la

Tablet y su imagen seguía estando allí de fondo.

Tablet y su imagen seguía estando allí de fondo.

Capítulo 13



Lunes por la mañana y la oficina parecía una fiesta.

—¡Buenos días, Carlota! Os estoy escuchando desde las escaleras—reí.

—¡Buenos días, Alexis! Sí, es que parece que aquí ya se respira ambiente de crucero—sonrió ampliamente.

—Ambiente de despido es lo que se va a respirar como no nos pongamos todos manos a la obra—bromeé.

—Eso sí que no—Davinia salía de su despacho y me había escuchado—Aquí habrá mucho cachondeo y todo lo que tú quieras, pero nuestro trabajo está hecho.

—Vale, ahora paso por cada despacho y os tomo la lección—guasa teníamos todos.

—¡Por el mío el último, que voy haciendo chuleta! —la voz era de Daniel y procedía de su despacho.

—¡Tú expulsado del tirón! —ya lo veía venir hacia el mío.

—Te me estás aburguesando, jefecito, al final vas a ser de derechas y todo...

—¿Y qué tiene de malo ser de derechas? —Fernando saltó desde su despacho. Aquello era un auténtico sainete, parecía que las paredes escuchaban.

—¡Alto ahí! Empezáis a hablar de política y es que os recorto los sueldos, por ahí no paso. Palabra que no—aquello sí que me superaba.

Me senté en mi despacho y Carlota no tardó en entrar.

—Deja a Fernando hoy que desbrave, yo creo que lo necesita—su tono de voz era flojito.

—¿Y eso?

—Estoy deseando contártelo, pero no puede ser aquí. ¿No tendrías quince minutos para un cafelito?

—Venga, un día es un día.

Bajé con ella al bar.

—Suelta por esa boca, amiga.

—El karma, jefe, ha sido el karma.

—Como no te expliques un poco mejor...

—Bueno, ya sabes que yo con el tema de que se le pongan a ninguna persona los cuernos no comulgo y Fernando estaba con las dos a saco...

—¿Estaba? ¿En qué punto me he perdido?

—Estaba, estaba, te cuento. Resulta que Fernando y su mujer quedaron para cenar como te dije y luego para ir al hotel.

—Sí.

—Pues por lo visto, según le contó Fernando ayer a Davinia y ella antes a nosotras, su mujer estuvo de lo más atenta durante la cena.

—Bueno sí, hasta ahí es lo que cabía esperar.

—Sí, sí, pero no adelantes acontecimientos. Lo gordo llegó luego, cuando subieron a la suite del hotel.

—Me tienes en ascuas.

—¡Es que es muy fuerte, Alexis! Cuando subieron abrieron la puerta de la suite y se encontraron dentro a otro tío.

—¿A otro tío?

—Sí, sí, Fernando no entendía y le pidió disculpas, pensando que se habían equivocado de habitación.

—¿Y no?

—No. Entonces su mujer le dijo que no era una equivocación, que podían estar juntos los tres.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Fernando le dijo que eso era imposible, que ellos eran un matrimonio, que no entendía nada y que no comprendía cómo podía pretender meter a un tercero en su relación.

—Ya, ya veo por dónde van los tiros...

—Claro. Su mujer le dijo que eso lo hubiera pensado antes de meter él a una tercera persona y después le sugirió que ya podía pasar por sus cosas y comerse a Davinia con patatas fritas, que ella lo sabía todo.

—¿Estaba al tanto de la persona que era y todo?

—Sí, por lo visto sí. Se ve que había visto un mensaje de WhatsApp entre ellos...

—Madre mía, lo único bueno del asunto ha sido que por lo menos esta no se ha colado en la oficina a montar el numerito, como la sueca...

—No, no, porque últimamente esto es el acabose—Carlota se reía.

Subimos y me pasé por el despacho de Fernando.

—No voy a negarte que ya estoy al tanto, lo siento Fernando.

—No te preocupes Alexis, ya sabes cómo van estas cosas.

—¡Y tanto que lo sé! Por menos tengo yo mi vida patas arriba en estos momentos.

—Pues sí, ¡vaya putada!

—Consuélate. Tú al menos tienes a Davinia.

—Sí, es una tía cojonuda, espero que no me dé una patada en el culo ahora también.

—Yo creo que no, me da que está por ti—salí de su despacho.

Para mí, el hecho de que Davinia estuviera tan afectada con el acercamiento de la mujer de Fernando era determinante. Pensaba que estaba por él.

Me pasé la mañana haciendo el paralelismo en mi cabeza. No lo podía evitar. Estaba claro que unos nacían con suerte y otros estrellados, y yo, en las cuestiones sentimentales, debía estar en ese último grupo, por mucho que me pesara.

Al acabar la jornada, hubo reunión en el bar. Los ánimos estaban de lo más exaltados con el crucero. A una semana vista, la gente estaba que se salía.

—¿Y no tenéis folletos ni nada para que nos vayamos haciendo una idea de cómo es el barco? —Daniel estaba bastante más interesado desde que sabía que era gratis.

—¡La madre que te parió! Pero ¿serás troglodita? —Davinia se exaltó.

—¿Troglodita, yo? ¿Qué he dicho ahora?

—La burrada esa de los folletos, un poco más y vas a buscar un dibujo del barco a las cuevas de Altamira, hijo. Míralo por Internet.

—Él es así, muy tipo macho ibérico, apasionado pero bruto—Carlota lo definió rapidito.

—No, si ahora voy a ser yo el españolito de las películas de los años 70, el típico machito ibérico que iba a la playa a ligar con las...—de repente se quedó pálido, él solito estaba cayendo en su propia trampa.

—¿A ligar con las suecas? ¿Era eso lo que ibas a decir? Porque a lo mejor no andabas desencaminado—Carlota estaba ofuscada.

—Yo no abro más el pico que se ve que calladito estoy mucho más mono.

—Pero mucho más—Carlota lo estaba fulminando con la mirada.

—¡Tiempo! ¡Tiempo! —exclamé, vamos a tener que incluir en los presupuestos de la empresa dos cajas de Ibuprofeno por cabeza y semana.

De camino a casa pensaba que no podía culparlos por estar de lo más animados. Era yo quien estaba de capa caída. Me estaba costando muchísimo gestionar la información que me traje de Londres.

Verlos a todos con sus planes para el crucero, en pareja, aunque no fuera nada oficial, me hacía sentir una sana envidia. Salvo Elba, que estaba sola pero bien, igual tenía que aprender de ella, claro que es más fácil estar solo cuando no estás enamorado.

Esa tarde la pasé en casa, de relax total... Un poco de lectura, una pizca de música, otro mucho de piscina y sol a raudales. Pensaba en mi dulce Olivia, que estaría en el nublado Londres y me costaba respirar, ¡cómo me hubiera gustado darme un chapuzón con ella!

Por la noche me sentía un poco angustiado, seguía notando esa presión en el pecho. Llamé a mi peque, a mi alegría, para intentar salir un poco de ese estado.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, mi vida! ¿Lo estás pasando bien con los abuelitos?

—Mucho. Oye, papá, ¿por casualidad no te habrá llamado Olivia para decirte que se viene con nosotros al crucero?

—No, mi vida. De haberlo hecho, te lo hubiera dicho.

—Vale, pero es que como el abuelo dice que los jefes tenéis muchas cosas en la cabeza, pensé que a lo mejor te lo había dicho y se te había olvidado.

—No, mi niña, no se me habría olvidado.

Me despedí de ella, después de que me contara cómo había pasado el día y me quedé pensando en sus palabras. Así tuviera un millón de cosas en la cabeza, jamás se me podría olvidar la que era mi pasión: Olivia.

El martes por la mañana llegué a la oficina y, tan pronto como me metí en el despacho, un desmejorado Daniel entró por la puerta.

—¿Has visto un fantasma? Vaya careto traes.

—Sí, sí, que eso digo yo también, que buenos días—se sentó.

—Desembucha, ¿no te habrás corrido otra vez una juerga de las tuyas? —yo creía haberlo dicho flojo, pero él estaba acojonado.

—Baja el tono, por lo que más quieras. Nada de eso. He estado toda la noche en el gabinete de crisis.

Para nosotros, el gabinete de crisis era el wáter, ese lugar que solía acogernos cuando la barriga se nos soltaba por una preocupación.

—¿Qué has hecho?

—Palabra de honor que nada, me estoy comportando como un tío normal por una vez en mi vida.

—¿Dispuesto a claudicar entonces? —le hice la señal de poner un anillo en el dedo.

—¡Vete a la mierda! Tampoco te pases. Hay un punto medio, pero vamos que me estoy portando de lujo, eso te lo puedo garantizar.

—Entonces, ¿a qué viene tanto miedo?

—¿Podemos bajar al bar a tomar un café? Aquí hay oídos por todas partes.

—¿Habrá alguna posibilidad de llegar a esta oficina una mañana y empezar a trabajar sobre la marcha?

—Seguro que sí, pero otro día, yo soy tu mejor amigo y me necesitas.

—¿Cómo?

—Que te necesito, me he equivocado—hasta para eso tenía cara el tío, era capaz de darle la vuelta a cualquier situación.

Fuimos a salir para el bar y Carlota nos cortó el paso.

—¿Dónde vais? ¿A por un cafelito? Yo tampoco he desayunado, ¿os importa si os acompaño?

—No, no puede ser—Daniel le respondió de lo más decidido.

—¿Y eso?

—Porque el jefe no quiere—lo miré con cara de asesino, ¡me echaba a mí el muerto y seguía tan campante! Era muy grande el tío...

—¿Y eso?

—Tiene un apuro y necesita a un amigo, cosas de hombres—le hizo un cariño en el cachete y siguió andando.

—Muy misteriosos estáis vosotros, espero que no estéis tramando algo—al final se veía venir que la bronca me la llevaba yo. Negué con la cabeza y salí andando.

—Tú no serás el tío con más cara del mundo, ¿no?

—Casi, pero igual termino con el récord del tío al que más veces se la partan.

—Larga ya, anda que por mi mente pasa de todo.

—Pues mira que anoche estaba en mi casa esperando a Carlota. Habíamos quedado porque sus padres se llevaron a Martina e íbamos a pasar la noche juntos.

—Estupendo, ¿no?

—Sí. Si no fuera por el pequeño detalle de que habíamos quedado a las diez y a las nueve y media se coló Grace por las puertas.

—Grace, ¿tu Grace?

—Sí, la misma Grace cuyo marido me dio la piña del siglo en el ojo.

—Joder tío, lo tuyo con Grace va por fascículos, parece “La Historia Interminable” —canturreé un poquito la banda sonora y su cara no era de muchos amigos.

—¿Qué dices de “nuestra” historia? Hace meses que no me acuesto con ella. La última vez que la vi fue acercarme y me cayó la más grande, no la llamo, no la veo, no la sigo en las redes ¿y tengo una historia con ella?

—Vale, vale, ahí me he colado, pero es que en el pasado os disteis mucha guerra...

—Sí, pero eso está ya muerto, finiquitado, enterrado.

—Vale, ¿y qué pasó?

—Llamaron a la puerta y abrí. Me quedé helado cuando la vi allí, tan, tan... tan Grace.

—O sea que iba de lo más provocativa, ¿no?

—Sí, de lo más provocativa y lo siguiente. Antes de que me quisiera dar cuenta ya había pasado e intentó besarme.

—¡No jodas!

—¡Como te lo cuento!

—¿Y qué hiciste?

—Pues rogarle, suplicarle y casi implorarle que se fuera.

—¿Y ella?

—Ella me decía que era muy morboso el jueguecito de que la rechazara, que estaba excitándose mucho y más volvía a la carga.

—¿Y cómo te libraste de ella?

—Pues me costó Dios y ayuda, tuve que ponerme muy serio para que comprendiera que no era ningún jueguecito, que pasaba de ella de verdad.

—Y mientras el reloj corriendo...

—El reloj corriendo y yo cagado de miedo. Salió de mi casa, blasfemando en arameo, a las diez menos cinco y a las diez entró Carlota por la puerta.

—Vamos que al final, salvado por la campana...

—Sí, sí, a punto estuvo de pillarme en el salón con ella y lo peor es que yo me acordaba de ti y del puto karma y pensaba que como nos encontrara allí a los dos, cualquiera la convencía de que yo no quería.

—Veo que estabas bastante afectado, ¿no?

—Pues sí, ¿y qué? —percibo un cierto tonito irónico en tus palabras.

—Un poco. ¿No eras tú el que decía que había muchos peces en el mar y que si no era ella sería otra?

—Sí, ¿y?

—Pues que parece que, a la hora de la verdad, la posibilidad de perder a Carlota te afecta bastante más de lo que reconoces.

Por una vez, el bravucón de Daniel guardó silencio y hasta pareció tener capacidad de pensar.

Volvimos a la oficina y trabajamos el resto de la mañana. Esperaba que mi amigo reflexionara, por su bien.

El resto de la semana pasó volando. Dado que no estaba Lucía, me acerqué todas las mañanas por la oficina. Por la tarde, aprovechaba para descansar, tomar un café con algún amigo o ir de compras para hacerme con alguna ropa para el crucero, así como con algún bañador más para Lucía, pues imaginaba que iba a necesitar muchos cambios.

Y así, como quien no quiere la cosa, llegó el viernes y el revuelo en la oficina ya era absolutamente sensacional desde por la mañana.

—¡Jefe, a esta hora el lunes ya estaremos a remojo como los garbanzos! — Daniel y sus cosas.

—A esta hora todavía no, animal de bellota.

—Veréis, que por unas horas me va a dejar el tío por mentiroso.

—Pues yo voy a coger la botella cuando entre en el barco y no la voy a soltar hasta que salga de él—Davinia tenía claras sus preferencias.

—Yo solecito es lo que quiero—me he comprado una pamela que...—Carlota no pudo terminar la frase.

—Una pamela que sirve para darnos sombra a todos, os lo aviso—Daniel y sus provocaciones.

—¿No te gusta mi pamela?

—Sí, mujer, el único problema es su tamaño, que viene a ser el mismito de una plaza de toros.

—Anda y que te den morcillas. Una artista es lo que voy a parecer.

—Yo sí que voy a parecer una artista, pero del escaqueo, no pienso hacer ni el huevo esos días, voy a que me lo pongan todito por delante—Elba parecía decidida.

—Bueno, por ligar sí podrías hacer un esfuerquito, ¿no? —Davinia tenía para todos.

Fernando era el que estaba más callado y es que los acontecimientos de las últimas horas todavía lo tenían un poco trastocado. El crucero también le vendría fenomenal para desconectar un poco de lo vivido.

Aquella mañana costó un poco concentrarse, pero lo hicimos. A la salida estuvimos un ratito en el bar y de ahí cada uno para su casa.

Según los vi desaparecer, recordé aquellos días en los que deseaba que todos se marcharan para poder quedarme a solas con Olivia y ofrecerle un plan. Me estremecí porque, si cerraba los ojos, era capaz de verla allí junto a mí.

—¿Qué coño haces? —Daniel se había vuelto y me pilló un poco en plan Zen.

—Perdona, creí que os habíais ido...

—¿Y tú estabas aprovechando para meditar aquí?

1

—¡Calla ya y tira!

—He vuelto porque dice Carlota que mañana cenamos los tres en mi casa, ¿te viene bien?

—Me viene.

0

1

—¿Qué coño haces? —Daniel se había vuelto y me pilló un poco en plan Zen.

—Perdona, creí que os habíais ido...

—¿Y tú estabas aprovechando para meditar aquí?

—¡Calla ya y tira!

—He vuelto porque dice Carlota que mañana cenamos los tres en mi casa, ¿te viene bien?

—Me viene.

Capítulo 14



Sábado por la noche y allí iba yo, camino de la casa de Daniel, botella pija de vino en mano, como diría él.

—¡Bien se nota donde hay dinero! —mi amigo abrazó a la botella antes que a mí.

—Anda que vaya recibimiento que le has hecho, que es el jefe—Carlota le dio un codazo, en plan divertido.

—Pues si espera que yo le rinda pleitesía, la lleva clara...

—No espero nada energúmeno, solo que pasemos un buen rato, que no sé por qué, pero te quiero.

—Ya sabía yo que al final te me declarabas, y el caso es que ahora me coges en mal momento porque mi corazón parece estar ocupado—se llevó la mano al pecho.

—Pues menos mal que tu corazón alberga algo mejor, porque en el cerebro nada más que debes tener serrín—reí.

—¿Has venido a mi casa a insultarme? Que ya sabes lo que pasa luego, soy muy sensible y tengo que beber para olvidar...

—Alexis, hemos preparado unas pizzas caseras—Carlota estaba de lo más atareada.

—¡Huelen muy bien, Carlota! Eres un amor...

—Pues sí, y tú toma nota, fíjate las cosas tan bonitas que me dice el jefe—se dirigió a Daniel.

—Ya, pero es que yo voy de otro palo, más que del romántico, del sexual... ¿O quién es tu bestia en la cama? — se acercó a ella por detrás y le dio un mordisco en el cuello.

—¡En la cama y fuera de ella! Quitá, demonio. ¿Será posible el mordisco que me ha arreado el tío? No he visto otra cosa igual en mi vida...

—Desde luego que más bruto y no naces...

—Pero a ella le gusta, en el bote la tengo, ¿a qué sí churri?

—¿Churri me vas a decir? Mira te voy a dar con el palo de amasar la pizza, lárgate de aquí, hombre...

—Nos echan de la cocina. Vamos a sentarnos un poquito al salón que estoy muy afectado, me trata fatal— bromeó.

—¿Afectado tú? No sabes lo que es eso...

Nos sentamos en el salón y me moría de risa porque, en silencio, él recreaba el mal rato que había pasado la noche que estuvo allí Grace, con gestos, señalando dónde estaba cada uno y poniendo cara de mártir.

La velada fue muy agradable y los chicos no paraban de decir lo contentos que estaban todos con la idea del crucero. Sentados en el jardín de Daniel, mis recuerdos eran contradictorios. Allí fue dónde se comenzó a mascar la tragedia de las suecas.

—Lo pasaremos sensacional y las niñas están como locas, por no decir este que, a la chita callando, este está contando las horas...

—Vamos que tú no.... —le contestó Daniel.

—Yo también, ¿y tú Alexis? No te he escuchado hablar mucho del asunto.

—Yo también estoy muy contento, ya lo sabéis, solo es que...

—Imagino, que te gustaría que viniera Olivia, ¿no? —Daniel se estaba empezando a achisparr y me puso el brazo por encima en plan compadre.

—Un poco—sonreí.

—Venga, no nos pongamos intensos, ¡un poquito de musiquita para alegrar el alma!

Carlota puso música y, lo malo era que yo, que ya tenía también alguna copita encima, identificaba todas las letras con Olivia. A decir verdad, no estaba siendo mi noche.

Un rato después dejé a los chicos solos. Pensé que ellos podrían aprovechar sus horas de intimidad y yo no me sentía la mejor compañía.

El domingo por la mañana ya tenía toda la ropa preparada encima de las camas, solo para meterla en sus respectivas maletas.

Al mediodía me dirigí a casa de mis padres. Almorzaría con ellos y ya me llevaría a Lucía para casa.

—¡Papá, papá! —se lanzó sobre mí como si no me hubiese visto en años.

—¿Dónde está la mujercita de mi vida?

—¡Aquí! —levantó el brazo.

—¿Lo has pasado bien?

—¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! —la respuesta no dejaba lugar a dudas.

—¡Vaya si te has puesto morenita!

—Claro, te lo dije...

—¡Mañana es el gran día, pequeña!

—Sí, papá.

Abracé a mis padres y compartimos un almuerzo de lo más agradable, transcurrido el cual, mi madre nos dio como un millón de besos, a cada uno, y nos dirigimos a nuestra casa.

—Papá, ¿me has echado un salvavidas en la maleta? —me preguntaba Lucía mientras íbamos en el coche.

s

—¿Un salvavidas, hija? Si tú nadas muy bien desde que eras una renacuaja, no necesitas eso para la piscina.

—No, es por si Martina y yo nos caemos del barco.

—¿Por si os caéis del barco? —me estaba dejando loco.

—Claro, porque el abuelo dice que el barco se mueve mucho y como vosotros también decís que Martina y yo no paramos, pues a lo mejor nos caemos del barco.

¡Lucía y su fantasía! Ya había vuelto la alegría a mi lado. Mi peque tenía la capacidad de sacarme la mejor de las sonrisas.

Esa noche escuché que contaba ovejitas y me acerqué a su cama.

—¿No puedes dormir, cariño?

—Nada de nada, papi. Estoy muy nerviosa.

—Pues te voy a ayudar a contar ovejitas y verás lo pronto que te duermes.

—Vale, papá, pero que sean ovejitas y no osos, que ya sabes que luego tengo pesadillas.

—No, cariño, hasta diferenciar a una oveja de un oso llevo—la miré riendo, ¡era la leche mi Lucía!

En nada cayó rendida.

Me metí en la cama y mis peores augurios se hicieron realidad. El que iba a necesitar contar no ovejas, sino rebaños enteros, era yo. El crucero ya estaba a la vuelta de la esquina y al día siguiente me enfrentaría a la cruda realidad: zarparíamos sin Olivia.

La idea dolía más de lo que podía imaginar a priori. Cada vez que tenía que enfrentarme cara a cara a la realidad de que estábamos separados, me costaba Dios y ayuda. Los meses pasaban y la herida, lejos de cerrarse, seguía sangrando.

En nada cayó rendida.

Me metí en la cama y mis peores augurios se hicieron realidad. El que iba a necesitar contar no ovejas, sino rebaños enteros, era yo. El crucero ya estaba a la vuelta de la esquina y al día siguiente me enfrentaría a la cruda realidad: zarparíamos sin Olivia.

La idea dolía más de lo que podía imaginar a priori. Cada vez que tenía que enfrentarme cara a cara a la realidad de que estábamos separados, me costaba Dios y ayuda. Los meses pasaban y la herida, lejos de cerrarse, seguía sangrando.

Capítulo 15



Lucía se levantó de los nervios y se colocó su bolso, preparado con las cosas que había metido, entre las que no faltaba el maquillaje que les regaló Olivia a ella y Martina.

— Papi, necesito la mochila también, no me caben en el bolso todas las muñecas — apareció por la cocina sofocada.

— En el bolso solo mete aquellas con las que juegues más. Claro, coge la mochila y ahí metes las muñecas que quieras.

— Pero a mi bebé también me lo llevo en los brazos.

— Madre mía, no vas a poder ni andar — sonreí — Anda siéntate a tomar el Cola Cao.

— ¿Y cuándo nos vamos?

— Pues en cuanto terminemos de desayunar — reí.

— ¿Y si se va el barco sin nosotros?

— Cariño, el barco no empieza a navegar hasta esta noche, así que todo el mundo se puede ir montando desde ya, hasta entonces.

— Pero nosotros nos vamos ya cuando desayunemos.

— Claro — reí.

Ahora entendía cómo mi madre repetía tantas veces que los niños eran un cuestionario andante, así era, ni más ni menos.

A las once de la mañana ya tenía las maletas en el coche y nos fuimos directos al puerto. Allí estaba el barco atracado y los chicos arriba, les había faltado tiempo.

Hicimos el registro y nos acompañaron a nuestro camarote, una suite preciosa con una terraza en la que podían caber una veintena de personas.

Había una puerta correlativa que llevaba a una habitación con el baño. Era la que había reservado para Olivia, como una complementaria, integrada en el camarote. La abrí y la volví a cerrar, me dolía demasiado.

— Papi, me gusta mi nueva casa — decía tirando sus cosas encima de una cama individual que había.

— Es muy chula ¿verdad?

— Preciosa, además le voy a decir a Martina que duerma aquí conmigo alguna noche.

— Claro — sonreí al verla muy emocionada.

— ¿Dónde están todos?

— En la cubierta superior tomando copas, pronto empiezan — le hice un guiño.

— Yo me voy a pedir un zumo de piña.

— Eso es lo mejor — sonreí.

Terminé de colocar nuestras pertenencias y me dirigí a la cubierta a buscar a los compañeros. La pequeña me llevaba de la mano mientras iba saltando por los pasillos hasta el ascensor.

Llegamos a la cubierta y ahí estaban todos. Empezaron a aplaudir bromeando mientras nos acercábamos.

— ¿Os echaron de la cama? — pregunté dándoles un abrazo y dos besos a las chicas.

— Un todo incluido debe ser aprovechado desde primera hora de la mañana — carraspeó Daniel.

— Voy a la barra a por una cerveza — reí mientras ya veía a mi peque jugando con Martina, de lo más emocionada — ¿Alguien quiere algo? — pregunté, pero todos negaron, ya que estaban servidos.

Me apoyé sobre la barra y le pedí a una mulata preciosa que estaba tras ella la cerveza.

— Que sean dos por favor — dijo una voz conocida para mi oído y me giré.

El mundo se paró en el momento en el que mi mirada se encontró con la suya, se me humedecieron los ojos.

— Olivia...

— Así me llamo — se encogió de hombros.

— No sé si abrazarte, darte dos besos o ponerme a saltar — me salió una risa suelta de esas que te hacen tomar constancia de que estás completamente feliz.

Me abrazó con cariño, se pegó a mí y nos fundimos en un precioso abrazo que se prolongó durante unos segundos mientras escuchábamos a los chicos desde las mesas aplaudir.

— ¿Lo sabían? — pregunté levantando la ceja.

— Elba, sí, desde hace tres días, pero le hice jurar que no diría nada.

— ¿Cuándo has llegado a la isla? — le cogí una mano y se la besé. Estaba muy emocionado de que estuviera allí, con nosotros, en ese viaje que no había hecho más que empezar, ¡y de la mejor forma!

— Ayer por la noche. Me recogieron mis padres en el aeropuerto.

— ¿Aún te faltaba una semana por trabajar o lo has dejado? — pregunté un poco despistado mientras le daba un buche a la cerveza, apoyado sobre la barra. Ya no quería ir a las mesas hasta no hablar un poco con ella.

— Me propusieron un puesto en mi antiguo trabajo aquí en la isla, en la Financiera Montalvo y lo sopesé, me vine a tirarme a la piscina.

— ¿¿¿En serio??? — en ese momento tenía ganas de saltar como un niño pequeño al que le entregan el mayor regalo que la vida le puede ofrecer.

— Sí — sonrió.

Esta vez tenía mejor cara, más alegría en ella. Parecía como si la vuelta le hubiera hecho resplandecer por completo, como si la vida le hubiera vuelto a sonreír. En Londres la vi muerta en vida, esa sensación me dio.

— Gracias, no sabes cuánto me alegra.

— ¡¡¡Oliviaaaaaa!!! — gritó la pequeña emocionada al verla y llegó corriendo con Martina.

Se agachó y las abrazó.

Aquello era lo más bonito que me había pasado en mucho tiempo, desde lejos Carlota y Davinia me enseñaban su pulgar, sonreían al ver que eso me había causado mucha felicidad.

Nos fuimos hacia ellos.

— ¿Y tus cosas?

— En el camarote de Elba, me quisieron dar las llaves del contiguo al tuyo, pero preferí verte antes. Yo llevo aquí con los compañeros desde que llegaron, vamos vine con Elba precisamente.

— Pero luego lo cambias a nuestra casa — dijo Lucía que estaba al loro de todo.

— Claro, a mí me tenéis que aguantar — le contestó mirándome y haciendo un guiño.

— Con mucho gusto — sonreí.

Nos sentamos con los chicos. Ella a mi lado, tenía mil preguntas para hacerle y sobre todo sentía una alegría inmensa por saber que regresaba a las oficinas.

Y eso unido a la emoción de tenerla en ese crucero, que sin ella hubiera sido diferente. Sentía felicidad elevada a la máxima potencia.

Deseaba tener ese momento de calma para hablar con ella tranquilo, pero todo a su debido momento. En ese instante estábamos con los chicos, tomando las cervezas, en esa terraza que tenía dos piscinas, una para adultos y otra para niños, en la que ya estaban metidas Lucía y Martina, sentadas en los escalones amplios jugando con sus bebés.

Elba le agarraba la mano a Olivia y la acariciaba. Desde que pasó lo de su desaparición y ella cuidó mucho a su madre, estaba muy agradecida y se sentía muy unida a ella.

Daniel me miraba sonriente. Yo sabía lo que me estaba diciendo, lo conocía como si fuera mi hermano y se hubiera criado conmigo. Yo aguantaba la risa, entre la emoción, los nervios y sus payasadas. Me tenía histérico.

Las miradas entre Olivia y yo no cesaban. No era como el último día en

Londres que me las esquivaba, ahora estaban llenas de vida. Daba la sensación de que el regreso la había transformado. En cierto modo eso me hacía estar más relajado.

A la hora de la comida nos fuimos a uno de los bufetes exteriores. Las niñas se sirvieron patatas fritas y pizza. Mucho nos temíamos que en aquellas vacaciones se iban a poner tibias de comida basura, pero que disfrutaran.

Nos sentamos en dos mesas juntas. Olivia a mi lado, ya íbamos teniendo charlas más fluidas. Notaba que estaba más serena, más cercana. Yo no percibía un ápice de rencor, aunque realmente ella no lo demostró en ningún momento, pero me trataba más livianamente.

En la comida, Carlota no paraba de desfasar y, por ende, descontroló a las demás, quienes seguían sus bromas en

contra de los hombres.

— ¡No me lo puedo creer! — gritó una voz acercándose a nosotros.

Miramos y ¡hostias!

— ¡¡¡Nuria!!! — me levanté a abrazarla — ¿Qué hacéis aquí? — pregunté mientras le daba también dos besos a Daniela. Supuse que habían vuelto, evidentemente.

— Nos salió una oferta de última hora — dijo acercándose a todos ya que los conocía, menos a Olivia. Se la presenté.

— ¡Qué pequeño es el mundo! — reía Carlota.

— Sentaos— les acerqué dos sillas para que se unieran a nuestro grupo.

— Pues aquí estamos, que hicimos las paces y vinimos a celebrarlo — dijo Nuria pasando la mano a Daniela por la espalda.

— Tu madre tiene que estar loca de contenta — sonreí con ironía.

— A mi madre le pueden dar por saco, ya sabes cómo es, o me caso contigo o no acepta mi género — reía.

— Tu madre no me va a aceptar jamás — intervino Daniela — pero ni yo a ella, así que uno a uno — produjo unas risas en todos.

Olivia sabía de su existencia y yo le había hablado de ella, así que no se sorprendió ni con lo de que su madre nos quería unir a los dos en matrimonio.

Después de la comida, Nuria y Daniela se retiraron a otra parte del barco, Davinia y Fernando se perdieron y Elba dijo que quería descansar un rato en su camarote. Fue así como me quedé con Olivia, Daniel y Carlota. Nos pusimos cerca de la piscina donde las niñas jugaban.

Daniel no paraba de tirarles bolas de servilletas y disimulaba. Estaba poniendo el lado de la piscina guapo con tantos papeles, pero las niñas nos miraban riendo y preguntándose quién era el que se los lanzaba.

Yo tenía una pregunta rondando en mi cabeza. Movía la copa de ron que me estaba tomando mientras miraba a Olivia, la cual, a su vez, miraba a las niñas, que jugaban.

— ¿Sigues con tu compañero de trabajo? — pregunté ante la necesidad de respuestas que tenía. Lo hice en un tono flojito, mirándola a los ojos y provocándole que le saliera una preciosa sonrisa.

— No — dijo sonriente después de pensárselo un rato.

— Vaya — sonreí aguantando mi emoción, pues quisiera o no, eso era lo que me había provocado, una inmensa alegría.

— Él no existe — se ruborizó y comenzó a reír en flojo y sonriente.

— ¿En serio? — mi rostro debió impresionarse y mi ceja se levantó de golpe.

— No quería en esos momentos que intentaras nada. Entré en shock cuando te vi en Londres, a pesar de que soñé mil veces que aparecías por allí. Esa fue la razón de que pusiera un escudo para luchar contra mis sentimientos — me acarició la mano en un gesto de afecto y cariño.

Aproveché y se la agarré, me la llevé a mi boca y la besé.

— Siento todo lo que te hice...

— No te preocupes ¿Sabes?

— Dime.

— Te creo, sé que lo hiciste sin mala intención, que si hubieras sabido que me iba a causar tanto dolor no lo hubieras hecho.

— Gracias — la abracé.

Me dieron ganas de besarla, pero temía que no le hiciera gracia o que no fuera su pretensión. Una cosa era que me perdona, que estuviera allí y otra que estuviera deseando caer en mis brazos.

De hecho, eso era lo que me daba miedo, que me viera ahora de otra manera, pero yo tenía que reconquistarla, demostrarle que no era el hombre que fui y que mi vida solo giraba en torno a ella, además de a mi pequeña Lucía. Pasamos la tarde en el exterior, merendamos hasta decir basta y las niñas estaban de lo más animadas.

Fuimos al camarote de Elba a recoger las cosas y nos propuso, para no quedarse sola, que le entregáramos a las niñas y ellas se miraron felices, Carlota no tardó en contestar.

— Todas tuyas, así vivo el crucero con noches de pasión.

Nos reímos. Elba adoraba a las niñas y quería que le hicieran compañía, así que fueron a por sus ropas y se trasladaron con ella. Era una buenaza y ya les tenía todo preparado para ducharlas. Yo sabía que lo hacía para darnos a los demás la libertad de vivir lo bonito que estaba pasando en nuestras vidas.

Volvimos al camarote, quedamos con todos en que nos veríamos en la cena. Habíamos reservado una mesa para las nueve en el restaurante principal del barco.

Entramos en el camarote Olivia y yo sonrientes, estaba nervioso, no me podía creer que fuera a vivir esas vacaciones a su lado. Cerré la puerta y ella se quedó en medio del camarote, entusiasmada.

— ¿Quién se ducha primero? — preguntó obviando que había otra habitación contigua con baño.

— No sé — sonreí y me acerqué a ella. La cogí de las manos y la miré fijamente. No apartó su mirada.

La besé...

Me abrazó durante ese beso, al que no dudó en responder con mucho deseo, cariño y nervios. Yo percibía cómo casi temblaba. La agarré por la cintura y la senté en mis piernas, ya que me había colocado en el filo de la cama.

— No sé qué decir, solo que no sabes lo inmensamente feliz que me hace tenerte aquí con todos nosotros.

! — A mí también me hace feliz — me dio un beso corto pero intenso, repleto amor.

La eché sobre la cama y nos comenzamos a besar como dos adolescentes deseosos el uno del otro.

!.
Desnudé el nudo de su cintura y su vestido se abrió, dejándola con ese espectacular cuerpo y el bikini que llevaba puesto. Su piel se erizó mientras me miraba, dejándose llevar por lo que mis manos iban haciendo.

La desnudé mientras la miraba. Estaba deseando volverla a tener así, frente a mí, con esas curvas que daban rienda suelta a mi imaginación. El de Olivia era un cuerpo de lo más sensual y que elevaba mi pasión por segundos.

La dejé boca arriba y comencé a lamer sus pechos, su barriga y su entrepierna, hasta llegar a esa zona que devoré como nunca antes lo había hecho, mientras la escuchaba gemir de placer y agarrarse a las sábanas, presa del placer. Hice que llegara al orgasmo entre esos tenues chillidos que intentaba ahogar en su garganta.

Me desnudé y la senté encima de mí. La agarré por las caderas y la ayudé a moverse lentamente, mientras salía y entraba. Aquello aceleraba mis latidos y aflojaba mi respiración. Llegué a un orgasmo de esos que no deseas que terminen.

La apreté contra mí y nos abrazamos.

La llevé en volandas a la ducha donde seguimos entre besos y caricias, sobre todo inmersos en miradas que lo decían todo. Nos vestimos y salimos de la mano a dar el encuentro a todos al restaurante. Por supuesto que en él estaban ya las niñas.

— Hombre, ¡qué bien se os ve! — bromeó Daniel ante la sonrisa de los demás, al vernos aparecer de la mano.

— Cotilla eres hijo — dijo Carlota, dándole un manotazo en el hombro.

— Hija, encima de que los felicito — negó ante la risa general.

— No, no los felicitaste, les tiraste la indirecta — provocó una risa en las niñas que se miraron una a la otra. En el

fondo se enteraban de todo pese a su corta edad.

La cena fue una exquisitez en todos los sentidos. No hubo un plato de los que nos trajeron que no fuera de diez, de alta cocina y preparado meticulosamente. Hasta a las niñas les sirvieron unos menús que las volvieron locas.

Tras la cena, ambas se fueron a una mini disco con animadores y cuidadores. Se quedaron allí y los demás nos trasladamos a la cubierta exterior a tomar copas. El caso es que había actuaciones en el teatro, pero a ninguno nos ^aapetecía.

Elba era la más sana, la más deportista, la que menos bebía, así que no tardó en decir que se retiraba, no sin antes ^arecoger a las niñas de la fiesta infantil y llevárselas al camarote. Su gesto permitió que nos quedáramos los seis de lo más relajados allí, tomando copas.

Fernando y Davinia parecían felices. Además, después de su mujer haberle dado carpetazo de esa manera, lo que propició fue que él adquiriera carta de libertad. Así ya no tenían que esconder sus sentimientos y menos en ese crucero, en el que reinaba la más amplia de las libertades.

Olivia estaba divertida, bailaba con la copa en la mano a ritmo de esas canciones latinas que iban poniendo. Me miraba, me besaba, me provocaba y yo no podía dejar de sonreír feliz por ese momento tan pasional que estábamos disfrutando. Estaba loco por devorarla de nuevo en el camarote, todo me sabía a poco con ella.

Y eso pasó, nos recogimos ese día no muy tarde. Estábamos todos cansados, así que nos fuimos a dormir, no sin antes dejarnos perder por esa pasión que sentíamos.

Estaba atrevida, me buscaba, me provocaba, jugueteaba conmigo y yo caía rendido a sus pies. Me sentía de nuevo el hombre más afortunado y deseado del mundo y lo mismo percibía por su parte en esos momentos, Olivia estaba en su máximo apogeo, dándolo todo.

Nos acostamos abrazados, la tiré sobre mi pecho mientras ella lo acariciaba y besaba constantemente y me repetía lo mucho que me quería. Sus palabras alegraban mi corazón y escucharlas de su boca era lo que menos me podía imaginar y lo que más felicidad me producía.

Agradecía al universo esa nueva oportunidad que ponía en mi vida y que no pensaba desaprovechar por nada del mundo.

La quería a ella, ahora, allí, después, para siempre a mi lado.

El crucero comenzaba a navegar poniendo rumbo a su primera parada... Lanzarote.

La quería a ella, ahora, allí, después, para siempre a mi lado.

El crucero comenzaba a navegar poniendo rumbo a su primera parada... Lanzarote.

Capítulo 16



Me levanté y abrí las cortinas de la terraza de la suite y allí estábamos, en Lanzarote.

— Buenos días — rio desde la cama.

— Buenos días — sonreí acercándome a besarla.

— Necesito un café — me miró a modo de súplica.

— Ahora mismo — le acaricié la mejilla. Me dirigí a la cafetera de cápsulas que había en la suite y preparé dos.

Me encantaba esa Olivia despertando de lo más dulce, sonriente, con ese brillo en los ojos que me hacía sentir afortunado.

Nos tomamos el café de pie en la terraza, yo detrás de ella con mi cabeza mirando hacia la isla, mientras ella ladeaba la suya, feliz para que le besara el cuello.

Los chicos estaban desayunando arriba en el exterior. Nos enviaron un mensaje, así que nos pusimos los bañadores y subimos a darles el encuentro.

Lucía y Martina corrieron hacia nosotros al vernos. Nos abrazaron felices, sobre todo a Olivia, por la que sentían verdadera devoción.

Nos sentamos con todos, que estaban de lo más animados, ninguno quería bajar a la isla, ya que la conocíamos y preferimos disfrutar del día a bordo. Además, el ambiente sería muy relajado por la de personas que bajarían a pasar el día para conocerla.

— Una cosa papi, si no bajamos, Martina y yo queremos ir a la sala de juego de los niños con los animadores.

— ¡Sí! — gritó Martina ante la risa de todos.

— Pues yo había pensado en salir a dar una vuelta al menos, un paseo — intervino Elba — Y si queréis, os podéis venir conmigo — les dijo a las niñas.

— No, nos quedamos con los animadores — respondió Martina riendo.

— ¿Y la vamos a dejar solita? — Lucía y su sensibilidad, cómo no.

— Tranquilas chicas, si queréis disfrutar no hay problema, yo solo doy una vuelta y subiré enseguida. La idea es estirar las piernas.

Después del desayuno, Elba se fue y antes dejó a las niñas en los servicios de cuidadores. Allí disfrutarían de una extensa variedad de juegos y actividades.

— Hoy me quiero emborrachar — dijo ante nuestro asombro Davinia.

— Y yo — respondió Carlota.

— Pues os acompaño — dijo Olivia y todos nos miramos, sabiendo que, si las tres opinaban igual, íbamos a terminar todos como una cuba.

— Elba de niñera, ya que no bebe — reía Carlota.

— Pobre Elba — negué riendo mientras miraba a Daniel.

— Bueno, tampoco tan pobre, que el jefe nos pagó el crucero — carraspeó.

— Si, pero no para hacer de niñera — volteé los ojos.

— Ella se las quiso llevar a su camarote para no estar sola y disfruta con la compañía de las niñas — respondió Carlota.

— Bueno, pues a disfrutar del día — se frotó las manos Davinia — Voy a ir a pedir ¿Qué os apetece?

;

— Te acompaño para ayudarte — se levantó Olivia.

— ¿Vino para todos?

— Joder son las once de la mañana Davinia, ¿Ya le vamos a dar al vino? — preguntó Fernando sonriendo.

— Para hacer otras cosas, no miras la hora — le sonrió con amplitud.

— Pide lo que quieras — le dijo negando.

Afirmé igual que Daniel, nos bebíamos lo que hiciera falta. Olivia sonreía mirándome mientras se iba a pedir con Davinia. Era lo más sexy del mundo mundial, me tenía loquito con esas curvas.

— ¡Qué sorpresa te dio al venir! — dijo Fernando sonriente.

— Pues sí — afirmé con una sonrisa — Me devolvió la vida.

— Desde luego que sí, solo hay que verte — intervino Carlota señalándome con la mano.

— Es muy buena persona y yo se lo hice pasar fatal, no me guarda nada de rencor, no sé si merezco alguien así. De lo que estoy seguro es de que no le vuelvo a fallar.

— A las mujeres hay que saberlas cuidar — me advirtió mientras me guiñaba el ojo Carlota.

— Y tanto, tienes razón — solté el aire mientras afirmaba.

— Vamos, a los hombres también hay que cuidarnos — protestó Daniel.

— Bueno, sobre esa cuestión habría mucho que debatir — le sacó la lengua.

— Mira, Carlota, que han desaparecido muchas personas en los cruceros, que tienes todas las papeletas — bromeó.

— ¿Me vas a tirar por la borda? — le hizo una burla.

— Bueno por la borda exactamente no — rio.

— En el fondo te pongo cachondo — le hizo un gesto bromista como de tirarle un bocado de lejos.

— En el fondo y en la forma — rio.

—En la forma y en la borda—le guiñó el ojo.

Llegaron las chicas con seis copas y una botella de vino blanco. Olivia me miraba sonriente y feliz. Se notaba que estaba relajada, liberada, nueva.

Davinia, antes de sentarse, besó en los labios a Fernando, casi el primer beso oficial. Lo que vio Carlota era extraoficial, pensé aguantando la risa y viendo cómo ese amor se consolidaba.

Carlota estaba disparatada, se puso a bailar en bikini al borde de la piscina la canción de “Sin Pijama”, señalaba a Daniel y la gente que había por la cubierta exterior alrededor de nosotros la miraba sonriendo. Mi amigo igual, pero con un sarcasmo que conseguía que ella lo hiciera peor.

Olivia la grababa con el móvil mientras lloraba de la risa.

Me escapé con la excusa de ir a cambiarme de bañador, pues el que llevaba se secaba poco, para ir a recepción y pedir que por la noche me prepararan algunas cosas para dar una sorpresa a Olivia.

Tenía la sensación de que cada día había de ser una perfecta excusa para prepararle algo bonito, así que me

propuse sorprenderla diariamente con momentos y cosas diferentes.

La anterior vez siempre pensaba que ella era una auténtica tentación para mí. Esta, sentía que estaba naciendo otro sentimiento, pasión en toda regla.

Volví donde ellos y me miró sonriente, le hice una caricia en el cachete y me senté con otra nueva copa que habían pedido.

— Vaya con Fernando y Davinia, están avanzando a pasos agigantados, tengo un cotilleo — se puso a aplaudir nerviosa Carlota y Olivia se echó a reír y se ladeó para escuchar bien el titular.

— Dale, total lo vas a contar de todas formas — dije mientras Daniel afirmaba confirmando lo que yo había dicho.

— No seáis capullos que estáis deseando que os cuente el cotilleo. Allá voy — hizo un gesto con la mano como para que la dejáramos hablar.

—Una hora para contarlo — resopló Daniel causando una risa en el grupo y una mirada asesina por parte de Carlota.

— Te callas — le señaló con el dedo a modo de advertencia — Joder, ¡qué difícil es hablar aquí! — volteó los ojos — Pues que antes le dijo Fernando algo a Davinia que no me enteré y esta le respondió que no lo habían traído, que se lo habían dejado en casa.

La cara de todos fue de asombro y risas. Ya estaban viviendo juntos, Fernando se habría instalado en casa de Davinia, seguro, dado que su ex mujer lo echó sin pasar por la casilla de salida.

Recordé que yo le iba a pedir a Olivia que se viniera a vivir conmigo, pero pasó lo que pasó y todo se quedó en agua de borrajas. Ahora me preguntaba si lo haría si se lo pidiera en esas circunstancias. Antes, sí tenía claro que hubiera aceptado, pero en ese momento quizás necesitaba más tiempo para volver a confiar en mí plenamente.

— A Fernando se le ve muy sonriente para haber vivido una patada en el culo, él está muy cómodo con Davinia, solo hay que verlos — decía Daniel mientras movía la copa.

— Pues no veas lo que corre la gente y yo esperando mi anillo — dijo Carlota cogiendo la copa y bebiendo con desesperación, haciendo la broma.

)

— Pues ya somos dos — chocó Olivia su copa con la suya y se echó a reír.

La miré levantando la ceja y aguantando la risa.

— ¿Ya sois dos? — pregunté carraspeando.

— A ti te lo vamos a contar — dijo con ironía Carlota y Olivia me miraba de reojo, riendo.

Pasamos todo el día en la piscina, tomando copas, comiendo y jugando con las niñas, ya que las recogimos para el almuerzo y nos la quedamos con nosotros.

En la cena estábamos todos y Elba muy sonriente. No la habíamos visto en todo el día desde que bajó a la isla, pero sonreía más de lo normal.

Al final, después de decir tanto lo de emborracharse, bebieron, pero no mucho más de lo habitual, estuvieron todo el tiempo sobrias.

Después de la cena nos fuimos al camarote. Yo había encargado unas cosas y quería que Olivia disfrutara de la sorpresa.

Notaba cómo temblaba por la expectación. Le había vendado los ojos antes de abrir la puerta del camarote y la había ayudado, con mis manos en su cintura, colocándome detrás de ella, a entrar. Estaba nerviosa y yo disfrutaba viéndola así.

—Alexis...

Acaricié sus caderas y me pegué por completo a ella. Acerqué mi nariz a su cuello y aspiré su aroma antes de darle un húmedo beso en su piel.

—Ardo por ti —gimió cuando mordí su cuello y una sonrisa se formó en mi rostro.

Levanté las manos y desaté la cinta con la que cubría sus ojos. Me quedé detrás, esperando a que contemplara todo lo que había preparado para ella.

El camarote estaba iluminado por una decena de velas que alumbraban un lugar que se nos antojaba idílico. Decenas de pétalos de rosa cubriendo el suelo, creando un sendero hasta la cama, donde había colocado un enorme ramo de rosas rojas.

Sin decirme nada, se acercó a él y lo cogió entre sus manos. Se lo acercó a la nariz y aspiró su aroma. Solo entonces se giró hacia mí y me miró emocionada.

—¿Todo esto...?

l

Me encogí de hombros, como si no tuviera ninguna importancia.

—Quería recordar esta noche siempre.

Se mordió el labio, señal de que estaba emocionada. Con cuidado, dejó el ramo donde estaba y volvió a posar sus preciosos ojos en mí.

Nos quedamos así unos segundos, solo mirándonos. Lentamente, me acerqué a ella, hasta que nuestros cuerpos estuvieron a punto de rozarse.

—Eres especial —la agarre por la cintura y la pegué a mí—. Te lo demostraré siempre —susurré.

l

Entonces la besé. Tenía tantas ganas de hacerlo que hasta yo temblé. Necesitaba el contacto con ella y sentirla, de nuevo, entre mis brazos.

Con lentitud y sin que mis labios se separasen demasiado tiempo de los suyos, la desnudé y comencé a besar su cuerpo. Su cuello, sus pechos... Me agaché y besé su vientre.

Sus gemidos y cómo susurraba mi nombre era lo único que quería oír en ese momento.

La hice sentarse en la cama y me coloqué entre sus piernas abiertas. Sabía que se podía sentir vulnerable así,

desnuda para mí, pero no iba a tener tiempo para pensar mucho

Y es que mis labios ya estaban, de nuevo, sobre los suyos. Mis manos sobre su suave cuerpo, acariciando cada recodo de su piel y yo... Yo encima de ella, maldiciendo a la ropa que aún nos separaba al uno del otro.

Fue ella quien, con gestos nerviosos, me ayudó a quitármela y cuando nuestros cuerpos se unieron, piel con piel, ya todo indicaba perfección para que ocurriera otra vez.

—Alexis... — suspiró.

Su respiración acelerada, su cuerpo temblando por culpa de la pasión...

— Me gusta verte así, Olivia, deseosa de sentirme dentro de ti.

Así era cómo me sentía yo, siempre necesiéndola cerca.

Bajé una mano y la metí entre nuestros cuerpos. Su sexo mojado, más que listo para mí. Metí dos dedos y gemí a la vez que ella, imaginando que era mi miembro el que se adentraba en su calor.

—Necesito más — dijo con voz ronca.

—¿Cuánto más? — la azucé un poco, sonriendo, esperando a que dejase la vergüenza a un lado y a que me lo pidiese.

—Todo — se sinceró — Lo quiero todo.

Eso era lo que iba a tener. Y no iba a esperar mucho más para ello.

Me coloqué en posición y entré con un solo movimiento. Echó la cabeza hacia atrás, su cara reflejaba el placer que ambos estábamos sintiendo.

— Joder — gruñí, extasiado.

Me daba miedo hasta moverme, así de intenso lo sentía. Lentamente salí de ella, perdiéndome en cada sensación. Con la misma lentitud volví a entrar, penetrándola por completo. Señor, cómo la sentía...

Los movimientos cada vez más rítmicos, mi boca devorando la suya y una de mis manos apretando su pecho, jugando con su endurecido pezón.

Levantó un poco las piernas para sentirme mejor y cuando noté cómo le temblaban, supe que el momento estaba cerca. Tal vez demasiado rápido, pero no iba a quejarme por ello.

Metí la mano entre nuestros cuerpos y apreté su clítoris, solo necesitó eso para que un pequeño grito saliera de su garganta y comenzase a temblar. El orgasmo había llegado y por cómo me apretaba dentro de ella, el mío no iba a tardar mucho más.

Aceleré el ritmo y me tensé cuando sentí el calor extenderse por mi cuerpo.

Había llegado mi momento.

—Dios — gemí con la voz ahogada mientras me corría dentro de ella. Me vacié y terminé cayendo sobre su cuerpo, el mío completamente laxo.

Un enorme suspiro salió de mi garganta y acepté el abrazo que me daba.

Volvía a tenerla conmigo y esa vez, además, había sido especial. Estaba seguro de que ni ella ni yo la olvidaríamos nunca.

Levanté mi cabeza, me apoyé sobre mis codos y la miré.

—Demasiado rápido — sonreí burlonamente.

— Puede ser — bromeó ella.

—Voy a tener que esforzarme más la próxima vez — suspiré como si fuese algo tedioso para mí.

—¿Y cuándo será eso? — preguntó intentando no reírse, aparentando seriedad.

Hice como quien lo meditaba unos momentos y cuando la vi abrir los ojos de par en par, supe que me había entendido. Seguía dentro de ella y volvía a excitarme.

Rio sin poder parar, una carcajada que me sonó a gloria y la besé, terminando con esa risa y volviendo a tenerla donde yo quería: excitada y lista para mí.

Iba a ser una larga noche y la disfrutaríamos al máximo.

—¿Y cuándo será eso? — preguntó intentando no reírse, aparentando seriedad.

Hice como quien lo meditaba unos momentos y cuando la vi abrir los ojos de par en par, supe que me había entendido. Seguía dentro de ella y volvía a excitarme.

Rio sin poder parar, una carcajada que me sonó a gloria y la besé, terminando con esa risa y volviendo a tenerla donde yo quería: excitada y lista para mí.

Iba a ser una larga noche y la disfrutaríamos al máximo.

Capítulo 17



Salí de cuclillas de la suite y la dejé durmiendo. Fui directo a una joyería que había en el crucero. Tenía claro que le tenía que regalar un anillo ese día. Ya le había comprado uno la anterior vez, pero no se lo pude regalar y ahora quería que fuera uno distinto.

La chica de la joyería me recibió con una amplia sonrisa. Parecía que se le iba a rajar la comisura de los labios por lo exagerado de su gesto.

Le expliqué que quería un anillo de pedida y la medida que necesitaba.

— Estas tres son unas sortijas finas, de su medida, elegantes, que se pueden llevar siempre puestas y que van genial para cualquier ocasión. Son unas joyas exclusivas de la firma.

— Esta, me gusta esta — señalé a una de oro blanco con diamantes a ambos lados del brillante que lucía en el medio, engarzado en alto.

— Buena elección.

Me había cargado el sueldo que me tenía asignado de todo un mes, pero más feliz que una perdiz, me fui a pedir que nos llevaran un desayuno romántico a la habitación. Deseaba desayunar con ella en la terraza.

Pasé por el camarote de Elba y saludé a las niñas que saltaban en lo alto de la cama.

— Papi, hoy estamos de navegación y el barco no para — reía Lucía.

— Mejor, mejor — sonreí.

— ¿Cuántos días van a pasar sin parar? — preguntó Martina.

— Solo hoy, los demás días ya son todo paradas — sonreí.

Quedé con Elba en que luego la vería. Le conté que iba a desayunar con Olivia en el camarote y le pareció genial.

Subí a la habitación, aún estaba dormida, yo llevaba la cajita con el anillo en el bolsillo, lo escondí en un cajón.

Me puse a su lado y comencé a besarla para despertarla.

— Cariño, nos traen el desayuno.

— ¿Y por qué no desayunamos con todos? — se acurrucó en mí y sonó el timbre.

— Vete al baño y no salgas hasta que te diga — reí.

Esperé a que ella entrara e hice pasar al chico para que lo prepara todo en la terraza.

En un momento, montó allí una preciosidad de mesa. En el centro, un globo de helio en forma de corazón atado por un lazo a la caja con el anillo.

Unos creps, tostadas, embutidos, mermeladas, mantequillas en una bandeja alargada rodeada de bombones Ferrer Rocher, además de un zumo para cada uno y café, todo servido en una vajilla preciosa que hacía de la mesa un espectáculo. Ese sería nuestro desayuno.

Esparció pétalos de rosas desde la terraza hasta el baño, donde aguardaba ella.

Yo había preparado unos corazones que me dio la chica de la joyería y los repartí por el suelo. En todos había un “te quiero”, un “te amo” o un “te adoro”.

Los puse meticuloso boca arriba para que se leyeran y separados a lo largo del camino.

Ella escuchó que el camarero se fue.

— ¿¿¿Ya puedo salir??? — preguntó gritando, impaciente.

— Sal si eres valiente — dije riendo detrás de la puerta y abrió.

Salió y al ver todo el camino y esas notas se puso las manos en la boca.

— La que has liado pollito — su tono y su cara era de estar alucinando.

—Yo no hice nada — carraspeé, la cogí en brazos y la llevé hasta la terraza.

— ¡Alucino! Esto es súper romántico — decía feliz mirando a la mesa.

Le aparté la silla y se sentó, miró la caja, pero pensó que era parte del adorno para sujetar el globo. Además, estaba envuelta en papel de cebolla de color blanco, no podía ni ver la firma de la joya sobre la caja.

— Ayer me sorprendiste, hoy también ¿me estás intentando enamorar? — ladeó los labios aguantando la risa.

— ¿Yo? ¡Por favor! Ni que dentro de lo que sujeta el globo hubiera un regalo para ti.

oNo me dio tiempo a terminar cuando ya estaba quitando el globo, el papel y agarré a tiempo la caja.

— Eso no vale — resopló.

— No seas impaciente — la abrí y la puse mirando hacia ella.

— Me cago toda — le salió del alma mirando a la sortija y me produjo una risa.

— Quiero pedirte algo — la miré fijamente.

— Hasta las bragas si me las pides — me provocó una carcajada, estaba de lo más nerviosa.

— Quiero pedirte que hagamos de lo nuestro un compromiso, quiero que estés en mi vida ahora y siempre.

— ¿Pero eso significa que me estás pidiendo matrimonio o que seamos novios? A mi aclárame las cosas que luego me hago mis pajas mentales — bromeó haciendo una burla.

— Hoy te estoy pidiendo un compromiso, que nos convierta en novios o prometidos, pero quiero ser algo tuyo.

Cogió con destreza el anillo y se lo colocó, se miraba el dedo y tocaba las palmas. Me miró y pensé que me iba a soltar algo bonito.

— ¿Y la boda pá cuándo? — imitó a la canción y me eché a reír mientras negaba.

— Bueno, primero responde al compromiso — carraspeé dando un buche al café.

— Claro que acepto. Ahora quiero ser exclusivamente producto nacional. Nada de ninguna otra persona y menos suecas — advertido quedas — me señaló con el cuchillo.

— Vaya romanticismo el tuyo — reí — me hartó de preparar todo y ni un beso, ni nada — negué con resignación

— Voy — se levantó y cogió mi cara entre sus manos. Me dio un beso muy fuerte y volvió a su asiento — Luego te doy mi regalo por la noche — me hizo un guiño.

Me encantaba, a pesar de su timidez, cómo se soltaba y se volvía de lo más desinhibida conmigo. Se percibía felicidad en su mirada, me prometí a mí mismo que jamás volvería a ser la causa de su dolor, no me podría perdonar nunca el volverla a fallar.

Desayunamos entre miradas y risas cómplices, llenos de alegría, mientras ella no dejaba de mirar el anillo sobre su dedo. Después de una hora de estar allí plácidamente, nos vestimos para dar el encuentro a nuestros compañeros.

Nos empezaron a aplaudir al vernos llegar. La única que sabía la verdad era Elba y ella era una tumba. Los demás

pensaban que se nos habían pegado las sábanas.

— Un poco de atención — dio un golpe a la mesa donde estaban tomando el café después del desayuno, al lado de la piscina — Mirad la joya que me acaban de poner en el dedo para pedirme compromiso — se la enseñó a todos para mi asombro. No lo esperaba de ella, pero me hizo muy feliz verla así.

^o
— Joder, si esto te dio por el compromiso no quiero ni imaginar con lo que aparecerá para pedirte matrimonio — decía Davinia sin dejar de mirar el anillo.

— Y a mí no me regalan ni uno de bisutería — soltó Carlota mirando a Daniel y negando con la cabeza.

— Ya me está picando el cuello — se puso él a rascarse cuando escuchamos a las niñas venir corriendo desde donde estaban jugando a la vista de todos.

Pasaron de mí olímpicamente, de todas maneras, ya las había saludado en el camarote de Elba, así que se fueron a los brazos de Olivia a comérsela a besos.

— Tú y yo hemos quedado para criarlas, nada más — me dijo Carlota refiriéndose a que las niñas pasaban de nosotros.

— Ya veo — reí mientras veía a Olivia coger a las peques y llevarlas a la piscina que estaba frente a nosotros.

Un camarero me trajo el café, aunque servían por las mesas, nosotros solíamos ir a pedir para mayor rapidez.

Nuria apareció con su chica, sonriente. La había perdido de vista desde aquel primer día que coincidimos. Se sentaron un rato con nosotros y luego se fueron.

El barco estaba a tope. Por suerte, había mucho espacio y no se notaba aglomeración. Era gigantesco y tenía zonas de recreo por todas partes, además aquella jornada sí que estaría repleto, pues era de navegación completa.

^u
Olivia llegó con las niñas, riendo y advirtiendo que esa noche querían dormir con nosotros, así que menos mal que le había dado la sorpresa del día por la mañana. De lo contrario, eso de una cena romántica con niñas hubiera quedado muy alocado, aunque gracioso, todo sea dicho.

Nos lo pasamos bomba entre la piscina y bailes. Yo reconocía que el crucero había sido todo un acierto para compartir con los compañeros, estaban siendo unos días de lo mejor.

e

Por la noche las niñas se quedaron con nosotros y llegó la bomba...

— Tenemos un secreto — dijeron saltando sobre la cama.

— ¿Un secreto? — carraspeé.

— Sí, de Elba — dijo Martina poniéndose las manos en la boca.

— ¿Qué le pasa a Elba? — preguntó Olivia levantando la ceja.

— Nos comentó que hoy dijéramos de dormir aquí, pues le gusta uno del barco — reían mientras Lucía lo decía.

— Vale que os haya quitado de en medio y os haya dicho que digáis de dormir con nosotros, quizás quiere salir por el barco un rato sola, pero de ahí a que le guste alguien de a bordo ¿De dónde lo sacáis? — preguntó Olivia poniendo gesto de resignación.

— Un chico la paró y le dijo que “a las once en la disco”, también le guiñó el ojo y ella cuando él se volvió nos miró y comenzó a aplaudir. Eso es porque le gusta — volteó los ojos Martina.

— Pues va a ser que sí — reí.

No entendía cómo a su corta edad y jugando con bebés, tenían esa capacidad para estar al loro de gustar, no gustar y guiño de ojos. Madre mía la que me quedaba cuando comenzara a salir con sus amigas, ni quería pensarlo.

s

— Pues nada, la que faltaba va a bajar del barco enamorada — decía Olivia riendo y llevándolas a su cama, situada en la otra habitación, que también estaba provista de cama de matrimonio. Por supuesto, dejamos la puerta abierta, frente a nosotros, y las veíamos desde la cama.

e

Acostamos a las niñas y nos metimos entre las sábanas. Comenzamos a hablar con ellas, que nos chillaban contándonos sus planes para el día siguiente.

— Estas nos van a dirigir todas las vacaciones — rio.

— Ya te digo, mañana, como no se las quede Elba, le tocan a Carlota — reí.

— Pues no, me las quedo yo que son mis consentidas — se echó en mi pecho.

Tardamos en dormir entre tantas bromas con las niñas, pero cayeron rendidas y nosotros también. El día había sido de lo más completo.

r

1

— Estas nos van a dirigir todas las vacaciones — río.

— Ya te digo, mañana, como no se las quede Elba, le tocan a Carlota — reí.

— Pues no, me las quedo yo que son mis consentidas — se echó en mi pecho.

Tardamos en dormir entre tantas bromas con las niñas, pero cayeron rendidas y nosotros también. El día había sido de lo más completo.

Capítulo 18



—¡Fiesta! — gritaban las niñas desde la cama.

— Fiesta dicen — reí mientras abrazaba a Olivia.

— Un crucero es una continua fiesta — se pegó a mí y me besó.

— Ay Dios, que las niñas están ahí y no puedo... — carraspeé.

— Venga, luego hacemos una escapada — me hizo un guiño y me puso peor aún con su roce.

Las niñas vinieron y se pusieron a saltar en la nuestra, así que nos levantamos y las vestimos para llevarlas a desayunar. Ya exigían el desayuno a gritos.

— Papi un día me puedo llevar a casa de los abuelos a dormir a Martina ¿verdad?

— Claro, cariño — sonreí mirando a Olivia mientras íbamos en el ascensor.

Llegamos al restaurante de la cubierta exterior y no había ni Dios, así que nos sentamos los cuatro a desayunar. Ese día estábamos en Funchal, la capital de la isla de Madeira, en Portugal.

— Están pasando los días volando — me miró con tristeza.

— Señal de que lo estamos pasando bien — puse mi mano en su pierna por debajo de la mesa mientras le hacía un guiño.

— Y luego a la rutina. Trabajar y bla, bla, bla — reía.

— Bueno lo que queda de verano casi lo podemos tomar de relax — reí — yo me encargo de ir una o dos veces al trabajo.

— Ah no Alexis, a mí me incorporas del tirón que necesito trabajar, por Dios — rio.

— Bueno te doy de alta, cobras, pero hasta septiembre...

— ¡No! Me niego en rotundo, no me hagas una faena, yo entro a trabajar inmediatamente — me advirtió señalándome con el dedo entre risas.

— No te haré ninguna faena, pero no sé, quizás podríamos disfrutar un poco más a la vuelta — le hice un guiño.

— Los fines de semana y por las tardes los días de trabajo, pero quiero trabajar nada más llegar — puso cara de no tener otra opción más que permitírselo.

— Lo hablaremos — carraspeé cuando vi que llegaban Daniel y Carlota.

— ¡¡¡Buenos días!!! — gritó conforme se acercaba y las niñas fueron corriendo hacia ella.

— ¡Qué mal dormí anoche! El barco se movía un montón — dijo Daniel y nos miramos incrédulos, ya que no habíamos notado nada.

— Exagerado es — volteó los ojos Carlota.

— Todo lo exagerado que quieras, pero no veas si me mareo — mordisqueó la tostada.

Apareció Elba con una sonrisa muy sospechosa. A renglón seguido, Davinia con Fernando, que parecían dos enamorados de toda la vida, cada vez estaban más sueltos.

Después del desayuno nos fuimos todos a conocer Funchal. Las niñas iban saltando todo el tiempo por las calles y se pararon delante de un escaparate lleno de muñecos bebés.

— Muero por ser la mami de ese — dijo Martina.

— Y yo de este — señaló otro Lucía.

— ¡Vamos! —las agarró de la mano Daniel y las metió en la tienda, mientras todos reíamos, y allí salieron ellas con sus bebés nuevos en brazos.

Comimos y pasamos el día por ahí, paseando, tomando cervezas y recorriendo ese bonito lugar, hasta subir al barco para ducharnos e irnos a cenar.

Elba no cenó con nosotros, ya que había quedado con un chico misterioso. Me encantaba que disfrutara y se dejar llevar, así que esa noche le tocaban a Daniel y Carlota las niñas, además estaban cansados. Sin embargo, Olivia y yo teníamos ganas de fiesta.

o

Pillamos dos copas y nos pusimos en una de las barras de la cubierta exterior. A ella le pasaba como a mí, nos gustaba estar en abierto, no en espacios cerrados.

Estaba preciosa, con un vestido sin mangas y suelto por las rodillas de color negro, lo mismo que las sandalias. Su pelo al aire que tanto me gustaba. Olivia me envolvía en una pasión de esas que te arrastra por momentos, me provocaba tanto que solo me daban ganas de tenerla desnuda y pegada a mí.

Se movía muy seductora mientras nuestras miradas y sonrisas lo decían todo. Yo me estaba poniendo malo con tanta sensualidad ante mis ojos, me bebí la copa de un trago y pedí otras dos. Ella se reía, sabía que me estaba poniendo a mil.

Pedí dos chupitos aparte de las copas y brindamos. Nos los tomamos del tirón. Ella seguía pegándose a mí con esos bailes en los que contoneaba sus caderas rozándome y llevándome al límite.

Sonó una canción de Romeo Santos y comenzamos a bailar de lo más pegados. La cosa se iba calentando por momentos, yo estaba que iba a explotar y mi miembro estaba pidiendo a chillidos una liberación.

Estuvimos así hasta las dos de la madrugada, yo ya no podía más. La cogí en brazos pese a su negativa y me la llevé al camarote ante la risa de todos los que nos cruzábamos, pero no, no la iba a soltar. Iba directa a darme eso que me pedía el cuerpo y que ella había provocado durante toda la noche.

Entramos al camarote y, tal como cerramos la puerta, comencé a desnudarla. Olivia me miraba de lo más divertida, sensual y juguetona. Estaba deseando como yo resolver esa tensión que arrastrábamos en las últimas horas.

La subí a mi cintura, la penetré y la dejé contra la pared sostenida en mis brazos. Fue un momentazo donde la respiración agitada de los dos y el pulso acelerado, dieron paso a un orgasmo que nos dejó apretados fuerte el uno contra el otro.

Se fue al baño y escuché un chillido.

— ¡¡¡Me muero!!! — gritó y yo sabía por lo que era, sonreí y me asomé.

— ¿Te gusta? — levanté la ceja.

— Me encanta, no debiste... — Miraba la cesta de su línea de perfumes favorita de Carolina Herrera. Lo encargué en el barco y le prepararon todo muy bonito. Dos perfumes, crema para las manos, otra para el cuerpo, estaba alucinando de felicidad.

— Claro que debí, te mereces todo.

— Joder y yo pensé si venir al crucero... — rio y se tiró a mis brazos.

— Gracias por haber venido y por querer volver a la empresa.

— Eso sí, claro, que tengo que ganar dinero — reía.

Nos metimos en la ducha. Era bien tarde pero no había mejor forma de dormir que refrescados, además que allí aproveché para disfrutar de su cuerpo y dejar que volara en un intenso orgasmo de esos que me regalaban la melodía de sus gemidos.

Capítulo 19



El crucero esa mañana estaba en Las Palmas de Gran Canarias, isla en la que tampoco íbamos a bajar.

Preparé un café en la cafetera de la habitación y me fui a la terraza, Olivia dormía plácidamente y no la quise despertar.

Ese día había contratado un jacuzzi privado en una zona exclusiva, con spa y todo.

La mañana la pasamos con todos. Elba nos presentó a su misterioso acompañante y ya sabíamos de qué iba la cosa. Era un hombre que había llevado a sus padres de crucero, en regalo por su cincuenta aniversario de bodas. Ejercía de médico en Tenerife. Era apuesto, educado y rápidamente conectó con nosotros, Gonzalo se llamaba.

Las niñas estuvieron toda la mañana con nosotros, pero luego pidieron ir a la zona esa que tanto les gustaba y donde estaban controladas por los cuidadores del barco de animación infantil.

Después de almorzar les dijimos a todos que nos perdíamos un rato. Olivia no sabía hacia dónde íbamos. Su sorpresa fue monumental cuando descubrió nuestro destino.

Había reservado el jacuzzi privado para ella y para mí. Tenía ganas de disfrutar de nosotros y ese ambiente era perfecto para lo que tenía en mente.

Sonrió como si fuera una niña pequeña, con los ojos iluminados por la emoción cuando vio el cava y los bombones con los que nos había obsequiado el personal del crucero. No tardó mucho en meterse uno en la boca y en gemir, como yo tampoco necesité mucho más para que mi miembro estuviera ya listo para la ocasión.

—Cuando llegue a casa, voy a tener que ponerme a dieta estricta —resopló tras relamerse los labios.

Gemí mentalmente, que siguiera provocándome que todos mis deseos de ir con lentitud esa vez y de saborear su cuerpo iban a irse al traste.

Sin avergonzarse, se quitó la ropa y se quedó en bikini. A la mierda mi poco autocontrol, ese trozo de tela que tapaba su cuerpo iba a durarle muy poco. Me acerqué a ella y la besé, saboreando, a la vez, el chocolate que había degustado.

—Sí que estaba bueno —dije sobre su boca. Lamí su labio inferior y vi cómo sus ojos se encendían por la pasión. Ya estaba excitada, no necesitaba tocar nada más para saber que la tenía en mis manos. O, tal vez, era yo quien estaba en las suyas.

—¿Quieres uno?

—No —dije rápidamente—. Tengo mejores cosas en mente que puedo comerme.

Agarré su trasero con mis manos y la pegué a mi cuerpo.

—¿Eso significa que no me vas a dejar disfrutar del jacuzzi? —bromeó.

—Sí que vas a disfrutar, pero de otra manera.

Río y yo sonreí. Me quité la camisa y entré en el jacuzzi. Tiré de ella hasta tenerla dentro, conmigo. Me senté y la coloqué delante de mí, entre mis piernas.

—¡Qué rico...! —cada vez que gemía, me ponía más cardíaco.

—¿El agua? —apoyé su espalda sobre mi pecho tras deshacerme de la parte superior del bikini y puse mis manos en su vientre, acariciando su piel hasta rozar sus pezones, erectos y preparados para mí. Los pellizqué, haciéndola retorcerse por el placer— ¿Quizás esto? —la azucé un poco.

—No sabría decirte... —la sonrisa en su ronca voz, divertida y excitada.

—Tendré que probar algo más entonces —con una mano, apreté uno de sus pechos y con la otra, lentamente,

llegué hasta su pubis. Metí la mano bajo el bikini y la acaricié.

—Dios...

—¿Significa eso que no voy por mal camino?

—Significa que vas por el correcto.

Sonreí torcidamente. Con mis dedos, abrí su sexo y la toqué.

—Alexis...

—No tienes paciencia —reí cuando movió las caderas, pidiéndome más.

—¿No podemos tenerla para la siguiente vez? —suspiró.

Reí, tenía toda la razón. Los dos necesitábamos del otro y tenía que ser ya. Sin perder más tiempo, metí dos dedos dentro de ella.

—¿Mejor?

—Algo mejor —dijo con la voz entrecortada, mis dedos ya habían comenzado a jugar con ella.

—¿Solo algo? Voy a tener que currármelo más —reí.

—¿Y si lo hago yo?

Quitó mi mano y se puso de pie. Me miró a los ojos y, lentamente, bajó su bikini y se quedó completamente desnuda ante mí. Yo podía quedarme así durante horas, solo mirándola. Me encantaba hacerlo. Estaba jodidamente sexy azorada, con sus mejillas encendidas por ese poco pudor que siempre permanecía con ella, ofreciéndose a mí por completo.

—¿Qué vas a hacer? —levanté la mirada hasta sus ojos, expectante.

Se puso de rodillas, sus pechos a la altura de mi boca y yo no pude evitar lamerlos, me moría por saborear cada parte de su cuerpo. Pero viendo cómo intentaba deshacerse de mi bañador, sabía que iba a tener que esperar a la próxima, porque Olivia no tenía ganas, en ese momento, de muchos más juegos. Tras darle su primer orgasmo, ya la tendría completamente a mi disposición.

Con mi miembro ya fuera, se sentó sobre mí, metiéndome, sin perder un segundo, dentro de ella.

—Joder, Olivia —gemí. Fue brusca, sin juegos previos. Perfecta.

—Lo necesito —comenzó a moverse. Arriba... Abajo... Su piel mojada, rosada. Era hermosa.

—Entonces cógelo —una hermosa sonrisa de satisfacción en su rostro.

Se agarró a mi cuello, nuestros cuerpos pegados y nuestras bocas, ya, unidas. Saboreándonos el uno al otro mientras saltaba sobre mí.

Su ritmo volviéndose, cada vez, más frenético. Su orgasmo llegando y con lo excitado que yo estaba desde el principio, iba a correrme en cuestión de segundos.

Como siempre, las cosas se nos fueron de las manos, la pasión de adueño de nosotros y terminó gritando. Yo mordiendo su cuello mientras me derramaba en ella.

—Eso era lo que necesitaba —dijo sobre mi hombro.

Me tuve que reír, no pude evitarlo.

—Recuérdame que te enseñe lo que es la paciencia.

—¿Para qué? Si podemos hacerlo más veces —se encogió de hombros.

—Sí, amor. Pero...

Levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—¿Es que no te gusta así?

No puse los ojos en blanco porque, conociéndola, sabía que estaba bromeando.

Apreté con fuerza su trasero y la besé, dura e intensamente. Aún sabía a chocolate. Pero sobre todo a sexo.

—Contigo siempre me gusta y lo sabes.

—Me gusta oír eso —sonrió.

—Pero...

—Eso ya me gusta menos —resopló, haciéndome reír.

Me encantaba bromear con ella.

—Pero... —repetí— Ahora es mi turno.

—¿Tu turno para qué? —sonrió.

Ambos lo sabíamos, no tenía por qué decírselo. Ahora que ya había conseguido lo que necesitaba, la torturaría un poco hasta darle otro orgasmo más. Y todos los que quisiera.

—Te voy a devorar. Entera... —la quité de encima de mi cuerpo y la apoyé en el jacuzzi. Fui yo quien se colocó entre sus piernas. Acaricié sus labios —. Desde aquí...— y fui bajando por su cuello, sus pechos, su vientre... Su sexo— Hasta aquí.

Noté el fuego en su mirada. Iba a hacerla disfrutar y yo iba a gozar de cada segundo.

Teníamos mucho tiempo por delante para que ese cava y esos bombones cumplieran su misión.

— No se me va a olvidar en la vida este crucero — decía a mi oído de forma juguetona.

— ¿Y por qué deberías olvidarlo? — carraspeé pegándola más a mí.

— ¿Sabes? — tocó mi pelo y me besó — Tengo un miedo a que aparezca una petarda y te suelte algo raro...

— ¡No! — reí — Por Dios, te juro que ya no debes saber más de mí, no hice nada, al menos desde que te conocí, solo eso.

— Confío en ti, pero el miedo está —arqueó la ceja.

— Ains, no me lo recuerdes — la abracé lamentando lo sucedido con anterioridad.

Durante la tarde, estuvimos de lo más relajados. Nuestros amigos estaban a su aire por el barco y les dijimos que esa noche nos encargaríamos de las niñas. Y eso hicimos, cenar con ellas en una hamburguesería del crucero y luego nos las llevamos a dormir. Al día siguiente otros se encargarían.

Teníamos mucho tiempo por delante para que ese cava y esos bombones cumplieran su misión.

— No se me va a olvidar en la vida este crucero — decía a mi oído de forma juguetona.

— ¿Y por qué deberías olvidarlo? — carraspeé pegándola más a mí.

— ¿Sabes? — tocó mi pelo y me besó — Tengo un miedo a que aparezca una petarda y te suelte algo raro...

— ¡No! — reí — Por Dios, te juro que ya no debes saber más de mí, no hice nada, al menos desde que te conocí, solo eso.

— Confío en ti, pero el miedo está —arqueó la ceja.

— Ains, no me lo recuerdes — la abracé lamentando lo sucedido con anterioridad.

Durante la tarde, estuvimos de lo más relajados. Nuestros amigos estaban a su aire por el barco y les dijimos que esa noche nos encargaríamos de las niñas. Y eso hicimos, cenar con ellas en una hamburguesería del crucero y luego nos la llevamos a dormir. Al día siguiente otros se encargarían.

Capítulo 20



Las niñas saltaban sobre nuestra cama, Olivia y yo nos miramos y nos entendimos, cogimos a las dos para hacerles cosquillas mientras gritaban tanto que se debía escuchar por todo el barco.

Pasamos el día con los demás por la isla de Fuerteventura, de playa en playa. Aquello era el paraíso en la tierra, habíamos alquilado todo el terreno y echamos un día de muerte.

Esa tarde, al llegar al crucero, Carlota y Daniel se llevaron a las niñas. Nosotros nos quedamos cenando y luego de copas, solos, todo el mundo estaba por su cuenta.

Bailábamos y nos seducíamos como dos quinceañeros sedientos de todo.

A Olivia le entró frío y la dejé ahí un momento.

Llegué a cubierta y puse los ojos en blanco, esta mujer...

Había ido al camarote para cogerle una chaqueta porque refrescaba a esa hora de la noche y, cuando llegué, me la encontré subida a una de las sillas bailando como loca. No podía dejarla beber...

—Olivia—me paré delante de ella y levanté la cabeza para mirarla a los ojos, pero Olivia estaba tan enfrascada en su mundo, con los ojos cerrados, bailando y disfrutando de la música que ni me oía—. ¡Oli! —nada, Oli a lo suyo Bufé, no necesitaba beber mucho para que se le fuera la cabeza.

La cogí en brazos y cuando dejó de patear al darse cuenta de que era yo, la dejé en el suelo.

— Me asustaste— me regañó.

— Quién creías que iba a ser? ¿Un secuestrador?

— Quién sabe, en estos sitios también los hay, ¿no?

— Lo dudo — reí—. Además, si te secuestran, no tardarían mucho en devolvarte, así que no me preocupo.

Enfurrugada, me dio un golpe en el hombro.

—Eso es lo que te importo —se quejó, muy digna.

—Me importa más de lo que crees y lo sabes — le di un beso en los labios intentando hacerla sonreír.

e—No sé yo...

— Anda, calla — volví a reír, parecía una cría. Le coloqué la chaqueta por encima de los hombros, pero, para mi desgracia, Paquito el Chocolatero empezó a sonar.

—¡Sí! ¡Tenemos que bailar esto!

La chaqueta a la mierda y Olivia se zafó de mi abrazo para unirse al grupo de gente que ya parecía adorar a un Dios invisible. Nunca había entendido el movimiento de baile de esa canción, la verdad, porque pensando en que, sobre todo, la bailaban ancianos en los pueblos, la mitad debía de quedarse cogido con la espalda. Lo que no sabía era cómo podían volver a levantarse. Pero si tenemos en cuenta también que cuando te encuentras a esos ancianos en la cabalgata del día de Reyes, los bastones no existen y son los más ágiles para agacharse y coger todos los caramelos que tiran... Pues bien, que más de uno es viejo para lo que quiere, ¿no? Porque ahí el bastón solo lo usan para darte con él en la cabeza si intentas quitarle alguno de sus caramelos.

Recogí la chaqueta del suelo y mientras ella se unía al coro de voces que clamaban el ¡hey! De la canción, fui hasta la barra y pedí una copa. Sin quitarle, en ningún momento, los ojos de encima, porque esa mujer borracha era un auténtico peligro.

Hacía un par de horas que la fiesta había comenzado, casi todos los viajeros estaban en la cubierta del crucero bailando, riendo y bebiendo. El ambiente era de lo mejor y en compañía o solos, como Olivia, disfrutaban de cada

una de las canciones que el DJ pinchaba.

—¡Alexis! ¡Ven! — gritó mi chica a pleno pulmón para hacerse oír sobre la música.

No, Alexis no iba a ir a ningún lado y, menos aún, a unirse a ese trencito de gente que parecían rusos con los levantamientos de piernas. Lo que yo decía, en cosas así, la artritis o la ciática desaparecían.

— Vamos, Alexis — se acercó a mí y me cogió de la mano—. ¡Es súper divertido!

— Lo que tienes es una borrachera de cuidado — reí.

— Qué va — negó —. Me quitó la copa, se la bebió de un sorbo y me miró fijamente—. ¿Ves? Ni me afecta.

Todo sucedió como a cámara lenta. Se tropezó con sus propios pies, no podría explicar cómo porque no sabría hacerlo. Alargué la mano para aguantarla porque me la veía de bruces en el suelo, pero ella se echó para atrás, corrió tan mala suerte que chocó con uno de los camareros que portaba una bandeja.

Olivia no cayó porque ya me encargué yo de mantenerla de pie, pero el pobre camarero, bandeja y una decena de copas preparadas incluidas, no pudo mantener el equilibrio y fue al suelo. El estruendo apenas se oyó con la música, pero todas las copas se rompieron en pedazos.

— Oh, Dios mío — la voz de Olivia torturada cuando se dio cuenta de lo que había provocado.

La dejé apoyada en la barra, prohibiéndole moverse y ayudé al pobre hombre a levantarse. Gracias a Dios, ni siquiera se había cortado.

—Perdone, no le vio — me disculpé.

— No se preocupe — el pobre hombre azorado.

La miré seriamente, iba a llevármela de allí porque lo que creía que era una pequeña borrachera, me estaba dando hasta miedo.

— Olivia... — fui a... No sé, ¿a reñirle? Pero Olivia, de repente, soltó una carcajada y comenzó a reír sin control. La miré estupefacto, la borrachera sí me estaba preocupando.

— Ay, pobre — decía entre risas.

Yo no tuve más remedio que reír también, porque la hostia que se había llevado el camarero era para haberla grabado.

— Pobre mío... — y otra carcajada. — Eres un peligro borracha.

— No estoy borracha —se puso seria de repente—. Solo un poco... Achispada.

Y una mierda achispada, si había bebido por cinco.

Le coloqué la chaqueta y cogí su mano. Tiré de ella, era momento de terminar la fiesta.

— ¿Pero adónde me llevas?

— A dormir la mona.

— ¿A dormir? — empezó a sonar “Mayonesa”. Si Paquito el Chocolatero ya era un baile estúpido, este ni os digo lo que me parece — Pero ¡tenemos que bailar eso! ¡Ma-yo-ne-sa! ¡Ella me bate como...!

— Y vas a bailar, pero en la cama.

— ¿En la cama se puede bailar? — tiraba de ella cada vez que intentaba volver a la fiesta.

— Sí, pero hoy no será de la forma en que me gustaría — reconocí.

— ¿Por qué no? Si yo estoy...

Se calló y se paró. Miré para atrás y la vi agarrarse a la pared. Empezó a vomitar, echó hasta la primera papilla.

— ¿Tú estás qué? — le pregunté cuando vació su estómago. Le hice señas a un camarero para que avisara a alguien y limpiara ese desastre.

— Ay, me encuentro mal.

Puse los ojos en blanco.

— Mañana te vas a encontrar peor—resoplé y suspiré de alivio cuando, por fin, la dejé sobre la cama.

Al día siguiente no solo se iba a levantar con un impresionante dolor de cabeza, sino que se iba a morir de la vergüenza cuando recordase el vómito y al pobre camarero y yo...

Entonces yo iba a pasármelo de lo lindo metiéndome con ella.

La desnudé como pude y cuando me quité la ropa, me tumbé junto a ella.

— Alexis — suspiró, acercándose a mí.

Vaya nohecita me había dado, pero merecía la pena por tenerla así, entre mis brazos. La abracé y acaricé su cabeza hasta que se durmió.

Lo único que había sacado en claro esa noche es que no iba a dejar que bebiera tanto nunca más.

— ¿Tú estás qué? — le pregunté cuando vació su estómago. Le hice señas a un camarero para que avisara a alguien y limpiara ese desastre.

— Ay, me encuentro mal.

Puse los ojos en blanco.

— Mañana te vas a encontrar peor—resoplé y suspiré de alivio cuando, por fin, la dejé sobre la cama.

Al día siguiente no solo se iba a levantar con un impresionante dolor de cabeza, sino que se iba a morir de la vergüenza cuando recordase el vómito y al pobre camarero y yo...

Entonces yo iba a pasármelo de lo lindo metiéndome con ella.

La desnudé como pude y cuando me quité la ropa, me tumbé junto a ella.

— Alexis — suspiró, acercándose a mí.

Vaya novecita me había dado, pero merecía la pena por tenerla así, entre mis brazos. La abracé y acaricié su cabeza hasta que se durmió.

Lo único que había sacado en claro esa noche es que no iba a dejar que bebiera tanto nunca más.

Capítulo 21



Estaba plácidamente dormido cuando noté cómo Olivia jugaba conmigo. Un sonido gutural salió de mi garganta. Tenía mi pene en su boca, erecto y joder, no había mejor manera de despertarse que esa.

—Olivia...

No respondió, solo lamió mi miembro de abajo arriba para volver a introducirlo hasta su garganta. Era el mejor sexo oral que había tenido en mi vida.

Desperté por completo, con el único deseo de cogerla y tumbarla sobre mí para penetrarla. Lo intenté, pero me dio un manotazo en la mano. No iba a moverse de allí, el mensaje estaba claro.

Me apretaba con sus labios, su lengua húmeda mojándome y lamiendo el líquido preseminal que no pude evitar soltar.

—Dios, Oli, para —casi no podía ni hablar, en pocos segundos me estaba llevando al límite.

Olivia, como casi siempre, hizo caso omiso de mi petición. Por esos gemidos que emitía supe que lo estaba disfrutando tanto o más que yo.

Agarré su pelo y la ayudé a moverse. Estaba a punto de correrme y quería hacerlo en su boca. No tardé demasiado, cuando se ayudó de su mano para apretarme, estallé. Se quedó ahí, tragándose hasta la última gota que eché.

—Joder —me quedé completamente laxo, sin fuerzas. Ella se levantó y se tumbó a mi lado. Abrí los ojos y sonreí al ver su cara de satisfacción—. Ha sido jodidamente increíble —aún me costaba respirar con normalidad.

—Me alegro —sonrió.

—¿Qué haces despierta? —me puse de lado y la pegué a mi cuerpo.

—No podía dormir.

—¿Por?

—Estaba... Algo nerviosa —¿después de lo que había hecho le avergonzaba decir que no podía conciliar el sueño porque estaba excitada?

—Creo que me gustará verte nerviosa más de una vez —reí. La besé, probándome en sus labios. Estaba completamente desnuda y yo volvía a excitarme de nuevo—. Creo que es mi turno —acaricié su trasero, con mis dedos muy cerca de su sexo.

—No lo hice para eso.

)

—Sé que no. ¿Pero crees que después de esto me voy a ir a desayunar sin follarte antes?

—Pues sí —rio—. Era un regalo para ti.

—Estar contigo ya es un regalo —sonó cursi, para qué negarlo, pero me salió del alma.

—Así que el chico también es romántico —bromeó ella.

—En este momento tengo de todo en la mente menos ser romántico.

2

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué piensas?

—En follarte como si no hubiese un mañana.

Soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Te acabas de cargar todo el romanticismo.

—Me acabo de correr en tu boca, Oli, ¿qué romanticismo esperas? Lo único que quiero ahora es ver cómo te corres tú.

Cogí su pierna y la puse sobre mi cadera, me moví hasta poder entrar en ella y penetrarla con fuerza.

, —Pues así ya te digo que lo conseguirás pronto —dijo con la voz estrangulada.

—¿Muy pronto? —salí y volví a entrar.

—Demasiado pronto —gimió.

Eso esperaba, porque me tenía, de nuevo, hasta el límite. La penetré con fuerza, sin consideración. Quería verla sin aire, desbocada y temblorosa. Quería lograr que después de ese orgasmo, se quedase dormida entre mis brazos Y lo iba a hacer.

El sexo con Olivia era siempre lo mejor, la conocía bien en ese sentido y sabía exactamente cómo darle lo que necesitaba. Y esa vez tenía que ser duro.

Salí y entré de ella a un ritmo frenético hasta que conseguí hacerla gritar. El orgasmo llegó y me llevó con ella, provocándome el mismo desahogo que necesitaba.

— Joder — resoplé al terminar, agotado. Salí de su cuerpo y me tumbé de espaldas, llevándola conmigo. Se apoyó en mi pecho y yo la abracé con fuerza—. ¿Menos nerviosa?

Olivia afirmó con la cabeza, pero no emitió sonido alguno. Un suspiro de satisfacción y, poco tiempo después, mientras yo acariciaba su espalda, noté que se había quedado dormida.

Cerré los ojos con una sonrisa en mis labios. Todo lo que estaba viviendo con ella en ese crucero no iba a olvidarlo en la vida. Cada momento era único y cada vez que la hacía mía me sentía como nunca antes.

La abracé más fuerte, le di un beso en la cabeza y suspiré.

Ese era el último día de crucero, así que lo pasamos en el barco todos juntos, con las niñas revoloteando a nuestro alrededor y siendo el centro de atención. De por sí ya lo eran, nos tenían a todos babeando.

Davinia y Fernando se mostraban ya sueltos del todo, con unos arrumacos por encima de la media a la que nos tenían acostumbrados esos días.

Carlota y Daniel parecían muy compenetrados, por mucho que él dijera que no, me hacía ver que había caído ya totalmente en las redes de una mujer y esta vez pensaba que probablemente no pudiera zafarse de ellas.

Elba y Gonzalo entablaron una relación con visos de continuar después del crucero.

Olivia y yo, tenía claro que habíamos comenzado una segunda parte en nuestra historia que esperaba que fuera la última y para siempre.

..
Todos cenamos juntos en lo que fue la despedida a un crucero en el que cada uno de nosotros salía reconfortado.

Ese era el último día de crucero, así que lo pasamos en el barco todos juntos, con las niñas revoloteando a nuestro alrededor y siendo el centro de atención. De por sí ya lo eran, nos tenían a todos babeando.

Davinia y Fernando se mostraban ya sueltos del todo, con unos arrumacos por encima de la media a la que nos tenían acostumbrados esos días.

Carlota y Daniel parecían muy compenetrados, por mucho que él dijera que no, me hacía ver que había caído ya totalmente en las redes de una mujer y esta vez pensaba que probablemente no pudiera zafarse de ellas.

Elba y Gonzalo entablaron una relación con visos de continuar después del crucero.

Olivia y yo, tenía claro que habíamos comenzado una segunda parte en nuestra historia que esperaba que fuera la última y para siempre.

Todos cenamos juntos en lo que fue la despedida a un crucero en el que cada uno de nosotros salía reconfortado.

Capítulo 22



Vuelta a la isla...

Nos despedimos con un desayuno en el crucero. Se había acabado aquella maravillosa semana y con ella unos recuerdos que permanecerían en nuestras retinas para siempre.

Las niñas se abrazaron cuando desembarcamos y todos nos miramos con ternura.

Nos montamos en mi coche y Olivia subió el volumen de la música. Sonaba la canción de Rosalía “Con altura” y esa le encantaba a la pequeña, que se puso atrás a cantarla.

Yo estaba lleno de sentimientos encontrados, feliz por cómo volvía a tener a Olivia en mi vida y triste por haber terminado esa semana en la que me dejé llevar en cada momento, en la que viví cada una de sus horas y en la que me sentí en total libertad, sin prisas ni responsabilidades, más que con mi hija, pero no laborales. Era innegable que mereció la pena haber hecho caso de aquella proposición de hacer un crucero con todos.

Dejé a Olivia en su casa. Iba a saludar a sus padres, soltar la maleta y coger ropa para venirse conmigo y Lucía a casa hasta el domingo.

El lunes iba ella a comenzar a trabajar y volver a la rutina que dejó cuando se fue apresuradamente para Londres por lo acontecido entre nosotros.

Fina nos recibió entre abrazos y nos cogió las maletas para poner a lavar la ropa, además de poner un poco de orden. La peque le contó todo, hasta lo de Olivia, Fina la interrogaba con gracia.

En un momento que nos fuimos al salón Lucía me sorprendió.

—No quiero que se vaya Olivia — decía la pequeña cruzándose de brazos.

—Va a venir en un rato, ya lo escuchaste — reí.

—Yo quiero ahora —seguía cruzada de brazos y se sentó en el sofá.

—Bueno, pues el “ahora” va a esperar — reí mirándola enfadada con esa pose.

—Es mi mamá princesa — su tono era de enfado.

—¿Quién te dijo lo contrario? — reí.

—No te rías — se enfadaba más.

—Bueno, no te pongas tonta que sabes que va a venir en un rato y se quedará con nosotros estos días.

—Yo quiero para siempre.

—Bueno, eso se lo tendré que pedir con alguna sorpresa, pero que yo también la quiero con nosotros para siempre —carraspeé y me senté a su lado.

—Pues prepara algo, piensa, pero no se nos puede ir —decía como una mujer mayor.

—Dame unos días y verás cómo lo hago — le saqué la lengua.

Se quedó en el sofá pensativa y yo me fui a la terraza a tomar un vino mientras Fina terminaba de hacer la comida

Comí con Lucía y luego se fue Fina. Nos echamos un rato en el sofá hasta que sonó el timbre exterior y le abrí a Olivia, que venía con un pequeño equipaje de mano para quedarse con nosotros hasta el domingo.

—Mami princesa — se abrazaron como si hiciera mil siglos que no se veían.

—Mi niña bonita — se la comía a besos Olivia.

Las dejé a las dos en el salón viendo unos dibujos y charlando. Me fui a mi despacho a revisar correos y respondí a los más importantes. No había nada especial, ya que todos estaban avisados de que nos íbamos de vacaciones.

Un rato después escuché risas que se prolongaban, miedo me daba saber que estaban inventando y más últimamente, que Olivia no se pensaba las cosas y era peor que la pequeña.

Llegué a la cocina y las dos me miraron con cara de no haber roto un plato.

—No hablamos sin la presencia de nuestros abogados — bromeó Olivia.

—Yo sí que no hablo sin la presencia de Fina, que os va a matar — advertí riendo, viendo la que habían liado en la cocina donde la harina llegaba a todas las esquinas posibles.

—Papi, hemos hecho galletas — decía sonriente para que no me enfadara.

— Habéis hecho un desastre — reí incrédulo al ver cómo estaba todo.

—Menos quejarte y ayúdanos a recoger — exigió Olivia.

—¿Yo? Ni muerto — preparé dos cafés y un Cola Cao para la pequeña.

—Pues hoy vas a dormir solo, mi mamá princesa y yo tenemos una fiesta pijama y vamos a dormir juntas.

—Si lo sé no salgo del despacho — voltee los ojos produciéndole una risa a las dos.

—Papi ¿eres cobarde?

—¡Pero bueno! — la miré a modo riña bromeando mientras ella lloraba de la risa.

Pero eran mis amores, eran todo eso que necesitaba en mi vida para ser feliz y cómo no, aquella cocina patas

arriba era la más fiel prueba de que la cosa fluía entre todos y ¿qué mayor paz que esa?

r Esa noche durmieron juntas, como algunos días de esa semana que no salimos de casa y nos dedicamos a disfrutar de la piscina, del relax y del amor que había entre los tres. Además, al siguiente lunes ya me incorporaba al trabajo junto a Olivia, ahora sí necesitaba trabajar.

El domingo se fue para su casa, quedamos en vernos en las oficinas, la pequeña se quedó con pena de ver que volvía con sus padres, pero eso lo iba a solucionar yo en breve...

arriba era la más fiel prueba de que la cosa fluía entre todos y ¿qué mayor paz que esa?

Esa noche durmieron juntas, como algunos días de esa semana que no salimos de casa y nos dedicamos a disfrutar de la piscina, del relax y del amor que había entre los tres. Además, al siguiente lunes ya me incorporaba al trabajo junto a Olivia, ahora sí necesitaba trabajar.

El domingo se fue para su casa, quedamos en vernos en las oficinas, la pequeña se quedó con pena de ver que volvía con sus padres, pero eso lo iba a solucionar yo en breve...

Capítulo 23



Los primeros rayos del sol del lunes me empujaban a saltar de la cama. No podía imaginar una sensación mejor. Me aisé y me puse para ir a trabajar lo que mejor me sentaba: mi más amplia sonrisa.

—¡Buenos días, Fina!

—¡Buenos días, Alexis! No sabes lo que me alegra ver la buena cara que tienes.

—Gracias, Fina. He entrado en el dormitorio de Lucía y duerme como una bendita, he salido de puntillas para no despertarla.

—Ni te preocupes, le hace falta descansar. Ya se levantará.

Debí entrar en el coche de un salto. Sentía que me sobraba vigor por los cuatro costados y ya contaba los minutos para ver a Olivia.

—¡Hola, Carlota! Te veo muy bien—sonreí.

—¿Y me lo dices tú? Mira el tío, no sé yo qué novedad habrá en esta oficina para que llegues tan contento.

¡Bien sabía ella lo que me tenía así! Fue como un sueño entrar en el despacho de Olivia y que ella me recibiera con su luminosa sonrisa. Cerré la puerta.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, cariño! —se levantó y la cogí por la cintura. Nos fundimos en un interminable beso. ¡Cielos, ya l

naturaleza estaba haciendo de las suyas!

—Eso con lo que me estás rozando no es tu móvil, ¿verdad? —rio, divertida.

—Me da a mí que no—la seguí besando—¿Muy atareada?

—Un poquito.

—Te dejo entonces, pero en un par de horas te raptó para llevarte a tomar un café.

—Me sacrificaré y bajaré contigo—rio.

Le di un último beso y salí del despacho.

La vuelta de Olivia a mi vida había hecho que, de repente, volviera a disfrutar de mi trabajo con la misma ilusión de los primeros años, cuando quería comerme el mundo. Y allí estaba de nuevo yo, deseando dar bocados, y no solo a Olivia, que también.

Uno a uno, los chicos fueron pasando por mi despacho para darme la bienvenida.

Daniel con sus bromas, Carlota con sus chismes, Davinia con su locura, Fernando con sus intentos de cambiar el mundo y una renovada Elba, loca de ilusión por su recién estrenada pareja.

Una vez nos hubimos saludado todos, me concentré en el trabajo, no sin antes haber llamado a una floristería para que le trajeran a Olivia un ramo de flores como aquel que un día recibiera con tanto cariño en su despacho.

—Mi niña, ¿bajamos ya?

—¡Sí! Iba a ir ahora mismo a buscarte. ¡Mira lo que acaba de llegar!

—Ya me había imaginado algo, he visto pasar al chico de la floristería, ¿quién te las manda? —me hice el celoso.

—¿Alguien que está enamorado de mí? —reía, divertida.

—Seguramente, más bien diría yo que alguien que está colado hasta los huesos por ti—salimos de allí cogidos por la cintura y Carlota jaleándonos.

—¡Qué pareja más bonita!

—Venga, a lo tuyo—aquello seguía siendo un espectáculo, aunque ya bastante más calmado después de haber desbravado todos en el crucero.

Pedimos el desayuno y lo tomamos con las manos entrelazadas.

—Habrás dicho en casa que te raptó después de la salida para llevarte con Lucía y conmigo, ¿no?

—¿Es parte de las condiciones del contrato?

—¡Y tanto! Son unas cláusulas innegociables.

—¿Y si no? —reía.

—Despido inmediato, tú verás.

—No me perdería ese almuerzo ni por todo el oro del mundo.

—Pues fantástico entonces.

Subimos y echamos unas horas más. Terminamos de trabajar y no quisimos demorarnos en ir en busca de Lucía.

—¿No hay ratito en el bar? Vaya un jefe soso que te estás volviendo—Daniel se quejaba.

—Bien se nota que no te espera ningún enano en casa, bandido—reí.

—¡De momento! Más le vale hacerse a los niños o le van a dar morcillas—a decir verdad, Carlota no le daba tregua.

r

Nos montamos Olivia y yo en el coche en dirección a casa.

—¡Ya has llegado, Olivia! —Lucía se la comía a besos, ¡me la iba a gastar!

—¿Y para tu padre no hay ni un beso? —puse la mejilla.

—Es un celosillo—Lucía reía y le hablaba en voz bajita a Carlota.

—Un poquito, pero será nuestro secreto.

—¡Vale!

Almorzamos, haciendo planes para la tarde. Me daba exactamente igual lo que hiciéramos, lo único que tenía claro es que deseaba hacerlo con ellas.

—¿Playa o piscina? —Lucía le preguntaba a Olivia.

—Por mí playa, que es más sana.

—Papá, playa, Olivia y yo estamos de acuerdo—¿y cuándo no lo estaban? La escena era deliciosa.

Nos encaminamos hacia la playa, donde las horas parecían minutos. Me encantaba comprobar cómo Olivia no perdía a la peque ni un segundo de vista.

—Olivia, ¿nos bañamos otra vez?

—Oye, enana, y a tu padre que lo parta un rayo, ¿no? —bromeé.

—No, papá, tú también puedes venir con nosotras—tiró de mí.

—Vaya hombre, un millón de gracias—negué con la cabeza.

Los chapuzones en el agua, picándonos a ver quién salpicaba más a los otros, haciendo competiciones de natación y ayudando a Lucía a sostenerse sobre su tabla, no tenían precio.

—No es por nada, pero yo creo que vamos a tener ya que salir danzando—dijo Olivia a una cierta hora, ella era muy prudente cuando había que trabajar al día siguiente.

—¡Pero Olivia, tienes que cenar con nosotros!

—¿Y eso por qué? —le hizo cosquillas a la peque.

—Porque si no, se me quitan las ganitas de comer—era chantajista hasta la médula.

—Lucía no es por eso...—yo trataba de que no se hiciera una consentida.

—Bueno, vale, es un poquito por eso y otro poquito porque tengo ganas de que vengas, Olivia.

Después de cenar, la llevamos a su casa. Me bajé del coche y le di un beso. Me costaba, y no poco, separarme de ella a la hora de dormir. Mi cama era infinitamente mejor cuando Olivia estaba en ella.

Y amaneció el martes y con él volví a hacer gala de un entusiasmo bárbaro desde por la mañana.

Llegué a la oficina, saludé y salí enflechado para el despacho de Olivia.

—¡Hola, guapísima!

—¿Dónde está el jefe más atractivo del mundo?

—Ni idea—miré hacia los lados.

—Ven aquí, tonto—nos fundimos en un largo y ardiente beso.

—Antes de que preguntes nada, vuelvo a informarte de que no es mi móvil el que notas, es solo que...

—¿Qué...?

—Que necesito que vengas a mi despacho, tengo unos asuntos que solucionar que te conciernen.

—¿A mí?

—A ti, así que sígueme.

—¿Y no podemos solucionarlos aquí? —su tono era insinuante hasta la saciedad.

—Me temo que no, porque en mi despacho hay mejores vistas.

Entramos en el mío y cerramos la puerta. Despejé mi mesa de una sola pasada y la senté sobre ella.

Empecé a besarla con pasión, con mucha pasión, mientras mi lengua recorría su cuello en dirección a unos pechos que se dibujaban debajo de su camisa, con botones delanteros.

—Deja que me los quite yo, que me los vas a partir y a ver cómo salgo de aquí—se mordió el labio y comenzó a desabrocharlos uno a uno, lanzándome unas miradas que no dejaban lugar a dudas: era deseo.

La impaciencia se iba apoderando de mí, deseaba sentirla y sentirla ya...

Fue quitarse el último de los botones y yo, con un rápido gesto de dedos, despojarla del sujetador. Aquellos senos gritaban “devórame” y eso hice, metiendo mi cabeza entre ellos y lamiéndolos centímetro a centímetro, deteniéndome en aquellos apetecibles pezones.

Para ese momento, una de mis manos ya había avanzado hacia su cavidad más húmeda. La separación de sus piernas era la justa para dejarme jugar con su clítoris, sobre el que describía círculos marcando el ritmo.

Una acelerada Olivia lanzaba gemidos tenues que mis oídos recogían, mientras yo iba aumentando el ritmo, con el que se iban acompasando los latidos de su corazón.

Al introducir uno de mis dedos en su acalorada cavidad, fui yo quien tuve que contenerme para no lanzar un gemido que hubiera sido más que sospechoso.

El calor que provenía de su interior y su extrema excitación constituían el perfecto caldo de cultivo para que mi miembro alcanzara una dureza de proporciones máximas.

Para mi sorpresa, fue ella quien lo sostuvo con sus manos y empezó a tocarlo de arriba abajo, sincronizando sus movimientos con los míos. Poca duda cabía de que la química era bestial y, de haber habido alguna, la habría resuelto el choque entre nuestras miradas que derrochaba pasión por doquier.

Quería darle la vuelta, ponerla sobre la mesa para resolver aquella increíble tensión sexual con una embestida sublime, a la que seguirían muchas más. Sin embargo, no deseaba separar mis labios de los suyos, por lo que continuamos dándonos placer mutuo en esa postura.

El súbito aflojamiento que noté en su tembloroso cuerpo, unido a los susurros interminables que ahogaba en mi oído, me hicieron entender que Olivia había llegado al clímax.

;

Entregada y, dejándose caer sobre la mesa, le di la vuelta y la puse cara a sus vistas preferidas, mientras yo me colocaba detrás y disfrutaba de las mías.

Y llegó, llegó esa primera embestida en la que nos hicimos uno solo, con lentitud y con intensidad, pero con una carga brutal. La penetré hasta el fondo mientras una de mis manos volvía a alcanzar su clítoris, propiciando que el recital de gemidos tenues comenzara de nuevo.

Con lentitud, pero con ritmo, seguí penetrándola una y otra vez, llegando hasta el límite y volviendo a salir para disfrutar, con la mano que me quedaba libre entrelazada a la suya, de esas penetraciones que sugerían que pronto llegaríamos a rozar el cielo.

—¡No pares, Alexis! ¡Dame más!

Solté su mano y volteé su rostro. Lo enfrenté al mío y volví a detectar pasión, en forma de fuego. Las llamas de sus ojos se encontraron con las de las mías en el momento en el que, simultáneamente, llegó el final para los dos.

1

Relajados, nos fuimos vistiendo, tras abrazarnos un rato. Nos habíamos vuelto a devorar y de nuevo nos sabía a poco.

Esa tarde repetimos sesión de playa con Lucía, pero algo más corta, pues quisimos llevarla a una heladería en la que estaba antojada por comerse una copa de helado gigante que había en la carta.

—Lucía, cariño, es demasiado para ti. No es por no pedírtela, pero al final se va a quedar aquí.

—¿Aquí? Querrás decir aquí, ¿no? —se miraba la barriguita.

—No, cariño, quiero decir aquí en la mesa—reí.

—Te apuesto lo que quieras a que me la como...

—Se me ocurre una idea mejor—allá iba a Olivia.

—Te la pedimos si esta noche, antes de acostarte, bajas al oso del mueble y le haces una caricia—muy cuca ella.

—¿Y si me muerde?

—Si te muerde te prometo que le muerdo yo más fuerte a él—reí.

—Venga, todo sea por tomarme esa copa de helado—a veces soltaba frases de chica mucho mayor.

Se la pedimos y, ni que decir tiene, que no pudo con ella entera. El caso es que eso no era lo importante. Gracias a lo acordado, esa noche, que volvimos a cenar los tres en casa, Lucía tocó al oso y comenzó a perderle el miedo.

—Lo vuelvo a subir y mañana lo bajamos otro ratito—le indicó Olivia.

—No, déjalo aquí encima de la cama. Igual también él tiene miedo de estar ahí arriba tan solito—nos sorprendió.

Un rato después repetimos ritual. Llevamos a Olivia a su casa y noté cómo el vacío que quedaba en mi interior al verla cruzar el umbral de la puerta, se iba haciendo cada día mayor.

Un rato después repetimos ritual. Llevamos a Olivia a su casa y noté cómo el vacío que quedaba en mi interior al verla cruzar el umbral de la puerta, se iba haciendo cada día mayor.

Capítulo 24



El miércoles amanecí con aquella idea en la cabeza y no pararía hasta lograr hacerla realidad: deseaba que Olivia se viniera a vivir conmigo o, mejor dicho, con nosotros. Por fin había llegado el momento.

Enfilé hacia el trabajo de lo más entusiasmado. Tenía que darle forma. Una vez fui a pedirselo y solo quedó en la intención, pues la inoportuna aparición de Helga hizo que mi sueño se truncara. En ese momento, estaba decidido a que nada volviera a interponerse entre nosotros.

Sonó el teléfono y era mi madre. Puse el manos libres y pronto comprobé que el universo se estaba posicionando de mi lado.

—¡Hola, mamá! ¿A qué debo el honor de tu llamada tan temprano?

—¡Hola, hijo! Pues verás, resulta que tu prima Aurora me llamó anoche para darme la sorpresa de que se baja unos días de vacaciones con su hija. Se quedarán en casa.

—Me parece formidable, mami, pues no te preocupes que lo tendré en cuenta y por supuesto que pasaré a verla.

—Sí, sí, eso me encantaría, pero no es por eso exactamente por lo que te estoy llamando.

—¿No? Pues entonces tú dirás, soy todo oídos.

—Pues hijo, había pensado que como ella ahora vive en Galicia y las niñas tienen tan pocas ocasiones de verse, me gustaría que nos dejaras a Lucía unos días para que estuvieran juntas.

—Es lógico, mamá. Me parece una idea estupenda.

—Pues ella llega mañana, cuando te apetezca traerme a Lucía, la recibiremos con los brazos abiertos.

—Pues por mí esta misma tarde, con eso pasamos a veros Olivia y yo, que ya tenemos ganas. Y así también planeo un fin de semana distinto con ella.

—Te noto muy cómodo con esa chica, Alexis.

—Sí, mamá, no sabes cuánto. De hecho, lo que planeo es pedirle en esa escapada que se venga a vivir con Lucía y conmigo.

—¡Alexis, no sabes la alegría que me das, hijo!

Nos despedimos y pensé que la casualidad era genial. Estaba emocionado.

Lo ideal sería tomarnos el viernes libre. Así, podría salir al día siguiente con Olivia del trabajo en dirección al mismo resort del sur de la isla en el que nos quedamos en la segunda mitad de la Semana Santa. Y allí aprovecharía para preparar algo bonito y hacerle esa petición tan especial.

Dicho y hecho: así lo haría. Volví a tirar de contactos y no conseguí la misma suite, pero sí una muy parecida: ya teníamos nidito de amor para el finde.

Llegué a la oficina entusiasmado hasta no poder más.

—¿Y esos silbiditos? Buenos días jefe—yo iba feliz y, tal como Carlota decía, silbando.

—Buenos días, Carlota, contentillo que está uno. ¿Y tú? ¿El botarate de mi amigo te da buena vida?

—A veces, a veces—era muy gracioso el modo en el que gesticulaba al respecto. En el fondo se adoraban.

Me dirigía hacia el despacho de Olivia, raudo y veloz, cuando me di de bruces con Daniel.

—¿Dónde tendrás que ir tú antes de pasar a saludar a tu amigo del alma? —bromeó.

—Pues a ver a una carita mucho más bonita que la tuya, feo.

—Desconsiderado, me estás haciendo daño en el corazoncito—era muy cómico.

—¡Quita de ahí, hombre! —lo aparté.

En ese momento se abrió la puerta del despacho de Olivia.

—Oye tú, que lo estoy escuchando todo y me estoy poniendo celosa—lo miró frunciendo el ceño.

—Yo, haciendo amigos, como siempre, nada más y nada menos que voy a tocarle las narices a la futura jefa consorte—salió andando y negando.

Nos reímos mientras entrábamos en su despacho.

—Ya te estaba echando de menos—comenzó a besarme.

—Solo he llegado cinco minutos más tarde de lo habitual. Había un poco de tráfico.

—Pues que no vuelva a pasar, que te necesito apareciendo por mi puerta a la hora—rio.

—Bonito despacho. Tiene un aire floral que mola...Allí estaba el ramo de flores, presidiendo.

—Me encantan, de verdad—volvió a besarme.

—Tú sí que me encantas a mí—le di en la punta de la nariz—Por cierto, esta tarde vamos a casa de mis padres, si te parece bien.

—Me parece genial, pero no lo sabía.

—Ni yo, pero es que vamos a dejarles allí a Lucía unos días. Viene de visita a su casa una prima que tiene una

niña de su edad, a la que Lucía adora, y se lo pasarán en grande.

—¿Quiere eso decir que voy a disfrutar de su atractivo padre en exclusividad?

—Eso parece—me acerqué de manera sugerente.

—¡Vete de aquí, por favor, que no respondo! —se tapó los ojos.

—¿Y eso?

—Eso porque, me miras así otra vez y ya sabes para dónde voy a terminar mirando en tu despacho, arrea, que hoy tengo mucho que hacer.

—Vale, vale, pero dos cositas, la primera que dile a tu jefe que es una mala persona, te tiene explotada.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que, en compensación, prepara esta noche la maleta que mañana cuando terminemos la jornada nos vamos de nuevo al sur de la isla, de resort.

—¡¿Qué dices?! —pero si acabamos de volver de crucero.

—Es una orden y no se hable más.

Sus ojos brillaban con total intensidad. Se notaba que nuestra inesperada escapada le había encantado. Y si ella era feliz, yo más...

Al mediodía llegamos a casa a almorzar con Lucía. Fina nos había preparado la ensalada aquella que tanto entusiasmaba a Olivia.

—¡Gracias, Fina! Esto es un lujo—hasta le dio un beso antes de que se fuera.

—Te gusta la ensalada, ¿eh? —Lucía la miraba con cara de flipar un poco.

—¡Me megaencanta! ¿Y a ti?

—A mí me gustaba más la comida del barco.

—Lucía, eso era porque te pasabas todo el día comiendo hamburguesas, pizza y patatas fritas, pero hay que comer de todo—estaba costando un poco volver a la realidad.

—Es verdad, pero yo había pensado que como ahora ya me llevo bien con el oso y a él le gustan las hierbas, se podía comer él mi ensalada.

¡Era de traca la niña! Nos reímos mucho con su argumento que, por otra parte, no le sirvió de mucho.

Después del almuerzo nos pusimos los tres a preparar una bolsa con las cosas de Lucía.

—Me llevo el bolsito que me comprasteis en Disney—ese no se le olvidaba a la peque— Yo creo que a la prima Ruth le va a encantar—así se llamaba la hija de mi prima.

—¡Claro, cariño! Llévatelo.

—Y vosotros, ¿me vais a echar de menos estos días?

—¡Mucho! —soltamos al unísono.

^a —Yo también, pero me lo voy a pasar de miedo con la prima así que, si me echáis de menos, os podéis llevar al oso—lo señaló—pero conmigo no contar para que vuelva antes de tiempo.

En momentos como esos, nos teníamos que tirar al suelo de risa porque parecía que se había tragado a una vieja, la niña. Salió cargada de cosas y entusiasmada por los días que le esperaban y, si cabía, nosotros más. Llegamos a casa de mis padres.

—¡Ya está aquí mi princesa! —Lucía iba corriendo y la abuela salió a su encuentro a besuquearla.

—Sí y te traigo a tu bisnieto porque vengo con mi bebé—lo decía con tal contundencia que hasta sonaba a cierto.

—Bueno, bueno, pero si este niño es guapísimo—mi madre parecía haber ido a clases de teatro. Por su nieta, lo que fuera.

—¿Y cómo se llama mi bisnieto? —mi padre ya estaba participando también de la escena.

—Carlos, Carlos, se llama Carlos—carraspeó, la muy zalamera.

—¿Carlos por mí?

—Pues claro abuelito, ¿por quién iba a ser si no? —ya se lo había metido en el bolsillo. O, mejor dicho, todavía más en el bolsillo.

Llegamos a su altura y nos saludamos.

—Olivia, hija, no podemos estar más contentos. Es una maravilla volver a ver a mi hijo tan bien acompañado—m madre la abrazaba.

—Soy yo la que está encantada, Margarita. Es una suerte para mí.

Pasamos una tarde preciosa en familia. La peque revoloteaba entre nosotros, contagiándonos su alegría. Después mis padres insistieron en que nos quedáramos a cenar y lo hicimos.

Esa noche, camino de su casa, Olivia me comentó que ya había llegado el momento de que también yo conociera a los suyos. Sería en aquellos días.

—Sí y te traigo a tu bisnieto porque vengo con mi bebé—lo decía con tal contundencia que hasta sonaba a cierto.

—Bueno, bueno, pero si este niño es guapísimo—mi madre parecía haber ido a clases de teatro. Por su nieta, lo que fuera.

—¿Y cómo se llama mi bisnieto? —mi padre ya estaba participando también de la escena.

—Carlos, Carlos, se llama Carlos—carraspeó, la muy zalamera.

—¿Carlos por mí?

—Pues claro abuelito, ¿por quién iba a ser si no? —ya se lo había metido en el bolsillo. O, mejor dicho, todavía más en el bolsillo.

Llegamos a su altura y nos saludamos.

—Olivia, hija, no podemos estar más contentos. Es una maravilla volver a ver a mi hijo tan bien acompañado—mi madre la abrazaba.

—Soy yo la que está encantada, Margarita. Es una suerte para mí.

Pasamos una tarde preciosa en familia. La peque revoloteaba entre nosotros, contagiándonos su alegría. Después mis padres insistieron en que nos quedáramos a cenar y lo hicimos.

Esa noche, camino de su casa, Olivia me comentó que ya había llegado el momento de que también yo conociera a los suyos. Sería en aquellos días.

Capítulo 25



Y llegó el gran día. El jueves por la mañana, decir que me levanté pletórico sería quedarme muy, muy corto.

Repasé mentalmente. Lo tenía todo preparado. Ordené cada una de mis ideas en la cabeza. Llamaría al restaurante elegido en el resort y les daría todas las instrucciones para que la sorpresa de Olivia fuera sensacional.

—¡Buenos días, Fina! —la buena mujer se sorprendió mucho cuando le di aquel abrazo.

—¡Buenos días, Alexis! Pero muchacho, tú eres otro últimamente...

—¡No lo sabes tú bien!

—¿Un cafecito?

—No, hoy no, Fina. Me voy volando, gracias.

Me había demorado un poco ultimando la bolsa de viaje, que ya llevaba hacia el coche, y quería llegar a toda mecha para ver la dulce cara de Olivia lo antes posible.

Conduje hasta la oficina tarareando las canciones preferidas de ambos y disfrutando de las imágenes que venían a mi mente de todos los momentos fabulosos que habíamos pasado hasta la fecha. Y encima, lo mejor estaba por llegar: era hora de comenzar una nueva y preciosa vida en común.

Entré en la oficina sin poder, ni querer, disimular mi alegría.

—¡Buenísimos días, Carlota!

—¡Hombre jefe, buenos días!

— Voy volando al despacho de Olivia—normalmente no hubiera hecho ese comentario, pero aquel era un gran día.

—Olivia todavía no ha llegado. Pensé que estabas al tanto.

—No, no sabía nada. Es extraño.

! —Sí, a decir verdad, lo es. Ella es la más puntual del globo.

—Vale, voy a llamarla al móvil.

—Ya lo he hecho yo, pero sale apagado.

—Vale—a decir verdad, que también tuviese el móvil apagado me preocupó un poco, pero pensé que no debía cundir el pánico, seguramente todo tendría una explicación—Carlota eso sí, por favor, cuando llegue, dile que se pase por mi despacho.

Me senté a revisar unos mails, pero no podía concentrarme. La intranquilidad comenzó a adueñarse de mí. Pensé en llamar a casa de sus padres, pero estaba esperando un poco por si aparecía. No deseaba dar la sensación de ser un controlador ni un alarmista.

—Alexis, no sabes nada todavía, ¿no? — había pasado una escasa media hora cuando Carlota se asomó a mi despacho.

—Entra por favor.

—Dime.

—He estado esperando un rato, pero voy a telefonar a sus padres.

—Me parece bien. Si no te importa, me quedo.

—Claro—el apoyo moral me ayudaba.

Llamé, pero en su casa no había nadie. La intranquilidad comenzó a dar paso a los nervios.

—Alexis, no te he traído un cafelito porque te veo un poco nervioso. No te preocupes. Seguro que aparece en cualquier momento.

—Sí, quizás haya perdido el móvil y lo esté buscando y por eso no nos ha podido ni avisar.

—Quizás sea eso.

—Sí, ¿verdad?

Ella se incorporó a la recepción. Quería pensar que todo aquello tuviera una explicación sencilla, pero los minutos seguían pasando y cada vez me notaba más fuera de mí.

—Me ha dicho Carlota que estáis preocupados por Olivia—Daniel se asomó a la puerta de mi despacho.

—Sí, amigo. Es que no sé nada de ella desde anoche. No ha llegado todavía, no coge el teléfono, que además está apagado, y no da señales de vida. No me parece propio de Olivia.

—No, ciertamente no lo es. Eso sí, tiene que haber una explicación.

—Lo sé y espero saberla pronto porque no tener noticias de ella me está empezando a sacar de quicio.

—Pero ¿habéis discutido o algo?

—Ni mucho menos. Y en casa de sus padres tampoco cogen el teléfono.

—¿Y los móviles de sus padres? ¿Los tienes?

—No. Todavía no los conozco y no tengo sus números. Olivia estaba pensando en presentármelos en estos días, en una comida familiar, pero aún no le ha dado tiempo.

—Ok, ¿quieres que te acompañe a la casa y echamos un vistazo?

—Hecho. Ya lleva una hora de retraso y lo estoy empezando a pasar peor que mal.

—No te preocupes, vámonos.

Estuvimos llamando unos minutos al timbre de su casa, pero no logramos nada. Tampoco me parecía muy lógico que ninguno de los miembros de su familia estuviera allí, pero todavía quería creer en que existen las casualidades.

—Alexis, aquí no hay nadie. Volvamos a tu despacho y desde allí seguimos llamando. Es probable que Olivia esté a punto de entrar por las puertas.

—¡Dios te oiga, amigo!

Subimos y la cara de Carlota era de no estar teniendo su mejor mañana.

—Chicos, ¿no sabéis nada?

—Nada, Carlota. Por favor, sigue insistiendo en su móvil. Yo seguiré haciéndolo en el teléfono de sus padres.

—Por supuesto. Seguro que en nada la tenemos aquí—me hizo un gesto de ánimo que contrastaba con la preocupación de su rostro.

Una hora después, la desesperación empezó a adueñarse de mí. Decidí que, si un rato más tarde no aparecía, comenzaría a llamar a los hospitales.

—Alexis, acabo de enterarme. Una cariacontecida Elba asomó por mi puerta.

—Sí, ¿no te habría dicho a ti por casualidad que tuviera nada pendiente para esta mañana?

—No y ya sabes cómo es la niña, si hubiera pensado en llegar más tarde, hubiera avisado con tiempo.

Lo peor es que Elba tenía toda la razón. No imaginaba a Olivia entrando fuera de su hora sin haberlo notificado en la oficina. Igual es que le había sucedido algo a alguno de los miembros de su familia y por eso no había nadie en la casa.

—Elba, gracias, te mantendré al corriente. Confío en que esté viniendo ya hacia aquí.

Lo dije por decir, pero por momentos se apoderaba de mí el miedo, el pavor a lo desconocido, a no saber lo que le estaba ocurriendo, dónde se encontraba o si necesitaba mi ayuda.

¿Hice un último intento y, ¡bingo! Por fin alguien descolgó el teléfono de su casa. Sin embargo, mi alegría no duró más de un segundo.

—¿Quién es? —aquella joven voz denotaba la más profunda de las preocupaciones.

—Soy Alexis, el...—me quedé un poco trabado, iba a decir el novio de Olivia, pero frené un segundo. Decir el jefe, a secas, a aquellas alturas, tampoco me parecía.

—Sé quién eres—se echó a llorar.

—Por favor, ¿ha ocurrido algo? ¿Por qué lloras? —al otro lado del teléfono, Alexandra, la hermana de Olivia sollozaba sin parar.

—Sí. Acabo de llegar de correr y me han avisado. Olivia ha tenido un accidente, está en el hospital, no sé nada todavía, mi familia está con ella.

—¿Un accidente?

—Sí, la ha pillado un coche. Está en el quirófano. La están operando.

El mundo se me vino encima. Ni siquiera sé cómo me despedí de Alexandra, lo único que recuerdo es que salí de allí despavorido.

—¡Alexis, por Dios! — Carlota corría tras de mí.

1

—¡Carlota, díselo tú a los demás! Olivia ha tenido un accidente. No sé nada. Os llamaré desde el hospital.

Escuché cómo comenzaba a llorar y segundos después ya había arrancado mi coche. Nunca había percibido un Tenerife más oscuro ni unos minutos más largos. Mientras mis temblorosas manos conducían, solo podía pensar en mi querida Olivia. Solo podía implorar al universo por ella.

Entré en el hospital como una bala.

—Olivia Palma, por favor, ha debido ingresar hace un rato.

—Sí—estaba consultando.

—Dígame dónde se encuentra ahora, por favor—me dieron los datos y subí los escalones de tres en tres. No tuve tino ni para esperar el ascensor.

Llegué a la puerta del quirófano y allí estaban sus padres y su hermano. Los conocía perfectamente porque había visto muchas fotos suyas. Preso del pánico y temblando como una hoja, fui a presentarme. Jamás se me pasó por la cabeza que los conocería en unas condiciones tan tristes.

Iba avanzando hacia donde estaban cuando, de repente, el cirujano salió del quirófano.

—Familiares de Olivia Palma, por favor—dijo en un tono más que preocupante.

—Somos nosotros. Los tres avanzaron hacia él y, sin apenas percibirlo, yo tras de ellos, como una sombra.

—Lo siento mucho, hemos hecho todo lo posible, pero el pronóstico es más que grave. Olivia ha sufrido heridas de tal consideración que, a priori, nos parecen incompatibles con la vida. Bajo mi criterio, tienen ustedes que

hacerse a la idea de que su hija no vivirá más de veinticuatro horas.

Me aparté y sentí un frío aplastante. Con el dramático sonido de fondo de la madre de Olivia sollozando, me sentí el más infeliz de los mortales. Alcancé las escaleras y me derrumbé. Sentado, metí la cabeza entre mis piernas y noté una devastadora sensación de dolor e ira al mismo tiempo. ¿Sería posible que el destino me la jugara de nuevo? Olivia era la mujer a la que más había amado en la vida y perderla suponía para mí el más impresionante de los golpes.

hacerse a la idea de que su hija no vivirá más de veinticuatro horas.

Me aparté y sentí un frío aplastante. Con el dramático sonido de fondo de la madre de Olivia sollozando, me sentí el más infeliz de los mortales. Alcancé las escaleras y me derrumbé. Sentado, metí la cabeza entre mis piernas y noté una devastadora sensación de dolor e ira al mismo tiempo. ¿Sería posible que el destino me la jugara de nuevo? Olivia era la mujer a la que más había amado en la vida y perderla suponía para mí el más impresionante de los golpes.

FRENESÍ

FRENESÍ

Capítulo 1



Doce malditas horas habían pasado...

No me moví del lado de sus padres ni de sus hermanos, que estaban tan o más destrozados que yo, pero me trataron como uno más desde el primer momento en el que me presenté. De sobra estaban al tanto de quién era.

Los chicos de la oficina se fueron acercando a la puerta del hospital y me tomé algún que otro café con ellos, pero no había consuelo, no había forma de arrancar el dolor que me producía ver cómo la mujer de mi vida se debatía entre la vida y la muerte.

Allí estuvo Raquel, su mejor amiga, la periodista, simpática y educada, compartiendo nuestro dolor.

Esperar. Es lo único que podíamos hacer. Olivia estaba en manos de los mejores médicos. Además, el hecho de que su padre también lo fuera le permitía moverse libremente por la UCI para ver a su hija. El resto percibíamos lo volcados que estaban sus compañeros con él.

Mi padre también se acercó para vernos a mí y a su familia. Lo hizo solo, ya que mi madre estaba con Lucía.

En esos momentos tomé conciencia de lo rápido que se truncaba una vida y se iban a la mierda todos los sueños, dejándonos a merced del destino, sin que fuéramos capaces de poder controlar absolutamente nada. Vulnerabilidad del ser humano, debía llamarse.

Esa madrugada fui a mi casa a ducharme. Dormí un par de horas, pero sin llegar a alcanzar en ningún momento un sueño profundo y volví por la mañana al hospital.

Tenía la sensación de que mi mundo se había acabado el día anterior, de que aquel fatídico accidente había dado a traste con mis ilusiones. Aquella situación en poco se parecía a la anterior, en la que podía luchar. Me sentía

impotente y sin control, sin poder hacer nada por despertar a la mujer con la que quería compartir el resto de mi vida.

Su madre agarraba mi mano y la acaricia mientras me miraba entre sollozos. Yo no sabía qué decir para calmar su dolor, ese que era como el mío o más intenso aún. Entendía a la perfección que, si para mí era desgarrador, para ella debía ser insoportable.

Me empeñé en llevármela a desayunar mientras su marido estaba por dentro, pendiente a cuanto sucedía. No pudo probar bocado, pero al menos se tomó un café.

— Mi hija te ama — acariciaba mi mano sollozando — Y a tu hija también.

— Lo sé y para nosotros ella es nuestra vida, nuestro pilar fundamental. La amamos de corazón.

— ¿Sabes? Cuando volvió del crucero me confesó que se sentía madre con Lucía, que le gustaría ocupar ese lugar que por circunstancias de la vida estaba vacío — decía mientras yo soltaba unas lágrimas al escuchar tan sinceras palabras.

— Para Lucía es su mami princesa...

— Lo sé, me lo contó emocionada — intentaba sonreír a pesar de estar rota por el dolor.

Eran momentos donde costaba hablar, pero en los que el silencio mataba...

Las horas fueron sucediéndose sin cambios y esa noche se quedaba su padre con ella y nos mantendría al tanto, as que llevé a su madre a su casa y me fui a la mía a dormir.

La única buena noticia es que no se había producido el fatal desenlace. ¡Cuánto dolía pensar en esa posibilidad!

¹
Cierto era que en el hospital no se podía hacer nada más que esperar, por desgracia, pero al menos sentía que estaba a su lado. Por esa razón, fue entrar por las puertas de mi casa y el mundo volvió a caérseme encima.

^{1l}
Me metí bajo la ducha y estuve llorando un buen rato, necesitaba hacerlo...

Me costó mucho coger el sueño y me desvelé unas cuantas veces, así que a las seis y media de la mañana me tomé mi primer café y salí pitando hacia el hospital.

Ángel, el padre de Olivia, salió cuando lo avisé de que estaba allí.

— Buenos días — me abrazó.

— Buenos días — no tenía ni fuerza en la voz, me costaba hablar.

— Verás, por decirlo en términos sencillos, no corre un peligro tan mortal como el de ayer, pero aún su estado reviste extrema gravedad. No obstante, confío en que vaya avanzando, aunque sea lentamente — decía con su voz quebrada por el dolor, pero agarrado a ese rayo de esperanza que proporciona la fe. Ven — me agarró del brazo — vamos a verla.

Cogí aire, aún no la había visto y sabía que me iba a imponer mucho. Estuve a punto de decirle que no quería entrar, pero mis ganas de verla me hicieron seguirle hasta ella.

— Entra hijo — estiró su mano y abrió una de las puertas.

Volví a respirar hondo y entré. Como era de esperar, me di de bruces con una Olivia totalmente entubada y llena de cables por todos lados.

Me acerqué a ella y le agarré la mano. Su padre me hizo un gesto y se puso a un lado, hablando con la enfermera que estaba pendiente a ella.

Acaricié sus dedos con los míos y le hablé...

— Oli, mi vida, sé que me estás escuchando. Estoy aquí y no me voy a separar de ti en ningún momento, pero vuelve rápido, por favor. Tu familia, Lucía y yo te necesitamos.

Comencé a llorar y me derrumbé. Tuve que salir de allí a la carrera para que Olivia, en caso de poder escucharme, no lo hiciera. No quería que sufriera más de lo estrictamente necesario.

¿ Su padre salió detrás y me paró. Seguidamente me abrazó y lloramos juntos un buen rato.

Ese día fue muy largo, pero ahí seguía luchando en aras de alargar ese hilo de vida que aún le quedaba. A las diez de la noche regresé a casa. Ni cené, sobrevivía a base de café, era como un muerto en vida.

No paraba de tocarme el pelo, la cara, la barbilla, estaba como en trance, menos mal que ahí estaban mis padres con Lucía, llamándome constantemente y tranquilizándome al máximo con el tema de la niña.

Sabía que con ellos estaba bien cuidada y lo pasaría fenomenal con la hija de mi prima. Siguiendo el plan inicial se quedaría con los abuelos unos días, que luego podrían ser más para darme la posibilidad de permanecer tranquilo en el hospital.

;

-

Me costaba dormir, casi respirar, tenía demasiado dolor dentro de mí.

El sábado por la mañana estuve con su madre, Lina, y sus hermanos, David y Alexandra. Estos últimos también estaban sufriendo mucho, no estuvieron mucho tiempo ya que allí se encontraban peor. Preferían estar en casa, no dejaban de llorar.

Pasé el día con su madre, en aquellas instalaciones que, pese a ser verano, nos daban una sensación de frialdad que inquietaba. Al mediodía, la obligué a comer una tapa en el bar, su padre salía y nos iba comentando. Por suerte o por desgracia, todo seguía igual.

Esa noche salí de allí más esperanzado, roto de dolor, pero a sabiendas de que si Olivia aún aguantaba era porque estaba luchando. Mi chica quería vivir y sobre eso poca duda cabía.

El domingo me levanté y desayuné en la cocina mientras hablaba con Lucía por teléfono. Me comentaba que nos echaba de menos pero que se lo estaba pasando bien con los abuelos y la primita Ruth y quería quedarse unos días más, cosa que me alegraba escuchar. De todas formas, aún no podía ir a por ella.

Llegué al hospital y Ángel me acompañó para que pudiera verla. Me impactaba mucho, pero necesitaba tocar y acariciar su mano.

,

Me senté a un lado de su cama mientras la miraba y jugueteaba con sus dedos.

— Oli, mi vida, tengo muchas ganas de verte abrir los ojos, de que me mires, de volver a verte sonreír — me sequé las lágrimas que iban resbalando por mis mejillas, pues yo intentaba que mi voz no sonara tan triste — No se te ocurra hacerme una trastada — rompí a llorar, pero intentaba no hacer ruido.

Aquello era demasiado duro para mí. No podía soportar verla allí postrada, sin poder gesticular, ni mirarme, ni hablarme. Me estaba muriendo en vida.

A lo largo del día, entré dos veces más, igual que su madre. Ángel nos iba metiendo de vez en cuando, cuando iba pudiendo. Por la noche me fui de allí quedando en volver a la tarde siguiente, ya que yo iría por las mañanas a trabajar. Por su parte, ellos me mantendrían al tanto de cualquier novedad.

Ese había sido sin duda el fin de semana más triste de mi vida, el más doloroso, pues se trataba de un dolor que no podía comparar a ningún otro que hubiera sufrido hasta el momento.

e

;

— Oli, mi vida, tengo muchas ganas de verte abrir los ojos, de que me mires, de volver a verte sonreír — me sequé las lágrimas que iban resbalando por mis mejillas, pues yo intentaba que mi voz no sonara tan triste — No se te ocurra hacerme una trastada — rompí a llorar, pero intentaba no hacer ruido.

Aquello era demasiado duro para mí. No podía soportar verla allí postrada, sin poder gesticular, ni mirarme, ni hablarme. Me estaba muriendo en vida.

A lo largo del día, entré dos veces más, igual que su madre. Ángel nos iba metiendo de vez en cuando, cuando iba pudiendo. Por la noche me fui de allí quedando en volver a la tarde siguiente, ya que yo iría por las mañanas a trabajar. Por su parte, ellos me mantendrían al tanto de cualquier novedad.

Ese había sido sin duda el fin de semana más triste de mi vida, el más doloroso, pues se trataba de un dolor que no podía comparar a ningún otro que hubiera sufrido hasta el momento.

Capítulo 2



Desperté muy temprano, apenas eran las seis de la mañana, pero me era imposible quedarme un rato más en la cama. Los nervios se apoderaban de mí, lo mejor fue comprobar que en el móvil no tenía ningún mensaje por parte de su padre, eso me dejaba un poco más tranquilo.

Me preparé un café y me encendí un cigarrillo, apoyado sobre la mesa de la cocina, pensando. Estaba ido, desesperado...

Me fui hacia el trabajo temprano y entré al bar de siempre para tomar otro café. No tardó en llegar Daniel, que siempre hacia su parada antes de subir.

— Hola — me dio un abrazo.

— Hola, Daniel — lo miré con tristeza.

— ¿Noticias?

— No, no las hay, todo igual...

— Vaya, lo siento, confía en que pasará algo que dará un giro a la situación.

— Confío en ello. No quiero ni imaginar otra cosa, no podría soportarlo.

— ¿Y Lucía sigue con tus padres?

— Sí, por ahora se quedará allí, quiero mantenerla al margen de todo.

— Haces bien, es muy pequeña.

— Si supiera cómo está Olivia se derrumbaría...

— Se moriría de pena. Entre ambas ha surgido una conexión muy fuerte, ella la mira con mucho amor y complicidad. Bueno, Alexis, confío en que todo se resolverá favorablemente.

— Lo deseo con toda mi alma.

Tomamos el café y subimos a las oficinas. Carlota nos recibió con una triste sonrisa. Se notaba que todos estaban muy afectados. Me preguntaban con deseo de que algo hubiera cambiado en las últimas horas, pero no, todo para nuestro pesar, seguía igual.

La mañana la pasé encerrado en el despacho, trabajando, pendiente en todo momento al teléfono, hasta que llegó la hora de la salida y sin ganas de comer nada me fui directo al hospital.

— Buenas tardes — me abrazó Ángel.

— Buenas tardes.

— Ahora mismo se acaba de producir una ligera mejoría — hizo que lo siguiera hasta la cafetería.

— ¿Qué tipo de mejoría?

— Le quitaron la ayuda a la respiración, lo hace bien por si sola, tienes sus funciones bastante controladas, mejoradas, inclusive la enfermera la escuchó hablar.

— ¿Qué decía?

— No se le entendía. La enfermera le hablaba y hacía ademán de contestarle, pero sin abrir los ojos. En cualquier caso, no eran frases, eran palabras sin sentido, como si estuviera soñado.

— ¿Eso es bueno?

— Lo es, pero claro, no sabemos las posibles secuelas, tiene que dar más pasos adelante y ninguno hacia atrás, pero es esperanzador.

— Lo es.

Pedimos dos cafés y nos quedamos apoyados sobre la barra.

— Ahora pasarás a verla y más tarde lo hará mi mujer. Lo que os voy a pedir es que no os quedéis aquí, no podéis estar en una sala esperando noticias. Podéis venir a verla un rato cada uno y cualquier cosa yo os llamo, pero carece de sentido que paséis los días en estas instalaciones.

— Vale.

— Yo no me iré del hospital hasta que ella salga, así que podéis estar tranquilos.

— Lo sé, pero también deberías ir a dormir a tu casa alguna noche.

— Bueno, es mi profesión y si encima es la vida de mi hija la que está en juego, pues con más vera no me muevo.

— Entiendo.

Era un gran señor, una gran persona, con un corazón que valía un potosí.

Subí a ver a Olivia, nos dejaron unos minutos a solas, cosa que agradecí ya que, aunque no me mirara y no me hablara, necesitaba un poco de nuestro espacio.

— Oli, me estás haciendo dar más vueltas que Fernando Alonso en una carrera — sonreí — Abre los ojos, floja — acariciaba su mano — Te iba a pedir que te vinieras a vivir conmigo y te pasó esto, parece que de una u otra forma huyes de mí — carraspeé como siempre lo hacía, bromeando — El día que te vaya a pedir que te cases conmigo desapareces antes del mapa — reí flojito. Esperaba que me estuviera escuchando y sonriendo interiormente.

La miraba mientras las lágrimas me caían, la escuché como gemir, emitía un leve sonido, así en varias ocasiones. Algo me decía que volvería, ella no se merecía irse de este mundo sin haber disfrutado más.

Salí de allí y Ángel me acompañó hasta la puerta. No paraba de decirme que me avisaría de cualquier novedad.

Me dirigí hacia el sur a casa de mis padres, eran las cinco de la tarde así que quería ver a mi pequeña Lucía.

Mis padres al verme me sonrieron con tristeza, teníamos todos que disimular ante Lucía. Mi prima y su hija se mantuvieron en un discreto segundo plano.

;

— ¿Dónde está mamá princesa?

— Pues echándote de menos, está malita con la garganta y si nos ve nos puede contagiar — carraspeé mirándola sonriente.

— ¿Y quién la cuida? — preguntó preocupada.

— Su papá que es médico.

— Es verdad — aplaudió emocionada.

Pasé la tarde con ellos. Cuando la niña se alejaba con Ruth a la casita que le tenían en el jardín, mis padres y prima me preguntaban, estaban muy preocupados.

Cené con ellos y cuando dejé a la pequeña dormida regresé a mi casa.

Me acosté del tirón, aunque no por ello cogí el sueño pronto, pero necesitaba estar tumbado, pensar, reflexionar...

-Por la mañana me desperté temprano como siempre, me fui al trabajo y tomé un café con Daniel.

a

A media mañana me llegó un mensaje de Ángel.

“Te ha nombrado varias veces e intentó abrir los ojos, pero volvía a quedarse dormida”

Se me saltaron las lágrimas. Olivia iba a despertar, lo tenía que hacer. Respondí emocionado.

“Gracias. Es muy alentador recibir esta noticia. En un rato estoy allí”

Terminé de hacer lo que tenía entre manos y me fui para el hospital. Avisé como siempre al padre de que estaba llegando y salió a recibirme.

Mostraba un rostro más relajado, más esperanzador, hasta me sonrió con un brillo en su mirada diferente al de día anteriores.

Miré a Olivia cuando entré y la encontré distinta, con mejor color de cara. Le habían lavado el pelo y estaba preciosa.

Me dejaron a solas con ella, la cogí de la mano y noté que me apretó, una sonrisa se dibujó en mi cara.

— Olivia, sé que me escuchas, estoy aquí vida y estaré esperándote todo el tiempo que necesites — notaba cómo intentaba mover la cabeza y apretaba su mano — Tranquila, vendré todos los días, poco a poco, sé que puedes, no te preocupes, a tu ritmo, aquí siempre me tendrás.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, se las sequé con los dedos, ella me escuchaba, me sentía y eso para mí era un gran paso.

El padre llegó un poco después, le conté mientras la sostenía de la mano y él asentía con la cabeza, pues tenía la seguridad de que sí nos escuchaba. Además, Ángel le acariciaba el pelo y ella lloraba también.

· Me despedí de aquel extraordinario hombre y me fui para mi casa mucho más esperanzado, feliz, con el corazón a mil. Me sentía más optimista que nunca. La recuperación trascendía el ámbito del deseo para convertirse en una realidad.

A la mañana siguiente vi un mensaje del padre diciendo que estaba despierta y hablando un poquito. Aunque se dormía rápidamente, se volvía a despertar.

Pasé por las oficinas y revisé los emails. A continuación, me fui corriendo para el hospital, todavía no eran las diez de la mañana. Ángel me dijo que pasara a verla.

Nada más que me escuchó decirle a su padre que “hasta luego”, abrió los ojos y se me quedó mirando mientras me acercaba a ella. Intentaba sonreír, pero se le volvían a cerrar los labios.

— Hubiera preferido que te hubieras ido a Londres de nuevo — bromeé y se esforzó en sonreír.

Le costó trabajo, pero dijo el nombre de Lucía, casi sin fuerzas, con un hilo de voz.

s

— Lucía piensa que estás con la gripe, así que aligera que mucho tiempo no se lo va a creer — carraspeé levantando la ceja — Está con mis padres y su primita estos días, así que me habéis dejado más solo que Marco buscando a su madre.

Le volvió a salir una sonrisa y le cayeron unas lágrimas que no tardé en secar con delicadeza y cariño.

Comencé a hablarle de sus padres, de las grandes personas que eran, como sus hermanos, que por cierto iban cada día a verla y lo estaban pasando fatal. Le transmití lo mucho que la querían todos los miembros de su familia, aunque ella bien lo sabía.

Estuve con ella hasta la hora del almuerzo, pero prometí volver más tarde. Le tocaba descansar y además también tenían que verla el resto de sus familiares.

Me fui a almorzar a casa. Me quedé toda la tarde allí y sobre las ocho volví al hospital. Sonreía al verme y estaba agarrada de la mano de su padre.

— Bueno, bueno, de vez en cuando da charlas y todo — me hizo un guiño Ángel.

— De aquí a nada nos está volviendo loco — bromeé mientras ella sonreía con debilidad, pero aguantando más su sonrisa.

— Le he prometido que esta noche duermo en casa pero que mañana nos tiene que dar los buenos días a todos los que entremos a verla.

— Hombre, faltaría más, encima que venimos, que esté callada — sonrió y yo moría de amor en esos momentos.

Permanecí un rato con ella y luego nos despedimos, dejándola como siempre en muy buenas manos, las del personal compuesto por enfermeras y médicos que se desvivían por ella.

Ángel me comentó que estaba fuera de peligro y me eché a llorar, no tardó en darme un abrazo y agradecerme que hubiera estado allí cada día.

La felicidad embargaba mi alma.

La mañana siguiente ni fui al trabajo, me fui directamente a verla. No podía hacer otra cosa, mi corazón y cabeza estaban con ella.

— Buenos días — dijo sonriente al verme entrar con esa voz menos débil.

— Buenos días, mi vida — me acerqué a ella y le besé la frente.

Me senté a un lado y le cogí la mano.

— Gracias.

— No, vida, gracias a ti por no dejarme solo — me eché a llorar y apreté mi mano — Lo siento, pero es más de felicidad que de otra cosa.

— ¿Y Lucía?

— Sigue con los abuelos, tranquila, está allí bien — sonreí — ¿Cómo te sientes?

— Mejor. Realmente me siento como si no llegara a despertar, muy adormilada — sonreía.

— Tengo muchas ganas de verte salir por esas puertas.

— ¿Me vas a llevar de crucero? — preguntó bromeando.

— A dar la vuelta al mundo si hace falta, contigo siempre, donde quieras vida.

— Gracias por haber estado.

¿

— No me vuelvas a dar las gracias, no podría estar en ninguna parte sin ti, eres mi vida, Olivia. Cuando te pasó esto teníamos un fin de semana por delante donde te iba a pedir que te vinieras a vivir conmigo, ahora ni eso, quiero que te vengas conmigo a casa, a nuestra casa, con Lucía, te necesitamos siempre a nuestro lado.

Sus ojos se inundaron en un mar de lágrimas y apretaba mi mano.

— Por supuesto, siempre a vuestro lado, con la niña de mis ojos y tú, que me demostraste que merecías la pena.

— Eso, hazme llorar más — reí entre lágrimas.

Estuve con ella todo el día, solo salí a almorzar. No me separé de su lado, además vinieron sus hermanos que no dejaban de bromear y su madre que apareció tres veces.

Al día siguiente aún mejor. La recuperación de Olivia marchaba viento en popa y ya hasta se incorporaba y se sentaba. Me daba muchos besos en la mano, yo estaba de lo más feliz.

Esa tarde aparecieron Carlota y Daniel, casi le montan allí una fiesta. Vivimos un momento muy divertido y emocionante, le llevaron unos regalos muy bonitos de parte del resto de compañeros que le emocionaron mucho.

Le costó la vida echarse a dormir. Tuve que prometerle que volvería bien temprano para hacerle compañía, como los tres días siguientes que no me despegué más que para bajar a comer e ir a dormir.

El sábado le comentaron que el domingo le iban a dar el alta, pero tendría que permanecer en reposo por lo menos dos semanas más. Ella le dijo nerviosa a su madre que le preparara una maleta que se vendría conmigo.

Los padres no se lo tomaron nada mal. Entendieron su ilusión. Por supuesto les dijimos que podían pasar a visitarnos y a almorzar con nosotros cada vez que quisieran.

Aquella noche me fui feliz a por la pequeña, la recogí pues quería que estuviera al día siguiente en casa cuando llegara. Mientras se quedaría con Fina toda la mañana.

Aquella noche me fui feliz a por la pequeña, la recogí pues quería que estuviera al día siguiente en casa cuando llegara. Mientras se quedaría con Fina toda la mañana.

Capítulo 3



Por la mañana estaba revoloteando por la casa con Fina cuando me levanté. Se mostraba nerviosa con su Cola Ca en las manos, loca por ver aparecer a Olivia.

Había llegado el momento. Respiré profundamente antes de abrir la puerta de la habitación del hospital e ignoré al personal sanitario que esperaba tras de mí. Sabían lo que iba a ocurrir y estaban impacientes y emocionados.

Todo lo que habíamos vivido con su accidente, el miedo a perderla fue demasiado aterrador. No quería pasar por eso nunca más.

Estaba seguro de mi decisión, ni un atisbo de duda en mi mente. Pero los nervios, no por ello, eran menos.

Hice un gesto de asentimiento a una de las enfermeras y con una enorme sonrisa en su cara, abrió la puerta. Di un par de pasos y barrí la estancia con la mirada. Olivia sentada en el sillón que había bajo una de las ventanas.

Sus padres y sus hermanos cerca de ella, conversando. Su amiga sentada en el brazo del sillón, unida a la charla.

Reinó el silencio cuando todos esos pares de ojos se posaron sobre mí. Su familia, al tanto de lo que iba a ocurrir, ya con una sonrisa en la cara.

La última en mirarme fue ella. Pestañeó un par de veces y me sonrió ampliamente.

—Hola —su voz alegre. Me miró de arriba abajo y arqueó las cejas—. No hacía falta que te arreglases tanto para venir a buscarme —rió.

Pues sí que la hacía, era un momento especial.

Me acerqué a ella y, sin una sola palabra, me agaché, colocándome entre sus piernas. Le ofrecí el ramo de rosas y lo cogió emocionada.

—Gracias, son preciosas.

No tanto como ella...

↳ —Olivia... —cogí aire y agarré sus manos cuando su madre cogió el ramo— Todo lo que ha ocurrido ha sido muy duro para todos —ella asintió con la cabeza, dándome la razón—. He estado a punto de perderte y casi me vuelvo loco por ello.

Levantó una mano y acarició mi cara.

—Estoy bien, ya todo pasó —dijo comprensiva.

—El miedo que pasé no lo olvidaré nunca —dije con sinceridad—. Y quiero crear nuevos recuerdos contigo cada día de mi vida —saqué la cajita que llevaba en el bolsillo y se la puse sobre su mano. Tembló al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Me miró a los ojos, los suyos ya anegados en lágrimas. Abrió la caja y observó el anillo que había dentro—. Te quiero —dije solemnemente—. Te quise ayer, te quiero hoy y te querré siempre. No quiero separarme nunca más de ti —una lágrima escapó de sus ojos y no tardé en limpiarla.

—Alexis...

—Tal vez no es el mejor lugar donde pedírtelo —sonreí, avergonzado—. ¿Quieres hacerme el hombre más feliz del mundo y convertirte en mi esposa?

—Ay, Dios... —lloró su madre. Y un coro de “Ohhh” se escuchó a mi espalda.

—Tu esposa... —balbuceó, como si todavía no lo hubiese asimilado.

Cogí su cara entre mis manos y la hice mirarme.

—Mi compañera, mi amiga, mi amante. Mi vida. Mi todo —le aseguré—. Lo quiero todo contigo, si me aceptas.

Con las lágrimas saliendo sin control y sus preciosos ojos sobre los míos, asintió repetidamente con la cabeza.

—Es el lugar y el momento perfecto —lloró—. Sabes que sí, sí quiero.

Con las ovaciones y los aplausos la besé. Borré sus lágrimas con mis besos y me sentí el hombre más afortunado del mundo al tenerla conmigo. Iba a ser mi esposa, nada podría hacerme más feliz.

Cogí el anillo y se lo coloqué en el dedo, limpié sus lágrimas, que no dejaban de caer por su mejilla.

—Ven aquí —la besé de nuevo, deseando no tener que separarme nunca de esos labios que tanto adoraba.

—Ay, cariño, felicidades —su madre la abrazó cuando me separé de ella y recibimos las felicitaciones de todos y cada uno de los presentes.

—Te has lucido, cuñado —rio Alexandra. Le di un abrazo y le revolví el pelo—. Papá, ¿te ha pedido la mano?
—bromeó.

—Creo que hace tiempo que se la di —me guiñó un ojo mi futuro suegro.

—Haré lo que sea por verla feliz —le juré.

—Lo sé —nos dimos un abrazo, agradecía la confianza que depositaban en mí.

—Así que cuñados... La que me queda —bromeó David.

—Será la que me queda a mí, cerebritito —reí.

—La que nos queda a todos con este par de tortolitos —suspiró Raquel. Se acercó a mí y susurró—. Está todo preparado, la vas a hacer llorar esta noche.

—Eso espero —le guiñé un ojo, pensando en lo que Raquel me había ayudado a organizar.

—Ay, yernoooooooo. ¡Ven aquí! —casi muero ahogado con el abrazo de mi suegra, si Olivia no viene en mi rescate, fallezco por falta de oxígeno— Oli, cogeré cita en la modista estos días. Tenemos que organizar el banquete, los vestidos, las invitaciones, las...

—Mujer, déjales tiempo —resopló su marido, haciendo reír a todos no solo por el comentario, sino por la mirada que ella le echó y cómo terminó enzarzándose con su esposo, en una discusión por la boda.

—La que nos queda —suspiró, de nuevo, David, poniendo los ojos en blanco.

Abracé por la cintura a mi futura esposa y le di un beso en los labios.

—Un poco empalagosa la pedida, ¿no? —reí.

—Ha sido perfecta —rio, abrazándome—. Amar no es empalagoso —el sonido de su voz amortiguado por mi pecho.

En eso tenía razón, demostrar cuánto significaba para mí era, solo, perfecto.

—¿Entonces cuándo será la boda? —preguntó la que iba a convertirse en mi suegra, insistía con lo mismo y viendo que ya iba como un coche sin frenos por una cuesta... — Porque nos tiene que dar tiempo a todo.

—Mamá, por Dios, espera un poco que aún no tenemos fecha.

—En realidad sí —las interrumpí, sorprendiéndolas a las dos—. Si Olivia acepta, claro.

—Ah, no, mi hija se casa y eso será la boda del año. No me vas a quitar eso, Alexis —resopló su madre, haciéndome reír.

—Tenemos tiempo de hablarlo, mamá —rio Olivia—. Ahora... Solo quiero volver a casa y olvidar todo esto.

De la mano de Olivia, llegamos al parking, dejé la pequeña maleta que le había pedido a su madre que preparara en el maletero y subimos al coche.

Ahí dejábamos atrás un mal capítulo de nuestra vida, pero aún teníamos mucho que contar. Y lo haríamos juntos.

Llegamos a casa y Lucía nos recibió nerviosa, la abrazó y le preguntó si ya estaba bien de la garganta cosa que le hizo mucha gracia, se la comió a besos.

Fina también la abrazó y le dio la bienvenida, nos había dejada la comida lista en la terraza. Una buena paella de esas que le gustaban a Olivia.

Pasamos toda la tarde en el salón entre abrazos a tres manos, Lucía no dejaba de darle muestras de cariño.

Con la niña ya dormida, tenía a Olivia solo para mí. Era el momento de disfrutar, ambos, de la bonita sorpresa que le había preparado.

No la había dejado entrar en el dormitorio en todo el día, no dejaba de poner excusas y menos mal que tenía la ayuda de Fina. Que si lo estaba limpiando. Que si necesitaba quedarse en el sofá y descansar. Que si... Conociendo a Olivia, no sé cómo aguantó todo ese tiempo sentada. Pero después de lo que había vivido, la obligaría a reposar todo el tiempo que fuese necesario, aunque tuviera que soportar sus quejas de estar harta de cama. Pues eso era lo que le quedaba.

—Ven —le ofrecí la mano y la ayudé a levantarse del sofá.

—No voy a ser capaz de dormir, Alexis. Estar sin hacer nada no ayuda —resopló.

—Te aseguro que dormirás. Y bien —le guiñé un ojo.

—Oh, eso suena a diversión —su voz pícara.

Era diversión de la buena, por supuesto, porque iba a disfrutar de ella después de tanto tiempo.

Abrí la puerta del dormitorio y, casi recreando aquella noche en el crucero, había adornado la habitación igual. Las velas iluminándolo todo y las rosas dibujando un sendero hasta la cama, donde había, además de varias rosas, un paquete.

—Oh, Alexis —dijo emocionada. Se giró a mirarme, estaba nerviosa—. No tenías por qué, todo fue más que suficiente.

—Nada será nunca suficiente para ti —le di un dulce beso y me acerqué a coger el paquete—. Ábrelo —sonreí.

No tardó en hacerlo, nerviosa por ello. Se sentó en la cama y abrió el álbum que le habíamos envuelto.

Dentro, fotos de nosotros dos solos y con Lucía.

—Fue idea de ella —le expliqué, poniéndome de rodillas entre sus piernas.

—Es precioso...

—Tiene muchas hojas en blanco —me miró a los ojos—. Este álbum es solo el comienzo de nuestra nueva vida. Y vamos a llenarlo de momentos felices.

Se mordió el labio, intentando no llorar.

—Sé que vamos a ser felices —aseguró.

—Y superaremos cada obstáculo que la vida nos ponga en el camino. Te quiero, Olivia. Gracias por seguir a mi lado.

Ella negó con la cabeza, sabía que no quería que le diera las gracias por ello, pero tenía que hacerlo.

Me besó. Un beso dulce y emotivo que terminó convirtiéndose en mucho más.

—Joder, cómo te echaba de menos —suspiré sobre sus labios.

—Como yo a ti —sonrió.

Me levanté, le ofrecí mi mano y la cogió. La llevé hasta el baño, decorado como el dormitorio. Me puse frente a ella y comencé a quitarle la ropa. La bañera estaba llena, preparada para nosotros.

—Supuse que querrías un baño.

—Supusiste bien —su voz sonó estrangulada cuando dejé sus pechos al aire y no pude evitar acariciarlos con mis dedos.

—Un baño largo... —seguí desnudándola— Donde te tenga mojada... —la ropa de ambos fuera— Y solo para mí —entramos en la bañera y la acomodé entre mis piernas. Comencé a mojar su cuerpo y a acariciarlo a la vez.

—Alexis... —suspiraba, excitándose.

—Hoy sin prisas, mi amor —con un poco de gel en mis manos, lavé sus pechos, su vientre.

Aquel momento era de los más eróticos que había vivido nunca. No había palabras. Solo suspiros y sensaciones. No había sexo en sí, solo caricias, llevándonos al límite.

Salimos de allí cuando el agua comenzó a enfriarse. Cogí la toalla y la sequé. Con delicadeza, disfrutando de las vistas que tenía delante. Como hice cuando la tuve en la que ya era nuestra cama.

Olivia era la mujer más hermosa del mundo para mí, nunca dejaría de verla así. Porque nunca dejaría de amarla.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

Salí de mi estupor, estaba ensimismado acariciándola, mirando cómo mis dedos rozaban su piel.

—En todo el miedo que pasé —suspiré.

—Hay que dejar eso atrás, Alexis.

—Lo sé —la miré a los ojos y acaricié su mejilla—. Solo quiero dos cosas en la vida, Olivia. Una es que mi hija esté bien y feliz. Otra es verte feliz a ti. Con eso, lo tengo todo.

—Entonces te aseguro que ya lo tienes todo —sonrió—. Lucía es la niña más feliz del mundo, tiene al mejor padre. Y yo... ¿Qué te puedo decir si te quiero con locura? Me da miedo que esta burbuja de felicidad explote en

cualquier momento.

La entendía, porque yo tenía la misma sensación de vértigo.

—No va a explotar porque no es ninguna ilusión, cariño —le aseguré—. Y vamos a luchar cada día porque esto que sentimos no cambie.

—Estás romaticón, ¿eh? —bromeó tras limpiarse una lágrima.

—Bueno, estoy intentando relajarme para no ser demasiado bruto —reí—. Tengo que recordar que aún estás convaleciente.

—¿Bruto? —la picardía en su voz— Creo que el doctor me recetó un poco de brusquedad. Ya sabes, por eso de descansar mejor y todas esas cosas.

Solté una carcajada, ella y sus comentarios.

—¿El doctor te ha recetado que te folle sin contemplaciones?

—Algo así —afirmó con la cabeza—. Dice que eso libera algo que no recuerdo y que me hace bien.

—Eres un caso —dije entre risas. Me puse sobre ella, disfrutando del contacto de su piel pegada a la mía—. Pero esta vez te quiero sin prisas.

La besé intentando no dejarme llevar por la cruda pasión en la que estaba envuelto. Era un martirio permanecer tan cerca de Olivia, teniéndola desnuda y no poder dar rienda suelta a todos mis deseos más carnales. Pero en ese momento ambos necesitábamos otra cosa. Necesitábamos más que sexo, quería hacerle el amor a la mujer que amaba. Y quería disfrutar cada segundo de ello.

Nuestras manos acariciando el cuerpo del otro, reverenciándolo con nuestros dedos. Nuestras lenguas sumidas en una batalla dulce, degustando el sabor del otro.

Estábamos febriles, deseosos por sentir que nos convertíamos, de nuevo, en uno solo.

Comencé a entrar en ella con delicadeza, casi con miedo de poder dañarla, quizás por eso me contenía tanto.

—Joder, cómo necesitaba esto. Cómo necesitaba sentirte —ya dentro de ella, disfrutando de cómo me envolvía su calor.

—Alexis... Necesito más.

Fuera poco a poco e igual de lento, de nuevo dentro de ella. Una vez. Y otra. Y otra...

Esa vez fue así. Sus gemidos roncros mientras la hacía mía. Su grito ahogado cuando el orgasmo se apoderaba de ella. El sonido que salió de mi garganta mientras me corría dentro de su cuerpo.

—Oh, joder —dije entrecortadamente.

—Y tan joder —rio ella, haciéndome reír a mí.

Salí de su interior y me tumbé a su lado.

—¿Te sientes bien aquí?

—Claro que sí —sonrió—. Mientras estemos juntos los tres —dijo incluyendo a mi hija—, no me importa donde sea.

—¿Quién es la romántica ahora? —sonreí.

—No me importa serlo —se encogió de hombros y apoyó la cabeza en mi pecho. La abracé y nos tapé a ambos. Bostezó y sonreí.

—¿Cansada?

—Parece ser que no hacer nada también cansa —la sonrisa en su voz—. O eso o ha sido el sexo. Te lo diré esta

noche si me despierto y no puedo dormir.

—¿Me dirás o me harás?

—Tendrás que esperar para averiguarlo —me dio beso en el pecho y suspiró, apretándose más contra mi cuerpo.

La abracé con fuerza y suspiré. Ya estaba Olivia, por fin, viviendo conmigo. Después de tantas cosas malas, la recompensa no podía ser mejor.

Tenía conmigo y para siempre a la mujer que amaba. Y lucharía porque eso no cambiase nunca. Olivia era, junto con mi hija, mi mundo. Y nada ni nadie podría separarme de ninguna de las dos.

noche si me despierto y no puedo dormir.

—¿Me dirás o me harás?

—Tendrás que esperar para averiguarlo —me dio beso en el pecho y suspiró, apretándose más contra mi cuerpo.

La abracé con fuerza y suspiré. Ya estaba Olivia, por fin, viviendo conmigo. Después de tantas cosas malas, la recompensa no podía ser mejor.

Tenía conmigo y para siempre a la mujer que amaba. Y lucharía porque eso no cambiase nunca. Olivia era, junto con mi hija, mi mundo. Y nada ni nadie podría separarme de ninguna de las dos.

Capítulo 4



Escuché a Fina entrar y salí de la cama sin hacer ruido.

— Buenos días — sonreí.

— Buenos días, siéntate que te pongo un café.

— Vale, pero entonces tendré que fumar en la cocina, necesito un cigarro de esos del relax y no los nerviosismos.

— Claro, no quedará mal olor por uno, pero debes dejarlo, aunque no fumas más de uno o dos al día, no deberías.

— Lo sé, será uno de los últimos, pero estos días lo necesité.

— ¿Qué tal pasó la noche?

— Perfecta — sonreí — Me parece increíble.

— Me alegro mucho, no sabes cuánto.

— Lo sé, por cierto, me voy a trabajar un rato, tendré que hacer acto de presencia, aunque sean tres o cuatro horas todos los días, así que las dejo a tu cargo.

— Ni te preocupes que ya las cuido yo.

— Gracias, Fina.

Salí de allí y me dirigí a la oficina. Era temprano, de modo que me tomé el café con Daniel que estaba con Fernando. Ambos me abrazaron y me dijeron lo mucho que se alegraban de aquello.

Les conté lo de la boda, pero también que habíamos quedado en que sería para el verano siguiente, tranquilos, con vistas a preparar todo al detalle para un día tan especial en que nos juraríamos amor eterno, al menos así lo veíamos.

Luego subí y se lo conté a las chicas. Estaban emocionadas y aplaudieron nerviosas, además de darme un abrazo todas a la vez.

Esa mañana hice lo que tenía pendiente a contra reloj, revisé unos expedientes y me fui pitando. Estaba loco por llegar a casa y ver a mis amores.

Llegué y aparqué el coche mientras veía a Olivia y a la pequeña charlando, montadas en el balancín.

— Muchas preciosidades juntas estoy viendo — las abracé a la vez.

— Papi, la estoy cuidando porque está un poco débil.

— Y me cuida muy bien — dijo señalándome con el dedo.

— Si es que es muy mayor ya Lucía, sabe hacer de enfermera — carraspeé mirándolas, una estampa preciosa.

Comimos en el porche, Fina había cocinado unas patatas fritas con unos filetes y huevos, comida para engordar pero que estaba de muerte, se marchó besuqueando a Lucía que reía feliz y emocionada de estar ahí con Olivia.

— Papi, le he dicho a mami princesa que un día nos vamos a ir de compras las dos, como amiguis mujeres — morí con lo de amiguis mujeres y me eché a reír viendo cómo también lo hacía Olivia.

— Claro, pero aún no, la semana que viene, ahora tiene que recuperarse y salir tanto tiempo de tiendas la puede

abrumar, hay que cuidar a la mami.

— Vale, yo la cuido con Fina estos días mientras tú vas a trabajar y la semana que viene nos dejás un día en un centro comercial y nos vamos a comprar — decía organizando todo ante la mirada de Olivia y mía, que hacíamos esfuerzos por aguantar la risa.

— Vale, pero me compráis un regalo — advertí.

— Claro, papi — te compramos una camiseta de Bob Esponja.

— Ah no, mejor no me compréis nada — reí negando.

— Papi, que Bob Esponja es guay.

— Sí, sí, guay del Paraguay — carraspeé mirando de reojo a Olivia, que aguantaba la risa como podía.

— Papi, Martina y yo vamos a llevar los anillos para la boda de mami princesa y tú.

— ¡Vaya! Espero que lleguen a salvo — apreté los dientes causándole una carcajada.

— Y si no llegan nos aguantamos, mis princesas irán conmigo — advirtió Olivia haciéndome un guiño.

— Lo que diga mami princesa, es la que manda aquí — me sacó la lengua la pequeña.

— Vaya, ya ni mando en mi casa — resoplé siguiéndole el rollo.

— Mandamos ella y yo — señala con su dedo a Olivia y a ella en plan mandona.

— Vale, vale — levanté un poco las manos — Miedo me da llevar la contraria — Por cierto, había pensado algo — miré a Olivia — Quizás estaría bien el sábado, que aún quedan días, invitar a tus padres, hermanos, mis padres y los chicos de la oficina a comer a algún sitio que reserve. Creo que deberíamos agradecer a todos cómo se volcaron y de paso celebrar la noticia de nuestro próximo enlace, aunque aún quede para ello. Este sábado o el de la semana que viene, cuando tú te encuentres bien.

— ¡Fiesta! — gritó la pequeña — Y que venga mi mejor amiga pequeña Martina — Matizó lo de la edad para no dejar fuera a Olivia, cosa que nos hizo mucha gracia.

— Lo veo bien, Alexis, una idea genial, yo me encuentro bien, un poco cansada pero poco a poco voy a mejor. Este sábado lo veo fantástico, pero lo podríamos hacer en este jardín con un servicio de catering...

— Pues sí, no lo había pensado, pero podemos preparar aquí algo bonito.

— Yo quiero un vestido de princesa para mí y otro para Martina — dijo emocionada.

— Me va a salir bien cara la idea de la comida — reí.

— Papi, suelta dinerito que es de todos — volteó los ojos mientras Olivia y yo nos mirábamos incrédulos.

— Pues yo no te veo trabajar — la miré serio y se puso a reír a carcajadas.

— Yo me encargo del catering y de pedir presupuesto de lo demás, te voy informando y ya elegimos — me hizo un guiño.

— Genial, llama a Delicias, tienen muy buen servicio y todo lo que sirven es de calidad.

— Lo había pensado — sonreía feliz mientras se mordisqueaba el labio.

— El jueves os llevo a que os compréis un vestido cada una y el de Martina — volteé los ojos ante la risa de las dos.

Me llenaban de amor, con solo mirarlas engrandecían mi vida y mi día a día. Por esa razón, cada vez que me iba a trabajar, volvía loco por encontrarme a mis chicas.

Olivia había elegido el menú perfecto, la bebida, el número de camareros, las mesas, las sillas, todo... Iba a quedar precioso, además ella por momentos iba volviendo a ser la chica de antes del fatídico accidente.

Capítulo 5



Y llego el sábado de la fiesta...

Me levanté a las ocho y me preparé un café. Dejé a Olivia durmiendo plácidamente, pero Lucía fue sentirme y levantarse.

— Papi, Cola Cao — se sentó en la banqueta de la barra y echó la cabeza sobre sus manos, apoyadas en ella.

—Primero un beso — me acerqué y la abracé, me dio el beso.

— Papi, Olivia va a ir guapísima con su vestido.

— Vale, pero no me hagas *spoiler*, quiero llevarme la sorpresa — le saqué la lengua y me puse a preparar su Cola Cao.

— Pero va a parecer la reina de la fiesta.

— ¡Lucía! — grité en voz baja riendo.

— Vale, pero tanto el de Martina como el mío, sí puedes saber cómo son, porque además tú se lo llevaste a su madre.

— Pero iba en la bolsa, no la miré — reí.

— Bueno pues entonces no te lo digo, sorpresa como mi mami princesa — reía.

Olivia apareció por la cocina y la miré sonriente.

— Me uno a los que se levantan temprano, ya estoy harta de cama — besó a Lucía y luego a mí.

Le puse un café y se sentó al lado de la pequeña, yo frente a ellas, de pie.

Media hora después llegó el camión con las mesas y la carpa, se pusieron a montar todo, además de una buena barra de madera. Estaba quedando precioso, más tarde llegarían la comida y los camareros.

La pequeña entró a su dormitorio y apareció con el vestido de princesa, con su corona y tacones. La miramos y nos reímos, era tremendamente impaciente, pero un caramelo de niña.

Estaba divina con ese vestido que les había comprado a las dos Olivia, era de Cenicienta, querían ser princesas ese día y yo me alegraba de ver esos momentos mágicos para ella, ser partícipe de su felicidad.

— Venga, vístete Oli — decía tirando de su mano.

— Es muy temprano aún — reía.

— Pero nos sentamos en plan guapas en el sofá — se ponía las manos en la boca.

— Dame un rato, pero antes te maquillaré — le hizo un guiño.

— Sí, ahora — aplaudía.

— No, luego, para que te dure más — reía.

— Vale, mami princesa — saltaba feliz con su vestido.

Las dejé en el salón mientras yo preparé algunas cosas. Tenía sorpresas para todos. Se trataba de un día especial y deseaba que también lo fuera para nuestros invitados. Ellos habían estado con nosotros en todo momento, así

que tenía que ser agradecido, no era para menos.

Más tarde llegaron los camareros. Su misión sería la de estar pendiente a las copas, recepción y comida, así que yo me despreocuparía de todo.

Ya estaba listo y comencé a recibir a los invitados, Olivia se quedó preparándose.

Los primeros en llegar fueron mis padres que se cogieron una de las mesas altas que pusieron para las copas y charlas. Les sirvieron unos vinos con un poco de jamón y queso. Lucía se puso a charlar con ellos hasta que de repente apareció Martina con Daniel y Carlota.

Los hermanos de Olivia aparecieron sonrientes, bajando del coche de sus padres junto a Raquel. Luego ellos. Su cara de felicidad era el reflejo de sus almas.

Se sentaron con mis padres. Davinia y Fernando llegaron también detrás y se pusieron en otra mesa con Carlota y Daniel, a los que se unió Elba. Su chico no pudo asistir, pues tenía guardia ese día.

Raquel y los hermanos de Olivia se cogieron otra de esas mesas altas.

Los camareros sacaban bandejas repletas de exquisiteces para degustar y les traían inmediatamente las bebidas sin esperar a que nadie tuviera que pedir.

De repente apareció Olivia y todas las miradas apuntaron hacia ella, a la vez que aplaudían. Estaba preciosa con un vestido largo de hilo blanco, del que salía una pequeña cola, la espalda fuera y agarrado al cuello, con unas preciosas sandalias blancas. Parecía una novia ibicenca, estaba reluciente, no me quería ni imaginar cómo estaría el día de nuestra boda.

Me acerqué a ella para ofrecerle mi codo y le besé la mejilla.

— Estás de cine — sonreí feliz por tener a esa preciosidad agarrada a mí.

— Estás guapísimo — me miró con ese brillo que me enamoró.

Saludó cariñosamente a cada uno de ellos. De repente su hermano David pidió silencio ante nuestro asombro.

— Carlota — la señaló — se puso en contacto conmigo para trasladarme una idea de los chicos de la oficina y yo le dije que perfecto, mis padres y hermana al enterarse dijeron que también querían participar. Después se unió Raquel, así que me vi en la obligación de llamar a tus padres — me señaló — por supuesto dijeron que contara con ellos — miedo me daba saber que nos iban a decir — así que como me gané por toda la cara el puesto de representante, quería comunicaros que estamos muy felices por lo bien que salió lo de mi hermana y por la posterior noticia de vuestro enlace y...

— ¡Vivan los novios! — gritaron Martina y Lucía interrumpiendo a David y causando unas risas.

— ¡Vivan los jefes! — gritó Daniel causando una risa en todos.

— Yo no soy jefa de nada, advertidos quedáis, yo soy otra asalariada y así quiero seguir — dijo riendo Olivia.

— Bueno continúo — dijo David — Hemos querido haceros sendos regalos que sean para toda la vida, que os recuerden a todos y a este día en el que nos hicisteis partícipes de vuestro momento. Por supuesto son para que los uséis el día de la boda.

Alexandra apareció delante de nosotros con dos bolsas de joyería y le entregó una a Olivia.

— Primero la abres tú — sonrió.

Olivia abrió emocionada la bolsa que contenía una pequeña caja y al abrirla se puso a llorar al ver unos pendientes largos de oro blanco. Eran una verdadera maravilla repleta de diamantes pequeños. Muy elegantes, parecían antiguos. Iba a estar preciosa con ellos.

— Ahora te toca a ti — me dio la mía.

Me quedé impresionada al abrir la caja y ver ese reloj Rolex tan elegante y bonito para el gran día.

Les dimos las gracias a todos, impresionados, Olivia no dejaba de llorar cuando apareció Lucía con un ramo de flores y se lo entregó.

— De mi papi y mío, nadie más puso dinero — dijo causando una carcajada en todos. Ah y de Martina — la miró riendo con las manos en la boca.

Estuvimos tomando los entrantes, charlando con unos y con otros. Luego pasamos a las mesas donde se sentaron los chicos de la oficina en una y mis padres y la familia de Olivia con Raquel en otra, con nosotros y las niñas.

Nos sentamos en plan uve, una mesa frente a la otra, así que estábamos todos juntos prácticamente.

La comida fue espectacular, al igual que las risas que nos pegamos en esa mesa, sobre todo con Davinia y Carlota, que tenían el ambiente de lo más animado contando las mejores anécdotas del crucero.

Por la tarde se fueron mis padres y los suyos. Sus hermanos, Raquel y los chicos se quedaron, al igual que el servicio de camareros para las copas y la barbacoa de la noche. Solo se fue uno y quedaron tres.

Martina y Lucía se encontraban en la casa de muñecas que les había montado en el jardín, así que estaban distraídas. Nosotros comenzamos con las copas y Alexandra estaba de lo más graciosa ese día, diciendo que le debería dar un puesto de trabajo de tres horas por la tarde. La gracia consistía en que por la tarde las oficinas estaban cerradas y por la mañana ella estudiaba, decía que para algo tenía enchufe.

Daniel le dijo que se encargara de las redes, lo soltó con sorna, estaba loco por quitarse eso de encima, así que me dio la idea y le dije a él que le explicara todo y que le mandara a diario las actualizaciones, para que ella se encargara.

Comenzó a correr por todo el jardín con las manos levantadas diciendo que iba a ser la *community manager* de la empresa, nos empezamos a reír a carcajadas.

La bebida volaba, así sin más, era una copa tras otra. Raquel y Alexandra estaban de lo más animadas y eso que no bebían ninguna de las dos.

Olivia me miraba de reojo todo el tiempo con una sonrisa de oreja a oreja, provocando en mí todo tipo de sentimientos que tenía a flor de piel.

Estuvimos hasta la una de la madrugada, hora a la que nos fuimos despidiendo de todos, que se iban marchando y quedándonos solos los dos, además de las niñas que querían dormir juntas esa noche. De hecho, estaban ya en la cama.

Recogieron y se llevaron todo en media hora.

La cogí en brazos y la llevé a la habitación donde la desnudé para volverla a hacer mía...

Ese día había sido el primero para tantas cosas que teníamos que celebrar, ese día tomé conciencia de que comenzaba la vida que yo siempre había soñado.

Recogieron y se llevaron todo en media hora.

La cogí en brazos y la llevé a la habitación donde la desnudé para volverla a hacer mía...

Ese día había sido el primero para tantas cosas que teníamos que celebrar, ese día tomé conciencia de que comenzaba la vida que yo siempre había soñado.

Capítulo 6



Cinco meses después...

Habían pasado cinco meses desde aquel fatídico accidente, el cual ella había superado como una campeona.

Olivia se incorporó a las oficinas en septiembre, pero con un horario peculiar, ya que se encargaba de llevar al cole a Lucía y de recogerla. Deseaba estar pendiente personalmente de ella, así que solo trabajaba el tiempo que le peque permanecía en clase.

En ese tiempo, ultimamos los trámites legales que me otorgaban a mí la custodia de la pequeña Lucía. El día en cuestión, Cata apareció en el juzgado embarazada de Héctor, feliz, como si el fruto de sus entrañas sustituyera a nuestra hija. No la podía ni mirar, ya que me producía mucha repulsa, pero salí satisfecho de tener legalmente a nuestra pequeña para mí y ella sin derecho a reclamarla en un arranque de esos de locura que le pudiera dar.

La pequeña llamaba mamá a Olivia y la veía como tal, así que no podía fluir mejor la cosa.

Le habían dado ya las vacaciones de Navidad en el cole. Yo hice lo mismo con todos mis empleados hasta después de Reyes, así que me despedí de las oficinas, de ellos y cerramos hasta entonces.

Disfrutábamos de la mañana de Nochebuena. Desayuné con Olivia entre risas y miradas cómplices, esas que se sucedían día tras día y esperábamos que fuera así para siempre.

— Vuelvo en un rato, voy a recoger las cosas que me faltan — la besé.

— Vale vida, en cuanto se levante la niña le doy de desayunar y voy con ella a comprarle los zapatos que quiere ponerse esta noche con el vestido nuevo.

— Claro. Nos vemos aquí a la hora de la comida.

La besé como la primera vez, siempre me producía ese cosquilleo en el estómago y me hacía sacar la mejor de mi sonrisas. Olivia me tenía enamorado por completo y estaba loco por casarme con ella a principios de verano.

Les había preparado muchísimos regalos para Papá Noel a las dos, los iba almacenando en mi despacho y aquella montaña iba creciendo, pues todo me parecía poco para ese día.

Aquella noche cenarían en casa mis padres, al igual que los suyos y sus dos hermanos, así que Fina se encargaría durante la mañana de dejarnos toda la comida lista, tras lo cual también disfrutaría de sus merecidas vacaciones hasta después de Reyes.

Yo había ido comprando buenos vinos, jamón, quesos y resto de exquisiteces. Ahora me tocaba ir a al mercado a recoger el marisco fresco y después los regalos que tenía encargados de última hora para mis chicas.

1

Mientras llevaba a cabo todas esas gestiones, me tomé un vino con Daniel, quien ya vivía con Carlota y Martina. Se sentían de lo más felices. En esos días habíamos quedado en vernos todos y hacer una comida en casa.

¡Volvía y ya se iba marchando Fina. Le di un sobre con un regalo y la abracé.

— Papi, hay que comer poco que esta noche vamos a comer mucho — dijo Lucía corriendo a mis brazos nada más verme.

— Pues yo vengo hambriento — reí besándola.

Olivia se nos acercó, me dio un beso y nos abrazó, esa era mi familia, mi piña, mi vida...

Metí el marisco en unas ollas para hervirlo mientras almorzábamos y después del almuerzo coloqué los regalos con los demás en el despacho.

Nos echamos un rato en el sofá y nos quedamos dormidos.

Cuando me levanté preparé la mesa larga en el porche y la engalané con el mantel que había comprado Olivia

especial para esos días, así como las servilletas a juego.

¡Puse los cubiertos, vajillas, copas, vasos... Quedaba preciosa la mesa con ese mantel blanco con unos bordados pequeños en rojo, muy navideña.

Olivia se levantó y sonrió al verme con todo montado. Me abrazó ahuecándose en mi cuello. Me encantaba olerla, siempre con esa frescura y calidez a la vez. Frenesí era lo que provocaba en mí.

— Ven, quiero darte algo — la llevé conmigo hasta el dormitorio donde saqué una caja de la joyería.

— Ummm regalo de joya — sonreía emocionada. Lo abrió y su expresión fue de sorpresa totalmente — Estás atento a todo — me besó y abrazó con fuerza.

Le había comprado un collar de perlas blancas largo. Yo escuché su comentario de que al vestido que llevaría por la noche le iría que ni pintado uno como aquel.

Ella había propiciado una cascada de sensaciones en mi vida. Al conocerla era toda una tentación, cuando apareció en el crucero se convirtió en mi pasión y en los últimos tiempos, todo un frenesí que alteraba para bien mi estado de ánimo, revolucionando mi vida.

Desperté a la pequeña que parecía que estaba desfallecida. Había que ducharla y prepararla con su vestido nuevo. Por una vez, dejé a las princesas de lado. Olivia le compró uno sin mangas de color champagne con detalles de purpurina y hasta la rodilla, con los zapatos de la misma línea, tipo bailarina. La vi venir hacía mí con un recogido muy divertido en la cabeza, con una lazada dorada delante. Parecía una actriz de cine en la recogida de un premio.

Olivia apareció con un precioso vestido largo en rojo, con un tejido con una textura y una caída perfectas, con su espalda fuera y el collar colgando hacia atrás. Le hacía unas curvas en las que me perdía, tuve que soltar el aire y servir unas copas de vino antes de que llegaran nuestros familiares, pero tenía claro que esa noche no la dejaría escapar.

Primero llegaron mis padres, cómo no, con un regalo para la niña. Y no se trataba de un regalo cualquiera, sino de un perrito que tanto deseaba. No tardó en decidir su nombre: se llamaría Príncipe. Lucía lloraba de la emoción al cogerlo en sus brazos, no lo esperaba para nada.

Lo puso sobre la camita que le habían comprado también, en color tierra y bordados en celeste con dibujitos de

huesos, una cucada como las que le gustaba a mi niña.

Un rato después, llegaron los padres y los hermanos de Olivia. Nos saludamos todos cariñosamente. Tampoco venían con las manos vacías. Sus padres traían un regalo para Lucía: un coche de capota precioso con un bebé dentro, así que la niña estaba que no cabía en sí de la alegría.

Alexandra llevaba las redes y los anuncios de la empresa, lo hacía muy bien y trabajaba desde su casa.

Ella y su hermano le habían traído a la pequeña un bañador con un vestido playero con la imagen de Ariel, la sirenita de *Disney*, así que estaba de lo más contenta con sus regalos anticipados de Papá Noel.

La cena transcurrió con los hombres charlando entre nosotros y las mujeres entre ellas. El padre de Olivia y mi padre congeniaban a la perfección y se notaba el cariño, respeto y admiración del uno hacia el otro.

La cena fue preciosa. Yo no paraba de observar la gran familia que formábamos entre todos. Aquella percepción hacía que me sintiera completamente pleno.

Después de la cena, pasamos al postre y las copas. Todos habían venido en taxi así que no se privaron de disfrutar de la sobremesa que duró hasta la una de la madrugada, además los hermanos de Olivia se iban con sus amigos de fiesta.

Nos quedamos los dos solos sentados en el balancín, con una copa en la mano. La pequeña dormía en su habitación con su perrito a un lado en el suelo en su camita.

— Son mis mejores Navidades — me miró a los ojos con un brillo de esos que transmitían la mayor de las felicidades — Mis padres están muy contentos de que seas tú el hombre que esté en mi vida.

— Los míos también contigo — dije mientras acariciaba su mano.

— Es increíble la de cosas que pasaron en tan poco tiempo y que a la vez parece que transcurrieran a lo largo de una vida. Siento como si estuviera contigo desde hace mucho.

— A mí me da la misma sensación, como si llevara toda una vida a tu lado — se giró y se echó sobre mis piernas y comencé a tocarle el pelo.

Estuvimos mirando las estrellas un buen rato. Le eché una manta por encima, aunque estábamos sobre cubierto en el amplio porche y pese a que el clima de Tenerife era perfecto y esa noche no constituía una excepción.

Me la llevé a la cama abrazada, andando delante de mí. Sabía que tenía que deshacerme de ese vestido que me provocó durante toda la noche y es lo primero que hice la entrar a la habitación, dejarla desnuda ante mí, con la piel erizada por el contacto de mis manos acariciando sus pechos mientras me salía algún que otro gemido de excitación.

La senté en la cama y me puse de rodillas entre sus piernas, que abrió para mí mientras que se echaba hacia atrás apoyándose con sus manos.

La lamí, toqué, estimulé y cuando ya la tenía a mil la hice mía, en un momento de cruces de gemidos, de esos que no dan lugar a otro pensamiento más allá de la excitación por el momento...

Nos quedamos abrazados con la emoción de despertar en nuestra primera Navidad juntos.

Y llegó ese día tan especial para la pequeña, sobre todo.

Me levanté sin hacer ruido y comencé a preparar todos los regalos debajo del árbol. No tardó en aparecer Olivia sonriendo y con bolsas llenas de más regalos envueltos que puso alrededor de la base mientras miraba emocionada.

Dejamos todo listo y nos fuimos a la cocina a preparar el café. Sin duda, un acto necesario para afrontar el nuevo día de Navidad.

Le dejé preparado el Cola Cao a la pequeña, quien pronto se asomó por la cocina gritando que el árbol estaba lleno de regalos.

Olivia la abrazó sonriente y la sentó sobre su falda. Le dio una tostada a la vez que se tomaba su taza.

— Príncipe se hizo pipí en la habitación — reía contándolo.

— Ahora lo limpio, no te preocupes y le damos de comer — sonreía feliz escuchando a su niña, pues para ella ya

lo era.

Nos fuimos a coger al perro y ponerlo con su camita en el salón mientras Olivia recogía el pipí y luego se unía a nosotros.

— Yo primera — decía Lucía sabiendo cuál era su parte de los regalos.

Comenzó a abrir cada uno y se emocionaba con todos. Era su costumbre: chillaba y luego carcajeaba por la felicidad.

Se colocó en la muñeca el reloj que le habíamos comprado de Cenicienta. Estaba loca con todas las muñecas, la cocina de juguete que se llevó al jardín y demás. Pasó hasta de nuestros regalos y se encaminó hacia el jardín con todos los suyos y con Príncipe.

— Bueno, te toca — extendí la mano — Empieza por el que quieras.

Se quedó sorprendida con todos. Su mirada era sensacional ante ese reloj de plata vieja que le compré en la joyería por si lo quería lucir el día de la boda o en cualquier otra ocasión. El vestido blanco de una firma de sus firmas predilectas también le gustó mucho. Igualmente pareció encantada con una caja de maquillaje de una firma que usaba, un perfume, un bañador blanco muy elegante y unas zapatillas de deporte que vio por Internet y le llamaron la atención, además de un portátil blanco de la marca de la manzana y no precisamente de la del jardín del Edén.

Estaba muy emocionada con sus regalos y me hacía muy feliz el saber que había acertado, así que ahora me tocaba a mí descubrir los míos.

Me encantó todo, un bolígrafo precioso de una marca que destacaba por la elegancia con la que los diseñaba, unos libros, sabía mi devoción por la lectura y las temáticas, unas deportivas blancas que eran de mi estilo, perfectas, además de una maquinilla de afeitar y un perfume.

Preparé la comida mientras Olivia jugaba con la pequeña en el jardín, rodeadas de sus juguetes nuevos. Puse la mesa en el porche con todo lo sobró el día anterior que fue mucho y de buena calidad.

— Yo quiero ir con los cuatro abuelos al Loro Parque — decía Lucía.

La verdad es que los padres de Olivia la adoptaron como una nieta, la adoraban, al igual que sus hermanos, a los que llamaba tíos.

— Pues yo lo organizo para después de las fiestas y nos vamos todos — respondió Olivia causándole una sonrisa.

— Príncipe no puede ir — se encogió de hombros.

— Bueno, pero se queda aquí jugueteando con toda la casa para él — le tocaba el pelo.

— Mami princesa y el día de Reyes es mejor que hoy — recalcó para dejar claro que los regalos de ese día no contaban para el otro y nos causó una risa.

— Si, mucho mejor, ese día hay muchos más regalos ¡Qué nervios! — se frotó las manos causando en la pequeña una sonrisa más amplia aún.

— Y a papá y a ti les pedí unas cosas que le dije a los abuelos para que hablaran con los Reyes — reía a la vez que lo revelaba.

— Miedo me da — arqueé la ceja aguantando la risa.

— No es miedo, es muy guay del Paraguay — reía.

— El mío mejor que el de tu padre, aviso — bromeó Olivia.

— No puede ser, es el mismo para los dos — se puso las manos en la boca riendo a carcajadas.

— Al final nos lo suelta antes de Reyes, te lo digo yo — reí sabiendo que no fallaba.

— No, ella no nos lo va a decir, no es ninguna chivata — la defendió.

El día fue mágico, hogareño, con mi pequeña gran familia, esa que hacía las delicias de mis días y sobre todo de esas primeras fiestas juntos.

Por la noche antes de dormir las puse muy nerviosas, diciéndoles que el día de Fin de Año tenía una sorpresa para ellas.

La pequeña con los nervios se metió en medio de los dos, decía que dormía con nosotros, así que ahí se quedó hasta caer rendida. Y por si faltaba algo, también trajo el perro a la habitación. ¡Es lo que tenía que la familia aumentara!

Por la noche antes de dormir las puse muy nerviosas, diciéndoles que el día de Fin de Año tenía una sorpresa para ellas.

La pequeña con los nervios se metió en medio de los dos, decía que dormía con nosotros, así que ahí se quedó hasta caer rendida. Y por si faltaba algo, también trajo el perro a la habitación. ¡Es lo que tenía que la familia aumentara!

Capítulo 7



Y llegó la mañana del último día del año y con ello la sorpresa que tan nerviosas las tuvo, sobre todo la noche anterior, en la que les dije que hicieran las maletas, sin saber dónde iríamos.

Les preparé el desayuno y una vez listo las fui a buscar para que vinieran a tomarlo, intentaban sacarme información de sobre dónde iríamos, pero yo no iba a soltar prenda. Les hice meter en el equipaje ropa de abrigo, además de la indumentaria perfecta para una noche como esa. La de Lucía era para despistar, pues llevaba en mi maleta el vestido de princesa nuevo que yo le había comprado.

El día anterior habíamos dejado al perrito en casa de mis padres, ellos sí sabían dónde íbamos. Por supuesto me guardaron el secreto y fueron mis cómplices, me animaron mucho a sorprenderlas.

Salimos hacia el coche y me las llevé al aeropuerto a media mañana, las dos se miraron al comprobar que el destino era París.

— Las princesas nos esperan en *Disney* para despedir el año — les hice un guiño y las dos se pusieron a aplaudir emocionadas. A Olivia también le gustaba ese lugar y quería que fueran esta vez como ellas se sentían, como una madre y una hija.

Facturamos y entramos en la zona de embarque mientras ellas derrochaban alegría por doquier.

Embarcamos y la pequeña se sentó en medio.

— Papá el vestido de princesa era el que me tenía que poner esta noche para la cena y llevo uno normal.

— Bueno hija, la factoría *Disney* es tan mágica que vete a saber con qué te encuentras.

— Pues me vas a tener que comprar allí un vestido nada más llegar — dijo mirando a Olivia y buscando su complicidad para que le diera la razón.

— Di que sí, un Fin de Año de princesas hay que pasarlo como princesas — le hizo un guiño.

La pequeña estaba de lo más nerviosa, se pasó el vuelo preguntando mil cosas, como cuántos días íbamos a estar allí. La felicidad completa se reflejó en su cara cuando le dije que cinco.

— Entonces cuando volvamos será el día de Reyes.

— Bueno, faltaría un día para eso.

— Un día no es nada — replicó.

— También es verdad — dije mientras Olivia sonreía.

Cuando salimos al coche que nos esperaba en la terminal para trasladarnos, nos dimos cuenta del frío que hacía allí, hasta la pequeña soltó un “wow” que nos hizo reír al ver su cara.

Llegamos al hotel principal, la niña estaba súper emocionada saludando a los personajes que se encontraban en él.

Había logrado reservar unas de las mejores *suites* del hotel. Se quedaron fascinadas al verla.

Eran las seis de la tarde cuando entramos en ella y colocamos nuestras pertenencias.

— Papi yo quiero ser una princesa esta noche — se cruzó de brazos.

— Y lo serás, ven — quitó la bolsa que cubría su vestido, que colgaba sobre una percha.

Las caras de Olivia y de la niña al ver el vestido de la princesa de *Disney* “Tiana y el sapo” eran para grabarlas.

El vestido era precioso en color verde a dos tonos. Se lo quiso poner rápidamente y nos quedamos impactados de

la preciosidad que teníamos ante nuestros ojos.

Olivia la maquilló y le recogió el pelo para ponerle la tiara con la que terminaba de ser una princesa con mucho estilo y glamur.

Nos preparamos y Olivia apareció preciosa con ese vestido suelto hasta la rodilla de mangas hasta los codos y cuello redondo, en color gris plata lleno de lentejuelas. Su aspecto era increíble con esas sandalias grises a juego.

Yo había elegido un traje de chaqueta gris claro entallado al cuerpo con una camisa abierta blanca también ajustada. Como complementos, la correa azul marino a juego con los zapatos de aire deportivo del mismo color.

Llegamos al gran salón donde se celebraba la cena de Fin de Año, espectacular con los camareros vestidos de príncipes y las camareras de distintas princesas.

Nos acomodaron en la mesa que habíamos reservado para los tres, la música era animada, versión *Disney* como todo lo que se palpaba allí.

Nos ofrecieron los menús especiales y elegimos todos el mismo.

Unos entrantes de lo más elaborados y exquisitos, unos principales a base de pato con una salsa que era una delicia y unos postres que combinaban helado y pastel.

La niña se pasó toda la cena con la boca abierta viendo el espectáculo que estaban ofreciendo mucho de los personajes y en el que hacían partícipes a todos los peques allí presentes.

Olivia aplaudía a ritmo de la música y se levantaba a bailar como muchos niños animados por *Mickey* que fue el que más la lio, así que Lucía tenía la perfecta compañera para disfrutar de ese momento mientras yo las grababa.

Luego pusieron música y la gente se dispersó por los diferentes bares del hotel, hasta las doce que comenzaron todos a aplaudir a ritmo de los fuegos artificiales que anunciaban la entrada de un nuevo año.

Los tres nos abrazamos y besamos. Nos deseamos lo mejor en esta entrada, pero juntos, siempre de la mano, como una familia, pues en eso nos habíamos convertido.

— Nuevo año con mis dos papis — dijo Lucía abrazándonos con fuerza mientras la sostenía en mis brazos.

No fuimos a la habitación y la pequeña se cambió, le pusimos un pijama que le había comprado para el viaje de *Winnie the Pooh*. Cayó rendida mientras nosotros nos fuimos al salón de la *suite* que tenía unos grandes ventanales al parque y naturaleza.

Abrí una botella de champagne, serví dos copas y nos sentamos en el amplio sofá con sus piernas encima de las mías.

— Nuevo año, vida nueva, se queda atrás todo lo malo — decía mientras me besaba pausadamente.

— Si, por favor, adiós a las desgracias — sonreí acariciando su cara.

Acaricié sus piernas por debajo del vestido mientras la miraba sediento de ella. Di un trago a la copa y la puse sobre la mesa, lo mismo hice con la suya, que retiré de sus manos.

Le quité las medias y las bragas, la dejé con el vestido por encima de su cintura y la senté encima de mí, de frente. Ella se movía rozándose con mi miembro, que comenzaba a hincharse de forma considerable mientras yo mordisqueaba sus labios.

Noté cómo se excitaba y pedía más, nos levantamos, la terminé de desnudar mientras ella hacía lo mismo conmigo.

La pegué contra la pared llevando sus brazos por encima de la cabeza, agarrándola con una mano y mirándola de frente pausado a un lado, con la otra mano comencé a jugar con su clítoris hasta conseguir que estallara de placer.

La levanté a mis caderas y la penetré, dejándola agarrada sobre mi cuerpo mientras yo la tenía contra la pared y me movía buscando llegar a ese punto que tanto deseaba, ese que solo con ella conseguía alcanzar con tal intensidad.

Cogimos las copas y nos metimos en el *jacuzzi*. Ya lo había comenzado a llenar nada más llegar y allí nos tomamos relajadamente el champagne, entre sonrisas y miradas de complicidad, felices por la vida que habíamos conseguido en común y a pocos meses de ratificarla con nuestro enlace.

Primer día del año y una jornada para disfrutar por el parque...

La pequeña se levantó quejándose de que se quería vestir de princesa, así que Olivia le puso unos leotardos con unas botas nórdicas forradas por dentro y el vestido con una camiseta interior de mangas largas, encima por supuesto el chaquetón que solo dejaba entrever el vestido por debajo y la corona del pelo, pero ella ya iba de princesa y era lo que contaba.

Nos abrigamos y bajamos a desayunar en el restaurante del hotel.

Tras el desayuno nos fuimos a perdernos por el parque...

El frío era aterrador, las orejas de la niña estaban rojas como tomates así que entramos a una tienda y le compramos unas orejeras de princesa, pues tenían todo lo que una princesa debía necesitar para cualquier ocasión. Ya se encargó la marca Disney de que se dejara allí todo un pastizal el visitante, encontrando todo lo que pudiera desear o precisar.

La hora del almuerzo la pasamos en un restaurante de los más distinguidos del parque, viendo un espectáculo de Navidad precioso.

— Papi, tenemos que comprar una casa aquí — decía mientras comía y miraba la actuación.

— Claro, ya pongo una hucha — bromeé mirando a Olivia y también de reojo a Lucía, que reía feliz.

— Deberíamos haber traído a Martina.

— Vida, es una fiesta que cada uno debe pasar en familia.

— Pero ella es nuestra familia ya — volteó los ojos.

— Bueno con su familia más directa, con su madre, con Daniel...

— Pues habrá que volver con ella — la miré negando y dando por hecho que así debía de ser.

— Claro, claro — asentía yo bromeando y haciendo que le daba la razón y Olivia negaba riendo al ver cómo la dejaba tranquila.

Terminamos de comer y nos fuimos a pasear por el parque, la pequeña quería buñuelos y buñuelos tendría.

Entramos a una de las tiendas y Lucía se fijó en unos pijamas tipo mono de cuerpo entero que se cerraban con una cremallera por delante. Los había para los tres.

— Papi, compramos tres que son de *Mickie* y esta noche hacemos una fiesta pijama cenando.

— ¿Con esos pijamas? — los miré aterrado de pensar en verme embutido en uno.

— No seas soso, hay que ser divertido — decía Olivia mientras miraba las tallas y se iba para caja a pagar.

— No sé yo...

— Ya estaba pagando ¿Para qué iba a decir nada?

La pequeña me miraba riendo, sujeta a la cintura de ella que estaba cogiendo la bolsa y yo la miré negando mientras reía por haber conseguido su objetivo.

Ese chocolate que llevaba y esa caja cogida de mala postura cayó sobre el chaquetón de la pequeña, dejando una gran mancha de lo más fea que no se quitaba ni con un paquete de toallitas de bebé.

— Menos mal que le eché dos abrigos más — reía Olivia.

— Menos mal — negué mordiéndome el labio.

Estuvimos dando vueltas hasta que salió la cabalgata que tanto les gustaba a las chicas. Después, volvimos al hote a cenar, ya que el frío era insoportable.

Pedimos que nos subieran unos sándwiches con patatas a la *suite*, en ella teníamos refrescos, zumos, vino, cafeter y demás.

Nos pusimos los pijamas y nos echamos unos *selfies*, al final me iba a gustar y todo. Era calentito, de un tacto perfecto, con eso te quedabas dormido de lo más plácidamente.

Estuvimos viendo una peli de *Disney* de Navidad y luego nos fuimos a dormir, el día había sido especial y largo.

El tercer día no comenzó muy bien....

A Lucía le dolía la garganta y estaba de lo más triste, decaída e impertinente. Tuvo que venir a verla el médico del complejo, que le recetó medicamentos para la fiebre y garganta.

Nos quedamos ese día en la *suite* y pedimos que nos trajeran todas las comidas, así que lo pasamos viendo dibujitos y mimando a la pequeña, que estaba en el sofá con la manta y sin ganas de nada. Nos partía el corazón verla así.

Al día siguiente iba a mejor, pero quisimos resguardarla, así que solo bajamos a desayunar dentro del hotel, a almorzar y cenar. La pequeña tampoco tenía muchas ganas de movimiento y estábamos totalmente pendientes a ella, así que los dos últimos días de vacaciones los pasamos encerrados.

Por la mañana ya tenía Olivia todo preparado. Era el día del regreso, pero íbamos bien de tiempo, así que desayunamos viendo la animación de los personajes en el restaurante y luego entretuve a la pequeña un rato mientras Olivia se fue a comprar algunos regalos más para Reyes.

A mediodía y después de almorzar en un restaurante de comida rápida del aeropuerto, embarcamos en el vuelo que nos llevaría de vuelta a la isla, a nuestro hogar, ese que también echábamos de menos.

Aquella tarde y el siguiente día los pasamos preparando los regalos para lo que estaba a punto de llegar.

Y amaneció el día de Reyes y los chillidos de la pequeña se escuchaban desde el salón al descubrir que sus majestades ya habían pasado por allí.

Olivia y yo nos miramos riendo y nos fuimos junto a ella. Le comenté que no abriera nada hasta que yo preparara los cafés y el Cola Cao, mientras estaba tocando los que le dejé en abierto, como una muñeca gigante que pidió encarecidamente, una cuna con un bebé ya que tanto le gustaban, y una tienda campaña de *Frozen* que le había dejado montada lista para poner en el jardín.

Puse las tazas sobre la mesa que había frente a los sofás que estaban repletos de regalos y la pequeña se puso muy nerviosa a abrir todos. La emoción la embargaba mientras lo hacía y descubría que no faltaba nada de los que había señalado en los catálogos, además de muchas cosas más que no esperaba.

— Me muero de alegría — decía Lucía, cogiendo todo nerviosa perdida.

— Toma el Cola Cao, anda — dijo Olivia mientras reía y la agarraba por el brazo para se tranquilizara un poco.

l

Olivia abrió sus regalos, cada ropa o complemento le hizo mucha ilusión, pero con lo que más se emocionó fue con una cadena de oro que en medio tenía un colgante con la palabra “mamá”. Eso la dejó patidifusa, pues ella se sentía así con Lucía y esta la quería como su madre.

A mí me encantaron sus regalos: una corbata preciosa de una de mis firmas favoritas, unas camisetas, un perfume y dos pares de vaqueros de la firma de toda la vida y que más me gustaba, *Levi's*.

Sus padres y hermanos no tardaron en llegar y nos agasajaron con regalos, a partes iguales, pero siempre se volcaban más que generosamente con la pequeña, a ella le habían traído de todo.

Nosotros también les entregamos sus regalos, al igual que a mis padres con los que intercambiamos un rato después cuando llegaron.

Almorzamos juntos en nuestra casa, donde teníamos todo preparado desde el día anterior en que Olivia y yo nos metimos en la cocina mil horas después de arrasar en el mercado y supermercado.

La pequeña explicaba cada uno de sus regalos y Olivia ponía cara de resignación. El dormitorio de Lucía, a pesar de ser grandísimo, ya no tenía sitio para albergar tantos juguetes, inclusive una gran parte del jardín era una zona suya de juegos.

Pasamos un precioso día con ellos, con nuestras familias, esas que siempre estaban ahí para nosotros con la mejor de sus sonrisas.

Los siguientes días marcaron la vuelta a la rutina, al colegio, a trabajar, por la tarde casa y los fines de semana con los amigos y cómo no, se acercaba el momento de comenzar a preparar nuestra boda, el evento que nos permitiría alcanzar nuestro siguiente sueño, el declararnos oficialmente marido y mujer.

Capítulo 8



Dos meses antes de la boda y los nervios se podían apreciar por todas partes...

Esa mañana acompañé a Olivia a llevar a la pequeña al colegio, nos lo tomamos con calma y desayunamos juntos antes de meternos de lleno en una nueva jornada laboral.

Llegamos a las oficinas y ahí estaba Carlota esperándonos impacientes.

— Jefe, he avisado a todos para que estén a las diez en la sala de juntas — dijo ante nuestro asombro.

— ¿Y eso? ¿Algo que se me haya pasado?

— Hoy me voy a tomar la licencia de dar una noticia de la que debe estar al tanto toda la empresa — decía con seriedad.

— ¿Paso algo? — preguntó preocupada Olivia, no era normal que citara a junta Carlota.

— Tranquila, en un rato lo entenderéis — sonrió forzosamente.

Olivia y yo nos fuimos a los despachos intrigados por lo que pasaría para que Carlota hiciera eso, cosa que no era normal y mucho menos tenía ni pies ni cabeza. En cualquier caso, confiaba en ella y sabía que no diría nada que debiera yo conocer antes y decidir el sí o el no.

Me preparé un café y revisé el trabajo. Me puse manos a la obra hasta las diez que aparecí por la sala de juntas y Carlota me extendió la mano para que me sentara junto a mis compañeros, ya que había ocupado ella el sillón presidencial. Todos se miraban incrédulos ante el atrevimiento que estaba mostrando, pero como nos teníamos

mucha confianza dimos la oportunidad de que se explicara sobre tan extraño comportamiento.

— Os he citado a todos aquí — dijo levantándose — para haceros participe de algo que está pasando en esta empresa...

Por un momento me entraron hasta sudores, me estaba asustando la posibilidad de que sucediera algo grave que yo ignorase.

— He de deciros que desde hace un mes se está formando algo de lo que no sois conscientes — se puso la mano en la barriga y sonrió — y de lo que Daniel y yo os queremos hacer partícipes.

En ese momento todos comenzamos a reír y a aplaudir felices por la noticia de su embarazo.

— Eso sí que es un hijo de la empresa — bromeó Davinia mientras la abrazaba.

Aquello sí que nadie lo esperaba y lo habían mantenido hasta ese momento en la más estricta intimidad, pero lo cierto es que nos emocionó muchísimo y terminamos todos bajando al bar a tomar un desayuno y celebrarlo.

Daniel me miraba con cara de acojonado y yo le decía que ya la prueba de fuego la había pasado con Martina, esa pequeña cuyo corazón se había ganado y que era hora de que le dieran un hermano.

— Pero Alexis, que me va a tocar cambiar pañales — ponía cara de aterrado.

— ¿Sabes lo bien que huele la mierda de los bebés? — bromeé para buscarlo más.

— Calla, calla, quién me mando a no usar condones — reía negando, pero Carlota lo escuchó.

— No digas gilipolleces que nos hemos tirado dos meses buscándolo día y noche — negó conteniendo aire.

— Eso, encima repróchame, con lo que me costaba hacer las flexiones todos los días — bromeaba.

— Flexiones dice — negó volteando los ojos — siempre me tocaba arriba, le cogió gusto el chaval.

— ¿Qué dices? Para dos veces que te mueves, anda qué... — respondía aguantando la risa.

La noticia fue un revuelo por las oficinas, todos estaban locos con el embarazo y encima se aproximaba nuestra boda que era el tema de conversación últimamente allí, así que ahora tenían otro titular más para entretenerse.

Olivia salió antes de tiempo para la prueba del vestido, ese que era su secreto mejor guardado, como hacían todas las novias y que a ella la tenía deseosa de que llegara el día en el que lo pudiera lucir.

Recogió a la pequeña y yo les di el encuentro para ir a comer y acercarnos después a la joyería que frecuentaban mis padres para elegir las alianzas que serían también regalo de ellos, como mi traje. El de Olivia era regalo de los suyos.

Mi futura mujer se quedó prendada de unas que eran de oro blanco y de color, la verdad es que eran finas y elegantes, me gustaban también para llevarlas en el dedo así que apoyé su elección y la chica las apartó para enviarlas a grabar y entregárselas a mis padres.

A la pequeña le compramos unos pendientes, a los que les echó el ojo nada más verlos, unas perlas blancas con el osito de la firma *Tous*, así que se los regalamos para que se los pusiera ese día.

Cenamos en la calle después de varias compras y algún que otro capricho que se nos antojó sobre la marcha.

Esa noche nos acostamos charlando sobre el embarazo de Carlota y Daniel. Nos había hecho mucha ilusión y sabíamos que a ellos les iba a venir muy bien.

Aquella semana los nervios y bromas no paraban de circular por la oficina, aquello era un loquero de chismes entre unos y otros con los que me hartaba de reír, todo en el buen sentido de la palabra ya que se adoraban. Si de algo estaba orgulloso era de la buena onda que se percibía en la financiera entre los compañeros.

El sábado vinieron a comer a casa Daniel, Carlota y Martina, las niñas se fueron al cuarto a jugar inmediatamente. Abrí una botella y la descorché, menos para Carlota, a quien le preparé un coctel sin alcohol que le encantó.

Olivia y Carlota charlaban todo el tiempo de la boda y del embarazo, estaban de lo más felices, nerviosas y emocionadas. Me encantaba verlas así, disfrutando de lo que era su momento, tanto para la una como para la otra. Lo que estaban viviendo era muy especial, así que las entendía perfectamente y disfrutaba de verlas tan contentas.

Fernando y Davinia se acercaron más tarde, al igual que Elba con su novio, Gonzalo, una gran persona que ya considerábamos de nuestro círculo.

Los chicos comenzamos a preparar lo necesario para hacer esa noche la barbacoa en mi casa. Para nuestra sorpresa apareció Alexandra, la hermana de Olivia, que estaba hablando por mensajes ese día con ella y se animó a unirse.

Gonzalo y Elba nos dieron otra noticia. Se iban a vivir juntos a la casa de él. La de ella la cerrarían ya que no querían alquilarla para que no se la destrozaran, algo típico que podía ocurrir con los alquileres y que ella se negaba a permitir, más que nada porque no tenía necesidad económica de correr tal riesgo.

Nos alegramos muchísimo. El año comenzaba con buenas noticias para todos, que ya habíamos encauzado nuestras vidas, así que ese día había que celebrar tantas cosas que no pudimos dejar de brindar todo el tiempo.

— Por cierto, este año os vais de luna de miel, pero queremos crucero a la vuelta, avisados quedáis — advirtió Carlota.

— Vida, a ver si en el crucero te va a dar por vomitar — advirtió antes de que se liara.

— ¿Vomitara? ¿Y? Sarna con gusto no pica.

— Vida, eso mejor el año que viene — sonrió Daniel aparentando tranquilidad en lo que consideraba una locura propuesta por su novia.

— Relax — irrumpió abriendo las manos Elba — este año podemos irnos a un *resort* todo incluido al sur de la isla, a que nos pongan todo por delante una semana. Ya otro año, si eso, hacemos lo del crucero.

— Te doy la razón — aplaudió Daniel.

— Mira, cacho capullo — dijo Carlota mirándolo con mirada asesina — que estoy preñada pero no limitada, que con la barriga soy capaz hasta de hacer parapente — chuleó bromeando.

— No dije eso — puso cara de ofendido causándonos unas risas.

— Por cierto, después del bombo, espero que te replantees lo del anillo.

— Vida ¿Cuándo decías que íbamos a ir a comprar la habitación del bebé?

— Eso, ahora disimula, antes que era muy pronto y ahora te entran las prisas. Anda, anda, que se te ve el plumero pero más vale que me pongas el anillo o te voy a dar muy mala vida — le hizo un guiño que era más que nada una advertencia.

— ¿Más mala vida que haberme atado?

— Uy lo que me ha dicho... — se puso la mano en la frente ante la mirada de todos por ver qué soltaba — Te voy a decir una cosa Danielito, no me hace falta un anillo de alguien que no está a mi altura — le sacó la lengua y todas las chicas hicieron un “*uhhh*” que hizo que Daniel se bebiera la copa de vino de un trago y pidiera otra.

— Me van a dar el día —decía poniendo cara de ofendido, haciendo la broma.

— Yo no es por calentar, pero ante los ojos de Dios está muy mal ser padres fuera del matrimonio — dijo Alexandra levantando las manos y añadiendo más leña al tema.

— Yo soy ateo, así que a mí ni me mires — no tardó en soltar Daniel intentando esquivar la piedra.

— Tú eres ateo como todos, hasta que les pasa algo y piden un milagro a Dios y a todos los arcángeles del cielo — negaba Carlota muerta de risa y en eso tenía razón.

Yo no era muy creyente, así que lo viví cuando le pasó lo del accidente a Olivia. En esa época me aprendí hasta el rosario, no había rezado tanto en mi vida, ni en el colegio de curas en el que me metieron mis padres para cursar los primeros años de estudios.

— No me deis la noche, por favor — tosió y miró a Gonzalo — al final hasta me voy a poner con tos por los disgustos que me dan las mujeres.

— Yo no quiero saber nada — levantó las manos en son de paz.

— Mira ni el médico te hace caso, desde luego que para lo que has quedado...

— No veas el embarazo que me espera — soltó el aire y volvió a beber la copa de vino de un trago.

, La noche fue de lo más divertida, estábamos todos y la verdad que ellos me hacían sentir estar rodeado de personas que merecían la pena, tanto en mi vida personal como laboral.

Salí de la ducha, con el bóxer puesto. Olivia estaba tumbada en la cama, mirando el móvil. En ropa interior y joder, ya me había puesto cardíaco. Me tumbé a su lado y se lo quité.

7 —¡Oye! —rio.

— ¿Prefieres mirar el móvil teniendo esto — señalé mi cuerpo — a tu lado? — chasquéé la lengua, como regañándola tras usar un tono de exagerada incredulidad.

— Eso es chantaje emocional — rio. Se puso sobre mi cuerpo y me dio un dulce beso—. Siempre te voy a preferir a ti.

— Buena respuesta —sonreí.

— Pero...

— Ya no es tan buena — resoplé, bromeando.

— A veces no viene mal un poco de imaginación.

Fruncí el ceño, siguiéndole la broma.

— ¿Me estás diciendo que estabas mirando cuerpos que no eran el mío? —me hice el enfadado.

— Quién sabe...

La agarré por el trasero y lo apreté.

— No lo harías — dije con seguridad.

— ¿Por qué no? Imaginar no es malo.

— Fácil. Porque ninguno de ellos soy yo — carraspeé.

— Desde luego, no tienes abuela — rio, haciéndome reír a mí. Suspiró y acarició mi rostro—. Ha sido todo perfecto, me lo he pasado muy bien —dijo recordando el día que habíamos pasado con nuestros amigos.

— Son los mejores, somos afortunados de tener amigos así — concordé.

— Pues sí. Pero aún queda algo para que la noche sea perfecta — su voz juguetona. Movié su cuerpo, rozándose contra lo que ya era una erección incipiente.

— ¿Y qué propones? — metí la mano por debajo de su ropa interior, rozando su piel.

Se sentó sobre mis caderas y, lentamente, se deshizo del sujetador.

— Creo que quieren un poco de atención.

Gemí y las cogí con las manos, les dedicaría todo el tiempo que necesitase.

Me gustaba tenerla así, sobre mí, mirando su cara mientras el deseo se apoderaba de ella.

Su piel tiñéndose de rojo, sus dientes mordiendo su labio inferior, excitada.

No necesitaba mucho para tenerla preparada, igual que me pasaba a mí con ella.

Se movía con sensualidad, su sexo acariciando mi pene por encima de la ropa. Tiré de ella hasta que pude lamer

su pezón, lo mordí, haciéndola gritar.

— Dios... — gimió.

Me gustaba torturarla, llevarla al límite y no era complicado. El sexo con Olivia siempre era puro fuego y no tardaríamos mucho en arder los dos.

Con la mano en su nuca, junté sus labios con los míos y la besé. Acaricié su lengua, la mordí. Sabía a deseo crudo, tenía que hundirme, pronto, en ella.

Intercambié las posiciones y me deshice de la ropa que se interponía entre los dos.

— Gírate y ponte de rodillas.

— Hmmm...

Se puso de rodillas dándome la espalda y, poco a poco, fue bajando. Me coloqué entre sus piernas abiertas, su trasero a la altura de mi vientre. Con una mano, acaricié su espalda y con la otra acaricié su sexo. Mojada. Empapada y preparada para mí.

— Hoy quiero hacerte gritar — cogí mi miembro y lo puse en la entrada de su vagina, desde atrás—. No quiero que te contengas —un gemido ronco salió de mi garganta cuando entré en ella. Joder, esa postura era lo mejor. Me apretaba como un jodido guante.

Salí lentamente y entré con rudeza. Gritó. De nuevo... Gritó.

— Alexis...

Como siempre, eso era lo único que quería oír. Mi nombre sonando desesperado, pidiéndome más.

— Quiero que te corras, Olivia y quiero que grites al hacerlo.

Y yo iba a conseguirlo. Comencé a moverme con más fuerza. Su cuerpo moviéndose hacia adelante por la

intensidad con la que la penetraba. Me dejé caer un poco sobre su espalda y agarré su pecho para pellizcar su pezón mientras mi otra mano comenzó a tocar su clitoris.

— Joder, no puedo... —la voz entrecortada.

— ¿Qué no puedes? —gruñí.

— No voy a poder aguantar — las palabras entrecortadas.

— No quiero que lo hagas, cariño. Dame lo que quiero.

La penetré con fuerza y el orgasmo llegó. Gritó, como yo quería y gruñí cuando, momentos después, me corrí dentro de su cuerpo. Joder, cada vez era mejor con ella.

Salí de su cuerpo y ella se dejó caer, agotada. Me tumbé a su lado, me faltaba el aire.

— Ahora sí es una noche perfecta — suspiró, saciada.

Me reí, cogí su cuerpo laxo y la hice acomodarse sobre mi pecho. Le di un dulce beso en la frente y, abrazada, suspiré.

— No, mi amor, ahora sí es perfecta — le aseguré.

— Gracias — levantó la cabeza y me miró a los ojos.

— ¿Por qué? — pregunté extrañado.

— Por hacerme feliz.

Me emocioné al escuchar eso. Era yo quien tenía que estar agradecido con ella por tenerla en mi vida. Negué con la cabeza y la besé con todo el amor que sentía.

— Soy yo quien tiene que darte las gracias, Olivia.

— Pues gracias a los dos — río, emocionada también. Me besó y volvió a apoyar la cabeza en mi cuerpo—. Te quiero.

— Y yo a ti.

Esa sí era la mejor manera de terminar la noche. Con Olivia a mi lado.

— Soy yo quien tiene que darte las gracias, Olivia.

— Pues gracias a los dos — rio, emocionada también. Me besó y volvió a apoyar la cabeza en mi cuerpo—. Te quiero.

— Y yo a ti.

Esa sí era la mejor manera de terminar la noche. Con Olivia a mi lado.

Capítulo 9



La boda se iba aproximando y con ella nuestros nervios, hasta Lucía nos tenía como locos por la emoción del próximo enlace.

— Mamá, tú vas a ser la princesa y Martina y yo las princesitas — decía recordando que su amiga la acompañaría al altar a su lado pues así lo habíamos decidido cuando la pequeña nos lo propuso. Las dos estaban locas porque llegara el día.

— Seréis mis princesitas — le decía mientras la besuqueaba.

— Papi y Olivia será tu princesa mayor y yo tu princesa niña.

— Claro, cariño — reí negando por las cosas que tenía.

— Los abuelos dicen que ese día yo seré la más guapa pero que no se lo diga a nadie — dijo refiriéndose a los padres de Olivia que no paraban de decirle que iba a ser la estrella ese día.

— Pues yo creo que tienen razón — dijo Olivia riendo y levantando la ceja.

Una emoción máxima se estaba apoderando de cada uno de nosotros, menos mal que todo estaba controlado y listo para ese día que ya parecía inminente.

Mis padres vinieron a casa a traernos churros. Se habían acercado al norte temprano para hacer unas cosas de última hora y aprovecharon para ponernos en bandeja ese desayuno que tanto le gustaba a la pequeña para mojar en el Cola Cao.

Los abuelos estaban con Lucía que morían de amor, pero con Olivia no se quedaban atrás. La abrazaban y trataba con un cariño impresionante, la veían como una hija, al igual que sus padres conmigo. Se les notaba a leguas la felicidad por el hecho de que yo pasara a formar parte de su familia.

Nos invitaron a comer en un restaurante que había en una playa y en el que hacían un pescado frito que estaba de vicio.

Nos fuimos con ellos aprovechando su visita y de paso avisamos a los padres de Olivia que no dudaron en apuntarse. Eso sí, tuvimos que pasar antes a por Martina, ya que la niña lo pedía a gritos. Decía que tenían que hablar mucho de lo que iban a hacer en la boda, cosas de niños, pero ellas lo vivían a su forma.

Martina y Lucía estaban jugando en la arena y venían a picotear algo, pero se volvían a ir.

Tanto sus padres como los míos estaban tan emocionados con el enlace que no podían dejar de hablar sobre ello.

Esa noche se llevaron los padres de Olivia a la pequeña a dormir ya que al día siguiente la querían llevar con Alexandra a un circo muy famoso que había llegado a la isla. Por esa razón, nos dejaron solos en casa para disfrutar el uno del otro, para celebrar que en pocos días nos convertiríamos en marido y mujer.

A la mañana siguiente dejé a Olivia en el centro, ya que tenía que recoger unas cosas, y me fui a la oficina a dejar todo lo del trabajo listo antes de marcharme de vacaciones por la boda y la luna de miel posterior de la que tantas ganas tenía.

Al abrir el correo me sorprendió uno, era de Olivia y como título ponía “Todo lo que debes saber”

Me quedé sorprendido al abrirlo y ver que se trataba de una carta bien larga. Me preparé un café y aunque nunca lo hacía, y menos en mi despacho, lo necesitaba, así que encendí un cigarro y me puse a leer ese correo con detenimiento.

Hola, mi vida.

Esto no es un correo que haya escrito ahora en un momento en el que necesitaba transmitirme todo lo que siento, es algo que llevo varios días escribiendo de la mejor forma para que entiendas mis sentimientos.

¿Mi vida no la había imaginado así, como sabes yo tuve una vida anterior en la que me sentí la mujer más afortunada y feliz al lado de otro hombre con el que soñaba que algún día sería mi marido.

No fue fácil perderlo, inclusive hoy en día sigue una parte de él viviendo en mí y no quiero que se vaya, pues lo bueno no debe ser olvidado y él lo fue conmigo. Jorge me dio momentos que jamás podré olvidar y se llevó consigo una parte de mi corazón, ese que pensé que jamás podría volver a latir por nadie más.

Cuando aún me lamentaba y machacaba con su muerte, conseguí el empleo que siempre había soñado. Me prometí dar lo mejor de mí y que él, desde donde quisiera que estuviera, se sintiera orgulloso de ver cómo avanzaba y lograba mis objetivos. Lo que nunca imaginé es que más que un trabajo encontraría al hombre con el que compartiría mi vida, con el que daría el paso de hacer lo que siempre soñé con el otro.

Me enseñaste que se puede volver a amar sin sentirse culpable, que podía volver a enamorarme de la misma manera que lo hice con él y que no por eso estaba siendo injusta o mala persona.

En el momento que me dejé de llevar por esos sentimientos que comencé a tener hacia ti pasó lo de Helga, no se me va a olvidar el puto nombre en mi vida, pero gracias a eso creo que la vida nos dio un zarandeo, que nos hizo comprender lo que queríamos y lo que necesitábamos en nuestras vidas, a los dos por igual.

No sabes lo que me alegré al verte aparecer por Londres, aunque me quise hacer la dura para ver hasta dónde estabas dispuesto a llegar por mí.

Lo del crucero fue lo que me despertó y me hizo saber que querías seguir luchando, a pesar de lo difícil que te lo había puesto diciéndote que tenía una nueva ilusión.

Y sí, cuando te fuiste de Londres me di cuenta de que en ese momento más que nunca mi alma se había ido con vosotros, que no iba a encontrar una vida mejor que a vuestro lado, que no quería amar a nadie que no fueras tú. Por eso, desde el primer momento que me llegó la invitación del crucero tenía claro que iba a ir, pero te lo tenía que negar para darte una gran sorpresa.

Volvió a pasar algo por lo que nuestras vidas volvían a ponerse en paréntesis a causa de ese maldito accidente, pero no hubo un día que no te escuchara hablarme, que no sintiera que estabas ahí de verdad, sufriendo por verme en esa situación que tan impotente me hacía sentir por no poder contestar, pero sabía que sí salía de esas eras el hombre con el que quería compartir mi vida.

Te tengo tanto que agradecer que no te lo podrías imaginar, empezando por lo de la sueca, gracias a su

aparición, que creo que supuso el punto de inflexión para que nuestras mentes aclararan lo que necesitaban y ese accidente para hacernos entender que pasara lo que pasara siempre estaríamos el uno para el otro sin soltarnos de la mano.

Ahora nos vamos a casar y somos padres de una preciosa niña a la que amo por encima de todo como si hubiera salido de mis entrañas.

Quiero agradecerte ser como eres y reconocer que eres aquel hombre capaz de hacer feliz a una mujer con todas las letras y que el respeto, el cariño y la pasión con la que nos tratas a Lucía y a mí, nos hace sentir las mujeres más afortunadas del mundo por tenerte a nuestro lado.

No imagino una vida sin ti, sin nuestra pequeña, esa que se convirtió en una de las personas más importantes que existen para mí.

Nadie dijo que la vida era fácil, pero tú me enseñaste que tampoco lo era imposible y no lo fue, a pesar de las trabas que el destino nos puso en el camino, el amor que sentíamos el uno por el otro estaba por encima de ello y luchamos con un mismo objetivo, tener una vida en común.

Y fue tu mano, que nunca me soltó, la que hizo que me fuera dejando llevar por la felicidad del día a día a tu lado, por esos momentos en los que nos abrazábamos y éramos uno solo, para nosotros, para cuidar de Lucía, para todo.

Me gustaría escribirte las palabras más bonitas del mundo que fueran capaces de expresar mis sentimientos tal cual los siento, pero no sé hacerlo, no sé plasmar aquello que mi corazón sabe y que mi alma siente. Es algo que trasciende una simple explicación que no llega a transmitir todo eso que hay dentro de mí.

Te amo como solo se puede amar a una persona, te siento como solo se puede sentir por alguien que tiene tu corazón en sus manos y te admiro por encima de todas las personas, pues tienes todo eso que aporta la paz a mi vida.

Jamás en esta vuelta sentí celos de nada ni de nadie, pues sentía que me amabas de verdad. Eso es algo muy bonito, es confiar, sentir, amar por encima de todo y todos, es el mayor pasaporte a la felicidad y tú me lo has sellado.

Solo quería agradecerte todo el amor que me has regalado y el darme la oportunidad de ser parte de Lucía, tan importante como tú para que yo me sienta afortunada.

2

Te espero en el altar con toda mi alma, te espero en mi vida para siempre...

Olivia.

2

.

Te espero en el altar con toda mi alma, te espero en mi vida para siempre...

Olivia.

Capítulo 10



—¡Mamá! —se puso Lucía las manitas en la boca y su cara reflejaba la emoción del momento.

—¿Qué te pasa chiquitina?

—¡Pues que ahora sí que eres mi mami princesa! —comenzó a brincar como una loca.

Yo las escuchaba desde la terraza y moría de amor. Si la cuestión del traje de novia en cualquier boda es el secreto mejor guardado, en la nuestra había pasado a ser algo así como una cuestión de estado.

—¡Papi, ni se te ocurra venir por aquí!

Lucía entraba y salía del salón, donde estaban reunidas mi futura esposa, mi madre, mi hija, mi suegra y mi cuñada. Yo, que siempre decía a Olivia y a Lucía que vivía bajo los dictados de dos mujeres, de repente me encontré ese día con un matriarcado en toda regla.

¿Cómo me sentía? Mejor que nunca en mi vida. Durante aquel último y maravilloso año que había vivido junto a Olivia, nos había dado tiempo a proyectar al detalle la que sería la gran cita de nuestra vida: nuestra boda.

—¡Hija mía! —cuando tu abuela te vea se va a volver loca de emoción—la madre de Olivia rezumaba felicidad y el caso no era para menos, después de todo lo vivido.

Para Olivia, su abuela Clara era un gran referente en su vida. Una señora tierna y encantadora donde las hubiera que había visto en mí a un nieto más y que estaba loca por ver a su nieta vestida de blanco, aunque seguro que no más que yo.

A un día del enlace, estaba pletórico de felicidad. Por suerte, lo teníamos todo atado y más que atado. La modista estaba con Olivia, asegurándose de que no hubiera que retocar ni un centímetro de aquel vestido con el que sin duda estaría impresionante.

Naturalmente, yo tenía vetado el acceso a aquella parte de la casa. Hasta Fina me había advertido de que me daría con el palo de la escoba si se me ocurría asomarme por allí. A ella también la escuché hablar:

—¡Pero Olivia, es imposible estar más bonita!

—Es verdad, Olivia, menos mal que te quitas del mercado, porque si no, no ibas a dejar nada para las demás. ¡Estás espectacular! —la loquilla de Alexandra y sus ideas de adolescente.

—Gracias, me vais a poner colorada entre todas.

—No te tienes que poner colorada ni nada, mamá. Si eres guapa, eres guapa. Eso no se puede remediar. Y yo, ¿pues he heredado tu belleza.

¡Toma castaña! Desde luego, a la niña, imaginación no le faltaba.

Todas rieron y ya habló mi madre, que era la que faltaba.

—Ni a soñar que me hubiera echado hubiera podido imaginar mejor nuera. Vaya suerte que he tenido, Lina—mi madre y Lina, la madre de Olivia, habían hecho bastante amistad en ese tiempo.

—Nosotros también estamos locos con Alexis, Margarita, por no hablar de esta pequeñaja, que ha irrumpido en nuestra casa y ha arrasado nuestros corazones. De la noche a la mañana, nos ha salido una nieta que nos tiene embobados.

—Si es que es una zalamera de primera—mi madre presumía de nieta.

—¿Qué es zalamera? —Lucía seguía siendo la misma niña curiosa y pizpireta de siempre.

—Zalamera es lo que eres tú, pequeñaja—Olivia la adoraba.

—¡Yo quiero probarme también mi vestido, mamá! A lo mejor he adelgazado también con tanto nervio. Tenemos que saberlo—¿era vieja o no era vieja?

—No, Lucía, no vamos a darle más trabajo a Manuela, que ha venido hasta aquí solo para mi prueba.

—¿Pues para qué iba a venir si no, mi niña? Es mi trabajo y lo hago encantada. ¡Ay, Dios mío! Si parece que fue ayer cuando te estaba probando el vestido de tu Primera Comunión y ahora fijate...

—¿De su Primera Comunión? —a Lucía todavía parecía costarle creer que nosotros también habíamos sido pequeños un día.

—Sí, Lucía, Manuela siempre ha sido la modista de mi familia y ella me hizo el traje de mi Primera Comunión.

—¿Sí? ¿Y puede hacer también el de la mía?

—¡Claro!

—Vale, pero ahora quiero probarme el de mañana...

—Ven aquí chiquitina—Manuela comenzó a colocárselo.

—¡Qué bonita! —a mi madre se le quebró la voz.

—¡Por Dios! ¿Qué vais a dejar para mañana? —pregunté desde la terraza, lugar al que me habían relegado para que no viera nada, pero desde el que seguía escuchándolo todo.

—¡Calla, papá! Esto es una reunión de mujeres y tú no entiendes nada—menos mal que era mi hija, no la imaginaba de enemiga, me eché a reír.

—¿Y de qué entiendo yo, hija? —era mi sino, sería mi casa pero no mandaba nada de nada.

—Tú de tu trabajo, de tu trabajo. Espera mamá, voy a cerrar la puerta porque papá tiene las antenas puestas. Se hizo el silencio.

¿Sería posible? Lo era. Me habían dejado aislado, para no variar.

Cogí el teléfono y llamé a Daniel. Habría que escuchar a ese personaje, que también estaría ese día bajo las órdenes de Carlota y Martina.

—Hola figura, ¿cómo andamos?

—Ni me hables, que me he estado media noche dando vueltas a la cocina. A tu, recepcionista, que le ha dado fuerte con el tema de los antojos.

—¿Y qué esperabas? Ahora es cuando te vas a enterar de lo que vale un peine. Vas a convertirte en todo un padre responsable.

—Bueno, lo de padre sí, lo de responsable, no sé yo...

—¿Pero se puede saber cuándo te vas a quitar la coraza ya de una vez? Te han cazado amigo, reconócelo.

—Y bien, y bien que lo reconozco. Pero vamos, que a ti te han casado, que es bastante más gordo todavía.

—Ya, y además soy reincidente, circunstancia que seguro que tú consideras que debe tener más condena—me eché a reír.

—Mucha más, dónde va a parar...Y por ahí, ¿qué? ¿Ya huele a boda?

—No lo sabes tú bien, están de últimas pruebas de los vestidos, así que tengo reunidas a todas las mujeres de mi vida en el salón: mujer, hija, madre, suegra, cuñada y asistenta.

—¿Y no vas a hacer nada? Huye, huye que ahora estás todavía a tiempo o después vendrán las lamentaciones—rio.

—Ni por todo el oro del mundo, chaval. No cambiaría nada de lo que estoy viviendo. Por fin tengo todo lo que quiero.

—Yo también pero jamás reconoceré haber dicho estas palabras—con mi amiguito había que decir aquello de “genio y figura...”

Un rato después volvió la vida a la casa.

—¡Papá! ¡Papá!

—¿Qué? Ahora sí te intereso no—ven aquí. La pillé y empecé a hacerle cosquillas.

—Te vas a caer de espaldas cuando veas mañana a mamá.

—Espero que no, aguantaré el tipo, pero sé que va a estar guapa hasta decir basta.

—Sí, sí, chaval. Yo de ti me pondría gafas de sol porque pienso deslumbrarte—su deje y gesto chulillo hizo reír a resto, que habían salido con ella.

Nuestras madres se despidieron, pues tenían mucho que organizar para el día siguiente, al igual que Fina, que nos dijo antes de irse que en aquella casa no se había respirado jamás tanta alegría.

Antes de marcharse, nos había dejado preparado el almuerzo y enseguida dimos buena cuenta de él, pues los nervios nos tenían hambrientos.

—¿Todo listo, mi vida? —la miré con infinita ternura.

—Todo listo.

—¿Feliz?

—No sabes cuánto.

—Mami, yo creo que ya deberíamos ir metiendo los vestidos en el coche para mañana, porque imagínate si llega la hora y nos los hemos dejado aquí en casa—puso la mano sobre su frente, en señal de desastre.

—¿Te imaginas? —arqueé la ceja.

—Pues me caso igual, en vaqueros y zapatillas—reía ella.

—Sí, hombre... ¡Pues vaya princesas íbamos a ser casándonos así...!

Lucía seguía muy metida en su papel.

Lo de llevar los vestidos tenía su sentido. Olivia y yo habíamos escogido una finca fascinante para celebrar nuestra boda. No queríamos un enlace convencional, a decir verdad, nuestra relación tampoco lo había sido.

Nuestra idea era trasladarnos a primera hora de la mañana a la finca para así poder disfrutar ya de la compañía de nuestros amigos. Podríamos arreglarnos todos juntos y la diversión estaría asegurada. Eso sí, chicas por un lado y chicos por otro.

Nos casaríamos allí mismo y haríamos la celebración. Después, los más jóvenes nos quedaríamos a pasar la noche y al día siguiente volveríamos a hacer fiesta, ya más íntima e informal.

—Papi, mañana cuando mami se esté vistiendo, Martina y yo estaremos de guardia para que no te acerques y la veas...

—¿Estoy bien custodiada o no? —Olivia estaba disfrutando una barbaridad con todo lo relativo a la boda.

—Sí, sí, a ver qué haces sin tus dos escoltas enanas en la luna de miel...

—¡No me lo recuerdes! Lucía volvió a hacerse la mártir, poniéndose la mano en la cabeza.

—¡Pero cariño, ya lo hemos hablado muchas veces! —Olivia la miraba con carita de pena.

—Sí, pero no lo entiendo, ¿por qué no puedo ir yo?

—Lucía porque tú eres lo más importante de nuestra vida y estamos siempre juntos, pero las lunas de miel son viajes de parejas. Es una sola vez y papá y mamá van a ir solos. Eso sí, todos haremos otro viaje pronto—le expliqué.

—Vale, vale, pero pronto, ¿cuándo es?

—No seas impaciente, anda.

—Bueno, papá, pero todavía no le has dicho a mamá dónde la vas a llevar.

—Ni se lo pienso decir.

—¡Ay, Dios! Muero de nervios ¿Dónde iremos?

—Pero yo en qué idioma hablo—reí—Es una sorpresa y es una sorpresa.

Desde que le pedí matrimonio a Olivia estuve barajando distintas posibilidades para nuestra luna de miel y al final creía haberme quedado con la mejor. Solo esperaba que estuviera a la altura de sus expectativas.

Pasamos la tarde en el jardín, contentos y relajados. El buen tiempo invitaba a disfrutar del sol y el agua.

—¡Ven, Alexis! Vamos a darnos el último chapuzón de solteros—Olivia ya se había metido con Lucía en la piscina.

—¡Eso, papi! Te reto a una carrera nadando.

—¡Hija mía! Ni que esto fuera una piscina olímpica...

La tarde empezó a caer y pusimos una cena ligera. La tomamos entre risas y bromas, soñando despiertos sobre cómo sería el gran día.

—Lucía, ¿estás nerviosa? —parecía que tenía el baile de San Vito.

—Sí, llevo toda la tarde haciendo pipi, es que mañana me caso—se llevó las manos a la boca.

Nos miramos y comenzamos a reír.

—¿Cómo que mañana te casas?

—¡Ala, ya no sé ni lo que digo! —su risita nerviosa la delataba.

A decir verdad, era la que estaba más nerviosa con la boda. A Olivia y a mí nos había costado tanto poder llegar a ese punto que la estábamos viviendo con máxima ilusión, pero de una manera pausada y tranquila. Otra cosa sería cuando llegara el momento justo.

—Cariño, te tienes que acostar ya—la acompañamos a la cama, le leímos un cuento y la dejamos dormidita. Tantas emociones la tenían rendida.

1 Nosotros volvimos al jardín y nos tumbamos juntos en una hamaca. La noche estrellada invitaba a contemplar el cielo, perdiéndonos en su inmensidad.

—¿Ves esa estrella que brilla tanto? —la señalé.

—Sí.

—Pues ni la mitad de lo que tú alumbras mi corazón, Olivia. Eres el faro de mi vida, no sé lo que haría sin ti—saqué la más tierna de sus sonrisas.

—Pues, ¿qué ibas a hacer? Dirigir una oficina de locos.

—Eso sí, no me quedaría más remedio...

—Es nuestra última noche de solteros, no puedo creerlo, cariño—se ahuecaba en mi pecho.

—Es un sueño mi niña, un sueño que en unas horas haremos realidad.

—Es nuestra última noche de solteros, no puedo creerlo, cariño—se ahuecaba en mi pecho.

—Es un sueño mi niña, un sueño que en unas horas haremos realidad.

Capítulo 11



La miraba, Olivia dormía y yo ya llevaba una media hora recreándome en esa preciosa cara y en ese cuerpo escultural que se dibujaba bajo las sábanas.

—Olivia, cielo, ha llegado el día.

Se sentó en la cama de un salto.

—¡¡¡Hoy nos casamos!!! Antes de que me quisiera dar cuenta ya estaba por la habitación dando vueltas.

—¡Lucía, Lucía, ya ha amanecido!

—Voy, mamá, coge los vestidos y échalos en el coche—la cogió de la mano y se la llevaba volando.

—¡Orden, orden! Por el amor de Dios, ¿os habéis vuelto locas? —yo no podía parar de reír mientras contemplaba la escena.

—Parecemos dos pollos sin cabeza, ¿no? —Olivia me miró y a mí me dio la risa.

—Totalmente.

—Siéntate, porque te tengo que dar una noticia.

—¿Y me tengo que sentar y todo?

—¿Voy a tener un hermanito? —Lucía nos miraba con cara de intriga.

—¡Tranquilidad en las masas! No es eso, es solo que creo que me están entrando muchos nervios.

Olivia hizo su particular confesión y a Lucía y a mí nos dio la risa floja.

Preparé el desayuno mientras ella se duchaba.

—Papá, quiero mi Cola Cao.

—Aquí tienes, pequeñaja.

—Al final lo hemos conseguido, ¿eh? —me guiñó el ojo.

—¡Pues sí, peque! —le di un beso en la mejilla.

—Mira, mira, ¿cuántas mami vienen por ahí? —le pregunté a Lucía.

—¿Qué dices? — Venía tan nerviosa que parecían dos o tres Olivias.

—¿Café, cariño?

—Nada de café. Una tila doble—por favor.

—Espera mami, que mientras papi te prepara la tila, yo te hago un masaje de esos relajantes en la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo—se acomodó en la silla y echó la cabeza hacia atrás.

—Piensa en algo que te guste y relájate—Lucía era una novelera de primera. Allí estaba masajea que masajea.

—Tu tila doble, preciosa.

—¿Ya te la has tomado, mamá? —Lucía y yo nos mirados incrédulos, ¡había vaciado el vaso en menos de un segundo!

—Andando, que hay mucho que hacer. Venga, venga, ¿a qué esperáis?

—¡Cielossss! ¿Todo esto hay que meter en el coche? Si lo sé alquilo una furgoneta. No daba crédito.

—No, papá. No es eso lo que hay que llevar—Lucía señalaba la misma montaña de cosas que yo había visto—Es eso más todo aquello—señaló otra montaña igual que había al otro lado del salón.

Empezamos a dar viajes al coche y lo colocamos todo cuidadosamente. Lo último mi traje y los vestidos de mis chicas, todos ellos cuidadosamente metidos en sus sacos.

—¿En marcha? —miré a Olivia, quien estaba haciendo recuento de paquetes—¡Cielo santo! ¿Aquello era para una boda o para una docena?

Mamá, vamos a cantar para relajarnos un poco.

—¿Qué ponemos, Lucía? —se notaba que Olivia se salía del pellejo.

—“De Plata” de Rosalía, mami, que esa sí que tiene ritmo.

Y allá íbamos todos cantando con la pequeña dirigiendo el cotarro, hasta que divisamos la finca.

—¡Mira, mamá pone “ceremonia”!

—Sí, chiquitina. Tenemos carteles personalizados por todos lados, te van a encantar.

Unos simpáticos postes de madera ya señalaban en distintas direcciones “ceremonia”, “cóctel”, “fiesta”, “photocall...” Así sería más fácil identificar las distintas zonas que habíamos habilitado.

Llegamos los primeros y en la entrada de la finca ya estaban trabajando los miembros del equipo que habíamos contratado para que todo saliera a pedir de boca. Lo que íbamos viendo, conforme llegábamos a la casa que parecía una mansión, nos iba dejando con el mejor sabor de boca.

Ellos mismos nos ayudaron a colocar todo. Se trataba de una amplísima edificación de dos plantas. En la de arriba había dos alas diferenciadas, de tal forma que nos dividimos el espacio.

No llevábamos ni diez minutos allí cuando empezamos a escuchar el sonido de un claxon que venía imprimiendo las señas de identidad de quien lo tocaba.

Lucía se asomó a la ventana.

—¡Mami, mami, ha llegado Martina!

Salió como un rayo a buscarla.

Bajé tras ella al jardín.

—No sé cómo nos hemos dado cuenta de que habéis llegado, con lo discreto y silencioso que has sido—le di un abrazo a Daniel.

—¡Está nerviosito desde esta mañana! No te imaginas la noche que me ha dado—Carlota se bajaba del coche informándome.

—¿Nervioso tú?

—Hombre claro, esto es lo más cerca del altar que he estado nunca. Tú te casas, amigo, y eso es como si nos casáramos los dos—se echó sobre mi hombro en plan teatral.

Había que tener ganas de buscarle la lengua a Carlota, pero él era así.

—Bueno, bueno, tú no cantes victoria tan pronto que ya veremos cualquier día—Carlota lo miraba con los brazos en jarra.

—Si lo sé no vengo—cogió las de Villadiego camino de la entrada.

—¿Dónde está mi amiga? Necesito perder de vista a los hombres—y se quedaba tan pancha.

—Gracias por la parte que me toca—reí.

—Tú ya me entiendes. Estoy un poco alterada, las hormonas y eso, cosas del embarazo—abrió el bolso y sacó una chocolatina que se zampó allí mismo.

—¿Y eso? Nunca la había visto tan ansiosa con el chocolate.

—Una chocolatina, ¿qué va a ser? Mano de santo... Y tú espabila, ve para dentro con el cantamañanas de tu amigo, que te tienes que arreglar...

—Si este no tiene arreglo—Daniel seguía dale que te pego desde dentro.

—No te voy a contestar porque no tengo el chichi para farolillos—¡vaya tela con la respuesta!

Lo cierto es que Carlota estaba de lo más cómica, pues le había quedado hasta un cerco de chocolate en la comisura de los labios y con él entró en la casa.

Al hacerlo, se dio de cara con Daniel.

—¿Y esa boquita tan dulce? Ven, que te la como entera...

—¡Te quitas o te quito! —le hizo un gesto de que se apartara y nos apartamos los dos, ¡menuda venía la fiera!

—¡Olivia, ya estoy aquí! Ya les vamos a quitar a estos todas las tonterías, ¿a quién me tengo que cargar?

—De momento a nadie—Olivia se moría de la risa—siéntate anda.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, un poco alterada, pero bien, tú sabes—su sonrisita lo decía todo.

—¿Un poco alterada? Si pareces un flan...

Daniel y yo las escuchábamos hablar, pese a que nos separaba un pasillo.

a

—Prometemos que ya de aquí no nos movemos hasta que nos aviséis—les indiqué.

—Ni que yo me entere, que voy para allá y muerdo yugulares—cualquiera desafiaba a Carlota.

Escuchamos que llegaron la maquilladora y la esteticista y las niñas se revolucionaron.

—¿Nos vas a maquillar a nosotras también?

—Eso lo decidirán vuestras mamis.

—Mira, mira, yo no estoy para gaitas con estas dos, Olivia, que les pongan un poco de brillo en los labios para callarlas, ¿no te parece?

Y Olivia debió indicar que sí, porque escuchar su respuesta, no la escuchamos, pero las dos peques empezaron a correr y chillar por toda la casa diciendo que iban a ir a la boda maquilladas.

En cuestión de un rato llegaron todos nuestros amigos y los hermanos de Olivia. Desde que nos conocimos, David y yo nos caímos fenomenal y él sería uno de mis testigos, junto con Daniel, Fernando y hasta Gonzalo, que ya era uno más del grupo.

Las damas de honor de Olivia, como no podía ser de otra manera, eran Carlota, Davinia y Elba, más su hermana Alexandra y su amiga Raquel.

Y ni que decir tiene que las niñas Lucía y Martina, nos llevarían los anillos.

No sabría decir cuál de las dos alas de la casa estaba más animada.

—No la pongáis más guapa que nos va a dejar a todas a la altura del betún—decía Carlota a la maquilladora.

—¿Qué dices? Si estáis todas bellísimas...

—Bueno, bueno, unas más que otras, que yo me veo muy mala cara...—Carlota no las tenía todas consigo.

—¡De eso nada! Yo cuando esté embarazada quiero tener una barriguita tan bonita como esta—Alexandra se acercó amorosamente a ella y le acarició la barriga.

—Gracias, cariño, pero tú antes vive, ¿eh? Que hay tiempo para todo...

—Claro que sí, bonita—Elba le daba la razón a Carlota.

—Sí, sí, si yo ya con esta sobrina tan linda que me ha caído del cielo tengo bastante—cogió a Lucía y ella se reía.

—¿Tía Alexandra cuándo me vas a llevar a patinar?

—Cuando tú quieras, sobri.

Yo no podía estar más encantado. La familia de Olivia al completo había acogido a Lucía como si fuera de su sangre.

l

—Pero a lo mejor Lucía tiene un hermanito y ya tienes dos sobris—Martina se dirigió a Alexandra.

—Eso, eso, yo quiero un hermanito—no estaba viendo el gesto de Lucía, pero me la imaginaba frunciendo el ceño.

—¡Lucía hija, no des la brasa otra vez con eso! —le indiqué.

—Y tú no seas más metomentodo que la niña no está diciendo nada del otro mundo. Como me toquéis mucho las narices, cierro la puerta y ya no os enteráis de nada—;otra que mejor bailaba! Poca duda había de que estábamos en manos de las mujeres y Carlota venía guerrera.

—Lucía, ven acércate y pon la cabecita aquí, a ver si escuchas a mi hermanito—Martina estaba encantada con la idea de convertirse en hermana mayor.

—¡Alaaaa! —Lucía estaba encantada.

Aquí hace falta un poco de marcha, ¿no hay una botellita por ahí de algo, jefe? —me gritaba Davinia como si estuviésemos a dos kilómetros— Que rule, que rule...—Ella y sus ideas.

—¿Davinia ya estás pensando en empinar el codo? —Fernando le hablaba mientras nos vestíamos.

—¡Ya habló el diplomático? Estamos en una boda, ¿en qué quieres que piense? Hoy vamos a pillar la más grande...

—No seré yo, que hasta para eso ha tenido poco sentido Danielito, ¡mira que ir a dar en la diana justo antes de la gran boda!

Carlota estaba de tres meses y hacía pocas semanas que tenían conocimiento del embarazo.

—¡Claro, todo es culpa de Daniel! Te vi yo oponer una resistencia que no veas—rio él.

—Ahí tiene razón mi compi, no fastidies Carlota, tú estabas deseando...

—Si no digo yo que no, pero que, si no llega a ser por esto, yo salgo de aquí hoy a cuatro patas, vamos que me hubiera bebido hasta el agua de los floreros...

—No te preocupes Carlota, cuando tengas el niño, hacemos una post-boda las chicas, solo para que cojas una borrachera como un piano—allá iba también Raquel, la amiga de Olivia y otro personaje imprescindible en nuestra vida.

Raquel había conocido a las chicas en el hospital y también había compartido con ellas la despedida de soltera de Olivia. De resultas de aquella, tenía mucha complicidad con ellas.

Poco a poco iban llegando nuestros invitados, que se iban agrupando en el jardín. Mis padres y los de Olivia llegaron juntos y subieron a vernos.

—Mira el bonito regalo que te traigo, Olivia—la voz de su madre sonaba rasgada.

—¡Abuelita! —Olivia debió saltar sobre su querida abuela, pues se escuchaba que se la estaba comiendo a besos.

—¡Ay, mi niña! Cuánto he soñado con este día Olivia, yo quería verte vestida de blanco.

—Pues lo vas a ver en unos minutitos, abuelita. Ya estamos terminando.

—Muy bien, mi niña. Pues yo me quedo aquí sentada entre estas chicas tan guapas, a ver si se me pega algo.

—A ti no se te tiene que pegar nada, abuela, tú eres la más guapa de todas.

—¡Ay, hija mía! No me hagas reír, vas a tener que ir a que te gradúen la vista.

—Pero señora, si está usted estupenda, ¿cuántos años tiene? Si no es mucho preguntar —se interesó Elba.

—No hay problema, hija. Yo voy a hacer setenta y cinco años.

—¡Pues ya firmaba yo por estar así de bien a su edad! —la voz de Carlota sonó contundente.

—Es que yo tuve un marido estupendo, que me dio muy buena vida y eso se nota en el cutis—la abuela estaba en su salsa, contando. Era otro personaje.

—¡Acabáramos! —añadió Carlota—Eso lo explica todo, casi igual que los hombres de ahora, que no ganamos para berrinches, ¡vamos a durar todas dos telediaros!

El tiempo fue pasando y, conforme miraba el reloj, iba comprobando que la hora estaba al caer.

—¡¡¡¡Olivia, estás guapísima!!!! —las chicas debieron quedar boquiabiertas, al juzgar por su comentario, cuando la vieron vestida de novia y a mí en ese momento el pellizco del estómago típico me hizo una visita.

—Alexandra, cariño, ¿me acercas los zapatos? —Olivia estaba ultimando los detalles y yo ya me dirigía hacia la planta baja para esperarla.

—Olivia, siéntate o te vas a caer de espaldas—escuché.

—¡¡No puede ser!! ¿Eso qué es? —la voz de Olivia era de no dar crédito.

—Yo si fuera tú se lo preguntaba a la enana esa—Carlota debía estar refiriéndose a Lucía.

—Mami, yo los puse ahí para que hubiera unos en la caja, pero luego pensaba devolver los de novia, me los probé para ver cómo andaba con zapatos de tacón de princesa.

—Pero Lucía, hija—a Olivia le entró una risita histérica—Y ahora con qué me caso yo, ¿con las Converse?

—Lucía, ven aquí ahora mismo. Yo no quería creer lo que mis oídos estaban escuchando.

—Papá, yo no quería meter la pata...

—Cuéntame que ha pasado, señorita.

—Es que yo ayer, después de que mami se probara el vestido, cogí sus zapatos de novia para probármelos un poquito en mi dormitorio. Y para que nadie se diera cuenta, por si cogían la caja, metí sus Converse dentro, pero pensaba devolverlos luego, lo prometo...

—Pero no te acordaste...

—Creo que no...

—¿Y los zapatos están?

—Debajo de mi cama...

Daniel me miró como diciendo “eso nos pasa por tener niños” y yo estaba alucinando.

—Jefe, a grandes males, grandes remedios, te llevo ahora mismo por los zapatos a tu casa...

—Olivia, no te preocupes cariño, que en nada estamos aquí con ellos...—alcé la voz para que me escuchara.

—¿Alexis? ¿Nos va a pasar algo más o nos podremos casar algún día? —su el nerviosismo de su risilla crecía por momentos.

¡—Hoy nos casamos, así se caiga el mundo...

—Calla jefe, que me estás empezando a parecer gafe—Daniel me daba ánimos.

—Tira para abajo, anda.

—Bueno, pues digo yo que mientras, se podría beber algo en esta casa, ¿no? —con la abuela Clara no nos íbamos a aburrir aquel día—¡Yo quiero una copita de orujo!

—¡Marchando! Voy a buscar algo de alpiste por ahí—me crucé con Davinia en las escaleras.

—¡Eso! ¡Eso! Vosotras no os privéis—fue lo último que le escuché decir a Carlota antes de que saliéramos hacia el coche.

Media hora después estábamos de vuelta con los zapatos.

—Lucía, no quiero ni un susto más hoy. Te lo advierto.

—Martina, nos tenemos que portar bien, que la hemos liado—su gesto era de tristeza.

—La has liado tú, yo todavía puedo liarla un poco—reía la otra enana.

—Ejem, ejem—carraspeó Daniel—Señoritas, aquí no la lía hoy nadie más o van a llover los castigos.

Era la primera vez en mi vida que lo veía imponerse con las niñas, que se quedaron perplejas y no dijeron ni mu.

Salimos andando en dirección al jardín.

—Me has sorprendido, amigo.

—Hombre claro. ¡No te fastidia, las mocosas! Aquí, si la tiene que liar alguien, soy yo.

—Ya me extrañaba a mí, muy formal me habías parecido...—me llevé las manos a la cabeza.

Llegué al apartado del jardín donde se iba a officiar la ceremonia. La decoración era formidable, exquisita, elegante. Todo estaba tal y como lo habíamos soñado Olivia y yo.

—¡Ahí está la novia! —escuché decir tras de mí.

Fue entonces cuando me giré.

—Martina, nos tenemos que portar bien, que la hemos liado—su gesto era de tristeza.

—La has liado tú, yo todavía puedo liarla un poco—reía la otra enana.

—Ejem, ejem—carraspeó Daniel—Señoritas, aquí no la lía hoy nadie más o van a llover los castigos.

Era la primera vez en mi vida que lo veía imponerse con las niñas, que se quedaron perplejas y no dijeron ni mu.

Salimos andando en dirección al jardín.

—Me has sorprendido, amigo.

—Hombre claro. ¡No te fastidia, las mocosas! Aquí, si la tiene que liar alguien, soy yo.

—Ya me extrañaba a mí, muy formal me habías parecido...—me llevé las manos a la cabeza.

Llegué al apartado del jardín donde se iba a oficiar la ceremonia. La decoración era formidable, exquisita, elegante. Todo estaba tal y como lo habíamos soñado Olivia y yo.

—¡Ahí está la novia! —escuché decir tras de mí.

Fue entonces cuando me giré.

Capítulo 12



Una preciosísima Olivia avanzaba hacia mí con un vestido de novia de corte princesa y escote corazón. Sus aplicaciones de encaje y detalles de pedrería le daban un toque tan sofisticado como brillante.

Sentí que mi cuerpo entero temblaba. La de Olivia vestida de novia se me antojaba como una visión celestial. Mi amor estaba sencillamente increíble.

Venía precedida de Lucía y Martina, que también parecían dos princesitas en miniatura. Lo más divertido era cuando ambas abrían la boca, sonrientes, y exhibían sus mellas.

Olivia venía del brazo de Ángel, su orgulloso padre y yo podía notar cómo, a mi lado, mi madre luchaba por reprimir la primera de las muchas lágrimas que correrían durante la ceremonia.

Cuando llegó a mi altura, tuve que batirme en duelo con el nudo que tenía en la garganta para decirle lo increíblemente bella que estaba. Temblorosa, tomó mi mano y las mantuvimos unidas durante toda la ceremonia.

Emotiva y divertida. Así podríamos definirla. Nos casó Pablo, un tío de Olivia que era concejal y que entonó, en broma, incluso el típico *“si hay algún presente que conozca algún motivo por el que este hombre y esta mujer no deban unirse en matrimonio, que hable ahora o...”*

Tras nosotros se escuchó el carraspeo de Daniel, al que siguió un simpático codazo de Carlota que provocó la risa de todos los presentes.

—Si alguien más va a decir algo, salimos corriendo y le ponemos la mano en la boca—Lucía miró a Martina y el resto no lo escuchó, pero el oficiante, los padrinos, Olivia y yo, lanzamos una carcajada que contagió a nuestros invitados.

Después de darnos el más sincero y alegre de los “sí, quiero” y fundirnos en un intenso beso, cogí a la que ya era mi mujer en volandas y ella extendió sus brazos, con el ramo de novia apuntando al cielo, quedando una foto de lo más simpática.

A continuación, Olivia y yo recibimos mil felicitaciones, tras las cuales, nos perdimos por los jardines de la finca para hacernos un fresco reportaje de bodas en el que no faltaron las bengalas de humo de colores, que crearon un efecto especial.

Antes de que finalizara la sesión, Lucía se unió a nosotros y nos tomaron algunas instantáneas dignas de enmarcar presididas por las risas y las bromas.

La maquinaria de la diversión estaba en marcha y lo que deseábamos era que todos nuestros invitados lo pasaran sensacional.

El banquete fue realmente espectacular. Un festival de platos en los que *la crème de la crème* de la gastronomía tinerfeña se dio cita.

Nuestros invitados estaban entusiasmados y nosotros nos mirábamos con la sensación de haber logrado que todos estuviéramos a gusto.

En ese escenario ideal, la tarta de boda tuvo también su momento de gloria. Y es que la nuestra, no dejó indiferente a nadie.

—Papi, papi, la tarta está goteando, se les ha olvidado terminarla—Lucía no se había fijado antes pero cuando lo hizo, salió corriendo y quiso detener lo que su cabecita pensaba que era un desastre—Martina corre, ayúdame.

Y eso hizo que sacáramos unas idílicas fotos en las que ambas pequeñas se afanaban en contener el “goteo” de nuestra original tarta nupcial “*Drip Cake*”, que se alejaba del pastel tradicional, dejando caer fondant sobre la parte superior, dándole un efecto de lo más vistoso.

Olivia había visto una de estas tartas en Internet y se había prendado de ella, de modo que no tardé en convencer a mi amigo Fabián, el pastelero, de que nos hiciera una que le quedó realmente espectacular.

Cortada la tarta, ¡¡nuestro cuerpo pedía salsa!! Y allá fuimos Olivia y yo a hacer gala de nuestras dotes artísticas, deleitando a nuestros invitados con nuestra particular coreografía de “Creo en el amor” de Rey Ruiz.

—¿Qué hago con tu cara? —le decía mientras bailábamos y el contoneo de sus caderas me recordaba por qué no solo la adoraba sino la deseaba hasta la saciedad.

—¡Yo sí que te como esa cara! —la forma de morderse su labio inferior disparaba mi taquicardia.

Nuestros amigos empezaron a jalearnos y a vitorearnos y, tan pronto como acabó aquella primera pieza, la mayoría de los presentes se unieron al baile.

—Déjame a mí ahora con este mozalbete! —si no lo veo no lo creo, quien le pedía el relevo a Olivia era la abuela Clara.

Y había que ver cómo se movía la buena señora. Tanto es así que nuestros invitados volvieron a rodearnos a ella y a mí y se deshicieron en aplausos cuando acabamos de bailar la pieza en cuestión.

—Pero bueno, no me habías dicho que tu abuela era una artista del baile—yo estaba flipando.

—¡Hombre claro, ya te había avisado de que era una crack! —me sonreía y besaba—¿Quién crees que me enseñó a mí?

—¡Eh, tú! Sin acaparar, que esta belleza va ahora a bailar conmigo—David se llevaba a su hermana y los dos se empezaron a marcar también el más salado de los bailes.

—Pues entonces yo bailo con el novio—allá venía Alexandra, que ya apuntaba también maneras con el baile.

—Vale, hija, pero después bailo yo con mi yerno.

—Y yo con mi hijo.

¡Cielo santo! Tenía cola por delante, mi ya flamante mujer me miraba, en brazos de David y moría de risa. Eso sí, su miraba me recordaba por qué era la persona a la que amaba. Nadie podía sustituir a Olivia.

Luego llegó el turno de los amigos y todos bailamos con todos.

—Estás que te sales—Nuria y yo nos movíamos al son de una canción bajo la atenta mirada de su madre.

—¡Cuidado que nos está mirando la Gestapo! —reí.

—Sí, sí, y esta es capaz de querer hacer que te divorcies para casarnos todavía.

—Muero con las miradas que se lanzan Daniela y ella.

a

—Sí, sí, esto es una historia, un mundo aparte de rivalidades—ella se partía.

7 —Pero ¿vosotras bien?

—Muy bien, ya aquel mal rollo quedó en el pasado. A veces tienen que pasar las cosas para que nos demos cuenta de lo que realmente nos importa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —arqueé la ceja y nos echamos a reír simultáneamente.

—*Photocall, Photocall*— entre baile y baile todos llevábamos ya unas, por no decir varias copas de más, a excepción de Carlota—¡Me cago en todo lo que se menea! —soltaba y miraba a Daniel y al cubata que sostenía.

—Es fresco, amor—le lanzaba una sonrisita.

—Tú sí que eres re-fresco, caradura.

—Por eso me quieres...

—¿Y tú me quieres? —le salió la vena melosa a ella por una vez en el día, ya que el embarazo la tenía fuera de sí.

—Yo mucho, como la trucha al trucho.

Nos fuimos al *Photocall* y allí lo pasamos bomba. Sacamos muchas de las mejores instantáneas de la boda, todos

con complementos y poniendo caritas. Y, aunque Daniel y Davinia parecían los más alocados, Olivia también se mostró cien por cien desinhibida y nos dejó asombrados a todos con sus gracias.

La tarde iba pasando y nuestros invitados disfrutaban del baile, la bebida y los coquetos rincones temáticos que habíamos dispuesto por los jardines y en los que se servían vinos, quesos, cócteles, pizzas, limonadas, hamburguesas, sándwiches y helados.

Y eso por no hablar del aclamado *candy bar* que hizo las delicias de las niñas y del resto de invitados y en los que se sirvieron chuches de colores, *cupcakes*, pompones y un amplio surtido más que componía una mesa de dulces de cuento.

En un momento dado, Lucía nos dio la gran sorpresa. Pidió un micrófono al grupo de música en directo que estaba tocando y tomó la palabra. Sacó un papel y, antes de que empezara a hablar, ya estábamos todos llorando.

“Papi, mami, he subido para decirles que os quiero mucho y que lo que más deseaba era que os casarais. Ahora ya soy la niña más feliz del mundo, pero quería que lo supierais. Mi papi y yo fuimos a buscar a mami a Londres, pero si se fuera a Marte, también iríamos a por ella, porque formamos un gran equipo y el abuelo Carlos siempre dice que la unión hace la fuerza. Eso sí, si queréis hacerme un poquito más feliz, podéis darme un hermanito”.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Olivia y por las mías como si fueran un río y la emoción se hizo dueña de la situación.

Lucía bajó del escenario y le dimos mil besos y abrazos.

—Estaba un poco nerviosa, pero Martina me animó mucho, me dijo que me iba a salir muy bien y que, si lo pedía con fuerza, a lo mejor el hermanito llegaba, porque ella lo había hecho y ahora ya viene su hermanito en camino.

—¿Nos la comemos cruda o con patatas?

—Con patatas, con patatas—respondí.

La noche comenzaba a asomar cuando la mayoría de nuestros invitados se despidieron. En la finca, provista de múltiples dormitorios, nos quedaríamos los jóvenes más allegados, es decir, todos los de la oficina, los hermanos de Olivia, su amiga Raquel y también Nuria y Daniela. ¡Y las niñas, esas no podían faltar!

Para cuando nos quedamos solos dio inicio un espectáculo de luces y velas que iluminaron nuestra boda de noche. Un ambiente romántico e impactante en el que, en aquella incomparable finca, dispusieron unas mesas en las que disfrutamos de un rato mucho más íntimo.

Quien más y quien menos, llevaba ya copas para parar un tren, por lo que los disparates se sucedían, siempre dentro de la moderación porque estaban las peques delante.

—¡Lucía, mira! —Martina le indicaba que, cerca de donde estábamos, nos acababan de colocar un maravilloso rincón en el que, con pequeñas velas, se dibujaba un corazón.

—Yo de mayor quiero tener una boda como esta—Martina se llevó la mano al pecho en plan farandulera.

a

—Pues para eso tienes que buscarte a un hombre romántico, como mi papi—Lucía parecía tenerlo muy claro.

—Mamá, ¿Daniel es romántico?

?

—¡Ay, Dios mío! Ahora es cuando me cae la del pulpo—reía.

—No mucho, pero tiene su aquel—por una vez, Carlota le dio cuartelillo y se besaron, provocando los aplausos del resto.

Después de cenar, todavía tuvimos ganas de seguir bailando unas horas, entre copas, risas y buen rollo con los amigos.

—¿No te duelen los pies? —la cola del vestido de Olivia se había desmontado para el baile, dando lugar a un modelo más cómodo, pero mucho me temía que aquellos andamios que llevaba...

—Llevo ya hora con mis zapatillas de esparto para novia—está todo pensado.

Al levantarse el vestido para enseñármelas, tuve claro que el momento celebración con los amigos había finalizado para dar paso al momento celebración con mi mujer.

—¡Sorteamos una niña! —dije, para risa de todos.

—Nosotros nos la quedamos—Carlota nos echó el capote.

—¡Pues señores, mañana más y mejor!

Subimos todos a nuestros dormitorios y, como mandan los cánones, cogí a Olivia en brazos para cruzar el umbral de la puerta.

—¡Alexis...! —la última emoción del día se la proporcionó la delicada y romántica decoración que yo había encargado para la que sería la habitación de nuestra noche de bodas: agradable música, su incienso favorito, pétalos de flores, velas y champagne y fresas.

Me miró y me penetró con la mirada. En justa correspondencia, yo terminaría penetrándola a ella, pero eso sería más tarde.

La miré y supo que el momento de desprenderse de su precioso vestido había llegado. Se giró y me ofreció su espalda. Hundí mi cara en su cuello y me impregné de un aroma que disparaba mi virilidad.

Lentamente, fui quitando uno a uno todos sus botones. Si en otras ocasiones un simple gesto suyo me provocaba hasta el punto de dar un giro radical a mis intenciones y hacer salir súbitamente al animal que tenía dentro, ese no era el caso.

Había llegado nuestra noche y quería disfrutarla como era debido. Terminé con los botones y el vestido cayó al suelo. Levantó una de sus piernas y aproveché para, agachado, lamer su entrepierna. Repitió la jugada con la otra pierna y volví a hacer lo propio.

Bastó con mirarla para que entendiera que deseaba que se quedara quieta, así tal como estaba, de pie y con aquel tanga blanco que aparté sutilmente con mis dedos mientras que la humedad de la punta de mi lengua se fundía con la de su cavidad.

¿A qué sabía? Al mejor de todos los sabores posibles: al de Olivia y no tenía la más mínima intención de apartarme hasta que el juego de mi lengua y el que empecé en esos instantes con mis dedos sobre su clítoris me ofrecieran el primer néctar de la noche, que no tardó en llegar en forma de sinfonía de sensuales gemidos que hacían que la dureza de mi miembro alcanzara proporciones descomunales.

Exhausta por el frenesí de un intenso orgasmo cuidadosamente provocado, la tumbé en la cama y me desprendí de mi ropa.

—A ver esa boca—al mirarla, con aquellos labios abiertos, deseosos de saborear las fresas, comprobé que aquella cavidad era un pozo de los deseos en el que introduje no solo el rojo manjar sino uno, dos y hasta tres de mis dedos, que Olivia chupó con ahínco, sabedora de cuál era su destino.

—Ábrete para mí—le susurré al oído, mientras arrastrada por la pasión, podía notar el temblor de la cara interna de sus muslos esperando su codiciado regalo. Con dos de mis dedos abrí aquella cavidad en la que me hubiera perdido para siempre, mientras los tres dedos mojados de la otra mano se dejaban arrastrar por la humedad, buscando un freno que no tardó en llegar.

Entre aquellas paredes en las que mis dedos describían círculos, yo me hubiera perdido para siempre. Los gemidos de Olivia me indicaban que su deseo era que siguiera recreándome en ellas mientras volví a saborear su clítoris con ligeros toques de lengua.

—¡Dale, no pares, Alexis, por lo que más quieras!

¿Parar? No era mi intención, la noche se presentaba extremadamente larga como para pensar en hacerlo. Y hablando de extremos, la mencionada largura era proporcional a la dureza de mi miembro, que clamaba por asumir un papel activo en aquel festín sexual.

Como si hubiera escuchado su señal de socorro, Olivia echó mano del mismo y comenzó a masajearlo de arriba abajo, embriagándose de una dureza que sabía le favorecería. Y a no tardar mucho.

Creo que me regaló pronto su segundo orgasmo para propiciar que mi miembro entrara en acción.

¹ Me tumbé sobre ella agarrando una de sus manos, con su brazo extendido y colocando la otra sobre su cadera, esa en cuya cadencia podría perderme durante siglos.

Con una de mis piernas, separé las suyas y el roce de mi miembro sobre su exaltado clítoris volvió a dar lugar a una concatenación de gemidos, entre los que identificaba una súplica en aras de que sofocara su calor.

¿Prisa? No sabía lo que era eso. A kilómetros hubiera notado su deseo, pero quería también escucharlo.

—Alexis, por favor...

—¿Por favor? No entiendo. Creo estar haciéndote uno y bien gordo—sonreí pensando que estaba mal que yo lo dijera, pero el diámetro alcanzado por mi miembro era la mejor prueba de mis palabras.

—Por favor...

—No alcanzo a entender, deberías ser más explícita.

—Hazme tuya. Necesito sentirte dentro.

La miré y detecté fuego en sus ojos. Poca duda cabía, tendría que apagarlo. Y mi manguera era la ideal para ello. Levanté ligeramente su cadera, eso la exponía más frente a mí. Mirada con mirada.

—¿Con lentitud? No, se habían acabado las contemplaciones. Olivia quería guerra y eso era justo lo que iba a tener.

Sus ojos decían un “preparada” que corroboraba aquella mordida de labio inferior que tanto me excitaba. Ya lo había vuelto a hacer. Acababa de despertar a la bestia.

Hundí mi miembro en ella y sus gemidos se transformaron en un grito que sofoqué con mis labios. La fiesta era privada. No deseaba hacer partícipe al resto. La escena era digna de presenciar, pero no era nuestro estilo, reí internamente mientras lo pensaba.

—Disfruta, amor, disfruta...

—Ya lo hago—su piel erizada de pies a cabeza confirmaba lo que sus labios decían. Eso sí, cuanto más se abrían esos labios, más deseaba yo besarlos y estaba hablando de los de su cara... Los otros, los otros, se encendían con mis embestidas.

Olivia era un bombón y yo estaba dispuesto a derretirlo. Saborearlo era un privilegio, pero sentirlo era el sumun. La sincronización de mi cadera con la suya era total, mis embestidas no daban lugar a contemplación alguna, ¡hasta ahí podría llegar la broma! Ella lo había querido, para regocijo de ambos...

Ante la fuerza con la que la estaba poseyendo, Olivia podía parecer frágil, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, sus ojos seguían suplicando lo que su cuerpo deseaba recibir.

Frenesí. Eso fue lo que sentí antes de la embestida final en la que no pude evitar su placentero grito que precedió a un orgasmo que a su vez supuso el pistoletazo de salida para el mío, que ya estaba en camino.

Vaciarme en Olivia era el mayor de los placeres. Me tumbé a su lado y permanecí un rato en silencio, mirándola. ¿Era un peligro? Sin duda, aquello significaba que volvieran a invadirme las ganas de devorarla, pero eso era justo lo que deseaba.

La noche, no había hecho más que comenzar....

Ante la fuerza con la que la estaba poseyendo, Olivia podía parecer frágil, pero nada más lejos de la realidad. De hecho, sus ojos seguían suplicando lo que su cuerpo deseaba recibir.

Frenesí. Eso fue lo que sentí antes de la embestida final en la que no pude evitar su placentero grito que precedió a un orgasmo que a su vez supuso el pistoletazo de salida para el mío, que ya estaba en camino.

Vaciarme en Olivia era el mayor de los placeres. Me tumbé a su lado y permanecí un rato en silencio, mirándola. ¿Era un peligro? Sin duda, aquello significaba que volvieran a invadirme las ganas de devorarla, pero eso era justo lo que deseaba.

La noche, no había hecho más que comenzar....

Capítulo 13



—¡Papá, Olivia! ¡Arriba, arriba, arriba! Hoy es día de boda otra vez—Lucía tocaba nuestra puerta.

—Ya vamos, cariño—le dijimos al unísono.

—¿Me abris la puerta un poquito? —ya estaba la zalamera.

—Entra—le abrí la puerta y salió volando en dirección a nuestra cama.

—¡Mamá! —se echó en los brazos de Olivia.

—¿Y yo? ¿Soy invisible? —comencé a hacerle cosquillas.

—¿Vas a vestirte ahora? —Olivia la abrazaba.

—Sí, Carlota nos ha dicho que nos va a poner unas trenzas a Martina y a mí. Ahora voy a la sesión de peluquería. Si quieres que te peine, te puedes venir también.

—Muchas gracias, mi vida, pero no me hace falta. Yo llevaré el pelo suelto.

Olivia sabía que su melena al aire me volvía loco y era habitual que la llevara así. Incluso la lució de ese modo el día anterior.

—Vale, pues luego vuelvo.

—Ok, pero hoy no os pongáis el vestido de princesa...

—No, mami, hoy el ibicenco, ya lo sé.

Salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—Una vez recibida la visita de nuestra hija, solo me queda preguntarle a mi esposa cómo ha dormido.

—Bien, pero poco—rio.

—¿Alguien te ha molestado? —carraspeé.

—No, ha sido mi recién estrenado esposo, que me ha follado, ¡y cómo!

—¿Repetimos? Como las *Danet*...

—Tendrá que ser esta noche o el resto nos mata.

—Ahí, tienes razón ya voy escuchando a todos esos petardos, parece que comienza el día.

—Otro día memorable...

—Así es, esposa...

—¡Qué bien suena!

—Pues mejor te va a sentar....

Me arreglé con mi indumentaria ibicenca y salí en busca de los chicos, la mayoría de los cuales ya estaban en el jardín, con las suyas.

Reí al comprobar que las chicas habían vuelto a ponerse de acuerdo y vestían un atuendo idéntico. Incluso el de las niñas era el mismo, adaptado a su tamaño.

—¡Ahora no sabré quién es quién! —bromeé.

—A la mía la reconocerás, es la que se queja más—ya estaba Daniel buscando trifulca.

—¡Tendrás tú algo que decir! Me has dejado con las niñas y te has esfumado...

—¿No esperarías que les hiciera yo las trenzas? La de hacer de peluquero no se encuentra entre mis habilidades, entre las que sí destacan las artes amatorias...

—¡Será repipi el tío! —Daniela, que tenía un carácter un tanto seco, no pudo reprimir el comentario, riendo.

—No lo sabes tú bien. Es mortalito—Carlota la miró en busca de una alidada.

—De dos en dos, me niego. Es demasiado para mí. Quiero algo de alcohol, que me lo inyecten en vena.

—¿No lo dirás en serio? —un asombrado Fernando entraba también en la polémica.

—¿Y por qué no? —Daniel no lo tenía tan claro.

—Porque es casi una perversión, es la hora del desayuno.

—¿Una perversión? Tú sigue así de aburrido y Davinia te va a durar un suspiro. Y hablando de desayuno, muero por un café.

La celebración de aquel día era ya infinitamente más informal, pero, aun así, ya estaban varios de los trabajadores del día anterior preparando un opíparo desayuno, digno del mismísimo Obelix.

—¡Alaaaaaaaaaaaaa! —miré a Lucía y entendí que estaba viendo avanzar a Olivia. Me di la vuelta.

—¿Tú quieres que a mí me dé algo? ¿Es eso? Si es así dímelo y acabamos antes—avancé hacia ella y le besé la mano.

—¡Eres más tonto...! —negó con la cabeza.

Romántica, serena, casi angelical, así venía con su vestido ibicenco con hombros caídos de gasa que causó el furo general, complementado con unas sandalias espectaculares.

Todos comenzaron a ovacionarla y ella a enrojecer. La escena no tenía desperdicio.

El desayuno fue de lo más ameno y se avecinaba una fiesta al aire libre graciosa y emotiva.

Después de desayunar, las niñas corrían sin parar y, mientras charlábamos animadamente, veíamos la preparación del que sería un almuerzo rústico con aire *chic*.

Los encargados del evento nos colocaron un pizarrón en el que nos dijeron que podíamos ir entreteniéndonos, poniendo lo que nos diera la gana.

—Lo veo, lo veo—se me ocurrió—¿Y si cada cual le pone algo romántico a su pareja?

—¿Una especie de competición de empalagosos? —Daniela hacía gesto de que le estaban dando arcadas.

—¡Yo estoy con esta chica! Ya me va cayendo mejor—Daniel era mucho de arrimarse al sol que más calienta— Por algo es mi tocaya...

—Algunos no tenemos pareja—apuntó Alexandra, por ella, por su hermano y por Raquel.

—¡Martina y yo tampoco! —exclamó Lucía.

—Bueno, a lo mejor pronto sí...—allá iba Martina, que no sabía guardar un secreto.

—Calla—Lucía le dio un codazo.

—¿Tenéis algo que contar? —a Olivia le divertía la escena.

—Nada, nada—Martina callaba ante la atenta mirada de reprimenda de Lucía.

^r—Venga, participamos todos, ¿qué más da quién tenga pareja? No vamos a andarnos con remilgos...

Y allí fuimos dejando puestas frases para la posteridad entre las que destacó la de Daniel que, en un arranque de sinceridad se estiró con un “Yo con Carlota estoy más a gusto que un arbusto”, que arrancó la risa de todos.

En cuestión de un rato, empezaron a servirnos unas bebidas refrescantes de originales colores y que entusiasmaron a las niñas.

—Pero ¿qué mierda es eso? —Daniel probó una y comprobó que no tenían alcohol.

—El jefe, que ha pensado que tenemos que reservarnos para más tarde— Davinia animando.

Un poco después, dispusieron ante nosotros un ambiente de lo más *chill out* que dejó boquiabiertos a los presentes.

Camas balinesas, centros de mesas, decoración de barras, un *Photocall* distinto en el que también volamos a hacernos nuevas fotos...

Empezó a sonar música variada y fueron las niñas las que rompieron el hielo, corriendo a mover el esqueleto.

Poco a poco, nos fuimos uniendo al baile y para cuando sonó “Que la vida es un carnaval” de la mítica Celia Cruz todos estábamos de lo más entregados.

—Venga, una estrofa cada uno— Carlota se había levantado ese día de mejor humor...

Y allí empezamos todos a cantar la parte que nos correspondía y, al llegar al estribillo, unimos fuerzas, recordándonos unos a otros eso, que la vida era un carnaval y que es más bello seguir cantando...

A esa canción siguieron muchos más y, como hiciéramos aquel día en el bar, Davinia montó una conga a la que todos nos unimos...

No faltó casi de nada, aunque no sonó nuestro Paquito el Chocolatero...

El almuerzo fue cien por cien distendido y volvimos a disfrutar de una variedad impresionante.

—Jefe, no se está mal aquí, podría acostumbrarme. Si quieres, le dices al dueño de la finca que se la cuida e incluso estaría dispuesto a vivir de sus rentas—¡ese era mi Daniel!

1 —De eso nada, guapo, tú te vienes como todo hijo de vecino a la oficina. Y echa ya a volar todos los pajaritos esos que tienes en la cabeza porque dentro de nada vas a tener un segundo empleo: el del cambio de pañales— Carlota lo devolvió a la realidad, causando la risa general.

—¿Ya tenéis nombre para el peque? —preguntó Nuria.

—Sí, se va a llamar Julio.

—Pero no porque vaya a nacer en el mes de julio—Martina puntualizó. Va a nacer en invierno.

—A lo mejor llega como un regalo de Navidades—suspiró Lucía, que moría con la idea del hermanito y mientras disfrutaba con la llegada del de Martina.

—A lo mejor, como llegó tu Príncipe—recordó Martina.

, —Bueno, bueno, cambié el tercio, y eso que dicen de que de una boda sale otra, ¿se hará realidad aquí?

—¡Ya tenías que liarla! —Daniel empezó a silbar mirando para otro lado.

—No hay manera—miré a Carlota, me encantaba provocarla.

—A este, el día menos pensado, le digo que vamos a comer churros y cuando se dé cuenta está en el juzgado, firmando—nuevas risas.

—Pues a nosotras sí que no nos importaría—Nuria me sorprendió. No lo esperaba.

—¡Anda! —solté.

—Y tan anda, mi suegra se va a tener que aguantar al final conmigo. Creo que por fin ha perdido las esperanzas contigo.

—Bueno, todavía me manda a la mafia para que me hagan desaparecer—rio Olivia.

—Eso ni en broma—la besé. ¡Ya habíamos tenido bastantes sustos!

—Yo imagino la cara de mi madre ese día, ¡menudo poema! —Nuria divagaba al respecto de su boda.

—Y de tu padre...

—Sí, es verdad, que se llevó toda mi juventud diciéndome que cuándo le iba a llevar un yerno con el que ver el fútbol.

—Pues a mí el fútbol me gusta, al final voy a ganar puntos y todo.

—No sé yo—contestó Nuria.

Los demás no se pronunciaron, de modo que dimos la cuestión por concluida antes de crear otra polémica.

—Voy a llegar a mi casa muertecito de hambre. No nos habéis dado de comer ni nada...—Fernando se frotaba la barriga.

—¡Y ahora vienen los dulces!

—¡Toma ya, anda que no se nota que aquí es pasta lo que sobra! —Daniel, que si no hablaba reventaba.

—¿Ves como si tienes dinerito, papá? —Daniel lo sabe.

El comentario de Lucía causó risa en todos.

Bandejas con *bund cake* para los amantes del dulce sin caer en lo empalagoso, venían juntos con otras de helado, *Nueva York cheesecake* y *foufou* de chocolate.

Las peques estaban encantadas y hasta terminaron con la cara como un payaso, ayudadas por Alexandra, que cámara en mano, inmortalizó el momento en el que las peques se pusieron perdidas.

—¡Ven aquí, hermanita! —Olivia la adoraba—Ainss, si es que ejerce ella de tía más bien...

—Y de *community manager*, que estoy encantado de la vida. Cada vez tenemos un equipo mejor y con incorporaciones más jóvenes—añadí.

—Pues conmigo tenéis para rato, porque le he cogido el gusanillo al asunto y me pienso formar en ese sentido el año que viene—Alexandra estaba fascinada con su trabajo.

—Mira por dónde Carlota, Daniel tuvo aquel día una buena idea, la niña ha encauzado su carrera—Olivia la buscaba también un poquito.

—Sí, sí, pero eso le salió de carambola, que este lo que quería era quitarse trabajo de encima, si lo conoceré yo—ya todos habíamos empezado con las copas y ella se estaba pidiendo un chupito de mora sin alcohol.

—Ya estaba tardando en salir Daniel a la palestra—él solo se lo decía todo.

—Chicos, ¿os he dicho alguna vez que os quiero? —alcé mi copa para brindar.

—¡Silencio, que el jefe se ha puesto profundo! —Davinia estaba intentando poner orden.

—Por primera vez en mi vida lo tengo todo—solté sin haber pensado previamente que diría ninguna palabra— Tener junto a mí a las dos mujeres que adoro, después de que el destino se mostrara juguetón es un regalo maravilloso. No puedo decir que llegar hasta aquí haya sido fácil, pero sí que el último año de mi vida ha sido el

mejor. Os quiero chicas, a las dos, sois todo para mí y formamos el mejor equipo posible. En cuanto al resto, no lo hubiera logrado sin vosotros. Sois los mejores.

—*¡Ese Alexis, cómo mola, se merece una ola!*—cantaban todos, Olivia incluida, que en ese momento me regaló uno de sus besos.

Una interminable tarde de baile, dio lugar a un anochecer en el que ya no solo nos dolían los pies sino hasta el cielo de la boca, después de tanta fiesta.

Uno a uno, todos se fueron despidiendo y Lucía, Olivia y yo nos quedamos solos en la que sería nuestra última noche en la finca.

La niña se durmió y, bajo la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana, Olivia y yo bailamos esa noche la melodía que más nos gustaba y la que alimentaba nuestros cuerpos y almas: la del frenesí.

mejor. Os quiero chicas, a las dos, sois todo para mí y formamos el mejor equipo posible. En cuanto al resto, no lo hubiera logrado sin vosotros. Sois los mejores.

—*¡Ese Alexis, cómo mola, se merece una ola!* —cantaban todos, Olivia incluida, que en ese momento me regaló uno de sus besos.

Una interminable tarde de baile, dio lugar a un anochecer en el que ya no solo nos dolían los pies sino hasta el cielo de la boca, después de tanta fiesta.

Uno a uno, todos se fueron despidiendo y Lucía, Olivia y yo nos quedamos solos en la que sería nuestra última noche en la finca.

La niña se durmió y, bajo la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana, Olivia y yo bailamos esa noche la melodía que más nos gustaba y la que alimentaba nuestros cuerpos y almas: la del frenesí.

Capítulo 14



Montados en el avión, Olivia era toda ilusión.

—¿Entonces he acertado? —su cara lo decía todo.

—¿Tú qué crees? Luna de miel en India ¡toma ya!

—Me lo han vendido como un festival de sensaciones con una final de impresión, amor.

—Y no creo que se hayan equivocado ni un ápice, aunque finales, a mí se me ocurren unos cuantos—me guiñó el ojo.

Para nuestro viaje de recién casados no se me ocurrió mejor idea. Comenzaríamos nuestra nueva vida en una de las regiones más exuberantes del planeta, aunque para exuberancia ya estaba la de mi sugerente mujer. La miraba y no podía evitar que los ojos se me fueran para aquel generoso escote. ¡Por no hablar de las torneadas e interminables piernas que exhibía bajo su short! ¿Cielo santo, ya estaba sudando!

Por delante, teníamos unos magníficos días que pensábamos exprimir.

La llegada a Delhi fue de lo más sofocante. Y no lo digo ya solo por la temperatura exterior, que obviamente era alta, sino por la que procedía de nuestros cuerpos que lo era bastante más.

—Vuélveme a mirar así—le dije al cerrar la puerta de la habitación del hotel.

—Así, ¿cómo? —me desafiaba con aquella mirada lasciva, mientras se mordía el labio inferior.

—Como solo tú sabes—se había convertido en una diosa del sexo.

—Y si no, ¿qué harás? Unos azotes, ¿quizás?

—Quizás e incluso puede que se me ocurran otras muchas maneras de que me compenses.

¿Se nos estaba acabando el aire? Fue decirlo y la temperatura experimentar una súbita subida de varios grados. Juntos, viciábamos el ambiente.

—Puedo empezar, ya si quieres—¿era fuego eso que salía por el rabillo de su ojo?

Y no fue precisamente un rabillo al que echó mano cuando se agachó, abrió la cremallera, quitó el botón y me mantuvo la mirada mientras comenzaba a lamer de arriba abajo mi miembro. Su destino era el final de su garganta, una garganta profunda que me hacía enloquecer.

Jamás pude imaginar un roce más sensual que el producido por unos labios que apretaban mi miembro, haciendo que resbalara hacia el interior de su húmeda cavidad bucal, mientras su lengua daba buena cuenta de él.

De repente, su rostro se transformó. ¿Su nuevo nombre? Frenesí, ese que aparecía siempre que notaba que mandaba el autocontrol a paseo y cada vez ocurría más a menudo.

Si seguía moviéndose así, mientras levantaba el mentón y buscaba con sus ojos los míos, el líquido preseminal que acababa de arrojar no sería nada para la intensa corrida que recibiría en su boca en unos instantes.

La miré, buscando su aprobación y la tuve en una fracción de segundo. No solo me lo permitía, sino que además lo deseaba y eso era lo que más me ponía.

Con lentitud, se puso de pie y de sus labios pude probar un sabor que no me era desconocido: el mío propio. Probar el de ella sería el siguiente paso.

La tumbé y su postura y su gesto me hicieron entender que esperaba una súbita penetración que explorara sus entrañas.

—¿No lo creerás en serio? ¿Y quedarme sin probar el dulce néctar “Olivia”? No me perdería esa sensación por nada del mundo.

El súbito temblor que recorría todo su cuerpo cuando su inflamado clítoris explotaba era para mí el más sexy de los movimientos. Diría que, estaba dotado de tanta carga, que era como la palanca con la que se suponía que podíamos mover el mundo. Desde luego el mío, lo removía desde sus cimientos.

Tumbada, totalmente expuesta ante mí, me seguía poderoso. Sentía el poder que me otorgaba la sensación de saber que ella deseaba tanto como yo que mi lengua recorriera su clítoris, sus labios y siguiera paseando camino de una abertura que se contraía sola por el deseo.

No miento si digo que notaba palpar su clítoris al contacto con mi lengua. Una pequeña descarga, casi eléctrica, tras la que ella parecía quedar sin fuerza, pero a la que no quería renunciar.

—¡Más toquitos como ese, Alexis! ¡Por Dios!

—¿Por qué?

—¡¡¡Por Dios!!! —clamaba, presa de la excitación.

—Será por favor, más bien, ¿no? —me fascinaba jugar con ella en aquellos momentos. Que me implorara. Olivia era un plato más apetecible cuanto más caliente se tomaba.

—¿*Quid pro quo*? —pregunté, levantando sus piernas y señalando la más prohibida de las cavidades, esa cuya sola visión hacía que se disparase la tensión. Su puerta trasera se abriría para mí, pero sería más tarde.

—*Quid pro quo*—lanzó en forma de gemido, de tal suerte que noté cómo mi líquido preseminal volvía a salir a ver mundo.

Solté sus piernas y su zona más húmeda me llamaba. Mi lengua ardió al contacto con su clítoris y fue un gemido interminable de ella el que dio la señal de salida a otros que emitía cada vez que daba un toque en el mismo.

Rosado, carnoso y extremadamente inflamado. Aquel clítoris se mostraba ante mí como una fuente interminable de deseo. Sus pequeños latidos, acompañados de los gemidos cada vez más sincronizados de Olivia anunciaron un

orgasmo que hizo estremecer a mi mujer de pies a cabeza, curvándose por completo primero y quedándose laxa después.

Estaba al límite de nuevo y volví a hundir mi cabeza en su sexo. Aquel olor salvaje me embriagó hasta el punto de que me hubiera quedado a vivir allí, en su entrepierna. Mi lengua recorrió todos sus recodos, llevándose consigo e ansiado elixir.

—¿Suficientemente relajada? —interrogué no ya solo con mis palabras sino también con mi mirada, a una Olivia que parecía haber alcanzado el séptimo cielo.

Sin embargo, fue la extrema dureza de sus pezones la que me contestó. Otro plato al que no quise renunciar y que busqué de manera alternativa con mis labios, lamiendo, succionando y disfrutando de una Olivia cada vez más entregada.

—Lo prometido es deuda—se giró y me ofreció aquel culo respingón que dejaría sin aliento hasta al menos sexual de los mortales.

—Chúpalos—introduje tres de mis dedos en su boca ardiente. ¡Quemaba! En cualquier caso, no más que mi miembro que clamaba por penetrar la más oscura de las cavidades—¿Lo deseas?

—Me puede el morbo y lo sabes.

Sus piernas miraban al cielo cuando mi miembro penetraba la más infranqueable de sus puertas. Soltó el aire. Pude notar ese pequeño gesto de dolor que precedía al disfrute pleno de un sexo anal al que la antaño inocente Olivia se había aficionado.

Y fue en ese momento cuando observé la transformación. Ya no era angelical, era diablesa y ya quemaba entera. En cuanto a mí, quería arder en sus brasas.

—¡Qué placer! —respiré hondo con mis manos sobre su cintura sin perder de vista las brasas que trascendían sus ojos para colarse en los míos. Se llamaba frenesí y llegó cuando, tras varias e intensas embestidas en el culo de Olivia, me vacié en ella, cayendo hacia delante y quedando en comunión con ella.

2
1

Capítulo 15



Aquel primer día comenzó nuestra aventura por Delhi, la famosa capital de la India. He de confesar que todo allí nos supo especial, desde las guirnaldas de flores de bienvenida.

—¡Es una pasada! —Olivia estaba encantada con aquellas calles rebosantes de vida.

—Pues sí, me habían dicho que merecía la pena y no se equivocaban. La diversidad de gente es inaudita.

—Es otro mundo, mira los transportes típicos, ¿habías visto alguna vez algo parecido? Olivia señalaba los *tuc-tuc* indios.

Íbamos rumbo del Mercado de las Especias, que nos habían comentado que no nos podíamos perder.

—Ahora ya entiendo por qué para muchas personas es el mejor mercado de todo el planeta—yo estaba impresionado hasta decir basta.

—¡Dios mío! Esto sí que es una fiesta de aromas y colores.

—Sí y te abren tanto la mente como el estómago porque a mí me está entrando un hambre que me muero—reí.

Nos quedamos prendados de aquellos enormes sacos de tela que contenían una interminable variedad de flores coloridas e hierbas medicinales, junto con las características especias de la comida india que daban nombre al mercado.

Salimos de allí con más hambre que un piojo en una muñeca y nos fuimos a comer. ¿Lo que descubrimos? Algo que nos quedó grabado a fuego: en la India, la comida picante era picante de verdad, pero, aunque la pidieras sin,

era más que probable que la volvieran a traer picante.

—¡Dios mío! Me echa fuego la lengua—Olivia estaba de lo más simpática haciendo como que se la abanicaba, con la lengua fuera.

—¡Por Dios no saques esa lengua aquí que la volvemos a liar!

Y es que no había manera, el frenesí se había desatado entre nosotros y cualquier ocasión nos parecía buena para, como mínimo, devorarnos con la mirada.

Después de almorzar continuamos nuestro recorrido. Queríamos ver todo lo que fuera posible, llevarnos en nuestras retinas una parte de la India de vuelta a Tenerife.

Teníamos claro que otra de nuestras visitas obligadas era al Fuerte Rojo, *Lal Quila*, ese emblema de la ciudad construido en arenisca roja.

s

—¡Madre mía, si lo viera Daniel diría que un sitito así de modesto querría él para vivir! —reí—Aquello era imponente.

Llevábamos las entradas y eso nos libró de esperar cola, por lo que tan pronto llegamos, ya estábamos atravesando aquella puerta principal de inmenso tamaño. De allí, nos adentramos en un pasadizo repleto de tiendas, a modo de bazar.

Más tarde, aprovechamos para hacernos un montón de fotos de recuerdo en sus zonas ajardinadas, que al llegar al hotel le enviaríamos a Lucía.

Pasamos una tarde sensacional tras la cual terminamos cenando en las inmediaciones del hotel. Seguidamente, subimos, el largo viaje y la intensa entrada matutina nos tenían exhaustos.

¿Significaba eso que esa noche nos echaríamos a dormir sin más? ¡Ni muertos! El siguiente asalto sexual comenzaba en pocos minutos.

Los primeros rayos de sol nos indicaban que el segundo día de nuestra luna de miel acababa de amanecer.

—Despierta perezosilla.

—¿O qué? —ya me estaba retando.

—O tendré que estimularte para que lo hagas.

—Igual me interesa—arqueó una ceja y volvió a cerrar los ojos.

Sus senos sabían a Olivia y eso me ponía como un perro en celo. Hundiendo en ellos mi cabeza, comencé a lamer uno mientras con mis dedos masajeaba el pezón contrario.

—Ummm sigue tocando ese botoncito que vas por buen camino...

—No sé por qué ya lo había notado—la humedad que comenzaba a desprender su sexo impregnaba ya uno de mis muslos—se lo ofrecí y ella comenzó a rozarse con él. Primero con lentitud, luego con algo más de rapidez y finalmente con inusitada aceleración.

—¡Diossssssssss!

o

—Dios no tiene nada que ver en esto, mírame—comencé a besar aquellos carnosos y lubricados labios mientras, ayudando con el movimiento de mi pierna, le sobrevino un intenso orgasmo que ahogó con un bocado en mi cuello.

—Me has hecho daño. Me debes una.

—Me gusta pagar mis deudas. No quiero esperar—me miraba y la quería devorar. De hecho, me acababa de convencer. Era hora de devorarla de nuevo. La veda estaba abierta.

La tumbé y, cogí una botella de agua fría del minibar.

—¿Tienes sed?

—Mucha, pero ya sabes cómo soy. No me gusta beber de cualquier lado.

Al contacto con las primeras gotas de agua helada, su cuerpo se arqueaba, disparando mi excitación.

—Quieta—susurré en su oído.

—¿Quién te ha dicho que vaya a moverme? —su voz indicaba que aumentara el ritmo.

Sus duros pezones se helaron al contacto con el agua y la humedad ardiente de mi lengua entró en acción. El intenso contraste la hizo gemir, ¡y no poco!

Lo mismo sucedió cuando me regodeé con aquellas gotas de agua en su clítoris, haciendo que se estremeciera por completo.

—¡Quiero más! —pedía y, a cada gota que recibía, su cuerpo saltaba en busca de mis labios, fundiéndose con ellos.

Bajé hacia mi lugar preferido del mundo, su sexo, y decidí calentar un clítoris tan hinchado como frío que recibió mi lengua como el más extraordinarios de los bálsamos.

No miré el reloj, pero fue rápido, muy rápido, unos toques con mi lengua, un sencillo juego de dedos y un sugerente “no pares” en mi oído, por parte de una sofocada Olivia que recibía su orgasmo como el más valioso de los regalos matutinos.

Las embestidas posteriores, fueron otra historia...

Después de desayunar salimos de nuevo a hacer turismo. Para ese día, volvíamos a contar con más destinos que no deseábamos perdernos.

Elegimos dos, una cosa es que quisiéramos ver la India y todos los rincones de la misma que fuese posible, y otra que nos marcáramos un agotador tour y al final fuera peor el remedio que la enfermedad. No estábamos dispuesto a eso.

Queríamos descansar y ver cosas. En cuanto al sexo, al que estábamos enganchados a las primeras de cambio, constituía uno de los principales alicientes de un viaje que tenía ser visos de ser inolvidable.

Dedicamos la mañana al visitar el Minarete de *Qutub Minar* y por la tarde con acercamos a la Tumba de *Humayun*. Con eso dimos por terminados dos intensos días por Delhi que nos resultaron encantadores.

El tercer día llegamos a la conocida como Ciudad Rosa, *Jaipur* y lo primero que se nos vino a la cabeza es que es sí que sería un castillo de princesas que le gustaría a Lucía para vivir. Y es que había poco lugar para la duda: *Jaipur* enamora a primera vista.

—¡Dios mío, esto es increíble! —el Palacio de los Vientos nos dejó a los dos con los ojos abiertos como búhos.

—Sí, mi niña, es realmente fascinante.

Y si aquello nos resultó alucinante, también nos encantó la joya de *Rajasthan*, aquella increíble sucesión de murallas que vimos cuando nos asomamos al Fuerte Amber.

Esa noche le mandamos a la peque las fotos del palacio y cuando los vio, flipó. Y después flipamos nosotros, como siempre en la intimidad y jugando a lo que más nos gustaba: disfrutar el uno del otro.

Lo cierto es que estaba siendo un viaje precioso, plagado de anécdotas, de momentos románticos y de encuentros ardientes. Una luna de miel soñada en la que deseábamos parar las horas, aunque de momento no lo estuviéramos logrando.

El tiempo al lado de Olivia se convertía en una sucesión de instantes mágicos y fue el sexto día del viaje cuando llegamos a uno de los destinos que yo sabía que más ilusión le hacía.

—Preciosa, ante usted el lugar más icónico de toda la india, el grandioso *Taj Mahal*.

o

—Es un sueño, Alexis, estar viendo esto, aquí, contigo es un sueño.

s—Verte a ti cada mañana cuando abro los ojos sí que es un sueño, mi niña.

Estábamos ante el monumento más grande que jamás se construyera al amor, por lo que aquel lugar no podía ser más acertado para una luna de miel.

El romántico mausoleo se mostraba ante nosotros como lo que es, una joya arquitectónica, sugerente y fascinante que, lejos de defraudarnos, nos dejó encandilados.

☺ Pasear por él con Olivia de la mano, constituyó todo un deleite para los sentidos.

—¿Sabías que la inmortal belleza de este lugar nace del antiguo amor entre un emperador y su esposa? —me preguntó Olivia.

—Algo me suena, pero cuéntame. Me encantará escucharlo de tu boca—reí internamente pensando que todo lo que saliera de sus labios me fascinaba.

—Pues por lo visto, resulta que el emperador conoció a su esposa en un bazar donde ella vendía cristales y, aunque se quedó prendado de ella desde un primer momento, no le dirigió la palabra...

—¿Ves? Eso es lo que Daniel llamaría una cagada en toda regla.

—Ya, ya, ese pájaro ha debido ser siempre partidario de subirse a todos los trenes. Y lo malo es que allí estabas tú, a pie de parada con él, ¡no me lo recuerdes! —Olivia reía en aquel privilegiado escenario y la belleza del sonido de su risa tenía poco que envidiarle a aquel entorno.

—Olivia, sé que este viaje tiene que terminar en unos días, pero tienes mi palabra de que haré todo lo posible porque nuestra vida sea una constante luna de miel—me senté, besé su mano y la coloqué sobre mis rodillas...

La sonrisa que vi en ese momento en su rostro seguía en mi mente cuando, días más tarde, volábamos de vuelta a Tenerife...

El romántico mausoleo se mostraba ante nosotros como lo que es, una joya arquitectónica, sugerente y fascinante que, lejos de defraudarnos, nos dejó encandilados.

Pasear por él con Olivia de la mano, constituyó todo un deleite para los sentidos.

—¿Sabías que la inmortal belleza de este lugar nace del antiguo amor entre un emperador y su esposa? —me preguntó Olivia.

—Algo me suena, pero cuéntame. Me encantará escucharlo de tu boca—reí internamente pensando que todo lo que saliera de sus labios me fascinaba.

—Pues por lo visto, resulta que el emperador conoció a su esposa en un bazar donde ella vendía cristales y, aunque se quedó prendado de ella desde un primer momento, no le dirigió la palabra...

—¿Ves? Eso es lo que Daniel llamaría una cagada en toda regla.

—Ya, ya, ese pájaro ha debido ser siempre partidario de subirse a todos los trenes. Y lo malo es que allí estabas tú, a pie de parada con él, ¡no me lo recuerdes! —Olivia reía en aquel privilegiado escenario y la belleza del sonido de su risa tenía poco que envidiarle a aquel entorno.

—Olivia, sé que este viaje tiene que terminar en unos días, pero tienes mi palabra de que haré todo lo posible porque nuestra vida sea una constante luna de miel—me senté, besé su mano y la coloqué sobre mis rodillas...

La sonrisa que vi en ese momento en su rostro seguía en mi mente cuando, días más tarde, volábamos de vuelta a Tenerife...

Epílogo



4 años después...

—¡¡¡¡¿Casados?!!!! ¿Y en Las Vegas? —estos dos no tienen arreglo. Reí a mandíbula batiente. ¡¡No podía creerlo!!

Pensé si podía ser un montaje, pero no, todo cuadraba. Camino de casa, iba alucinando en colores. Estaba deseando llegar. Se lo contaría a Olivia durante la cena, cuando llegara ese momento del día que tanto ansiábamos.

Llegué y abrí la puerta. No esperaba precisamente silencio y así fue.

—¡Niños, niños, niños! —yo tengo paciencia, pero ya está bien—¡Esto parece un campo de batalla!

—Pero ¿qué está pasando aquí? —entré al salón y una sonriente Olivia venía hacia mí.

—¿Y te preguntas lo que está pasando? Que la próxima vez le dejemos nosotros los niños a ellos—Olivia se echó a reír.

—Si es que no sé de dónde sacas tanta paciencia. ¡Y encima cada día más guapa! ¿De verdad te merezco? —la acerqué a mí. Aquellas caderas seguían volviéndome totalmente loco.

—¡Se están besando! —el pequeño Julio nos señalaba.

—¡No seas cotilla! —Martina, hecha ya toda una mujercita de once años, reprendía a su hermano, de casi cuatro.

—Pero si es verdad, míralo—y venga a señalar.

—A este le gusta crear la polémica, como a su padre—reí.

—Sí, pero con la diferencia de que con este chiquitín se te cae la baba—argumentó Olivia.

—Es mi ahijado y sí, hay que reconocer que es un villano como su puñetero padre que, muy a pesar, es mi mejor amigo...

—¡Y yo soy su orgullosa madrina! —se puso ella muy digna.

—Sí, sí, pero esta casa nunca ha estado tan concurrida—mirara al rincón que mirara, había niños.

—No te quejes papá, Martina y yo estamos cuidando a los mellizos—Lucía se había vuelto muy responsable.

—Eso es verdad, no veas el cable que me han echado las dos durante toda la tarde—Olivia estaba encantada con la ayuda de las chicas.

—¿Dónde están mis niños bonitos? —me acerqué a los mellizos y les hice una burla que causó sus carcajadas y las de Julio.

Olivia y Alexis, que así se llamaban nuestros mellizos, nos colmaron de dicha a su madre y a mí, cuando vinieron al mundo, hacía ya dos años. Por no decir a su hermana que se pasó todo el embarazo pegada a la barriguita de Olivia y lloró de emoción la primera vez que los vio.

—Pero ¿sabemos ya dónde están? —me preguntó Olivia mientras ultimaba la cena.

—Una ligera idea tengo. Creo que ya se ha desvelado el misterio de su viaje. Te lo cuento durante la cena.

—Mira que si nos han dejado aquí los niños y han huido definitivamente...

—¿Te imaginas? Nosotros con cinco.

—Calla, calla, adoro a todos estos mequetrefes, pero los cinco juntos dan tarea para parar un tren...

—Me cambio de ropa y ahora mismo estoy aquí contigo.

—Vale, amor. Encárgate de dar de cenar a los mellizos y yo haré lo mismo con los tres mayores.

—¡Hecho!

Mi vida con Olivia era una balsa de aceite. Eso sí, una balsa que se agitaba cuando en la intimidad, dábamos rienda suelta a nuestra pasión. Conservábamos la misma química del principio y, con los años, habíamos experimentado ya todas las formas habidas y por haber de darnos placer.

Por lo demás, podríamos decir que éramos inmensamente felices. Nuestra vida no podía estar más completa. En lo profesional, la financiera Montalvo había llegado a lo más alto, algo a lo que Olivia seguía contribuyendo con su trabajo, y, en lo personal, nuestros tres pequeños nos colmaban de dicha.

Hacía tres días que teníamos en casa a Martina y a Julio, porque Daniel y Carlota nos habían pedido el favor. Se habían pillado diez días de vacaciones y no quisieron soltar prenda del destino de un viaje que se notaba que les hacía mucha ilusión.

Era viernes. Dimos de cenar a los pequeños y los acostamos.

—Mamá, ¿Martina y yo nos podemos quedar un rato viendo la tele en mi dormitorio?

—Claro, cariño.

Nos dieron un beso y se esfumaron. Había llegado nuestro momento. Siempre lo tuvimos claro. Los peques eran nuestra prioridad, pero también necesitábamos pasar nuestros ratos a solas. Y las cenas las reservábamos para nosotros.

—Cuéntame, me tienes en ascuas.

—Más que contarte, te voy a enseñar la evidencia gráfica del acontecimiento del siglo.

—¿Qué dices? Me estoy poniendo nerviosa, arranca ya la moto.

Me encantaba verla así. Seguía siendo la misma: una impaciente total con las sorpresas.

—¡*Voilà!* Aquí los tienes...—le puse la foto del móvil por delante.

—¡¡¡¡No puede ser!!!!—exclamó, mientras comenzaba a dar saltos y grititos por toda la sala.

—Calla—le hice una señal con los dedos. Para Martina sería una sorpresa y se la debían dar ellos a su vuela.

—¡Lo han hecho! ¡Lo han hecho! ¡Carlota lo ha conseguido!—tuve que cerrar la puerta del salón porque Olivia no podía contener sus nervios.

—Eso parece. Al final va a ser eso de que no es tan fiero el león como lo pintan.

La foto no dejaba lugar a la duda. Al más puro estilo de Las Vegas, a nuestros amigos, perfectamente ataviados al efecto, los había casado Elvis en un *Cadillac* rosa.

—¡Muero con ellos! Estaba claro que son dos personajes y no les pegaba una boda común—Olivia seguía cenando y mirando la foto—¿Y ya los has llamado?

—Lo he hecho, pero el móvil me salía apagado.

—Pues hagámoslo ahora.

—¿Y qué les decimos?

—Pues que son dos capullos.

Dicho y hecho. Los llamamos y, en una conversación rocambolesca, porque ambos estaban en plena celebración

de boda y había un ruido mortal de fondo, nos confirmaron lo que ya sabíamos: Carlota y Daniel, por fin, se habían convertido en marido y mujer.

Una idea vino a nuestra mente: ¡¡¡Fiesta!!!

Los días restantes, hasta que volvieron, estuvimos preparando Olivia y yo el que sería uno de los fines de semana más divertidos de nuestra vida: teníamos que participar todos de su felicidad.

El día de su vuelta, la estampa no podía ser más idílica. Olivia sostenía en brazos a nuestro peque y yo a nuestra peque, mientras Julio me daba la mano.

Al final, nuestros amigos le habían contado a Martina que se habían casado, con lo cual, las niñas habían dibujado un enorme cartel que portaban en el que se podía leer: “Bienvenidos a casa. Felicidades. Sois los novios más molones”.

—¡Mamá, Daniel! —Martina corrió hacia ellos, con Julio de la mano y dejó a Lucía con el cartel, que lo extendió y de allí no la movían.

Abrazaron a sus hijos y vinieron hacia nosotros.

—¡Ya te digo si lo teníais calladito! —abracé a Daniel.

—Calla, calla, no le reprendas. Para una cosa que ha hecho bien en su vida—Carlota venía en su línea, guerrera. ¿Dónde quedó aquella apacible mujer que un día conocimos?

—No, si todavía se va a quejar—rio—después de que vengo casado y cazado.

—No, no, ya estoy contenta. Eso es verdad. Solo te queda ejercer de marido...

—Pero mujer, si eso lleva años haciéndolo, aunque sin papeles—señalé.

—Eso es verdad y está hecho un padrazo—por una vez en la vida, Carlota dio su brazo a torcer—Eso sí, que lo dicho no sirva de precedente.

—Eres más puñetera...—Olivia la estrechaba entre sus brazos—No puedo creerlo...

—Pues créelo, venimos casados y bien follados—dijo eso último en tono bajito.

Vinieron a cenar a nuestra casa, en la que nos contaron todos los pormenores del evento.

—Lo teníamos pensado hace un tiempo, pues nos lo apostamos en una borrachera.

—¿Y eso? —Olivia y yo no salíamos de nuestro asombro.

—Pues un finde que salimos y cogimos una borrachera como un piano, Carlota me dijo que no había huevos de casarnos.

—Y yo le dije que sí, pero en Las Vegas. Ella que yo no era capaz y yo que sí, apostamos que, si finalmente no lo hacía, me tendría que tatuar en un brazo, bien visible “Soy un gallina, no tengo huevos”.

—Y se lo hice firmar en una servilleta del local en el que estábamos.

—Sí y la amenaza pendió sobre mi cabeza desde entonces.

—Claro, pero yo no quería decir nada porque me daba cosa que se rajara y yo hubiera anunciado la boda a los cuatro vientos. Vamos, es que me hace eso y se queda allí con viento fresco.

—Entonces, ¿al final te has casado por una apuesta? —ya estábamos en la fase de los cubatas, en el jardín y yo es que me tiraba al suelo de risa.

—Mira, te voy a decir la verdad, este se ha casado conmigo porque ya lo estaba deseando. Lo que pasa es que va de duro y no quería dar su brazo a torcer, así que me las ingenié y punto.

—Pues ya estaría—Daniel le hizo una señal de estar de acuerdo con ella, acompañada de un guiño de ojo de lo más meloso.

—Pues aclarado el asunto, solo nos queda decirles que ni se os ocurra hacer planes para el finde que viene—
carraspeé.

—¿Y a qué es debido? —Daniel arqueó la ceja.

—Pues a que la diversión está servida y nos vamos todos al *resort* ese que tanto nos gusta a Olivia y a mí, a gasto:
pagados, todo corre a cargo de la empresa.

—¡Ole el jefe y la madre que lo parió! —chillaron al unísono.

Y llegó el día. Un viernes al mediodía en el que cada cual partió, en su coche, hacia el *resort*, en cuya recepción
nos encontraríamos.

—¡Nosotros queremos ir con Oliver y con Benji a la piscina! —Lucía y Martina lo tenían claro.

—Yo es que todavía no me acostumbro. Es escuchar el nombre de estos dos chicos y querer cantarles la sintonía
esa de “los magos del balón” —Daniel y sus cachondeos.

Benji y Oliver, por simpática que fuera la coincidencia, eran los hijos de Elba y Gonzalo. No es que fueran
precisamente bebés, ya que ambos los habían adoptado después de que sus padres fallecieran en un accidente de
tráfico.

Fue un caso que conmocionó mucho a Gonzalo, que era médico de urgencias, y que no pudo hacer nada por salvar
sus vidas, pero que a raíz de ese momento decidió cambiar el rumbo de la de sus hijos, que quedaron huérfanos.
Los chicos ya llevaban dos años con ellos y tenían trece y catorce años de edad, respectivamente.

—¡Oliver es tan guapo! —Lucía se quedaba embobada mirándolo.

—¡Y Benji también! —Martina emulaba a su amiga.

Lo mejor del caso es que los dos chicos, eran dos trastos y pasaban olímpicamente de ellas, a las que consideraban
unas pequeñajas.

—¡Pero será posible! —Elba, a la que le había cambiado la vida tanto como a nosotras alucinaba con la situación.

—Sí, sí, son dos pequeñas inmaduras. Los miran como si fueran de otro mundo—Daniel y sus salidas.

—¡Me caigo muerta si ahora nos vas a dar lecciones de madurez! —Carlota estaba indignada.

s

—Yo lo que siento es que estos dos descerebrados no les hacen ni caso a las niñas—Gonzalo se rio. Estaba hecho un padrazo, cosa que ya había descartado en su vida.

—¡Es que no todos los amores pueden ser correspondidos! —Elba bebía los vientos por sus hijos. A ella también le habían cambiado totalmente la existencia.

—Es normal, mujer. Ellos son mayores—añadió Olivia.

—Sí, sí. Es que estos están hechos dos pillos de tomo y lomo. Les gustan las que tienen diez años más.

—Sí, sí, tienen una pinta de tontos que no veas. ¡Míralos corriendo detrás de las camareras! —Daniel se partía con ellos. Se declaraba fan de los hermanos.

—Sí, me da a mí que estos, consuegras, no nos hacen—Elba estaba resignada.

r—Y mejor así. Quiero a esos dos chavales a dos kilómetros de Lucía y Martina—bromeé, pues también adoraba a esos pillastres.

—Todo os pasa por ser padres. Fernando y yo no queremos niños ni en pintura—Davinia en su línea de siempre. Cada loco con su tema. Ella se declaraba en eterna luna de miel con Fernando y decía que era debido a que no tenían ningún demonio por casa haciendo de las suyas.

—¡Piscina, queremos piscina! —los niños estaban locos con la idea de darse un chapuzón.

1

—Ahora nos toca a nosotros hacernos cargo unas horas de ellos. Podéis ir en paz—Daniel no tenía remedio.

—Solo te ha faltado decir “*ego te absolvo*” y santiguarte, capullo—le di un abrazo en agradecimiento.

Subí con Olivia a la habitación. Tras ella quedaba una algarabía de niños que daba paso al sonido que más me excitaba: el de una puerta cerrándose tras nosotros. En el interior, nuestros cuerpos, como siempre, deseosos el uno del otro. Impacientes por devorarnos, nos quitamos la ropa. Y de pronto, aquel delicioso aroma. ¿A qué olía?
A Frenesí.

Subí con Olivia a la habitación. Tras ella quedaba una algarabía de niños que daba paso al sonido que más me excitaba: el de una puerta cerrándose tras nosotros. En el interior, nuestros cuerpos, como siempre, deseosos el uno del otro. Impacientes por devorarnos, nos quitamos la ropa. Y de pronto, aquel delicioso aroma. ¿A qué olía?
A Frenesí.

Instagram:

@dylanmartinsautor

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Facebook:

[Dylan Martins](#)

Instagram:

@dylanmartinsautor

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Facebook:

[Dylan Martins](#)